

# LAS RAZONES DELMAL & QUÉ FUE REALMENTE EL HOLOCAUSTO?

PETER HAYES

CRÍTICA



B

El Holocausto es un tema que ha sido tratado en la literatura y el cine durante décadas. Sin embargo, en los últimos años ha cobrado una importancia especial. En este artículo, Peter Hayes analiza las razones del Holocausto y qué fue realmente. El autor, un historiador y escritor británico, aborda el tema desde una perspectiva crítica y profunda. Explora las complejas interacciones entre el antisemitismo, el nacionalismo y el poder político que llevaron a la destrucción de Europa judía. Hayes argumenta que el Holocausto no fue simplemente un acto de barbarie, sino el resultado de un proceso social y cultural que se desarrolló durante generaciones. Su análisis es meticuloso y basado en evidencia, ofreciendo una visión que desafía algunas de las interpretaciones más comunes del evento. A lo largo del texto, se examina el papel de figuras clave como Adolf Hitler y Heinrich Himmler, así como el funcionamiento del aparato burocrático que permitió la implementación de las políticas de exterminio. La obra es una lectura esencial para cualquiera que quiera comprender las causas y consecuencias de este trágico capítulo de la historia humana.

En el mundo del arte, la crítica juega un papel fundamental. Los críticos de arte analizan y evalúan las obras de arte, ayudando al público a comprender su significado y valor. Este tipo de análisis es esencial para el desarrollo de la cultura y el arte en general. Los críticos de arte también pueden influir en la reputación de los artistas y en el mercado del arte. Por lo tanto, es importante tener en cuenta la perspectiva de los críticos cuando se trata de obras de arte importantes.

En el mundo del arte, la crítica juega un papel fundamental. Los críticos de arte analizan y evalúan las obras de arte, ayudando al público a comprender su significado y valor. Este tipo de análisis es esencial para el desarrollo de la cultura y el arte en general. Los críticos de arte también pueden influir en la reputación de los artistas y en el mercado del arte. Por lo tanto, es importante tener en cuenta la perspectiva de los críticos cuando se trata de obras de arte importantes.

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Introducción. ¿Por qué otro libro más sobre el Holocausto?

1. El objetivo: ¿por qué los judíos?

2. Los atacantes: ¿por qué los alemanes?

3. La escalada: ¿por qué asesinar?

4. La aniquilación: ¿por qué tan rápida y total?

5. Las víctimas: ¿por qué más judíos no se rebelaron más a menudo?

6. Los países de origen: ¿por qué los índices de supervivencia fueron tan diversos?

7. Los observadores: ¿por qué la ayuda exterior fue tan limitada?

8. Las repercusiones: ¿qué legados, qué lecciones?

Agradecimientos

Bibliografía selecta

Lista de figuras

Notas

Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre  
una  
nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos  
exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## SINOPSIS

¿Por qué otro libro sobre el Holocausto? ¿Qué puede este añadir a los cerca de dieciséis mil que se han dedicado a este tema? El profesor Peter Hayes, una autoridad mundialmente reconocida por sus estudios sobre la Alemania nazi y sobre el Holocausto, nos responde que es hora de no contentarnos con seguir acumulando información, sino de buscar explicaciones y, sobre todo, de ponerlas al alcance de un público que no puede seguir los avances de la investigación y que está, por ello, indefenso ante algunos de los mitos que han ido proliferando en los últimos años. Este libro sintetiza los conocimientos actuales sobre el Holocausto, nos los presenta en una visión crítica y, sobre todo, trata de ofrecernos explicaciones que nos permitan entender por qué y cómo se produjo. Es, sin duda, la mejor visión global de su historia publicada hasta hoy.

PETER HAYES

LAS RAZONES DEL MAL  
¿Qué fue realmente el Holocausto?

Traducción castellana de  
Gonzalo García

CRÍTICA  
BARCELONA

*En recuerdo agradecido de personas magistrales  
que me han sido una fuente de inspiración:*

*Mary Faherty  
James McGillivray  
Athern Park Daggett  
John C. Rensenbrink  
Timothy W. Mason  
Henry Ashby Turner Jr.*

## Introducción

### ¿Por qué otro libro más sobre el Holocausto?

Cuando han pasado más de setenta años desde que concluyó, el Holocausto sigue escapando a la comprensión. Pese a la abundancia bibliográfica (o quizá por ella misma, pues tan solo en la Librería del Congreso de Estados Unidos constan unos 16.000 libros bajo este encabezamiento); pese a la proliferación de museos y monumentos; pese a que cada año la cinematografía aborda el tema de nuevo, y pese a la difusión de programas educativos y cursos dedicados al tema, entre la sociedad en general no parece haber calado una explicación coherente sobre por qué surgió una masacre tan espantosa en el corazón de la Europa civilizada del siglo XX. De hecho, los calificativos que con más frecuencia suelen invocarse en relación con el Holocausto son «inconcebible», «incomprensible» o «inexplicable». Estas palabras nacen de un reflejo de distancia, un echarse atrás como autodefensa casi instintiva. Afirmar que uno puede explicar por qué se produjo el Holocausto parece equivaler a normalizarlo, mientras que quien asevera que no puede comprenderlo está haciendo hincapié en la propia inocencia: quien habla no solo se manifiesta incapaz de concebir un horror tal, sino también de hacer realidad nada parecido. No es de extrañar, por lo tanto, que la posición típica, frente a la enormidad del Holocausto, sea la incomprensión. Esto bloquea, sin embargo, la posibilidad de extraer consecuencias útiles del tema.

Protegerse a uno mismo no es la única causa de que resulte tan difícil, y de una dificultad tan constante, comprender intelectualmente el Holocausto. La tarea es, en sí, muy compleja. Entender el Holocausto requiere resolver los numerosos enigmas que lo rodean. Por mi parte, tras casi tres décadas de enseñar el tema en universidades de Estados Unidos, y dar múltiples

conferencias ante públicos tanto especializados como generales, he terminado por reconocer ocho cuestiones básicas que son las que más perplejidad despiertan en quienes se interesan por el tema. Algunas de estas cuestiones se refieren a actos por comisión; otras, por omisión, y algunas, por fin, actos de las dos clases. Antes de que una mente pueda comprender y explicar el cataclismo, es necesario clarificarlas de forma interrelacionada. Así, cada uno de los ocho capítulos de este libro aborda una de estas cuestiones centrales, planteada en forma de pregunta; y el volumen en su conjunto refleja mi convicción de que el Holocausto —aunque el trabajo no es fácil— se puede explicar históricamente tanto como cualquier otra experiencia humana.

Al responder a estas preguntas, aporto una experiencia que es infrecuente entre los estudiosos del Holocausto. Por formación soy historiador económico. Esto no quiere decir que antepongo la motivación material de los asesinatos (al contrario: defiendo que fue secundaria frente a los motivos ideológicos). Ahora bien, mi formación me hace estar alerta a los números y su importancia, y acudiré a ellos con frecuencia porque estoy convencido de su enorme capacidad interpretativa. Un segundo rasgo distintivo de mi libro es su origen dialéctico. No es un volumen impulsado por una tesis que el autor quiera demostrar, sino más bien la obra que emergió tras muchos años de toma y daca en la enseñanza y las conferencias públicas, en los que he aprendido qué aspectos del Holocausto necesitan una aclaración especial, y por qué; luego he dirigido mis lecturas y reflexiones a la meta de identificar las respuestas más fiables que se derivan de la historiografía; y por último he perfeccionado las maneras de transmitir ese saber del modo más accesible y memorable que he podido alcanzar.

Además de su propósito explicativo, este libro aspira a otro fin: aclarar las cosas. En palabras del difunto historiador Tony Judt, el Holocausto, además de «imposible de recordar cómo fue en realidad, es intrínsecamente vulnerable a que se le recuerde como no fue».<sup>1</sup> En efecto, en torno del tema han crecido numerosos mitos. Muchos se han concebido para consolarnos con la idea de que la historia podría haber sido muy distinta si determinada persona o entidad hubiera actuado con más coraje o sabiduría; otros pretenden culpar de nuevo a determinados «malos», ya sean los de costumbre u otros más sorprendentes (incluidos algunos historiadores de la cuestión).

Este libro desacredita muchas de estas leyendas: desde la noción de que Adolf Hitler ascendió al poder de resultas del antisemitismo de Alemania, a la creencia de que un gran número de los grandes criminales culpables del Holocausto escaparon a su castigo. El capítulo final pasa revista a las leyendas más corrientes y las desenmascara, incluida la pretensión, sonora y repetida, de que nunca existió un Holocausto.

La argumentación del libro sigue el esquema siguiente. Para empezar, el Holocausto fue el fruto de un lugar y un tiempo específicos: Europa, en los años posteriores a la revolución industrial y la agitación de la primera guerra mundial y la revolución bolchevique. En este contexto, la vieja hostilidad contra los judíos y el judaísmo —muy arraigada en la rivalidad religiosa, pero actualizada con la parafernalia de la ciencia moderna— se transformó en la obsesión por eliminar a los judíos de la sociedad civil, como solución mágica de todos los problemas sociales. En Alemania, el sistema se debilitó de tal modo que esta creencia alcanzó el poder durante la década de 1930, pero el asesinato de los judíos europeos ni estaba preprogramado en la historia alemana ni fue un proyecto exclusivamente alemán. La masacre adquirió su forma en unas condiciones políticas y militares concretas, y en parte se intensificó porque encajaba con las metas de muchos otros europeos, al menos durante el período breve y feroz en el que se desarrollaron la mayoría de las matanzas. Frente a la masacre, las víctimas tenían las manos muy atadas y los observadores externos centraron la atención en sus propios problemas, que a ellos les urgían más. Los elementos de la trampa que se cerró sobre los judíos europeos durante la época nazi se ensamblaron tan bien que solo una minoría de los judíos pudo escapar (y en su mayor parte, muy a duras penas y cuando ya estaban al límite). Después, el grueso de los países del Viejo Continente tardó bastante tiempo en admitir en qué habían participado; y aunque también levantaron muchas barreras para que no se repitiera, esas barreras, setenta años después, se tambalean.

Los trabajos de los especialistas en el Holocausto se han sucedido a tal ritmo que numerosos lectores se han quedado atrás a la hora de integrar los nuevos hallazgos en un panorama interpretativo general. Pese a todo, a la vez que han ganado terreno algunas ideas que inducen a error, también perviven otros conceptos ya anticuados. Ante tal estado de cosas, los lectores

interesados en el tema necesitan un balance exhaustivo centrado en dar respuesta a las preguntas más básicas y perdurables sobre cómo y por qué se produjo la masacre de los judíos de Europa. Este libro lo ofrece.

## El objetivo: ¿por qué los judíos?

Los estallidos de hostilidad contra las minorías arraigan casi siempre tanto en ideas —lo que la mayoría piensa sobre la minoría— como en circunstancias: las formas, o las condiciones, en las que los dos grupos interactúan en un momento dado. Para explicar por qué los judíos se convirtieron en blanco de intenciones asesinas durante el siglo XX hay que examinar estas dos clases de raíces.

### ANTISEMITISMO

En la actualidad, el término más habitual para designar la hostilidad contra los judíos es el de antisemitismo. Cuando yo estaba a punto de terminar la carrera, un profesor solía decirnos que el problema de esta denominación es que reúne en una sola palabra demasiadas actitudes distintas: todo lo comprendido entre los chistes groseros y el deseo de matar a los judíos.<sup>1</sup> No le faltaba razón, pero aun así es posible plantear una definición de trabajo. La mía es como sigue: el antisemitismo es poner en entredicho, de forma categórica y colectiva, a los judíos, arguyendo que personifican rasgos desagradables o destructivos. En otras palabras, ser antisemita es creer que los judíos tienen cualidades comunes, repelentes o demoledoras, que los distinguen de los que no son judíos. El origen familiar lo determina todo; la individualidad es una ilusión.

La historia de esta actitud es muy larga; de hecho, tanto un libro famoso de Robert Wistrich como un documental muy reproducido sobre el tema se titulan *The Longest Hatred*, («el odio más largo»). Ahora bien, el título

induce a confusión, por dos razones: porque, aunque el odio a los judíos en la cultura occidental se remonta a muchos siglos, no se los ha odiado por igual en todas las épocas ni en todos los lugares; y porque este odio ha mostrado una notable capacidad de metamorfosis. De hecho, la propia palabra que hoy usamos para describir los prejuicios o el odio a los judíos pone de manifiesto los dos puntos. El concepto «antisemitismo» no surgió hasta 1879, y su popularización suele atribuirse a Wilhelm Marr, un agitador alemán que pretendía describir algo novedoso y distinto a las formas previas de hostilidad contra los judíos. Como otros conceptos terminados en «-ismo» —que en el siglo XIX aparecieron en abundancia—, con la palabra se quería sugerir que esta nueva hostilidad tenía que ver con la política y la ciencia. No debe pasarnos por alto contra qué se afirmaba estar: no contra los judíos, sino contra algo llamado «semitismo». ¿De qué se trataba? A diferencia de otras dianas de los movimientos «anti» del siglo XIX (por ejemplo, el antisocialismo, el anticomunismo, el anticatolicismo, el antiviviseccionismo e incluso el *antidisestablishmentarianism*),\* en este caso el concepto no combate un sistema de creencias que se hubiera bautizado a sí mismo, sino que inventaba el fenómeno al que se oponía. Los que dieron en llamarse «antisemitas» adoptaron —engañosamente— una categoría que procedía de la lingüística. Afirmando oponerse a los semitas: los hablantes de la familia de las lenguas semitas, cuya sintaxis y estructura gramatical era distinta a la de las lenguas mayoritarias en Europa (de la familia conocida como «indoeuropea»). En realidad, sin embargo, no se atacaba a todos los semitas: no se solía incluir a los árabes, a pesar de que su lengua también es semita. Tampoco a los hablantes modernos de arameo —la lengua que Jesús hablaba—, aunque pertenece asimismo a la familia semita. A finales de la década de 1930 y principios de la de 1940, el régimen nazi aceptó, implícitamente, que el nuevo término era una patraña: Alemania se esforzó por convencer a los gobiernos árabes de que no le parecía que sus habitantes fueran ni una amenaza ni inferiores.<sup>2</sup>

El nuevo «ismo» se dirigía contra los judíos y, al agruparlos atendiendo a su lengua ancestral y mediante un eufemismo abstracto y pseudocientífico, los antisemitas pretendían: (a) diferenciar, de forma autorizada, a los judíos de todos los demás; (b) situar la raíz de esta diferencia en los procesos

mentales y la naturaleza misma de los judíos; y con ello (c) defender que la oposición a los judíos no era un simple prejuicio, sino la respuesta a una realidad demostrable que debía abordarse políticamente.\*

Las formas que el antisemitismo ha adoptado a lo largo del tiempo, en un proceso de evolución y variación, han dependido del peso relativo de sus modos *xenóforo* y *quimérico*. Son dos modos identificados por el notable medievalista Gavin Langmuir,<sup>3</sup> que usaré aquí ligeramente modificados. El modo xenóforo concibe a los judíos como seres distintos de otros en algunos aspectos observables, y sus adeptos muestran diversos grados de incomodidad ante tales diferencias. El modo quimérico concibe a los judíos como seres peligrosos para los demás, de diversas formas imaginarias, y sus partidarios abogan por actuar en respuesta. El origen mismo de estas palabras hace hincapié en la diferencia: si en griego clásico *xenós* es «extranjero» o «huésped», la quimera mitológica (*jímaira*) es un monstruo que vomita llamas y tiene cabeza de león, cuerpo de cabra y cola de serpiente.

Las consecuencias de la distinción se reflejan perfectamente en la actitud que la Roma antigua mostró hacia los judíos.<sup>4</sup> El escritor romano Tácito criticó a los judíos por lo que consideraba era «un apego cerril entre ellos ... que contrasta con su implacable odio al resto de la humanidad». A los romanos nos les gustaban, ni les resultaban comprensibles, rasgos o costumbres del judaísmo como el monoteísmo, que comportaba negar el carácter divino de los emperadores; el *sabbat*, que suponía tomarse tan solo un día de descanso por semana, y siempre el mismo; la endogamia, que vetaba contraer matrimonio con personas de otro origen; y la circuncisión de los niños entendida como símbolo y recordatorio de un acuerdo especial con Dios. Para los romanos, sin embargo, los judíos no representaban ningún peligro inherente ni especial, más allá de cuando se enfrentaban a la autoridad del imperio. Incluso después de que, en 70 d. C., el ejército del futuro emperador Tito destruyera el templo de Jerusalén, y de que se sofocaran tres revueltas sucesivas contra el gobierno romano —que supusieron que, después de 136 d. C., los judíos tuvieran que dispersarse y quedaron en franca minoría en la antigua Judea—, aun así los judíos en tanto que individuos todavía podían adquirir la ciudadanía romana, como en efecto hicieron, y desarrollar carreras y profesiones muy diversas.

Aunque algunos textos del Egipto y la Grecia antiguos expresan animosidad contra los judíos, la intensificación de la hostilidad y la aparición del miedo coinciden en buena medida con el ascenso del cristianismo. La relación entre los adeptos de las dos religiones siempre ha reflejado una paradoja: las dos eran a la vez muy parecidas y muy distintas, lo que creaba una competencia fuerte. Para los judíos, la nueva religión era esencialmente herética, una variación errónea de su teología. Los cristianos, por su parte, creían abrazar una versión nueva y mejorada de esa teología, tal que dejaba a la antigua atrás y sin más valor que el de vestigio de una era pasada.

Así, los cristianos se apoderaron —a la vez que se desviaban— de los principios centrales del judaísmo. En primer lugar, se declaraban monoteístas pero tenían a Jesús por el hijo de Dios y, por lo tanto, un ser divino (lo que anticipaba la doctrina de la Trinidad, un Dios único, pero en tres formas). En segundo lugar, los cristianos aceptaban la Biblia hebrea, como revelación de la palabra de Dios, y la incorporaron a su propia Biblia como «Antiguo Testamento»; pero también añadieron los Evangelios («buena nueva») y otros libros, como nuevas revelaciones de la voluntad de Dios. En tercer lugar, los cristianos adaptaron a propósitos nuevos las antiguas ideas judías de la elección y la Alianza con Dios. Para los judíos, Dios había cerrado con ellos una serie de pactos o acuerdos especiales; los más famosos son los que incluyeron a Abraham y Moisés, en los que Dios, a cambio de que los judíos obedecieran sus leyes, prometió hacer de ellos el Pueblo Elegido y «luz de las naciones». Inicialmente se trataba de los Diez mandamientos, que con el tiempo se elaboraron hasta constituir los 613 *mitzvot* o leyes básicas —en realidad, 248 mandamientos y 365 prohibiciones— que se recogen en la Torá, los primeros cinco libros de la Biblia (el Pentateuco, para los cristianos). Estas leyes lo cubrían todo: qué se podía comer o vestir, cómo debía uno lavarse o adorar a Dios. Para el cristianismo, Jesús anunciaba una nueva Alianza que reemplazaba a la de Moisés; los viejos principios estaban anticuados; la condición de Pueblo Elegido estaba al alcance de todo aquel que aceptara a Cristo y las enseñanzas de la Biblia y las nuevas escrituras.

Una forma de comprender lo que sucedió a continuación es recordar que los judíos fueron el pueblo que dijo que no. Los cristianos les ofrecieron una nueva relación con Dios y respondieron que preferían la que ya tenían; esta

negativa dio origen a varios cientos de años de rivalidad y recriminaciones mutuas. Los dos grupos compitieron por obtener más adeptos hasta el siglo IV d. C., cuando el cristianismo se convirtió en la religión oficial del imperio romano y, con ello, pareció vencer en la batalla.

Esto nos lleva a la Figura 1, que intenta captar, en forma esquemática, tres cuestiones interrelacionadas: (1) las formas de animosidad contra los judíos, variables y parcialmente solapadas, que fueron surgiendo en Europa durante eras sucesivas después de que el cristianismo se hiciera dominante; (2) las definiciones cambiantes del problema que, supuestamente, los judíos representaban, y (3) las diversas propuestas de solución.

Los marcos temporales especificados en la tabla indican que, en esos períodos, se desarrollaron marcos distintos de crítica de los judíos; pero no quiere decir que los marcos nuevos borrarán del todo a los ya existentes. En la década de 1940 había personas antisemitas por razones concebidas durante el primer período; de hecho, en la actualidad sigue habiendo antisemitas que se fundamentan en esas supuestas razones. Uno de los libros recientes más interesantes sobre el Holocausto, *A World Without Jews*, de Alon Confino (2014), defiende que una versión laica de la idea cristiana de ser la superación o el reemplazo del judaísmo estaba en el corazón mismo del impulso nazi de erradicación de los judíos. En vez de avanzar una nueva religión que sustituiría a la anterior, los nazis creían estar promoviendo un concepto completamente nuevo de la moralidad. La afirmación de Confino no es del todo original. Sigmund Freud y Maurice Samuel expusieron ideas parecidas sobre las raíces del antisemitismo poco antes del Holocausto; Léon Poliakov y Norman Cohn, poco después, sobre las del racismo nazi.<sup>5</sup> Pero estos pensadores consideraban que los nazis no pretendían superar la moralidad judeo-cristiana, sino más bien invalidarla o revocarla. La moralidad nazi era del estilo de «regreso al futuro»: exigía reconocer que en la vida no hay más principio rector que la primordial ley de la selva, y que no hay más medida de la bondad que la supervivencia material.

Por otro lado, que las justificaciones del antisemitismo fueran cambiando a lo largo del tiempo tampoco significa —aun a pesar del prestigio de la ciencia— que los prejuicios adquirieran una mayor

complejidad intelectual, es decir: que en las fases posteriores se exhibiera más inteligencia e información. Todo era apariencia.

El primer bloque horizontal de la Figura 1 se refiere a la larga era de la historia europea en la que predominó un marco de pensamiento religioso y la pregunta central que determinaba o legitimaba las ideas y decisiones era: «¿Qué quiere Dios?» (o «¿Qué exige?»). Durante este largo período de discriminación contra los judíos, la Iglesia cristiana se enfrentó ante todo al dilema de equilibrar, teológicamente, dos obligaciones contradictorias para con ellos, según se estipulaba en la «doctrina del testigo judío», concebida por San Agustín, el obispo de Hipona, en el norte de África a principios del siglo V: persecución y preservación.<sup>6</sup> Por un lado, Agustín enseñaba que la Iglesia debía poner de relieve «la negación de los judíos» y «la elección de los cristianos» por dos vías: primero, haciendo hincapié en que los judíos, según los Evangelios tardíos, habían sido los responsables de la muerte de Cristo; segundo, agravando el aislamiento y las penalidades de los judíos en su existencia en la Tierra, como representación material de las consecuencias de rechazar el cristianismo. Así pues, según esta parte de la teología cristiana, los judíos debían sufrir porque, en lo que a la religión atañía, estaban sumidos en la ignorancia, en la oscuridad espiritual.

Por otro lado, Jesús era judío y los judíos habían sido, antaño, los elegidos de Dios. Agustín enseñaba que no se los podía masacrar, a diferencia de cualquier otro grupo religioso que negara la pretensión de verdad del cristianismo católico u ortodoxo, o se desviara de esta. De hecho, había que permitirles que vivieran —entre penalidades— hasta el día maravilloso en el que vieran la luz y se convirtieran, porque ese cambio anunciaría el Juicio Final y el advenimiento del Reino de los Cielos. Esto explica una ironía no poco notable de esta historia: la supervivencia de los judíos. Fueron la única minoría religiosa cuyo credo siguió siendo legal en la Europa cristiana, y a sus adeptos no se les masacró automáticamente, o no siempre, a diferencia de lo que les ocurrió a los cátaros, lolardos y otros disidentes hasta que la Reforma partió en dos la cristiandad occidental y las guerras de religión de los siglos XVI y XVII —una catástrofe sangrienta que además concluyó en tablas— enseñaron a católicos y protestantes que debían coexistir.

FIGURA 1  
*Capas y solapamientos del antisemitismo*

PARADIGMA/ ERA	INQUIETUD/ PROBLEMA	SOLUCIÓN	NOTAS
Fe/Iglesia (siglos IV- XVIII)	Religión/ creencias	Segregación, luego conversión	Arraiga en el rechazo y la rivalidad, más la competencia de las respectivas pretensiones de revelación; carácter esquizofrénico: preservar/castigar, sobrevivir/ sufrir; degradación y separación; durante las crisis, demonización: «libelo sangriento», Lutero; perdurable, sobre todo en los países ortodoxos
JUDÍOS SUMIDOS EN LA IGNORANCIA			
Razón/ Ilustración (siglos XVIII y XIX)	Cultura/ tradiciones (Derecho/ ritos/ vestimenta)	Emancipación, luego absorción	Voltaire: libertad del pasado y el dogma; liberalismo/ Código Napoleónico
JUDÍOS SUMIDOS EN EL ATRASO			
Ciencia (siglos XIX y XX)	Raza (sangre/ genes)	Cuarentena, luego eliminación	No volitivo, material, inmutable; esencialismo darwiniano; política veterinaria: los pueblos como «razas de cría»
JUDÍOS COMO BACTERIAS			

El dictamen de Agustín tuvo, entre otras consecuencias, que durante cientos de años los judíos fueron condenados por los cristianos; además se levantaron barreras constantes para impedir que aquellos se relacionaran con estos y subvirtieran su fe. Relegar a los judíos a la condición de parias los acabaría induciendo a convertirse; al menos, eso esperaba la Iglesia. En los últimos siglos del imperio romano, los judíos perdieron el derecho a adquirir esclavos cristianos (y luego también a poseerlos), lo que atacaba una de las bases de su fortuna. Una tras otra, nuevas leyes fueron prohibiendo a los judíos que hicieran proselitismo, anularan bautismos, cohabitaran con cristianos (o se casaran con ellos), ocuparan cargos públicos, levantaran sinagogas. En la Europa cristiana, la separación forzosa de judíos y cristianos se hizo realidad de forma desigual, pero fue incrementándose y, a la postre, creó un modelo de formación de guetos profesionales y residenciales, lo que obligó a los judíos a especializarse en actividades por lo general despreciadas

o peligrosas, tales como prestar dinero o teñir cuero, y concentrarse en determinados emplazamientos autorizados, que tampoco solían ser los más deseados.

Mientras se desarrollaba toda esta serie de acontecimientos, la Iglesia descubrió que no tenía especial éxito a la hora de, por un lado, promover la hostilidad contra los judíos y, por el otro, prohibir que se los tratara con violencia. La gente de la calle, cada cierto tiempo, perdía de vista las razones teológicas por las que los adeptos de esta religión que negaba la divinidad de Cristo debían recibir un trato distinto al que se daba a cualquier otro hereje o infiel; por lo tanto, se atacaba a los judíos de forma periódica, en especial en tiempos de adversidad. Desde muy pronto —desde el siglo VII— empezaron a darse expulsiones y conversiones forzosas; el estallido se apagó un tanto, hasta una nueva oleada de problemas, relacionada con el cambio de milenio, y un recrudecimiento general asociado con la primera y segunda cruzadas (1095-1149). Por lo general se trató de acciones de multitudes, a las que se opusieron los sacerdotes y los nobles del lugar; pero no solo se convirtieron en respuestas habituales a los períodos de crisis sino que, en la Inglaterra del siglo XII, apareció una leyenda que les dio legitimidad. Se trata del «libelo sangriento», la acusación de perpetrar asesinatos rituales que atribuía las desapariciones o muertes de niños cristianos al supuesto hecho de que los judíos necesitaban su sangre para hacer panes *matzoh* para la Pascua (u otros propósitos rituales).<sup>7</sup> La acusación era una proyección evidente, sobre los judíos, de una forma corrupta de la creencia católica en la transustanciación —creer que, durante la Misa, la hostia y el vino de la comunión se convierten realmente en carne y sangre de Cristo—, pero precisamente esta misma razón contribuyó a que prendiese y fuese pretexto de numerosas masacres, primero en Inglaterra, luego en buena parte de Europa.

En la Edad Media tardía ya se había establecido una correlación sólida entre las crisis sociales y las masacres y expulsiones de judíos. Cada vez que ocurrían hechos adversos que no se alcanzaban a explicar de otra forma, se identificaba a los judíos como los agentes de Satanás que habían causado los problemas. Así, hubo matanzas de judíos en Italia, tras la gran hambruna de 1315-1317, o en Renania, tras una epidemia de peste negra, en 1347. Estos episodios de pánico popular, al combinarse con el afán de los monarcas de

confiscar las propiedades de los judíos, resultaron en expulsiones de judíos: de Inglaterra y el sur de Italia, en 1290; de Francia, en 1306 y 1394; de España y Portugal, en 1492 y 1497; durante todo el siglo xv, de numerosas ciudades alemanas.

A medida que la segregación y la degradación se intensificaban, en la cultura popular iban penetrando también, cada vez más, imágenes que denigraban a los judíos. Las Pasiones que se representaban por toda la Europa cristiana durante la Semana Santa hacían hincapié en el papel de los judíos — más que en el de Poncio Pilato— en la orden de crucifixión de Cristo. En *Los cuentos de Canterbury*, de Geoffrey Chaucer, escritos hacia 1386, la Priora narra el asesinato de un niño a manos de judíos. La historia del usurero que reclama su libra de carne —elemento central de *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, escrita a finales del siglo xvi— ya había aparecido en Italia más de doscientos años antes. A partir de 1400, en las iglesias crece la representación de judíos alimentados por cerdos; la primera versión impresa de la que con el tiempo sería la caricatura típica del judío —con nariz aguileña y joroba— se encuentra en un libro de 1493.

En la época de la Reforma, en el siglo xvi, el odio a los judíos era corriente y cristalizó en torno de dos generalizaciones básicas: (1) los judíos eran unos parásitos especuladores que pretendían apoderarse de la riqueza de los cristianos; (2) los judíos eran instrumentos de Satanás, incorregibles en su afán por servir al Maligno y causar daño a los piadosos. Martín Lutero, cuando descubrió que los judíos tampoco querían convertirse a su versión del cristianismo —la que él afirmaba haber reformado—, puso la voz más extrema a estos prejuicios. Instó a los cristianos a incendiar las sinagogas, escuelas y hogares de los judíos, y a someter a trabajos forzosos a todos los que se negaran a convertirse. De hecho, en palabras de David Nirenberg, Lutero, «como tantos otros profetas antes que él», murió, literalmente, «combatiendo contra los judíos». En el invierno de 1546, viajó a Eisleben, donde había nacido, para disuadir a la ciudad de dar amparo a judíos que habían huido de otros lugares. Sufrió un enfriamiento, pese a todo pronunció varios sermones enfurecidos —los últimos de su vida— y falleció. Incluso Erasmo, el gran humanista contemporáneo de Lutero, al que en general se

tiene por uno de los hombres con menos prejuicios de su tiempo, escribió: «Si el odio a los judíos hace al cristiano, entonces todos somos plenamente cristianos».<sup>8</sup>

Ahora bien, no todos lo eran, por así decir. Mediado el siglo XVI, los Países Bajos dieron la bienvenida a los judíos que España había expulsado; algo antes, los reyes de Polonia habían animado a los judíos desterrados de Renania a emigrar hacia el este. En el siglo XVII, Inglaterra invirtió su política y abrió de nuevo las fronteras a los judíos. Aunque se exiliaron de muchos territorios que hoy integran Italia y Alemania, los judíos nunca desaparecieron por completo de todos ellos. En cuanto a la furia de Lutero, otros protestantes, en especial los calvinistas, mostraron respeto hacia las personas que veían como sus antecesores religiosos.

En otras palabras, aunque la hostilidad hacia los judíos unas veces fue xenófoba y otras quimérica, a veces no pasó de ser latente. En el siglo XVIII, la hostilidad contra los judíos, surgida de diversos motivos religiosos y reforzada por siglos de segregación y condena, era un sentimiento habitual y general en Europa, pero no universal. Por otro lado, al menos en teoría, no era letal. Se consideraba un problema en qué creían los judíos, o qué elegían no creer; la solución era que cambiaran de idea, en suma: que se convirtieran. Para lograr ese fin sí se empleaba la crueldad, pero no, de manera general, el asesinato. Debían sufrir, pero también sobrevivir.

Esto nos lleva al segundo bloque horizontal de la Figura 1, la era en la que la religión empezó a dejar de dominar el pensamiento en el mundo europeo. La transición se expresa a la perfección en un hermoso pareado del «Ensayo sobre el hombre» de Alexander Pope (1734): «Así pues, concóctete a ti mismo y no presumas de saber de Dios; el estudio de la humanidad debe centrarse en el hombre». Es un epígrafe idóneo para la Era de la Ilustración—que otros llaman Era de los Descubrimientos—, precursora de la Era de la Revolución. En estas épocas novedosas, la pregunta que impulsaba el conocimiento era: «¿Cómo podemos mejorar el mundo?». Por supuesto, esta clase de etiquetas y generalizaciones deben manejarse con cautela, pero, a grandes rasgos, el siglo XVIII desembocó en un tiempo cuyos lemas eran liberación y libertad o, en la famosa formulación de la Revolución Francesa: «libertad, igualdad, fraternidad». Una libertad que no se limitaba a la tiranía

política, sino también a las restricciones intelectuales impuestas por la tradición y la autoridad religiosa. La advertencia de Pope equivalía a pedir que la energía intelectual dejara de concentrarse en materias como la teología y dirigiera su atención principalmente a los mundos natural y humano. Por descontado, hubo personas selectas que, hasta cierto punto, hacían eso mismo desde que se inició el Renacimiento; pero la llamada de Pope anunciaba un desplazamiento del énfasis, un cambio en el centro de gravedad intelectual del mundo occidental.

A este respecto, la figura emblemática fue el filósofo francés François-Marie Arouet, más conocido por el pseudónimo de «Voltaire», que se burlaba de los que creían hallarse en «el mejor de los mundos posibles» e instaba a sus lectores a usar la cabeza para mejorar la sociedad. Crítico feroz de todas las religiones tradicionales, atacó con igual vehemencia a la Iglesia Católica y al judaísmo tradicional por confinar el pensamiento de sus adeptos e insistir en la práctica repetida de rituales antiguos. Con su defensa de la capacidad de mejora del ser humano, Voltaire encarnaba el optimismo de su tiempo. También apoyó una nueva forma de hostilidad a los judíos, una que, en un sentido figurado, confiaba en «matarlos de amabilidad»: poner fin a su diferencia frente al resto de la sociedad, liberándolos de restricciones heredadas tales como los guetos o las restricciones a su desempeño laboral.

En la teoría, esta forma de hostilidad a los judíos se asemejaba a la anterior en todo, salvo en el método y la base religiosa. Aunque muchos pensadores del siglo XVIII criticaron al judaísmo por lo que a su juicio era una obediencia excesiva a viejas leyes y ritos, ya no se consideraba un problema en qué creían los judíos. El problema, a entender de estos autores, era que la cultura judía, con el intenso estudio del Talmud y la rígida observancia de las prácticas tradicionales, impedía que los judíos fueran libres y pudieran hacer una contribución plena a la sociedad. El remedio dejaba de ser la crueldad y el sufrimiento, sustituidos por la amabilidad y la oportunidad; la zanahoria, no el palo. Había que atraer a los judíos, animarlos a salir de la diferencia y optar por una forma laica de conversión: no necesariamente un cambio de religión, pero sí un cambio en todo lo que singularizaba a sus adeptos, hasta que fueran indistinguibles de todos los demás. La emancipación —abolir las restricciones de residencia y profesión— tuvo como primer objetivo convertir

a los judíos en ciudadanos útiles. La aprobaron primero el emperador austríaco José II, en la década de 1780 y, en décadas posteriores, la Revolución Francesa y Napoleón Bonaparte; el objetivo último, sin embargo, era hacerlos ciudadanos similares.

La estrategia funcionó muy bien en diversos lugares, al menos en la Europa occidental. Pero ni siquiera aquí desaparecieron ni el judaísmo ni las diferencias en las costumbres y los modelos matrimoniales de judíos y no judíos. Muchos emancipadores se sintieron decepcionados por estos resultados; entre muchas personas que miraban a los judíos con disgusto también cundía la decepción, aunque por razones muy distintas.

Con esto llegamos al tercer bloque horizontal de la Figura 1, el relacionado con el período posterior a la invención de la palabra ‘antisemitismo’. Este invento es reflejo de un cambio cualitativo que arrojaba sombras sobre el futuro, pues el nuevo modo de hostilidad no se centraba en las creencias o la conducta de los judíos, sino en lo que se suponía que eran de forma intrínseca e inmutable. Por lo general, los antisemitas estaban de acuerdo —tal como se derivaba del hecho de clasificarlos por su lengua original— en que la naturaleza de los judíos, sus cualidades comunes y heredadas, no solo les impedían convertirse en la misma clase de personas que los demás; además, los hacían esencialmente subversivos en relación con los otros pueblos y sus sociedades. A los judíos no se les podía cambiar, solo contenerlos y luego eliminarlos. Este proceso podríamos denominarlo «biologización del antisemitismo». Coincidió con un giro en las preguntas centrales de la vida pública e intelectual; si antes se preguntaba: «¿Qué quiere Dios?» y luego «¿Cómo podemos mejorar el mundo?», en esta fase se quería saber: «¿Qué leyes materiales o físicas nos gobiernan?».

Los defensores de este retrato de los judíos se basaban en formas de ciencia tanto antiguas como nuevas. La antigua era, en lo esencial, la cría de animales. Estas personas sostenían que los pueblos, o las nacionalidades, eran básicamente como razas de caballos o perros: poseían cualidades específicas que pasaban de una generación a otra y podían reforzarse seleccionando los emparejamientos. Así, los alemanes, como sus perros pastores, eran buenos en el combate; los franceses, como sus caniches, eran ostentosos; y los británicos, como sus *bulldogs*, eran tenaces. El siglo XIX fue la gran era de

esta clase de generalizaciones; cada nacionalidad europea, en competencia mutua, se esforzaba por definir qué la hacía grande y especial, e igualmente qué hacía inferiores a sus rivales. Como ha escrito el historiador Albert Lindemann: en el siglo XIX, «en la mayoría de los países era normal creer en el determinismo racial o étnico»; incluso entre los judíos era así.<sup>9</sup>

Esta ciencia antigua se vio reforzada por interpretaciones vulgarizadas de una más moderna, el darwinismo, que consideraba que las especies animales y vegetales sobreviven por efecto de las adaptaciones a su entorno; azarosas, quizá accidentales, pero claras. A medida que las poblaciones de flora y fauna se diseminan, se van diferenciando mutuamente, cada vez más, por virtud de esta adaptación. Muchos nacionalistas defendían que sus compatriotas (franceses, alemanes, pero también judíos, etcétera) eran como una especie: estaban adaptados específicamente a medios que eran históricamente distintos y, de resultas, eran profundamente distintos unos de otros. En palabras de Julius Langbehn, un autor antisemita muy popular: «igual que una ciruela no puede convertirse en manzana, un judío no puede convertirse en alemán».<sup>10</sup>

Las otras ciencias más modernas eran a menudo sistemas de creencias que hoy ya no consideramos nada científicos, pero hasta que se los invalidó, sirvieron de apoyo a una línea de pensamiento que exacerbaba las diferencias entre los grupos de seres humanos. Estos sistemas de creencias respondían a un deseo —muy común en Europa durante el apogeo del colonialismo— de mostrar que las diferencias descriptivas u horizontales entre los pueblos, en aspectos como el color de la piel o la forma de los ojos, denotaban de hecho diferencias cualitativas o verticales en la capacidad; es decir, eran signos de superioridad o inferioridad. *El hombre y las desigualdades raciales: ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, de Arthur de Gobineau, publicado en tres volúmenes entre 1853 y 1855, se convirtió en el texto de referencia de este ideario. Separaba la humanidad en tres grandes bloques raciales: los pueblos blancos, que en teoría eran espirituales y creativos; los amarillos, a los que se calificaba de materialistas e imitativos; y los negros, supuestamente sensuales y primitivos. Peor aún que esta clase de categorización global (si es que se podía ir a peor) eran las advertencias de Gobineau contra la hibridación racial. El autor asociaba la existencia y

perduración de una civilización con la pureza de su raza dominante; de esta forma, aunque Gobineau no era hostil a los judíos, armó a los antisemitas de argumentos útiles.

Gobineau y otras pseudociencias del siglo XIX tenían en común la afirmación de que las cualidades externas eran signo de cualidades internas. Otros casos típicos de este tipo de escuelas de pensamiento fueron: la fisiognomía, invento de Johann Lavater (1741-1801), que sostenía que la forma del rostro (en especial si la línea de las cejas a la barbilla era recta) denotaba rasgos superiores; y la frenología, creación de Franz Joseph Gall (1758-1828), que aseveraba que la forma de la cabeza era igualmente relevante porque de ello dependía la configuración del cerebro, y que la magnitud de sus diversas partes determinaba la capacidad humana. Un seguidor de Gall, Anders Retzius (1796-1860), concibió un sistema de medición de los cráneos y una fórmula para expresar la relación de sus hallazgos que denominó *índice cefálico*. Retzius concluyó —como no era de extrañar, siendo europeo— que cuanto más larga y estrecha fuera la cabeza, mayor era la superioridad de una persona. Por último, un campo de estudio más legítimo, la filología, se centró no en la apariencia de las personas, sino en el habla. Según se practicaba en el siglo XIX, la filología abordaba el origen y la relación histórica de las lenguas. Al empezar aquella era, los expertos habían establecido que las lenguas europeas —con la excepción del vasco o euskera, el húngaro o magiar y el finlandés— descendían del antiguo sánscrito, que había llegado a Europa desde el sur de Asia por medio de un pueblo denominado *ario*. Teniendo en cuenta el punto de origen y destino de este trayecto, la familia de lenguas se bautizó como *indoeuropea*.

Quien convirtió la clasificación descriptiva de las lenguas en una jerárquica fue el filólogo alemán Friedrich Schlegel (1772-1829), uno de cuyos libros, publicado en 1808, se convirtió en padrino de la teoría aria. Schlegel y sus seguidores calificaron la gramática de las lenguas de base sánscrita como más precisa y sutil que la de las otras familias lingüísticas, en particular la semita (que incluía el árabe y el hebreo); esto, a su vez, era un indicio de que la imaginación, el razonamiento y el potencial de crecimiento intelectual de cuantos hablaban las lenguas indoeuropeas eran superiores a los de los demás. Como base del antisemitismo moderno quedó la afirmación

de que los judíos habían llegado a ser como eran a lo largo del tiempo: su lengua —pero también el medio original, el desierto— los había convertido en personas de una especie esencial e irremediablemente distinta a la de todos los europeos; estos habrían sido moldeados de una forma distinta por un medio distinto: el entorno boscoso y fértil de la mayoría de Europa.<sup>11</sup> Como los judíos eran irremediablemente extraños, de ello se derivaba que era preciso contenerlos y expulsarlos, y no convertirlos o absorberlos, porque —y aquí la cría de animales y el darwinismo se fundieron en una mezcla poderosa y terrible— los pueblos solo podían prosperar, competir y adaptarse si preservaban la pureza huyendo de la hibridación. La hibridación étnica acarrea, inevitablemente, la corrupción de las cualidades especiales asociadas con cada raza o nación, y llevaba a la decadencia porque en los descendientes siempre predominaban los rasgos de la parte inferior.

Por supuesto, desde el punto de vista genético, todo esto es absurdo. Incluso desde una perspectiva estética, todo esto solo tiene sentido para clubes caninos como el Westminster Kennel Club, donde solo vence el perro que se ajusta a la perfección a una imagen idealizada de su raza. En nuestros días sabemos —en parte, por efecto de esta clase de pensamiento— que lo peligroso es la endogamia. Si se practica obsesivamente, la endogamia, en los humanos como en los perros, no genera una mayor perfección sino toda una serie de problemas congénitos y mayor vulnerabilidad en general a las enfermedades.

Sin embargo, el atractivo de la cría de animales de raza, en cuanto orientación de la política estatal, se incrementó en las décadas finales del siglo XIX porque existía una preocupación general por los efectos que la industrialización y el auge de las ciudades surtían en la población europea. La palabra ‘degeneración’ estaba de moda. Se veían signos de ella en todas partes, desde la incidencia creciente de la tuberculosis, el alcoholismo y las enfermedades venéreas —asociada al desarrollo de barrios urbanos pobres y atestados— hasta la supuesta brutalidad e *ineducabilidad* de unas clases obreras que se multiplicaban con gran rapidez. En este ambiente, cada vez era más habitual la idea de mejorar la especie humana con un proceso de cría selectiva; más incluso que habitual, tal idea se consideraba el *summum* de la modernidad. Su defensor más señero, en el mundo de habla inglesa, fue

Francis Galton (1822-1911), que acuñó el concepto de ‘eugenesia’ para su programa de mejora humana. En Alemania, la figura equivalente fue Alfred Ploetz (1860-1940), que prefería calificar de «higiene racial» su sistema de defensa de la prosperidad de la «raza aria occidental» (o «germánica») frente a los efectos supuestamente contraproducentes de lo que describió como la «protección, cada vez mayor, de los débiles». Entre las medidas protectoras por las que abogaba destacaba el asesinato de los niños con alguna deformidad o discapacidad, para que no representaran una carga para las personas sanas ni reprodujeran sus defectos físicos o mentales.<sup>12</sup>

Aunque estas doctrinas se planteaban como un proyecto de «mejora» racial, las medidas que proponían eran de un carácter sumamente fatalista y reaccionario. El mensaje de Galton y Ploetz era que dedicar dinero a los problemas de los pobres era un sinsentido; estos problemas se debían a que los pobres eran menos capaces de lograr su propia supervivencia, menos «aptos», en la jerga pseudodarwinista. Así pues, si uno quería mejorar la humanidad —decían estos eugenésicos o higienistas raciales—, no debía centrarse en ayudar a los oprimidos —construir alojamientos más dignos, quitar dureza a las condiciones laborales y elevar el nivel general de la salud pública, por ejemplo—, sino en limitar la reproducción de los pobres y confiar la mejora a la capa selecta de la sociedad. Los sucesores de Galton describieron uno y otro proceso como eugenesia «negativa» y «positiva».

Ni estas doctrinas, ni sus fundadores, eran expresa o necesariamente antisemitas; pero sus conceptos de lo que debía mejorarse en cada población y lo que debía eliminarse mediante la cría selecta no tardaron en extenderse a los argumentos de los racistas y adaptarse a sus fines. A su vez, contribuyeron a reforzar el aire pseudocientífico que la intolerancia contra los judíos había adoptado al acuñar la voz ‘antisemitismo’. Una vez que se definía a los judíos como personas distintas de las otras, entonces su presencia podía describirse como un factor de hibridación destructora; una vez que se los presentaba como la personificación de características indeseables, cabía alegar que expulsarlos de la comunidad nacional no era sino una forma de higiene racial.

Así pues, a finales del siglo XIX, el antisemitismo europeo se caracterizaba por una historia larga y diversa. La persecución de los judíos había sido recurrente, aunque no universal ni continua. Los ataques habían evolucionado a lo largo del tiempo, desde los que claramente obedecían a las diferencias religiosas a los que expresaban un temor material. Por supuesto, en las fases de la estigmatización, con sus solapamientos, siempre hubo un elemento constante: la descripción de los judíos como factores de corrupción o contaminación. Se entendía que la proximidad de los judíos podía tener resultados perniciosos: primero para la fe cristiana, luego para la creencia liberal en la mejora del ser humano, por último para la salud y fortaleza de las otras poblaciones.

Pese a todo, a finales del siglo XIX, la persecución parecía estar menguando, aunque hubieran surgido nuevas justificaciones. En la expansión de los derechos de los judíos iban también las semillas de una reacción furiosa y turbulenta que, aunque no logró borrar lo ganado por los judíos, sí reforzó los viejos prejuicios. Al mismo tiempo que el antisemitismo parecía crecer y medrar, en el campo político no pasó, en gran medida, de la impotencia.

## EMANCIPACIÓN Y REACCIÓN

Para explicar por qué los judíos, a finales del siglo XIX y a principios del XX, toparon con un renacer de la agitación en contra de ellos, debemos desviar la atención desde las ideas que en teoría legitimaban la hostilidad hacia las circunstancias por las que ciertos grupos de personas se mostraron receptivos a tales ideas. El resultado es una historia irónica y en parte contradictoria, en la que los judíos vieron ampliarse oportunidades y derechos a la vez que toparon con empeños frustrados (pero cada vez más fervientes) de revertir este proceso.

Hasta el período que los historiadores han denominado «siglo XIX largo» —los ciento veinticinco años que separan 1789, con el estallido de la Revolución Francesa, de 1914, cuando se inició la primera guerra mundial—, los judíos vivieron en mundos muy limitados. Un judío podía ser prestamista,

tabernero, vendedor ambulante o comerciante de ganado, y trabar relación con clientes no judíos desde tales posiciones; en algunas zonas de la Europa oriental, no era infrecuente que los judíos gestionaran las haciendas de los nobles, y para ello trataran con los arrendatarios; los judíos practicantes quizá contaban con un empleado no judío al que pudieran confiar que les encendiera el fuego o hiciera cualquier otra tarea prohibida en el *sabbat* por las 613 leyes. Salvo en esta clase de casos, los judíos apenas interactuaban con los no judíos, ni resultaban apenas visibles.

Ambas circunstancias empezaron a cambiar en la década de 1780. La primera brecha en el muro de las restricciones de inspiración religiosa, en lo relativo a los judíos, llegó con la sucesión de Patentes de Tolerancia que el emperador austríaco José II promulgó, para diversas partes de su reino, entre 1781 y 1789.<sup>13</sup> La norma más famosa fue el edicto de Tolerancia del 2 de enero de 1782, válido para Viena y la zona aneja, que se proponía el fin general de «lograr que los judíos resulten útiles al estado». Con este propósito, el edicto abrió a los judíos las puertas de las escuelas y universidades cristianas, así como de numerosas profesiones y ocupaciones comerciales que antes tenían vetadas; se les autorizó a dar empleo a sirvientes cristianos; y se les retiraron dos cargas específicas: un impuesto especial y la obligación de que los hombres llevaran barba. Al mismo tiempo, el edicto restringía fuertemente la capacidad de los judíos de establecerse y rendir culto tanto en Viena como en los alrededores. También privaba de valor legal a los documentos escritos en hebreo y yidis, con la voluntad de que los judíos aprendieran a leer y escribir en alemán; en este punto, el edicto supuso un éxito considerable. En las tierras de lengua alemana de principios del siglo XIX, los judíos contaban con una tasa de alfabetización superior incluso a la de sus vecinos gentiles, pese a que el nivel formativo de estos era relativamente alto, para lo acostumbrado en Europa.

La promulgación de la «Declaración de los Derechos del Hombre» —el 26 de agosto de 1789, durante los vertiginosos días iniciales de la Revolución Francesa— tuvo un alcance mucho mayor que el edicto de José II. El documento afirmaba: «Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales solo se pueden fundamentar en la utilidad común», y luego proclamaba que todos los ciudadanos son iguales ante la ley

y, por lo tanto, tienen el mismo derecho a ocupar cargos públicos o hacer «todo cuanto no perjudique a nadie». Hicieron falta dos años más —hasta el 27 de septiembre de 1791— para que la Asamblea Nacional aprobara una ley que reconocía plenamente la ciudadanía de los judíos de Francia. Aunque en las décadas inmediatamente posteriores, Napoleón hizo retroceder un poco la igualdad de los judíos, sus ejércitos difundieron las prácticas e ideas francesas por buena parte de Europa, derribando los muros de los guetos y anulando las restricciones políticas y profesionales. Con ello Napoleón puso en marcha, por un lado, el proceso moderno de la emancipación de los judíos; por el otro, la reacción en contra que generó la forma moderna del antisemitismo.

Como se ha indicado más arriba, las raíces del antisemitismo moderno se hallan en las diferencias religiosas: durante muchos siglos, el cristianismo provocó al mismo tiempo el sufrimiento y la supervivencia de los judíos en Europa. Pero la forma de hostilidad contra los judíos que surgió a finales del siglo XIX y que se presentó a sí misma como antisemitismo era, en lo esencial, un movimiento político. Fue expresión de una resistencia a la emancipación de los judíos que se inició ya a finales del siglo XVIII, cogió fuerza por toda la Europa occidental (y en menor medida, la central) a lo largo del siglo XIX, y luego la hostilidad se hizo extensiva también a la zona oriental del continente con la revolución rusa de 1917.

Desde el punto de vista formal, la emancipación fue el proceso por el que se liberó a los judíos de todas las restricciones profesionales, residenciales y políticas, y se les situó en una posición de igualdad legal con respecto a todos los demás ciudadanos de un estado. Pero esta descripción resulta demasiado abstracta; hace caso omiso de lo que la emancipación supuso en el aspecto humano y cotidiano de la vida —incluyendo cómo la recibieron los que no eran judíos—. Con ella, los judíos abandonaron la condición de parias; representó, casi literalmente, su «ingreso» en la sociedad y el trato regular con los no judíos. Sobre todo, se tradujo en dos posibilidades que despertaron oposición: en primer lugar, desde entonces los judíos pasaron a poder competir en la práctica de determinadas aficiones y profesiones antes vetadas; en segundo lugar, los que antes habían sido objeto de desdén (se decía de ellos que estaban sumidos en la «ignorancia» y el

«atraso») podían ascender ahora a posiciones de autoridad desde las que mandaban sobre no judíos y, entre ellos, personas acostumbradas a verse a sí mismas como «mejores» que los judíos. El temor a esta segunda posibilidad se refleja de forma clara en una petición —en absoluto infrecuente— firmada en Baviera el 10 de enero de 1850.<sup>14</sup> En este documento, contrario a la igualdad de los judíos, ochenta y tres ciudadanos de la ciudad de Hilders (provincia de la Baja Franconia, que ocho décadas después se convertiría en bastión del nazismo) solicitaban que la emancipación se anulara y, en particular, «que ... ningún judío sea admitido a un cargo judicial o fiscal, pues ello nos obligaría a humillarnos ante los judíos».

Estos efectos emocionales y prácticos de la emancipación son muy útiles para explicar que esta topara con una resistencia tan intensa y desarrollara una trayectoria tan errática e intermitente. Tras la caída de Napoleón, en 1815, el Imperio Austríaco preservó las reformas introducidas por José II, pero, con la única salvedad de Francia, todos los demás estados de Europa hicieron retroceder el reloj. Tan solo se mantuvo una diferencia legal entre los cristianos y los judíos: el estado pagaba a los sacerdotes y pastores, pero no a los rabinos; esta distinción también acabó desapareciendo, en 1830. En todos los demás países a los que los franceses habían llevado la emancipación, los gobernantes, ya fueran nuevos o restaurados, la anularon (a veces, por breve tiempo). Luego, desde 1830 —cuando Bélgica adquirió la independencia y estableció la igualdad civil— hasta 1871 —cuando la Alemania recién unificada hizo lo mismo—, todos los estados que habían permanecido bajo el dominio francés rewertieron la cancelación y culminaron el proceso de emancipación. Lo mismo hicieron unos pocos países de la Europa occidental y septentrional que no habían sido sometidos por Francia, como Gran Bretaña, Suecia y Suiza.

La emancipación, en cambio, no se hizo extensiva a las tierras del imperio ruso, que incluía la Zona de Asentamiento, donde estaba la población más numerosa de los judíos de Europa. Se trataba de un territorio específico, repartido hoy entre Polonia, Lituania, Bielorrusia y Ucrania, en el que la mayoría de los judíos estuvo confinada hasta la revolución que derrocó a los zares, en 1917. En Rumanía tampoco hubo emancipación hasta que terminó la primera guerra mundial, e incluso entonces a instancias de los Aliados

victoriosos. Que en estas regiones la emancipación fuera tan tardía y topara además con una gran resistencia es un hecho relevante: en estas mismas zonas fue donde, más adelante, los nazis hallaron a la mayor parte de sus víctimas y donde, a la hora de exterminarlos, recibieron más ayuda de la población local.

La emancipación fue el proyecto político de un grupo denominado «liberal», y según fuera mayor o menor su fuerza en cada lugar, su fortuna resultó mejor o peor. ¿Quiénes eran los liberales? La palabra procede del latín *liber*, «libre». Eran defensores de la libertad política y económica, más en concreto de: (a) el gobierno de la ley, según se derivaba de las constituciones y las elecciones populares, no de un *hágase* dictado por un monarca; (b) mercados abiertos y competitivos, en oposición a los gremios que restringían el acceso a las distintas actividades económicas y a los aranceles y peajes que limitaban el movimiento de bienes; y (c) en oposición al principio aristocrático la importancia de las capacidades personales, antes que de la cuna. Como punto de unión de los principios políticos y económicos había una apertura general al cambio, resumida en la expresión francesa *laissez faire*, «permitan hacer» (o, más figuradamente, «dejen que las cosas sucedan»); este lema reflejaba la voluntad de permitir que los acontecimientos siguieran un curso propio y se generase un proceso continuo de lo que, más adelante, Joseph Schumpeter calificó de «destrucción creativa».

El auge del liberalismo en Europa coincide exactamente con el período en que la emancipación triunfó —los años comprendidos entre 1830 y 1870—, pero la fortaleza del liberalismo —como el ritmo de la emancipación— fue menguando a medida que se pasaba de oeste a este, de Gran Bretaña y Francia a Rusia. Cuanto más al oeste, más rápido ascendieron los liberales al poder y más pronta fue la emancipación; cuanto más al este, menos influencia ejercieron y menos cambios se produjeron en la posición legal de los judíos y su interacción con los gentiles. En Inglaterra, un hombre de origen judío, Benjamin Disraeli, pudo ser primer ministro en la década de 1860. En el imperio ruso, en cambio, tal cosa era impensable: la condena de los judíos, de raíz religiosa, siguió siendo doctrina oficial del estado y siempre existía la

posibilidad de que se produjera un ataque violento contra aquellos. Como veremos, Alemania fue un «territorio intermedio», tanto geográficamente como en lo relativo al ritmo y la intensidad de la emancipación.

El triunfo de los liberales fue progresivo e incompleto porque topó con resistencia, aunque variable, en casi todas partes. Para comprender por qué, es preciso contemplar qué más estaba pasando mientras la emancipación se difundía. En el siglo XIX, seis grandes tendencias transformaron la sociedad europea.

En primer lugar, Europa vivió una explosión demográfica desde los cerca de 190 millones de habitantes de 1800 a los cerca de 420 millones de 1900. En algunos países, el incremento fue superior: en Inglaterra, Escocia y Gales, la población total se triplicó entre 1821 y 1911; la de los Países Bajos, Dinamarca, Noruega y Alemania casi lo hizo entre 1816 y 1909-1910; la de Bélgica y Suecia creció dos veces y media. En este contexto de desarrollo, la población judía de Europa experimentó un crecimiento aún más acelerado: pasó de 1,5 millones en 1800 a 8,7 millones en 1900 (es decir, se multiplicó casi por seis). Como además la progresión fue aún más rápida donde los judíos eran más pobres y sufrían más persecución —en el imperio ruso—, esto creó una presión enorme para que los judíos se marcharan de la Zona de Asentamiento.

En segundo lugar, en Europa se produjo una industrialización general, que transformó paisajes, creó fábricas enormes, proporcionó empleo para toda aquella ingente cantidad de población, multiplicó los bienes y, en el proceso, extinguió líneas de trabajo por entero. La mayor parte de los zapatos pasó a salir de las fábricas, no de los zapateros. Los talleres textiles producían telas con más rapidez y a menor precio que los tejedores que trabajaban en sus hogares. Algunas ramas profesionales desaparecieron sin dejar rastro: ¿quién tiene hoy entre sus amigos a un tonelero o a un curtidor?, y sus trabajadores especializados, los artesanos, perdieron el sustento y vieron peligrar su posición social. Pero la producción en masa era sensible a las fluctuaciones de la oferta y la demanda, y los dueños de los telares tendían a dejar que las consecuencias recayeran sobre la mano de obra, con el resultado

de que la industrialización creó ciclos de auge y depresión, un resentimiento general, intentos de desandar lo andado —en forma de sindicatos y movimientos socialistas organizados— y una enorme tensión social.

En tercer lugar, con la industrialización llegó la urbanización: entre 1800 y 1900, la población de Londres pasó de 900.000 habitantes a 4,7 millones; la de París, de 600.000 a 3,6 millones; y la de Berlín, de 170.000 a 2,7 millones. En 1800, solo dos ciudades europeas, Londres y París, superaban el medio millón de habitantes; en 1900 eran treinta y tres, y siete de ellas superaban el millón. En todas partes, los judíos fueron partícipes destacados de esta emigración del campo a las ciudades, y su peso en las poblaciones urbanas, al tiempo que su visibilidad, tendió a ascender llamativamente, en particular en Viena, Berlín, Varsovia y Budapest.<sup>15</sup>

En cuarto lugar, una mejora muy notable en los transportes —en especial, en los trenes y los navíos de vapor— aceleró el comercio y enfrentó Europa a una competencia creciente, sobre todo en el ámbito agrícola, de regiones que se estaban empezando a desarrollar mucho, como las Grandes Llanuras de Estados Unidos o la Pampa argentina. Esto impulsó claramente a la baja los precios que los campesinos europeos podían obtener por sus cosechas. Aparte, significó que la producción artesana de algunas regiones podía resultar destruida por la producción industrial de otras. La creciente exposición a las fuerzas del mercado generó una gran inseguridad y un deseo indefinido de atribuirle a alguien la culpa de todo.

En quinto lugar, también se intensificó la democratización: hubo ampliaciones sucesivas de los derechos de sufragio —por el momento, solo para los hombres— y reducciones progresivas, aunque incompletas, en los privilegios y poderes políticos de los aristócratas. De resultas cobraron fuerza la política de masas, los partidos políticos y la prensa popular —en buena parte, tabloides—. La agitación política pasó a ser casi una constante porque los periódicos buscaban multiplicar la tirada con relatos sensacionalistas, en especial de confabulaciones misteriosas. Es la era de lo que en inglés se dio en llamar *muckraking* —la publicación de escándalos— y, en efecto, durante los últimos treinta años del siglo XIX, hubo una sucesión constante de escándalos financieros o políticos.

En sexto lugar, aunque la observancia religiosa siguió siendo importante, el siglo XIX vio crecer la laicidad tanto en el pensamiento como en la educación, una tendencia que halló una resistencia feroz por parte del papado, muchos protestantes y, en el este de Europa, la Iglesia Ortodoxa. La concepción del mundo cristiana y la piedad tradicional se vieron atacadas en campos tan dispares como la teología —donde David Friedrich Strauss emprendió el estudio histórico y crítico de Jesús— o la biología, donde Darwin propuso su teoría de la evolución de todas las formas de vida, a largo plazo, por medio de la adaptación; en los sectores más exquisitos, aquellos conceptos fueron cobrando fama de anticuados. La secularización más avanzada fue quizá la de Francia, que entre 1879 y 1886 aprobó las «leyes de Ferry», que excluían de la educación básica a la Iglesia Católica y levantaban un sistema escolar explícitamente anticlerical.

En suma, el siglo XIX fue una era de cambios rápidos y constantes que a menudo crearon desconcierto; y los cambios siempre perjudican o hacen sentir incómodo a alguien. Estaba claro quiénes eran los «perdedores»: clérigos cuyas personas y puntos de vista fueron tratados cada vez con menos deferencia; nobles que dejaron de monopolizar los cargos públicos y de tener en la tierra la garantía de hallarse entre los más ricos de la sociedad; conservadores, contrarios a los cambios por principio y, en la práctica, también al gobierno parlamentario; agricultores enfrentados a la competencia internacional y, de resultas, a una reducción de sus ingresos; artesanos expulsados de su oficio por la producción industrial; propietarios que veían con temor cómo, a lo largo del siglo, los sindicatos y partidos obreros (en especial, el socialismo) iban cobrando fuerza; incluso los licenciados universitarios, que cada vez hallaban más competencia para sus puestos profesionales. Por descontado, no todos y cada uno de los miembros de estos grupos vieron reducirse, durante el siglo XIX, su riqueza o su condición social; pero sí un gran número de ellos.

En todos estos grupos, sus miembros buscaron explicaciones a lo que estaba pasando y, más en particular, a lo que les estaba yendo mal. En tal contexto, las teorías conspirativas encontraron cierto público. Eran fáciles de entender y —entonces, como ahora— por complicadas que fueran eran muy precisas en la atribución de culpas o la identificación de quién se estaba

beneficiando, supuestamente, del proceso. Los adeptos a las conspiraciones siempre han partido del sintagma latino *Cui bono?*, es decir, «¿A quién beneficia?». En la jerga moderna, «Sigue la pista del dinero».

Entre los beneficiarios más conspicuos y destacados del universo abierto y competitivo que el liberalismo fomentaba estuvieron muchos judíos. Esto no significa que un gran número de judíos no siguiera sumido en una pobreza devastadora, en especial cuanto más al este de Europa se dirigía la mirada. Pero hubo una cantidad elevada de judíos, un número a la vez real y llamativo, que medró durante el siglo XIX y sacó partido a las oportunidades que la emancipación les proporcionaba. Fue así, en particular, en los ámbitos de la banca y el comercio y en las profesiones legales y médicas. En cierto sentido, los judíos de la Europa decimonónica desarrollaron lo que los sociólogos e historiadores han descrito como la clásica conducta de ascenso social de la primera generación de los «inmigrantes» que entraban en Estados Unidos. Los judíos recién emancipados lucharon por obtener puestos en carreras prósperas y seguras, actividades que asegurasen la propia existencia y garantizaran que la vida de los hijos sería netamente mejor que la de los padres. De hecho, la mayoría eran migrantes, al menos internos: una enorme cantidad de judíos de las provincias más orientales de la monarquía austrohúngara (Galicia, Rutenia y Bucovina) emigraron a Viena y los alrededores, donde tanto su vestimenta tradicional como el yidis —que a un alemán le podía sonar como una forma corrompida y gramaticalmente simplificada de su propia lengua— despertaron, años más tarde, la ira de Adolf Hitler. En París, buena parte de la población judía que acudió a la ciudad durante el siglo XIX procedía de Alsacia, la región fronteriza que Alemania había quitado a Francia en 1871. En Berlín hubo un influjo similar desde Posen (Posnania), una provincia oriental, de mayoría rural, de la que Prusia se había apoderado a finales del siglo XVIII.

Si hacia 1800 los judíos resultaban invisibles entre los estudiantes universitarios, los profesionales del Derecho y los médicos, y muy infrecuentes entre los líderes empresariales, en cambio en la década de 1880 ocupaban muchos de estos lugares codiciados —de forma en apariencia desproporcionada— y, a principios del siglo XX, más aún. Veamos, como ejemplo, algunas cifras de la Europa central:<sup>16</sup>

En la década de 1880, los judíos representaban tan solo el 3-4 % de la población de Austria, pero eran el 17 % de los estudiantes universitarios (y en la Universidad de Viena, un tercio); en Hungría, los judíos representaban el 5 % de la población, pero eran el 25 % de los universitarios (el 43 %, en la universidad tecnológica principal); en Prusia, el estado más extenso del imperio alemán, los judíos no llegaban al 1 % de la población (en 1910-1911), pero eran el 5,4 % de los estudiantes universitarios (y en la Universidad de Berlín, el 17 %).

Con el cambio de siglo, en Viena, eran judíos el 62 % de los abogados, la mitad de los médicos y dentistas, el 45 % de los profesores de la Universidad de Medicina y un cuarto del total de las facultades; también eran judíos cerca del 55 % de los periodistas profesionales, el 40 % de los directores de bancos con cotización bursátil y el 70 % del consejo director de la Bolsa de Viena. En Hungría, en esa misma época, los judíos eran el 34 % de los abogados y el 48 % de los médicos.

En 1912, el 20 % de los millonarios de Prusia eran judíos; en Alemania en su conjunto, los judíos suponían al 0,95 % de la población pero el 31 % de las familias más acomodadas eran judías.

Por descontado, este éxito colectivo no se explicaba tan solo como la conducta habitual de los inmigrantes que buscaban el ascenso social; también respondía a una base cultural específica. En buena medida, el éxito inicial de los judíos en las actividades comerciales fue una extensión de los pocos papeles económicos que con anterioridad se les había permitido llevar a cabo: los prestamistas se convirtieron en banqueros; los vendedores ambulantes, en tenderos, y luego dueños y directores de grandes almacenes; los mercaderes de ganado pasaron a comerciar con toda clase de bienes y valores bursátiles. Por otro lado, su prosperidad profesional se debía, y no poco, a que sus familias daban una gran importancia al aprendizaje. Quien durante la infancia se habitúa a un estudio religioso con mucha memorización y debates sobre el sentido de los textos, ¿no está especialmente bien preparado para cursar Medicina o Derecho? Quizá Albert Einstein tenía esto en mente cuando, según se cuenta, tuvo la ocurrencia de afirmar que, a juzgar por la buena

fortuna académica de los judíos en la Europa del siglo XIX, en realidad estos habían dedicado los dos últimos milenios de la historia a preparar los exámenes de acceso a la universidad.<sup>17</sup>

En la Europa del siglo XIX, la mayoría de los judíos no obtuvo el éxito y la prosperidad económica de los que acabamos de hablar, pero la cantidad de judíos, y el porcentaje relativo, creció entre quienes sí tuvieron esa buena fortuna. La cuestión no pasó por alto entre los grupos sociales que se sentían (y a menudo, se hallaban realmente) en desventaja o amenazados por el cambio y la competencia que el liberalismo favorecía; y esto generó envidias y resentimientos. A diferencia de algunos emancipadores que, decepcionados, entendían que los judíos habían desaprovechado la ocasión de igualarse a los demás, los miembros de los grupos en decadencia creían que los judíos se habían beneficiado en exceso de las oportunidades que el liberalismo brindaba. Dentro de estos grupos se dio a menudo la tendencia a confundir la correlación con la causa, y se llegó a la conclusión de que el ascenso de algunos judíos era el fruto de una conspiración de todos los judíos. Se puso en la picota a un grupo que se beneficiaba de la modernización, acusándolo de ser su principal fuerza destructiva. Por descontado, en estos reproches resuenan ecos de la tradición medieval de culpar a los judíos de las epidemias u otras catástrofes. Pero la asociación también se hacía eco de una afirmación del movimiento socialista moderno, que acusaba a los capitalistas de conspirar para maximizar su riqueza a expensas del proletariado. De hecho, en la izquierda se despreciaba el antisemitismo como un «socialismo de los necios», el sistema de creencias de quienes se confundían y atacaban a los judíos en lugar de identificar a los capitalistas como sus auténticos explotadores. En todo caso, fueran cuales fuesen las raíces medievales o modernas, existe un lazo muy próximo entre la incidencia del antisemitismo y la gravedad con que se percibía la crisis económica; al respecto corre el tópico de que el atractivo del antisemitismo asciende o decae en relación inversa con la evolución del mercado de valores.

A la hora de contrarrestar que los antisemitas asociaran a los judíos con la corrupción comercial, no ayudó el hecho de que muchos de los principales escándalos políticos y económicos de finales del siglo XIX afectaron a un número elevado de judíos. El caso más infame de Francia —el Escándalo de

Panamá, de 1888-1892— giró alrededor del soborno de numerosos funcionarios y parlamentarios, dirigido a obtener préstamos con los que financiar a una compañía francesa que aspiraba a construir un canal que atravesara el país centroamericano. Al final se puso de manifiesto la corrupción de más de un centenar de diputados, senadores, ministros y ex ministros, en un caso por el que miles de pequeños inversores perdieron sus ahorros. Pues bien, los intermediarios que compraron y pagaron a estos políticos fueron casi exclusivamente judíos, y la propaganda antisemita no desaprovechó la ocasión para atacar la supuesta codicia y egoísmo de los judíos.

En suma: cuanto más triunfaba el liberalismo, más visibles y exitosos eran los judíos, y más oído se prestaba a la explicación fácil de sus problemas entre los grupos que se sentían perjudicados o amenazados por las nuevas corrientes económicas y políticas. Esta explicación culpaba a los judíos y prometía que la situación mejoraría si se daba marcha atrás en la emancipación y se relegaba a los judíos a su condición previa, más limitada. La popularidad de este punto de vista pareció crecer con el ascenso de la prensa popular y la política de masas, dos espacios proclives a los agitadores e ideólogos. A partir de 1879, el antisemitismo tomó la palabra y se hizo oír en numerosos rincones de Europa, con un número creciente de paladines. Allí donde aparecían, figuras como la de Édouard Drumont en Francia, Georg von Schoenerer en Austria y Hermann Ahlwardt en Alemania mostraban un rasgo en común: procedían de los grupos sociales que hemos mencionado aquí como típicos casos de descontento con la evolución del mundo moderno, y se dirigían específicamente a esos grupos. Wilhelm Marr, el principal responsable de popularizar la palabra ‘antisemitismo’, fue un ejemplo casi prototípico de la frustración y el descenso social que caracterizó a los que se complacían en atacar a los judíos. A finales de la década de 1870, había fracasado de forma sucesiva como empresario, periodista, político y esposo (de una serie de mujeres judías y medio judías).

Sin embargo, la historia de la emancipación, durante el «siglo XIX largo», termina con una paradoja. A pesar de su locuacidad, antes de la primera guerra mundial la agitación apenas dio fruto a los movimientos y partidos políticos antisemitas. Es cierto que Karl Lueger hizo campaña con un

programa antisemita y obtuvo la alcaldía de Viena desde 1897 hasta su muerte, en 1910; pero a los judíos de la ciudad, en la práctica, apenas les causó perjuicio —antes al contrario, durante este período vivieron una suerte de Edad de Oro— y su popularidad era atípica. Al mismo tiempo, por ejemplo, Budapest eligió a un alcalde judío, Adam Vazsonyi, y en 1895 el Parlamento húngaro aprobó una ley que equiparaba la situación legal de la fe cristiana y la judía. De hecho, después de 1870, ni un solo estado europeo revirtió la emancipación. Lo que es más, en algunos países, como Francia, Italia y Austria, los judíos lograron acceder a varios bastiones históricos de la aristocracia: el cuerpo diplomático, el de oficiales y el profesorado universitario. Esto se debió a que, pese a los grandes efectos perturbadores del cambio y la modernización, en las décadas que precedieron a la primera guerra mundial la trayectoria que recorrió la mayoría de la población, en la Europa occidental y central, fue de una mejora constante de los niveles de vida. Hubo recesiones de vez en cuando, que fueron graves, pero por lo general breves o meramente sectoriales; afectaron en especial a áreas económicas concretas, sobre todo a los agricultores, pero solo raramente afectaron también a todas las demás. En este contexto, las quejas de los pesimistas y su denuncia de que los judíos estaban en la raíz de todos los males no cesaron nunca, pero tampoco lograron el seguimiento preciso para forzar un cambio legislativo.

Fuera cual fuese la fortaleza popular del antisemitismo en cualquier lugar dado, para los judíos este solo resultó peligroso de verdad cuando las élites, o funcionarios de primer nivel, se propusieron utilizarlo o dirigirlo para sus propios fines. Los ejemplos más famosos son el *affaire* Dreyfus, de 1894 a 1906 —en el que varios oficiales del ejército, de tendencia conservadora y ánimo interesado, intentaron colgar a un colega judío falsas acusaciones de espionaje— y el juicio del asesinato ritual de Mendel Beilis, en Kiev, en 1913.<sup>18</sup> Pese a todo, Dreyfus acabó siendo exonerado —sin olvidar que el empeño requirió varios años— y un jurado cuyos miembros no solo no eran judíos, sino que la mitad pertenecía a una organización antisemita llamada Unión del Pueblo Ruso, declaró inocente a Beilis. Así, aun cuando los

poderosos intentaban aprovechar el antisemitismo en su propio beneficio, una opinión pública enojada o avergonzada podía combatir contra ellos con éxito, y en efecto lo hizo.

A pesar de todo, en lo relativo a la fortaleza del antisemitismo, los casos de Dreyfus y Beilis transmitieron un mensaje ambiguo. Hay pruebas convincentes —como ya señaló Barbara Tuchman en la década de 1960, y algunos otros autores desde entonces— de que el hecho de que fuera judío no fue la causa única, ni la principal, de que se acusara al capitán Alfred Dreyfus, del Estado Mayor del ejército francés, de espiar para la embajada alemana en París. En efecto, otros dos factores tuvieron al menos la misma importancia: su letra se parecía mucho a la del documento más comprometedor en la materia, el famoso *bordereau* que una limpiadora encontró en una papelería de aquella embajada; y Dreyfus era una persona bastante distante y engreída, muy dada a jactarse de su riqueza. El cuerpo de oficiales francés era monárquico, católico y antiliberal, pero como término medio, durante el medio siglo que precedió a la primera guerra mundial, un 3 % de los oficiales eran judíos, lo que demuestra que la institución no era francamente antisemita, pues la cifra multiplicaba por entre treinta y sesenta el porcentaje que los judíos representaban en el total de la población del país.<sup>19</sup> En otras palabras: en 1894, los superiores e iguales de Dreyfus en el ejército empezaron por volverse con gran ímpetu en contra de él por tres razones: necesitaban un culpable, la prueba de la letra parecía verosímil y personalmente aquel hombre les disgustaba. Insistieron en la acusación porque temían que dar marcha atrás avergonzaría al ejército y no querían dañar su prestigio. Quien convirtió el origen de Dreyfus en la cuestión central del caso fue la prensa más zafia y antisemita, no el ejército; de hecho, en el juicio los fiscales ni siquiera mencionaron el judaísmo. En el momento de la condena de Dreyfus —en un procedimiento que se manipuló de forma vergonzosa—, incluso varias figuras muy destacadas del judaísmo francés, al igual que Jean Jaurès, el líder socialista que luego fue uno de los más vigorosos defensores de Dreyfus, creían que era culpable.

Otro hecho desconcertante es que el hombre que primero identificó a otro posible espía, más verosímil en ese papel, dentro del Estado Mayor General, y cuya acción acabó conduciendo a la exoneración de Dreyfus, era

exactamente la clase de persona que se solía asociar con los persecutores. El héroe en cuestión, el coronel Georges Picquart, era un católico conservador con claros prejuicios contra los judíos. Lo mismo cabe decir del capitán Louis Cuignet y el ministro de la Guerra Godefroy Cavaignac, los hombres que denunciaron al perjuro que había desviado la atención del otro sospechoso de Picquart. Por último, Émile Zola, el famoso escritor que encabezó la cruzada que liberó a Dreyfus, elaboró formas de un determinismo social muy crudo, al estilo del que hemos visto anteriormente en este capítulo, que en ocasiones rondaba el antisemitismo. Zola luchó por Dreyfus no para defender a un judío perseguido, sino para enfrentarse a los católicos, reaccionarios y militaristas a los que él atribuía la persecución de Dreyfus. Zola y los principales defensores de Dreyfus, en palabras de un observador perspicaz, eran «enemigos de los antisemitas, no del antisemitismo».<sup>20</sup> El caso Dreyfus levantó, y dejó como legado mucho antisemitismo, pero ni se desarrolló estrictamente según líneas partidistas ni se resolvió como una victoria neta frente a los prejuicios.

En cuanto a Mendel Beilis, al parecer cayó en la trampa de un grupo local que pretendía aplacar a la opinión pública de Kiev, a lo que se sumaron varios ministros de Moscú que apelaban al arraigado antisemitismo del zar Nicolás II. Estas personas atribuyeron a Beilis el asesinato de un adolescente de trece años, Andréi Yushchinski, cuyo cuerpo se descubrió en una cueva de las afueras de Kiev, por dos razones meramente circunstanciales: en primer lugar, lo habían apuñalado de formas que, supuestamente, facilitaban extraer la sangre, como en la clase de asesinatos rituales de los que hablaba el «libelo sangriento»; en segundo lugar, Beilis era propietario de una fábrica de ladrillos situada cerca de la cueva, y era judío. Ahora bien, a diferencia de lo ocurrido con Dreyfus, aquí casi nadie dio crédito al engaño. Desde el principio, los periódicos locales pusieron en duda las alegaciones, y un detective municipal no tardó en hallar pruebas que relacionaban el asesinato con una banda local. Al parecer, esa banda había obtenido un botín cuantioso durante los pogromos de Kiev de 1905 a 1906, y confiaba en promover otra serie de ataques descuartizando un cuerpo de tal forma que se apuntara a un asesinato ritual y se pusiera dirigir las sospechas contra un judío. Una vez más, como en el caso Dreyfus, muchos de los defensores de Beilis en la zona

eran antisemitas que, sencillamente, odiaban a los que atacaban a Beilis más de lo que odiaban a los judíos, y entendían que lo que estaba en juego no eran tanto los derechos de los judíos como la integridad de su propio grupo.

En las décadas que precedieron a la primera guerra mundial, la combinación imperante de, por un lado, constante agitación antisemita y, por otro, crecimiento general de los derechos y las oportunidades de los judíos, explica en buena medida dos procesos paralelos que se desarrollaron entre los judíos y eran reflejo especular de lo que estaba pasando entre otros europeos. Me refiero con esto al origen del sionismo, un movimiento lanzado por Theodor Herzl en 1897, que aspiraba a encontrar una patria para los judíos — una aspiración centrada pronto en Jerusalén— y surgió en reacción al duradero antisemitismo, y al hecho paralelo de que ese movimiento, durante las primeras décadas del siglo, obtuviera muy poco respaldo entre los judíos. Aunque era ruidoso y obsesivo, el antisemitismo fracasó no solo en su empeño de doblegar la voluntad de los gobiernos, sino también en el intento de sembrar el pánico entre los judíos y hacerles creer que su único futuro sostenible pasaba por fundar un país propio. La persistencia del antisemitismo hizo que millones de judíos abandonaran la Europa oriental entre 1880 y 1910, pero solo raramente con rumbo a Palestina; la inmensa mayoría se dirigió a Estados Unidos.

Volvamos a la pregunta con la que este capítulo empezaba: «¿Por qué los judíos?». Porque una antigua tradición de culparles de los desastres, tanto presentes como posibles —una tradición profundamente arraigada en la superstición y la rivalidad religiosa— persistió durante la Edad Moderna e incluso adoptó nuevas formas en los siglos XVIII y XIX. Esta tradición, con sus adaptaciones, pudo ir creciendo o menguando según lo hacía el impulso culpabilizador. En la década inmediatamente anterior a la primera guerra mundial, este impulso culpabilizador pareció dirigirse sobre todo por otros canales, en particular los de la guerra de clases, de forma que por lo general los estallidos antisemitas no pasaron a mayores. En el centro del continente europeo, los territorios que dieron origen al imperio alemán en 1871 y a la República de Austria en 1918 siguieron representando, para los antisemitas,

focos de agitación, pero también de frustración. A continuación veremos por qué fue así y por qué la situación empeoró durante la guerra y en los años posteriores.

## Los atacantes: ¿por qué los alemanes?

Nada más concluir los asuntos de Dreyfus y Beilis, si se hubiera preguntado a cualquier europeo qué país consideraba más probable que, en el futuro, persiguiera a los judíos, sin duda habría respondido mencionando a Francia o Rusia. Sin embargo, en el segundo cuarto de siglo, donde más se atormentó a los judíos de Europa fue en Alemania. Para explicar este hecho debemos examinar una historia sumamente contradictoria.

### NACIÓN Y *VOLK*

Una forma de acercarse a estas contradicciones quizá sea recordar que Alemania es el país centroeuropeo por excelencia. En el siglo XIX esto era cierto no solo desde el punto de vista geográfico —mirando hacia el este desde el oeste—, sino también con respecto a la estructura política y la fuerza relativa del antisemitismo. Los estados situados al oeste de Alemania, en particular Gran Bretaña, Francia, Holanda y Bélgica, eran todos ellos países más democráticos que el imperio alemán que cobró vida en enero de 1871. Eran repúblicas o monarquías constitucionales cuyos parlamentos, elegidos por sectores de la población cada vez más extensos, escogían a los gobiernos y primeros ministros que adoptaban las decisiones más importantes (que no correspondían, por lo tanto, a reyes o reinas). Al este, por el contrario, el imperio ruso era la última autocracia de Europa: un estado en el que el zar afirmaba gobernar en solitario por derecho divino. En Rusia no hubo

Parlamento hasta 1906, y después el zar todavía se arrogaba el derecho a disolver la Cámara a capricho y nombrar a los ministros sin atender a las preferencias de los representantes.

Según la Constitución alemana de 1871, esta nación era un híbrido, tanto política como constitucionalmente: una mezcla de los dos sistemas. Por un lado, contaba con un parlamento —el Reichstag— elegido por el electorado más extenso de toda la Europa del momento: todos los ciudadanos varones de más de veinticinco años, con voto (en teoría) secreto. Por otro lado, esta Cámara gozaba de unos poderes muy limitados: podía determinar el presupuesto nacional cada año, pero entre el 75 y 89 % de los fondos de uso militar solo podían debatirse y autorizarse en el Parlamento cada siete años (después, cada cinco), y el gobierno podía suscribir préstamos sin el permiso de la Cámara. En otras palabras, el poder de gestión económica, que es el fundamento de la autoridad del Legislativo, estaba seriamente restringido. El Parlamento no seleccionaba al primer ministro («canciller»); lo hacía el káiser (emperador), que gozaba también del poder en exclusiva de declarar la guerra en respuesta a un ataque y de dirigir el ejército. El imperio alemán que duró de 1871 a 1918, en suma, era un país autoritario y militarizado dotado de los recursos de la democracia; un país que fundía elementos de la forma de gobernanza que había prevalecido en Europa antes de la Revolución Francesa (y aún imperaba en Rusia) con la variedad más reciente del gobierno parlamentario que se había desarrollado en Gran Bretaña durante el siglo XVIII y en el continente a partir de 1789.

Algo similar cabe afirmar sobre el antisemitismo del estado recién unificado. Si fechamos el período de la emancipación posnapoleónica entre 1815 y 1918, entonces en Alemania, la igualdad legal de los judíos — aprobada en 1869 para los dos tercios más septentrionales del país, y en 1871 para el reino en su conjunto— cae casi exactamente en la mitad de ese período. Fue un hito posterior a la emancipación de los judíos en casi todos los países situados al oeste o al norte de Alemania, y anterior a la que se dio en la mayoría de los países emplazados al sur o al este, con la excepción de Austria-Hungría. Alemania ocupaba una posición intermedia no solo

temporalmente, sino también en las formas y amplitud de la emancipación, que fue más completa que en las naciones del este del país, y menos que en las del oeste o el sur.

Otro rasgo distintivo de la Alemania del siglo XIX determinó el calendario y a la vez influyó en la amplitud de la emancipación en este país. Alemania no solo se hallaba en un lugar intermedio, sino que, desde el punto de vista de sus ciudadanos, era una *verspätete Nation*: una «nación tardía». Al igual que en Italia, que tampoco completó la unificación nacional hasta 1870, la palabra «Alemania» no había sido hasta entonces más que un concepto geográfico. Hasta 1806 existió lo que se conoce como «Sacro Imperio Romano de la Nación Alemana», que sin embargo, para ser más fiel a la realidad, debería haberse denominado «de las Naciones Alemanas», pero era una asociación muy laxa, bajo un monarca único, de muchas entidades que gozaban de una gran autonomía; y *muchas* quiere decir, de hecho, 1.789 (en 1789). En su gran mayoría, los alemanes no se consideraban *alemanes*, sino por ejemplo bávaros, prusianos, hessenses o westfalianos; la mayor parte de los nombres de esos ducados y reinos procedían de los nombres latinos de las tribus que habían habitado el lugar muchos siglos atrás: bávaros por los *bajuvarii*, prusianos por los *borusii*. Si durante el siglo XIX se desarrolló cierto sentimiento nacionalista alemán fue como reacción al hecho de ser conquistados por Napoleón, y como rechazo a la ocupación francesa; este sentimiento cristalizó en torno a la única idea que podía unir tantas diferencias: la noción de que todas las tribus estaban relacionadas y formaban parte de un pueblo (*Volk*) común.

El padre fundador de esta forma de pensar fue Johann Gottfried Herder, que escribió sus obras más relevantes antes de que los ejércitos de la Revolución Francesa llegaran a Alemania y falleció cuando estos ocupaban el territorio.<sup>1</sup> Herder sostuvo que las nacionalidades están «maravillosamente separadas ... por lenguas, inclinaciones y caracteres», y que cada una posee una esencia, un conjunto especial de características centrales que se dan en casi todas las personas que nacen en su seno. No era un autor hostil a los judíos; aunque insistió en que había diferencias nacionales perdurables arraigadas en las distintas lenguas, se negó a plantear jerarquías de lenguas y pueblos. «Cada nación lleva dentro de sí su propio estándar de perfección»,

dijo. Pese a todo, su glorificación sentimental de las virtudes inmutables del *Volk* alemán, junto con su insistencia en la idea de que «toda perfección humana es nacional», favoreció que el nacionalismo alemán se caracterizara por exaltarse a sí mismo.

¿Qué rasgos en común, precisamente, tenía en común ese *Volk*? Dar respuesta a esta pregunta fue la gran tarea de los pensadores nacionalistas alemanes durante los primeros años del siglo XIX. Se esforzaron por identificar —quizá «inventar»— una naturaleza alemana colectiva, que empezaron definiendo por aquello a lo que los alemanes de los primeros años del siglo se oponían de forma colectiva: los conquistadores franceses y las ideas que habían traído consigo y representaban. Así, como la emancipación de los judíos se había importado de Francia, muchos nacionalistas alemanes la rechazaron considerándola el producto de un espíritu extranjero. Uno de los primeros exponentes de este rechazo fue el filósofo Johann Gottlieb Fichte, que en 1808 dio una serie de conferencias que se publicaron con el título de *Discursos a la nación alemana*.<sup>2</sup> En Fichte, la hostilidad contra los judíos fue anterior al nacionalismo; a finales de la década de 1790 había descrito a los judíos como «un estado dentro del Estado» y se había expresado en contra de la emancipación. En 1808 alegaba sin más que «convertir a los judíos en ciudadanos alemanes libres sería perjudicial para la nación alemana» e identificó el antisemitismo con el patriotismo alemán. En cuanto a la naturaleza de la germanidad, la hizo corresponder con las virtudes heroicas y marciales que Tácito había atribuido a las tribus alemanas mil setecientos años antes.

Durante los últimos años de la ocupación francesa, los hermanos Grimm empezaron a recopilar cuentos populares como fuentes de la esencia de la germanidad. Aunque no era una empresa explícitamente antifrancesa ni antisemita, de forma implícita sí pretendía excluir. Su objetivo era determinar las cualidades humanas que de manera intrínseca, continua y definitiva eran alemanas; cualidades que, a partir de las teorías de Herder, ninguna otra nacionalidad podía poseer o combinar del mismo modo. Irónicamente, los cuentos más famosos que los Grimm reprodujeron —los que conocemos como «Blancanieves», «Caperucita Roja» y «La bella durmiente»— eran de origen francés.<sup>3</sup> A los hermanos se los contaron habitantes de Hesse que

descendían de hugonotes, esto es, inmigrantes franceses de religión protestante, lo que por sí solo ya pone de relieve cuán artificial era la pretensión de los Grimm de maximizar las diferencias nacionales y étnicas. Aun así, hacia mediados del siglo XIX esta clase de pensamiento se encarnó en un panfleto como *El judaísmo en la música*, de Richard Wagner.<sup>4</sup> Este ensayo aseveraba que las auténticas obras de arte de la música eran el producto del más profundo espíritu alemán, al que los judíos no tenían acceso; por eso —concluía— los judíos solo podían crear obras de arte superficiales y artificiales. La misma noción de *Kultur* («cultura», pero la específicamente alemana) se había convertido en un preciado don de nacimiento que nadie ajeno a lo alemán podía heredar o ejercer.

Por todo esto, el sentimiento nacional alemán fue algo distinto del que se desarrolló en Gran Bretaña y Francia. En Gran Bretaña, el principio unificador era una monarquía protestante que incluía la pertenencia a diversas etnias reunidas: ingleses, galeses y escoceses de Escocia y del Úlster. En Francia, a partir de 1789, el factor de cohesión fue la lealtad a la nación, ya fuera esta república, imperio o reino, y la ciudadanía estaba abierta a cualquiera, independientemente de su raza, creencia o color de piel. Los manuales de lectura de los escolares franceses quizá empezaran con las palabras «Nuestros antecesores los galos», pero la ciudadanía dependía de la lealtad, no del origen, y en principio, todo aquel que nacía en territorio francés era igual a todos los demás. En Alemania, y en los múltiples estados que precedieron a la unificación, la ciudadanía era más exclusiva; procedía de los padres, no del lugar en el que uno accidentalmente naciera, y por lo general era difícil que los inmigrantes o extranjeros la adquirieran.

Estos procesos conceptuales ayudan a explicar que, en la Alemania posterior a la caída de Napoleón, la emancipación fuera contestada, y que entre 1828 (cuando el reino de Wurtemberg fue el primer estado alemán que aprobó una emancipación de efecto duradero) y 1864 (cuando la ciudad de Fráncfort fue la última en hacerlo antes de que, en 1869, la igualdad civil se difundiera por todo el norte de Alemania y, dos años después, por todo el sur) se desarrollara con relativos contratiempos y lentitud. El proceso necesitó cuarenta y tres años para desplegarse por completo, porque chocaba con una resistencia importante. A veces la resistencia adoptó formas violentas, como

en los disturbios de Hep-Hep, que empezaron en Wurzburg y Fráncfort en 1819, duraron dos meses y se hicieron extensivos a otras treinta ciudades.<sup>5</sup> Los instigadores eran pequeños comerciantes y artesanos enojados con la idea de dar la ciudadanía a los judíos, lo que a su entender ampliaría la competencia. Uno de los portavoces de las algaradas, el escritor Hartwig von Hundt-Radowsky, declaró que dar a los judíos «la libertad de elegir su profesión ... es a la vez darles licencia para que suman a los cristianos en la miseria».<sup>6</sup> Por lo general, la resistencia no pasaba de ser retórica; ello no obstante, era una retórica apasionada. Como ejemplos representativos cabe citar algunos poemas de Heinrich Hoffmann von Fallersleben, que también escribió las palabras del que ha sido el himno nacional de Alemania desde 1922; y las numerosas peticiones que se elevaron ante el Parlamento de Fráncfort en contra de la igualdad de los judíos, cuando la Cámara se reunió en 1848 con el objetivo —finalmente frustrado— de redactar una Constitución para una Alemania unificada. En general, estas súplicas procedían de ciudades pequeñas y comunidades agrícolas rurales; en su mayoría hacían asimismo especial hincapié en las quejas tradicionales sobre el supuesto afán especulador de los judíos. Cada vez que se producía, y donde quiera que fuese, la resistencia a la emancipación mostraba sin embargo un tema unificador: son fundamentalmente distintos a nosotros —menos honrados y menos espirituales— y nunca llegarán a ser como nosotros.

Pero la emancipación llegó, y lo hizo en paralelo a la unificación nacional, entre 1867 y 1871, porque los liberales eran los principales defensores parlamentarios de las dos causas. Para los liberales, en efecto, conseguir una representaba insistir en la otra. A Otto von Bismarck, el líder prusiano conservador que planeó las tres guerras contra Dinamarca, Austria y Francia que forjaron la unificación alemana, le pareció primero conveniente colaborar con los liberales, por lo que aceptó que se diera a los judíos la plena igualdad civil y política. Pero Bismarck no era liberal ni, en general, aficionado a la igualdad política. Era un feroz defensor de su casta aristocrática, la de los Junker prusianos, y estaba resuelto a proteger sus intereses económicos y preservar lo que era casi un monopolio de los puestos clave del gobierno y las fuerzas armadas.

Al igual que la emancipación se hizo realidad a lomos de la unificación nacional, la reacción en contra cobró más fuerza cuando las consecuencias económicas de la unificación empezaron a parecer negativas. En 1873, la bolsa alemana, que un colosal influjo de capitales de inversión (en forma de indemnización de los franceses derrotados) había impulsado al alza, sufrió un desplome abrupto. En la historia alemana, el hecho se conoce como «el Crac de los Fundadores» (*Gründerkrach*), porque se produjo muy poco después de la fundación del imperio unificado. Lo desencadenó el hundimiento de unas acciones ferroviarias promovidas por Bethel Henry Strousberg, un empresario bautizado en el cristianismo, aunque de origen judío. Un año después, el periodista Otto Glagau publicó una serie de artículos en el popular semanario *Die Gartenlaube*, donde defendía que la crisis se había debido a la manipulación de agentes bursátiles que «en un 90 %» eran judíos. El periódico católico *Germania* se apresuró a hacerse eco de la acusación y en 1877 Glagau recogió los artículos en un libro en cuya introducción se afirmaba, en tono virulento:

Nunca más deberíamos tolerar que los judíos se abran paso a empujones hasta el primer plano ... A los cristianos nos están marginando sin cesar, nos empujan contra la pared, nos dejan sin el aire que respiramos ... De hecho, nos dominan ... ejercen una influencia extraordinariamente malsana ... En toda la historia del mundo no se conoce otro ejemplo de pueblo indudablemente degenerado, en lo corporal y lo psíquico, que simplemente por el engaño y la astucia ... gobierne sobre el mundo al completo.<sup>7</sup>

Entre tanto, el principal periódico conservador de Alemania, el *Kreuzzeitung*, había intervenido en la cuestión. Mediado 1875 publicó cinco artículos que afirmaban estar revelando cómo la orientación de los negocios y el gobierno alemán actuaba «casi exclusivamente a favor de nuestros conciudadanos de fe mosaica y nacionalidad judía»,<sup>8</sup> en buena medida porque las decisiones que se adoptaban las dirigía en secreto un banquero judío de Berlín, Gerson von Bleichröder, que era consejero de Bismarck. En 1876, por último, el primer secretario general del Partido Conservador Alemán, que era el vehículo político de los terratenientes y las regiones agrícolas —un hombre llamado Carl Wilmanns— proporcionó a esta escuela antisemita un eslogan popular al titular un libro *The «Golden» International*

(«La Internacional “de Oro”»). La obra, que acusaba a los judíos de formar una conspiración adinerada, egoísta, no patriótica y transnacional, que solo buscaba la propia riqueza, tuvo seis ediciones en unos pocos meses.<sup>9</sup>

La década de 1870, en suma, pone de manifiesto la utilidad de la teoría según la cual el antisemitismo asciende o decae en relación inversa con la evolución del mercado de valores. En esa década, en efecto, cuando la bolsa se hundió, aumentó el fanatismo. Las consecuencias económicas del hundimiento bursátil —en forma de desempleo creciente y ahorros perdidos— fueron graves. El bajón coincidió con una crisis de la agricultura alemana, debida a la entrada de trigo y maíz estadounidenses a bajo precio, lo que redujo el beneficio local y llevó a exigir la instauración de aranceles por parte tanto de los terratenientes como de los simples agricultores. Todo esto generó un público favorable a las explicaciones simples, que se pudieron hallar entre la agitación antisemita de la década. Así pues, que en febrero de 1879 emergieran Wilhelm Marr y el nuevo concepto del «antisemitismo» suponen la culminación de una década de reacción cada vez más intensa contra la emancipación.

En 1879 también ocurrieron otros dos hechos relevantes en la historia del antisemitismo. En septiembre, Adolf Stoecker, capellán protestante del emperador y la corte, añadió un componente antisemita a la plataforma del Partido Social Cristiano de los Trabajadores, que Stoecker había formado para promover el sentimiento religioso y combatir el socialismo entre las clases trabajadoras de Berlín. Su motivo era más pragmático que ideológico. Mediante el llamamiento religioso, el partido había ganado pocos adeptos; por lo tanto se optó por una estrategia más atractiva para los votantes del momento: afirmar que una minoría extraña de materialistas codiciosos e inmorales amenazaba con apoderarse de Alemania y corromperla. En diciembre, Heinrich von Treitschke, profesor de historia en la Universidad de Berlín, publicó un ensayo en el que elogió la agitación antisemita de la década de 1870 como una «reacción natural de la conciencia nacional alemana contra un elemento extraño que ha ocupado demasiado espacio en nuestras vidas».<sup>10</sup> Hacia al final del texto se lamentaba: «*Die Juden sind unser Unglück!*» («¡Los judíos son nuestra desgracia!»). Los antisemitas no tardaron en convertir la frase en una acusación, como si dijéramos: «Los

judíos son la causa de nuestra desgracia». Este era el mensaje que se transmitía cuando los nazis convirtieron la frase en un eslogan grabado en las portadas de sus periódicos y los estandartes de los mítines del partido, durante las décadas de 1920 y 1930.

La invocación repetida de las palabras de Treitschke pone de manifiesto que la oleada antisemita de la década de 1870 dejó un legado duradero; pero su efecto inmediato no fue tan importante. En 1880-1881, 265.000 alemanes firmaron la «Petición de los Antisemitas», elemento central de una campaña contraria a la emancipación que pretendía prohibir la inmigración de judíos, realizar un censo de los ya presentes en el país y expulsar a todos los que trabajaban como maestros, jueces y funcionarios.<sup>11</sup> Pero la iniciativa, políticamente, representó un fracaso: el canciller Bismarck se negó incluso a dar respuesta a la petición y los propios promotores quedaron decepcionados por la cantidad de firmas recogidas. El hecho de que Treitschke se negara a darle apoyo, por su parte, demostraba que el documento iba demasiado lejos incluso para voces que ya se mostraban críticas con la influencia de los judíos. En las elecciones berlinesas de 1881, el partido de Stoecker se vio superado con toda claridad por el Partido Progresista, favorable a la emancipación,<sup>12</sup> cuyos resultados en voto popular, en el ámbito nacional, casi duplicaron los obtenidos en las elecciones realizadas tres años antes, lo que le valió ser la segunda delegación más numerosa del Parlamento.<sup>13</sup>

Esta fue la historia del antisemitismo en Alemania antes de la primera guerra mundial, resumida como microcosmos: el movimiento levantó la voz de forma repetida y legó citas recurrentes, pero la fuerza política y las victorias legislativas fueron escasas. Entre 1887, cuando Otto Böckel fue elegido parlamentario por la ciudad de Marburgo, y 1912, año de las últimas elecciones anteriores a la primera guerra mundial, hubo una larga serie de líderes y de partidos políticos resueltos a revocar la emancipación que aparecieron y pasaron sin llegar a atraer gran número de adeptos ni aprobar ni una sola restricción de los derechos civiles de los judíos. En las diversas elecciones, como se muestra en la Figura 2, obtuvieron más fracasos que éxitos. En los siete parlamentos elegidos entre 1887 y 1912, los antisemitas solo obtuvieron 78 del total de 2.779 escaños: un 2,8 % del total. Nunca superaron, en ninguna de las siete ocasiones, más del 4 % del voto popular o

más del 5,5 % de los escaños disponibles. Por otro lado, su base electoral no solo era muy minoritaria, sino también geográficamente reducida:<sup>15</sup> de los 78 escaños, un total de 35 (el 45 %) se obtuvieron en la misma zona que eligió a Böckel: el distrito electoral de Hesse, una provincia pequeña, del centro-oeste del país, al norte de la ciudad de Fráncfort, que Prusia se había anexionado, por conquista, en 1867. En la década de 1880, la región vivía una depresión económica cuyas causas Böckel y sus partidarios creían conocer. El eslogan principal del partido era: «*Gegen Junker und Juden*» («Contra los nobles prusianos y los judíos»); nótese que el orden es significativo.<sup>16</sup> Además, de los 44 hombres que llegaron a ocupar esos 78 escaños, tan solo uno era un campesino y dos, aristócratas; los otros 41 pertenecían a lo que en Alemania se conoce como *Mittelstand*, en su mayoría, artesanos y tenderos que trabajaban para sí mismos y competían con dificultad con las fábricas y los grandes almacenes.

FIGURA 2  
*Votos antisemitas en la Alemania imperial*<sup>14</sup>

### 2.1. Para el Reichstag (Parlamento nacional)

ELECCIONES	ANTISEMITAS				CONSERVADORES	TOTAL
	<i>votos</i>	<i>%</i>	<i>escaños</i>	<i>%</i>	<i>% votos</i>	<i>% votos</i>
1887	12.000	0,2	1	0,3	15,2	15,4
1890	48.000	0,7	5	1,3	12,4	13,1
1893	264.000	3,4	16	4,0	13,5	16,9
1898	284.000	3,7	13	3,3	11,1	14,8
1903	245.000	2,6	11	2,8	10,0	12,6
1907	249.000	2,2	22	5,5	9,4	11,6
1912	300.000	2,5	10	2,5	9,2	11,7

### 2.2. Para el Landtag de Prusia (el mayor de los Parlamentos estatales)

ELECCIONES	ANTISEMITAS	CONSERVADORES	TOTAL
	<i>% votos</i>	<i>% votos</i>	<i>% votos</i>
1898	0,16	25,0	25,16

1903	0,17	19,4	19,57
1908	0,36	14,1	14,46
1913	0,31	14,7	15,01

Estos datos sugieren que, en cuanto fenómeno electoral, el antisemitismo fue ante todo un vehículo de protesta económica, que nunca gozó, por sí mismo, de la popularidad suficiente para sostener un movimiento político. Lo mismo se deriva de otros dos elementos interesantes de la sociología electoral. Primero, el único otro lugar de Alemania en el que los antisemitas obtuvieron resultados llamativamente altos fue el reino de Sajonia, una zona hoy fronteriza con la República Checa, donde se eligió a un cuarto de los diputados antisemitas. Sin embargo, de los seis escaños que obtuvieron en las elecciones de 1893, perdieron cinco antes incluso de 1903, cuando todos ellos se sumaron a la socialdemocracia de izquierdas. Segundo, vale la pena fijarse en qué les sucedió a los conservadores tras añadir un componente antisemita al programa en la convención de Tivoli, de 1892; a nivel nacional, el resultado ascendió ligeramente en 1893, pero a partir de entonces fue declinando de forma constante, y en 1912 se había perdido más de un tercio de los votos. En la votación al Parlamento prusiano, el apoyo se redujo de una forma aún más pronunciada: un 41 %. En la Alemania imperial, el antisemitismo no daba grandes réditos electorales.

¿Por qué los antisemitas alemanes pudieron producir una serie de libros superventas —como *Rembrandt als Erzieher* («Rembrandt como educador»), de Julius Langbehn, en 1890, y *Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts* («Fundamentos del siglo XIX»), de Houston Stewart Chamberlain, en 1899—, pero no dieron origen a un movimiento político nacional estable, ni obtuvieron victorias legislativas? Una de las razones fue que los líderes de los partidos antisemitas, a menudo, fueron incompetentes y corruptos, lo que generó escándalos y socavó su popularidad. Otra fue que esos líderes hallaban dificultades para colaborar entre sí, con lo que la historia del antisemitismo en Alemania se caracteriza por las fusiones y escisiones constantes, y una escasa estabilidad siquiera en los nombres de los grupos. Wilhelm Marr, al que se ha dado en llamar «patriarca» del antisemitismo alemán, era tan dado a las querellas que, en la década de 1880, acabó peleado

con prácticamente todos los demás líderes y al final repudió el antisemitismo. Al marcharse, se burló de la ideología tildándola de «negocio» que culpaba a los judíos de los problemas sociales creados por la industrialización.<sup>17</sup> En todo caso, el problema principal de los partidos antisemitas fue movilizar un descontento que nunca pasó de ser sectorial: en el período de 1887 a 1912 estuvo confinado por lo general a una o dos regiones del país, o a uno o dos grupos sociales concretos. A grandes rasgos, cuando en Hesse se pasaba mal, en Baviera o en Brandeburgo no se sufría tanto o no de la misma manera; cuando los artesanos y los campesinos se quejaban, la suerte de los obreros mejoraba. Así, en tanto que el descontento no era general y otros grupos ofrecían respuestas que a distintos colectivos les resultaban más convincentes —como el Partido de Centro a los católicos devotos, los socialistas a los obreros industriales y el Partido Conservador a los terratenientes y los luteranos piadosos—, el antisemitismo político no podía prosperar. El antisemitismo intelectual, sin embargo, era una cuestión distinta; tenía un público más amplio y general y reflejaba una tendencia constante a considerar que los judíos de Alemania no eran alemanes.

En la Alemania imperial, una peculiaridad del proceso electoral representaba una barrera más para el antisemitismo político. La Constitución alemana que regía las elecciones nacionales imponía el sufragio universal de los varones, pero los distintos estados de Alemania tenían sistemas electorales propios que a menudo privilegiaban la riqueza. Dos estados — Prusia, que representaba más del 60 % del país, hasta 1918; y Sajonia, de 1896 a 1909— ponderaban los votos de las elecciones parlamentarias y locales a partir de los impuestos que cada cual satisfacía de acuerdo con sus ingresos y propiedades. En lo esencial, independientemente de cuántos fueran, los varones que pagaban el tercio superior de los impuestos de cada distrito electoral tenían derecho a elegir a un tercio de los escaños; el segundo tercio de la fiscalidad elegía al segundo tercio del Parlamento; los que menos pagaban elegían al último bloque; los que no pagaban impuestos no gozaban del derecho a voto. Este sistema daba una influencia desproporcionada a los más prósperos. En Essen, Alfred Krupp, un magnate del acero y el carbón que había reunido una fortuna colosal, fue el único votante del primer tercio en las elecciones de 1886 a 1894, con lo cual él escogió en solitario a todos

esos representantes. En Berlín, el 10 % de la población con derecho a voto elegía al primer tercio; el reparto más habitual en los distritos electorales era 3-10 % / 10-15 % / 75-87 %.<sup>18</sup> En Prusia y Sajonia, por lo tanto, el resultado de las votaciones locales y estatales las decidía una cuarta parte del electorado, los más ricos, que conformaban tan solo el 15-20 % de la población masculina adulta. Dado que en la mayoría de las ciudades, los judíos contaban con una representación desproporcionada en los dos principales grupos impositivos, en las elecciones de los distritos urbanos y municipales su voto adquiría un peso adicional. Por ejemplo, en Fráncfort, en 1900, el 63 % de los votantes del bloque superior eran judíos.<sup>19</sup> Esta clase de repartos también actuaban en contra de los candidatos antisemitas, y animaban a otros a dar apoyo a los derechos de los judíos (al menos, de palabra). Tras la caída del imperio alemán, en 1918, el nuevo régimen republicano hizo que las elecciones alemanas fueran más uniformemente democráticas, lo que redundó en beneficio, entre otros, de los candidatos antisemitas.

A la vez que el antisemitismo ascendía y bajaba durante toda la duración del imperio alemán, se desarrolló también otra serie de tendencias contradictorias: una transformación de la población judía de Alemania, que hizo que los judíos fueran más similares, y también más distintos, al resto de los ciudadanos de la nación. Por un lado, el carácter distintivo de los judíos parecía estar desapareciendo, y los judíos parecían estar en proceso de adaptarse a la sociedad alemana, en tres sentidos. En primer lugar, los judíos de Alemania representaban un porcentaje de la población cada vez menor (en 1871 eran el 1,25 % de la población nacional total, y en 1910, el 0,95 %); a partir de 1910, cuando en Alemania vivían 615.000 judíos, también se redujo su número. Esto no se explica por conversiones al cristianismo, dado que entre 1800 y 1918 tan solo se produjeron unas 34.000. El ascenso de los matrimonios mixtos también desempeñó solamente un papel menor, pues no empezaron a incrementarse hasta los últimos años del período imperial, cuando la relación entre los matrimonios heterogéneos y los de dos cónyuges judíos pasó de 1:5 entre 1901 y 1905 a 2:5 en el período 1916-1920. La razón principal fue el descenso de la tasa de natalidad de los judíos, que acabó situándose justo por encima del nivel de reemplazo poblacional: si casi

80.000 judíos no hubieran emigrado a Alemania en los años del imperio, la población judía, entre 1871 y 1910, apenas habría crecido. Pese a que en los años próximos al fin de la primera guerra mundial se produjo un influjo de inmigrantes judíos cuya cantidad era aproximadamente comparable a la anterior, la población judía de Alemania siguió reduciéndose: en 1933 era casi un 20 % menor que en 1910.

En segundo lugar, los judíos alemanes experimentaron una aculturación creciente: manifestaron un entusiasmo cada vez mayor por la filosofía, el arte y la literatura alemanas, y participaron decididamente en la glorificación alemana de la *Bildung* (la formación cultural). Esto comportó un rápido y pronunciado declive de las escuelas judías y del uso del yidís, y la integración casi total de los judíos en el sistema educativo alemán.

En tercer lugar, la práctica religiosa de los judíos también avanzó en una dirección algo sincrética, pues Alemania fue la cuna del judaísmo reformista. Este movimiento moderó la observancia de muchas de las 613 leyes, abandonó costumbres y rituales rutinarios cuyos orígenes no parecían ser europeos, e introdujo nuevas formas de observancia: por ejemplo, que hombres y mujeres se sentaran juntos en la sinagoga, que los servicios religiosos oficiados en alemán emplearan coros y música y, a veces, que se designara como *sabbat* el domingo, y no el sábado. Así, aunque la arquitectura judía siguió siendo ciertamente particular, con su preferencia por las cúpulas y torres moriscas, en otros aspectos las diferencias observables entre las prácticas cristianas y judías menguaron con claridad.

Por otro lado, los judíos siguieron diferenciándose de los alemanes, a veces de forma creciente, de cuatro modos llamativos. En primer lugar, los judíos abandonaron las regiones orientales y rurales del país —zonas como Posen, Prusia, Hesse y el suroeste de Alemania— y emigraron a las ciudades con más celeridad que los no judíos. Así, entre 1871 y 1910, el porcentaje de ciudadanos alemanes que vivía en ciudades de más de 100.000 habitantes ascendió, en el total, de casi el 5 % a más del 21 %; en el caso de los judíos alemanes, la cifra pasó del 20 % al 58 %. En 1910, casi el 28 % de los judíos alemanes vivía en Berlín, donde representaban cerca del 4 % de la población

de la capital; en Fráncfort eran más del 6 %. Además, tendieron a agruparse en distritos particulares de las diversas grandes ciudades: en Berlín, por ejemplo, se congregaron en Mitte, Charlottenburg y Wilmersdorf.<sup>20</sup>

En segundo lugar, la tradicional concentración de los judíos en profesiones asociadas con el comercio siguió creciendo de una forma aún más pronunciada, y aun en estos ámbitos los modelos de empleo de los judíos eran muy específicos.<sup>21</sup> Así, era tres veces más probable que un judío alemán (con respecto a un alemán no judío) poseyera un negocio propio. Cerca de una cuarta parte de los judíos trabajaba en el sector de la manufactura; pues bien, de ellos, más de la mitad eran sastres. Al empezar el siglo XX, los judíos poseían el 80 % de los grandes almacenes de la nación, el 70 % de la venta de metales al mayor, y del 60 al 70 % de las tiendas del sector de la confección; y ocupaban posiciones de predominio en las industrias de la publicidad y la impresión. En la distribución regional, el 75 % de los tratantes de ganado de Franconia, Westfalia y Hesse eran judíos; lo mismo cabe afirmar de la mitad de los vendedores de cereales de Hesse y Baden. Como último dato, en 1910, los judíos suponían menos del 1 % de la población nacional, pero eran el 15 % de los juristas y el 6 % de los dentistas y médicos; entre los estudiantes universitarios, eran el 10 % en Derecho y el 14 % en Medicina. De resultas del descenso de la natalidad, todas estas cifras fueron menguando después de la primera guerra mundial, al igual que lo hizo la diferencia entre los ingresos medios de los alemanes judíos y no judíos; pero este hecho no bastó para contrarrestar la identificación general de los judíos con la prosperidad y los sectores no manuales del trabajo.

En tercer lugar, los inmigrantes judíos, en la época del imperio, se hacían notar más porque se concentraron en las ciudades. Los inmigrantes judíos venidos de Polonia, que a menudo se caracterizaban por prácticas religiosas y vestimentas mucho más tradicionales que las de los judíos alemanes, tan solo eran el 13 % de todos los judíos de Alemania, pero representaban un porcentaje mucho mayor en determinados municipios: en Leipzig, por ejemplo, el 67 %; en Dresde, el 53 %; en la metrópolis berlinesa, el 15 %.<sup>22</sup> Llamaban la atención y crearon la falsa impresión de que se estaba produciendo un influjo masivo de extranjeros. A partir de 1914, solo accedieron a Alemania entre 90.000 y 100.000 judíos más, pero su

visibilidad, unida a la concentración aún mayor en lugares como Berlín y Leipzig, tuvo el mismo efecto y dio origen a una auténtica psicosis —que los antisemitas no desaprovecharon— sobre una supuesta «avalancha» de judíos.

Por último, los judíos también manifestaban cierta diferencia en la política, en relación con sus compatriotas: en comparación con estos, era ciertamente más habitual que votaran por la izquierda moderada. En el imperio, esto significaba que daban su apoyo, cada vez más, a los progresistas; tras la primera guerra mundial, que votaban mayoritariamente al Partido Democrático; con el declive de esta agrupación, durante la Depresión, fueron pasando a la socialdemocracia del SPD. Según ha escrito Amos Elon en referencia a la burguesía judía: «vivían como banqueros pero votaban como obreros oprimidos e intelectuales de izquierda».<sup>23</sup>

Una vez más, Alemania fue un espacio intermedio: los judíos nacidos en el país estaban menos integrados en la sociedad que los de los países occidentales, pero más que los orientales. Aunque la aculturación no era en absoluto desdeñable, los judíos, en determinados aspectos, siguieron distinguiéndose de los demás alemanes. Asimismo, aunque el antisemitismo fracasó en los campos electoral y legislativo, en los ámbitos administrativo y sociocultural obtuvo varios triunfos: por ejemplo, la restricción clara que el Reich impuso a la inmigración y naturalización. La mayor parte de los judíos que emigraron a Estados Unidos en la década de 1890 y los primeros años de la siguiente embarcaron en los puertos de Hamburgo y Bremen. Para llegar a estos puertos, viajaban en trenes que se sellaban en cuanto entraban en Alemania desde la Polonia rusa, y se dirigían directamente a unos embarcaderos prolongados construidos en los muelles específicos de las líneas transoceánicas. Por detrás del último vagón, antes de que los pasajeros pudieran descender de los trenes para subir a bordo de los navíos, unas grandes puertas de acero evitaban que nadie pasara a Alemania por la vía más directa. Casi 80.000 judíos de la Europa oriental accedieron a Alemania entre 1871 y el inicio de la primera guerra mundial, en 1914, pero el Reich hizo cuanto pudo por limitar su número y, al mismo tiempo, restringir las posibilidades de que los inmigrantes adquirieran la ciudadanía.

Otra manifestación de antisemitismo persistente fue el modo en que Alemania combinó la igualdad legal formal con una notable discriminación profesional y social. La «Petición de los Antisemitas» quizá fuera un fracaso político, pero el 41 % de los estudiantes de la Universidad de Berlín la firmaron y derivó en la fundación de la Asociación de Estudiantes Alemanes (Verein Deutscher Studenten), una organización de popularidad creciente que aspiraba a excluir de la mayor parte de la vida estudiantil tanto a los judíos como a los hijos de los conversos. En 1896, la asociación nacional de las sociedades universitarias alemanas prohibió que se iniciara a judíos. En 1910, el ejército austrohúngaro contaba con unos 2.000 oficiales judíos;<sup>24</sup> el francés, con 720; el italiano, con 500; el ejército prusiano, en cambio —que representaba la gran mayoría de las fuerzas armadas del Reich—, no tenía ninguno y vetaba también la presencia de oficiales judíos en las unidades de la reserva. Por lo general, los judíos no podían ocupar las posiciones más prestigiosas de la enseñanza: en las facultades de educación secundaria de Prusia, en 1910, tan solo había 12 judíos. Ese mismo año, tan solo el 2 % de los profesores universitarios de Alemania eran judíos, y casi todos ellos, en los campos médico y científico.<sup>25</sup> Así, el antisemitismo no se institucionalizó en las leyes, pero sí en la élite y en la sociedad conservadoras. Según ha demostrado Shulamit Volkov, el antisemitismo quedó integrado en el «código cultural» de los conservadores y la derecha alemanes;<sup>26</sup> se incluyó en la responsabilidad —que estos se atribuían— de defender los valores tradicionales frente a las ideologías del liberalismo, el materialismo y el internacionalismo.

Pese a todo, en vísperas de la primera guerra mundial, el viento parecía soplar a favor de los judíos alemanes. El sistema de votación de las tres categorías aseguraba que los intentos de excluir a los judíos de determinadas profesiones, a nivel local —por ejemplo, impedirles ejercer de maestros en la escuela primaria— tuvieran mucho menos éxito que las barreras esnobes en los niveles del gobierno y la élite. El estado prusiano había actuado con firmeza contra los últimos estallidos de acusaciones de asesinato ritual —en Xanten, en 1891, y Konitz, en 1900; en este último caso llegó a enviar tropas para sofocar disturbios antisemitas— y los judíos inculpinados habían quedado absueltos.<sup>27</sup> Algunos grandes industriales judíos, como Walther

Rathenau, director de la eléctrica AEG, y Alfred Ballin, jefe de la naviera HamburgAmerika, estaban accediendo al séquito del emperador (no así sus esposas judías, a las que no se invitaba a la corte).<sup>28</sup> Las elecciones de 1912 erradicaron a los partidos antisemitas y enviaron al Parlamento a más judíos que en los treinta años anteriores.<sup>29</sup> El número de diputados de origen judío llegó a diecinueve, pero no solo eso: algunos pertenecían al Partido Progresista y otros al Partido Liberal Nacional, que hacía dos décadas que no proponían a judíos en sus listas. Muchas personas, tanto judíos como no judíos sin prejuicios, tenían la confianza de que el antisemitismo era una simple *Kinderkrankheit*: una enfermedad infantil que una sociedad alemana cada vez más madura estaba dejando atrás.<sup>30</sup>

Estas expectativas se derrumbaron por completo con el cataclismo de la primera guerra mundial. El punto de inflexión llegó en 1916, cuando el Alto Mando alemán, en el afán desesperado de excusarse por la situación militar de unas tablas letales, autorizó el infame «recuento de judíos» (*Judenzählung*).<sup>31</sup> Los generales esperaban demostrar la veracidad de las acusaciones que los antisemitas formulaban en el Parlamento: que los judíos evitaban cumplir con su deber militar y este escaqueo explicaba que el ejército no lograra la victoria. En la práctica, el censo demostró lo contrario: que los judíos, en comparación con el porcentaje que suponían entre la población nacional, estaban ligeramente sobrerrepresentados en las fuerzas armadas: unos 100.000 judíos prestaban servicio en el ejército alemán, 80.000 de ellos en combate; 35.000 habían sido condecorados y 12.000 habían perdido la vida. Los jefes militares, decepcionados con el resultado, lo ocultaron; se negaron a refutar las cifras incompletas que se habían filtrado a la prensa antisemita; y permitieron que el brazo político del ejército, el Partido de la Patria, retomara la acusación de que los judíos huían del reclutamiento. En cierto sentido, este episodio fue el «caso Dreyfus» de Alemania: otro ejemplo en el que una institución de élite —de nuevo, el ejército— recurría al antisemitismo en el intento de tapar el propio fracaso con vitriolo antijudío. En esta ocasión, sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en Francia, no surgió un movimiento contrario dispuesto a exponer la mentira y desacreditarla en público, con lo cual el asunto tuvo efectos aún más duraderos que en el país vecino. Entre estos efectos no hay que olvidar

un párrafo de *Mein Kampf* en el que Hitler afirma que, tan solo con que 12.000 o 15.000 judíos más hubieran tenido el coraje de sucumbir ante los gases venenosos del frente, Alemania habría vencido en la primera guerra mundial y muchos menos soldados habrían perdido la vida.<sup>32</sup>

Los efectos tóxicos de este nuevo libelo contra los judíos —mejor dicho, de los cuarenta años acumulados de agitación y vilipendio incesantes— se hicieron evidentes antes incluso de que la primera guerra mundial concluyera con la derrota y humillación de Alemania. En febrero de 1918, el káiser Guillermo II había llegado a la convicción de que una conspiración judía internacional controlaba todas las fuerzas que le hacían frente. Entre tanto, Erich Ludendorff, uno de los dos principales altos mandos militares de Alemania, había empezado a sopesar la expulsión de dos millones de judíos de la zona de Polonia que planeaba anexionarse tras la victoria; a su juicio, desde un punto de vista político, no se podía confiar en ellos.<sup>33</sup> Después de que Alemania se viniera abajo, en otoño de 1918, los que ansiaban desesperadamente que las culpas recayeran en quien fuera o lo que fuese, antes que los líderes o las fuerzas armadas de la nación, se hicieron eco de las acusaciones que causaron el recuento de judíos y convirtieron a estos en chivos expiatorios —al igual que a los liberales e izquierdistas—, culpándolos de haber socavado la fortaleza militar de la nación.

Estas afirmaciones encontraron un público más extenso que nunca porque la sensación de crisis había dejado de ser sectorial: era nacional. El efecto combinado de las condiciones del tratado de Versalles y la enorme deuda que el país había contraído para librar la guerra, el difícil proceso de desmovilización del ejército y la conversión de la economía a un período de paz, más la enorme carga de sostener a los veteranos y las viudas no tardaron en elevar el desempleo y desbocar la inflación. En 1923, la divisa alemana valía menos incluso que el papel en el que se imprimía y la nación vivía años muy agitados. Esto abrió las puertas al uso político del antisemitismo en Alemania, como se refleja en la Figura 3, que muestra que el voto a los partidos de orientación netamente antisemita ascendió del 10,3 % de 1919 (un poco menos de lo que representaba en 1912) al 26 % de principios de 1924. Al mismo tiempo, y hasta finales de la década de 1920, se incrementó no solo la violencia general de origen político, sino también la comisión de

actos violentos contra personas judías concretas.<sup>34</sup> Ahora bien, la Figura 3 también pone de manifiesto que la oportunidad pasó, y el voto antisemita volvió a decaer; renació de nuevo en 1930, tras el estallido de la Gran Depresión, y llegó a su culminación en 1932, después de que los principales bancos de la nación hubieran caído y el desempleo alcanzara el pico del 36 % de la población activa.

FIGURA 3

*Voto antisemita en el Reichstag en la Alemania posterior a la primera guerra mundial*<sup>35</sup>

ELECCIONES	% VOTO NAZI	% VOTO NACIONALISTA	% COMBINADO
1919	–	10,3	10,3
1920	–	15,1	15,1
1924	6,5	19,5	26,0
1924	3,0	20,5	23,5
1928	2,6	14,2	16,8
1930	18,3	7,0	25,3
1932	37,4	6,2	43,6
1932	33,1	8,9	42,0

#### UNA OCASIÓN FAVORABLE A HITLER

La estadística de la Figura 3 sugiere que el antisemitismo revivió en Alemania durante la década de 1920, y este proceso plantea dos preguntas que no es sencillo responder: ¿cómo una obsesión política contraria a la emancipación de los judíos pudo pasar de ser un movimiento habitual, pero sin éxito, antes de 1918, a obtener la victoria en 1933? Y en segundo lugar, ¿cómo este odio pudo triunfar en una época en la que estaban menguando tanto la posición relativa como incluso el número mismo de los judíos de Alemania?

La respuesta a estas preguntas hay que buscarla, ante todo, en el hecho de que los problemas que Alemania afrontaba después de 1918 eran de una naturaleza distinta: ya no eran episódicos y sectoriales, sino continuos y nacionales; por lo tanto, daban origen a un sentimiento de crisis muy generalizado que incrementaba el apoyo a las posiciones de extremos y las

explicaciones simplistas. El resto de este capítulo se centra en esta crisis y en el modo en que el Partido Nazi y Adolf Hitler llegaron a ser sus beneficiarios últimos.

Pero la respuesta no radica solo en la profundidad y extensión de la crisis que Alemania sufría. Acabada la primera guerra mundial, el antisemitismo resurgió también gracias a otro impulso esencial, tanto aquí como en otros muchos países europeos: la asociación de los judíos con el espectro de la revolución comunista. En 1917, cuando los bolcheviques llegaron al poder en Rusia, varios judíos destacaban entre sus líderes. León Trotski es el más famoso, pero no estaba solo, y los partidarios del zar — incluidos varios miles que huyeron de la revolución a diversos países de la Europa central y occidental— hicieron hincapié en este hecho. Judíos como Rosa Luxemburgo, Kurt Eisner y Bela Kun ocuparon posiciones de liderazgo en las revoluciones de Alemania y Hungría entre 1918 y 1919, y sus oponentes insistieron en este hecho para calificar los cambios de régimen de imposiciones extranjeras que confirmaban la amenaza personificada en los judíos. De resultas de ello, cristalizó una nueva variación de la vieja práctica de demonizar a los judíos como agentes de los cambios destructivos, y los antisemitas pudieron apelar a una nueva clase de miedo: el temor al comunismo.

Por descontado, hacía tiempo que algunos conservadores habían asociado a los judíos con la izquierda política; pero como síntoma de la nueva virulencia de esta práctica, y su atractivo renovado, cabe citar la repentina popularidad de una invención anterior a la guerra, pero que no había triunfado hasta entonces: los infames *Protocolos de los sabios de Sion*.<sup>36</sup> Este texto, muy desconocido fuera de Rusia antes de la Gran Guerra, afirmaba ser la transcripción de las reuniones de líderes judíos infames que pretendían fomentar la discordia entre las naciones con el deseo de incrementar el poder y la riqueza de los propios judíos. Después de la revolución rusa los leales al zar llevaron los *Protocolos* a los países occidentales, y se publicaron traducciones en un gran número de lenguas europeas que hallaron un público tan numeroso como crédulo. Así, por ejemplo, la primera edición alemana, de 1920, vendió 120.000 ejemplares. En 1921, el *Times* londinense reveló con toda clase de detalles que se trataba de una falsificación, de hecho, un

pastiche plagiado a partir de dos obras de ficción de la década de 1860: una novela del alemán Hermann Goedsche (*Biarritz*) y una sátira política del francés Maurice Joly (*Diálogo en el Infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*). Sin embargo, las revelaciones no hicieron mella en los devotos más fervientes de los *Protocolos*. Adolf Hitler defendió su importancia en *Mein Kampf*, con el supuesto argumento de que «los lamentos y gritos» sobre la falsedad del texto eran en realidad «la mejor prueba de que, a fin de cuentas, son auténticos».<sup>37</sup>

La sensación de crisis que afligió a prácticamente toda Alemania al terminar la primera guerra mundial fue a la vez emocional y material. La parte emocional se debió al modo en que la guerra acabó, que a los alemanes les resultó tan profundamente humillante como injusto. Al pedir un armisticio, derrocar el régimen imperial y obligar al káiser a exiliarse, en 1918, los alemanes creyeron que los Aliados les permitirían negociar las condiciones de paz, que se basarían en los «Catorce puntos» de Woodrow Wilson, que prometían que no habría «ni anexiones ni indemnizaciones». En cambio, los alemanes obtuvieron el tratado de Versalles, que los Aliados elaboraron por su cuenta y ofrecieron a Alemania en 1919 en formato de «lo tomas o lo dejas». Para los alemanes, no se trató tan solo de un *Diktat* —el dictado de los vencedores—, sino que además privó al país del 10 % de su territorio y gran parte de sus fuerzas armadas, estigmatizó a Alemania con una cláusula que le adscribía la responsabilidad exclusiva por el estallido de la guerra e impuso unas compensaciones económicas para Francia y Bélgica que primero no se especificaron, pero acabaron representando una factura astronómica. Así, los alemanes, fuera cual fuese su orientación política, se sintieron, como afirma una expresión popular en esta lengua, *belogen und betrogen*: les habían mentado y engañado. Pero ya habían desmovilizado al ejército, según exigía el alto el fuego, con lo que el gobierno alemán no tuvo alternativa a firmar un documento que su pueblo nunca consideró legítimo. Esto hizo que entre los alemanes, desde 1918, se instalara una especie de mentalidad de asedio, una actitud vital de «estamos solos frente a un mundo cruel e injusto».

En cuanto a la parte material de la crisis de posguerra en Alemania, fue el fruto tanto de las dificultades para satisfacer las compensaciones (a la vez que se intentaba reducirlas en lo posible) y devolver la deuda colosal que la nación había contraído para prepararse militarmente, pasar de una economía de guerra a una de paz, y dar apoyo a una gran cantidad de viudas y veteranos inválidos.<sup>38</sup> Las compensaciones ascendían a 12.500 millones de dólares —la cifra que los Aliados creían que Alemania acabaría pagando de hecho— o 35.000 millones —la cantidad que los Aliados impusieron, sobre el papel, para satisfacer a los electorados nacionales—, con un período de pago que se calculaba oscilaría entre los diecisiete y los treinta y seis años. La suma que se debía abonar anualmente ascendió a cerca del 5 % del producto nacional anual medio de Alemania entre 1918 y 1931 (11.000 millones de dólares), lo que quizá no parezca especialmente oneroso; pero debe tenerse en cuenta que las deudas del Reich (en su mayoría, con ciudadanos de la propia Alemania que habían comprado bonos del gobierno) se elevaban, al terminar la primera guerra mundial, a otros 41.500 millones de dólares. En otras palabras: la deuda acumulada por Alemania equivalía al 38 % de los ingresos nacionales totales durante estos trece años. La obligación de reembolso de la deuda, al sumarse a los demás gastos del gobierno, devoró los ingresos: en 1922, el Reich recaudó la quinta parte de lo que precisaba gastar. El gobierno no podía suscribir nuevos préstamos (¿quién iba a darle crédito?), temía elevar los impuestos (por temor a una revolución o al éxito de uno de los repetidos golpes de estado) y tampoco estaba a su alcance financiarse con las exportaciones porque los aranceles extranjeros vetaban el acceso de los productos alemanes a otros mercados.

El gobierno solo tenía una posibilidad: imprimir más dinero. Pero esto provocó una inflación galopante. En 1923, el tipo de cambio del dólar y el Reichsmark era de 1 a 4,3 billones, lo que equivale a decir que la divisa alemana carecía de todo valor, y el país estaba sumido en el caos. Durante aquel año, hubo una rebelión de la izquierda en Hamburgo; los nazis de Hitler dieron un golpe de estado, sin éxito, en Múnich (el *Putsch* de la Cervecería); los lituanos entraron en la Prusia Oriental y se anexionaron la ciudad de Memel; y los franceses ocuparon el corazón industrial de Alemania, la cuenca del Ruhr, para exigir que Alemania volviera a satisfacer

las reparaciones y, hasta entonces, cobrárselas por sus propios medios. En Berlín también hubo un reflejo de las tensiones en los disturbios del Scheunenviertel («Barrio de los Graneros»), en los primeros días de noviembre: un pogromo a pequeña escala dirigido contra los inmigrantes judíos venidos de la Europa oriental que habían abierto comercios en la capital del país.<sup>39</sup>

La República de Weimar —el régimen democrático que sustituyó al monárquico del imperio alemán— sobrevivió a la crisis gracias a un breve período de dictadura militar y la entrada de miles de millones de dólares, en forma de préstamos de Estados Unidos, atraídos por tasas de interés letalmente elevadas. Pero tanto antes como después de 1923, la nación estaba muy polarizada en cuanto a quién debía culpar por sus penalidades. Por un lado, la izquierda política y los partidarios de la República afirmaban que todo era consecuencia del viejo régimen, que en 1914 había lanzado a la nación a la guerra hasta que, por lo mal que la dirigió, se perdió la contienda. Por otro lado la derecha política y los adeptos de la antigua monarquía — muchos de ellos, atrincherados aún en las fuerzas armadas, el funcionariado y la judicatura— decían que la raíz de todos los males era una supuesta conspiración siniestra de los marxistas y los judíos, que había socavado el esfuerzo bélico desde el interior, derrocado al káiser en 1918 e implantado un gobierno parlamentario caracterizado por la incompetencia. Durante la mayor parte de la vida de la República de Weimar, los dos grupos estuvieron más o menos equilibrados entre sí, pero con divisiones internas. A la izquierda, socialistas y comunistas estaban enfrentados; a la derecha, los nacionalistas de la vieja escuela competían con otros grupos, entre ellos, el recién nacido Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (NSDAP):\* los nazis. La situación impedía que el liderazgo fuera estable o efectivo. En el breve período de vida de la república —catorce años— hubo veintidós gobiernos y las incesantes batallas y muestras de inestabilidad debilitaron la popularidad de la democracia.

Adolf Hitler fue el beneficiario último de esta situación de tablas en la adscripción de las culpas, aunque su primer intento de acceder al poder, en 1923, fue un fracaso. ¿Qué ofreció a los alemanes, por qué triunfó en ese momento y cómo lo hizo? El mensaje de Hitler, en lo esencial, era una

explicación lisonjera de qué males acosaban a los alemanes y por qué merecían una suerte mucho mejor. *Lisonjera* porque, como idea central en Hitler, los alemanes no se habían buscado los problemas al seguir los errores de un gobierno imperial y librar una guerra en la que no podían vencer. No, los alemanes eran las víctimas del desastre, no los causantes. ¿Y de quién era la culpa? Antes que nada, de los Aliados, por su duplicidad; los marxistas, por sus ilusiones falsas, y los judíos, por debilitar a la nación. Esta idea de que Alemania era una víctima y, por lo tanto, tenía derecho a vengarse por cualquier medio a su alcance estaba en el corazón del discurso hitleriano. En pocas palabras: «nos han causado mucho daño y se lo haremos pagar». Hitler estaba completamente convencido de que esta y no otra era la verdad, porque su relato cumplía, para su psique herida desde 1918, la misma función que para las gentes que se sentían atraídas por él. Explicaba el injusto destino de la nación, los exoneraba (a él y sus compatriotas) de toda responsabilidad al respecto, desvelaba quiénes eran los malos de la película y exhortaba a los alemanes a vengarse. El psiquiatra James Gilligan ha desarrollado la idea de que toda violencia nace del intento de trocar la vergüenza por autoestima. Sea cual fuere la validez general de su teoría, en todo caso captura con brillantez la motivación que subyace a la violencia de la ideología de Hitler en contra de los judíos, los comunistas y los extranjeros. La vergüenza derivada de la derrota de 1918 dio paso a una convicción furiosa de que se debía castigar a los supuestos autores de ese desastre, para expiarlo y restaurar el orgullo nacional.

Los elementos retóricos centrales en el relato eran los sintagmas «puñalada en la espalda» y «criminales de noviembre». Con la idea de la puñalada se transmitía que el ejército alemán no había perdido la guerra, sino que una insidiosa coalición de judíos e izquierdistas lo había debilitado desde el interior del país; con la referencia a los criminales se calificaba de traidores a los que habían derribado la monarquía en noviembre de 1918. Las dos imágenes distraían la atención del papel que habían desempeñado en la derrota y la revolución tanto el pueblo alemán como sus fuerzas armadas. En realidad, el Alto Mando germánico había suplicado un armisticio en otoño de 1918 como única forma de impedir que el ejército, en su retirada, se descompusiera del todo; y muchos alemanes estaban cansados de la guerra y

recibieron con alivio la caída del káiser. Pero los nazis descartaban estas explicaciones considerándolas un invento de las fuerzas que habían conspirado para socavar el esfuerzo bélico e imponer un cambio de régimen. Los dos sintagmas fueron piezas clave de la insistencia, tanto de Hitler como del nazismo en general, en que el antisemitismo era una posición de carácter defensivo, no ofensivo. Este es un tema crucial en la historia del Holocausto. La idea de que la persecución era un acto de defensa propia era imprescindible para justificar lo que los nazis aspiraban a hacer; tan esencial que aparecía de forma repetida con variantes siempre nuevas, pero el mismo mensaje de fondo: «nos amenazan, así que para protegernos debemos golpear».

Hitler hizo calar el mensaje con una síntesis de pseudoreligión y pseudociencia que quizá podríamos calificar adecuadamente como una «teozoología».<sup>40</sup> Por un lado, se presentaba como un evangelista del *Volk*, la persona que encabezaría el renacimiento nacional al hacer que el pueblo alemán fuera consciente de su propio poder y lograr que «Alemania despertara», como decía el eslogan de su partido (*Deutschland erwache*). Hitler se presentaba como la única persona —señalada por la providencia, por modestos que fueran sus orígenes— capaz de librar a los alemanes de sus padecimientos y, más en general, de la división, la controversia y los conflictos internos. «Sus discursos —comentó ya uno de sus primeros biógrafos— empiezan siempre con gran pesimismo y culminan en una redención gozosa, un final feliz y triunfante.»<sup>41</sup> Al mismo tiempo, afirmaba ser el líder de la eugenesia de la raza, el hombre lo bastante duro para purgar al pueblo alemán de todo elemento degenerado o deficiente, para así maximizar su pureza y fortaleza por medio de la crianza selectiva. En conjunto, el evangelismo y la eugenesia prometían crear un pueblo sano, unificado y rejuvenecido capaz de dar forma a su propio destino. La promesa resultó de enorme atractivo para un país derrotado, con graves problemas económicos y una fuerte polarización política, que se sentía castigado por las exigencias de las naciones ante las que había perdido la guerra.

¿Por qué él, y solo él, podría hacer realidad ese proyecto? A su entender, él era el único que había comprendido los procesos y las leyes fundamentales que rigen la historia. A este respecto, en lo esencial postulaba una especie de

hijo bastardo del marxismo, centrado en la raza y no en la clase. Si Karl Marx enseñaba que toda la historia es una lucha entre las clases sociales con el fin de controlar los medios de producción y repartir la riqueza entre los vencedores —un proceso que él denominó *materialismo histórico*—, Hitler enseñaba que toda la historia es una lucha entre las razas para controlar el espacio o territorio desde el cual producir la comida y riqueza que permitirían su posterior expansión. En 1949, el primer presidente de la Alemania Occidental en la posguerra, Theodor Heuss, acertó al describir esta doctrina como un *materialismo biológico*,<sup>42</sup> pues es un paralelo perfecto de las nociones marxistas de la lucha de clases. Jugando un poco con las palabras, podríamos decir que la ideología nazi se basaba en las ideas de *feed and breed* («alimentar y criar») o *race and space* («raza y espacio»); su ideología planteaba una lucha a muerte permanente entre los distintos grupos étnicos. Hitler insistía en que esta batalla perpetua era «la ley de la naturaleza», pero sería más adecuado referirse a ella como «la ley de la selva».

Como la lucha era a perpetuidad, Hitler insistía en que los alemanes vivían en un constante estado de emergencia. Aunque sin duda merecían el éxito —por virtud de la superioridad cultural que, a su juicio, poseían—, el destino de la nación no necesariamente pasaba por la victoria, a diferencia de lo que afirmaba Marx con respecto a la suerte última del proletariado o lo que prometió Cristo a los cristianos en el Sermón de la montaña: «Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra». Para garantizar el éxito había que recurrir a la fertilidad, el poderío militar y la pureza racial. La función del estado era promover estos fines y destruir cualquier cosa o persona que les fuera contraria. La moralidad se definía no según ningún principio o mandamiento, sino por subordinación a esos fines. Cuanto los favorecía era bueno y digno de encomio, cuanto los perjudicaba era maligno y traidor. En otras palabras: los nazis combinaban una concepción arrogante de Alemania con la angustia por su futuro, y la mezcla se tradujo en una agresividad prácticamente ilimitada.

Con tales puntos de partida, la ideología nazi se centraba en sí misma, de forma absoluta e innegociable. Hitler aseveró repetidamente, con toda franqueza: «Luchamos tan solo por un pueblo, y es el nuestro. ¡Quizá somos inhumanos! Pero si salvamos Alemania, habremos completado la mayor

hazaña del mundo. ¡Quizá somos injustos! Pero si salvamos Alemania, habremos abolido la mayor injusticia del mundo. ¡Quizá somos inmorales! Pero si salvamos a nuestro pueblo, habremos vuelto a abrir camino a la moral». <sup>43</sup> Este solipsismo ético absoluto era un artículo central —quizá *el* artículo central— de la fe del nazismo. El hecho de que la filósofa Hannah Arendt, que tuvo que huir ella misma de la Alemania nazi, creyera haber descubierto el rasgo distintivo de Adolf Eichmann, quintaesencia de un «asesino de despacho», en la supuesta condición «irreflexiva» —definida por la autora como la incapacidad de ver el mundo a través de los ojos de otros— siempre me ha resultado incomprensible. <sup>44</sup> La supuesta incapacidad de Eichmann era, de hecho, una negativa; y negarse a hacerlo no era un rasgo característico de un supuesto autómatas que cumplía lo encomendado sin pensar, sino más bien la disposición deliberada de un adepto ferviente del nazismo. Suscribir la ideología de Hitler suponía afirmar que solo importaban los propios puntos de vista y la suerte de los alemanes; jurar que uno nunca se pondría en el lugar de los que no eran alemanes formaba parte esencial de ser nacionalsocialista.

En este sistema de pensamiento, el gran enemigo de los alemanes era «el judío» (*der Jude*) y «el judaísmo» (*das Judentum*), a los que por lo general se aludía así, en singular, para negar cualquier posible diversidad o heterogeneidad de los judíos. Este pueblo, decían, se distinguía de los demás porque no posee un país propio, sino que vive como parásito en el seno de otras sociedades. Como tal parásito, «el judío» vivía de consumir el vigor de su huésped. El judío —decía Hitler— busca siempre y en todo caso reducir la fertilidad, la fortaleza militar y la pureza de los alemanes, para debilitarlos de forma que no puedan expulsarlo. Así, el judío estaba detrás de la prostitución y las enfermedades venéreas, de nociones ilusorias como el derecho internacional y los derechos humanos, y de ideas buenistas como la igualdad y hermandad de los pueblos. Al igual que Nietzsche, Hitler creía que el judaísmo había introducido en el mundo el lenguaje debilitador de la moralidad, la ética, la compasión y la empatía. La conciencia, afirmó Hitler repetidamente, con una elección cuidadosa del símil, era «una mácula, como la circuncisión»: <sup>45</sup> era un invento de los judíos con el supuesto fin de alterar, en contra de la naturaleza, el modo de creación del ser humano.

Ante este estado de cosas, lógicamente, «el judío» debía ser contenido y, a la postre, «eliminado» de la esfera alemana, o de lo contrario Alemania perdería la batalla por el «espacio vital» (*Lebensraum*) y la supervivencia. Así pues, en *Mein Kampf* Hitler prometió cancelar la emancipación y reducir a los judíos a su propio mundo, o expulsarlos al extranjero, vetándoles el acceso primero a la vida política de Alemania, luego a la vida cultural de la nación, y por último a la vida económica. Antes de 1933, tanto las declaraciones públicas del Partido Nazi como la documentación de sus planes privados seguía este formato de tres estadios. El programa del partido —por ejemplo, los Veinticinco Puntos de 1920— incluía, como Punto 4, negar la ciudadanía a los judíos y sus descendientes; Punto 5, clasificarlos como «extranjeros residentes»; Punto 6, excluirlos de los cargos públicos; Punto 8, impedir la llegada de más inmigrantes judíos y expulsar a todos los que habían entrado en el país desde que se iniciara la primera guerra mundial; y como Punto 23, impedirles poseer periódicos.<sup>46</sup> Todas estas eran restricciones políticas y culturales. Los programas que elaboraron las secciones legal y nacional del cuartel general del partido en Múnich, en 1931, incluían estas mismas intenciones, así como expulsar a los judíos del funcionariado y prohibir el matrimonio mixto de judíos y no judíos. En junio de 1932, Hermann Göring, del NSDAP, pronunció un discurso que preveía ese futuro más la exclusión de los judíos de toda posición destacada en la prensa, el teatro, el cine, las universidades y las escuelas (toda clase de instituciones culturales).<sup>47</sup> Pero también afirmó que, en un futuro estado nazi, cualquier empresario judío que siguiera residiendo en el país, en condición de extranjero, «podrá seguir gestionando sus negocios sin ser molestado y con la protección de la ley». Según transmitió el partido antes de 1933, el objetivo era separar a los judíos de los no judíos, reducir la capacidad de los judíos de influir en los no judíos, expulsar a los inmigrantes y los judíos nacionalizados, y dificultar la vida de los demás hasta el punto de que, poco a poco, se fueran marchando del país.

Aunque los líderes nazis no hablaban abiertamente de asesinar —y menos, de hacerlo en masa—, sí amenazaron con actos de violencia y, de forma localizada, cometieron asaltos concretos contra judíos, como los sangrientos disturbios de 1931 en la avenida más elegante de Berlín, la

Kurfürstendamm. Por su parte, los *Sturmmänner* (miembros de la División de Asalto del partido, las SA, conocidos también como «camisas pardas») marcharon al ritmo de una canción con palabras como: «cuando a chorros del cuchillo mana sangre del judío». Por otro lado, el antisemitismo nazi siempre fue asesino, al menos implícitamente, a tenor de las metáforas a las que recurría: se comparaba a los judíos con alimañas, parásitos, gérmenes y el cáncer, y se decía que portaban la «tuberculosis racial». Nada de todo esto quería uno preservar con vida, y Hitler se denominó a sí mismo, en más de una ocasión, «el Robert Koch de la política», en referencia al famoso bacteriólogo que descubrió los bacilos que causaban el carbunco y la tuberculosis, lo que supuso reducir mucho su incidencia.<sup>48</sup> Por encima de todo, Hitler siempre se centró en el objetivo, más que en los medios concretos con los que hacerlo realidad; aquel era fijo, estos eran variables. En el meollo de la visión nacionalsocialista habitaba un sueño inflexible, el de un medio libre de judíos, condición previa para que los alemanes pudieran ser fuertes y felices. La cuestión posee una importancia extrema, como se podrá ver: la combinación del atractivo de este sueño más la frustración causada por el devenir de los acontecimientos hizo que los nazis buscaran medios aún más radicales para hacer realidad el objetivo de Hitler.

En suma: la ideología nazi era una peligrosa mezcla de autocompasión, derechos (que los propios nazis se arrogaban) y agresividad. También era una forma de pensamiento mágico que prometía poner fin a todo el padecimiento de los alemanes en la posguerra, a los frutos de la derrota y el engaño, por la vía de eliminar a la supuesta causa última de todo ello: los judíos y sus agentes.

Ahora bien, la centralidad del «problema judío», como lo denominaban los nazis, era mucho más evidente e importante para Hitler que para su votante medio. No hay pruebas que demuestren que lo que permitió a Hitler ascender al poder fue el núcleo antisemita de su ideología. Interpretó un papel importante a la hora de atraer a muchos de los adeptos principales del Partido Nazi, pero no a la masa de su electorado. Hitler fue el producto de una crisis y una oportunidad, y al parecer los alemanes se sintieron atraídos por él desde la desesperación y por tener la impresión de que tan solo los nazis poseían la energía y cohesión precisas para abordar las penalidades del país. En las

elecciones nacionales de 1928, antes de que estallara la Gran Depresión, el NSDAP tan solo obtuvo el 2,6 % de los votos, lo que suponía menos de la mitad de lo conseguido por el mismo partido cuatro años antes, en la primera de las dos rondas de votación. A todas luces, el antisemitismo, por sí solo, tenía poca capacidad de arrastre en el campo de la política; como en las demás ocasiones, solo podía obtener el respaldo masivo si se asociaba con una crisis que los antisemitas pudieran aprovechar.

A partir de 1930, cuando las dificultades económicas de Alemania se habían intensificado y el porcentaje del voto nacional de los nazis había saltado hasta superar el 18 %, Hitler y los nazis optaron por reducir el carácter antisemita de su campaña, sabedores de que el potencial electoral de la idea ya había dado de sí cuanto podía.<sup>49</sup> En su lugar, los nazis se centraron en atacar lo que denominaban «el Sistema», en alusión a la democracia parlamentaria y el capitalismo de libre mercado, que a su juicio debían dar paso a una organización económica y política más autoritaria. El programa con el que concurrieron lo resumió de forma sucinta Gregor Strasser —quien dirigía el funcionamiento cotidiano del partido en los primeros años treinta— al definir el nacionalsocialismo como «lo contrario de lo que hoy existe».<sup>50</sup> El método que emplearon en los Parlamentos nacionales y estatales, así como en los ayuntamientos, era estorbar el gobierno democrático, introducir disfunciones que «demostraran» su ineficacia a la hora de satisfacer las necesidades de Alemania. En cierto sentido fundamental, esta fuerza política netamente partidaria actuaba en contra de la política —con todos sus pactos confusos, sus desacuerdos e imperfecciones— y prometía instaurar en su lugar el orden y la fuerza. Así, el nacionalsocialismo prometía a los alemanes tanto un cambio radical como la tranquilidad de regresar a las antiguas certezas; en la atmósfera de angustia que la Gran Depresión trajo consigo, la combinación resultó sumamente atractiva para mucha gente. En resumen: la insatisfacción con la condición política y económica de la nación, unida al temor al comunismo —cuyos votos también iban al alza—, explican el ascenso de Hitler mucho más que su odio a los judíos.

Sin embargo, al igual que antes de 1918, el antisemitismo conservaba su atractivo social. En la década de 1920 se produjo una escalada en diversas formas de discriminación, incluidos ataques personales contra judíos

alemanes. En parte, el proceso daba continuidad al antiguo movimiento de rechazo a la emancipación, dado que la República de Weimar había eliminado las últimas restricciones profesionales que hasta entonces limitaban aún a los judíos. A lo largo de los años veinte, muchos judíos ocuparon plazas en la enseñanza universitaria, la judicatura y el funcionariado; unos pocos llegaron incluso a ser diplomáticos u oficiales de las fuerzas armadas. Irónicamente, pues, a pesar de que la tasa de natalidad de los judíos seguía menguando y los matrimonios mixtos, aumentando, los judíos parecían proyectar una sombra aún mayor, a ojos de parte de la opinión pública. Los cerca de 100.000 judíos de la Europa oriental que lograron entrar en Alemania entre 1916 y 1920 (los años de menor control fronterizo) dieron origen a un temor paranoico a la *Überfremdung*, una «alienación» de los alemanes por influencia del exceso de extranjeros, en particular en Berlín; la presencia destacada de los judíos en las artes se tomó como excusa para culparlos de la supuesta «corrupción» de la cultura alemana durante los alocados años veinte. Los moralistas de la nación se cebaron en hechos como que Magnus Hirschfeld, el principal promotor de la educación y los estudios sexuales, así como defensor de los derechos de los homosexuales, fuera judío; o que también lo fuera Julius Fromm, el principal fabricante de condones de Alemania, un inmigrante de Polonia que se había cambiado el nombre de pila (en origen se llamaba Israel).<sup>51</sup> En una época en la que los judíos, de hecho, tenían una presencia menguante en la vida alemana —ya se mida en su número total, su porcentaje demográfico, su representación en las profesiones y los estudiantes universitarios o su peso entre los más ricos y los consejos de dirección—, los judíos seguían siendo objeto de una obsesión persistente por parte de muchos otros alemanes que estaban insatisfechos con el estado del país.

Esta obsesión facilitó la ascensión electoral del Partido Nazi en el período 1930-1932, pero no fue su motor principal. La auténtica fuerza impulsora del ascenso de Hitler fue el deseo general, y cada vez más desesperado, de dejar atrás la Depresión y sus efectos terribles. La catastrófica situación económica del país incrementó la receptividad al mensaje del movimiento nazi y redujo el efecto negativo del antisemitismo en la ecuación electoral. El contexto del ascenso al poder de Hitler, entre 1928 y

1932, fue un desempleo que superaba la tercera parte de la población activa; una reducción de la producción industrial en un 42 %; el hundimiento del mercado de valores en un 60 %; una caída del 38 % de los precios agrícolas; un descenso del 41 % de los ingresos nacionales; y un descenso del 15 % en el poder adquisitivo (de los que aún conservaban un trabajo).<sup>52</sup> El sistema parlamentario parecía incapaz de arbitrar medidas que dieran la vuelta a la crisis y, de hecho, el Reichstag quedó paralizado después de 1930, incapaz de formar una coalición que obtuviera la mayoría de votos de los parlamentarios. En tal estado de cosas, el presidente ejerció el derecho que le otorgaba el artículo 48 de la Constitución para nombrar un primer ministro y un gobierno y regir el país por vía de decretos. Estos gobiernos elegidos por el presidente Paul von Hindenburg optaron primero por una política de deflación, equivalente a reducir los gastos gubernamentales —lo que hoy se denomina «austeridad»—, que tan solo consiguió agravar aún más la crisis. En 1932, los gabinetes que sucedieron al de Heinrich Brüning se decantaron por una variante de la economía de la oferta, reduciendo la carga impositiva sobre las empresas; esto tuvo efectos ligeramente positivos, pero nada más.

Ahora bien, ¿por qué los nazis fueron los principales beneficiarios de la crisis? ¿Por qué parece que solo ellos le sacaron partido? En realidad no estuvieron solos; en el período de agonía de la República de Weimar, también los comunistas experimentaron un crecimiento notable, si bien no tanto como los nazis. Pero este hecho mismo actuó asimismo a favor de los nazis, pues parecía confirmar lo que ellos repetían sin cesar: Alemania debía elegir, a la postre, entre nosotros o ellos, entre los pardos o los rojos, no quedaba ningún terreno intermedio. Si las alternativas nacionales se reducían en efecto a esos dos, los nazis ganarían mucho, y por eso se empeñaron en buscar batalla en las calles con los grupos de izquierda: cada uno de estos conflictos reforzaba la afirmación nazi de que el país estaba al borde de la guerra civil y, por lo tanto, los ciudadanos debían elegir entre los nazis y los *Kozis* («rojos»).

Por otro lado, los demás partidos políticos parecían cansados, no se notaba que intentaran ir más allá de sus bases electorales naturales: para los socialdemócratas, los obreros sindicados; para los centristas, los católicos; para los populares alemanes, los líderes empresariales; para los demócratas, los profesionales con estudios; para los nacionalistas, ante todo, los

aristócratas y agricultores; y para los comunistas, los sectores obreros no especializados y ajenos en gran medida a los sindicatos. Ninguno de ellos mostró imaginación o creatividad a la hora de dar respuesta a la Gran Depresión, más allá de esperar a que pasara o, en el caso de los comunistas, de nacionalizarlo todo. Incluso los socialdemócratas rechazaron, en el verano de 1932, el conocido como «Plan WTB» (por las iniciales de los apellidos de sus autores), un colosal programa de inversión gubernamental que representaba la única posibilidad de reactivar con éxito la economía. Los nazis estuvieron de suerte con sus adversarios.

La forma en que los nazis hacían campaña —con suma energía y dedicación— multiplicó el contraste entre los demás partidos y el de Hitler.<sup>53</sup> El nazismo se describía a sí mismo como un «movimiento» (*Bewegung*) y, en cierto sentido, era de hecho una especie de máquina política de movimiento perpetuo, que nunca se detenía. Los nazis no limitaban la campaña a las elecciones: la hacían sin descanso. En la pequeña ciudad de Northeim (centro-norte de Alemania), cuyos 10.000 ciudadanos no disponían de muchas posibilidades de entretenimiento, el Partido Nazi celebró una media de tres convenciones mensuales entre 1930 y 1933.<sup>54</sup> Estas reuniones tenían el formato —y causaban el impacto— de encuentros evangelistas, con abundancia de música militar, oradores capacitados venidos de otros lugares, y desfiles. A menudo, los oradores de esta clase de encuentros eran héroes de guerra o, en las zonas protestantes, pastores luteranos que arengaban contra «la izquierda impía». Siempre se hacía hincapié en la naturaleza juvenil del partido, en el imán que representaba para los jóvenes —en efecto, antes de 1933, más del 40 % de los miembros del Partido Nazi no pasaba de los treinta años—,<sup>55</sup> con el fin de evidenciar que el nazismo representaba el futuro de Alemania. Por otro lado, las campañas del partido no se limitaban a los mítines, las convenciones y las batallas callejeras. Los camisas pardas se mostraban en público, constantemente, haciendo colectas para los pobres o abriendo comedores para los desempleados, para dar la impresión de que tenían la *voluntad* —una palabra muy importante en la historia del nazismo— de resolver las cosas. Todo esto causó un efecto político descomunal en

lugares como Northeim, que se convirtió en un bastión del apoyo nazi. Mucho antes de que Adolf Hitler visitara la ciudad por primera vez, mediado 1932, casi dos tercios de sus ciudadanos le estaban confiando su voto.

Esto se relaciona con un rasgo particular de las campañas nazis: la propaganda, elaborada a medida para diversos públicos. En los distritos obreros, el partido hacía hincapié en su vena populista, atacando el egoísmo de los aristócratas y los grandes empresarios y postulándose como paladín de los humildes. En cambio, en zonas tradicionales como la de Northeim, el partido acusaba a los sindicatos, defendía los valores familiares y ponía el énfasis en el patriotismo. En otras palabras: el nazismo no ofrecía de todo para todos, pero sí mostraba una suma agilidad a la hora de adaptarse a su medio más próximo.

El contraste entre la letargia y el estatismo de los partidos antiguos y el carácter dinámico y juvenil de los nazis, sentó las bases para que estos pudieran ofrecer a los alemanes una posibilidad distinta, y no poco atractiva: la unidad. Los nazis eran en efecto el único partido que podía exhibir adeptos de todas las clases sociales y todos los sectores de la nación (salvo los judíos).<sup>56</sup> Aunque en las filas nazis abundaron los protestantes más que los católicos, los habitantes de ciudades pequeñas y medios rurales más que los de las grandes ciudades, la clase media más que la clase obrera y los hombres más que las mujeres, en todos los grupos había un número importante de personas que se habían unido al partido. Era, pues, el único que podía afirmar que estaba reuniendo a todo tipo de alemanes en una única «comunidad nacional» (*Volksgemeinschaft*). Cuando la gente está cansada de la política, o esta le despierta frustración, «unidad» es una palabra muy seductora; los nazis sonaban convincentes en su empeño de borrar las divisiones (recurriendo a la fuerza cuando fuera preciso).

Los nazis prometían restaurar lo mejor de las tradiciones de Alemania, y a la vez revolucionar el país. La mejor manera de comprender cómo funcionaba esta dualidad es observar qué ofrecía el partido a las mujeres. Por un lado, prometía «emancipar a las mujeres de la emancipación de la mujer»,<sup>57</sup> esto es, devolver su ocupación primaria al campo del hogar y la crianza de los hijos; por otro, reclutaba a mujeres para toda clase de actividades paramilitares, atléticas y productivas de las que hasta entonces

habían estado en gran parte excluidas, y les decía que no eran menos importantes que los hombres a la hora de construir la comunidad popular, solo que con papeles no iguales, sino específicos.

Estas circunstancias explican por qué los nazis llegaron a ser el primer partido político de Alemania en 1932, en cuanto a número de afiliados, pero no bastaron para que Hitler obtuviera la mayoría en el Reichstag. A finales de 1932, la política alemana estaba en un punto muerto. Entre las elecciones parlamentarias de julio de ese año y las celebradas en noviembre Hitler había perdido 2 millones de votos (el 4 % del total). Su evolución electoral parecía haber alcanzado y dejado atrás la cima, y el partido se enfrentaba a una crisis financiera grave porque su base económica, las cuotas de los afiliados, había menguado mucho. El 1 de enero de 1933 el semanario satírico *Simplicissimus* publicó un poema que se cerraba con el verso: «El tiempo de este líder [Führer] ha pasado», y el periódico *Frankfurter Zeitung*, de línea más moderada, felicitaba a los alemanes por haber sobrevivido al asalto de los nazis.<sup>58</sup> Las elecciones habían llevado a Hitler hasta el umbral del poder, pero no le dejaban cruzarlo. Para esto necesitó la ayuda de un grupo de la élite conservadora, cuya figura central era el ex canciller Franz von Papen. Los conspiradores querían organizar un gobierno que se alzaría con el poder gracias al respaldo del importante grupo parlamentario nazi, y confiaban en controlar a Hitler aprovechando su escasa educación formal y su falta de experiencia en un cargo público de importancia. El artículo 48 autorizaba al presidente Von Hindenburg a elegir un nuevo canciller, y una camarilla de nobles y terratenientes, encabezados por Papen, lo fueron a visitar en enero de 1933 y lo convencieron de que ofreciera el puesto de primer ministro a Hitler.

Los judíos de Alemania, prácticamente, tenían las manos atadas a la hora de influir en el curso de los acontecimientos. Lejos de ser —como en la imaginación febril y fantasiosa de Hitler— los que manejaban los hilos del país, eran demasiado pocos, estaban muy aislados y sus recursos no bastaban para variar el rumbo. Su destino dependía de una población alemana en la que una minoría se mostraba ferozmente hostil con ellos y la inmensa mayoría exhibía indiferencia, si no distancia.

La indiferencia y la nula simpatía fueron los efectos principales de la mezcla de muchas décadas de antisemitismo verbal y unos quince años de crisis muy intensa. Estos dos procesos redujeron el número de los contrarios al antisemitismo: aquellos que estaban dispuestos a defender a los judíos o creían que los nazis no eran aptos para dirigir el país debido a sus amenazas antisemitas. Así pues, aunque el antisemitismo de los nazis no fue un ingrediente principal de su victoria, tampoco representó una barrera importante para esta. Incluso los no judíos que miraban a los judíos con simpatía tendieron a quitar hierro al peligro que los nazis representaban, citando un viejo proverbio alemán que viene a decir que «de la cocina a la mesa, todo se enfría».

Pese a todo, cuando Hitler llegó al poder, es probable que cerca del 55 % de los alemanes nunca hubieran votado a su partido. En su mayoría, los electores seguían siendo leales a sus respectivas adscripciones políticas tradicionales: los católicos, al Partido de Centro; los obreros, en buena medida, a los socialistas y, más a la izquierda, los comunistas. Por ello, William Sheridan Allen ha aventurado la idea de que hubo más alemanes «atraídos al antisemitismo a consecuencia de su atracción al nazismo, que a la inversa».<sup>59</sup> Es probable que este autor esté en lo cierto, y la observación nos recuerda que para comprender qué pasó en Alemania después de 1933, la clave no son tanto los acontecimientos y las actitudes que precedieron a este punto de inflexión, sino los que se desarrollaron *a posteriori*. La respuesta más concisa a la pregunta: «¿Por qué los alemanes?» es «Porque Hitler se hizo con el poder»; pero es una respuesta demasiado concisa.

## La escalada: ¿por qué asesinar?

Hitler y el Partido Nazi llegaron al poder después de haber declarado su intención de privar a los judíos alemanes de su ciudadanía y del derecho a ejercer cargos públicos; excluirlos del funcionariado, la prensa, la educación y las artes; y prohibir los matrimonios mixtos. Los nuevos señores de la nación confiaban en que estas medidas no solo reducirían la influencia de los judíos sobre el resto del país, sino también el propio número de judíos que seguirían viviendo en Alemania; y el régimen planeaba acelerar este último proceso vetando la nueva inmigración y expulsando a todos los que habían entrado en el país desde que estallara la primera guerra mundial. En suma: los nazis se disponían a degradar y segregar a los judíos del país, y a reducir su cantidad; pero no a matarlos, y menos aún, a matar a todos los judíos de Europa. Aunque la retórica de los nazis con respecto a los judíos empleó de forma habitual metáforas que eran implícitamente asesinas —al comparar a los judíos con epidemias o enfermedades que era preciso erradicar—, en un principio las medidas oficiales se centraron en el acoso, la intimidación, el aislamiento y la confiscación de propiedades, pero normalmente no se tradujeron en formas de violencia física organizada y general. Los distintos judíos que padecieron actos de brutalidad durante los meses de formación de la dictadura nazi fueron, en su mayoría, cargos públicos o políticos, ejecutivos de empresas que habían atraído la atención del Partido Nazi por razones diversas, o bien personas que se habían atrevido a objetar contra las acciones de los nazis; acciones que, hasta ese momento, todavía no incluían

detenciones masivas, destrucción de propiedad a gran escala ni, menos aún, asesinatos colectivos. ¿Por qué no? Y ¿por qué después la situación se agravó?

Para comprender por qué se produjo la escalada, hay que sopesar primero si los intervalos de enero de 1933 a noviembre de 1938 y de enero de 1933 a junio-octubre de 1941 nos parecen un período corto o largo. El primer intervalo temporal, desde que Hitler fue nombrado canciller hasta que empezaron los primeros asaltos sistemáticos y detenciones generales de judíos durante el pogromo de la Noche de los cristales rotos, ¿son «tan solo» cinco años y medio, o «no menos» de cinco años y medio? En cuanto al segundo intervalo, que va desde el nombramiento de Hitler hasta los primeros actos de asesinato colectivo de los judíos, ¿son «tan solo» ocho años y medio, o «no menos» de ocho años y medio? Al responder «tan solo», se implica que los líderes nazis se movieron con rapidez y, probablemente, no tardaron en determinar sus fines. Al responder «no menos» se hace hincapié en que el régimen actuó de una forma gradual y quizá fue cambiando los objetivos a lo largo del camino. En todo caso, también surge una pregunta importante en relación con los dos puntos de inflexión de 1938 y 1941, una pregunta que todo buen historiador debe hacerse al respecto de cualquier hecho importante al que someta a estudio: ¿por qué entonces?

Mi respuesta a esta última pregunta es que el régimen nazi se embarcó en un proceso de descubrimiento o aprendizaje, entre 1933 y 1941, que atravesó tres estadios. En la primera fase, que duró muy poco más de cinco años —desde que Hitler subió al poder hasta la anexión de Austria, en marzo de 1938—, el que se dio en llamar «Tercer Reich» aprendió qué estaba en sus manos hacer: perseguir a los judíos alemanes sin topar con una resistencia poderosa ni de los otros habitantes de Alemania ni de los otros países. En la segunda fase, que duró tres años largos —desde la toma de Austria hasta la invasión de la Unión Soviética, en junio de 1941—, aprendió qué no estaba en su mano: «eliminar» o expulsar por completo a los judíos de todo su territorio. En la tercera fase, que tan solo duró cinco meses —desde el inicio de la ofensiva antisoviética hasta el otoño de 1941— Hitler y quien fue su consejero y ejecutor más destacado en este campo, Heinrich Himmler, reconocieron que además de sus motivos contaban también con los medios y

la oportunidad precisos para asesinar a los judíos, y ello no solo en los territorios recién ocupados de Serbia y la Unión Soviética, como hicieron con la excusa de la guerra, sino de hecho en toda Europa.

#### DE LA ARIANIZACIÓN A LAS ATROCIDADES

La primera fase del asalto de los nazis contra los judíos alemanes se realizó bajo el lema eufemístico de la «arianización» (*Arisierung*), que en la práctica consistía en transferir los empleos y las propiedades alemanas de los judíos a manos de no judíos. Como la ideología nazi describía a los judíos como parásitos que habían obtenido su riqueza de forma ilegítima, robándosela a la mayoría gentil de la población, para los adeptos al Partido Nazi este proceso era la respuesta lógica a muchas décadas de engaños y fraudes; y ansiaban empezar con el proceso en cuanto Hitler ocupó el cargo de primer ministro. Los líderes nazis, por el contrario, querían manejarse con más cautela.

En 1933, Hitler y sus principales consejeros aún no podían estar seguros de cuánta persecución resultaría aceptable para la opinión pública nacional y extranjera; además tenían otras cuestiones en mente. A fin de cuentas, más de la mitad de la población alemana nunca había confiado su voto a Hitler, los nazis solo contaban con tres puestos de los doce que formaban el gabinete elegido por el presidente Von Hindenburg, y en un principio la autoridad para gobernar por decreto recaía sobre este último, y no sobre Hitler. Este era consciente de que muchos alemanes no eran tan «científicos» como él mismo —léase «categóricos»— en su odio a los judíos; ni siquiera los antisemitas. A menudo se lamentó de que el problema era que la mayor parte de los alemanes conocían a un «buen judío», es decir, tenían un amigo o pariente que no se identificaba con los estereotipos del antisemitismo y, por lo tanto, había que exceptuarlo de la condena general. El Führer nazi sabía que necesitaría tiempo para conquistar a la mayoría de la población y convencerla de que perseguir a todos los judíos no era sino un acto de autodefensa, imprescindible para la supervivencia de la nación. Por otro lado, el nuevo régimen necesitaba estabilidad, y generar apariencia de moderación, a la vez que gestionaba la salida de la Depresión; de otro modo, Hitler no podría

mantenerse en el poder. Por último, el Reich debía lograr que Gran Bretaña y Francia tolerasen el fortalecimiento militar que era necesario para que Alemania pudiera conquistar más «espacio vital» en el este de Europa. Hitler el fanático estaba obsesionado por los judíos, pero Hitler el político expansionista prefirió que la obsesión no se pusiera de manifiesto en exceso o demasiado pronto.

Atrapado entre el fervor ideológico de sus seguidores y las necesidades prácticas de la política económica y exterior, el régimen nazi concibió una forma de abordar la «cuestión judía» que constaba de dos niveles.<sup>1</sup> Así, en el nivel nacional, oficial y público, se optó por un sistema de parada y arranque que permitió al régimen ir avanzando paso a paso entre 1933 y 1937 e ir comprobando dónde estaban los límites de la aceptación pública, tanto nacional como internacional. La exhibición franca de un antisemitismo organizado se limitó al boicot de los comercios judíos del 1 de abril de 1933, que el régimen describió como una simple represalia por una supuesta oleada de «atroz propaganda» que los judíos habrían instigado en el extranjero. Por lo demás, a nivel nacional, los nazis tendieron a contentarse con unos pocos decretos, espaciados entre sí, que fueron implantando la clase de medidas por las que el partido hacía mucho tiempo que abogaba. Los estallidos de violencia declarada y notoria contra los judíos, como otros dos asaltos brutales de la Kurfürstendamm berlinesa, en marzo de 1933 y julio de 1935, fueron excepcionales.

En 1933, el régimen centró su empeño en apartar a los judíos de la vida política y cultural. Este objetivo se encarnó en cuatro leyes que: (1) expulsaron a los judíos del funcionariado (incluidos los tribunales y hospitales, que en Alemania eran instituciones estatales), salvo que ocuparan el cargo desde antes de la primera guerra mundial, hubieran prestado servicio en las fuerzas armadas durante ese conflicto o tuvieran un padre o hijo que hubieran muerto en esas circunstancias; fueron las que se dieron en llamar «salvedades de Hindenburg», adoptadas con el fin de aplacar al ex mariscal de campo, a la sazón presidente; (2) permitieron al gobierno privar de la nacionalidad a cuantos la habían adquirido después de que estallara aquella guerra; (3) excluyeron a los judíos de las instituciones culturales, tales como los teatros, orquestas y periódicos; y (4) impusieron una cuota máxima de

estudiantes judíos en las escuelas secundarias y universidades alemanas: no podía superar el 1,5 %. En el ámbito de la economía, por otro lado, los nazis se manejaron con cierto cuidado; hostigaron a determinados ejecutivos judíos y exigieron su expulsión, en muchos casos, pero por lo general no intentaron cambiar de manos las propiedades salvo en sectores que eran de especial importancia para las filas del partido, como los grandes almacenes y las fábricas de cerveza. En este ámbito, la única iniciativa legislativa de gran calado fue prohibir que los judíos poseyeran tierras de cultivo; este era un tema muy delicado para un partido que consideraba que la germanidad se asentaba sobre los dos pilares de *Blut und Boden*, la sangre y la tierra.

El año 1934 trajo consigo una pausa legislativa, en cuanto a las medidas antisemitas; el Tercer Reich solo aprobó una ley de importancia, que daba al gobierno más posibilidades de deportar a cuantos privaba de la nacionalidad. Al año siguiente, en 1935, el régimen vetó el acceso de los judíos a las fuerzas armadas, les impidió exhibir banderas alemanas en las fiestas nacionales y completó el programa que ya había anunciado antes de 1933 desposeyendo a los judíos de la ciudadanía alemana (los redujo a «sujetos» residentes en Alemania); prohibiendo todo nuevo matrimonio mixto y toda relación sexual extramarital entre judíos y no judíos; poniendo fin a las salvedades de Hindenburg, ahora que el anciano presidente había fallecido; y expulsando a los pocos judíos que aún eran funcionarios. En 1936 se vivió otra pausa, pues el régimen, antes de los Juegos Olímpicos de Berlín, quiso aparentar que no era tan antisemita para evitar que otras naciones boicotearan el acontecimiento. A nivel nacional, en 1937 tampoco pasó gran cosa, más allá de excluir que los judíos recibieran el título de doctor universitario.

Este modelo de persecución de los judíos a nivel nacional —intensificándola, pero paso a paso, entre 1933 y 1937— contrastaba con el continuo acoso de los judíos, por parte de activistas nazis, en el nivel local y el de la calle; por lo general, de forma que no se atrajera la atención de los periodistas extranjeros. Incluso en las grandes ciudades, pero sobre todo en las pequeñas, se multiplicó la presión contra los trabajos y negocios de los judíos, de una multitud de maneras. Mientras los camisas pardas de las SA amenazaban las propiedades de los judíos y a sus familias, o les causaban daños, los cargos públicos nazis cancelaban los contratos o se negaban a

sopesar las ofertas de las empresas dirigidas por judíos (o de su propiedad); los servicios sociales prohibían usar los bonos y cartillas en las tiendas judías; los líderes locales exigían a sus empleados que no comprasen en esos comercios ni frecuentasen los servicios de los profesionales judíos (y publicaron listas o imágenes de quienes pese a todo lo hacían); sus negocios quedaron identificados por la ausencia de los signos de *Deutsches Geschäft* («negocio alemán») que empezaron a proliferar en los escaparates de sus competidores no judíos; los ayuntamientos les prohibieron gestionar puestos en los mercados públicos o asistir a las piscinas municipales; los bancos y cajas de ahorro locales y regionales dejaron de otorgar préstamos a los judíos o sus negocios; diversas ramas del sindicato nazi (el NSBO) exigieron la expulsión de gerentes o directores judíos; las autoridades fiscales se incautaron de libros de contabilidad y acusaron a los judíos de evasión o de transferencias ilegales al extranjero; en muchos lugares, los incondicionales del nazismo intimidaron a los tenderos no judíos (en especial, de comercios de alimentación) para que se negaran a servir a los clientes judíos y les obligaran a mudarse de sus casas o tuvieran que desplazarse a comprar lejos, donde ya no los reconocían. Al mismo tiempo que todo esto ocurría, la prensa controlada por los nazis publicaba un aluvión de acusaciones sobre supuestos engaños y delitos constantes de los judíos.

Esta clase de acciones discriminatorias satisficieron a los antisemitas radicales del partido a la vez que acostumbraron al sufrimiento a los judíos de Alemania. A medida que las formas de exclusión y persecución se multiplicaban, el régimen nazi también aprendió que casi ningún no judío se iba a alzar en defensa de los judíos del país; antes bien personas e instituciones corrieron a adaptarse a la nueva dirección del viento. Por todo el país, en 1933, los clubes, los grupos corales, las ligas de bolos y cualesquiera organizaciones similares empezaron a imponer restricciones de acceso: solo los «arios» podrían ser miembros de la asociación. Esto infligió a los judíos lo que Marion Kaplan ha denominado «muerte social».<sup>2</sup> Con el paso del tiempo, los judíos fueron quedando cada vez más solos y abandonados a su suerte.

La aceptación popular del antisemitismo nazi —más aún: que fuera adoptado e interiorizado por los alemanes— no fue el único éxito que, entre 1933 y 1937, se apuntó la política de los dos niveles. También logró desacreditar o desviar la oposición internacional. Aunque al otro lado del Atlántico se oyeron algunas voces críticas —en particular, con manifestaciones concurrecidas en la ciudad de Nueva York— y hubo intentos de boicotear la venta de productos alemanes en el extranjero, en la práctica la persecución de los judíos resultó un factor secundario, para Gran Bretaña y Francia, en comparación con su voluntad de contentar a Hitler por la esperanza de evitar la guerra; y tampoco bastó para socavar una recuperación económica que sirvió para consolidar la popularidad del Führer en su país.

Desde el punto de vista de los nazis, sin embargo, el éxito fue incompleto. A finales de 1937 consideraban que el «problema judío» solo se había resuelto a medias. Por un lado, habían logrado tanto aislar a los judíos del resto de la población como crearles muchas dificultades económicas. Desde 1933, hasta el 40 % del indeterminado número de comercios que eran propiedad de los judíos de Alemania, y entre el 40 % y el 50 % de su riqueza, habían pasado a manos de otros o bien del estado Alemán. Además, en su mayoría, los judíos que permanecían en Alemania habían quedado relegados a un gueto de miseria económica, sin más posibilidades que sobrevivir a duras penas trabajando para sí mismos o para otros judíos.<sup>3</sup>

Por otro lado, sin embargo, la población judía «solo» se había reducido aproximadamente un 35 %, y a Hitler la lentitud del proceso le resultaba cada vez más irritante. A juicio del Führer, recordémoslo, los judíos tenían la culpa de que Alemania hubiera perdido la primera guerra mundial; no pensaba permitirles que minaran el potencial de la nación en una eventual nueva contienda y, a medida que los años treinta avanzaban, el conflicto le parecía cada vez más inevitable. A mediados de 1936 ya había escrito un texto que sentaba las bases de un Plan Económico Cuatrienal. El documento pedía reformar la economía para que no pudiera verse afectada por un bloque internacional y el ejército para que pudiera entrar en guerra en un plazo de cuatro años; un pasaje exigía «una ley que responsabilice al judaísmo en su conjunto de todos los daños causados a la economía alemana por los distintos miembros de esta comunidad de delincuentes».<sup>4</sup> El hecho de que Hitler

hiciera referencia expresa a los judíos en el contexto de un largo análisis de preparativos militares y económicos pone de relieve, una vez más, cuánta seriedad concedía a la leyenda de la «puñalada traperera» (con la que, al asestarla, los judíos habrían puesto fin a la primera guerra mundial) y cuán resuelto estaba a que la comunidad judía expiara, de forma colectiva, la culpa por los supuestos actos de sabotaje.

El 5 de noviembre de 1937, el Führer presidió un consejo al que asistieron los ministros de Guerra y Asuntos Exteriores y sus principales comandantes militares; allí pronunció un discurso que quedó resumido en un memorando transcrito por su edecán, el coronel Friedrich Hossbach. Hitler describió sus palabras, allí mismo, como «su última voluntad y testamento en el caso de su muerte».<sup>5</sup> En lo esencial, se trataba de que Alemania tendría que combatir para aumentar su espacio vital, como muy tarde, entre 1943 y 1945;<sup>6</sup> más adelante, la ocasión habría pasado, pues los recursos de los extensos imperios británico y francés les permitirían recuperar la desventaja armamentística temporal (desde 1933, Alemania mantenía una inversión suicida en las fuerzas armadas que le había permitido ponerse a la cabeza en cuanto a potencial militar). Entre tanto, sin embargo, podían surgir oportunidades para anexionarse Austria y borrar del mapa a Checoslovaquia, con una celeridad asombrosa, ocasiones que el régimen nazi no podía desaprovechar aun a riesgo de que el conflicto se desatara antes. En esta reunión Hitler no dijo nada sobre los judíos, pero las consecuencias de la reunión les afectaron, y mucho.

A todas luces, los comentarios de Hitler sembraron la alarma en cuantos habían acudido a la conferencia, así como en unos pocos ausentes. El ministro de Economía Hjalmar Schacht, que no estuvo allí, ya había advertido a su Führer de que, si no se reducía el ritmo del rearme, la inflación se les escaparía de las manos. Tras el encuentro, el ministro de la Guerra (Werner von Blomberg), el comandante en jefe del ejército (Werner von Fritsch) y el ministro de Exteriores (Constantin von Neurath) se mostraron en contra de actuar de una forma a su entender precipitada; temían que el ejército no estuviera listo a tiempo y que británicos y franceses fueran más fuertes de lo que Hitler preveía. Durante los meses siguientes, Hitler los

despachó a todos; a Schacht el primero, premeditadamente, en noviembre; a los demás en febrero del año siguiente, aprovechando que una serie de supuestos escándalos sexuales abrió campo a las intrigas políticas.

Por otra parte, en los meses posteriores el ministro de Economía en funciones, Hermann Göring, aprobó una serie de medidas designadas para acelerar el proceso de expulsión de los judíos, primero de la economía alemana y luego en general del país. No fue una coincidencia que, en esa circunstancia, el régimen optara por un programa de arianización forzosa y apresurada. El cambio ponía de relieve que Hitler estaba convencido de que los judíos eran desleales y, en caso de conflicto, actuarían como sabotadores y quintacolumnistas. Los planificadores nazis sabían que, con el ritmo de desgaste derivado de la emigración y las muertes, la población judía desaparecería del país en un plazo de entre quince y veinte años; pero el horizonte de la guerra, según los cálculos de Hitler, era mucho más inmediato. Así pues, había que incrementar la presión y forzar a más judíos a abandonar el país, para no darles de nuevo la ocasión de apuñalar a la nación por la espalda.

Entonces se inició una brutal cascada de nuevos decretos, concebidos para depauperar a los judíos de Alemania y hacerles creer que no había futuro para ellos en el país. El primero supuso definir como «empresa judía» toda aquella en la que uno de sus ejecutivos principales fuera judío o más del 25 % de sus acciones estuvieran en manos de judíos. La etiqueta comportaba la imposibilidad de recibir contratos gubernamentales, contar con divisas extranjeras (con las que costear las necesarias importaciones) y disponer de las materias primas racionadas; sin todo ello, ninguna corporación podía salir adelante. En marzo de 1938, las comunidades judías perdieron su condición legal como tales y con ello el derecho a poseer propiedades, lo que abrió la vía a confiscar los edificios de sus sinagogas y escuelas. En abril, se exigió a todas las empresas que eran propiedad de judíos que se apuntaran a un registro específico, y se ordenó a todos los judíos cumplimentar un censo minuciosamente detallado de todas sus propiedades y el valor de estas, hasta la última cucharilla. Para que se los pudiera reconocer al instante, en agosto, tuvieron que añadir a sus documentos de identidad un segundo nombre de pila uniforme: Israel para todos los hombres, Sara para todas las mujeres; en

octubre tuvieron que estampar una gran «J» roja en los pasaportes. En julio se vetó que trabajaran como comerciales, con lo que 30.000 judíos perdieron su puesto de trabajo; en septiembre se determinó que los médicos judíos no podían tratar a pacientes que no lo fueran; en noviembre, los abogados quedaron degradados a consejeros legales con la sola función autorizada de ayudar a otros judíos a liquidar sus negocios y dar salida a sus posesiones. En diciembre, una nueva ley permitió que los gobiernos locales prohibieran la presencia de judíos en la calle en determinados días de la semana.

Como si todo esto no fuera bastante, los nazis también decidieron aterrorizar a la población judía para mermar su número. En la Austria anexionada, la ocupación alemana se caracterizó desde los primeros días por una intimidación inmoderada, pues los nazis entraron en los hogares judíos saqueando y destruyendo con impunidad. En el verano de 1938 la violencia se hizo extensiva a Alemania y generó la destrucción de la gran sinagoga de Múnich en junio y la de Núremberg en agosto. Tanto desde las zonas tradicionales del Reich como desde las nuevas, se envió a campos de concentración a unos 5.000 judíos, con varios pretextos, a veces sin pretexto alguno.<sup>7</sup> Entre tanto hubo expulsiones forzosas de judíos extranjeros; el proceso empezó por los que tenían la ciudadanía soviética, en febrero, y culminó con la deportación de unos 18.000 judíos polacos a finales de octubre, enviados en su mayoría a la población de Zbąszyń, en la frontera oriental de Alemania. El detonante fue una decisión del gobierno polaco, que anunció que impediría que los ciudadanos polacos que vivían en el extranjero entraran siquiera en el país salvo que se apresuraran a obtener la autorización precisa para volver y renovar sus pasaportes el 1 de noviembre. Pero el gobierno polaco estaba intentando deshacerse de ellos, con lo que sus representantes en Alemania se demoraron todo lo posible en dar las autorizaciones con la esperanza de que el límite temporal atrapara fuera de Polonia al mayor número posible de judíos con esta nacionalidad. Como los nazis, por el contrario, querían que los judíos polacos que vivían en Alemania pudieran salir del país, ya fuera de inmediato o en el futuro, y la cancelación de sus pasaportes dificultaría hacer realidad este objetivo, el Reich optó por acelerar la revalidación por sus propios medios: acorraló y detuvo a miles de judíos polacos de Alemania y los llevó hasta la frontera. El gobierno polaco

se negó a dejarles pasar y muchos de ellos languidecieron miserablemente en tierra de nadie hasta entrado 1939. Entre los deportados estaban los padres de Herschel Grynszpan, un joven polaco que vivía ilegalmente en París, en casa de unos familiares, y que el 7 de noviembre de 1938 se vengó introduciéndose en la embajada alemana de la capital francesa y disparando contra el tercer secretario, un joven diplomático llamado Ernst vom Rath. Dos días después, Hitler y el régimen nazi aprovecharon la muerte de Vom Rath como pretexto para un brutal ataque colectivo contra la población judía de Alemania, que una vez más presentaron como acto de autodefensa contra la hostilidad de los judíos. Fue el pogromo que se conoce como *Kristallnacht* («Noche de los cristales rotos»), una oleada de saqueo y destrucción que asoló buena parte de los negocios y hogares que seguían en manos judías y arrasó casi todas las sinagogas del país. Los camisas pardas de las SA que, disfrazados de civiles, actuaban como punta de lanza de la operación, hallaron la colaboración entusiasta de muchos conciudadanos, en particular adolescentes, que se sumaron a la violencia.<sup>8</sup> Cuando el caos se detuvo, los criminales habían matado al menos a 91 judíos (pero es posible que fueran muchos más), habían llevado al suicidio a otras 300 personas y habían detenido a unos 36.000 hombres judíos por todo el país. Al día siguiente, cerca de 26.000 fueron expuestos a una humillación pública mientras los obligaban a subir a trenes y autobuses con destino a los campos de concentración de Buchenwald, Dachau y Sachsenhausen. Al menos 600 de esos hombres (y quizá hasta un millar) murieron por el trato brutal que se les dio en los meses siguientes en esos lugares, que solo podían abandonar si firmaban la renuncia a prácticamente todas sus posesiones y la promesa de emigrar.<sup>9</sup> Además, el gobierno alemán se incautó de una parte de las compensaciones que correspondían a los judíos por los daños a bienes que tenían asegurados y, para rizar el rizo, autorizó a las compañías de seguros alemanas a negarse a satisfacer el resto.<sup>10</sup> Luego el estado nazi impuso a los judíos una multa colectiva de 1.000 millones de marcos, que se pagaría en parte con la confiscación de todas las propiedades que contuvieran metales preciosos (con la sola excepción de los anillos de boda y un juego de cubiertos por persona). En abril de 1939, tras haber expulsado a casi todos los judíos de los puestos de trabajo remunerados, y del subsidio público a todos

los judíos desempleados, el estado nazi impuso trabajos obligatorios a todos los varones judíos de menos de sesenta y cinco años: varias decenas de miles tuvieron que ponerse a limpiar calles, palear nieve y azacarse en las fábricas a cambio de sueldos discriminatorios.

Antes incluso de esta avalancha de crueldad, en su mayoría, los judíos alemanes tenían claro que les convenía emigrar al extranjero. A principios de 1938, los consulados y embajadas de otras naciones en Alemania estaban procesando un número de solicitudes de visado superior al número de judíos que aún seguían en el país. Pero el proceso no era fácil, en particular porque la práctica del régimen nazi de desposeer a los judíos de casi todas sus propiedades los convertía, a ojos de muchos gobiernos extranjeros, en inmigrantes muy poco atractivos. Por otro lado, la Depresión seguía coleando y en muchos lugares la población veía con desagrado la llegada de nuevos competidores por los puestos de trabajo. Pese a todo, cuando se inició la segunda guerra mundial, habían logrado escapar de Alemania cerca del 60 % de los judíos, y de Austria, alrededor del 67 %.

El régimen nazi continuaba insatisfecho con la situación, en buena medida porque las victorias de su política exterior anulaban lo que habían conseguido en materia de política racial. En septiembre de 1939, las anexiones de Austria (en marzo de 1938), de los Sudetes, región checoslovaca fronteriza con Alemania (en octubre, tras la conferencia de Múnich), y de las otras provincias checoslovacas, Bohemia y Moravia (en marzo de 1939) habían aportado una cantidad adicional de residentes judíos que anulaba la reducción de la población judía efectuada hasta entonces en la Alemania propiamente dicha. En vísperas de la segunda guerra mundial, el Gran Imperio Alemán, incluidas las zonas agregadas, contaba dentro de sus fronteras con cerca de 350.000 judíos: demasiados para un régimen nazi que estaba a punto de invadir Polonia, hogar de otros 3,3 millones de judíos.

Todo esto era fácilmente previsible, pero hasta 1938 los líderes de la política alemana no parecen haber caído en la cuenta de que el expansionismo comportaba unas matemáticas fatídicas: con las nuevas conquistas, el Reich aumentaría la población judía más rápido de lo que lograba reducirla. Que al fin comprendieran este hecho contribuyó a que el régimen acelerase la persecución de los judíos y diera pasos hacia una violencia sin disimulo. Las

matemáticas también explican que en los círculos nazis surgiera un nuevo vocabulario con respecto al destino de los judíos. Dado que el Reich no se podría librar de los judíos a un ritmo superior al que los conquistaba, se empezó a poner palabras a lo que hasta entonces había sido inimaginable.

La primera aparición documentada de una nueva palabra y nueva predicción es el informe de un diplomático suizo establecido en París, sobre una conversación del 14 de noviembre de 1938 (menos de una semana después de la Noche de los cristales rotos), en la que el número dos del ministro de Asuntos Exteriores de Alemania, Ernst von Weizsäcker, afirmó: «Hay que deportar a donde sea, de inmediato, a los últimos ... judíos de Alemania ... Si ... ningún país los acepta, no cabe duda de que, más tarde o más temprano, les aguarda la aniquilación completa».<sup>11</sup> Diez días más tarde, el 24 de noviembre, *Das Schwarze Korps*, el órgano de las SS —formación de élite del Partido Nazi que a la sazón controlaba ya a toda la policía alemana—, publicó un editorial que aseguraba: «El pueblo alemán no está dispuesto, en lo más mínimo, a tolerar en su país a cientos de miles de ... judíos misérrimos ... En tal situación nos veríamos obligados a emprender la dura pero necesaria labor de exterminar al submundo judío ... por completo. El resultado sería el fin real y definitivo de la judería en Alemania, su aniquilación completa». Por último, en 1939, Hitler hizo suyo el nuevo léxico: el 21 de enero le dijo al ministro de Exteriores checoslovaco, František Chvalkovský, que si las demás naciones no cooperaban con la deportación de los judíos de Alemania, estos serían «aniquilados».<sup>12</sup> Nueve días más tarde, en un discurso ante el Reichstag, en ocasión del sexto aniversario de su nombramiento como canciller, predijo que si estallaba una nueva guerra mundial esto comportaría «la aniquilación de la raza judía en Europa». Tales referencias todavía hablaban de la aniquilación tan solo como algo que sucedería en determinadas circunstancias; pero era la primera vez que la idea se formulaba como tal. La cuestión no había pasado inadvertida: varias semanas antes de que Hitler formulara expresamente la amenaza, el cónsul general de Estados Unidos en Alemania, Raymond Geist, ya había llegado a la conclusión de que los «alemanes ... se han embarcado en un programa de aniquilación de los judíos», y así se lo comunicó, el 6 de diciembre, al Departamento de Estado de su país.<sup>13</sup>

El 1 de septiembre de 1939, siete meses después de que Hitler se hubiera dirigido al Reichstag con aquellas palabras, el Führer inició la segunda guerra mundial en Europa, con la invasión de Polonia. Menos de cuatro semanas más tarde, cuando Varsovia capituló definitivamente, las SS crearon una nueva subdivisión: la Oficina Central de Seguridad del Reich (*Reichssicherheitshauptamt*; en sus siglas, RSHA), que estaba dirigida por Reinhard Heydrich e incluía una sección específica para los judíos (*Judenabteilung*), encabezada por Adolf Eichmann. Al principio, los invasores alemanes fusilaron a menos judíos polacos que a polacos de otra religión; al igual que pasó en la propia Alemania en 1933, al llegar al poder de un territorio los gobernantes nazis mostraron más interés por castigar a los posibles opositores políticos y miembros de la resistencia que por atacar a los judíos *per se*. No obstante, sí hubo ataques esporádicos que se fueron agravando. El 21 de septiembre los vencedores ordenaron que los judíos abandonaran casi todas sus posesiones y quedaran encerrados en guetos; querían concentrarlos junto a las líneas de ferrocarril para una futura deportación, y entre tanto apoderarse de casi todas sus propiedades. ¿Dónde los enviarían? Pensaban enviarlos a lo que los nazis denominaban explícitamente —inspirados por la historia de la política estadounidense con los nativos norteamericanos— una «reserva» (*Reservat*), pero ¿dónde se situaría? Primero pensaron en la zona de Nisko, junto al río San, en el extremo occidental del distrito de Lublin, en el Gobierno General (el resto de Polonia, que Alemania ocupó pero no se anexionó). A principios de 1940, Hitler confiaba en convencer a Stalin de que aceptara recibir a más de dos millones de judíos que aún vivían en la Gran Alemania y la Polonia ocupada, pero su empeño no dio fruto. Después de tomar Francia, en junio de aquel año, los alemanes centraron el intento en la colonia francesa de Madagascar, un destino que los antisemitas europeos había sugerido de forma repetida desde finales del siglo XIX. Los planificadores alemanes empezaron a calcular cuántos buques necesitarían, y durante cuánto tiempo, para deportar a los 3,25 millones de judíos que estaban por entonces en territorios controlados por Hitler;<sup>14</sup> y la Gestapo instó a varios líderes de la comunidad judía alemana a averiguar si alguna organización judía de Estados Unidos ayudaría a financiar el éxodo. Pero dado que los alemanes fracasaron en la batalla

aérea contra Gran Bretaña, el transporte por mar quedó excluido. Entre finales de 1940 y principios de 1941 se abrió paso un cuarto hipotético destino: Siberia, por encima del círculo polar ártico, una vez que la inminente invasión de la Unión Soviética se tradujera en la victoria alemana.

Esta transición de la política alemana —pasar de instar a la emigración, que seguía siendo posible, a planear la deportación— supone un claro punto de inflexión, pues implicó dar un primer paso hacia la aniquilación práctica. Desde luego, el régimen aún no había decidido asesinar a todos los judíos, pero había elegido un camino que acarrearía la muerte de muchos, ya fuera en los guetos, deficientemente provistos, o en los destinos inhóspitos elegidos, en los que los judíos carecerían tanto de la preparación física como de los recursos materiales necesarios. Como confirmación de este viraje político, entre septiembre de 1939 y junio de 1941 los guetos y los campos de trabajo forzado costaron la vida a más de medio millón de judíos polacos. Pese a todo, en marzo de 1940 Heinrich Himmler todavía afirmaba que «el método bolchevique de la destrucción material de todo un pueblo ... es imposible e impropio de un alemán». <sup>15</sup> El comentario hacía alusión al trato que se debía dar de los polacos, pero pronto el curso de los acontecimientos le llevó a sopesar si tal inhibición debía seguir aplicándose también a los judíos.

En 1940 y 1941, varios procesos contribuyeron a crear incentivos para que los nazis quisieran dar una «solución total» o «general» (*Gesamtlösung*) a la cuestión judía, y con relativa prontitud. Mientras los *Gauleiter* nazis — los jefes regionales del partido, y en especial Joseph Goebbels en Berlín— clamaban por empezar a deportar a Polonia a los judíos alemanes que seguían viviendo en el país —en parte, para liberar alojamientos para otros alemanes, en parte como un fin en sí mismo—, en la nación conquistada al este se producía un gran atasco logístico. Himmler, que acababa de ser nombrado jefe de la Comisión Nacional para la Consolidación de la Germanidad (*Reichskuratorium für die Festigung deutschen Volkstums*, o RKFDV), se había embarcado en Polonia en un programa colosal de ingeniería masiva. El plan pretendía repatriar a la región anexionada de Polonia a medio millón de *Volksdeutsche* (núcleos de personas de etnia alemana) que residían en la Unión Soviética y los estados bálticos, con arreglo al acuerdo por el que Hitler y Stalin se habían repartido la Europa oriental en 1939.

Simultáneamente, se pretendía expulsar al Gobierno General de Polonia (recordemos: el territorio ocupado, pero no anexionado) a más de un millón de judíos y polacos. Pero Hans Frank, el gobernador nazi de este sector oriental, se resistió a colaborar en el proyecto, afirmando que su feudo no debía ni podía convertirse en un «vertedero» de judíos porque las condiciones de los guetos ya eran espantosas y este hecho ponía en peligro la salud de las poblaciones vecinas. Por otro lado, las ideas de Himmler sobre el futuro del Gobierno General también parecen haber evolucionado durante el proceso de preparación de la invasión de la Unión Soviética. Como la mencionada región polaca ya no estaría en la periferia de la Gran Alemania, sino cerca del centro de un imperio alemán muy ampliado, el Gobierno General pasaba a ser, a su juicio, una zona más adecuada para la germanización que para el «vertido» demográfico por el que antes se decantaba. A la postre, esto supuso hacer extensiva a todo el territorio de Polonia la voluntad de realizar una «limpieza» étnica.

Entre tanto, las victorias logradas en el sureste de Europa a principios de 1941 —que aportaron a Alemania la ocupación de Serbia y algunas zonas de Grecia, y fortalecieron las alianzas del Reich con Hungría, Rumanía y Bulgaria— también tuvieron el efecto de multiplicar el número de judíos residentes en el espacio nazi, lo que a su vez intensificó la percepción de que había que actuar al respecto con urgencia y ampliando las miras al conjunto del continente. La decisión de atacar la Unión Soviética en 1941 amenazaba con tener un efecto similar y, además, exponer a las tropas alemanas al supuesto sabotaje de los judíos que se hallarían entonces en la zona de retaguardia. Por último, esta decisión, sumada al hecho de que Hitler estaba seguro de que Estados Unidos no tardaría en unirse a la alianza opuesta a Alemania —la potencia norteamericana había roto las relaciones diplomáticas con el régimen nazi en junio de 1941, y tanto el presidente Franklin Delano Roosevelt como el primer ministro británico Winston Churchill acababan de firmar la Carta Atlántica, a mediados de agosto, que de forma implícita suponía una coalición—, representaba que los judíos europeos habían perdido su valor como rehenes que cabía usar tanto para presionar a los Aliados como

para intimidar a otros judíos del extranjero. En el clima de euforia de las primeras victorias alemanas en Bielorrusia y Ucrania, lo que antaño obraba como restricción en el trato dado a los judíos dejó de funcionar como tal.

En otras palabras: una combinación de impaciencia, frustración y ambición convenció a los líderes nazis de que si actuaban mucho más radicalmente contra los judíos —sin esperar a la victoria que esperaban conseguir— tenían mucho que ganar y nada que perder. De resultas, Hermann Göring encargó a Reinhard Heydrich, el 31 de julio de 1941, que preparase «una solución total de la cuestión judía en la esfera alemana».<sup>16</sup> Cuando la tuvo lista, sin embargo, los alemanes ya habían dado el primer paso hacia el asesinato masivo. En el transcurso del mes de julio, las acciones iniciales de «pacificación» de los territorios conquistados dieron lugar a la determinación de que no se repitiera la paralización que se había dado en Polonia ni los problemas asociados con los guetos; para ello, optaron por matar a los judíos de la Unión Soviética. Los primeros responsables de llevar a cabo las ejecuciones fueron cuatro *Einsatzgruppen* («grupos operativos») integrados por menos de 3.000 hombres y subdivididos en dieciséis *Kommandos* móviles que avanzaban por detrás de las tropas alemanas, fomentaban pogromos y fusilaban a los posibles «partisanos» o comunistas. Al principio, las víctimas fueron ante todo hombres judíos en edad militar, pero a finales de julio de 1941 —cuando todavía no hacía ni un mes que la invasión se había iniciado— la masacre se hizo extensiva a las mujeres y los niños, y Alemania envió al este a dos brigadas con otros 10.000 hombres de las SS, más 30.000 policías de la *Ordnungspolizei* («policía del orden»), para que se sumaran a la labor. También colaboraron milicias organizadas entre la población local (las *Schutzmannschaften* o «tropas de protección») y divisiones de seguridad del ejército regular alemán que estaban destinadas por detrás del frente.

Esta diversidad de equipos masacró a más de medio millón de judíos durante los seis últimos meses de 1941 y quizá a un millón si se incluyen los primeros meses de 1942. Mientras que en Polonia algunos judíos habían sido asesinados y la mayoría, enviados a los guetos, en cambio en Ucrania, Bielorrusia y los estados bálticos el modelo se invirtió: lo normal fue morir, mientras que ir a un gueto estable, más allá de una estancia muy breve, fue

una excepción. Los asesinatos alcanzaron un pico entre finales de agosto y finales de septiembre, cuando 24.000 judíos fueron asesinados en Kamianets-Podilskyi, 28.000 perdieron la vida en Vínnytsia, y casi 34.000 en Babi Yar, a las afueras de Kiev, en masacres que duraron más de dos días cada una.<sup>17</sup> En estos lugares, como en general en la Unión Soviética ocupada, la mayoría de víctimas murieron una a una: recibían un tiro en la zona de la nuca, en vez de ser ametralladas, porque los asesinos querían asegurarse tanto de que no fallaban como de que no malgastaban munición.

La excusa constante de los asesinatos fue la *Partisanenbekämpfung* («lucha contra los partisanos»), pese a que en los primeros meses de la guerra en el Frente Oriental apenas había guerrilleros. En todas partes, además, a partir de agosto, los alemanes afirmaron que también debían morir las mujeres y los niños porque actuaban como ojos y oídos de los francotiradores y otras guerrillas contrarias al avance de sus tropas. Junto a esta justificación militar había una de carácter ideológico: los nazis estaban convencidos de que los judíos eran el cerebro que manejaba al régimen bolchevique. El 10 de octubre de 1941, el general Walter von Reichenau dictó una orden para el VI Ejército que reunía todas las legitimaciones: «El soldado debe ser plenamente consciente de la necesidad de aplicar un castigo duro, pero justo, a los judíos infrahumanos. Ello tiene el objetivo más general de extirpar todo germen de levantamiento que pueda producirse en la retaguardia de la Wehrmacht, levantamientos que, según nos demuestra la experiencia, siempre han sido instigados por judíos».<sup>18</sup> Hitler consideró que la orden de Reichenau era sobresaliente e hizo que se comunicara a todas las unidades alemanas que combatían en el Frente Oriental.

El rápido crecimiento del número de víctimas no es de extrañar cuando uno recuerda que los alemanes entraron en la Unión Soviética armados de un *Hungerplan* («plan del hambre») que exigía alimentar al propio ejército con los recursos locales y dejar que más de veinte millones de ciudadanos soviéticos se murieran de hambre. De acuerdo con este programa, el régimen nazi trató a los prisioneros de guerra del Ejército Rojo con tanta mezquindad que el 58% de los apresados durante la contienda —más de tres millones de personas— murieron en cautividad; más de la mitad, durante los primeros siete meses de la invasión alemana. Reducir el número de bocas que

alimentar en los territorios orientales que el Reich conquistaba fue una prioridad constante y clara para los alemanes, con lo que ampliar las masacres a grupos de judíos cada vez más numerosos encajaba a la perfección con la planificación militar. En todo caso, la cuestión de los alimentos fue un motivo que no causó, sino tan solo reforzó, la voluntad de asesinar. En Serbia, ocupada por Alemania durante el verano y otoño de 1941, los hechos se desarrollaron de forma paralela.<sup>19</sup> No había escasez de alimentos, pero se ejecutó a los judíos en masa en represalia por los ataques de los partisanos. Los judíos no debían morir porque los oficiales nazis iban encontrando justificaciones para los asesinatos; el proceso causal funcionaba exactamente al revés.

A finales del verano de 1941, la política nazi había evolucionado a través de varias fases: de intentar expulsar a los judíos del espacio alemán se había pasado a prácticamente obligarles a abandonarlo; a concentrarlos con miras a la deportación por muchas muertes que el proceso causara; por último, a matar a los judíos de los nuevos territorios que los nazis conquistaban. Solo quedaba un paso: matar a los judíos de su territorio tradicional. El primer intento en esta dirección se produjo a mediados de septiembre, quizá condicionado por la decisión de Stalin de deportar al interior del país a los alemanes que aún vivían en el sur de Rusia. Hitler accedió a la exigencia de que los judíos alemanes lucieran sobre la ropa el distintivo de la estrella de David, una medida que se aplicaba desde hacía tiempo en los territorios ocupados, pero no aún en la propia Alemania. El distintivo era el paso previo a la deportación, un fin que los *Gauleiter* solicitaban con una insistencia cada vez mayor; lo único que impedía aún pasar de la deportación a la erradicación definitiva era la necesidad de encontrar cómo se podría matar a los judíos en masa.

#### LAS RESPUESTAS DE LOS JUDÍOS Y LOS GENTILES

¿Cómo lograron los nazis radicalizar su ataque contra los judíos de Alemania, y luego de Europa, sin encontrarse con interferencias apreciables? La cuestión debe desglosarse en tres subpreguntas más específicas: (1) ¿Por qué

los alemanes no judíos, que en su mayoría, antes de 1933, no habían aceptado el antisemitismo como motivación política de primer orden, actuaron luego como si en efecto lo fuera? (2) ¿Por qué los judíos de Alemania no organizaron medidas de respuesta más efectivas o, por lo menos, huyeron todos del país? (3) ¿Por qué las entidades o las potencias extranjeras no intervinieron por razones humanitarias?

El hecho de que más de la mitad de los alemanes no hubiera dado su voto a Hitler en 1933 no significa que esas personas rechazaran el antisemitismo. Algunos eran católicos devotos, que apoyaban a un Partido de Centro que estaba muy vinculado con la Iglesia, pero también había absorbido la hostilidad antisemita de base religiosa. Otros no creían que los nazis acertaran al identificar a los judíos como la causa principal de las penalidades de la nación, pero tampoco sentían especial simpatía por ellos. El problema principal era que, aunque los antisemitas eran un número limitado, la mayoría de los alemanes no judíos consideraba que el destino de los judíos era secundario, en comparación con sus propias dificultades. La indiferencia y el egoísmo crearon oportunidades para que los nazis cambiaran el comportamiento de la gente con una combinación del palo y la zanahoria: recompensas para los que respaldaban la ideología del nuevo régimen y castigos para los que no. La pena podía llegar a ser violenta, pero no lo era necesariamente; podía limitarse a ralentizar o bloquear el progreso de la carrera personal. El régimen nazi disponía de muchos mecanismos que fomentaban la obediencia y la corrupción, y uno de los rasgos más angustiantes del Holocausto es no solo la rapidez con que tales mecanismos obraron sus efectos en los alemanes, sino también la forma en la que estos efectos hallaron luego réplica en prácticamente todos los países europeos ocupados por los nazis o aliados con ellos, lo que tuvo consecuencias nefastas para los judíos.

Incluso entre los segmentos de la población alemana que habían recibido una mejor formación cultural y eran más cosmopolitas y contrarios a la violencia, en 1933, y con llamativa celeridad, se puso en marcha un proceso de *Selbstgleichschaltung* («autocoordinación»)\* que hizo que pronto se abandonaran los intentos organizados de proteger a los judíos como colectivo. Así, varios importantes diplomáticos alemanes sopesaron renunciar

a su puesto, a principios de 1933, como protesta contra la discriminación y brutalidad de los nazis; pero solo uno lo hizo: Friedrich von Prittwitz und Gaffron, embajador de Alemania en Washington.<sup>20</sup> Un grupo de importantes ejecutivos entre los que estaban Carl Friedrich von Siemens (de la corporación colosal que llevaba, y aún lleva, el nombre de la familia) y Carl Bosch, de IG Farben (el enorme conglomerado químico) se reunieron algunas veces a lo largo del año para redactar un documento que pretendía disuadir a Hitler de continuar con las acciones antisemitas; pero no llegaron a enviarlo. La respuesta típica de los ejecutivos, en la práctica, fue ceder a los ataques del Partido Nazi contra los judíos, a lo sumo intentando proteger a unas pocas personas especialmente apreciadas. Así, Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, presidente de la Asociación Nacional de la Industria Alemana, consintió a lo que le exigieron unos camisas pardas que ocuparon su despacho en Berlín el 1 de abril de 1933, y aceptó despedir a los judíos empleados por su organización, así como a toda aquella persona que el Partido Nazi considerase políticamente inaceptable.<sup>21</sup> Igualmente, Degussa, una empresa que refinaba metales preciosos, respondió a las insinuaciones de la prensa nazi (que la acusaba de estar bajo la influencia de los judíos) publicando fes notariales de que nunca había dado trabajo a judíos. Con ello, la empresa confiaba en desviar la atención del hecho de que varios judíos habían tenido un papel importante en la fundación de la empresa, setenta años atrás, y que en 1933 seis judíos todavía se sentaban en su junta.<sup>22</sup>

¿Por qué unos alemanes que habían logrado una posición social tan sólida como exitosa no opusieron resistencia moral a lo que sucedía en 1933? Por muchas razones. Para empezar, el régimen nazi no tardó en hacerse con el monopolio del discurso político y cambió la valencia moral del odio, de negativa a positiva. Antes de 1933, en muchos ámbitos se consideraba que el antisemitismo era vergonzoso e impropio de gente educada; después se identificó, en todos los ámbitos, con el patriotismo. A la inversa, expresar simpatía por los judíos había pasado a ser un acto antipatriótico que podía atraer sobre uno sospechas, si no una condena. Como para los nazis atacar a los judíos era mucho más importante que defenderlos para los alemanes no judíos, en su mayoría estos optaron no por el valor, sino por la discreción y el silencio. Además, muchos alemanes que discrepaban de las virtudes del

antisemitismo aprobaban otros aspectos del programa nazi y, por lo tanto, compartían al menos parcialmente una identidad de intereses con el movimiento de Hitler. Los diplomáticos y los oficiales de las fuerzas armadas, por ejemplo, querían que los términos del tratado de Versalles se revisaran y el ejército alemán resurgiera, y estos objetivos figuraban entre las promesas de Hitler. Muchos ejecutivos de grandes empresas eran partidarios de suprimir los sindicatos y confiaban en que el país saliera de la Depresión; de nuevo, eran objetivos compartidos con Hitler.

Sobre todo, en el contexto de violencia y cambios acelerados de principios de 1933, la mayoría de alemanes de clase alta se refugiaron en una mezcla fantasmagórica de miedo a perder su fuente de sustento y un sentimiento de responsabilidad mal orientada. Según escribió entonces el ministro de Exteriores Ernst von Weizsäcker: «los especialistas no pueden limitarse a abandonar el campo», sino que debían dar al régimen «apoyo y experiencia de toda clase ... con la esperanza de contribuir a que la ... revolución actual se vuelva auténticamente constructiva».<sup>23</sup> Por descontado, esto a Weizsäcker no le causaba especial dificultad, dado que deploraba que el país, a su entender, había sufrido una «inundación de judíos» desde 1919. Pero también una figura algo más liberal como Fritz Roessler, que estaba a la cabeza de la junta de supervisión de Degussa, intentó acomodarse a los hechos de 1933 y concluyó que personas como él debían «reconocer los aspectos positivos del movimiento, hacer caso omiso de las deficiencias humanas asociadas con toda revolución, y hacer cuanto esté en su mano para convertir este mosto agroz en un buen vino».<sup>24</sup>

Como en los casos de Weizsäcker y Roessler, en 1933 fue habitual que un fuerte sentido del deber cegara a las personas situadas en la élite, que no supieron ver las consecuencias de sus decisiones. A largo plazo, ayudar a los nazis —«para evitar lo peor», según se decía— solo sirvió para fortalecerlos e incrementar su peligro. Según le había dicho su pastor a Kurt Gerstein —quien más adelante prestó servicio en las SS y se encargó de adquirir parte del gas Zyklon usado en Auschwitz— en la década de 1930, cuando Gerstein decidió sumarse al Partido Nazi con la intención de influir desde el interior:

«crees que podrías participar en las decisiones ... [pero] el que entra en esta avalancha desbocada solo incrementa la fuerza de la masa».25 Pocos alemanes mostraron tanta perspicacia.

Entre los más jóvenes que aún debían hacer carrera profesional, la forma en la que, en 1933, los nazis mezclaron la intimidación con el adoctrinamiento se refleja con especial potencia en las memorias de Sebastian Haffner, *Historia de un alemán*. En inglés se publicaron con un título melodramático y sensacionalista (*Defying Hitler*, «En desafío de Hitler»), aunque es cierto que Haffner huyó de su patria en 1938 y se labró una nueva carrera como periodista en Inglaterra antes de volver a Alemania, varios años después de que acabara la segunda guerra mundial. Cuando Hitler llegó al poder, Haffner —cuyo nombre real era Raimund Pretzel— contaba veintiséis años y estaba preparando los exámenes necesarios para poder ejercer como abogado. La obra retrata con vivacidad las tropelías de los camisas pardas, que apaleaban en la calle a quien no hiciera el saludo nazi al paso de una esvástica. Un día de la primavera de 1933 aquellos matones entraron en la biblioteca de Derecho, donde estaba estudiando, y fueron preguntando mesa por mesa: *Sind Sie arisch?* («¿Eres ario?»),\* y agrediendo a quien respondía que no o les parecía que mentía.26 Aquel día se marchó con sensación de profunda vergüenza por haber respondido con un *sí*, aunque fuera verdad. No fue ni mucho menos el único asalto de esta clase, aquella primavera, contra el sistema legal.

Esta era la cara de la intimidación, en 1933. El adoctrinamiento llegó más tarde, cuando el nuevo régimen ordenó a Haffner y a todos los demás examinandos pasar el verano en una especie de campamento para futuros juristas, donde se impartían clase con la ideología racista del partido y debían hacer la instrucción sin descanso. Para describir qué les había supuesto esa experiencia, a él y los demás, Haffner acuñó un neologismo: a partir de uno de los términos con los que los miembros del partido se dirigían la palabra mutuamente (*Kamerad*, «camarada»), afirmó que el campamento los había convertido en tales (*verkameradet*).27 La militarización de la vida alemana durante la década de 1930, mediante este tipo de instituciones y prácticas, puso freno al pensamiento crítico y consolidó, en cambio, la obediencia, la solidaridad y la identificación con el grupo. Lo mismo hizo la insistencia

constante del régimen en la «comunidad nacional» (*Volksgemeinschaft*) y el hincapié en que los ciudadanos alemanes solo tenían obligaciones morales para con el «nosotros», y nadie más. La vida alemana empezó a quedar poderosamente intoxicada por la glorificación de la «pertenencia». Bernhard Rust, el nuevo ministro nazi de Educación, explicó qué obligaciones intelectuales se derivaban de ello en 1933, cuando les dijo a un grupo de profesores en Múnich: «Desde este momento, no les corresponde decidir si algo es verdad o no, sino si sirve a los intereses de la revolución nacionalsocialista».<sup>28</sup>

Estas historias ponen de relieve cómo el poder magnifica las ideas de quienes lo ostentan, porque es propio del ser humano buscar la seguridad que se deriva de la adaptación o conformidad con esas ideas. No hay más antídoto que la convicción —la lealtad a una ideología distinta lo suficientemente fuerte— y la libertad de expresarla. Cuando hay carencia de ambas cosas — como sucedió en Alemania a partir de 1933— los ideólogos corren a aprovecharse y dictar las normas de comportamiento. Una minoría movida por el odio se apoya entonces en la autoridad del estado para, sin ataduras, impulsar los acontecimientos hostigando a los grupos elegidos como blanco para hacer su vida aún más difícil.

El interés propio llevó a la gran mayoría de los demás alemanes a creer que debían hacer caso omiso de lo que les estaba ocurriendo a los judíos, o considerarlo el precio que había que pagar por los efectos aparentemente positivos que el régimen nazi estaba causando. En 1936, a fin de cuentas, la Depresión había acabado y el desempleo era cosa del pasado; el régimen nazi había logrado la recuperación económica más rápida del planeta. Para ese mismo año, Alemania había recobrado la región del Sarre, que Francia administraba desde 1919; se había saltado los límites que el tratado de Versalles imponía a las fuerzas armadas del país; y había vuelto a enviar a sus soldados a la Renania, una franja de territorio occidental fronteriza con los Países Bajos, Bélgica, Luxemburgo y Francia, que había estado desmilitarizada. Durante los dos años siguientes, Hitler se anexionó Austria, «devolvió a su hogar» a los hablantes de alemán de los Sudetes —pese a que

la región nunca había formado parte de Alemania— y ocupó el resto de la actual República Checa; y todo ello, sin disparar una sola bala ni perder a un solo soldado en combate.

También fue el interés propio lo que movió a muchas personas a intentar beneficiarse económicamente de la persecución, lo que explica que muchos abogados y agentes de bolsa actuaran como intermediarios en la venta de las propiedades judías y que surgieran toda clase de interesados en apoderarse de las consultas médicas y los gabinetes jurídicos, las obras de arte, las casas y pisos, incluso los muebles y alfombras de los judíos, entre otras muchas cosas. Muchos no judíos llegaron a la conclusión de que no podían frenar la persecución pero quizá sí sacar partido de ella. Incluso los alemanes que no se enriquecieron personalmente de esta forma tuvieron el cuidado de cortar los lazos con los vecinos y amigos judíos, lo que por un lado incrementó el aislamiento de estos y por otro redujo su capacidad de comunicarse fuera de la propia comunidad.<sup>29</sup>

Por otra parte, el carácter progresivo de la escalada nazi planteaba problemas de previsión que afectaron a todas las partes, incluidos los alemanes no judíos, los judíos alemanes y los extranjeros. Si la gente hubiera tenido la constancia de que la crueldad y la discriminación eran una antesala de la hambruna y la masacre, ¿no se habrían echado atrás en mayor número? Pero en 1933 ni siquiera los nazis lo sabían; entonces, ¿quién más podía estar seguro de ello? En vez de imaginar adónde podía conducirlos la persecución, los alemanes quedaron atrapados en el mundo intelectual puramente autorreferencial que los nazis habían creado, en el que se controlaba minuciosamente la información pública, se vetaba la distribución de publicaciones extranjeras, la palabra «cosmopolita» se usaba como insulto habitual y se recordaba sin cesar a la gente que debía actuar «con el Führer en mente»: imaginando qué querría Hitler que hicieran y llevándolo a cabo.<sup>30</sup> La opinión pública, en otras palabras, resultó envenenada de forma metódica; y la vara de medir de la moralidad pasaba sin cesar de los principios éticos generales (como por ejemplo la «Ley de oro de la reciprocidad») a las cuestiones específicas de si tal acción iba en beneficio de Alemania o no. Esta perversión del pensamiento afectó en particular a los jóvenes que alcanzaron la mayoría de edad durante los años treinta, que apenas dispusieron de

marcos de referencia independientes.<sup>31</sup> Así, durante esa década los adolescentes estuvieron en la primera línea tanto de los ataques personales violentos contra judíos, como de los intentos de humillarlos a ellos y quienes se asociaban con ellos.

Hay que hacer dos advertencias importantes, sin embargo, con respecto a este lavado de cerebro colectivo. En primer lugar, no necesariamente cambió qué pensaban los mayores, pero sí cambió, sin lugar a dudas, qué decían o dejaban de decir. Los nazis definieron el discurso público y controlaban el sistema de recompensas sociales, y esto fue suficiente para limitar la expresión franca de disensiones y desacuerdos. En segundo lugar, la corrupción de la decencia en el trato dado a los judíos no fue una transformación que se produjera de la noche a la mañana o sin la aplicación de presión adicional. Otra historia sobre Degussa pone de manifiesto este último punto. En este caso se refiere a la actitud de Ernst Busemann, jefe del consejo de administración de la empresa,<sup>32</sup> hacia dos familias judías, los Meyer y los Margulies, que durante los años veinte habían vendido una mayoría de acciones de sus empresas a Degussa, pero aún conservaban el 26 % y posiciones de gestión en las correspondientes subsidiarias. En noviembre y diciembre de 1937, la sección sindical nazi (del NSBO) de la primera filial quiso que esta compitiera por el honor de ser «fábrica modelo» del nacionalsocialismo. Para posibilitarlo —explicó el sindicato al director— había que comprar las últimas acciones de la familia Meyer y expulsar a sus miembros de la ejecutiva; el director agachó la cabeza y consultó a Busemann qué debía hacer. La respuesta de Busemann, que se conserva, es un documento muy relevante. Comienza alabando obsequiosamente a los Meyer, como viejos amigos y excelentes empresarios, lamenta que el destino de estos haya quedado en sus manos y, por último, expresa la destructiva conclusión de que «resulta inútil nadar contra la corriente»: había que prescindir de los Meyer, y ellos, de sus acciones. Para aliviar el golpe, Busemann lo organizó para comprar estas acciones con otras acciones de IG Farben, que en teoría valían lo mismo pero en los mercados se cotizaban mucho más caras. En contraste, unos meses más tarde, en abril de 1938, cuando los nazis exigieron que se expulsara a la minoría judía de la filial de Degussa en Austria, Busemann tan solo ofreció a la familia Margulies una parte menor del valor

de sus acciones, en metálico y sin posibilidad de negociar. ¿Por qué este cambio tan radical y abrupto? Desde que se había producido la anexión (*Anschluss*) de Austria y los decretos de Göring habían acelerado la arianización, el peligro político de que te descubrieran actuando con generosidad, o simple simpatía, hacia los judíos se había intensificado mucho, y Busemann actuó en consonancia con los nuevos tiempos.

Estos relatos de las memorias de Haffner, al igual que la historia de Degussa, son ilustrativos, pero ¿son representativos? ¿Qué sabemos sobre qué pensaban los alemanes, en su mayoría, sobre la persecución de los judíos, y cómo lo sabemos? La verdad es que tenemos más fuentes de lo que quizá cabría imaginar, y entre las más importantes figuran las cuatro que siguen: los *Sopade-Berichte*, informes que, de forma periódica, enviaban al Partido Socialdemócrata (SPD), exiliado en Praga, opositores de izquierda que aún permanecían en Alemania; los *Stimmungsberichte*, «informes sobre el estado de la opinión pública» que los agentes de la Gestapo (policía secreta estatal) fueron reuniendo y unas décadas más tarde se publicaron con el título de *Meldungen aus dem Reich* (una traducción inglesa de los pasajes referidos a judíos se extiende hasta las 657 páginas); numerosos diarios escritos por alemanes no judíos que han sido analizados con eficiencia por Peter Fritzsche en *Vida y muerte en el Tercer Reich*; y *Quiero dar testimonio hasta el final*, el brillante y conmovedor diario de Victor Klemperer, un judío convertido al cristianismo y casado con una mujer no judía, que sobrevivió al régimen nazi.

Estas fuentes dibujan un panorama completo y no coherente, en el que los actos de amabilidad se mezclan con otros de crueldad despiadada; pero la imagen general es de una división pública en tres grupos: los que eran favorables a la persecución de los judíos, los que simplemente la aceptaban, y los que la veían con disgusto pero no veían la utilidad de protestar, aunque a menudo expresaron sus reservas o sintieron vergüenza por acciones concretas. Los informes de la Gestapo retratan de forma vívida tanto el acoso y hostigamiento que los judíos sufrían un día tras otro como la incomodidad que en algunas ocasiones esto despertaba. En septiembre de 1934, la sección de Potsdam comentaba con pesar que «la cuestión judía no es el principal problema de la opinión pública alemana ... Se quita hierro a las denuncias del peligro que los judíos suponen y a cuantos se dedican a ilustrar a la población

se los describe, hasta cierto punto, como unos locos». En julio del año siguiente, la oficina de Kiel escribía: «Vale la pena dejar constancia de que, cuando hay acciones contra los judíos, estas emanan ante todo de los miembros del partido y sus organizaciones afiliadas, mientras que la población en general apenas participa». <sup>33</sup> En octubre de 1935, la sección de Magdeburgo aseveraba sobre la respuesta pública a las Leyes de Núremberg, aprobadas aquel año: «en resumidas cuentas, es necesario constatar que, más allá de la población de orientación sólidamente nacionalsocialista, las nuevas leyes han sido acogidas en parte con indiferencia y en parte con muy escaso aprecio y comprensión». <sup>34</sup> Ahora bien, desde otros lugares se informaba exactamente de lo contrario, y se aseguraba que la opinión pública había recibido con satisfacción las Leyes de Núremberg porque clarificaban por fin la posición de los judíos en Alemania.

En la medida en que cabe generalizar sobre el estado de la opinión pública adulta de Alemania antes de la Noche de los cristales rotos, se constata una aceptación general de las medidas antisemitas, salvo cuando se entendía que dañaban al interés propio de los no judíos. Así, muchos alemanes estaban descontentos con la exigencia del partido de no comprar en las tiendas de los judíos, porque se entendía que ofrecían productos mejores a un mejor precio; muchos agricultores se vieron forzados a romper las relaciones con tratantes de ganado judíos en los que confiaban. <sup>35</sup> En un sentido más abstracto, muchos alemanes temían asimismo que las acciones antisemitas dañaran la imagen de su país en el extranjero. Tampoco gustaba mucho la preeminencia que se daba a publicaciones violentamente antisemitas, en particular *Der Stürmer*, de Julius Streicher, que a mediados de la década de 1930 se exhibía de forma conspicua en muchos pueblos y ciudades, en expositores específicos; a medida que el tiempo pasaba, la incomodidad pública hizo que esta práctica decayera. La reacción concreta a la Noche de los cristales rotos confirma este mismo modelo: a la mañana siguiente, en la calle, muchas personas expresaron vergüenza y disgusto por lo sucedido, <sup>36</sup> aunque solo en parte por el daño que habían sufrido los judíos, y en otra parte por los destrozos innecesarios de las propiedades y la apariencia de desorden. Fuera cual fuese la variedad de actitudes que convivían entre la población no judía, lo decisivo es que, durante la década de

1930, la violencia y la crueldad de los ataques contra los judíos se fueron incrementando sin cesar, en toda la Alemania nazi y a plena vista del público, en particular en las ciudades pequeñas y en el campo; y que sin embargo este hecho no dio origen a muestras de rechazo y repugnancia que obligaran al régimen nazi a modificar el rumbo.

Cuando empezó la guerra, la hostilidad contra los judíos se intensificó aún más. En los primeros años abundaron los rumores sobre el encierro de los judíos alemanes en guetos y su deportación a Polonia, pero la disensión fue escasa. En 1940, muchos informes de la Gestapo hicieron hincapié en que la película propagandística *Jud Süß* había hecho especial mella en la población y reforzado sus sentimientos antisemitas. En julio de 1941, la oficina de la Gestapo valoró la respuesta pública a la primera ronda de noticiarios del Frente Oriental con estas palabras: «Las imágenes de la detención de los judíos ... se han recibido con una aprobación entusiasta, y la gente dice que aquí a los judíos [es decir, a los judíos alemanes] se los está tratando con excesiva benevolencia. En todas partes se ha acogido con especial agrado la serie de imágenes sobre el despliegue forzoso de judíos en las operaciones de limpieza». <sup>37</sup> En septiembre de aquel año, las secciones locales de todo el país se hicieron eco de que la orden de que los judíos alemanes lucieran la estrella de David en la ropa se había recibido con «genuina satisfacción» y «complacencia». <sup>38</sup> Pese a todo, un mes más tarde, Goebbels se lamentaba en su diario de que «nuestros intelectuales y la alta sociedad han descubierto de golpe, una vez más, los sentimientos que los unen a los pobres judíos». <sup>39</sup> En consecuencia, se aseguró de que con las cartillas de racionamiento que llegaron a los hogares alemanes el mes siguiente iba también el anuncio de nuevos castigos a la «conducta projudía». <sup>40</sup>

A pesar de estos recordatorios, cuando se inició la deportación de los judíos, el régimen nazi consideró necesario adoptar nuevas medidas de precaución contra las muestras de simpatía. En octubre de 1941, en Berlín, los primeros grupos de personas a las que se enviaría «al este» recibieron instrucciones de presentarse en la sinagoga de la calle Levetzow, en el distrito de Moabit, cerca del centro de la ciudad, y luego tuvieron que recorrer seis kilómetros a plena luz del día, hasta la estación de mercancías de Grunewald, en el extremo occidental de la capital. En cambio, a mediados de 1942,

cuando los transportes se reanudaron, las autoridades decidieron no exponerse a que hubiera tantos espectadores y realizaron las marchas en mitad de la noche.<sup>41</sup> De un modo similar, aquel año, algo más tarde, cuando los judíos berlineses recibieron instrucciones de congregarse en otro punto aún más céntrico (la Grosse Hamburgerstrasse) para un viaje que los conduciría al campo-gueto de Theresienstadt (en Bohemia), hicieron el primer tramo antes del amanecer, en tranvías que los llevaban hasta la estación de Anhalter cuando esta aún estaba poco concurrida.

El hecho de que se usara Theresienstadt (Terezín, en checo) como destino para los judíos alemanes de más edad y condecorados también demuestra que al régimen nazi le quedaban pocas ganas de disfrazar lo que estaba ocurriendo. Esta antigua ciudad fortificada del Imperio Austrohúngaro, que en noviembre de 1941 se había convertido en centro de retención de los judíos checos, pasó a ser, mediado 1942, un supuesto refugio para los judíos alemanes incapaces de realizar el «trabajo en el este» que, según se decía, era el destino de la mayoría de los deportados. En realidad, este «gueto de ancianos» demostró ser una mera estación de paso en el camino a la muerte de la mayoría de los 58.000 judíos de la Gran Alemania a los que se confinó en su interior. Así, a cerca del 41 % de los internos se les reenvió a campos de exterminio; un porcentaje algo mayor murió en el campo de resultas del frío, el hambre y las enfermedades; solo unos 7.000 sobrevivieron hasta la liberación, en 1945. Entre tanto, sin embargo, la propaganda nazi hacía hincapié en las míticas comodidades de la instalación checa; primero para confundir a los alemanes con respecto a la intención del régimen y, en 1944, para engañar a los crédulos representantes de la Cruz Roja Internacional, a los que el Reich permitió pasear por un centro temporalmente engalanado.

Con respecto a dos categorías concretas de judíos alemanes —los que eran hijos de matrimonios mixtos o formaban parte de uno—, el régimen exhibió más cautela, durante un tiempo.<sup>42</sup> Les impuso restricciones con más lentitud que a los *Volljuden* («judíos puros») y *Geltungsjuden* (aquellos a los que los nazis, por su estado civil o su afiliación religiosa, consideraban iguales a los plenamente judíos) y aplazó su expulsión para evitar protestas de sus parientes, alemanes no judíos. Pese a todo, en lo esencial se repitió el mismo largo proceso de descubrimiento que había supuesto la intensificación

progresiva de la dureza contra los judíos alemanes, solo que más despacio, ahora en relación con los alemanes que tenían o un abuelo alemán (*Mischlinge* o «mestizos» de segundo grado; 40.000 personas, en 1939) o dos, pero ningún lazo presente con judíos o con el judaísmo (*Mischlinge* de primer grado; 64.000, en 1939). Así a los *Mischlinge*, a diferencia de a los judíos, las Leyes de Núremberg no les privaron de la ciudadanía alemana ni prohibieron mantener relaciones sexuales con los «arios» (aunque sí se vetó todo matrimonio futuro entre arios y *Mischlinge*). A los *Mischlinge* se les cerraron las puertas de las fuerzas armadas después que a los judíos y, hasta 1943, no tuvieron que concentrarse en las «casas de judíos» ni fueron deportados a los guetos o los campos de exterminio. Desde esta fecha, no obstante, el régimen endureció las medidas y exhibió una mayor confianza (o quizá fanatismo) en su capacidad de sofocar las posibles protestas y objeciones —que, de hecho, fueron muy escasas—. En la primavera de 1944 se los empezó a detener y encerrar en campos de trabajo forzado; a principios de 1945 se planeó deportar a Theresienstadt a todos los demás *Mischlinge* y la totalidad de los cerca de 21.500 judíos alemanes y austríacos que aún se aferraban a una existencia precaria como cónyuges de un matrimonio mixto. Victor Klemperer, de cuyos famosos diarios ya hemos hablado, escapó a la deportación a principios de 1945 tan solo porque el bombardeo de la ciudad en la que vivía, Dresde, se produjo inmediatamente antes de su embarque previsto; el caos resultante le permitió esconder su identidad y huir de la ciudad en compañía de su esposa. Muchos otros no tuvieron tanta suerte. Mientras que en Berlín la última ofensiva soviética impidió que los transportes salieran de la capital, de Fráncfort o Leipzig sí que partieron trenes con destino a Theresienstadt, y entre los que iban a bordo, bastantes no sobrevivieron a los pocos meses de guerra que aún quedaban, y muchos lo hicieron a duras penas. Si el Tercer Reich se hubiera sostenido en pie algo más de tiempo, se había previsto, al parecer, que casi todos los *Mischlinge* de primer grado y las esposas judías de no judíos hallarían la muerte, y los *Mischlinge* de segundo grado, en su mayoría, iban a ser esterilizados.

A partir de 1933, a medida que los alemanes se iban mostrando más implacables con los judíos y más receptivos con la propaganda nazi, ¿por qué la comunidad judía de Alemania no se defendió mejor o, por lo menos, se

alejó en conjunto del país? En cierto sentido esta pregunta —como la que se plantea a menudo sobre el comportamiento de los judíos en los guetos de Polonia, que examinaremos más adelante en este libro— es de una crueldad e ingenuidad terribles. Los judíos se enfrentaban a un movimiento nazi que era despiadado y no se contenía lo más mínimo en cuanto afirmaba sobre ellos y cuanto les hacía. Representaban un porcentaje minúsculo de la población alemana; lo eran en 1933 y fueron cada vez menos numerosos. Además, compartían con todos los demás la incapacidad de prever lo que se avecinaba, más aún por cuanto esto supuso una conducta sin precedentes por parte de un país civilizado.

Por encima de todo, los judíos de Alemania —como más adelante los de la Europa ocupada— no solo no estaban unidos en una conspiración monolítica, como denunciaban los nazis, sino que se hallaban divididos en cuanto a qué significaba el ataque nazi y, por lo tanto, en cómo había que responder. Unos dos tercios eran judíos liberales, aculturados, a menudo más laicos que devotos, cuando no por completo no practicantes, que o eran miembros de la Centralverein o la miraban con simpatía. Esta sociedad (la Asociación Central de Ciudadanos Alemanes de Fe Judía) manifestaba su deseo de integrarse en la nación alemana y poseer los mismos derechos que todos los demás ciudadanos alemanes. Para este grupo, era difícil comprender el ataque de los nazis —y la experiencia les resultaba especialmente penosa — porque les parecía un rechazo del todo injustificado a su lealtad a Alemania.

Los otros dos grupos principales, los ortodoxos —que en 1933 rondarían el 20 % de los judíos de Alemania— y los sionistas —que estaban entre el 5 % y el 10 %— no se sintieron tan dolidos por la hostilidad de los nazis, porque contaban con ella. Para los ortodoxos, era el fruto de un Dios inescrutable, pero probablemente también un castigo por la apostasía de un número muy elevado de judíos alemanes; su respuesta pasaba por rezar con más devoción. Para los sionistas, partidarios de fundar un estado judío en Palestina, la enemistad constante de los gentiles hacia los judíos era el punto de partida mismo de su movimiento. Los sionistas replicaron a la persecución colaborando con los nazis, convencidos ambos de que judíos y alemanes eran dos nacionalidades distintas, con miras a un objetivo que en parte

compartían: la emigración de los judíos de Alemania. Lo compartían en parte, y no en el todo, porque los nazis querían expulsar del país a todos los judíos, pero los sionistas sabían que la Yishuv —la comunidad de colonos judíos que había entonces en Palestina— solo podía recibir a una cantidad limitada de judíos; preferiblemente, jóvenes en buen estado de salud que hablaran hebreo y estuvieran dispuestos a trabajar duro en las granjas colectivas (los kibutz). Por otro lado, aunque a los nazis les parecía bien el objetivo sionista de la emigración a Palestina, se oponían a que se fundara allí un estado judío.

Este interés relativamente compartido por la salida de los judíos dio como fruto el controvertido *Ha'avara* («acuerdo de traslado») de agosto de 1933. El pacto creó una pequeña vía de escape para los judíos alemanes: durante los años treinta financió la emigración a Palestina de unos 20.000 de los cerca de 52.000 judíos alemanes que para 1939 se habían trasladado al Oriente Próximo, y contribuyó a la popularidad creciente del sionismo entre los judíos alemanes durante la década de 1930. Pero el acuerdo era moralmente dudoso y provocó polémicas encendidas y, en consecuencia, no se reprodujo habitualmente entre las comunidades judías de otros lugares. En lo esencial, el acuerdo de traslado establecía un sistema por el cual las propiedades de los judíos que pretendían marcharse a Palestina eran evaluadas y pasaban a manos del estado Alemán; entonces Alemania pagaba, a emigrados concretos cuya riqueza en marcos sobrepasaba cierto límite, un mínimo de 1.000 libras esterlinas palestinas, el umbral de metálico a partir de cual se podía entrar en Palestina sin restricciones; y se suponía que el Reich pagaría a la Agencia Judía de Palestina el resto de la riqueza de todos los judíos alemanes admitidos en el programa, en forma de productos alemanes que la agencia podía vender en beneficio de esos u otros nuevos colonos. La Yishuv logró atraer a nuevos habitantes, y Alemania por un lado se apoderó de la mayoría de las posesiones de los judíos y por otro incrementó la producción destinada a la exportación, lo que creaba empleo y, por lo tanto, consolidaba al régimen nazi. Durante un tiempo, el sistema pareció ofrecer ventajas tanto para los sionistas como para los nazis, pero el valor económico que Alemania obtenía se redujo con rapidez. A partir de 1935, el régimen nazi fue incrementando progresivamente el valor mínimo en marcos del que había que disponer para obtener a cambio divisas palestinas, y redujo el

espectro de los productos disponibles para la reventa. A la postre, los judíos alemanes que salían del país por esta vía obtenían con el acuerdo menos del 1,5 % del valor de sus propiedades; y el sistema siguió funcionando hasta la segunda guerra mundial solo porque Hitler no quería descartar ningún medio que pudiera animar a los judíos a abandonar el país.<sup>43</sup>

En cuanto a otras formas de emigración, al principio, los líderes judíos alemanes tuvieron muchas dudas. Entre 1933 y 1935, la Asociación Central recomendaba no emigrar porque salir del país suponía rendirse a las pretensiones de la germanidad y abandonar a los judíos que no tenían posibilidad de marcharse. Pero después de que se aprobaran las Leyes de Núremberg, la Asociación Central cambió de actitud y empezó a mostrarse a favor de la emigración. La organización siguió proponiendo una diáspora, y no la creación de un estado judío, pero en 1936 reconoció, con un cambio de nombre, que los judíos de Alemania no tenían futuro a largo plazo: eliminó la referencia a la ciudadanía alemana y redujo su denominación a Jüdischer Centralverein, Asociación Central Judía. En 1937, como se ha indicado anteriormente, la mayoría de los judíos alemanes había empezado a buscar una salida. Aunque las perspectivas eran poco halagüeñas, algunas personas tenían más probabilidades que otras de ser aceptadas en el extranjero.<sup>44</sup> A grandes rasgos, la edad avanzada era un inconveniente, la juventud, en cambio, una ventaja: el 84 % de los judíos alemanes que en 1933 tenían menos de veinticuatro años pudieron salir con vida, en comparación con el 60 % de la población total; en 1939, un tercio de los judíos que seguían en Alemania había cumplido al menos los sesenta años, y algo más de la mitad había superado los cincuenta. Igualmente, quien poseía los pocos conocimientos para los que había demanda en otros países lo tenía más fácil que aquel que, por formación, amenazaba con competir con los nacionales. A menudo, esto supuso que los artesanos y agricultores partieran con ventaja frente a los profesionales. A veces, por su parte, la riqueza permitía emigrar antes, porque los otros países estaban más abiertos a las personas que traían dinero consigo; y en los primeros años del gobierno nazi, los judíos pudieron llevarse consigo una parte de su riqueza mayor de la que luego se autorizó. Pero la riqueza también tentaba a los judíos a quedarse, porque por lo general los nazis no empezaron atacando a las grandes empresas ni sus dueños

(aunque luego estas personas tendieron a perderlo casi todo). A su vez, los hombres tenían mejores perspectivas que las mujeres, aunque el hecho de que entre la población judía que seguía en Alemania en 1939 el 60 % fueran mujeres se explica asimismo por otro hecho paralelo: dada la distribución de roles de la época, era más frecuente que ellas, y no los hombres, asumieran el cuidado de los padres ancianos o de parientes discapacitados. Entre los judíos que aún quedaban en Alemania en 1939, una buena parte estaba allí tan solo porque no podía dejar atrás a personas dependientes.

La leyenda de que los judíos alemanes se enfrentaron a la persecución con pasividad, o sin darle crédito, no es más que eso: una leyenda.<sup>45</sup> Replicaron de la única forma en la que podían hacerlo en tanto que colectivo: pertrechando en lo posible a los suyos con conocimientos que les permitieran salir del país y mantener entre todos a los que se quedaban. Ya en 1933, organizaron una Oficina Central de Asistencia a los Judíos Alemanes, así como una organización nacional, la Reichsvertretung der Deutschen Juden (Representación Nacional de los Judíos Alemanes). Ambos grupos recaudaron y desembolsaron fondos para oficinas de empleo, coches para viajantes, consultorios legales y centros similares. Entre 1933 y 1937, estas organizaciones de asistencia, tanto a nivel nacional como local, invirtieron 26,3 millones de marcos de recursos propios, así como otros 7,5 millones procedentes de donaciones del extranjero. Se crearon grupos especiales para médicos, abogados y artistas, que trabajaron para hallar nuevos puestos de trabajo para los colegas desempleados, ya fuera en el extranjero o en instituciones judías del país. Se crearon unos 140 institutos de reciclaje laboral por cuyas aulas pasaron, hasta 1938, 30.000 personas (unos dos tercios, menores de veinte años). Cuando el gobierno negó a los judíos los subsidios del sistema estatal, pasaron a depender cada vez más de las contribuciones de la cantidad menguante de judíos que aún no habían perdido sus trabajos: en 1935, un tercio de los judíos de Alemania ya dependía de esta clase de ayudas, y los comedores sociales de todo el país distribuyeron 2,5 millones de comidas. Pero a lo largo de los años, al igual que se reducía la población judía general, se reducían también el total y el porcentaje de

personas que la comunidad podía mantener. El sistema de ayuda mutua era una batalla necesariamente perdida, pero que honró a las personas que la libraron.

En 1939, el régimen nazi disolvió la Reichsvertretung y todas las demás organizaciones colectivas de los judíos, y creó una nueva entidad que agrupaba a todos los judíos que quedaban en Alemania: la *Reichsvereinigung der Juden in Deutschland* (Unión Nacional de los Judíos en Alemania). Sus líderes prosiguieron con su heroico intento de sostener a la población judía del país, cada vez más envejecida y empobrecida, pero el esfuerzo, cuando la persecución dio paso al asesinato, se reveló infructuoso. Cuando empezaron las deportaciones, en octubre de 1941, la mayoría de los judíos que seguían viviendo en Alemania lo hacían en condiciones lamentables y terribles. Apiñados, con al menos dos personas por habitación, en las «casas de judíos» —cuyas cocinas y baños eran comunitarios, y que estaban diseminadas por los peores barrios de las grandes ciudades—, no podían usar radios ni tener siquiera mascotas, recibían menos cupones de racionamiento de alimentos y bienes que los alemanes no judíos, solo se les permitía comprar en las horas finales de días concretos —cuando las tiendas habían agotado, a menudo, las existencias—, buena parte de los judíos estaba al borde de la desesperación y la muerte por hambre. Los líderes de la Unión Nacional estaban subordinados directamente a la Oficina Central de Seguridad del Reich y se centraban en protegerse a sí mismos, como hicieron sus homólogos en la Europa ocupada, para lo que debían cumplir las instrucciones de las SS. En consecuencia, la Reichsvereinigung degeneró hasta ser un instrumento con el que los nazis mantenían controlados a todos los judíos que aún había en el país, saqueaban el resto de sus posesiones y gestionaban muchos aspectos de las deportaciones: por ejemplo, identificar a los judíos elegibles según los criterios de selección que determinaba la RSHA.<sup>46</sup> En 1942-1943, la Unión Nacional llegó a enviar su propio personal de vigilancia (los *Ordner*) a recoger a quienes, estando convocados para un transporte, no habían acudido el día anterior al punto de encuentro indicado. En Viena estos auxiliares judíos de las SS recibieron un nombre más explícito: eran los «recogedores» (*Ausheber*).<sup>47</sup>

Como en el caso de los guetos de más al este de Europa, esta sumisión era el fruto del deseo tanto de preservar la vida como de mejorar la propia situación. Para los líderes judíos, colaborar con las SS parecía ser la única forma de seguir ellos con vida y a la vez aliviar un tanto las penalidades de los deportados, a los que daban mantas y alimentos en los puntos de reunión y de partida. Pero detrás de las acciones de la Unión Nacional también había algo más, que funcionaba igualmente más al este: la intimidación directa. Los nazis se vengaron ferozmente contra quienes opusieron resistencia o se negaron a obedecer. Como ejemplo paradigmático de esta crueldad destacan las acciones que siguieron al intento —organizado en torno de un judío llamado Herbert Baum— de reducir a cenizas una muestra propagandística contra la Unión Soviética, en Berlín, en mayo de 1942.<sup>48</sup> La Gestapo atrapó, casi de inmediato, a treinta y tres conspiradores; pero no los ejecutó solo a ellos, sino también a otros 250 hombres judíos que fueron detenidos y enviados a Sachsenhausen, un campo situado a las afueras de la ciudad. Otros 250 varones judíos desaparecieron asimismo en este campo; a las familias de aquellos 500 hombres se las deportó acto seguido «al este»; y Goebbels aceleró el calendario con el que pretendía hacer de la capital una ciudad «libre de judíos».

¿Cómo consiguió Hitler intensificar la persecución de los judíos alemanes durante la década de 1930 sin provocar la interferencia, o incluso la intervención, de las potencias extranjeras? Lo hizo, en parte, escalonando las restricciones; a veces, planteando la posibilidad de que algunos judíos se quedaran en Alemania —o al menos, en Theresienstadt— a largo plazo. Los líderes nazis mantuvieron cierta confusión al respecto de sus intenciones: dijeron el número suficiente de cosas contradictorias para que al menos una parte de los observadores extranjeros creyera que nunca pasaría lo peor. El segundo elemento clave de la explicación es precisamente el hecho de que, desde fuera, no pocos optaran por creer eso. En Gran Bretaña y Francia —las dos naciones mejor situadas para modificar el comportamiento de Hitler antes de que el rearme de Alemania hubiera llegado a un nivel peligroso—, el antisemitismo propio se sumó al hecho de querer pensar que lo mejor era no intervenir en los asuntos internos de Alemania (por bárbaros que pudieran parecer). Estas ilusiones vanas fueron el motor de la política de

«apaciguamiento», que equivalía a creer que proteger los derechos ajenos — ya fueran de los judíos alemanes o, en el momento de la conferencia de Múnich, de los checos— no valía la pena ante el peligro de que estallara otra guerra mundial y se repitiera la carnicería que Gran Bretaña y Francia habían sufrido en la primera. Hasta la Noche de los cristales rotos —a veces, incluso después— muchos apaciguadores tendían a culpar antes a los judíos, por envenenar las relaciones con Alemania, que a Alemania por perseguir a los judíos.<sup>49</sup> A lo largo de los años treinta, Hitler utilizó magistralmente el hecho de que las naciones aliadas temían la guerra, y las invitó repetidamente a sobornarlo con concesiones que más tarde anunciaba que no eran suficientes. La táctica le funcionó tan bien —hasta que, en marzo de 1939, tan solo seis meses después de que prometiera respetar su independencia en la conferencia de Múnich, ocupó las provincias checas— que los Aliados nunca dejaron que el destino de los judíos alemanes afectara a su previsión de paz. Hitler y sus departamentos de propaganda también supieron explotar astutamente el antisemitismo que existía en Gran Bretaña, Francia y también en Estados Unidos: los chantajeó para que optaran por la contención, o incluso el silencio, con el simple truco de afirmar que estaban siendo marionetas de los judíos, como demostraban —alegaba— las distintas protestas en su nombre. Por el miedo a confirmar la propaganda nazi y despertar así la ira del sector antisemita de sus propios países, los gobiernos aliados tendieron a caer en la trampa de los nazis y frenaron las críticas, al menos hasta la Noche de los cristales rotos. Pero incluso después de este pogromo —de hecho, cuando aún no había pasado un mes: el 6 de diciembre de 1938— Francia firmó un nuevo tratado con Alemania que reafirmaba la integridad de la frontera entre los dos países.<sup>50</sup> Entre tanto, Joseph Lyons —el primer ministro de Australia, defensor vigoroso del apaciguamiento— se negó en redondo a condenar las atrocidades perpetradas en Alemania, por temor a la guerra.<sup>51</sup> Solo una nación, Estados Unidos, recurrió al mecanismo diplomático tradicional para expresar el disgusto con la destrucción nazi y «llamó a consultas» a su embajador en Alemania.

Antes de la guerra, el régimen nazi recurrió repetidamente al método de plantear alternativas ficticias que parecían temibles en cualquiera de los sentidos, tanto para los judíos de Alemania como para los Aliados. Los judíos

alemanes no tardaron en comprender que se enfrentaban a una elección constante entre conformarse con las acciones nazis y empeorarlas. Optaron por hacer lo que estaba en su mano, en unas circunstancias bárbaras, y tratar de ganar tiempo. Los Aliados siempre tuvieron que elegir, al menos desde 1936, entre aceptar tanto las exigencias territoriales de los nazis como los abusos contra los judíos alemanes, o bien una guerra sangrienta que Gran Bretaña y Francia calculaban que debilitaría el control de sus imperios y, según predijo explícitamente Neville Chamberlain, supondría contraer una deuda colosal con Estados Unidos. Incluso si ganaban la guerra, los Aliados saldrían perdiendo; después de 1945, los temores de Chamberlain se hicieron realidad. Gran Bretaña tuvo cartillas de racionamiento alimentario hasta los primeros años de la década de 1950, porque la guerra había destruido su economía; acabada la contienda, los imperios británico, francés, neerlandés y belga se deshicieron.

Cuando la persecución de los judíos se intensificó, el régimen nazi presentó otra serie de alternativas de difícil digestión a otro grupo, los propietarios de inversiones extranjeras directas en la Alemania nazi. Ford, General Motors, IBM, Standard Oil y muchas otras corporaciones estadounidenses tenían filiales importantes en Alemania durante los años treinta, al igual que varias grandes empresas de los Países Bajos, Suecia y Suiza. Algunos libros recientes han criticado que las empresas de Estados Unidos no renunciaran a sus inversiones como protesta por la creciente discriminación y brutalidad de los nazis; y han denunciado que, antes al contrario, estas corporaciones dejaron que sus filiales cooperaran con el rearme de Alemania y, en algunos casos, también con la persecución de los judíos. Algunos autores han hablado de una «alianza estratégica» entre las empresas estadounidenses y Hitler, de «colaboración» corporativa y de «pactos» con los nazis.

Son acusaciones exageradas que pasan por alto varias circunstancias de la situación en la que se hallaban las compañías matrices. En los años treinta, la desinversión por razones políticas o morales era una práctica desconocida casi del todo, y tal es la razón principal de que casi ninguna gran empresa establecida en Alemania, fuera cual fuese el país de origen de su central, suspendiera operaciones o vendiera sus valores y se retirara. Como

excepciones figuran unas pocas distribuidoras cinematográficas de Hollywood, en particular Warner Bros., que cerró la sucursal alemana en 1933, y United Artists, Universal, RKO y Columbia Pictures, que no tardaron en hacer lo mismo. Pero solo Warner renunció por completo al mercado alemán. Las otras cuatro compañías mantuvieron acuerdos especiales con socios alemanes, y MGM, Paramount y Twentieth Century Fox siguieron intentando que sus películas llegaran a las salas alemanas —firmando los acuerdos que se estimaran necesarios para ese fin— hasta que estalló la primera guerra mundial.<sup>52</sup> Y no se trataba de empresas fabriles con grandes inversiones fijas. Aunque a los hombres de negocios les gusta afirmar que «los costes pasados son irrecuperables» —en el sentido de que el criterio principal para continuar con una empresa son sus ingresos futuros, y no el capital que previamente se ha invertido— son pocas las empresas, entonces o en cualquier otro momento, que se han complacido en aplicar la máxima literalmente, en particular cuando el activo en cuestión sigue siendo rentable, aunque sea poco. La tendencia más habitual entre los empresarios fue conservar lo que tenían con la esperanza de que en el futuro las condiciones políticas mejorasen; entre tanto, intentar conseguir las ganancias que habían sido el objetivo de la inversión original.

Además, el régimen nazi había establecido controles financieros que impedían repatriar beneficios obtenidos en Alemania. Mientras una compañía funcionara, y en caso de que se vendiera, todas las ganancias netas debían reinvertirse en el Reich o bien convertirse en bonos gubernamentales. Esto reforzaba las reticencias a desinvertir, puesto que no era probable que otras inversiones más o menos igual de provechosas estuvieran menos asociadas a las decisiones del gobierno alemán que las propias de las filiales ya existentes. Así pues, en caso de retirada, el inversor extranjero no se enfrentaba a una pérdida total, pero sí a una mengua de control de los activos sin que ello le comportara un beneficio moral apreciable. Por último, la mayoría de las compañías que, en los años treinta, había en Alemania en manos de extranjeros pasaron la mayor parte de esa década esforzándose —en vano— por evitar la pérdida progresiva de control directo. En casi todos los casos, la dirección de la matriz cedió la gestión de las filiales a alemanes que se empeñaron en presentar sus empresas como propiamente alemanas,

para no ser expulsadas del negocio; y actuaron cada vez con mayor independencia frente a las matrices extranjeras, para empezar porque las normas nazis relativas a los secretos económicos limitaban incluso los informes de actividades de los gestores locales. En consecuencia, desde 1938 o como muy tarde 1939, los cuarteles generales de Detroit, en el caso de las compañías de automóviles, y de Nueva York, en el caso de IBM, tenían poca influencia directa en las decisiones cotidianas de sus afiliados alemanes; lo mismo ocurrió con la sección neerlandesa de Lever Brothers, uno de los mayores inversores extranjeros de la Alemania nazi. Por todas estas razones, así como por la dificultad general de prever qué ocurriría en el futuro, la persecución de los judíos no generó la clase de presiones económicas que sí se ejercieron con éxito, unos cincuenta años más tarde, contra el régimen del *apartheid*, en Sudáfrica.

En todo caso, la filial rebelde de IBM, la Deutsche Hollerith Maschinen Gesellschaft, dirigida por el resentido alemán que había sido su antiguo propietario, no interpretó los papeles que los críticos de la matriz han descrito como identificar a los judíos alemanes, para su posterior detención, o gestionar el trabajo esclavo. De 1933 a 1943, la Gestapo utilizó las tarjetas perforadas que la Reichsvereinigung y su sucesora compilaron con eficacia y mantuvieron actualizadas, para seguir la pista de los judíos del país y su lugar de residencia.<sup>53</sup> En 1944, las SS experimentaron por breve tiempo con tarjetas y tabuladoras Hollerith para manejar el despliegue de los internos de los campos en las distintas obras, pero pronto renunciaron a la idea.<sup>54</sup> Opel, la división de GM, fue cómplice de los nazis porque empezó a construir miles de camiones para el ejército alemán y luego motores de avión para la Luftwaffe, mucho antes de que Estados Unidos y Alemania entraran en guerra, en 1941, y de que las plantas de la compañía pasaran a ser administradas por alemanes. Pero Opel no aceptó los contratos gubernamentales hasta que el gobierno nazi amenazó con expropiar la empresa.<sup>55</sup> Entre 1939 y 1941, la Ford-Werke de Colonia produjo menos camiones para la Wehrmacht que Opel, pero algunos se utilizaron en las invasiones de Austria y Bohemia-Moravia, y sus gestores cedieron no ante amenazas, en este caso, sino ante la desesperación por el declive de las ventas de los vehículos civiles.<sup>56</sup>

Después de que la segunda guerra mundial acabara, los apaciguadores económicos que se habían aferrado a sus inversiones extranjeras en Alemania pudieron sostener —como los apaciguadores políticos, pero con resultados más positivos— que los hechos les habían dado la razón. Las matrices recuperaron sus activos, al oeste del Telón de Acero, e incluso los beneficios que estos habían acumulado. Entre todos los grupos a los que el régimen nazi les planteó alternativas desagradables durante los años treinta, los propietarios estadounidenses quizá fueron los únicos a los que la estrategia de tratar de ganar tiempo les acabó dando buenos resultados.

En suma, los años de 1933 a 1941 enseñaron a Hitler y sus partidarios que ni los alemanes ni los extranjeros estaban dispuestos a interferir en las acciones que los nazis emprendían contra los judíos. En un contexto en el que el régimen no resultó capaz de expulsar a los judíos en una cantidad superior a las cantidades que iba incorporando con sus conquistas, esta pasividad añadió impulso hacia una persecución aún más radical.

## La aniquilación: ¿por qué tan rápida y total?

Un rasgo del Holocausto que a menudo se pasa por alto —sorprendentemente— es la combinación de una compresión temporal y espacial espeluznante con una extensión abrumadora.<sup>1</sup> Aunque los nazis siguieron matando a los judíos hasta que el Tercer Reich se vino abajo, y aunque los acorraló y detuvo por toda Europa con el fin de matarlos, varias fracciones asombrosas nos permiten resumir hasta qué punto la masacre se desarrolló en un tiempo y un espacio muy concentrados, y con un alcance colosal. De los casi seis millones de víctimas, tres cuartos fueron asesinados en un período de tan solo veinte meses (de junio de 1941 a febrero de 1943) y la mitad murieron tan solo en los últimos once meses de este marco. Además, tres cuartas partes de los asesinados vivían, antes de la guerra, en tan solo tres países: Polonia, Lituania y la URSS (en su mayoría, en el cuadrante nororiental del continente europeo, marcado en la Figura 4 con líneas de puntos horizontales y verticales que parten de Viena hacia el este y el norte); y es probable que nueve décimas partes de las víctimas murieran en esos mismos lugares, dado que allí fue donde actuaron los *Einsatzgruppen*, la *Ordnungspolizei*, los batallones de policía de la reserva y el gran grueso de la Wehrmacht, y donde los alemanes situaron los campos de exterminio. En total, al menos tres cuartas partes de los judíos que estuvieron sometidos en algún momento a la Alemania nazi y sus aliados perdieron la vida, hasta representar dos tercios de los judíos de Europa (seis millones de los nueve millones que había en Europa cuando se inició la segunda guerra mundial; aunque es habitual citar el total de once millones que se recoge en las actas de la conferencia de

Wannsee, la cifra o bien era exagerada o incluía a los conversos y los hijos y nietos de estos). Para la infancia —los judíos de dieciséis años o menos—, la tasa de mortalidad fue de casi nueve décimas partes.

¿Por qué el Holocausto fue tan concentrado, en estos sentidos? ¿Cómo lograron los nazis un exterminio casi pleno de los judíos de Europa, a una media de 225.000 personas al mes, desde mediados de 1941 a principios de 1943, y de 325.000 al mes (más de 10.000 al día) en el período más frenético del Holocausto, en 1942-1943?

FIGURA 4  
*Compresión geográfica del Holocausto*



DE LAS BALAS AL GAS

En cierto sentido, la clave de la respuesta a estas preguntas es técnica. En 1941, los nazis tenían un motivo para matar a los judíos de Europa —la convicción ideológica, profundamente arraigada, de que eran enemigos implacables— y una oportunidad de hacerlo: la ocasión de masacrarlos bajo la apariencia de la acción militar. La expansión del conflicto, por un lado, añadió nuevos argumentos a la expulsión de los judíos del territorio alemán —por ejemplo, el deseo de reubicar a los *Volksdeutsche* y la necesidad de preservar un abastecimiento alimentario insuficiente—, y por otro, desenfrenó la acción de los nazis, porque un régimen que estaba en guerra con el mundo entero, o lo iba a estar pronto, ya apenas tenía nada que perder. Esta clase de consideraciones hicieron que, en la Unión Soviética ocupada, el Tercer Reich optara por una política de asesinato masivo; pero en un principio, solo allí.

Lo que parecía faltar, antes de que la Alemania nazi diera el último y fatídico paso hacia la aniquilación total de la población judía de Europa, eran los medios para hacer realidad ese objetivo. Pero entre el verano y el otoño de 1941, en los meses de septiembre y octubre, Hitler y Himmler cayeron en la cuenta de que sí disponían de tales medios: la guerra había creado posibilidades para la masacre colectiva, y lo único que sí faltaban eran las instalaciones en las que llevarlas a la práctica. Los líderes nazis sabían que en la Europa central y occidental no podían emplear los mismos métodos que estaban utilizando en las tierras tomadas a la URSS. Vieron muy probable que si allí optaban por los fusilamientos y las fosas comunes despertarían tanta repugnancia y oposición que ello incrementaría la resistencia al gobierno alemán y elevaría los costes militares de mantener el poder. Además, Himmler empezó a temer muy pronto el efecto que tendría en sus hombres tener que ejecutar a mujeres y niños hora tras hora, día tras día.<sup>2</sup> De hecho, al menos uno de los comandantes de los *Einsatzgruppen*, Erich von dem Bach-Zelewski, sufrió luego una crisis nerviosa (aunque solo brevemente). El régimen nazi necesitaba una manera de matar que no llamara la atención —en el vocabulario de los planificadores de las SS, que fuera *geräuschlos*, esto es, que no hiciera ruido— y que resultara (de nuevo, en sus propias palabras) más «humana»; pero más humana para los criminales que la perpetraban.

Este es el contexto en el que se debe interpretar la carta del 31 de julio de 1941 en la que Göring instaba a Heydrich a buscar «una solución total de la cuestión judía en la esfera alemana». Heydrich ya tenía autoridad sobre los ámbitos de la «emigración y evacuación», según constaba en la carta; no necesitaba una nueva autoridad salvo que se le encomendara una misión distinta, y este documento lo hacía: ampliaba su competencia a toda la «esfera alemana» y le encargaba hallar una «solución total» (en Rusia se estaba implantando una solución que era solo parcial). En otras palabras, esta carta es el signo más claro de que el estado nazi ya estaba buscando un método general que aplicar en todo el continente, y el encargado de encontrarlo era Heydrich.

En realidad, el régimen contaba con esa clase de método desde principios de 1940. A partir de 1938 (con un solo caso, en ese año) Hitler había autorizado a los subordinados de su cancillería personal a conceder permisos para que algunos padres alemanes mataran a hijos que habían nacido con discapacidad mental; el régimen amplió el campo en agosto de 1939 mediante un decreto que exigía a los hospitales informar a Berlín del nacimiento de cualquier bebé con deformidades, parálisis o discapacidad mental. Durante ese mismo verano, Hitler dio instrucciones a su personal de que consultaran con médicos y catedráticos de las grandes universidades de Alemania para organizar un procedimiento que hiciera extensiva la eutanasia a los adultos, en el caso de una guerra, cuando Alemania necesitaría liberar camas de hospital para las bajas militares. Ninguno de los expertos se negó a participar, pero legalmente la cuestión era muy peligrosa porque Hitler rechazó aprobar una ley que justificara esas muertes, porque los enemigos de Alemania podían utilizarla como propaganda contra el Reich. En cualquier caso, los funcionarios de la cancillería sintieron la necesidad de tranquilizar a los implicados conforme no incurrieran en un delito penal y, por lo tanto, pidieron a Hitler alguna clase de autorización escrita.<sup>3</sup> El resultado fue una carta firmada por el Führer en su papel personal —no el oficial—, fechada deliberadamente el día que se inició la primera guerra mundial, en la que instaba al jefe de su servicio médico personal, Karl Brandt, y al de su cancillería personal, Philipp Bouhler, a hacer extensiva la práctica de la «muerte por compasión» a los discapacitados irreversibles internos en

instituciones estatales. Esta instrucción escrita —a diferencia de todos los documentos conocidos sobre el Holocausto— vincula a Hitler directamente y por escrito con una operación letal, la «Acción Eutanásica»; burocráticamente se la conocía como «T4», por la abreviación de la que fue la dirección de su oficina principal desde abril de 1940, la Tiergartenstrasse, en el centro de Berlín. Este programa —que se puso mucho interés en camuflar— funcionaba bajo la dirección cotidiana de Viktor Brack, uno de los auxiliares de Bouhler. Aunque la Acción Eutanásica se mantuvo en vigor hasta el final del Tercer Reich, la operación tuvo dos fases distintas. La primera, de octubre de 1939 a agosto de 1941, fue una antecesora directa del Holocausto; la segunda, de 1942 a 1945, una extensión de este.

El régimen nazi había preparado a la opinión pública alemana para esta clase de acciones mediante una campaña propagandística de los años treinta que hizo hincapié en que los discapacitados —descritos como «bocas inútiles» y «vidas indignas de la vida»— representaban una sangría para la economía nacional y el abastecimiento de alimentos.<sup>4</sup> Pero está demostrado que si Hitler apoyó el programa no fue por razones prácticas, sino ideológicas. Quería compensar la «selección negativa» que las bajas de guerra representarían para la raza aria —bajas que afectarían, como no podía ser de otro modo, a alemanes jóvenes, vitales y sanos— con una reducción forzosa del número de personas con deficiencias genéticas. Al estallar la guerra, esperaba que las posibles objeciones religiosas se frenaran o desaparecieran.<sup>5</sup>

Las primeras víctimas de la T4 fueron niños, a los que se mató con sobredosis de medicamentos que causaban enfermedades o estados físicos a los que luego se podía culpar de la muerte. Cuando el programa se amplió, se les sumaron otros métodos: la muerte por hambre y la inyección directa en el corazón de sustancias venenosas (en una mayoría de casos, fenol). Habitualmente, en esta fase inicial los causantes de la muerte eran profesionales de la medicina. El procedimiento general consistía en trasladar a internos seleccionados por los médicos a uno de los seis sanatorios distribuidos por todo el país —nunca hubo más de cuatro operativos al mismo tiempo—, en los que luego se llevaría a cabo la ejecución. En enero de 1940, los médicos que estaban al cargo del programa habían decidido que

sería más eficiente instalar pequeñas cámaras de gas en esas instituciones;<sup>6</sup> de esta forma podrían matar a más personas en menos tiempo, y con menos personal, que con el método de la inyección. Pronto organizaron salas que parecían duchas colectivas, con cañerías que no vertían agua sino monóxido de carbono (CO). Un instituto de la Oficina Central de Seguridad del Reich compraba grandes bombonas metálicas de CO a la división BASF del conglomerado industrial IG Farben, y las proporcionaba a los sanatorios, donde les bastaba con conectarlas a las cañerías. El método del gaseado no había sido idea de Hitler; lo había adoptado a sugerencia de un grupo de consejeros en farmacología. De hecho Brandt, el médico del Führer, empezó oponiéndose al uso del gas y defendiendo la muerte por «medios médicos». Esta información desmonta la conexión causal que se ha propuesto —tanto en la película alemana que dramatiza la conferencia de Wannsee (1984) como en la versión anglo-estadounidense, repleta de estrellas y emitida también por televisión (2001)— entre el uso de las cámaras de gas y el comentario de Hitler, en *Mein Kampf*, de que en la primera guerra mundial más judíos deberían haberse expuesto a los gases tóxicos.

En los sectores anexionados de Polonia, un miembro de las SS llamado Herbert Lange no tardó en introducir una novedad importante en el proceso letal.<sup>7</sup> Se le había encargado vaciar los antiguos sanatorios e instituciones mentales de Polonia y no deseaba emprender el dificultoso proceso de enviar a los internos condenados a las seis instalaciones de exterminio de Alemania. Así pues, modificó varios camiones en funcionamiento —que exteriormente aparentaban ser vehículos de reparto de la empresa Kaiser's Kaffee— para situar las botellas de CO cerca del conductor y conectarlas con tubos a los compartimentos de carga traseros. Durante 1940 utilizó estos camiones para recoger a las personas seleccionadas y matarlas mientras los camiones se dirigían a grandes fosas comunes abiertas en zonas boscosas remotas o a crematorios locales que incineraban los cuerpos.

En abril de 1941, una nueva acción —designada con el código numérico 14f13— hizo extensivo el programa T4 a aquellos internos de los campos de concentración de Alemania que se consideraba que ya no eran aptos para trabajar.<sup>8</sup> Esta ampliación llevó a construir cámaras de gas relativamente pequeñas en Dachau, Sachsenhausen, Mauthausen y algunos otros lugares.

En su mayoría, sin embargo, estas instalaciones gasearon con muy poca frecuencia hasta los frenéticos meses finales de la guerra, cuando por la masificación de los reclusos, las epidemias y la carestía de alimentos se incrementó su uso. Hasta principios de 1945, por ejemplo, parece ser que el campo de Dachau empleó la cámara de gas sobre todo para fumigar la ropa. La mayoría de los 20.000 internos de campos que perecieron en la Acción 14f13 lo hicieron tras ser trasladados a tres de los sanatorios de la T4: Sonnenstein, Bernburg y Hartheim.<sup>9</sup>

El funcionamiento continuo de la T4, sumado al nuevo programa 14f13, crearon dos problemas para el estado nazi: asegurar el abastecimiento y mantener el secreto. En 1941, BASF apenas podía satisfacer la demanda de CO embotellado, y emplearlo en gran escala en la Polonia ocupada, o más al este, suponía problemas de transporte. Convencer a BASF de que incrementara la producción pasaba por garantizar de algún modo la continuidad de la demanda, y esto podía generar preguntas incómodas al respecto de la utilización del producto. Estas dificultades llevaron a las SS y los responsables de la T4 a explorar conjuntamente si se podía matar a los pacientes de un modo más eficiente —y quizá más económico— recurriendo al monóxido de carbono producido por motores de combustión interna instalados *in situ*. En septiembre varias pruebas realizadas con pacientes mentales de Minsk y Moguiliov, dos ciudades tomadas a Bielorrusia, dieron una respuesta afirmativa.<sup>10</sup>

Hacia la misma época en la que se realizaban estas pruebas, ya se estaba preparando la extensión del sistema eutanásico al asesinato de los judíos. A principios de 1941, corrían por toda Alemania rumores sobre el programa de eutanasia, y muchos parientes de las víctimas contemplaban con suspicacia las postales estandarizadas con las que se había notificado la muerte a los familiares. Por lo general se mencionaban como causas la neumonía o la apendicitis —a pesar de que a diversas víctimas ya se les había operado del apéndice— y las notas incluían siempre la precisión de que el cuerpo se había incinerado para evitar el riesgo de una epidemia. Varios líderes protestantes empezaron a alzar la voz en la materia, al igual que el *Graf* Clemens von Galen, obispo católico de Münster. Como la eutanasia viola la enseñanza católica de que solo Dios puede dar y tomar la vida, Galen publicó cartas

pastorales y pronunció sermones en los que denunciaba la práctica —algo que no hizo con respecto a la deportación de los judíos, pues, como era típico de los católicos en aquellos años, los consideraba agentes peligrosos de la modernidad y el bolchevismo—. <sup>11</sup> Ante el temor de que la protesta de Galen enardeciera a la opinión pública y perjudicara el esfuerzo bélico, Hitler ordenó formalmente, el 24 de agosto de 1941, poner fin a la primera fase de la Acción T4. Entre tanto había costado la vida a entre 71.000 y 80.000 personas. A los pocos meses, el asesinato de discapacitados se retomó hasta la conclusión de la guerra, pero en emplazamientos más dispersos y con mayor lentitud y secretismo. Por lo general, los asesinos volvieron a los métodos originales de la inyección o sobredosis, pero el gaseado no se interrumpió del todo; de hecho, en varios sanatorios se mató de esta forma a internos de campos, algunos judíos, algunos niños medio judíos, grupos selectos de trabajadores forzosos e incluso algunos alemanes que habían enloquecido con los bombardeos aéreos. En esta segunda fase de la operación T4, más prolongada en el tiempo, murieron casi tantas personas como en la primera.

Menos de tres semanas después de la intervención de Hitler, Himmler aprobó transferir a Lublin —a las órdenes del jefe de la policía de las SS, Odilo Globocnik— a gran parte del personal operativo de la T4: un total de 121 hombres, se ha calculado, que habían sido los responsables de llevar a las víctimas discapacitadas a los lugares de ejecución y luego eliminar los cadáveres. En su mayoría, estos hombres no empezaron a aplicar su experiencia técnica asesina en las zonas conquistadas de la Europa oriental hasta principios de 1942, tras prestar servicio brevemente en hospitales del Frente Oriental; <sup>12</sup> pero el 25 de octubre de 1941, funcionarios del *Reichsministerium* para los Territorios Orientales Ocupados ya estaban debatiendo si instalar en Riga y Minsk «mecanismos de gaseado» para asesinar en ellos a los judíos alemanes deportados que no estaban en condiciones de trabajar. <sup>13</sup> Hacia finales de ese mismo mes se iniciaron las obras de construcción del campo de exterminio de Bełżec, <sup>14</sup> en un pueblo situado al sureste de Lublin que ya estaba en el centro de un complejo de campos de trabajos forzosos cuyos internos eran, en su mayoría, judíos. El primer comandante del nuevo campo fue Christian Wirth, veterano no solo de

la Acción T4, sino también de su primer gaseado —el de Brandeburgo, en 1940—, sometido a la autoridad de Globocnik desde el 14 de octubre. También en octubre de 1941, Herbert Lange, el inventor de los camiones de gas, eligió la residencia rural abandonada que pronto se convertiría en el núcleo del campo de exterminio de Chełmno, unos cincuenta kilómetros al noroeste de Łódź, en la zona conocida como Warthegau, dentro del sector anexionado de Polonia.<sup>15</sup>

También hacia esta misma época, los mecánicos del parque de vehículos de la Policía de Seguridad de Berlín, dirigidos por Walter Rauff, solventaron el problema del suministro de monóxido de carbono: una simple junta en «T» serviría para conectar el tubo de escape de la parte inferior del camión con su compartimento trasero, lo que permitía sustituir las botellas de CO con el monóxido producido por el motor del propio transporte.<sup>16</sup> A principios de noviembre, las SS pusieron a prueba el procedimiento con cuarenta prisioneros de guerra soviéticos, en Sachsenhausen; todos ellos murieron en un plazo de menos de media hora. El parque de vehículos encargó a un fabricante local treinta camiones modificados con traseras que medían unos cinco metros de longitud por dos de anchura, así como algunas versiones más reducidas. Algunos vehículos se destinaron a los *Einsatzgruppen* de Bielorrusia y Ucrania, y se usaron allí durante un período corto; corto, porque las carreteras solían ser deficientes y provocaban muchas averías, y porque el personal alemán prefería fusilar a los condenados, antes que el proceso vomitivo de descargar de los camiones a los cadáveres gaseados.

Mientras Himmler, Heydrich y sus secuaces descubrían que la T4 les había proporcionado un medio para eliminar a los judíos de Europa, un grupo de hombres de las SS averiguó que, gracias a la industria química alemana, disponían de otro. Ocurrió en Auschwitz, donde existía un campo de concentración para presos políticos polacos desde mayo de 1940, en el emplazamiento de una antigua base militar polaca. En agosto de 1941, tras prever la llegada de cantidades cada vez más numerosas de prisioneros de guerra soviéticos, el comandante Rudolf Höss le dijo al parecer a uno de sus subordinados, Karl Fritsch, que investigara cómo podía matar en masa a los presos enfermos o débiles. Fritsch tuvo la idea de probar la toxicidad del Zyklon, un potente pesticida vaporizado que el campo solía emplear para

fumigar los barracones. Sabía que era letal para los humanos —de hecho, una cifra tan ínfima como setenta miligramos mata a una persona de setenta kilos en menos de dos minutos—<sup>17</sup> y disponía de una reserva importante. (Aunque el producto se suele denominar Zyklon B, en la etiqueta normalmente solo ponía Zyklon; la «B» aparece en ocasiones en los albaranes de venta, pero en general era una precisión de uso interno para los fabricantes, dado que tan solo servía para diferenciar la fórmula química del producto frente a una versión anterior, de corta vida.)

En los primeros días de septiembre de 1941, Fritzsch puso a prueba la eficacia del Zyklon con dos grupos de prisioneros de guerra soviéticos encerrados en el sótano del cuartel original de Auschwitz, que era un edificio de piedra. Descubrió que el Zyklon era eficaz como agente letal, pero que, para maximizar la efectividad, necesitaba un espacio más despejado que aquel sótano, subdividido en salas. Poco después, él y Höss constataron dos cosas más: que el producto estaba disponible en abundancia y que era muy económico en relación con el daño que podía causar. A 5 Reichsmark el kilo, y con una sobredosisación de 5-7 kilos para cada grupo de 1.500 víctimas (la práctica habitual, según las declaraciones de posguerra del comandante Höss), el coste medio del asesinato por cabeza era de tan solo unos dos Pfennige (peniques) por persona, lo que equivalía a menos de un céntimo de dólar de 1942.<sup>18</sup>

Así pues, a finales de octubre, los líderes de las SS sabían que disponían no de uno, sino de dos medios eficaces para matar en masa; y este conocimiento puso en marcha una serie de acontecimientos cruciales que marcan el inicio de lo que el régimen nazi denominó *die Endlösung der Judenfrage*: «la Solución Final de la cuestión judía». Primero, el 23 de octubre de 1941, Himmler emitió una instrucción dirigida a la Gestapo y las SS que prohibía que ningún otro judío emigrara del continente europeo.<sup>19</sup> Este documento puso fin a la política de expulsar a los judíos, ya fuera en el presente o en el futuro, y daba a entender que los nazis habían optado por un nuevo enfoque del asunto judío.

En segundo lugar, en noviembre, el régimen amplió la deportación inicial de judíos alemanes a Łódź (unos 20.000, a mediados de octubre), empezó a transportar a un número aún mayor de judíos alemanes hasta los

estados bálticos y Bielorrusia, donde algunos fueron fusilados al llegar, y sometió a prácticamente todos los judíos que ya estaban en campos de concentración al programa de exterminio 14f13. El 29 de aquel mismo mes, Reinhard Heydrich envió invitaciones a varios representantes de los ministerios, para que se reunieran en una villa emplazada junto al Wannsee, un lago del extremo occidental de Berlín, para debatir sobre la Solución Final. Acompañó las invitaciones con copias de la carta que Göring le había enviado el 31 de julio. La reunión, prevista en origen para el 9 de diciembre, no se produjo en ese momento por dos acontecimientos inesperados que sembraron la confusión en la capital alemana: el contraataque de los soviéticos en las inmediaciones de Moscú, el 5 de diciembre, y el bombardeo japonés de Pearl Harbor, dos días después. Sin embargo, salvo por la adición de dos funcionarios del Gobierno General a la lista inicial de invitados, nada indica que el programa de la reunión se modificara entre la fecha cancelada y la fecha en la que se celebró realmente, el 20 de enero de 1942.<sup>20</sup> Aquí Heydrich expuso un plan para «peinar Europa de oeste a este», apresar a todos los judíos, deportarlos a Polonia, someterlos a trabajos forzosos y, a los que sobrevivieran a la ordalía, darles un «trato especial» (*Sonderbehandlung*).<sup>21</sup> Es probable que los jefes de las SS ya hubieran concebido todo este programa, o una gran parte, cuando se emitió la primera ronda de invitaciones. Once días después, el 18 de noviembre, Alfred Rosenberg, el ministro para los Territorios Orientales Ocupados, había informado de forma confidencial a una selección de periodistas alemanes, a los que habló de la «erradicación biológica de todo el judaísmo de Europa».<sup>22</sup>

En tercer lugar, el 12 de diciembre de 1941, un día después de que Hitler declarase la guerra a Estados Unidos en solidaridad con su aliado japonés, se reunió con los *Gauleiter* del Partido Nazi en su apartamento privado de Múnich y les anunció que los judíos tendrían que pagar «con su vida» por la guerra que habían traído a Alemania; más aún, que ya lo estaban haciendo. Según ha puesto de relieve el historiador Peter Fritzsche, «esto es lo más similar a una orden de Hitler que los historiadores podemos llegar a obtener», en el sentido de que es lo más parecido a la carta de autorización de la eutanasia que, probablemente, encontraremos nunca que conecte a Hitler en persona con la orden de asesinar a los judíos.<sup>23</sup>

Para resumir cuanto sabemos sobre el proceso de toma de decisiones que produjo el Holocausto: en agosto de 1941, los alemanes se dedicaron a masacrar a los judíos de la Unión Soviética, incluidos las mujeres y los niños. En octubre, los líderes nazis supieron que disponían de medios para matar en masa en cámaras de gas, empezaron a construir instalaciones para tal fin e intentaron cerrar las vías de huida de Europa. En noviembre, las figuras centrales estaban listas para incorporar a la prensa alemana, filtrando lo que se avecinaba, e informar —e implicar— a los demás sectores del gobierno y la burocracia a la vez que buscaban su cooperación en la conferencia de Wannsee. Y en diciembre, Hitler comunicó a los *Gauleiter* el cambio de orientación de su política. La Solución Final —la aniquilación de los judíos de Europa— estaba en marcha.

El siguiente paso fue la implantación. En la práctica, no se peinó Europa «de oeste a este», como había predicho Heydrich en Wannsee, sino casi en la dirección inversa. La ideología nazi había designado la Europa oriental como el espacio vital elegido para un *Volk* alemán cada vez más numeroso. A partir de esta visión expansionista, el asesinato adquirió aquí impulso y masa con más rapidez que en ningún otro lugar, porque la mayoría de los judíos del continente aún vivía en la antigua Zona de Asentamiento o en sus alrededores, y porque era la región conquistada en la que el régimen nazi menos tenía que inquietarse por las objeciones que la masacre de los judíos pudiera provocar en los demás habitantes. Así pues, todos los campos de exterminio creados entre 1941 y 1942 estuvieron en el territorio de la Polonia de preguerra, y cada uno, en un principio, se centró en matar a los judíos de su región. Este no fue el único aspecto en el que los acontecimientos no se desarrollaron según lo planeado. Según puso de relieve Raul Hilberg, uno de los pioneros en el estudio del Holocausto, este mostró los mismos rasgos característicos de muchas iniciativas de los nazis: poca previsión o preparación, una coordinación vacilante de los departamentos implicados, e incluso un presupuesto irregular.<sup>24</sup> Pese a todo, para matar a millones de personas no hizo falta nada mejor.

Los seis campos de exterminio se organizaron en dos grupos. El primer grupo, formado por cuatro campos que empleaban monóxido de carbono —como la Acción T4 en la que habían participado todos los que fueron sus

comandantes iniciales—, se centró en asesinar a los judíos de determinados sectores del territorio de la Polonia de preguerra y funcionó solo mientras quedaron allí personas de las elegidas. El primero de estos campos fue Chełmno, el único que usó tan solo camiones de gas, sin duda porque Lange, su primer comandante, tenía especial experiencia con ellos. Chełmno empezó a funcionar con dos camiones Dodge modificados el 8 de diciembre de 1941, y luego amplió la flota y la cifra de asesinados. Cada camión cargaba entre cincuenta y setenta personas y hacía entre cinco y diez viajes diarios desde el campo hasta un bosque cercano, donde se deshacían de los cadáveres. Hasta el 31 de diciembre de 1942, la operación había matado a 145.301 personas, según la tabulación de las SS, casi todas ellas procedentes de la Polonia occidental anexionada por Alemania. El campo de Chełmno se cerró en marzo de 1943 y reabrió en 1944 para liquidar a unos 7.200 habitantes del gueto de Łódź, lo que eleva la mortalidad total documentada del lugar a 152.000 personas. Esta es, ciertamente, la cifra mínima; la suma de los desgloses de carga de los transportes dirigidos a Chełmno apunta a que hubo al menos 20.000 víctimas más, y los estudios polacos más recientes sugieren que el total podría haber ascendido a 225.000.<sup>25</sup>

Los otros campos de exterminio que usaron monóxido de carbono empezaron a funcionar en 1942 y emplearon cámaras de gas estables. Primero fueron edificios de construcción deficiente, que se hacían estancos al colocar una capa de tierra entre las paredes de madera exteriores e interiores, más una capa exterior de papel embreado.<sup>26</sup> Pronto se levantaron edificios de ladrillo u hormigón, pero las nuevas estructuras aún eran muy simples, fáciles de levantar y, después, de eliminar. Al igual que Chełmno, estos tres campos se eligieron por hallarse situados en lugares remotos; a diferencia de aquel, sin embargo, se podía acceder a ellos por ramales de ferrocarril del extremo oriental del Gobierno General. Por orden de fundación (y, casualmente, de sur a norte), se trata de Bełżec, que empezó a gasear en marzo de 1942; Sobibór, que inició las masacres en mayo de aquel año; y Treblinka, que siguió sus pasos en julio. Todos nacieron como instrumentos de la Operación Reinhard, el nombre que los nazis dieron a mediados de año, tras el asesinato de Reinhard Heydrich en Praga, a la aniquilación de los judíos polacos. Los

tres campos usaban tanques tomados a los soviéticos para generar el monóxido de carbono y, por lo general, funcionaron con una eficiencia asombrosa, bajo la dirección inicial de veteranos de la Acción T4.

En Bełżec se mató a un mínimo de 434.000 personas, pero quizá a un total de 600.000, en los tan solo diez meses que estuvo abierto: una media de 2.000 personas al día. Más de dos tercios procedían del sur y el sureste de Polonia, y el resto eran judíos de otras partes de Europa que habían acabado en guetos de Lublin y los alrededores. Sobibór destruyó entre 167.000 y 200.000 vidas durante sus diecisiete meses de funcionamiento, en su mayoría de Polonia, pero algunas de la Checoslovaquia de preguerra, muchas de Francia y los Países Bajos, y unas pocas de la Gran Alemania, Bielorrusia y Lituania. Treblinka, el último campo en cerrar, asesinó a 925.000 personas en los dieciocho meses que transcurrieron hasta que la Operación Reinhard concluyó, en noviembre de 1943. Por su media diaria, fue casi tan letal como Bełżec, aunque en su período más homicida, del 22 de julio al 27 de agosto de 1942, Treblinka mató a 280.000 personas, una media de 56.000 a la semana (8.000 al día). Durante una de estas cinco semanas, el promedio diario llegó a las 10.000 víctimas. Casi todos los que murieron en el campo procedían del centro y norte de Polonia, aunque allí también perdieron la vida unos 32.000 checos, griegos y judíos macedonios. Estos tres campos de Reinhard solo funcionaron de forma simultánea durante cuatro meses del último semestre de 1942; pero en ese medio año las tres instalaciones mataron a más de un millón de judíos, lo que representa más judíos que los que se liquidó en Auschwitz Birkenau a lo largo de cuatro años (y casi tantas personas, en total, como perdieron la vida en este último campo). En conjunto, estos tres lugares devoraron a entre 1,5 y 1,8 millones de seres humanos. Sumando Chełmno, los cuatro campos de monóxido de carbono asesinaron a cerca de 2 millones de personas. De todos los internos, menos de 400 judíos salieron con vida de estos lugares, y aun de estos, solo sobrevivieron a la segunda guerra mundial entre 90 y 150.<sup>27</sup>

El segundo grupo de campos de exterminio estuvo integrado tan solo por dos instalaciones: Auschwitz Birkenau y Majdanek.<sup>28</sup> Se diferenciaban de los campos del grupo 1 en tres aspectos: (1) asesinaron principalmente con Zyklon, no con monóxido de carbono (aunque Majdanek tenía un camión de

gas y en ocasiones empleó botellas de CO); (2) cumplían un doble propósito: eran a la vez campo de exterminio y campos de trabajo forzoso en condiciones de esclavitud y, por lo tanto, el número corriente de internos era mayor; y (3) no se cerraron hasta que llegaron a sus puertas los ejércitos soviéticos y, por lo tanto, fueron el destino principal —sobre todo, Auschwitz— de los judíos de fuera de Polonia, y los únicos campos de exterminio que seguían abiertos en 1944. Su importancia en cuanto centros de trabajo empezó como parte de planes concretos —un centro de investigación agrícola de las SS en Auschwitz, un complejo de fábricas controladas por las SS en Majdanek—, pero luego se ampliaron mucho porque estaban en el extremo, o cerca, de la sección polaca de la Durchgangstrasse IV, la larga autopista que los nazis estaban construyendo de Silesia hasta el Cáucaso como núcleo conductor de su poder en la Ucrania conquistada. Este proyecto requería de tanta mano de obra que, en octubre de 1941, se añadió Birkenau a Auschwitz, y Majdanek a un campo de trabajo preexistente en Lublin. Ambos se habían construido para los prisioneros de guerra soviéticos, que se esperaban serían la mano de obra principal; pero luego los ocuparon ante todo judíos: en el caso de Auschwitz, durante todo su período de existencia; en el de Majdanek, solo hasta noviembre de 1943, cuando se ejecutó a casi todos los judíos que aún seguían con vida (fusilándolos, no gaseándolos). Con el tiempo fueron surgiendo otras necesidades de mano de obra que mantuvieron la importancia de ambos campos. Auschwitz se convirtió en el centro geográfico de un desarrollo industrial frenético, porque se hallaba cerca de fuentes de carbón y agua y, al mismo tiempo, lejos del alcance de los bombarderos aliados, con base en Gran Bretaña. La mayor de las plantas de la región era una fábrica de IG Farben, a unos cinco kilómetros al este de Monowitz, donde murieron como mínimo 27.000 prisioneros, tanto en los trabajos de construcción de una factoría de caucho y combustible sintético como en las minas de carbón de la empresa en la zona. Pero decenas de miles de otros internos trabajaban en más de cuarenta campos secundarios de la región, incluidas las colosales fábricas de combustible sintético de Blechhammer y Heydebreck, así como numerosas minas. Majdanek fue el centro de los planes de las SS de reciclar

los bienes obtenidos de los asesinados en los campos de Reinhard, en especial los cientos de miles de zapatos de cuero que hoy aún se pueden contemplar en el lugar, llenando barracones que hacían las veces de almacenes.

Tanto Auschwitz como Majdanek tenían otro rasgo distintivo: sus cámaras de gas se construyeron para durar. Las tres de Majdanek eran relativamente pequeñas, estructuras sólidas de piedra que aún siguen allí. Auschwitz empezó transformando un pequeño almacén de municiones, del extremo del campo principal original, en un crematorio que también podía usarse para gasear; luego convirtió en cámaras de gas dos casas de campo de la llanura próxima a Birkenau; por último, en 1943, construyó y puso en funcionamiento cuatro grandes edificios de ladrillo en el campo de Birkenau (o Auschwitz II) que incluían tanto cámaras de gas como crematorios para eliminar los cadáveres, a un ritmo de entre 4.000 y 8.000 personas diarias. En la actualidad, la primera cámara pequeña del campo principal sigue en pie; las casas de campo han desaparecido; de los edificios de ladrillo solo hay ruinas. Como las cámaras cumplían su función letal con más rapidez que los crematorios, a veces también se quemaron cadáveres en piras, al aire libre. Si los nazis hubieran logrado enviar a Auschwitz a los últimos judíos de Europa entre 1945 y 1946 —es decir, si la guerra hubiera proseguido y se hubieran superado los impedimentos a la detención de estos judíos—, el campo habría podido matarlos a todos para los primeros meses del segundo año. A la postre, entre la apertura del campo, en mayo de 1940, y su evacuación, en enero de 1945, llegaron al campo aproximadamente 1,3 millones de personas, de las que murieron —allí o en alguno de los subcampos— cerca de 1,1 millones. De los 200.000 supervivientes de Auschwitz, cerca de la mitad hallaron la muerte en otras instalaciones antes de que la segunda guerra mundial llegara a su fin, y solo unos 100.000 sobrevivieron a la caída del régimen nazi.<sup>29</sup> Majdanek fue mucho menos letal, sobre todo para los judíos; estudios recientes han reducido el número de judíos que probablemente perdieron la vida allí de unos 145.000 a unos 59.000; se cree que un tercio perecieron gaseados.<sup>30</sup>

Los campos de exterminio fueron distintos de los otros tres tipos principales de campos nazis:

1. Los grandes campos de concentración de las SS, como Dachau y Buchenwald, en Alemania, y lugares como Natzweiler (en Alsacia-Lorena) y Stutthof (en la costa báltica) y sus más de 1.100 instalaciones satélite. Fueron lugares letales, en especial en los últimos años de la guerra, pero no «fábricas de la muerte», y su población no estaba integrada ante todo por judíos. Como excepción parcial a lo anterior figura Mauthausen, fundado en 1938 cerca de la ciudad austríaca de Linz, y los subcampos diseminados en las instalaciones de producción militar próximas. Mauthausen, reservado para los opositores políticos y criminales «incorregibles ... y prácticamente ineducables», fue el más duro de los campos de concentración: en 1941, mató al 52 % de sus casi 16.000 internos, y de mediados de 1941 a abril de 1943, a casi al 10% mensual de su población de presos, que se reponía sin cesar. Cuando las tropas de Estados Unidos liberaron el campo, habían perdido la vida más de la mitad de las casi 200.000 personas que habían estado encerradas allí en algún momento; algunas, en una cámara de gas local, que usaba Zyklon; otras, en camiones de gas; un tercer grupo, en el cercano sanatorio de Hartheim. Cerca de un 25 % de las víctimas eran judíos.<sup>31</sup>
2. Los «campos de tránsito», en los que se reunía a grupos concretos de personas, por lo general para posteriores intercambios con los Aliados. El más conocido es el de Bergen-Belsen, en el norte de Alemania. Eran lugares relativamente benignos hasta que el sistema de abastecimiento alemán se derrumbó, hacia el final de la guerra; desde entonces fueron centros letales de hambre e infecciones.
3. Los campos de trabajo, de los que, al terminar la guerra, había decenas de miles. Aquí a los internos se les podía dar —y se les daba— un trato cruel, pero su finalidad productiva dio cierta protección, aunque limitada, contra las masacres a gran escala. A este respecto hay que hacer una distinción. Los campos de trabajo del este de Europa eran mucho peores que los del Gobierno General (y no digamos que los de Alemania). Los creados para los judíos a lo largo de la Durchgangstrasse IV eran poco más que centros de matanza demorada, y lo mismo cabe afirmar de Janowska, un campo de Leopólis que empezó siendo un

centro de trabajo, a finales de 1942, pero hubo tantos fusilamientos masivos de judíos que en total —y sin cámara de gas— quizá más judíos perdieron la vida aquí que en Majdanek.<sup>32</sup>

Uno de los aspectos más espeluznantes de la historia del Holocausto es que toda esta carnicería pudo producirse sin afectar seriamente al esfuerzo bélico de Alemania; de hecho, sin apenas desviar mano de obra, materiales ni dinero. Es decir, que salvo a los científicos judíos y otros ciudadanos leales que Alemania perdió, y Gran Bretaña y Estados Unidos ganaron, después de que huyeran en los años treinta, el Reich apenas tuvo que pagar por todo el dolor y sufrimiento que causó. Ciertamente, llegó a echar de menos el trabajo de la mayoría de los últimos judíos polacos —las SS masacraron a unos 300.000 en 1943—, pero con esta salvedad el balance contable de los asesinatos fue llamativamente favorable a Alemania, al menos a corto plazo, que era el único horizonte temporal al que los nazis daban importancia.

En primer lugar, los campos se beneficiaban del saqueo a los internos, que fue colosal,<sup>33</sup> así como de pagos por la mano de obra que cedían a las industrias y los departamentos gubernamentales: los trabajadores esclavizados en los campos no recibían salario, pero los empleadores sí pagaban por ellos. En parte por esto, Auschwitz, el campo que más mano de obra ofrecía, obtuvo de esta manera un beneficio del ciento por ciento, de 1941 a 1945: el alquiler de los trabajadores supuso la entrada de sesenta millones de marcos, y en alojarlos y alimentarlos, en la totalidad de gastos asociados, gastó solo treinta. El despacho de Globocnik en Lublin calculó que el beneficio neto de la Operación Reinhard, tras deducir los costes de personal y los derivados de la deportación y el asesinato, ascendió a casi 179 millones de marcos (lo que es una cifra conservadora), incluidos más de 80 millones en metálico, 52 millones en joyas y piedras preciosas y otros 46 en ropa reciclable. Como los miembros de la Acción T4 destinados a esos campos enviaban cantidades adicionales directamente a la cancillería del Führer y al Reichsbank, es evidente que los ingresos globales fueron muy superiores. No sabemos a cuánto ascendió el botín de Chełmno, porque se envió a la administración del gueto de Łódź, que lo mezcló con las demás extorsiones que infligía a los judíos. Pero un documento de mayo de 1942, un

año antes de que Chełmno cerrara las puertas, indica que se necesitaban 900 camiones para transportar la ropa que el campo entregaba para su reutilización.

En segundo lugar, los alemanes no costeaban el transporte de los judíos hasta los campos; obligaban a las administraciones de las comunidades judías a pagarlos, al igual que solían obligarlas —al menos en la Europa occidental, la Alemania propiamente dicha y los guetos polacos— a hacer el trabajo sucio de identificar a los deportandos e incluso preparar listas cada vez que los nazis determinaban la salida de un determinado número o categoría de ellos. Incluso las propias oficinas desde las que llegaban las órdenes de asesinar habían sido propiedad de judíos, antes de ubicar esta nueva finalidad letal. El *Obersturmbannführer* de las SS, Adolf Eichman, coordinaba las deportaciones desde la antigua sede de la Sociedad de los Hermanos Judíos, una organización caritativa, en la Kurfürstenstrasse número 116 de Berlín; la base del programa eutanásico, en la Tiergartenstrasse, 4, había pertenecido a la familia de Max Liebermann, un famoso pintor judío alemán. Entre tanto, el Reich amasaba sumas ingentes con la confiscación de cuentas corrientes, joyas, obras de arte y otros bienes fungibles de los judíos de todos los países ocupados. De resultas, el Holocausto en su conjunto no solo se bastó para financiarse a sí mismo, sino que, al igual que Auschwitz como entidad autónoma, era una empresa lucrativa. Veamos el ejemplo de los Países Bajos.<sup>34</sup> Aquí, la Alemania nazi recaudó más de 1.000 millones de florines con la venta de propiedades robadas a los judíos; la mayor parte fue a parar directamente a las arcas de la administración ocupante o a las cuentas de organizaciones fantasma que adquirían bonos de los gobiernos neerlandés y alemán, con lo que ayudaban a financiar el esfuerzo bélico nazi. Una ínfima parte de estos ingresos —25 millones de florines: menos del 2,5 % del total— se utilizó para ampliar y mantener los dos campos de tránsito neerlandeses de Vught y Westerbork y costear las detenciones y deportaciones. Unos 105.000 judíos neerlandeses perdieron la vida —cerca del 75 % del total— y el coste del proceso fue una parte muy reducida de lo que el estado Alemán obtuvo con ello.

En tercer lugar, los costes de asesinar que no se hacía pagar a los propios judíos eran muy bajos. Salvo en el caso de Auschwitz a partir de 1943, los campos de exterminio eran entidades que destacaban por su escasa tecnología y la ausencia de capital intensivo. Chełmno era una vieja casa de campo rodeada por una valla de madera.<sup>35</sup> Los judíos entraban en el recinto a bordo de camiones de transporte, bajaban a un lado de la casa, dejaban sus últimas posesiones mientras atravesaban el sótano y por la puerta de atrás pasaban directamente a la caja de los camiones de gas. Después de que algunos prisioneros judíos cerraran y aseguraran las puertas de los vehículos, estos circulaban o se ponían al ralentí hasta que los encerrados morían por efecto de los gases de escape. Luego se llevaba a los cadáveres hasta un claro del bosque, donde otros prisioneros judíos los incineraban en fosas. Incluso en Auschwitz, la primera cámara de gas fue un edificio ya existente, y buena parte de los materiales con los que se construyeron los barracones y las vallas se obtuvieron de IG Farben en un acuerdo de trueque: la empresa proporcionaba acero, ladrillos y alambre de espino y recibía a cambio trabajadores y grava.<sup>36</sup> Las dos primeras cámaras de gas de Birkenau —las casas de campo reconvertidas— fueron tan improvisadas que carecían de ventilación mecánica y, por lo tanto, no podían funcionar de forma ininterrumpida. Treblinka y los demás campos de Reinhard eran pueblos a lo Potemkin: había simples fachadas de edificios, más unos pocos talleres, rodeando la plaza en las que las víctimas desembarcaban y se desnudaban; por la parte de atrás de la plaza se accedía al «Tubo» (*Schlauch*), un pasillo estrecho creado con dos hileras de caballetes de madera cubiertos de alambre y de ramas de pino, que llevaba hasta las cámaras de gas.<sup>37</sup> La construcción, en suma, era muy barata.

Además, los costes operativos de los campos eran bajos. La gasolina con la que se generaba el monóxido de carbono era económica y mientras la Operación Reinhard estuvo en marcha no hubo problemas de suministro; los motores utilizados procedían de tanques tomados a los soviéticos. Las casi 32 toneladas de Zyklon vendidas a Auschwitz y Majdanek en el período 1942-1944 costaron menos de 160.000 Reichsmark (unos 64.000 dólares estadounidenses de la época), y solo una quinta parte de este Zyklon se destinó al gaseado; el resto se utilizó para fumigar los barracones y similares

o incluso quedó olvidado en los estantes, con lo cual la cantidad real necesaria para la masacre fue aún más barata: probablemente, unos 30.000 marcos (12.000 dólares).<sup>38</sup>

Los costes de personal tampoco eran nada elevados. Auschwitz fue el único campo cuyas fuerzas de vigilancia eran numerosas y casi todas alemanas. De promedio, el campo contaba con unos 2.500 guardias; de 1940 a 1945 sirvieron allí unos 7.000 alemanes,<sup>39</sup> lo que equivale a tan solo un tercio de los hombres que las fuerzas armadas germánicas fusilaron por desertión durante la segunda guerra mundial.<sup>40</sup> En cuanto a Bełżec y Sobibór, solo necesitaban a unos veinte alemanes de promedio, al igual que Treblinka, en un principio (aunque su dotación ascendió a algo más de treinta en 1943). El resto de los guardias, entre 90 y 130 hombres por campo, eran *Hiwis* de la Europa oriental (abreviación de *Hilfswillige*, «voluntarios»), a los que se reclutaba en los campos de prisioneros de guerra soviéticos: internos famélicos a los que se ofrecía uniformes, alojamiento y comida, un sueldo escaso y la oportunidad de saquear a los judíos a cambio de actuar como tropas de apoyo de los alemanes.<sup>41</sup> Un campo especial, situado en Trawniki (Polonia), formó a 4.750 de estos *Hiwis* hasta que cerró sus puertas, en septiembre de 1943.<sup>42</sup> El salario de los alemanes en los campos de exterminio era netamente superior, de hecho venía a decuplicar el salario mensual oficial, de 58 marcos, gracias a un sobresueldo diario especial de 18 marcos, un bono de lealtad y un «suplemento por asesinato de judíos» que costeaba el presupuesto de la Acción T4.<sup>43</sup> Aun así, este programa tampoco tuvo números rojos, porque aprovechaba el oro dental extraído de la boca de las víctimas y acostumbraba esperar diez días, desde la muerte, antes de dejar constancia de esta en los archivos, días en los que seguía cobrando las cuotas de asistencia a la persona, agencia o compañía de seguros responsable del discapacitado.<sup>44</sup>

Por último, corre la leyenda de que los trenes que se utilizaron para deportar a los judíos a los campos por fuerza perjudicaron el rendimiento bélico de Alemania. Nada más lejos de la verdad. En cualquier momento dado, los trenes que circulaban con este fin eran muy escasos, y además tenían la prioridad más baja en las vías férreas: nunca se permitió que obstruyeran o retrasaran ni los desplazamientos de tropas ni los transportes de

mercancías.<sup>45</sup> Esta es una de las razones por las que los trayectos de la Europa occidental a los campos de exterminio —e incluso los de las primeras fases de la deportación de Varsovia a Treblinka, en 1942, que solo recorrían un centenar de kilómetros— tardaron a menudo tres o cuatro días en llegar a su destino; por eso muchas personas fallecían durante el viaje, ahogadas, de hambre, exhaustas y, en invierno, congeladas. En el este solían usarse vagones de carga cerrados, y en la Europa occidental, si no esa clase de vagones, los de pasajeros de tercera clase; pero en ambos casos, los trenes casi siempre arrastraban vehículos ya descartados para otros usos. Incluso las locomotoras eran reliquias. Para cargar cada tren con un millar de personas o más bastaba por lo general la presencia de unos noventa alemanes, y el personal de vigilancia de los transportes no solía pasar de quince hombres, pues los vagones de carga sellados apenas requerían de supervisión (de hecho, esta era una de las causas por las que los alemanes los preferían). En total, los alemanes usaron unos 2.000 trenes para desplazar a tres millones de personas hasta los campos, durante treinta y tres meses, de 1942 a 1944, lo que supone una media de solo sesenta trenes al mes (dos salidas por día). En comparación, el Reichsbahn, la sociedad que gestionaba los ferrocarriles alemanes, transportó a 6.600 millones de pasajeros entre 1942 y 1943; en 1941 y 1942 circularon unos 30.000 trenes diarios, y en 1944, unos 23.000. Este último año, el régimen nazi tan solo necesitó 147 trenes durante ocho semanas (un promedio de menos de tres al día, y una cifra diaria nunca superior a seis) para deportar a casi 440.000 judíos húngaros. De hecho, destinar tantos trenes en un período breve a una operación letal no tenía precedentes, y el caso se explica solo porque las deportaciones tenían un propósito adicional directamente ligado con el esfuerzo bélico: se esperaba que Auschwitz seleccionara entre los deportados a unos 100.000 trabajadores en buen estado de salud (el 10-15 % del total previsto inicialmente) y los enviara directamente al Reich, para contribuir al proyecto colosal de soterrar las plantas de producción militar de Alemania. Incluso así, en la fase más intensa de las deportaciones de Hungría, estos trenes suponían tan solo el 1-2 % del tráfico ferroviario total de este país; utilizaron un porcentaje ínfimo del parque de locomotoras (una decimoquinta parte del 1 %) y vagones (una décima parte del 1 %) que en aquel momento tenía bajo su jurisdicción el

Ministerio de Armamentos de Alemania.<sup>46</sup> Es evidente que tanto en materia de equipos como de actividad, y tanto en el total como en cualquier momento dado, solo se destinó al Holocausto una parte minúscula de los ferrocarriles alemanes.

Como ocurre a veces en la escritura histórica, la demostración más fehaciente de que las deportaciones no tuvieron un impacto relevante en el rendimiento bélico de Alemania es un libro que pretende demostrar lo contrario: *Holocaust vs. Wehrmacht* (2014), de Yaron Pasher. El autor examina cuatro derrotas militares de Alemania, que se produjeron de forma relativamente simultánea a cuatro oleadas de deportación: el fracaso de la captura de Moscú, en 1941, cuando los primeros transportes de judíos salían de Alemania; la incapacidad de socorrer a las tropas cercadas de Stalingrado, en el período 1942-1943, durante la Operación Reinhard; la debacle de la batalla de Kursk, en el verano de 1943, poco después de sofocar el levantamiento del gueto de Varsovia; y la invasión aliada, que se abrió paso desde Normandía, de junio a agosto de 1944, y se solapó en parte con las deportaciones masivas desde Hungría. En todas estas circunstancias, Pasher afirma que la razón principal de que el frente alemán no recibiera más tropas y materiales de refuerzo fue la escasez de trenes en los que trasladarlos, derivada (según el autor) del uso de estos vehículos para la deportación de judíos. El autor, en sus estadísticas, equipara los viajes que uno o dos trenes lentos y desvencijados con sesenta vagones de carga realizaban durante dos o tres días a principios de 1943 —en los recorridos de ida y vuelta de Białystok-Treblinka y TheresienstadtAuschwitz— con el suministro que trenes veloces y a plena carga podían llevar hasta el Frente Oriental.<sup>47</sup> Pese a todo, en los cuatro casos, sus propios cálculos de lo que los trenes desvencijados podrían haber aportado a los ejércitos alemanes siguen quedando radicalmente por debajo de lo que el mismo autor detalla —con cálculos subestimados— que habría hecho falta a los soldados del Reich, en hombres y materiales, para imponerse a sus adversarios. Así pues, en todos los casos citados la derrota de Alemania resultaba prácticamente ineludible. Por esta razón, afirmar que «todos los trenes contaban», como hace Pasher repetidamente, no equivale a demostrar que todos los trenes importaban.

Así pues, ¿cómo lograron los nazis perpetrar una masacre tan descomunal en un período de tiempo tan breve? El primer elemento de la respuesta es: porque perfeccionaron un proceso de matar muy rápido, que se financiaba a sí mismo y necesitaba poco dinero, poca estructura y poca tecnología. Ahora volvemos la mirada a un segundo elemento de la respuesta: porque el estado y el movimiento nazis criaron y soltaron a unos asesinos ciertamente entregados a su labor.

#### LOS PERPETRADORES: LA «GENERACIÓN SIN LÍMITES»

El Holocausto implicó a decenas de miles de personas que participaron directamente en el proceso —los guardias de las SS, los *Einsatzgruppen*, la *Ordnungspolizei*, las unidades del ejército regular que a menudo ayudaron acorralando a judíos y dándoles muerte, más los miles de funcionarios y empleados del gobierno que planearon los asesinatos e hicieron que el sistema ejecutor funcionara— y además a cientos de miles de civiles alemanes que, desde cierta distancia, facilitaron la persecución. ¿Cómo se puede explicar su comportamiento? ¿Cómo fueron capaces de hacer la clase de cosas que hicieron?

A grandes rasgos, hay dos grandes líneas de respuesta a estas preguntas, guiadas por dos escuelas de pensamiento —la volitiva y la externa (o «situacional»)— a las que se recurre para explicar la conducta en dos niveles distintos: el de los superiores jerárquicos y el de los subordinados. La escuela volitiva sostiene que la gente persiguió y asesinó porque eligió hacerlo así; la volitiva asevera que actuaron en respuesta a su contexto inmediato, no a sus convicciones. Recientemente, un grupo de autores de formación alemana ha sentado las bases para una síntesis poderosa y persuasiva de los dos puntos de vista.

En referencia a los subordinados que llevaron a cabo de hecho las matanzas en los batallones de fusilamiento y las instalaciones de gaseado, la formulación clásica de los puntos de vista volitivo y situacional es: para el primero, *Los verdugos voluntarios de Hitler* (1996), de Daniel Goldhagen, un superventas apreciado por la comunidad lectora y denostado por la mayoría

de historiadores; para el segundo, *Aquellos hombres grises* (1992), de Christopher Browning, aclamado por igual por el público y la academia. Goldhagen hace hincapié en que los alemanes mataron a los judíos porque querían; querían hacerlo porque sentían un odio universal por los judíos, y odiaban a los judíos porque los alemanes siempre lo habían hecho: hacía siglos que su cultura nacional era plena y absolutamente antisemita. A partir de los testimonios de los antiguos tiradores del Batallón 101 de la policía de reserva, que fueron juzgados en la posguerra, Browning sostiene que las convicciones antisemitas tuvieron poco que ver con la prontitud asesina de los alemanes; antes bien, que actuaron por lealtad mutua. Su sentimiento de solidaridad grupal les llevaba a no querer perjudicar a los otros mostrando debilidad. Para apoyar su planteamiento, Browning se apoya ante todo en dos conjuntos de experimentos de psicología social. En el primero, realizado por Stanley Milgram en 1961, en New Haven, se hizo que los voluntarios creyeran que estaban administrando descargas eléctricas por orden de un supuesto científico. En el segundo, el de Philip Zimbardo en 1971, en Stanford, se simulaban relaciones entre los internos y los guardias de una prisión. En ambos experimentos se ponían de relieve tendencias del ser humano a ceder a la autoridad o abusar de ella.

Los dos estudios, tanto el de Goldhagen como el de Browning, tienen sus peros. Goldhagen presenta un panorama estático, que no cambia a lo largo del tiempo; la actitud de los alemanes en 1642 es idéntica a la exhibida en 1942, e igual de uniforme, lo que no es verosímil. Además, Goldhagen no presta atención a la cruda realidad de que el poder magnifica las ideas de quienes lo ostentan. Con ello subestima la decisiva importancia que, en relación con la conducta de los alemanes, tuvo el período posterior al ascenso de Hitler al poder. Browning, por su parte, confía mucho en los motivos de los protagonistas según ellos mismos los describieron, lo cual el mismo autor reconoce que es una práctica arriesgada. No es casualidad que entre juristas corra el dicho de que «nadie puede ser testigo en su propia causa». En este caso, como suele suceder en las actas judiciales, varios protagonistas tenían razones para mentir. Declararon en el marco de una posible investigación por asesinato en la Alemania Occidental. Según la ley alemana, no puede haber condena por asesinato sin pruebas de que la persona ha actuado con un

«motivo vil», como el odio o la codicia,<sup>48</sup> o exhibió sadismo. Así pues, los antiguos tiradores eran reticentes a admitir que eran antisemitas o calificar de tales a sus camaradas, aunque a tenor de la práctica legal en la Alemania de la época, lo más probable era que cualquier incriminado solo fuera acusado de complicidad en un asesinato, lo que comportaba castigos menos graves.

Aunque Browning ha desarrollado argumentos más convincentes en lo relativo a los hombres del Batallón de Policía 101, y sus inquietantes descubrimientos dan mucho que pensar al respecto de cómo el ser humano, en determinadas circunstancias, es capaz de infligir una violencia espeluznante; sin embargo dos clases de consideraciones, una teórica y otra empírica, sugieren que aún debemos ir más allá en cuanto a por qué la mayoría de los asesinos alemanes actuaron como lo hicieron entre 1941 y 1945. En el primer caso —el teórico—, es probable que Goldhagen y Browning intentaran ser demasiado precisos en la delimitación de motivos que bien podrían haber sido diversos, haberse combinado heterogéneamente y haber variado a lo largo del tiempo. Además, dados el tipo de misiones que se encargó a las unidades de fusilamiento y el entorno ideológico en el que vivían, es posible que muchos tiradores abrazaran el antisemitismo en su momento como la forma más asequible de legitimar lo que se les había ordenado hacer. En otras palabras: no mataron porque odiaban a sus víctimas, sino que decidieron odiarlas porque tenían que matarlas. Los psicólogos consideran que este tipo de mecanismo mental —en el que las ideas se ajustan al comportamiento, y no a la inversa— responde a lo que denominan «disonancia cognitiva»;<sup>49</sup> es posible que, a la hora de explicar por qué tantos alemanes mostraron o expresaron placer en la tortura y el asesinato de los judíos, ese mecanismo fuera tan importante como la animosidad o el sadismo. El odio, incluso el gozo, se convirtieron en formas de facilitar la tarea impuesta, que sabemos que no resultó sencilla, al menos no en un principio. Himmler calificó de «deber repulsivo» y «tarea espantosa» lo que entendía que las SS tenían que hacer.<sup>50</sup> A menudo, los *Einsatzgruppen* y las unidades auxiliares extranjeras necesitaban emborracharse para perpetrar la matanza. Las mujeres alemanas que actuaban en el Frente Oriental como auxiliares o

enfermeras informaron repetidamente de que los hombres que volvían de las masacres «sentían todos ellos la poderosa necesidad de hablar» de lo que habían hecho.<sup>51</sup>

En cuanto a la segunda consideración —la empírica—, Edward Westermann ha demostrado de forma fehaciente que el Batallón de Policía 101 no era un ejemplo típico de las unidades policiales que se envió al este para matar a los judíos. Por lo general, cerca del 80 % de los miembros habituales de estas unidades no eran reservistas, a diferencia del Batallón 101; y en su mayoría no se trataba de hombres de mediana edad, que ya eran adultos antes de que Hitler llegara al poder. Antes al contrario, por lo general los batallones contaban con policías jóvenes y de carrera, muy adoctrinados, que se veían a sí mismos como «soldados políticos» al servicio de la ideología racial nazi.<sup>52</sup> Es decir, no eran civiles corrientes, trasladados a circunstancias atípicas o extremas; no eran los alemanes típicos del período anterior, sino más bien creaciones militares del régimen nazi, educadas en la necesidad de la purificación racial. Así, aunque el estudio de Browning demuestra que incluso los *ordinary men* de su título inglés, los «hombres corrientes», estaban dispuestos a matar en los territorios orientales ocupados por Alemania, sin embargo la mayoría de los asesinos que actuaron allí en los primeros años de la década de 1940 tenían muy poco de corriente.

Al igual que Omer Bartov, autor de *The Eastern Front, 1941-45*, Westermann ha hecho hincapié en cómo el adoctrinamiento ideológico influyó mucho en la conducta de los policías de los batallones de fusilamiento; pero Westermann, a diferencia de Bartov, considera que estas unidades no necesitaron vivir la intensificación de la barbarie del conflicto a lo largo del tiempo para convertirse en asesinos implacables: ya estaban preparados para actuar así desde el primer día en que pusieron el pie en el este. En *Marching into Darkness* (2014), Waitman Beorn ha llegado a una conclusión similar sobre las unidades del ejército regular alemán que empezaron a masacrar a los judíos en Bielorrusia en el otoño de 1941, mucho antes de encontrarse con una resistencia seria o acciones guerrilleras. Su examen minucioso de varios fusilamientos colectivos pone de manifiesto que

la propaganda incansable sobre la amenaza judío-bolchevique había predispuesto a la mayoría de esos hombres a la masacre prácticamente desde que se inició la invasión de la Unión Soviética.

Entre las obras más perspicaces sobre esta cuestión destacan estudios de los expertos alemanes Harald Welzer (*Täter*, «Criminales», 2005), Felix Römer (*Kameraden*, «Camaradas», 2012) y Thomas Kühne (que ahora es profesor en Estados Unidos: *Belonging and Genocide*, 2010). Con fuentes y enfoques analíticos ligeramente diversos, los tres estudiosos coinciden en destacar el éxito que tuvo el régimen de Hitler a la hora de desarrollar entre los alemanes «un yo nazi» con un sistema de valores invertido que ofrecía toda clase de justificaciones para la crueldad. El Tercer Reich redefinió la moralidad y convirtió en virtudes la humillación, la persecución y el asesinato. Superar los escrúpulos que impedían causar daño pasó de ser un signo de indecencia a una prueba de superación moral. Si alguien tenía dificultades para lograrlo, tanto mejor, porque esto generaba más autocompasión que compasión por las víctimas y, por lo tanto, los alemanes quedaban más dispuestos a atacar a las personas cuya existencia causaba esa incomodidad. Kühne proporciona varios sintagmas memorables para describir lo que sucedió: afirma que los nazis crearon una «ética dicotómica» de Ellos contra Nosotros y una «gramática moral de la camaradería» que glorificaba los actos de solidaridad y condenaba los surgidos del individualismo. Esto no dista mucho de la observación de Browning según la cual no plantearon objeciones morales ni siquiera los miembros del Batallón de Policía 101 que dijeron que no sabían disparar; solo alegaron que eran «demasiado débiles» para hacer lo que se les pedía.<sup>53</sup> Según Beorn, este mismo modelo se aplicó a aquellas excepciones del ejército regular que pidieron que los excusaran de las masacres: «al alegar debilidad o sentimentalismo como razones para no participar, los soldados ... evitaban oponerse directamente a las acciones de sus camaradas. Esto les permitía seguir dentro de la comunidad de iguales».<sup>54</sup> Así, incluso cuando algunos alemanes decían que no, estaban afirmando en parte el propósito colectivo; y en su mayoría, los alemanes a los que se les ordenó matar no dijeron que no. El estudio de Römer, que se basa en conversaciones espiadas a unos 3.000 prisioneros de guerra alemanes que pasaron por Fort Hunt (a las afueras de

Washington D. C.), concluye que incluso cuando declaraban creer que «la violencia extrema contra civiles indefensos, mujeres y niños ... [era] pasarse de la raya, siempre eran capaces de ejecutar esa violencia, si las circunstancias o la presión del grupo lo exigían».<sup>55</sup> Esta prontitud como reflejo debía mucho a la presencia constante, entre los suboficiales y oficiales de menor graduación, pero veteranos y admirados, de una «particular mentalidad militar» que, a su vez, reflejaba lo que Welzer denomina «particular moralidad nacionalsocialista».<sup>56</sup>

Los hallazgos de Welzer, Römer, Kühne y Beorn ponen de relieve que lo situacional puede hacerse volitivo; que las creencias se ajustan a las circunstancias; y que el poder magnifica las ideas de quienes lo ostentan. Los alemanes corrientes podían hacer realidad voluntariamente, y en efecto así lo hicieron, la persecución nazi; en muchos casos llegaron incluso a ser auténticos ejecutores voluntarios. En un libro titulado *Experten der Vernichtung* («Expertos de la aniquilación», 2013), Sara Berger ha llegado a una conclusión similar con respecto a los participantes de la Acción T4 que pasaron a trabajar en los campos de la Operación Reinhard. Tras estudiar con detalle sus archivos y los testimonios de posguerra, Berger hace hincapié en que no se hicieron asesinos por su propia iniciativa, pero que sí mostraron mucha disposición y cada vez se identificaron más con las ideas con las que el régimen nazi justificaba los asesinatos.<sup>57</sup> Así, ninguno de ellos solicitó regresar a sus puestos de trabajo anteriores.

El trato que recibieron los dos empleados de ferrocarril que se sabe que se negaron a participar en los transportes confirma un hecho que numerosos estudios de posguerra de los archivos del ejército y las SS han establecido y que la investigación de Browning confirma: la Alemania nazi no sancionó a los que se desentendían del proceso letal, pero aun así estos casos fueron raros. Richard Neuser, un conductor de locomotoras que vivía en Białystok, pidió que no le hicieran manejar los trenes de los campos, y en efecto recibió otro empleo y sin castigo. Alfons Glas trabajaba en la oficina principal de transporte de pasajeros del Gedob, la organización que gestionaba los ferrocarriles en el Gobierno General; cuando supo, a través de los subordinados de la zona, qué ocurría con los trenes que cargaban a los judíos, solicitó un traslado y se le concedió, sin penalizar su carrera.<sup>58</sup> Pero eran

lances realmente excepcionales. La actitud del personal ferroviario alemán fue paralela a la de la policía y otros departamentos uniformados: los sentimientos de solidaridad de grupo, obligación profesional o convicción ideológica pesaron más que cualquier reserva o resquemor que pudieran haber albergado. De un modo similar, cuando en la posguerra se juzgó al personal de los campos de exterminio de la Operación Reinhard, solo se documentaron dos casos de guardias que solicitaron el traslado a funciones sin relación directa con el proceso letal. Los dos lo obtuvieron, sin consecuencias adversas.

Oskar Gröning, un contable de las SS en Auschwitz que fue entrevistado por la BBC en 2005, explicó su propio comportamiento refiriéndose a la compartimentación y el adoctrinamiento.<sup>59</sup> Se había presentado voluntario para las SS en 1940 y, hasta que fue transferido a Auschwitz en 1942 (cuando contaba veintiún años) trabajó en una oficina de pago de salarios. En Auschwitz contaba el dinero requisado a las víctimas de los campos. Aunque le incomodaban los ejemplos de brutalidad que vio, en general estaba de acuerdo en que había que eliminar a los judíos, por ser estos unos enemigos mortales de Alemania, que habían causado su derrota en la primera guerra mundial e intentarían derribar al país de nuevo; por lo tanto, el asesinato le parecía necesario. Aun así, él se sentía distanciado de las muertes; su unidad desempeñaba una faceta de oficina de la vida de Auschwitz, no de matanza, y las dos actividades se le antojaban más o menos separadas. Así continuó hasta septiembre de 1944, cuando presentó una petición de traslado que las SS aceptaron, y fue enviado a una unidad de las Waffen-SS que más adelante luchó en la batalla de las Ardenas.

En los campos, para explicar el comportamiento de los guardias son claves el pequeño número de perpetradores implicado; la clase de personas que eran, y las formas en las que delegaron los aspectos más impresionantes del proceso letal y, con ello, se distanciaron de él. El hecho de que los perpetradores fueran pocos hacía que fuera fácil encontrar candidatos para esos puestos. Recordemos que, en cualquier momento dado, en Bełżec no había más de veinte alemanes y austríacos; entre los tres campos de la Operación Reinhard totalizaron menos de quinientos. Cada crematorio requería tan solo de entre cinco y doce supervisores alemanes. Incluso si

consideramos que todos ellos eran psicópatas, debemos conceder que reclutar a una cantidad tan escasa no debió de ofrecer dificultades. Los guardias solían tener una formación muy escasa; en Auschwitz, por ejemplo, solo el 30 % de los miembros de las SS locales había superado el graduado escolar. Salvo en Auschwitz, el personal de vigilancia estaba integrado principalmente por los ya mencionados *Hiwis*, auxiliares extranjeros que tenían sumo interés en satisfacer a sus señores alemanes; cada campo de la Operación Reinhard contaba con entre 90 y 130 de estos hombres. En Auschwitz, una gran parte del destacamento estaba formado por *Volksdeutsche* que ansiaban demostrar que eran tan duros y alemanes como los camaradas nacidos dentro del imperio.<sup>60</sup>

Por otra parte, los alemanes eran expertos en aislarse de los aspectos más duros de los procesos de exterminio. En los guetos, a menudo encargaron a las fuerzas de la policía judía el trabajo sucio de detener a quienes, habiendo sido seleccionados para la deportación, no se habían presentado en el punto de encuentro acordado. En los campos emplearon a otros prisioneros judíos en *Sonderkommandos* que se ocupaban de vaciar las cámaras de gas, incinerar los cuerpos y, en el caso del Crematorio III de Birkenau, mantener abierta la pesada compuerta del vertedor por el que un hombre de las SS lanzaba las bolitas de Zyklon. Por último, entre los guardias de los campos, al igual que en los pelotones de fusilamiento, un elemento fatídico fue la capacidad de centrarse en uno mismo: la inquietud por las dificultades que uno debía superar, y no por el dolor que infligía. Así, para los guardias el problema cotidiano era manejar a un número elevado de internos, y la brutalidad siempre era el método más directo. La naturaleza del sistema de los campos —donde las normas fomentaban acciones tales como incitar a los presos a intentar la huida, para que un guardia pudiera ejecutarlos y, con ello, obtener un día de permiso adicional— hacía emerger los componentes más viles del temperamento humano.

¿A qué conclusión nos conducen, pues, todas estas explicaciones? ¿Por qué nunca escasearon los alemanes dispuestos a participar en la tortura y el asesinato de los judíos? Antes que nada, porque el régimen nazi logró crear un mundo mental cerrado, una cámara de resonancia ideológica en la que los líderes insistían sin descanso en la supuesta amenaza que los judíos

representaban y la necesidad de que los alemanes se defendieran contra esta. La guerra en sí misma, las incursiones aéreas contra las ciudades alemanas, los francotiradores que instalaban su guardia en los territorios orientales ocupados: todo era culpa de los judíos. Al mismo tiempo, el régimen degradaba a los judíos tan brutalmente, en los guetos, campos y transportes, que acabaron recordando la imagen lamentable que el sistema daba de ellos como criaturas sucias, enfermas, egoístas e incivilizadas, lo que a su vez fomentaba el desprecio de los alemanes y su prontitud a causarles daño. La propaganda y el poder de los nazis se combinaron para convertir el antisemitismo en un bucle que se retroalimentaba sin pausa, y los alemanes corrientes actuaban en consonancia.

*Las arpias de Hitler* (2013) de Wendy Lower, ha reforzado esta línea de análisis con pruebas referidas a un grupo que hasta entonces apenas se había estudiado: el medio millón de mujeres alemanas que fueron a la Europa oriental en calidad de esposas, secretarias, enfermeras, maestras, colonas, voluntarias de la Cruz Roja, radiooperadoras y otras muchas funciones.<sup>61</sup> Unas 300.000 alemanas actuaron como auxiliares de la Gestapo y la policía y en las cárceles del este ocupado; otras 10.000 en la administración civil alemana; y otras 3.500 como guardias de campos. Casi todas tenían edades comprendidas entre los diecisiete y los treinta años. Vieron muchos actos de persecución y asesinato; los facilitaron, en su mayoría, de una forma u otra, por ejemplo pasando a máquina las órdenes de intervención; y algunas los perpetraron personalmente, entrando en los guetos para fusilar a sus habitantes o ayudando a los hombres a sacar a los judíos de sus escondites. Como ha apuntado Lower, «en el hecho de favorecer lo que se entendía era un deber y no la moralidad, hombres y mujeres se diferenciaron poco».<sup>62</sup> Así, también se asemejaron en sucumbir a las tentaciones del poder absoluto de que los alemanes gozaban en la Europa oriental ocupada. Una de las asesinas, Erna Petri, que entre 1942 y 1944 dirigió, junto con su esposo, una hacienda confiscada en la Polonia oriental, resumió muchos de los motivos que se interrelacionaban en su actuación cuando dijo, después de la guerra: «No quería quedarme por detrás de los hombres de las SS. Quería demostrarles que yo, como mujer, podía comportarme como un hombre. Así que fusilé a cuatro judíos y a seis niños judíos. Quería demostrar mi valía ante los

hombres. Además, en aquellos días y en esa región, se oía por todas partes que se estaba fusilando a las personas y los niños judíos, lo que también me hizo matarlos». <sup>63</sup>

Cuando fallaban todos los impulsos de actuar en conformidad con los demás, cuando de un modo u otro las expresiones de solidaridad y simpatía humana acababan por imponerse en los alemanes uniformados, entonces el régimen nazi replicaba con violencia. Desligarse de los asesinatos se consideraba una debilidad comprensible, y un oficial alemán podía argumentar con éxito —como el comandante Karl Plagge, desde su posición como jefe de un centro de reparación de vehículos militares de Vilna— <sup>64</sup> que era necesario para las fuerzas armadas preservar con vida, por el momento, a los trabajadores judíos y sus familias. Pero ayudar directamente a los judíos constituía un sabotaje castigado con la muerte. Así, el 9 de abril de 1942, Anton Schmidt, de cuarenta y dos años, que formaba parte de un batallón de *Landeschützen* (cuyos miembros solían desempeñar labores de suministro y administración en la retaguardia) escribió una carta de despedida para su esposa poco antes de ser ejecutado en Vilna. <sup>65</sup> En ella le contaba que, conmocionado por las masacres que había presenciado allí —incluido el asesinato de bebés a los que se lanzaba contra troncos de árboles—, había usado su posición como líder de un punto de reunión de rezagados, durante el otoño de 1941, para facilitar que más de un centenar de judíos huyeran del gueto de la ciudad (un estudio de posguerra determinó que era probable que la cifra real ascendiera a más de 300 personas). Tras ser descubierto en enero de 1942, fue sometido a un consejo de guerra. «Ya sabes que soy blando de corazón», le dijo a su esposa, y añadió que «en mi sala hay seis hombres de entre diecisiete y veintitrés años con el mismo destino. Condenados por desertión y cobardía frente al enemigo. Los judíos también son el enemigo; eso es lo que hay». Aunque esta clase de resultados fueron raros, la simple posibilidad de que se dieran inhibía los sentimientos de humanidad de los alemanes en campaña. <sup>66</sup>

Mientras que, en el caso de los alemanes subordinados, la explicación más convincente de su disposición a tratar a los judíos con crueldad combina elementos situacionales y volitivos, no cabe decir lo mismo de los personajes de primer nivel que diseñaron la Solución Final y dieron las órdenes

necesarias. Hace cincuenta años, Hannah Arendt intentó usar la figura de Adolf Eichmann para argumentar que los cabecillas fueron burócratas sin personalidad —en sus palabras, «irreflexivos»— que no actuaban por convicción ideológica, sino por ambición personal, y representaban con ello lo que la autora denominó «la banalidad del mal». Casi ningún historiador da crédito a sus palabras, en la actualidad. Según escribió Tom Segev en su estudio sobre los comandantes de los campos de concentración, *Soldiers of Evil* («Soldados del mal», 1987), no los caracterizó la banalidad «sino más bien la identificación interior con el mal».<sup>67</sup>

Varios estudios prosopográficos (biografías colectivas) realizados con detalle han demostrado que, a este nivel, casi todos los perpetradores habían recibido una educación cuidadosa, eran defensores entusiastas y conscientes del asesinato y creían genuinamente en la ideología nazi. El libro más potente a este respecto es *An Uncompromising Generation*, de Michael Wildt (2009). El título inglés nos habla de una «generación intransigente», pero no traduce adecuadamente el alemán *Generation des Unbedingten*, que podríamos verter más bien como «La generación sin límites (sin restricciones)». Wildt examinó la trayectoria vital de 221 personas que ocuparon puestos destacados en la RSHA —la oficina de las SS que tuvo más responsabilidad en el desarrollo del Holocausto— o bien de 1939 a 1941, cuando la organización adquirió forma, o bien, en un período posterior, durante al menos dieciocho meses. Halló que el 60 % había nacido entre 1900 y 1910, y otro 17 % era aún más joven;<sup>68</sup> durante el Holocausto, por lo tanto, la mayoría estaba en la treintena (a lo sumo, la cuarentena). A este respecto, no eran distintos a sus líderes más destacados: Heinrich Himmler —al que un estudioso ha calificado como el «arquitecto del genocidio»— había nacido en 1900, al igual que Rudolf Höss, que fue comandante de Auschwitz durante la mayor parte de la existencia del campo; Ernst Kaltenbrunner, jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich de 1943 a 1945, vino al mundo en 1930; Reinhard Heydrich, el predecesor de Kaltenbrunner, que puso en marcha la Solución Final, en 1904; Adolf Eichmann, que organizó muchos de los trenes de las deportaciones, en 1906; y Joseph Mengele, el médico que decidía si el destino inmediato de los que llegaban a Auschwitz era vivir o morir, y que usó a los internos para realizar experimentos médicos crueles, nació en 1911.

De un modo similar, los 121 participantes de la Acción T4 que luego trabajaron en los campos de Reinhard eran llamativamente jóvenes: más del 83 % había venido al mundo entre 1900 y 1914.<sup>69</sup>

En su mayoría, los líderes de la RSHA eran jóvenes en formación, con capacidad de ascender, ansiosos por demostrar su valía, dejar una huella propia y marcar una diferencia. Por lo general recibieron una educación muy esmerada: un tercio contaba con doctorados, al igual que los cuatro comandantes de los primeros *Einsatzgruppen*, y muchos habían estudiado en las mejores universidades de Alemania, en especial Heidelberg, Leipzig y Tubinga. En su mayoría contaban con un largo historial —que se inició ya en los años de estudio universitario, en la década de 1920— de participación en actos políticos violentos, antisemitas y de nacionalismo extremo; la mayoría también se había empeñado en rehacer el mundo vengando los supuestos agravios cometidos contra Alemania.<sup>70</sup> Caracterizados por una percepción romántica de la guerra y el deseo de actuar, se consideraban llamados a una misión que desdeñaba el sentimentalismo. Calificaban todas las formas de empatía humana de *Gefühlsduselei* o «sensiblería», pero la traducción literal de esta palabra —«rociado de sentimientos»— ya nos da una medida de su desprecio. Sabían exactamente qué hacían y tenían una fe ciega en su visión exclusivamente germanocéntrica de la redención nacional por medio de la venganza y la limpieza racial. Aunque la plantilla de la T4 solía proceder de puntos más bajos de la escala social, también se trataba de un grupo sumamente adoctrinado.<sup>71</sup>

A esta mezcla de idealismo y voluntad de medrar, los hombres de la RSHA y la T4 le añadieron una forma implacable de profesionalismo: la resolución de hacer bien su trabajo, costara lo que costase. En alemán, para decir que alguien actúa sin pararse en barras se dice que esa persona *geht über Leichen*, «camina sobre cadáveres», lo que en el caso de estos hombres fue verdad tanto figurada como literalmente. El lenguaje del «deber» les resultó muy conveniente; en su nombre, casi todo era justificable, mientras fuese de provecho para el *Volk* alemán. Invocar el deber no solo les libraba de la responsabilidad personal, sino que convertía el asesinato en una misión superior; superior, porque también afirmaban que la expansión oriental del Reich formaba parte de un proceso civilizador que expandiría la cultura

europea a expensas de un Asia supuestamente bárbara. En cierta ocasión, Hitler calificó la Europa oriental como «nuestra India»<sup>72</sup> y, con mayor frecuencia, comparó la expansión de Alemania por el este con la de Estados Unidos hacia el oeste.<sup>73</sup> En la cúpula de la RSHA se creía plenamente en esta visión misionera aunque, para hacerla realidad, hubiera que matar a millones de personas.

En suma, la mayoría de los perpetradores del Holocausto encajan en un modelo de jóvenes nacionalistas y de inspiración militar que aprovecharon las ocasiones de medrar y realizarse que crearon tanto el enorme incremento de las filas de las SS a finales de la década de 1930, en especial cuando absorbió la policía, como la expansión alemana. Además, un porcentaje desproporcionado era original de zonas que el Reich había perdido tras la primera guerra mundial, o bien de zonas fronterizas, es decir: de entornos con especial sentimiento de competencia y conciencia nacional. Casi todos conocían la violencia política; casi ninguno era un simple recluta. Según ha resumido los datos disponibles el sociólogo Michael Mann: «en buena parte el genocidio nazi ... lo llevaron a término nazis ideológicos y experimentados ... En su mayoría, los implicados en los asesinatos sabían qué estaban haciendo [y], en buena parte, creían que eso era en efecto lo que había que hacer».<sup>74</sup>

El fanatismo fue especialmente característico de los perpetradores principales, es decir, Himmler, Heydrich, Eichmann, Höss, Kaltenbrunner y dos hombres a los que aún no se ha mencionado: Oswald Pohl y Hans Kammler, jefes de la WVHA (Oficina Central de Economía y Administración de las SS), el departamento que dirigía el sistema de trabajo esclavo de los nazis. Heinrich Himmler ascendió al poder y lo ejerció como personificación del lema de las SS: «*Meine Ehre heißt Treue*» (literalmente, «Mi honor se llama lealtad»). Aunque se sumó al partido antes del *Putsch* de la Cervecería, de 1923, y ya se había embebido de la mezcla de romanticismo —en la concepción de Alemania— y hostilidad —contra los extranjeros, judíos e izquierdistas— que caracterizaba al movimiento, al principio se hallaba más cerca de otros primeros líderes del nazismo que de Hitler. Sin embargo, tras ser nombrado jefe de la guardia personal del Führer, en 1929, Himmler se convirtió en el agente de confianza de Hitler a la hora de batallar sin piedad

con aquellas personas o grupos que el nazismo definía como enemigos. En consecuencia, la principal pista documental que liga a Hitler con el Holocausto se halla en las agendas de Himmler entre 1938 y 1942, que ponen de manifiesto hasta qué punto los momentos de radicalización de la política nazi contra los judíos se produjeron a continuación de reuniones de los dos. Casi todo el mundo que conoció a Himmler —o que desde entonces ha escrito sobre él— ha destacado su apariencia poco atractiva y personalidad anodina. Era un hombre bajo, corto de vista y nada atlético, que difícilmente podía encarnar el ideal nazi; según comentó en cierta ocasión un *Gauleiter*, «si yo tuviera su aspecto, no me atrevería a hablar de la raza».<sup>75</sup> Sin embargo, por debajo de ese exterior convivían dos rasgos motores, en apariencia contradictorios, que también llamaron la atención de la mayoría de los observadores: por un lado, estaba absorbido por un mundo fantástico —creía en la astrología y el poder de las hierbas, se complacía en los ritos con antorchas, estaba convencido de ser la reencarnación del emperador alemán Enrique I («el Pajarero», fallecido en 936) y soñaba con poblar el este colonizado con asentamientos interconectados de soldados teutónicos (*Wehrbauern*, literalmente «campesinos soldados»)— y por otro, prestaba una atención meticulosa a los detalles prácticos de la burocracia. La combinación favoreció su «éxito» como asesino de masas. Exigía que su sueño de la supremacía aria se convirtiera en realidad de forma sistematizada, completa e «implacable», y esta exigencia animó las organizaciones que le estaban subordinadas: las SS, la RSHA, la policía alemana, los *Einsatzgruppen* y todos los elementos de apoyo.

Reinhard Heydrich, para ser uno de sus líderes principales, llegó al Partido Nazi relativamente tarde. En un principio desarrolló una carrera naval que se vio truncada por un consejo de guerra por haber roto una promesa de matrimonio; la familia de la nueva mujer tenía contactos poderosos, pero el factor decisivo para que lo expulsaran de la Armada fue la arrogancia que exhibió ante el tribunal. Aunque en la década de 1920 había participado en grupos de orientación nacionalista conservadora, su nueva prometida —que lucía el profético nombre de Lina von Osten: «Lina del Este»— lo instó a sumarse al Partido Nazi y a las SS, lo que hizo desde 1931. Físicamente, era un modelo de las SS: alto, rubio, de ojos azules, de rostro largo y delgado,

atlético y elegante de porte. Según escribió uno de sus biógrafos: «[s]i el nacionalsocialismo se hubiera contemplado en un espejo, este le habría devuelto la imagen de Reinhard Heydrich». <sup>76</sup> En el campo emocional también encajaba a la perfección en el molde: era un hombre duro, ambicioso, resuelto y tenaz, que no descansaba hasta conseguir sus fines ni se arredraba frente al riesgo. Su adjetivo predilecto era *unerhört* («inaudito, sin precedentes») <sup>77</sup> y se esforzó por hacer que sus acciones merecieran ese calificativo. Carl Jacob Burckhardt, el diplomático e historiador suizo, aseveró tras conocerlo que Heydrich era un «joven y maligno dios de la muerte». En su funeral —después de que la resistencia checa lo asesinara en 1942—, Hitler lo describió como «el hombre con el corazón de hierro». <sup>78</sup>

El carácter evidentemente orgulloso y despiadado de Heydrich se intensificó a medida que el tiempo pasaba, probablemente para compensar no solo el hecho de haber entrado tarde en el partido y tras una expulsión escandalosa de la Marina, sino también los rumores persistentes (que se demostró que eran falsos, pero en 1932 condujeron a una humillante investigación interna de los nazis) de que su madre era de origen judío. Estos impulsos, junto con su buena amistad personal con Himmler y su notable talento organizativo, lo convirtieron en un ejecutor letal de la ideología nazi. Encarnó totalmente la creencia nazi de que solo los alemanes importaban; cualquier otra persona quedaba fuera de su universo moral y era prescindible. Algunos biógrafos han sostenido que adoptó la ideología nazi como simple vehículo de sus ansias de poder, pero es un argumento simplista: su convicción era genuina, al igual que su adicción emocional a la violencia y la vida militar. También era genuina su convicción —típica entre los perpetradores nazis— de ser una persona inocente, alta de miras, que se sacrificaba a sí misma para hacer realidad las tareas que se le asignaban. Se cuenta que le dijo a su mujer: «Me siento libre de toda culpa. Yo solo me pongo a disposición; otros persiguen objetivos egoístas». <sup>79</sup>

Adolf Eichmann, en ciertos aspectos, era una figura más bien patética —lo que no obstó a que fuera extraordinariamente destructiva—. Su familia se mudó a Austria desde una ciudad industrial próxima a Düsseldorf, en 1913, cuando contaba siete años, y nunca logró un título secundario, ni universitario ni vocacional. Gracias a la ayuda de los contactos empresariales de su padre y

de los parientes judíos de su madre, encontró trabajo como comercial, primero de una compañía eléctrica y luego de una petrolífera; pero perdió el puesto en marzo de 1933, durante la Depresión. Para entonces ya se había incorporado al Partido Nazi, en buena medida a instancias de su entorno protestante y pangermánico; la nueva afiliación le hizo regresar a Alemania después de que el gobierno austríaco actuara contra los nazis a mediados de 1933. Aquí se ofreció voluntario para el SD, el servicio de seguridad de las SS que Heydrich había puesto en marcha unos años atrás, y se le encargó tener controlados a los masones de Alemania. En 1935 pasó al Departamento Judío del SD, y para 1938 estaba al cargo de la agencia de Viena encargada de expulsar a los judíos de la ciudad y confiscar sus propiedades. En 1939 asumió la responsabilidad de llevar los asuntos judíos dentro de la RSHA, más la tarea de organizar las deportaciones de los polacos y judíos que Himmler quería trasladar de la Polonia anexionada al Gobierno General. Más adelante su cartera incluyó también el transporte a los guetos o los campos de exterminio de todos los judíos de Europa, salvo los que ya estaban dentro del Gobierno General; de ello se encargaba otro oficial de las SS, Hermann (Hans) Höfle.<sup>80</sup>

Cuando Hannah Arendt describió a Eichmann como una personificación de la «banalidad del mal» —el burócrata sin convicciones que no veía diferencia alguna entre transportar mercancías y transportar personas—, dio crédito a la tapadera que aquel se había ido construyendo en preparación del juicio, durante su celebración —tuvo lugar en Jerusalén, en 1961— y *a posteriori*; Eichmann era consciente de que a lo sumo podía alegar que él era una simple ruedecilla de la maquinaria, alguien que había obedecido mecánicamente órdenes a las que no se podía resistir. En realidad, durante los años treinta ya había llegado al convencimiento de que Alemania debía combatir contra los judíos.<sup>81</sup> Desde la conquista de Polonia, la idea se afianzó como prontitud para matar y luego como determinación de hacerlo; en noviembre de 1944 el odio era tan intenso que Eichmann pasó por alto una orden directa de Himmler, que mandaba parar las nuevas deportaciones de Hungría. Gracias a las diligentes investigaciones de Bettina Stangneth —que examinó las numerosas declaraciones documentadas de Eichmann a otros nazis y simpatizantes mientras se ocultaba en Argentina, entre 1950 y 1960, y

las reunió en *Eichmann Before Jerusalem* («Eichmann antes de Jerusalén», 2014), sabemos que contemplaba con orgullo sus años de servicio pasado en las SS y que no los describía como el desempeño concienzudo de un funcionario responsable, sino como actos de defensa creativa y enérgica de su nación contra los ataques de los pérfidos judíos.<sup>82</sup> El antisemitismo le sirvió para hacer carrera, pero era mucho más que eso.

Rudolf Höss era una persona bastante distinta a los anteriores, y quizá el único, entre los perpetradores principales, que de veras recuerda a la imagen de Arendt del nazi como «irreflexivo» asesino de oficina. Höss procedía de una familia muy religiosa y se sintió atraído por la vida militar porque la camaradería era un antídoto contra su educación solitaria y su temperamento. Tras prestar servicio en la primera guerra mundial, cuando aún era tan solo un adolescente, se sumó a una unidad paramilitar derechista, lo atraparon relacionado con el asesinato de un camarada, pasó cinco años en la cárcel y salió en 1928, perdido y a la deriva. Con la esperanza de gestionar una granja, se unió a un grupo agrícola de tendencia mística, los Artamanes, donde conoció a Heinrich Himmler. En 1934, por invitación de este, se incorporó a las SS y el trabajo en los campos de concentración, que ofrecía el atractivo de una vida casi militar. Una vez dentro, Höss procuró medrar cumpliendo cualquier cosa que se le encargara, de cualquier tipo. A lo largo de toda su carrera no dejó de ser el hombre de Himmler, entre otras cosas porque Höss provocaba mucho desagrado entre la jerarquía del sistema de los campos.

Uno de sus biógrafos lo calificó de «funcionario en el sentido funcional de la palabra»: un hombre tan vacío que solo hallaba sentido en cumplir instrucciones y servir los valores que otros creaban para él.<sup>83</sup> Fue un monumento a lo que en alemán se denominan «virtudes secundarias»: actuación desinteresada, lealtad, diligencia, ayuda y orden, sin reflexionar sobre los fines a los que se aplicaban. En una sucesión de puestos de mando en los campos, que culminó en Auschwitz, Höss no demostró que causar sufrimiento le produjera ni placer ni incomodidad. Si sus múltiples víctimas merecieron el destino que corrieron era algo que, como él mismo reconoció con palabras tan culpables como devastadoras, «no se había parado a pensar mucho». Solo le interesaba el deber, y por eso al final se retrató a sí mismo —y no a las personas que había matado— como una víctima del destino que

lo había situado en el papel de comandante del campo de Auschwitz. Ninguno de estos comentarios significa que Höss fuera un robot. Dentro de los parámetros normativos dados, actuó con energía e inventiva. Sin embargo, no parece que actuara con más fin que el de complacer a los superiores y hacer realidad lo que se le encomendaba.

Ernst Kaltenbrunner —que heredó las ideas políticas, incluido un antisemitismo tan intenso como expreso, de un padre de extrema derecha— se sumó al Partido Nazi en 1930, ocho años antes de que su Austria natal fuera anexionada por el Reich, y a las SS en 1931. Al cabo de poco reclutó a Adolf Eichmann y pasó la década peleándose con oponentes políticos y agitando en beneficio de la *Anschluss*. Una vez lograda la anexión, fue jefe de las SS y la policía en Viena, de 1938 a 1943, cuando sucedió a Heydrich en la jefatura de la Oficina Central de Seguridad del Reich. Kaltenbrunner solía referirse a Himmler como su *Übervater*,<sup>84</sup> esto es: la figura ideal y modélica. Después de la guerra, Kaltenbrunner todavía dio rienda suelta a su nazismo ferviente al aseverar que el partido presentaba «una concepción del mundo que abarcaba la vida al completo», que la idea de raza constituía «el componente básico de la humanidad, de inspiración divina» y que los judíos, en especial en la Europa oriental, eran «en verdad el único estrato con la intelectualidad suficiente para proporcionar al enemigo los agentes precisos para ejecutar sus planes».<sup>85</sup>

Las dos últimas figuras de esta galería de canallas, Oswald Pohl y Hans Kammler, dirigieron el letal sistema del trabajo esclavo; el primero era responsable de la administración y la economía, el segundo de la ingeniería y la construcción.<sup>86</sup> Los dos eran veteranos de las formaciones paramilitares derechistas y los dos se habían unido al Partido Nazi antes de que Hitler fuera elegido canciller, en 1933. Albergaban sueños de crear un imperio industrial que generase el material de construcción preciso para la colosal expresión arquitectónica de la nueva Alemania; muebles y adornos para los colonos alemanes de los territorios orientales conquistados; y carreteras para enlazarlos. Con todo ello esperaban contribuir a la transformación demográfica de Europa y la creación de un nuevo sector económico de propiedad estatal. Como los demás asesinos descritos más arriba, Pohl y Kammler, movidos por su ideología, confiaban en crear un Nuevo Orden nazi

marcado por el espíritu del activismo y los «ideales» de la supremacía racial. Ninguno mostró ninguna vacilación a la hora de cumplir con las instrucciones de Himmler: hacer trabajar a los esclavos de los campos de concentración como si fueran los esclavos de un faraón.

Quizá el rasgo más llamativo de la mentalidad de los perpetradores nazis fue su capacidad de engañarse a sí mismos, de distraerse de lo que de hecho hacían dándole un nombre distinto. Estos criminales nunca admitieron que torturaban y masacraban: afirmaban estar sirviendo a un propósito santificado que los inmunizaba frente a las acusaciones de inmoralidad. El modelo perfecto de esta posición fue el discurso de Himmler ante los comandantes de las SS reunidos en Posen en noviembre de 1943.<sup>87</sup> Allí resumió con brusquedad la filosofía de las SS: «debemos ser honrados, decentes, leales y buenos camaradas con los que pertenecen a nuestra sangre, y con nadie más». Felicitó a sus hombres por haber vadeado entre la sangre «sin perder la decencia». Se refirió a sus hazañas como «una página de gloria inenarrable» de la historia de Alemania. Por descontado, no solo afirmaba que el fin justificaba los medios; además felicitaba a sus subordinados porque eran capaces de «atarse los machos» y hacer lo que había que hacer; los estaba elogiando por comprender que «todo pasa por la victoria». Relacionar su lenguaje con el de nuestra época nos recuerda que esta clase de pensamiento egoísta, descontrolado y sin principios, es muy común en nuestro mundo. Quizá Stanley Milgram y Philip Zimbardo tenían razón, a la postre, cuando sugirieron que «¿Cómo pudo la gente hacer cosas así?» es una pregunta ingenua.

Una nación no es tan solo lo que hace —escribió en 1934 el gran satírico alemán Kurt Tucholsky—, sino también lo que soporta.<sup>88</sup> ¿Qué podemos decir sobre los alemanes corrientes que no ejecutaron ninguna matanza directamente, pero fueron testigos de las deportaciones, a veces las fotografiaron para la historia local, a menudo se apoderaron de las propiedades de los expulsados, y tuvieron noticia de los rumores sobre el destino que corrían no solo los judíos de Alemania, sino también los del este? ¿Qué sabían sobre los asesinatos y cómo respondieron? Que los *Einsatzgruppen*, la *Ordnungspolizei*, los auxiliares extranjeros y el ejército alemán obligaban a cavar la propia fosa a los que luego fusilaban era un

hecho muy conocido gracias a las cartas que se enviaban a casa y las visitas de los soldados de permiso. De hecho, la información era tan abundante que, a medida que pasaba el tiempo, cada vez era más habitual que los alemanes expresaran temor ante las represalias o la venganza que contaban que sufrirían cuando las tornas de la guerra cambiaran.<sup>89</sup> Como expresión representativa de este punto de vista —y de un conocimiento algo más complejo— destacaré aquí un pasaje del diario de Curt Prüfer, un diplomático antisemita, medio retirado, que había adquirido propiedades de los judíos. El 22 de noviembre de 1942 escribió lo siguiente (en su mayor parte en francés, como si quisiera ocultar lo que decía): «Hombres, mujeres y niños han sido masacrados en gran número con gas tóxico o ametralladoras. El odio que esto, inevitablemente, acarreará no se va a apaciguar nunca. Hoy hasta el niño más pequeño lo sabe, con todo lujo de detalles».<sup>90</sup> Ya en marzo de aquel año, el diarista Victor Klemperer, desde su aislamiento, apuntó que le habían hablado de un lugar llamado Auschwitz, donde se hacía trabajar a los judíos hasta una muerte pronta; en octubre ya podía describirlo como un «matadero que funciona a toda máquina». Entre tanto, en abril de 1942 había escrito que su esposa había oído contar, de boca de un testigo, el asesinato masivo de judíos de Kiev, lo que hacía referencia a la masacre de Babi Yar, ocurrida siete meses atrás. Varios meses antes de que Alemania se rindiera, Klemperer, que de nuevo se limitaba a contar lo que sus vecinos «arios» le habían dicho, sabía incluso el total aproximado de víctimas del Holocausto; el 24 de noviembre de 1944 escribió en su diario: «han masacrado (más exactamente: fusilado y gaseado) a entre seis y siete millones de judíos».<sup>91</sup>

En Alemania se tenía un conocimiento general del Holocausto, porque, según ha apuntado con perspicacia Peter Fritzsche: «los nazis querían manejar los hechos, pero no ocultarlos del todo».<sup>92</sup> A fin de cuentas, Goebbels había anunciado en el semanario *Das Reich*, el 16 de noviembre de 1941, que «la judería internacional ... está siendo devorado poco a poco por el mismo proceso de exterminio que aquella deseaba para nosotros». El 30 de abril de 1942, el *Völkischer Beobachter*, portavoz oficial del Partido Nazi, recogió «el rumor» de que «en los territorios ocupados la policía de seguridad tenía la tarea de exterminar a los judíos. Se los reunía por miles y fusilaba; antes tenían que cavar sus propias tumbas».<sup>93</sup> Hitler recordó a los alemanes

que había profetizado que una guerra mundial acarrearía la aniquilación de los judíos, y lo hizo en no menos de siete grandes discursos: el 30 de enero de 1941; el 30 de enero, 24 de febrero, 1 de octubre y 8 de noviembre de 1942; el 25 de febrero de 1943, y el 1 de enero de 1945.<sup>94</sup> Según el recuento de un experto, durante la guerra el Führer se refirió a la destrucción total de los judíos en un mínimo de doce pronunciamientos o discursos públicos. Si estas revelaciones parciales tenían un propósito, era asegurar la lealtad recordando a los alemanes su complicidad: como habían tolerado esa brutalidad, ya solo podían esperar venganza, de modo que más les valía luchar con uñas y dientes para mantener al Tercer Reich.<sup>95</sup> La estrategia, en su mayor parte, resultó.

Supieran cuanto supiesen, entre los alemanes la voluntad general de ayudar a los judíos fue extraordinariamente limitada. A los judíos que pasaban a la clandestinidad —que se negaban a presentarse en el punto de encuentro de la deportación e intentaban sobrevivir en el Reich ocultando su identidad— se los denominaba *U-boote*, «submarinos». Quizá unas 10.000 personas intentaron resistir por la vía de burlar a los nazis, cerca de la mitad en la ciudad de Berlín; tanto aquí como en el conjunto de la nación, entre el 30 % y el 50 % logró subsistir hasta 1945. La tasa de mortalidad fue elevada, y el número de implicados, escaso. Pero cada persona que en efecto sobrevivió, en un momento u otro tuvo que recibir ayuda de una cantidad notable de alemanes. A veces el respaldo era activo, por ejemplo al proporcionar documentos de identidad falsos u ofrecer un lugar en el que vivir; a veces era pasivo, como cuando alguien reconocía a un *U-boot* en la calle pero no lo denunciaba. Konrad Latte, cuyos padres se habían convertido al protestantismo, vivió como «submarino» de marzo de 1943 a mayo de 1945. Falleció en 2005, y antes de su muerte enumeró a cincuenta personas que lo habían protegido de una forma u otra, de las cuales tan solo se atrapó y castigó a una.<sup>96</sup> Arthur Arndt, un médico judío que se escondió con su mujer y dos hijos en Berlín, mencionó exactamente el mismo número de no judíos a los que la familia debió el hecho de sobrevivir. Max Krakauer, otro *U-boot* que tuvo éxito, elevó su cifra particular a sesenta y seis.<sup>97</sup>

A pesar de lo anterior, esta clase de comportamiento heroico fue muy raro. Esto lo hace digno de admirar, pero a la vez supone un reproche permanente a la actitud general de la población alemana, que hasta el final mismo de la guerra solo contempló la persecución de los judíos a través de la lente interesada del beneficio —o el castigo— que era probable que los alemanes recibieran a cambio. Hasta que el Reich empezó a quedar cercado en todos los frentes, en 1944, los beneficios eran muy superiores a los costes potenciales, porque los alemanes sacaron partido del Holocausto de múltiples maneras: desde los ingresos que el gobierno obtenía con el expolio de los metales preciosos de los judíos hasta la distribución de sus muebles entre los ciudadanos del Reich que habían sufrido daños por los bombardeos. En Hamburgo, tan solo de 1941 a 1943, las autoridades subastaron unos 4.000 contenedores cargados de bienes de los judíos que habían emigrado, y el estado nazi recaudó con ello 7,2 millones de marcos. Entre 1942 y 1943, desembarcaron en la misma ciudad portuaria alemana cuarenta y cinco barcos cargados con bienes de los judíos neerlandeses. Un estudioso alemán de la materia ha calculado que entre 1941 y 1945 «al menos cien mil» habitantes de la ciudad y sus alrededores compraron pertenencias confiscadas a los judíos.<sup>98</sup> Paralelamente, la ocupación de Europa generó enormes beneficios para los alemanes, en forma de comida y productos que las tropas enviaban desde el extranjero,<sup>99</sup> en su mayoría adquiridos por soldados que disponían de bastante moneda nacional, pero en parte robados. Esta clase de ventajas derivadas de la conquista y el asesinato contribuyeron en mucho a preservar la lealtad al régimen nazi hasta bien entrado 1945.

El hecho de que los judíos podían esperar muy poca ayuda efectiva de los alemanes de la calle lo demuestra un hecho que algunos autores citan como prueba no solo de lo contrario, sino también de las posibilidades de que la oposición popular modificase la política racial nazi. Sin duda, las protestas de la Rosenstrasse berlinesa, del 27 de febrero al 6 de marzo de 1943, constituyeron el único estallido de resistencia popular a las deportaciones de judíos en la historia de la Alemania nazi, pero los hechos no dieron tanto fruto como la leyenda sostiene. El desencadenante fue el impulso final de dejar Alemania prácticamente *judenrein* («limpia de judíos») deteniendo a todos los que desarrollaban trabajos forzosos, en su lugar de trabajo mismo, y

deportándolos a Auschwitz y Theresienstadt (salvo a los que formaban parte de matrimonios mixtos). En toda Alemania, las esposas judías de esos matrimonios que habían sido detenidas en las redadas de la Gestapo fueron liberadas inmediatamente; en Berlín fue el caso de más de las tres cuartas partes de las arrestadas. Pero las SS detuvieron a unos 2.000 hombres que se hallaban en la misma condición, en un edificio comunitario judío de la Rosenstrasse, en el centro de la ciudad; pretendían comprobar su estado marital con los archivos allí depositados e identificar a candidatos aptos para ser enviados en el futuro a otras instituciones judías próximas, como sustituto de los *Volljuden* («judíos puros») a los que el régimen pensaba deportar, como en efecto hizo, unas pocas semanas después. El proceso era lento y varios cientos de las esposas no judías de los arrestados, así como parientes políticas de estos, se congregaron con inquietud en los alrededores del edificio, buscando información sobre sus familiares. De vez en cuando se oía un grito que reclamaba su libertad, pero la mayoría, según una de las participantes, se limitó a «protestar en silencio» y desafiar los repetidos intentos de la policía de dispersar la multitud. Cuando el proceso se aceleró y las liberaciones se multiplicaron, la muchedumbre se fue reduciendo y el episodio llegó a su fin.

La protesta de la Rosenstrasse supuso un atrevimiento considerable por parte de las mujeres que la llevaron a cabo, pero debemos hacer énfasis en dos aspectos reveladores. Primero: se limitó a unos pocos cientos de personas emparentadas con el número relativamente escaso de hombres afectados, sin que se sumaran los demás «arios» ni la protesta se acompañara de ninguna forma de resistencia popular a la deportación simultánea de otros miles de judíos de Berlín y del Reich. En segundo lugar, la acción apenas logró proteger a unos hombres que las SS pensaban utilizar a corto plazo y eliminar más adelante. Con la excepción parcial de las esposas transferidas a las instituciones comunitarias judías, a lo largo de los meses siguientes los cónyuges judíos de los matrimonios mixtos quedaron sometidos a medidas cada vez más severas. Así, no se les permitió reincorporarse a las fábricas, se les condenó a los «trabajos manuales más duros», se les fue expulsando (junto con las esposas no judías) a las «casas de judíos» que iban quedando vacías, se les envió a campos de trabajo y, por último, se les incluyó en la

directiva de principios de 1945 que mandó a todos los mestizos de sangre judía (*Mischlinge*) a Theresienstadt.<sup>100</sup> Los datos estadísticos son incompletos, pero sugieren que, cuando terminó la guerra, más de la mitad de los matrimonios mixtos de 1943 había perecido.

Así pues, lejos de demostrar que la resistencia popular a la persecución nazi habría podido lograr mucho más de cuanto logró, el incidente de la Rosenstrasse puso de manifiesto que ni siquiera las protestas callejeras causaban impacto en la dirección o el rumbo de un régimen despiadado. Irónicamente, en la Alemania nazi, a veces el temor a la oposición popular contuvo al régimen —como claramente sucedió cuando Hitler y su entorno descartaron promulgar una ley que disolvía automáticamente todos los matrimonios mixtos—, pero la resistencia real, en la práctica, invitaba al Reich a seguir radicalizándose, no solo en Alemania sino también en los países ocupados.<sup>101</sup>

A medida que la segunda guerra mundial se acercaba a su fin, y que los frutos de la persecución pasaron a perjudicar a los alemanes, pocos se detuvieron a reflexionar sobre el horror que habían perpetrado. En su lugar centraron la atención en la supuesta injusticia de su propio padecimiento, ya fuera por las incursiones aéreas de los Aliados o como probable resultado de los crímenes del régimen, cuando las tropas enemigas se adentraran en el país con ánimo de venganza. La autocompasión y el victimismo que favorecieron el ascenso al poder de los nazis perduraron más que el nazismo.

## ESCLAVIZACIÓN

La forma más duradera y agónica del asesinato —aunque numéricamente menos letal que el gaseado y los fusilamientos— fue el sistema del trabajo esclavizado, que causó al menos medio millón de las muertes del Holocausto. ¿Por qué, y cómo, desarrollaron los nazis este sistema? ¿Por qué se molestaron en mantener con vida, al menos durante un período de tiempo, a algunos judíos? ¿Por qué trataron a estos trabajadores de una forma, en apariencia, tan contraproducente? Con respecto a estas preguntas, quizá se ha acumulado más confusión que con respecto a cualquier otro aspecto del

Holocausto. Es así por una razón irónica: muchos de los abogados que, en décadas recientes, se han empeñado en obtener una compensación para los antiguos trabajadores esclavos mancillaron una causa justa al tender a describir erróneamente cómo se puso en marcha el sistema y cuán provechoso resultó. El trabajo esclavo y el trabajo forzado eran dos partes de un mismo sistema.

Los trabajadores forzosos eran no judíos reclutados o detenidos en los países ocupados durante la segunda guerra mundial, a los que se trasladó a Alemania para que trajinaran a cambio de salarios irrisorios. A menudo, aunque no siempre, se les dio una alimentación y alojamiento deficientes y se los mantuvo segregados de la población alemana. El encargado de reunirlos y supervisarlos era un *Gauleiter* nazi llamado Fritz Sauckel. En 1942 representaban el 15 % de los trabajadores industriales de Alemania, una cifra que ascendió al 30 % en 1944; pero durante este período fueron entre el 20 % y el 50 % de la mano de obra en las empresas más grandes y de mayor importancia militar, y más de la mitad de los trabajadores agrícolas. En agosto de 1944, el colectivo estaba integrado por casi 1,3 millones de franceses, más de 580.000 italianos, casi 2,8 millones de ciudadanos soviéticos y casi 1,7 millones de polacos. El total ascendió a 6,8 millones a finales de 1944, pero en total, entre 1939 y 1945, 13 millones de personas hicieron trabajos forzosos en Alemania; 4,6 millones eran prisioneros de guerra y los otros 8,4 millones, civiles. Fue un sistema de explotación de dimensiones colosales.<sup>102</sup>

Los trabajadores esclavos, que en el conjunto de la segunda guerra mundial totalizaron cerca de 1,1 millón de personas —de las que a principios de 1945 aún se azacaban unos 714.000—, eran internos de guetos y campos de concentración, en su mayoría judíos, pero no siempre. De hecho, el porcentaje de no judíos ascendió durante el último año de guerra, en especial a medida que se trasladaba a mujeres de la Europa oriental a campos como Ravensbrück y Sachsenhausen, desde donde se las iba repartiendo por campos de trabajo. La Oficina Central de Economía y Administración de las SS supervisaba y controlaba a la mayoría de los trabajadores esclavos y luego los alquilaba a organismos estatales o industrias privadas, a un precio fijo por persona y día. En otras palabras: a ellos no se les pagaba, pero se pagaba por

ellos. Y, en contra de lo que la leyenda afirma, no necesariamente eran baratos.<sup>103</sup> En muchos casos, el coste de las SS era superior a lo que cobraría un obrero civil alemán, en particular un obrero de la construcción; e incluso cuando no era así, la productividad de los esclavos solía ser tan baja que tampoco compensaba, por bajo que fuera su coste. Tengamos en cuenta que pocos trabajadores esclavos habían desarrollado antes tareas manuales, menos aún en obras y construcciones. Todo esto era un estímulo perverso para que los empleadores economizaran en la comida y el alojamiento de los esclavos, los trataran con excesiva dureza y les prolongaran los turnos; como mínimo, mientras hubo trabajadores esclavos en abundancia para ir sustituyendo a los que morían a consecuencia del mal trato. A este respecto, el término de «trabajo esclavo» puede inducir a confusión. Un esclavo se compra y, por lo tanto, a su propietario le interesa, económicamente hablando, que sobreviva. Pero a los internos de los campos y guetos se les arrendaba por días. Salvo cuando eran mano de obra muy especializada, al empleador le daba igual que sobrevivieran más o menos tiempo; y si un trabajador flaqueaba, le bastaba con devolverlo al campo del que procedía y cambiarlo por otro más sano.

Para comprender qué diferencia suponía esto, veamos el destino comparado de los hombres y mujeres empleados como mano de obra esclava en la planta de la filial de Degussa en Gliwice (Alta Silesia) entre 1943 y 1945. Solo fallecieron dos mujeres de las 209 que formaban el personal; dos mujeres que se suicidaron cuando las SS asumieron la supervisión de los barracones donde residían, en 1944. En cambio, una parte muy elevada — probablemente, cerca de un tercio— de los más de 1.000 hombres a los que se obligó a trabajar aquí perdieron la vida. ¿Por qué?<sup>104</sup> Los varones trabajaban en tareas de construcción, y a la empresa no le interesaban, una vez que la planta se terminó; pero las mujeres eran indispensables para el proceso de manufactura, al menos mientras la guerra durase. Las estadísticas de supervivencia indican que la empresa mostró indiferencia por las condiciones de trabajo y la suerte que aguardaba a los hombres, pero sumo interés por preservar a las mujeres. Sin duda, las mujeres debieron contar con mejores alimentos y asistencia médica, porque las condiciones de trabajo en sí —los hombres realizaban trabajos pesados en el exterior, las mujeres, en el

interior, se dedicaban sobre todo a empaquetar la producción— no son suficientes para explicar la discrepancia en los índices de supervivencia. Un experto que ha analizado minuciosamente las tasas de mortalidad de los trabajadores esclavos ha llegado a la conclusión de que quienes trabajaban en proyectos de construcción tenían entre cinco y diez veces más probabilidades de morir que los empleados en líneas de montaje;<sup>105</sup> pero en Gliwice, la tasa masculina multiplica por 150 la femenina. Este ejemplo arroja luz sobre un modelo general: las empresas podían mejorar mucho las probabilidades de sobrevivir de sus trabajadores esclavizados, pero normalmente solo lo hacían si obtenían a cambio un beneficio.

¿Cómo y por qué se pusieron en marcha estos sistemas? El sistema del trabajo forzado se explica por las matemáticas de la población activa en Alemania durante la segunda guerra mundial:<sup>106</sup> el Reich llamó a las armas a once millones de hombres, y en 1939 el porcentaje de las mujeres alemanas que trabajaba fuera de casa ya era superior al que se alcanzó durante la guerra en Gran Bretaña y Estados Unidos, lo que suponía que la posibilidad de reemplazar a hombres con mujeres alemanas era relativamente escasa. Sin embargo, la guerra creó una demanda que exigía multiplicar por mucho la producción. Así, Alemania se enfrentaba a la alternativa de subcontratar fábricas en los territorios ocupados o importar obreros de reemplazo. En su mayoría, el Reich optó por la segunda solución, que lo protegía frente a sabotajes o la pérdida de los secretos industriales. El programa de trabajos forzados partía de dos precedentes de trabajo obligatorio en la Alemania nazi: primero, la recluta de alemanes sin empleo, así como de los empleados en fábricas próximas, para que formaran columnas de obra que tendieron las nuevas autopistas (*Autobahnen*) y las fortificaciones de la Renania (el *Westwall* o «muro occidental») en la década de 1930; segundo, el uso de prisioneros de guerra, ante todo polacos y franceses, como trabajadores de refuerzo, a partir de 1940.

El sistema del trabajo esclavo, por el contrario, hundía sus raíces tanto en el antisemitismo nazi —que afirmaba que los judíos rehuían la faena manual y, por lo tanto, había que obligarlos a hacerla— como en los intereses económicos de las SS, organización que aspiraba a la autonomía financiera. Tuvo dos precedentes. Primero, en abril de 1939, para el cumpleaños de

Hitler, el Reich inauguró un programa de trabajo obligatorio para todos los varones judíos alemanes.<sup>107</sup> Se suponía que los judíos —que no podían realizar otras labores remuneradas ni acceder al sistema de subsidios alemán— debían «ganarse la vida» en proyectos de construcción de carreteras y limpieza de calles, así como en tareas industriales privadas, en particular en la gran planta de Siemens en Berlín. En octubre de 1939, el régimen nazi hizo extensivo el programa a todos los judíos de Polonia;<sup>108</sup> muchos murieron cuando, sometidos a unos capataces brutales, se les obligó a dragar y redirigir ríos o construir carreteras y pistas de aviación. Dos de los posteriores campos de exterminio, Bełżec y Treblinka, empezaron siendo campos de trabajo para judíos; después de la partición de Polonia, se obligaba a los internos a cavar trampas anticarro y obrar otras fortificaciones a lo largo de la frontera próxima con la Unión Soviética. En segundo lugar, entre 1936 y 1939, las SS crearon una red propia que utilizaba el trabajo de reclusos de los campos para generar ingresos. La compañía matriz se llamaba Empresas Económicas Alemanas (en sus siglas, DWB). Entre sus filiales estaban los Talleres de Equipos Alemanes (DAW), que producían material bélico; por su parte, la Compañía Alemana de Áridos y Piedra (DEST) fabricaba ladrillos en la mayoría de los campos de Alemania y gestionaba la infame cantera de Mauthausen, en Austria, que proporcionó buena parte del material de construcción para los terrenos de los congresos del partido, en Núremberg.

Aunque estos fueron los precedentes, no fueron la causa directa de la colosal expansión del sistema de trabajo esclavo durante la segunda guerra mundial. Esta se puso en movimiento a partir de tres procesos. En primer lugar, el crecimiento de los guetos creó bolsas de mano de obra que atrajeron a empresas nazis y, al mismo tiempo, incentivó a los administradores nazis a desarrollar iniciativas con las que generar ingresos gracias a los guetos. En segundo lugar, en otoño de 1940 el Reich decidió construir una carretera en el sur de Polonia que enlazaría la *Autobahn* de Berlín a la Alta Silesia con la *Durchgangstrasse IV*: la autopista que preveían que, tras la invasión de la Unión Soviética, atravesaría Ucrania hasta llegar al mar Negro. Este fue el impulso para la creación de la Organización Schmelt (bautizada así por el oficial de las SS que la dirigía), que desarrolló el sistema de salarios, barracones, alimentación deficiente y malos tratos que más adelante

caracterizó en todas partes el programa del trabajo esclavo.<sup>109</sup> Un proyecto simultáneo que conectaba Berlín con Łódź representó la primera utilización de trabajo esclavo por parte de la industria privada alemana; en este caso, la empresa constructora Philipp Holzmann.<sup>110</sup> La ruta que atravesaba el sur de Polonia estimuló la expansión de los campos de Auschwitz y Majdanek, que debían proporcionar la mano de obra para la construcción. En la conferencia de Wannsee, cuando Heydrich habló de utilizar a judíos en buen estado de salud para construir carreteras en el este, tenía en la cabeza precisamente la Durchgangstrasse IV. La obra acabó consumiendo la vida de por lo menos 25.000 peones judíos, que debían afanarse sin ayuda de máquinas y recibían un trato brutal. En tercer lugar, a principios de 1941, dos de las mayores empresas del Reich, Volkswagen e IG Farben, que hasta entonces se habían negado a contratar internos de los campos, cambiaron de actitud.<sup>111</sup> Volkswagen acordó levantar un campo de concentración en los terrenos de la fábrica en Wolfsburgo, en el noroeste de Alemania, con el fin de construir una fundición de aluminio; Farben accedió a levantar una enorme planta de caucho sintético al este (y a escasa distancia) de la ciudad de Auschwitz y arrendar a reclusos para la construcción.

A partir de estos inicios relativamente menores, el uso del trabajo esclavo vivió una expansión acelerada, sobre todo desde septiembre de 1942, cuando las SS tiraron del ejemplo citado de Volkswagen y, en vez de limitarse a ofrecer a los presos para que produjeran en los campos y sus alrededores, optaron por establecer también nuevos emplazamientos como satélites de fábricas importantes. Los consumidores más voraces de trabajo esclavo fueron el Frente Oriental, para las instalaciones militares y la reconstrucción de fábricas; la costa francesa del Atlántico, donde los presos levantaron la mayoría de las defensas; la Alta Silesia, ubicación preferida de las nuevas plantas colosales de producción de combustible y caucho, porque los bombarderos aliados no podían alcanzarlas desde sus bases británicas; y el Proyecto Gigante (*Projekt Riese*), un laberinto de galerías subterráneas en los montes del Búho, en la Baja Silesia, que empezó siendo un posible gran cuartel general para Hitler, a prueba de bombas, y luego se transformó en líneas de producción militar.<sup>112</sup> En total, hubo decenas de miles de campos

de trabajo esclavizado en toda la Europa ocupada por los nazis, que se extendían desde la isla de Alderney, en el canal de la Mancha, hasta los extremos más orientales de la penetración alemana en la Unión Soviética.<sup>113</sup>

A pesar de sus dimensiones —o por eso mismo—, el sistema nunca fue eficaz ni estuvo bien gestionado. A la mitad de los internos de Auschwitz nunca se les llegó a asignar un trabajo.<sup>114</sup> Las compañías de las SS no dieron beneficios, ni por lo general tuvieron éxito en las empresas conjuntas que se levantaron dentro de los campos, en colaboración con compañías privadas, para producir equipos militares; aunque una de las iniciativas, relativa a la construcción de cazas en Flossenbürg, con Messerschmitt, sí dio ganancias y contribuyó al mejor rendimiento militar de Alemania.<sup>115</sup> Hasta finales de 1943 o principios de 1944, los trabajadores esclavos judíos no solían ser destinados dentro de la propia Alemania; los proyectos en los que intervinieron estaban en los territorios ocupados o anexionados —entre los reclusos que se habían proporcionado a Volkswagen en 1941 solo había unos pocos presos políticos judíos—, pero el régimen nazi modificó esta costumbre cuando la escasez de mano de obra se agravó y los bombardeos británicos y estadounidenses empezaron a hacer mella en el Reich. Este cambio de orientación tuvo consecuencias de calado para las perspectivas de supervivencia de los nuevos internos de Auschwitz. Hasta finales de 1943, el campo quería sobre todo hombres capaces de trabajar en la construcción, con lo cual se admitía al campo a menos mujeres que hombres. Al sumar lo anterior al hecho de que por lo general los transportes llevaban al campo a más mujeres que hombres, resultó que la tasa de mortalidad femenina, en el momento en que se decidía la admisión o el descarte, fue muy superior a la masculina. Desde finales de 1943, sin embargo, la demanda de mujeres para las líneas de montaje ascendió, con lo que el número de seleccionadas se igualó al de los hombres, y a veces incluso lo superó. En consecuencia, las jóvenes de Hungría que llegaron a Auschwitz en 1944 tuvieron más posibilidades de sobrevivir al campo que casi ningún otro grupo de judíos.<sup>116</sup>

Para tener una idea de los distintos horrores del sistema de trabajo esclavo, veamos dos ejemplos de la Polonia ocupada, dos fábricas que continuaron funcionando mucho después de que se hubiera liquidado la mayoría de las otras instalaciones que usaban judíos: Starachowice y

Skarżysko-Kamienna. Las dos estaban al sur de Radom, en el centro del Gobierno General, y las dos subsistieron porque producían munición. Ambas fábricas también compartían otro rasgo particular que resultó decisivo para la supervivencia de una parte de sus trabajadores esclavos: no estaban adscritas al sistema de campos de las SS, bajo la jurisdicción de la WVHA. Las dos estuvieron regidas en buena parte por gestores industriales pragmáticos, que se comportaban de un modo errático e impredecible pero, en su conjunto, con menos crueldad que las SS.

Starachowice empezó a funcionar como campo el 27 de noviembre de 1942, después de que se liquidaran los guetos de los alrededores, un proceso en el que dos tercios de los habitantes fueron enviados a morir en Treblinka y el otro tercio acabó en el nuevo campo, construido a toda prisa. La instalación duró veintiún meses, hasta el 28 de julio de 1944, con el traslado de los trabajadores a Auschwitz. Los turnos eran de ocho o doce horas, según la exigencia física de la tarea asignada, a lo que había que sumar el desplazamiento a pie desde el campo y de regreso. Las cuotas de producción eran elevadas, pero las condiciones laborales dependían sobremanera del carácter de los capataces, polacos o alemanes, que variaba tremendamente. El recuerdo principal de los supervivientes es la suciedad extrema. Otro ex interno contó que, al llegar al campo de Monowitz, junto a la fábrica de IG Farben en las cercanías de Auschwitz, este sitio infame le pareció mucho más limpio que Starachowice, donde había pasado meses enteros sin ducharse.<sup>117</sup>

Skarżysko-Kamienna funcionó entre abril de 1942 y agosto de 1944, en el lugar de varias antiguas plantas municioneras del estado Polaco, que habían pasado a manos de una empresa alemana del mismo sector, la Hugo Schneider AG (HASAG).<sup>118</sup> Unos 25.000 judíos pasaron por el campo durante su existencia, de los que perecieron unas cuatro quintas partes. Los reclusos trabajaban en dos turnos, de día y de noche, sin protecciones específicas ni las condiciones sanitarias adecuadas. En el departamento de proyectiles se exigía a las mujeres que cargaran hasta las máquinas de pulido 180 proyectiles de 4 kg de peso por hora, en turnos de diez horas; en otras palabras, tres proyectiles por minuto. En el de antiaéreos, los supervisores azotaban a los obreros que producían piezas defectuosas. En el de minas, los manipuladores debían introducir explosivos en los cartuchos con las manos

desnudas, sin guantes ni delantales. Los que trabajaban con ácido pícrico vieron que las manos se les ponían negras, y el pelo, verde; a los que manejaban TNT, la piel se les volvió de un color rosa rojizo. Mientras el TNT se preparaba, las mujeres debían remover la sustancia hirviendo a un ritmo de 1.800 vueltas por hora (21.600 vueltas en el turno de doce horas, que se hacía de pie). La comida constaba de la típica sopa aguada, sucedáneo de café y mendrugos. Los obreros calzaban zuecos de madera. En las literas no había colchones ni mantas y estaban infestadas de piojos. El tifus estaba descontrolado y cada semana se fusilaba a los presos más débiles, hasta la primavera de 1943, cuando los alemanes empezaron a inquietarse por la posibilidad de que se les acabaran. Pese a todo, el campo y sus fábricas siguieron funcionando, y algunos presos judíos conservaron la vida hasta que el ejército soviético hizo aparición por el horizonte, a finales de julio de 1944; en ese momento se mató a los enfermos y se envió a todos los demás a otras plantas de HASAG en Alemania. Este caso de supervivencia fue sumamente inusual, derivado del hecho de que ni siquiera Himmler pudo ordenar el asesinato de quienes, en 1944, producían un tercio de la munición de la infantería alemana.<sup>119</sup>

Desde finales de 1943, y con velocidad creciente durante 1944, los alemanes invirtieron la decisión de mantener a los judíos fuera del Reich y empezaron a traer a Alemania a un número cada vez mayor de internos de los campos de concentración. Como ejemplo del nuevo modelo destacaron las obras de Dora-Mittelbau, en los montes del Harz, donde se iban a producir cohetes V.<sup>120</sup> Sesenta mil prisioneros pasaron por esta instalación de 1943 a 1945; cuando acabó la guerra había muerto más del 40 %. Las SS instalaron una línea de montaje en dos grandes pozos que se habían estado perforando en el monte Kohnstein desde 1937, con el fin de crear un enorme sistema de almacenamiento de combustible de aviación. Los pozos no bajaban en línea recta, sino en forma de «S»; se extendían por aproximadamente 1,5 km, con unos nueve metros de anchura y unos siete de altura; distaban un centenar de metros uno del otro, y cada diez metros o así estaban conectados por ejes transversales menores, con un diseño final que recuerda a una escalera sinuosa. La idea original consistía en tender líneas de tren que bajaran a los pozos, situar los tanques de almacenamiento en los ejes transversales,

introducir los trenes en la montaña para llenar de combustible los vagones cisterna, y hacer salir los trenes por el otro lado. El concepto se prestaba fácilmente a transformarse en líneas de montaje de cohetes: las armas bajaban por la vía y los 20.000 componentes distintos necesarios, que se almacenaban en los ejes transversales, se aplicaban en sucesión. Sin embargo, solo uno de los ejes cruzaba la montaña por completo, hasta salir por el otro lado, de modo que el plan de la línea de montaje tuvo que modificarse un tanto. Aun así, la escala de esta instalación de producción subterránea era ingente: ocupaba una superficie de unos 100.000 m<sup>2</sup>.

El proyecto se inició en agosto de 1943, con mano de obra no judía que vino del campo de concentración de Buchenwald; en los primeros meses, el campo envió a otros 800 trabajadores adicionales por semana. Con una dieta escasa e insustancial, se alojaban en los ejes transversales, en espacios apestosos, polvorientos, atestados y llenos de piojos, donde nunca había silencio, porque la labor de montaje era continua, en dos turnos de doce horas. Los prisioneros no tenían equipo de seguridad ni apenas protección contra los brotes de enfermedades. En el interior de los ejes, el aire estaba enrarecido por la falta de oxígeno; el agua fría se acumulaba en el suelo y helaba las botas de los trabajadores; la temperatura interior nunca pasaba de los 15 °C. Cuando se inició la producción de los cohetes, en enero de 1944, el campo de Dora, adyacente a la planta, albergaba a más de 10.000 internos, de los que 4.000 trabajaban en los ejes. Durante los tres meses siguientes, elaboraron unos 300 cohetes, en su mayoría defectuosos por errores de diseño; el campo adquirió una reputación terrible por su elevada tasa de mortalidad. A principios de abril de 1944, cuando se habían solventado la mayor parte de los problemas de producción, había muerto el 34 % de la población total acumulada, que ascendía a unas 17.000 personas; es decir, casi 6.000 personas habían perdido la vida, a un ritmo que llegó a ser de 20 a 25 internos por día. Este índice de mortalidad fue el más elevado de todos los campos de concentración de la época. En los doce meses siguientes murieron otros 20.000 presos, con lo que la mortalidad global de cuantos montaron los cohetes V-1 y V-2 fue superior, en unos dos tercios, al número total de ciudadanos ingleses y belgas que estas armas mataron.<sup>121</sup>

Dora-Mittelbau fue el prototipo de lo que, en marzo de 1944, fue el programa «Grupo de Cazas» (*Jägerstab-Programm*), un intento colosal por enterrar las fábricas de armamento alemanas, para que los bombardeos aliados no pudieran dañarlas.<sup>122</sup> Hubo líneas de montaje y fábricas de motores de aviones Junkers que se instalaron en el extremo septentrional de los pozos de Mittelbau y en otras cuevas de los montes cercanos. En septiembre de 1944 trabajaban en estas plantas de la Alemania central 12.000 reclusos de Dora, entre los que ahora había también judíos húngaros; decenas de miles de jornaleros de otros campos abrían cuevas en las pronunciadas orillas del Rin o creaban y camuflaban hangares de hormigón en zonas despejadas del campo de Baviera. A medida que la mano de obra de Dora crecía, las SS crearon un nuevo campo de concentración que constaba de unos noventa edificios, junto al extremo meridional de uno de los túneles, donde a partir de septiembre de 1944 se concentró la producción de los cohetes V-1.

Nadie ha conseguido detallar con precisión el número total de personas que murieron por toda Alemania en este intento demencial de proteger las plantas de los bombardeos ni, de hecho, en el programa de trabajo esclavo en su conjunto. El mejor cálculo global habla de aproximadamente medio millón de personas. Sabemos que las tasas de mortalidad fluctuaron: fueron altas de 1942 a 1943, cuando los trabajadores parecían ser tan numerosos que se los consideraba casi de usar y tirar; cayeron en el período 1943-1944, y se elevaron de nuevo vertiginosamente con el programa *Jägerstab* y el hundimiento de Alemania.<sup>123</sup> El número de antiguos esclavos judíos que en 1945 seguía con vida quizá fuera muy bajo, de tan solo unos 150.000.

Se trató de un sistema estatal, y no, como a menudo se da a entender, impulsado por la codicia de las empresas privadas. La razón principal por la que estas solicitaban trabajadores esclavos fue la ausencia de formas alternativas de cumplir con objetivos de producción que iban al alza o, hacia el final de la guerra, de salvar la maquinaria con un traslado bajo tierra.<sup>124</sup> Por descontado, si Alemania se imponía en la contienda, las empresas esperaban salir ganando, al disponer de plantas nuevas que los trabajadores esclavos habían ayudado a construir. Pero por lo general los consejos corporativos ponían la vista en objetivos a más corto plazo: cumplir con su

deber nacional, proteger las posiciones políticas y de mercado, seguir produciendo. En Auschwitz, IG Farben siguió atada al uso de trabajo esclavo, pese a que los internos de los campos realizaban tan solo cerca del 15 % de las labores de construcción,<sup>125</sup> ante todo porque el coste era una forma camuflada de sobornar a las SS pensando en favores futuros. A la postre, muy pocas compañías ganaron mucho dinero con este sistema, para empezar porque buena parte de lo que se construyó se perdió en la guerra o *a posteriori*. Por ejemplo, la planta de IG Farben cerca de Auschwitz, y la de Degussa en Gliwice, produjeron solo durante unos pocos meses antes de que el Ejército Rojo las tomara. Así, el beneficiario último fue el estado comunista Polaco, que nacionalizó las fábricas desde 1945 y las mantuvo en funcionamiento hasta la caída del comunismo, en 1989.

En otras palabras, el uso de trabajadores esclavos por parte de las compañías alemanas fue criminal, pero a menudo no les aportó provecho económico. Quien más se benefició con el programa, como de la arianización en general, fue el estado Alemán,<sup>126</sup> que cobraba cuotas por el trabajo (un total de entre 600 y 700 millones de marcos, tan solo en el período 1943-1944),<sup>127</sup> encargaba la mayoría de los proyectos a los que se destinaba a esos trabajadores y, por último, consumía la mayor parte de los productos generados por ellos.

Probablemente, la fase más asesina del programa de trabajo esclavo fue la final: el intervalo comprendido entre enero y mayo de 1945, cuando la retirada del ejército alemán en todos los frentes movió al régimen a intentar salvar una parte de la mano de obra esclava, para lo que la obligó a marchar a pie de vuelta a Alemania. El proceso fue sumamente destructivo: en los últimos cinco meses de la segunda guerra mundial, costó la vida a cerca del 35 % de los forzados. A menudo, las columnas de prisioneros salían de los campos sin una idea clara de cómo llegar adonde se les había indicado, y a esta confusión se sumó la generada por el rápido movimiento de las fuerzas soviéticas u otros aliados, que a menudo bloqueaba vías de escape antes abiertas. En su mayoría, estas columnas de evacuación llevaban poca comida, y el calzado y la ropa eran del todo insuficientes para marchar en lo más duro del invierno. Las bajas fueron brutales, porque los guardias, aterrorizados ante la idea de caer en manos del enemigo por la lentitud de las columnas,

fusilaban a cualquiera que flaqueara o quedase rezagado. En la evacuación de Auschwitz, en enero de 1945, los presos tuvieron que atravesar más de cincuenta kilómetros de terreno nevado, por dos rutas posibles, hasta llegar a una línea de ferrocarril aceptable, donde, con temperaturas bajo cero, los hicieron subir a vagones de carga descubiertos. Sorprendentemente, la mortalidad de esta primera ronda de retirada fue relativamente baja: unas 7.000 personas del total de 56.000. Pero 15.000 de los supervivientes fueron al campo de Gross-Rosen, que se abandonó a su vez en febrero, y en esta segunda retirada el porcentaje de víctimas fue muy superior: quizá el 50 % de los 97.000 internos.<sup>128</sup>

Entre las más espantosas de las «marchas de la muerte» destacaron las que, en enero de 1945, partieron del campo de Stutthof, en la costa báltica, cerca de Dánzig. Unos 69.000 prisioneros —en su mayoría judíos, y más de la mitad, mujeres— salieron del campo en seis columnas de marcha, en la mañana del 25 de enero; cada preso llevaba tan solo 300 gramos de pan y 100 de margarina, y muchos iban descalzos. A los más afortunados, los atraparon los soviéticos; los demás marcharon hacia el oeste a lo largo de cientos de kilómetros, con columnas cada vez menos pobladas, o fueron asesinados con más rapidez. En Palmnicken, un pueblo situado al oeste de Königsberg, a unos 50 kilómetros, una columna de unos 3.000 prisioneros acampó durante varias noches en una fábrica; pero los guardias y el líder local del Partido Nazi decidieron que no querían que hubiera presos en la ciudad cuando llegaran los rusos, que les pisaban los talones. Así los alemanes hicieron que los reclusos —mujeres, en su mayoría— recorrieran unos cinco kilómetros hasta llegar a unos acantilados que se asomaban al Báltico, donde los ametrallaron para que cayeran a las aguas gélidas.<sup>129</sup>

Estas retiradas espeluznantes también tenían efectos secundarios calamitosos, porque a los pocos días, los campos que recibían a esta clase de grupos en retirada eran incapaces de alimentarlos o mantenerlos en general.<sup>130</sup> En el conjunto del sistema de los campos de concentración, se vino abajo toda apariencia de sustento o de condiciones sanitarias. De resultas, el personal de vigilancia de Neuengamme, que se vio abrumado, empezó a matar a los enfermos con inyecciones venenosas; al menos 8.000 perdieron la vida de este modo, de febrero a abril de 1945. En Dachau, las

condiciones se tornaron tan horrendas que, en febrero de aquel año, 4.000 internos sucumbieron al tifus. En Buchenwald, a los presos que llegaban de otros lugares se los apiñaba en el sector denominado «Campo Pequeño», cuya población pasó de 6.000 personas en enero a 17.000 en abril, pese a que en ese mismo período murieron 5.200 reclusos. En Ravensbrück, Sachsenhausen y Mauthausen, y posiblemente en Dachau, la respuesta fue crear cámaras de gas, o activar las cámaras pequeñas que la operación 14f13 había dejado, para eliminar a los internos enfermos, débiles o problemáticos. Entre febrero y abril de 1945 se asfixió en esos lugares a unos 10.000 prisioneros, en su mayoría con Zyklon, pero a algunos quizá en camiones de gas. El último gaseado del Holocausto se produjo en Mauthausen el 29 de abril, un día antes de que Hitler se suicidara.

Las condiciones más insostenibles fueron sin duda las de BergenBelsen, en el noroeste de Alemania, no lejos de Hannover.<sup>131</sup> Este campo, que había sido un centro de pequeño tamaño para judíos a los que se intercambiaba por alemanes apresados por los Aliados, pasó a contener 15.000 internos en noviembre de 1944, en su mayoría enfermos que otros campos no querían. El 31 de marzo de 1945, la población reclusa había ascendido a 44.060 personas, pese a que la mortalidad de las cuatro semanas precedentes había sido de entre 250 y 300 presos al día. A primeros de abril llegaron seis convoyes con unos 20.000 prisioneros de Dora-Mittelbau. En la medida en que los historiadores han podido reconstruir los archivos, en los últimos meses de la guerra murieron en Bergen-Belsen, por el hambre y las enfermedades, unas 35.000 personas. Este es un ejemplo de lo que tal vez podría calificarse de «aniquilación imprevista», salvo por el hecho de que la intencionalidad era innegable: lo más humano habría sido dejar a los presos en los campos que los Aliados iban capturando. La decisión de forzar su retirada en condiciones espantosas, e intentar mantenerlos bajo el propio control el mayor tiempo posible, fue en efecto asesina, y el número de muertes que causó fue aproximadamente similar al de la masacre de los judíos de Hungría, en la primavera de 1944.

Se trató de decisiones tomadas por Heinrich Himmler.<sup>132</sup> Hitler se había decantado por masacrar a todos los internos de los campos y dinamitar sus emplazamientos, pero los jefes de la WVHA —que, como división

económica de las SS, estaba entonces al cargo de la producción tanto de los aviones de reacción como de los cohetes V— querían conservar la fuente de mano de obra todo el tiempo posible; además, Himmler confiaba en mantener con vida a algunos judíos, como moneda de cambio en unas posibles negociaciones con los Aliados. Aunque durante los meses finales vaciló un tanto entre la preservación y la matanza, la evacuación era una forma de no descartar ninguno de los dos objetivos; cuando a mediados de abril dio instrucciones de que «ningún preso caiga con vida en manos del enemigo»,<sup>133</sup> dejó la decisión final en manos de los comandantes de los campos. No todos optaron por enviar a los reclusos a vagar por el territorio cada vez más reducido del Reich, pero la mayoría, sí.<sup>134</sup> Así, cuando Bergen-Belsen fue tomado por los británicos a mediados de abril, aún encontró su población de reclusos. En cambio, pocos días después de que Belsen cayera, los 48.000 internos de Buchenwald fueron enviados a Dachau y Flossenbürg, a pie o en trenes, y durante las tres semanas posteriores al menos un tercio de ellos perdieron la vida.<sup>135</sup> En Neuengamme las SS también empezaron a dispersar a los presos, y enviaron a unos 10.000 a la ciudad portuaria de Neustadt, donde se los hizo subir a tres barcos anclados en la bahía. El 3 de mayo, cuando los británicos bombardearon la ciudad, los barcos se incendiaron y al menos 7.000 presos fallecieron quemados, ahogados o ejecutados por los guardias alemanes mientras se esforzaban por nadar hasta la costa.<sup>136</sup> En Flossenbürg, se iniciaron las evacuaciones a la vez que iban llegando internos de Buchenwald; de los casi 46.000 internos enviados en su mayoría hacia el sur, hacia Dachau, al menos 7.000 murieron durante las tres semanas siguientes. Por último, a finales de abril, las SS vaciaron Sachsenhausen y Ravensbrück y obligaron a los prisioneros a marchar hacia el norte, hacia la costa báltica. Las tropas estadounidenses liberaron a unos 20.000 en Schwerin, pero otros 40.000 pasaron los últimos días de la guerra en un campo descubierto de un bosque cercano, donde varios miles perecieron por el hambre y la congelación.

A finales de abril de 1945, Baviera y Austria seguían controladas por los nazis, e incluían dos grandes complejos de campos, los de Dachau y Mauthausen, cada uno con numerosos subcampos.<sup>137</sup> Cuando las SS abandonaron los satélites más distantes de Dachau, los guardias se limitaron a

prender fuego a los barracones, con los más débiles y enfermos en su interior; pero cuando llegó la dispersión desde el campo principal, ya a finales de abril, las columnas no tenían dónde ir, y las que se pusieron en marcha fueron interceptadas tan rápidamente por las tropas estadounidenses que solo unos 1.500 presos murieron en el camino. En el campo mismo de Dachau, por el contrario, las condiciones eran infames, para los internos que habían quedado atrás o llegaban en trenes desde destinos muy diversos; el daño que a última hora hicieron el hambre y las enfermedades fue muy considerable. En cuanto a Mauthausen y los subcampos de Gusen, Ebensee y Gunskirchen, a principios de 1945 contenían a unos 85.000 presos, pese a que el índice de mortalidad de las marchas que se dirigían hacia allí había sido devastador. Por ejemplo: de los 76.000 judíos que Hungría entregó a Alemania en la antigua frontera con Austria, entre diciembre de 1944 y enero de 1945, al menos 45.000 perecieron de camino a Mauthausen a principios de 1945; a menudo, a manos de civiles a los que se encontraban en ruta o de las milicias de la *Volkssturm* encargadas de vigilar las columnas. Llegar al campo tampoco mejoraba mucho las probabilidades de sobrevivir. A finales de abril de 1945 se envió de Mauthausen a Gunskirchen a unos 15.000 judíos; los estadounidenses, que llegaron el 4 de mayo, encontraron tan solo a 5.419 supervivientes, y en condiciones tales que un soldado describió con espanto: «muchos de los que aún viven parecen muertos. Huesos cubiertos de piel, sin apenas signo de carne, mejillas hundidas y ojos profundamente hundidos, con expresión vidriosa, la expresión de los muertos vivientes».<sup>138</sup> Una de esas personas fue Theodore Zev Weiss, el profesor que da nombre a la cátedra que yo ocupé en la Universidad Northwestern, en Illinois, durante dieciséis años. Cuando escribo estas páginas tiene ochenta y cinco años y vive en Wilmette, en el mismo estado de Illinois. Se suponía que ni él ni ninguno de sus compañeros debía sobrevivir. Si los soldados estadounidenses hubieran llegado una o dos semanas más tarde, en efecto, ninguno habría sobrevivido.

## Las víctimas: ¿por qué más judíos no se rebelaron más a menudo?

Pasamos ahora de los perpetradores del Holocausto, y de las preguntas de por qué y cómo mataron a tantas personas, a las víctimas de la campaña asesina de los nazis, las poblaciones del entorno y la comunidad internacional, y a la cuestión de por qué estos grupos no podían hacer más, o simplemente no hicieron más, para detener la masacre. En primer lugar, la delicada y controvertida materia de la acción de los propios judíos —«¿Por qué más judíos no se rebelaron más a menudo?»— es una pregunta habitual que generaciones sucesivas han planteado desde la comodidad de vivir en sociedades liberales donde se respeta la ley. ¿Por qué los habitantes del gueto de Varsovia no se levantaron contra los alemanes hasta abril de 1943; los internos de Treblinka y Sobibór, hasta agosto y octubre de aquel año, y el *Sonderkommando* de judíos al que se asignó el funcionamiento de los crematorios de Auschwitz, hasta el otoño de 1944 (y en todos los casos, solo cuando se tuvo la plena certeza de que los alemanes pretendían matarlos a todos, hasta al último de ellos)? No es una pregunta muy justa, porque sí hubo brotes de resistencia armada cuando los nazis empezaron a deportar desde una serie de lugares. Por ejemplo, en Cracovia, en diciembre de 1942, un grupo judío hizo saltar por los aires un café al que los oficiales alemanes solían ir, como intento de ralentizar el traslado.<sup>1</sup> Dos meses antes, en Treblinka, un interno mató a cierto Max Bialas, del personal alemán.<sup>2</sup> Los judíos participaron en un intento de liberar al millar aproximado de deportados del vigésimo transporte de Bélgica a Auschwitz, el 19 de abril de 1943, que al final permitió que diecisiete personas escaparan de un vagón de

carga (a diez no las volvieron a apresar).<sup>3</sup> Sin embargo, como sugieren estos números reducidos, se trata de incidentes con consecuencias muy limitadas y fácilmente sofocados. Quizá, como han sostenido varios autores, hubo movimientos judíos armados y clandestinos en cinco (o hasta siete) grandes guetos polacos; en otros cuarenta y cinco guetos de menor tamaño; en cinco campos de concentración o de exterminio de Polonia, y en dieciocho centros de trabajo forzado; pero aun así, su eficacia última fue escasa.<sup>4</sup> En su conjunto, la respuesta judía al ataque nazi fue cumplir con las exigencias y órdenes alemanas con la esperanza de impedir que las cosas empeorasen.

### SUMISIÓN Y RESISTENCIA

Varias figuras sobresalientes del estudio del Holocausto —en particular, Raul Hilberg y Hannah Arendt— han abordado esta materia de la respuesta de los judíos de una forma sumamente provocativa. En la primerísima página de la monumental obra *La destrucción de los judíos europeos*, de Raul Hilberg, tanto en la edición original de 1961 como en la tercera edición ampliada, que apareció cuarenta y dos años más tarde, se habla del «hundimiento de los judíos» frente al ataque de los nazis y lo describe como «la manifestación de un fracaso». El autor sostiene que el empeño de las comunidades judías de preservarse, mantener el orden y aplacar a los nazis acabó ayudando a los nazis en su objetivo de la aniquilación. La famosa obra de Hannah Arendt de 1963, *Eichmann en Jerusalén*, insistió en este punto; para la autora, «el papel de los líderes judíos en la destrucción de su propio pueblo» fue «el capítulo más negro de toda esta negra historia». En su opinión, «si los judíos no hubieran ayudado en las tareas de administración y policía ... o bien habría resultado el caos completo o bien los alemanes habrían tenido que dedicar una cantidad de personal inasumible».<sup>5</sup>

La acusación, tanto de Hilberg como de Arendt, consta de dos partes. La primera es que los judíos no resistieron porque la única resistencia significativa habría sido la acción armada, a lo que relativamente pocos judíos se dedicaron. La segunda es que, de hecho, los judíos empeoraron las cosas al intentar sobrevivir sin combatir. El historiador israelí Yehuda Bauer

ha rechazado los dos argumentos con rotundidad. Define la resistencia judía como toda empresa concebida para frustrar el propósito alemán de causar daño, o la muerte, al pueblo judío. Recuerda el concepto hebreo de *amidah* para describir las numerosas formas que podía adoptar esa resistencia no armada, desde el contrabando de comida hasta la organización de escuelas y actos culturales; e insiste en que todo esto era lo máximo a lo que los judíos podían aspirar en una situación desesperada: un testamento de su dignidad y voluntad de vivir contra todo pronóstico.<sup>6</sup> Bauer tiene la intención firme de no culpar a las víctimas por su destino, y si por ello a veces amplía la definición de resistencia hasta incluir los actos corrientes de propia preservación, pese a todo su posición es preferible a la de Hilberg y Arendt. Las graves acusaciones de ambos no han resistido el análisis histórico de los últimos cuarenta y tantos años. Por encima de todo, estos autores subestimaron las formas de resistencia en las que los judíos participaron, y sobreestimaron las posibilidades de resistencia armada, e incluso no cooperación, que estaban de verdad a su alcance, ya fuera en el primer contacto con los nazis o posteriormente.

Con respecto a lo que subestimaron: es probable que Hilberg tenga razón en que a lo largo del proceso de destrucción de los judíos, la resistencia tan solo mató o hirió a unos pocos cientos de alemanes; y que no se pueden identificar muchos incidentes en los que la resistencia judía obstaculizara o ralentizara de forma apreciable la maquinaria asesina.<sup>7</sup> Aun así, en Lituania, Bielorrusia y la Unión Soviética ocupada actuaron hasta 25.000 combatientes judíos, y otros varios miles en los montes de Grecia y Yugoslavia. Entre la *Résistance* se ha calculado que la participación de los guerrilleros judíos bajó, del 40 % de la fase inicial de la ocupación, hasta un 15-20 % posterior; en parte a consecuencia del desgaste, en parte porque más no judíos empezaron a tomar las armas. En cualquier caso, los judíos estuvieron claramente sobrerrepresentados en comparación con el hecho de que suponían menos del 1 % de la población francesa. Entre las Forces Françaises Libres de Charles de Gaulle, los judíos también eran seis veces más numerosos de lo que se correspondería con su proporción nacional. Podemos decir pues que no son cantidades colosales, pero tampoco es la nada.<sup>8</sup> Pese a todo, Benjamin Ginsberg, autor de *How the Jews Defeated Hitler: Exploding the Myth of*

*Jewish Passivity in the Face of Nazism* («Cómo los judíos derrotaron a Hitler: análisis del mito de la pasividad de los judíos frente al nazismo»), parece ser consciente de que esta clase de estadísticas no son suficientes para demostrar la afirmación que da título a su libro. Incluye entre los miembros de la resistencia judía a los judíos de los ejércitos y servicios de inteligencia de Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, lo que en cierto sentido es como cambiar las reglas con el juego ya empezado, porque estas personas no estaban sometidas ni mucho menos a las mismas restricciones, por lo general no actuaban como judíos sino como elementos integrados en el empeño bélico nacional, y además no necesariamente eran voluntarios.

Con respecto a lo que sobreestimaron, para entender hasta qué punto fue así, hay que empezar por examinar cómo actuaron los alemanes contra los judíos en los territorios ocupados en la Europa oriental, que es donde se produjo el gran grueso de la masacre. En primer lugar, los nazis aplicaron con llamativa rapidez cuanto habían aprendido durante los años precedentes, en la persecución de los judíos de Alemania y Austria. Así, el 21 de septiembre de 1939, antes incluso de completar la conquista de Polonia, Reinhard Heydrich, como jefe de la policía de seguridad alemana, dio a las secciones subordinadas de la Polonia ocupada instrucciones de «concentrar a los judíos de las zonas rurales en ciudades mayores ... donde confluyan, o por lo menos pasen, las líneas ferroviarias».<sup>9</sup> En lo posible, la responsabilidad de cumplir no solo con esta orden, sino con todos los posteriores decretos alemanes referidos a las nuevas zonas de residencia, debía recaer sobre los Consejos Judíos de Ancianos (*Judenräte der Ältesten*), organismos similares a los que los nazis habían creado en Viena en 1938 e integrados por líderes de la comunidad.<sup>10</sup> Seis días más tarde, como ya hemos visto, Heinrich Himmler, desde la jefatura de las SS y la policía alemana, creó la Oficina Central de Seguridad del Reich, dirigida por el mismo Heydrich, y le confió la responsabilidad general sobre la cuestión judía. Dentro de esta organización, Adolf Eichmann, que poco antes había supervisado el saqueo y la expatriación de miles de judíos austríacos, asumió el control del «Departamento de Judíos», que se ocuparía de la logística del incipiente proceso de los guetos.

En suma: cuando aún no se había cumplido un mes desde que el régimen nazi invadió Polonia e incorporó a unos dos millones de judíos a sus dominios, ya se había diseñado un sistema para segregarlos de los demás habitantes, situarlos de forma que la detención posterior fuera rápida y sencilla, desposeerlos entre tanto de la mayoría de sus bienes muebles y todos los inmuebles, y convertir a los líderes de sus comunidades en ejecutores de la política nazi.

Este último aspecto de la política nazi —atribuir la responsabilidad de cumplir con las instrucciones alemanas a los Consejos Judíos— fue un medio, de una eficacia diabólica, de minimizar los recursos que Alemania tendría que usar para controlar a los judíos y de convertir a estos en cómplices de su propia persecución. En efecto, los nazis aplicaron la consolidada práctica colonial del gobierno indirecto: favorecer a nativos que recibían privilegios o exención de los castigos a cambio de que ayudaran a someter a todos los demás. Esta táctica de «divide y vencerás» resultó casi irresistible, porque fue en paralelo al uso de la fuerza. Cuando se nombró a los primeros Consejos Judíos de los pueblos y ciudades menores —a menudo, antes de que se crearan los guetos locales—, los que declinaron ejecutar las órdenes alemanas más desagradables o crueles fueron, simplemente, fusilados en el acto; a veces, a los miembros de un primer consejo se los fusilaba con el simple fin de intimidar a los miembros del consejo subsiguiente. En Łódź, por ejemplo, se dio ejemplo matando a veintidós de los treinta integrantes del primer consejo.<sup>11</sup> Servir en el consejo y ejecutar las órdenes alemanas fueron los primeros casos repetidos de «alternativas sin alternativa» (*choicelss choices*, en el juego de palabras original de Lawrence Langer) que la ocupación alemana planteó repetidamente a los judíos: los elegidos podían negarse, y morir, o bien acceder y morir más tarde, o quizá no. En casi todas partes, los seleccionados para los consejos, como los habitantes de los guetos en su conjunto, eligieron la segunda posibilidad, tratando de ganar tiempo.

Aunque los alemanes concibieron con prontitud el sistema de los guetos, su traducción práctica, en Polonia, fue desigual y titubeante. Los acontecimientos se desarrollaron con especial rapidez en las regiones anexionadas al Reich: Alta Silesia, Prusia Occidental y Warthegau. Esta

última incluía la ciudad de Łódź, que, el 1 de mayo de 1940, tuvo el primer gueto a gran escala aislado del mundo exterior.<sup>12</sup> En un principio fueron 163.177 residentes apiñados en los poco más de 6 kilómetros cuadrados de un distrito suburbial que, en su mayoría, carecía de alcantarillas y conducciones interiores de agua.<sup>13</sup> El gueto de Łódź —gobernado por Hans Biebow, entre los alemanes, y, Chaim Rumkowski, en el Consejo de Ancianos— fue el más autónomo y duradero de los núcleos de población judía, a pesar de que oficialmente había pasado a hallarse dentro de Alemania. En cambio, el gueto de Varsovia, en el Gobierno General, no quedó aislado del exterior hasta noviembre de 1940; y su congestión extraordinaria —en marzo de 1941, más de 460.000 judíos se apelotonaban en 2,5 kilómetros cuadrados— lo hacía más difícil de gestionar y también más letal.<sup>14</sup> Más al este, en Lublin, las puertas del gueto local no se cerraron sobre los cerca de 40.000 judíos de la ciudad hasta abril de 1941, y su vallado fue mucho más permeable. Lo mismo cabe decir de muchos de los núcleos menores,<sup>15</sup> pero también de Częstochowa, el segundo mayor gueto del Gobierno General. En 1942, de hecho, en las múltiples poblaciones campesinas del distrito lublinense del Gobierno General, predominantemente rural, la mayoría de los judíos seguían en sus hogares.<sup>16</sup>

La variabilidad de los guetos tuvo una serie de causas diversas. La naturaleza contradictoria y caótica de las medidas referidas a la población alemana de Polonia hizo que la implantación fuera lenta, a lo que contribuyeron también las carestías de personal y transportes. Los administradores alemanes se peleaban sobre si los internos de los guetos debían seguir con vida, y cómo, y por lo tanto sobre cuánto podían comerciar con el entorno y con el régimen ocupante. Entre los miembros de las SS a los que se puso al mando de los guetos, el grupo que los estudiosos denominan «pro desgaste» entendía que había que dejar que los habitantes se fueran muriendo; los «pro rendimiento» eran partidarios de que los guetos se ganaran el sustento con actividades económicas.<sup>17</sup> Por encima de todo, ninguno de los planificadores alemanes parecía saber cuánto tiempo debían durar los guetos ni dónde, llegado el día, se enviaría a sus moradores. Los líderes nazis repitieron la idea de consignar a los judíos a una «reserva» pero su ubicación no paraba de cambiar. Cada modificación acarrea la

suspensión de las deportaciones y, con ella, entre los ocupantes alemanes, tanto la sensación de que completar el sistema de los guetos no revestía especial urgencia como, en paralelo, una impaciencia creciente con ellos.

Entre los habitantes judíos, el resultado era el contrario: cuanto más duraban los guetos, más se consolidaba la ilusión de permanencia; la gente se aferraba a la esperanza de que podrían crear instituciones de sustento que lograrían preservar al menos a una parte de la población. A principios de enero de 1942, antes de que se empezara a liquidar guetos, las juderías de Łódź y Varsovia acogían a una cantidad de personas similar a la de cuando se cerraron sus puertas, en mayo y noviembre de 1940, respectivamente. Según indica la Figura 5, en referencia a Łódź, las nuevas llegadas habían compensado los miles de muertes por hambre y frío, en especial por las tres enfermedades principales de la marginación: la tuberculosis, agudizada por la humedad y el hambre; la fiebre tifoidea, provocada por la contaminación del agua o los alimentos; y el tifus exantemático, propagado por la infestación de piojos. Aunque las condiciones eran terribles, la situación parecía sostenible, al menos para los que tenían dinero, trabajo o un puesto en la administración del gueto. Sin embargo, la posibilidad se convirtió en un arma, en manos de los alemanes. Ante una escasez creciente, se lanzó a unos judíos contra otros en una lucha por la comida, la ropa, el alojamiento y la pura supervivencia, lo que erosionó sin descanso su capacidad de apoyarse mutuamente, tanto en lo material como en lo moral.<sup>18</sup> El 30 de mayo de 1942, Dawid Sierakowiak, un joven de dieciocho años atrapado en el gueto de Łódź, dejó constancia en su diario de una de las consecuencias más extremas: su propio padre se apoderó de las raciones de pan de David y su madre, se las comió y luego devoró al completo la pequeña cuota de carne y suero de toda la familia.<sup>19</sup> Si ni siquiera los lazos familiares aguantaban sin hacerse trizas, es de imaginar qué sucedió con la solidaridad entre personas no emparentadas.

La desunión interna de los judíos agravó la situación.<sup>20</sup> En el interior de los guetos imperaba una división aún mayor que la existente entre los judíos de Alemania durante los años treinta, aunque de formas algo distintas. Las grietas más profundas separaban a: (1) la población laica, socialista, no separatista y primordialmente urbana, asociada con el partido del Bund (la Alianza); (2) los grupos sionistas, que a su vez tenían varias facciones:

religiosa, laica, general, revisionista y marxista; (3) los sectores ortodoxos y más tradicionales; (4) los entusiastas del jaidismo, y (5) una dispersión de comunistas. Todas estas corrientes de opinión tenían sus propias instituciones, redes y dificultades que venían de largo a la hora de entenderse unas con otras. Las discrepancias no desaparecieron en el crisol de la persecución nazi; de hecho, cuando las comunidades de los guetos intentaron decidir qué respuesta debían dar al ataque de los alemanes, los grupos adoptaron posiciones divergentes. A diferencia de los sionistas, por lo general los miembros del Bund se negaban a prestar servicio en la administración de los guetos, pero también desaconsejaban la vía de la resistencia directa o armada, salvo que se produjera en asociación con grupos gentiles de fuera del gueto. Las disparidades generacionales se superponían a las políticas y religiosas; las diversas formas de sionismo, en especial las más militantes, eran cada vez más populares entre los habitantes más jóvenes de los guetos.

FIGURA 5

*El destino de un gueto: Łódź, 1940-1944*<sup>21</sup>

FECHA	POBLACIÓN	ACONTECIMIENTOS
1 de mayo de 1940	163.177	Se clausura el gueto; en un área de poco más de 6 kilómetros cuadrados, la población judía era superior a la de Bohemia y Moravia o la de los Países Bajos cuando empezó la segunda guerra mundial.
31 de marzo de 1941	150.436	
1 de mayo de 1941	148.547	El 9 de octubre, la tasa de mortalidad diaria fue la más baja hasta el momento: 11. Del 16 de octubre al 3 de noviembre, llegaron 21 transportes con 19.883 judíos de Alemania, Austria y Bohemia.
1 de enero de 1942	162.681	El 16 de enero empezó la «reubicación»; a finales de mayo se había deportado a 55.000 personas.
1 de junio de	104.469	Tras la segunda gran redada, se envía a Chełmno a más de 15.000 personas.

1942		
19 de enero de 1943	87.164	
1 de julio de 1943	84.495	
8 de febrero de 1944	79.777	
1 de julio de 1944	73.217	El 23 de junio se empieza a liquidar el gueto.
19 de enero de 1945	877	

Aproximadamente 45.000 o 50.000 de las personas que entraron en el gueto murieron por el hambre, las enfermedades, la brutalidad o alguna combinación de estas causas, a lo largo de un período de cuarenta meses. Durante los nueve meses de las deportaciones (de enero a mayo y septiembre de 1942, de junio a agosto de 1944) se masacró a por lo menos 140.000, en su mayoría en Chełmno, pero en el estadio final, también en Auschwitz.

Por último, también surgieron conflictos regionales y de clase. Los judíos de clase trabajadora solían resistirse al predominio de los profesionales de clase media o de la élite en determinados consejos; los que habían sido enviados a un gueto desde otros lugares se hallaban a veces en desventaja frente a los residentes originales, sobre todo en la obtención de los trabajos más favorables. Los profesionales se consideraban con derecho a obtener puestos en la administración del gueto; surgieron camarillas de nuevos ricos que ganaron dinero con el contrabando y el comercio, eran más ostentosos que discretos y generaron envidias. Incluso antes de que se iniciaran las deportaciones, era habitual que las disparidades de riqueza y posición marcaran la diferencia entre la supervivencia y el hambre. Según Mordechai

Lensky, un médico que sobrevivió al gueto de Varsovia porque, a última hora, logró huir con su familia al «lado ario» de la ciudad: «Cuando las deportaciones empezaron, en julio de 1942 ... la estructura social de la comunidad se desintegró [y] las clases altas, económicas y sociales, sacrificaron a las bajas para salvarse a sí mismas».<sup>22</sup>

La competencia interior por la supervivencia quizá fue el obstáculo principal para que se organizara una resistencia en los guetos, pero no fue el único. Al igual que los alemanes espaciaron irregularmente la creación de guetos —lo que impidió que, en 1940, los judíos polacos comprendieran con exactitud qué se les venía encima—, el exterminio de los guetos también se hizo de tal forma, durante 1942 y 1943, que la noticia se difundió con lentitud y los judíos no reconocieron de inmediato que se estaba produciendo una masacre completa. Las deportaciones de Łódź y Lublin, situadas en extremos opuestos de la Polonia dominada por Alemania, se iniciaron a principios de 1942, pero a Varsovia no le llegó la hora hasta el verano de aquel año, y a Białystok, hasta febrero de 1943. Siguió la liquidación de los guetos de Cracovia en marzo, de Lviv en junio, de Minsk y Vilna en septiembre, de Riga en noviembre de 1943, y por último las juderías de Kaunas y Łódź en el verano de 1944. Por otro lado, incluso cuando los habitantes de un lugar tenían noticia de los acontecimientos asesinos de otro, podían aferrarse a la esperanza de que su propio destino sería distinto y seguir intentando ganar tiempo. La misma ilusión actuó incluso dentro de los propios guetos, una vez que se había comenzado a liquidarlos, porque el proceso se ejecutó en fases, como puede verse en la Figura 5 (arriba) para el caso de Łódź.

En su encierro, la gente sentía la necesidad de aferrarse a la esperanza porque, para empezar, el asesinato colectivo se antojaba no solo inimaginable, sino del todo irracional. ¿Por qué los alemanes iban a matar a gente que les resultaba de utilidad, en especial donde se contaba con fábricas y talleres productivos?<sup>23</sup> Esta convicción de que los alemanes no actuarían en contra de sus propios intereses tuvo mucho que ver con el asombroso hecho de que los residentes de los guetos de Łódź y Białystok se negaran a creer que a los deportados se les asesinaba,<sup>24</sup> aun cuando los trenes que se los llevaban regresaban con la ropa y los documentos de identidad de los que se habían marchado hacía muy poco. Calel Perechodnik, que durante un tiempo

fue policía de un gueto y luego, brevemente, combatió con la resistencia, dejó a su muerte, en 1944, un testamento llamativo que incluye el siguiente pasaje, muy vívido, donde se manifiesta hasta qué punto los judíos rechazaban dar crédito a la verdad en su pequeña ciudad del centro de Polonia, a principios de 1942:

Dicen que ... en Slónim reunieron en la plaza del ayuntamiento a catorce mil personas —hombres, mujeres y niños— y que los ametrallaron a todos.

Pero digo yo ... ¿Alguien se puede creer tal cosa? ¿Que fusilen sin razón de esa manera a mujeres, o a niños inocentes, a plena luz del día? Si, a fin de cuentas, ni siquiera a la criminal más espantosa se la puede condenar a muerte si está embarazada, ¿y aquí habrían matado a niños pequeños? ¿Dónde podría uno encontrar a gente, a padres de familia que tengan el valor de apuntar con sus ametralladoras a unos niños desvalidos? ¿Dónde están las voces del mundo culto? ... ¿Cómo iba el mundo a guardar silencio? Probablemente no es cierto.

Después de esta noticia viene otra, aún más monstruosa: en Wilno [Vilna] han matado a sesenta mil personas; en Baranowicze [Baránavichi], a veinte mil. La gente no consigue entenderlo; la verdad es que se lo creen, pero no logran hacerse a la idea de que un día alguien puede venir a asesinar a mi hija de dos años, que apenas sabe hablar aún, solo porque es hija de una madre judía y un padre judío.

Al final damos con una explicación. A esos judíos los han matado porque eran ciudadanos soviéticos y probablemente habían luchado contra los alemanes. Pero nosotros somos ciudadanos del «Gobierno General»; aquí no puede pasar nada parecido. Además allí impera la ley marcial, mientras que nosotros tenemos una administración civil.<sup>25</sup>

En el espacio de estos cuatro párrafos, la incredulidad deja paso a descartar la posibilidad de que vaya a afectarle a uno; la gente estaba desesperada por encontrar formas de inmunizarse contra los rumores.

¿Qué otras cosas obstaculizaban que, una vez que se iniciaron las deportaciones, estas toparan con una resistencia organizada? En primer lugar, los nazis se esforzaron por camuflar lo que estaban haciendo.<sup>26</sup> En ocasiones eximían de la deportación a los residentes del gueto que estaban hospitalizados o enfermos, para dar a entender que los expulsados iban de verdad a trabajar a algún campo más oriental; a veces escenificaban un cambio de divisas, entre la moneda local o del gueto y otras formas de dinero, antes de que la gente subiera al tren; en algunos casos incluso enviaron

postales al punto de partida, escritas supuestamente por los recién deportados, para tranquilizar a los que se habían quedado atrás. Esta fue una práctica especialmente habitual con los deportados de la Europa occidental; en su mayoría las postales procedían de Leipzig, en Alemania, aunque algunas llegaron incluso desde Auschwitz y Birkenau.

En segundo lugar, para asegurarse de que las órdenes de deportación se cumplieran, los nazis alternaron el palo y la zanahoria, el estímulo y la amenaza.<sup>27</sup> En los puntos de encuentro se ofrecía sopa, pan y mermelada; a los deportandos se les indicaba que tendrían privilegios de raciones y equipaje a condición de que se presentaran en el momento debido. Por el otro lado, a Adam Czerniaków, jefe del Consejo Judío de Varsovia, le advirtieron que si de algún modo obstaculizaba las deportaciones fusilarían a su esposa; Joseph Parnes, líder judío de Lviv, fue asesinado por negarse a designar a quién se enviaría a un campo de trabajo. En Ámsterdam, los nazis avisaron al Consejo Judío que si no cooperaba con las deportaciones «de trabajo al este», entonces se optaría por enviar a esa misma gente a campos de concentración como Mauthausen, lo que en principio sonaba mucho peor.<sup>28</sup>

En tercer lugar, al delegar el trabajo sucio en los Consejos Judíos, estos no solo se hacían la ilusión de ejercer cierto control sobre lo que estaba ocurriendo, sino que cargaban con la responsabilidad de minimizar los daños. En la mayoría de los guetos, al igual que sucedió en Ámsterdam y el campo de tránsito de Westerbork, los nazis se limitaban a decirle al Consejo Judío cuántas personas debían presentarse para ser deportadas tal y tal día, y, hasta el final mismo de casi todas las liquidaciones de guetos, dejaban que el consejo eligiera a quién le correspondía acudir. Así, en Varsovia, las SS exigieron que las primeras 6.000 personas comparecieran el 22 de julio de 1942 y que, cada tarde a las 16.00 horas, hasta nuevo aviso, se presentara la misma cantidad. ¿En qué posición dejaba esto a las autoridades judías? En el caso de Łódź lo sabemos por un documento singular, testimonio de una visita del alemán Friedrich Hielscher en la primavera de 1942. Hielscher habló con el jefe de la policía judía, Leon Rosenblatt, que reconoció estar al corriente de que a los deportados se les gaseaba, y luego dijo lo siguiente:

Tengo que elegir a gente para esto. Si no, me fusilarán. Esto, para mí, sería una solución fácil. ¿Y entonces qué harán ellos? Los de las SS ya me lo han dicho: escogerán ellos. O sea, los fuertes, las embarazadas, los rabinos, los más cultos, los profesores, los poetas: esos serán los primeros en ir al horno. Pero si me quedo donde estoy, puedo coger a los voluntarios. A menudo me piden ir, y a veces tengo tantos como tengo que entregar. A veces son pocos, y entonces cojo a los moribundos que me dicen los médicos judíos, y si estos no bastan, cojo a los gravemente enfermos; si estos tampoco bastan, ¿qué debo hacer? Puedo coger a los delincuentes ... ¿Quién será el juez? He preguntado a los jefes de la comunidad, a los rabinos, los sabios, y todos me han dicho: «Has hecho bien en quedarte en tu puesto?» ... Dime: ¿debería quedarme donde estoy o debería preferir que me mataran?<sup>29</sup>

La misma lógica de «mejor nosotros que ellos» impulsó la conducta de Abraham Asscher y David Cohen, copresidentes del Consejo Judío de Ámsterdam, cuando en mayo de 1943 los alemanes exigieron una lista con 7.000 empleados del consejo (cerca del 40 % del total) a los que deportar. Varios colegas les rogaron que no cumplieran la orden y destruyeran el archivo central donde se documentaba a todos los demás judíos, pero los líderes del consejo hicieron caso omiso y, con parte del personal, trabajaron frenéticamente durante dos días con sus noches para seleccionar y aportar los nombres.<sup>30</sup>

Rosenblatt, Asscher y Cohen quizá pensaran que estaban cumpliendo con la ley religiosa judía; pero no fue así. Según David Daube, que ha examinado con atención los pasajes pertinentes del Talmud, resulta permisible entregar a una persona concreta si un poder opresivo la reclama con amenazas, pero entregar «sin más a una persona cualquiera para que la ejecuten» no es tolerable, porque supone elegir a la víctima y, por lo tanto, acarrea culpa personal.<sup>31</sup>

El ejemplo más extremo de la posición insostenible en la que el proceder alemán situaba a los consejos se dio el 4 de septiembre de 1942, cuando Chaim Rumkowski se dirigió a la población del gueto de Łódź, reunida para la ocasión:

El gueto ha recibido un golpe terrible. Le piden lo mejor que tiene: a los niños y ancianos ... Nunca imaginé que mis propias manos tendrían que llevar el sacrificio al altar. Viejo como soy, debo tender las manos y suplicar: Hermanos y hermanas, ¡dádme! Padres y madres, ¡dadme a vuestros hijos! Durante el día de ayer se me

ordenó enviar fuera del gueto a más de veinte mil judíos. Si no, «lo haremos nosotros». Y se planteó la pregunta: «¿Debemos encargarnos nosotros y hacerlo nosotros, o dejar que otros lo hagan?». Pero no dejamos que nos dominara la idea de «cuántos se perderán», sino la de «a cuántos se puede salvar», y nosotros, es decir yo y mis colaboradores más próximos, llegamos a la conclusión de que, por difícil que nos resulte, debemos asumir la ejecución del decreto. Tengo que cumplir con esta operación difícil y sangrienta. ¡Tengo que amputar miembros para salvar el cuerpo! Tengo que coger a los niños porque si no, Dios no lo quiera, podrían llevarse también a otros ... Se necesita un corazón criminal para pedirnos lo que os estoy pidiendo. Pero poned en mi lugar y pensad con lógica, y vosotros mismos llegaréis a la conclusión de que no podéis actuar de otra manera porque la cantidad de la parte que se puede salvar es muy superior a la parte que debemos abandonar.<sup>32</sup>

Este pasaje ilustra de qué forma tan diabólicamente perfecta funcionó el sistema de «divide y vencerás», al igual que las listas de personas eximidas de las órdenes de deportación iniciales, y de todas las posteriores hasta la aniquilación definitiva. En su mayoría, estas personas realizaban funciones útiles para los alemanes, pero entre los «salvados» figuran también otros dos grupos destacables: los que trabajaban para los Consejos Judíos en la administración de los guetos, de los que había casi 13.000 en Łódź y 6.000 en Varsovia; y los miembros del «servicio de orden judío», la fuerza policial de los guetos, un total de 800 hombres en Łódź y 2.000 en Varsovia.<sup>33</sup> Algunos policías habían sido reclutados entre las comunidades judías que vivían en la ciudad antes de la guerra, pero la mayoría habían llegado de otros lugares y, por lo tanto, los lazos locales apenas actuaban como inhibidor. Józef Szeryński, el jefe de la policía judía de Varsovia, se había convertido al catolicismo, no se consideraba judío y no tenía vínculos con la comunidad local.<sup>34</sup> Él y sus hombres eran tan odiados que el sector clandestino lo hirió de gravedad en un atentado, y consiguió matar a su sucesor. Los policías del gueto, a los que se les pagaba poco o nada, se fueron dando a la corrupción y la extorsión: exigían sobornos para no incluir a la gente en las listas del trabajo forzado o la deportación y adquirieron la costumbre de apoderarse de las posesiones más atractivas. En los estadios finales de la liquidación, los alemanes dieron instrucciones de que los consejos no seleccionaran a los elegidos por nombre, sino que se les detuviera en bloque en los sectores concretos que se quería despejar; pues bien, estos policías solían encargarse

de las patrullas de a pie.<sup>35</sup> Lo hacían con la esperanza de que tanto ellos como sus familias seguirían con vida mientras resultaran de utilidad, y a veces los alemanes los engañaron y les prometieron que vivirían todavía más. Los mismos motivos explican la cooperación de la Ordedienst judía del campo de Westerbork, que colaboró en la redada de los judíos de Apeldoorn y Ámsterdam, en 1943, y ayudó a cargar y sellar los trenes de la deportación que partieron de Holanda entre 1942 y 1944. Los hombres de la Ordedienst compartían el perfil de distanciamiento social de sus homólogos de los guetos polacos: cerca de la mitad de ellos, incluido el comandante, no eran neerlandeses, sino refugiados judíos venidos de Alemania o Austria.<sup>36</sup>

Como cuarto obstáculo a la resistencia hay que mencionar el estado de debilidad de los habitantes del gueto, un aspecto que las descripciones cinematográficas del Holocausto, por lo general, no logran transmitir. Habitualmente, como en Łódź y Kaunas, los alemanes emplazaban las juderías en los barrios más miserables de una ciudad, sin alcantarillas y en muchos casos sin agua corriente. La ingesta diaria de comida de la mayoría de los habitantes, salvo los privilegiados que trabajaban en la administración o en la producción militar, oscilaba entre las 400 y 1.000 calorías por día;<sup>37</sup> en los guetos mayores, solía ser bastante inferior: en la Varsovia de 1941, la cuota diaria por persona estaba entre las 180 y las 220 calorías.<sup>38</sup> En el gueto de Otwock, donde estuvo Perechodnik, la mayoría de los 14.000 judíos tenían que subsistir, a principios de 1941, con una ración semanal de tan solo 1,5 libras (680 gramos) de pan, sin ningún aporte de carne, huevos o verduras.<sup>39</sup> El hambre, las epidemias, el frío, la suciedad, el hacinamiento y la debilidad general pasaban factura con dureza y hacían menguar mucho el deseo de contraatacar. En julio de 1941, en el gueto de Varsovia, morían 5.550 personas al mes: casi 200 por día.<sup>40</sup> Desde que se creó el gueto hasta que se iniciaron las grandes deportaciones, a mediados de 1942, cien mil judíos perdieron la vida allí. Los alemanes concibieron estos lugares para que confirmasen la idea, que la propia propaganda nazi difundía, de los judíos como seres degradados, sucios y enfermos; en este sentido hacían realidad una profecía ideológica y el hacinamiento era parte integrante del plan. En el gueto de Varsovia, por ejemplo, había un promedio de siete habitantes por cada habitación disponible; en abril de 1941 la densidad de población

ascendía a 200.000 personas por kilómetro cuadrado. En Kaunas vivían 30.000 personas donde habían residido 7.000; en Vilna, 29.000 donde había habido 4.000. En tales circunstancias, era frecuente que la gente perdiera la capacidad de pensar en el futuro, y los que aún conseguían hacerlo solían considerar que lo mejor era aguantar como se pudiera, y no ofrecer resistencia o huir, porque esto pondría en peligro a los familiares y dependientes. Por otra parte, huir de los guetos no solía ser una perspectiva muy atractiva porque ni la topografía de Polonia facilitaba esconderse ni la población no judía de los alrededores tendía a mostrarse acogedora con ellos.

En quinto y último lugar, las represalias de los alemanes eran tan despiadadas que disuadían poderosamente de la idea de resistirse. No se limitaban a las palizas y fusilamientos individuales, sino que se hacían extensivas al nivel colectivo. A fin de cuentas, si dejamos ahora a un lado el heroísmo de los que pusieron en marcha el levantamiento del gueto de Varsovia, el balance militar de los intentos de combatir contra los alemanes fue catastrófico. Para sofocar la rebelión varsovia, los alemanes y sus auxiliares sufrieron entre 110 bajas (según las cifras oficiales: diecisiete muertos y noventa y tres heridos) y el triple de esa cantidad (según la resistencia); en todo caso, son cifras minúsculas en comparación con las 56.065 personas que los alemanes apresaron o mataron.<sup>41</sup> Unas pocas semanas después, una iniciativa más espontánea y peor preparada de resistencia contra el vaciado del gueto de Białystok tuvo como fruto la muerte de exactamente nueve soldados alemanes, frente al fallecimiento de unos 30.000 judíos, ya fuera en los combates o de resultados de la deportación a Auschwitz y Majdanek.<sup>42</sup> En el mismo mes de agosto de 1943, un intento de fuga de Treblinka tan solo permitió que entre cincuenta y setenta internos sobrevivieran a la guerra. En octubre, una rebelión en Sobibór acarrió la muerte de tan solo once o doce hombres de las SS, más dos *Hiwis*, contra la supervivencia de tan solo cuarenta y siete reclusos de los cerca de 650 que estaban presentes cuando empezó la lucha.<sup>43</sup> Esto no es todo: estos hechos costaron a los judíos la Operación Festival de la Cosecha, de otoño de 1943, cuando Himmler —como represalia por los actos de resistencia de los judíos y como método seguro de impedir que hubiera más— ordenó liquidar casi todos los guetos y campos de trabajo que pervivían en Polonia. Los días 3 y 4

de noviembre de 1943 se fusiló a 42.000 judíos en el distrito de Lublin, la mayoría en Majdanek y la vecina Poniatowa, en lo que supone la masacre única más numerosa de todo el Holocausto.<sup>44</sup> En Poniatowa, los hombres de un barracón intentaron resistirse; los alemanes cerraron la puerta por fuera y le prendieron fuego, reduciendo a todo el mundo a cenizas. Los únicos supervivientes conocidos de esos dos días de matanza fueron tres mujeres a las que se dio por muertas en una fosa común. Solo estaban ligeramente heridas, cuando cayó la noche se arrastraron al exterior, una mujer polaca las ayudó y sobrevivieron hasta el final de la guerra.

Dadas todas estas circunstancias, la resistencia efectiva de las juderías, a corto plazo, se limitaba prácticamente a derrotar a los nazis en su empeño por matarlas de hambre. Para ello, el mecanismo principal era el contrabando, y tanto la administración del gueto de Varsovia como varias redes informales e independientes lo ejercieron con arte, lo cual sin duda prolongó las vidas de muchas personas.<sup>45</sup> El contrabando no podía frenar las deportaciones, una vez iniciadas, pero a veces ayudaba a que una u otra persona pudiera escapar de los trenes. Aparte de lo anterior, la única otra forma de resistencia que podía llegar a tener éxito era en sí misma expresión de la falta de esperanza: se trataba —como se intentó hacer en casi todos los guetos— de dejar constancia de los crímenes nazis, así como de la propia existencia de los judíos y su lucha por la supervivencia. Tanto en Varsovia como en Łódź hubo redes que compilaron y ocultaron archivos extensos y redactaron una crónica de los hechos primordiales de la historia del gueto. Emanuel Ringelblum, que era historiador, y una organización denominada Oyneg Shabes, ajena a la administración del gueto, hicieron esta labor en Varsovia y enterraron los documentos resultantes bajo diversos sótanos, lo que permitió recuperar la mayoría una vez concluida la guerra.<sup>46</sup> En Łódź, la crónica fue tarea de los historiadores de un archivo oficial del gueto, fundado por el Consejo Judío; unas dos terceras partes se pudieron recuperar después de 1945, ocultas bajo diversos edificios.<sup>47</sup> Junto con varios diarios personales, son nuestras fuentes primarias de información sobre las condiciones interiores de los guetos durante el Holocausto.

Quizá la prueba más concluyente de que los judíos apenas podían influir sobre su propio destino, tanto si decidían ofrecer resistencia como si no, es que diversas administraciones de los guetos adoptaron estrategias de supervivencia diferentes, con distintas combinaciones de sumisión y resistencia, pero independientemente de lo que escogieran, a la postre todas acabaron igual.<sup>48</sup> En Varsovia, Adam Czerniaków, el jefe del Consejo Judío, siguió una estrategia de aplacar a los alemanes hasta que comprendió que tenían la intención de matar a todos los habitantes del gueto, y en ese punto, en julio de 1942, antes de seguir cooperando, optó por quitarse la vida. El suicidio no sirvió para frenar la masacre de la mayoría de los judíos de Varsovia, aquel verano, y de los últimos supervivientes, en mayo y junio de 1943. En Vilna, Jacob Gens, presidente de su Consejo Judío, intentó una vía doble: por un lado proporcionó a los alemanes trabajo y cooperación, por el otro ayudó a la resistencia en la ciudad y los alrededores. En todo caso, los nazis liquidaron el gueto de Vilna en septiembre de 1943, sin que los resistentes pudieran obstaculizarlo. En la bielorrusa Minsk, los dos líderes del gueto, Eliyahu Mushkin y Moshe Yaffe, no desafiaron a los alemanes, pero estuvieron entre los jefes de Consejos Judíos que más apoyaron la oposición armada, quizá porque cerca de 10.000 judíos seguían combatiendo desde los bosques próximos. Esto tampoco tuvo ningún impacto especial: la población del gueto se redujo de los 100.000 habitantes de octubre de 1941 a 12.000 en agosto de 1942. Para entonces, los dos hombres habían muerto también y cuanto quedaba del gueto fue destruido en octubre de 1943. Por último, Chaim Rumkowski, jefe del Consejo Judío de Łódź, fue el defensor más tenaz de satisfacer cualquier capricho de los alemanes como única forma de sobrevivir. Es probable que la estrategia contribuyera a que su gueto durase más que los otros, pero no impidió que sus 70.000 habitantes fueran aniquilados en agosto de 1944. En suma, hicieran lo que hiciesen los líderes judíos —suicidarse, ayudar a la resistencia, ceder a las peticiones de los nazis con intención de apaciguarlos— el resultado fue el mismo. La conclusión del historiador David Silberklang, que ha estudiado cientos de guetos del distrito de Lublin, en el Gobierno General, es aplicable a toda la Europa oriental y, probablemente, todo el continente en su conjunto: «Nada que los judíos hicieran causó una diferencia significativa en la supervivencia de los grupos

numerosos, aunque para las personas, individualmente, algunas acciones sí podían marcar la diferencia».<sup>49</sup>

Los judíos apenas tenían control sobre su destino colectivo. Una persona podía huir al bosque, en algún caso, e intentar sobrevivir desde allí; pero una comunidad entera, no. Tampoco estaba en la mano de nadie aplicar ninguna estrategia que fuera más allá de demorar la propia muerte. Es injusto, y no se corresponde con la realidad, considerar que los judíos, como víctimas, fueron responsables de lo que les ocurrió. Que vivieran o murieran dependía en exclusiva de dos cosas: las acciones del régimen nazi y el avance de los ejércitos aliados.

Dos incidentes —uno de resistencia y otro de sumisión— lo ponen de manifiesto con toda claridad. El primero, que ya hemos visto más arriba, es el levantamiento del gueto de Varsovia, en 1943, que fracasó por entero porque el poder militar de los nazis era incomparablemente superior. El segundo, relativo al hecho de que los judíos dependían también del avance de los Aliados, es la suerte del gueto de Łódź. Cuando los nazis empezaron a destruirlo, las fuerzas soviéticas estaban a tan solo 120 kilómetros, por el este: habían detenido su ofensiva en Varsovia para reagruparse y reabastecer a las tropas, así como permitir que los nazis aplastaran una rebelión que los nacionalistas polacos habían iniciado en la ciudad aprovechando la proximidad del Ejército Rojo. Cuando la guerra acabara, Stalin planeaba instalar un gobierno comunista en Polonia, y le pareció que si los nazis sofocaban la sublevación, esto simplificaría su objetivo. Si hubiera reanudado la ofensiva militar con rapidez, prescindiendo de este cálculo cínico, es probable que los alemanes no hubieran tenido tiempo de aniquilar al resto de los judíos de Łódź, y en tal caso la apuesta de Rumkowski —ofrecer sumisión a los deseos nazis a cambio de la supervivencia a largo plazo— quizá habría valido la pena. Por supuesto, era previsible que los nazis hubieran obligado a los supervivientes a marchar hacia el oeste, y muchos habrían perecido en el proceso, según les sucedió en julio de 1944 a los habitantes del gueto de Kaunas, el último gueto de importancia que aún no se había destruido; pese a todo, probablemente, de haber sido así, la cantidad de

personas que habrían logrado sobrevivir al gueto de Łódź habría sido mayor de lo que fue en realidad. A lo largo del Holocausto, los judíos estuvieron a merced de las decisiones ajenas.

El rabino Leo Baeck, un líder de los judíos alemanes que acabó sobreviviendo a la guerra en Theresienstadt, lo sabía; y este conocimiento tuvo una influencia directa en su decisión más controvertida. Aun después de tener noticia de que a la mayoría de los judíos se les gaseaba o fusilaba, se negó a admitir los hechos ante la gente de su entorno y siguió ocultándoles cuál era su destino más probable. ¿Por qué? Porque creía que «vivir con la expectativa de la muerte ... sería ... más duro» que vivir con alguna ilusión.<sup>50</sup> Es posible que fuera una postura muy humanitaria, pero también causaba debilidad. Como demuestra lo tardío de las rebeliones de los guetos y campos, la esperanza de sobrevivir actuaba en contra de la resistencia activa; es decir, mientras hubo esperanza, por lo general, la gente optaba por no enfrentarse a las armas alemanas e instaba a los demás judíos a no hacerlo, para no sufrir represalias. En todas partes, los judíos solo tomaron las armas cuando supieron que la alternativa era una muerte segura.

En mayo y junio de 1944, los líderes de los judíos húngaros —y en especial Samu Stern, jefe del Consejo Judío nacional, creado cuando los alemanes ocuparon el país, en marzo de aquel año— también descubrieron qué pasaba en Auschwitz y eligieron no revelar la información pese a que habían empezado las deportaciones desde las zonas rurales. Stern creía que «corría contra el reloj» y su tarea era mantener con vida por lo menos a algunos judíos hasta que el avance de los enemigos de Alemania acabara con los transportes; para que los judíos sobrevivieran hasta entonces, insistió en que debían obedecer a las autoridades; y para asegurarse de que lo hacían, les ocultó el destino que aguardaba a cuantos subían a los trenes.<sup>51</sup> El resultado fue la aniquilación casi completa de los judíos de Hungría, y sin apenas resistencia, porque la deportación alemana avanzó con más rapidez que los ejércitos rusos.

Al evaluar la resistencia de los judíos ante el Holocausto, hay comparaciones ilustrativas. ¿Algún otro grupo perseguido actuó con más determinación a medida que el Holocausto avanzaba? Pensemos en la conducta de los 5,7 millones de prisioneros de guerra soviéticos, de los que

3,3 millones murieron en cautividad de los alemanes (un índice de mortalidad del 58 %). Estuvieron confinados en campos de prisioneros y brigadas de trabajo, y no escenificaron ninguna rebelión de importancia hasta las postrimerías de la guerra, aun a pesar de que ellos, a diferencia de los judíos de los guetos y los estados ocupados, eran casi todos jóvenes y con formación militar. Pensemos igualmente en el comportamiento de los pueblos ocupados de Europa, entre los cuales la resistencia, por lo general, solo cobró impulso después de Stalingrado, es decir, cuando los judíos europeos ya habían muerto en su mayor parte. Incluso en 1943 y 1944, según el estudio más autorizado, solo el 2 % de la población francesa participaba activamente en la Resistencia.<sup>52</sup> Por último, a la hora de evaluar la conducta de los Consejos Judíos, recuérdese que los funcionarios neerlandeses que permanecieron en la jefatura de sus ministerios protestaron por las deportaciones, y amenazaron con presentar la dimisión si estas continuaban, pero no llegaron a reunir el valor necesario para hacerlo.<sup>53</sup> En su lugar, la policía neerlandesa, más los trabajadores de los servicios de ferrocarriles y otros medios de transporte del país, ayudaron a menudo a que los alemanes llevaran a término sus proyectos.

Donde los movimientos de resistencia prosperaron, se dieron por lo general cuatro circunstancias ventajosas: la topografía era favorable (lugares montañosos o muy boscosos, como Yugoslavia o el centro de Francia); gozaban de la simpatía de la población local; había veteranos con formación militar (como los que los alemanes se apresuraron a matar a medida que conquistaban los territorios orientales); y disponían de material suministrado por los Aliados. Los judíos de los guetos, en particular los de Polonia y Ucrania, no contaban con ninguna de estas ventajas.

En suma: ¿por qué no se levantaron en armas con más frecuencia? Porque lo tenían casi todo en contra; porque no supieron ver, o no se atrevieron a aceptar, qué les iba a pasar; porque albergaban una mínima esperanza de sobrevivir, que los tentaba a evitar el suicidio de la resistencia armada, y porque se aferraron a la vida, lo mejor que pudieron, en circunstancias cada vez más adversas. No tenemos derecho a esperar, ni exigir, que se hubieran comportado con más contundencia o más heroísmo. A

fin de cuentas, se hallaban sometidos a una tortura atroz y se enfrentaban a «alternativas sin alternativa» en las que todas las posibilidades de acción parecían proporcionarles más penalidades que alivio.

Permítanme hacer hincapié en este punto de la obligación de abstenerse de juzgar en referencia a dos fotografías icónicas que se reproducen en la Figura 6: la primera, de un niño con gorra de lana, que levanta las manos tras una redada en el gueto de Varsovia; la segunda, de un grupo de habitantes del mismo gueto, a los que los alemanes obligan a andar, con una niña pequeña en el sector delantero derecho de la imagen. Son capturas de fotógrafos alemanes, que se hallaron después de la guerra, en unos pocos ejemplares preservados de un álbum que conmemoraba la supresión del levantamiento y se publicó con el título de *Informe Stroop* (por el apellido del oficial alemán que dirigió esa operación). Las fotos son tan impresionantes que el rasgo más llamativo a menudo pasa por alto: en los dos casos, pese a estar en la fase de liquidación del gueto, se ve a un infante de menos de diez años (de hecho, en la primera imagen se ve a otros tres o cuatro niños más al fondo). Sin embargo, la población del gueto se había reducido del máximo de casi 460.000 de marzo de 1941 a unos 53.000 justo antes de que estallara el levantamiento, en la primavera de 1943; la cifra de los niños había caído de unos 51.000 a menos de 500 (255 niños y 243 niñas).<sup>54</sup> De hecho, la rebelión varsovia se produjo siete meses después de que Rumkowski dijera a los judíos de Łódź que debían entregar a los pequeños menores de diez años; los únicos que se quedaron en Łódź fueron los hijos de los policías y bomberos judíos que colaboraron en la detención de todos los demás, más los de los administradores judíos del gueto. Casi con toda certeza, en Varsovia pasó lo mismo, de modo que los retoños que vemos en esas dos fotografías son hijos de miembros de la administración judía del gueto varsoviano, o con muy buenos contactos; gente con tanta influencia que logró evitar hasta entonces la deportación de sus menores; gente que se había beneficiado de una exención de los nazis al mismo tiempo que, probablemente, había ayudado a organizar la deportación ajena; gente que, posiblemente, mientras su posición les daba alguna perspectiva de sobrevivir, había defendido la necesidad de no ofrecer resistencia. De hecho, sabemos quién era la niña de la segunda foto (no así el niño de la primera). Se apellidaba Neyer, y marcha al lado (de

izquierda a derecha) de su madre, Yehudit; su abuela paterna, y su padre, Avraham, que era miembro del Bund y fue la única persona de la familia que sobrevivió a la guerra.<sup>55</sup> Ahora que el lector está al corriente del origen de la familia, y de lo que sus padres quizá hicieron (o tal vez no), ¿siente acaso, por alguno de ellos, menos simpatía de la que sintió al ver las imágenes por primera vez? Confío en que no.

FIGURA 6  
*Dos fotos del Informe Stroop*





Fuente: Museo del Holocausto (USHMM)

Inmediatamente después del Holocausto, los que sobrevivieron tuvieron bastantes dificultades para comprender esta cuestión, en buena medida porque su dolor era muy reciente y su deseo de imaginar otro resultado posible, muy intenso. Así, surgieron Tribunales de Honor *ad hoc* que aspiraban a desenmascarar y castigar a los supuestos «colaboradores» judíos, en especial a los que se había denominado *Kapos* (que dirigían equipos de trabajo) y a los miembros de los Consejos Judíos y las fuerzas policiales. Uno de estos grupos, en Italia, condenó a dos antiguos integrantes de los Consejos Judíos de Lviv y Będzin y les prohibió ocupar «ninguna posición en la vida pública de los judíos»; un tribunal similar, en la zona de Alemania ocupada por Estados Unidos, llegó a la misma sentencia y castigo para un ex miembro de un Consejo Judío de la Alta Silesia. En Ámsterdam, otro tribunal de esta clase llegó a la misma resolución e impuso el mismo castigo, en 1947, a los antiguos copresidentes del Consejo Judío de esta ciudad neerlandesa: Abraham Asscher, que había sobrevivido a Bergen-Belsen, y David Cohen, que superó la estancia en Theresienstadt.<sup>56</sup> Tres años después, sin embargo, un voto del Comité Permanente de la Organización de la Iglesia Israelita de

los Países Bajos anuló la decisión. Asscher murió poco después, distanciado por entero de la comunidad judía. Cohen continuó defendiendo su comportamiento hasta que falleció, en 1967, ateniéndose siempre a la afirmación poco plausible de que no había tenido conocimiento de los campos de exterminio hasta que lo internaron en Theresienstadt y, por lo tanto, hasta entonces no supo que las personas de las listas de deportación que él preparó se dirigían a una muerte prácticamente segura.

El caso de Rezső (o Rudolf) Kastner, en el Israel de posguerra, creó aún más división y tuvo un resultado más violento.<sup>57</sup> Kastner era un oficial sionista que, en la Budapest de la guerra, ayudó a judíos de otros lugares a refugiarse en Hungría. En mayo de 1944 sabía que era probable que a los judíos deportados de este país se les fuera a asesinar; pero no hizo nada por advertirlos, sino que empezó a negociar con Eichmann para permitir que una cantidad limitada de ellos escapara a ese destino a cambio de pagos en metálico. De esta manera logró salvar a 1.625 personas, incluidas varios cientos de personas originarias de su ciudad natal; su madre, su esposa y sus hermanos, y muchos partidarios del sionismo. Como era un candidato al Parlamento por el Partido Laborista israelí, que estaba en el gobierno, y portavoz de prensa de uno de los ministerios, su comportamiento fue objeto de polémica en la política identitaria y partidista de Israel. En 1952, un veterano periodista llamado Malchiel Gruenwald publicó un opúsculo que atacaba a Kastner por haber colaborado con los nazis y haber salvado a muchos amigos y familiares a cambio de permitir que los judíos húngaros subieran a los trenes con rumbo al norte sin temer por sus vidas. El fiscal general de Israel, a instancias de Kastner, insistió en juzgar a Gruenwald acusándolo de difamación; pero el juez presidente concluyó que Kastner había «vendido el alma al diablo ... incumpliendo deliberadamente su deber ... de revelar a los judíos qué suerte les aguardaba». El Tribunal Supremo del país anuló el veredicto en enero de 1958, con 4 votos favorables y 1 en contra, alegando que «la voluntad [de Kastner] se dirigía al bien y no al mal, al rescate y no al exterminio». La exoneración llegó tarde para Kastner, que había sido asesinado diez meses antes.

Los pocos líderes judíos de guetos o consejos que cayeron con vida en manos de la Unión Soviética también se enfrentaron a una justicia sumaria.<sup>58</sup> Moshe Kopelman, jefe de la policía del gueto de Kaunas de 1941 a 1943, logró huir en la fase de destrucción de la judería, en julio de 1944. Dos meses más tarde, el Ejército Rojo lo apresó; fue acusado de colaboracionista y condenado a quince años de trabajos forzados, pese a que otros supervivientes de Kaunas, más de setenta, suplicaron clemencia; casi exactamente un año después, Kopelman falleció en un campo de Siberia. Los soviéticos condenaron a muerte a Walter Lustig, el último líder de cuanto quedaba de la Reichsvereinigung de Berlín, por supuesta colaboración, y lo ejecutaron en diciembre de 1945.

Aunque los jueces soviéticos pronunciaban de buena gana esta clase de sentencias, David Ben-Gurion, el primer ministro de Israel, se expresó con más sabiduría en dos cartas que escribió, una justo después del veredicto final del caso de Kastner, otra casi cinco años más tarde.<sup>59</sup> Afirmó: «Yo no me atrevería a juzgar a ninguno de los judíos que estuvieron allí. Los judíos que vivieron en circunstancias de seguridad durante el tiempo de Hitler no pueden juzgar ni a los hermanos que fueron incinerados o masacrados ni a los que se salvaron ... La tragedia es más profunda que un abismo y a los miembros de nuestra generación que no probaron ese infierno les convendría más (en mi modesta opinión) guardar silencio con humildad y pesar». Con el paso de los años, la mayoría de los israelíes acabó aceptando la sugerencia de Ben-Gurion. Aunque la Knéset, el Parlamento de Israel, aprobó en 1950 una «Ley de Castigo a los nazis y los colaboradores del nazismo», el último juicio de un judío acusado de violar esta norma se produjo en 1964.<sup>60</sup>

## EL MUNDO DE LOS CAMPOS

No se puede escribir sobre el Holocausto, ni sobre la sumisión o resistencia, sin analizar el sistema de los campos de concentración; pero es un tema que deprime, genera confusión y a menudo resulta inaccesible. Probablemente también es el aspecto del Holocausto sobre el que la opinión pública en general tiene una imagen más errónea; para empezar, porque las películas no

suelen atreverse a representar la realidad en toda su repulsión, con lo cual la inmensa mayoría presentan distorsiones. Es de creer que el pecado principal, en este campo, debe atribuirse a *La vida es bella*, Oscar incluido; pero también *La lista de Schindler* optó por modificar el campo de Płaszów por razones de simbolismo artístico (en realidad, la residencia del comandante Göth quedaba algo por debajo de la mayor parte del campo, con lo que al apuntar hacia los prisioneros Göth dirigía el rifle hacia arriba, no hacia abajo).

Existía una gran diversidad de campos, y unos pocos, en especial Auschwitz y Majdanek, combinaban todas las variedades. De hecho, la cantidad de campos en sí asciende a una cifra asombrosa: solía decirse que, en 1945, el paisaje alemán estaba salpicado por más de un millar, pero si se incluyen todos los lugares identificados por el museo estadounidense del Holocausto —que está publicando una enciclopedia colosal, en multitud de volúmenes, sobre los campos y guetos— el total de centros existentes en un momento u otro en Alemania y la Europa ocupada asciende a unos 40.000.<sup>61</sup> En suma, los campos no eran raros ni invisibles, sino una presencia habitual —constante, de hecho— en todo el continente y el seno del Reich. No siempre estaban del todo aislados de los alrededores, sino que en muchos casos se podía entrar, e incluso recibían las visitas e inspecciones de los dignatarios locales.

En el núcleo del sistema estaban los campos creados para los presos políticos, personas a las que el régimen nazi consideraba amenazadoras o desleales; primero en la propia Alemania (por ejemplo Dachau, Buchenwald, Sachsenhausen, Gross-Rosen, Flossenbürg y Ravensbrück) y luego en las regiones anexionadas y ocupadas (por ejemplo Mauthausen en Austria, Westerbork en los Países Bajos, Natzweiler en Alsacia, Theresienstadt en Bohemia, Stutthof en el norte de Polonia). Estas instalaciones, con sus centros satélite, alojaban a menos de 22.000 personas cuando empezó la guerra, en 1939; pero durante la contienda sufrieron una metástasis y la cifra ascendió a más de 714.000 en enero de 1945 (el 28 % de esta última cantidad eran mujeres). Sin incluir a los judíos, alrededor de 1,65 millones de personas pasaron por el sistema de campos entre 1933 y 1945; cerca de un millón pereció.<sup>62</sup> Para los judíos, el índice de supervivencia fue muy inferior: a lo

sumo, unos 150.000 judíos (pero probablemente, menos) salieron con vida de estos campos iniciales, de los casi cuatro millones a los que se envió allí.<sup>63</sup> En los espacios dedicados en exclusiva al asesinato —las «fábricas de la muerte»—, el índice de supervivencia era infinitesimal: cuando acabó la segunda guerra mundial quizá tan solo seguían con vida siete de las personas enviadas a Chełmno y dos de las que habían pasado por Bełżec.<sup>64</sup>

En el interior de los campos se desarrolló un sistema de gobierno indirecto sumamente estratificado, en el que los oficiales nazis eran una presencia temida, pero por lo general distante, y la gestión de los presos se delegaba en figuras privilegiadas dentro de este último colectivo. Estos reclusos «funcionarios» suelen ocupar en el recuerdo de los supervivientes un lugar mucho más vívido —y odioso— que el personal de las SS. Los equipos de trabajo estaban dirigidos por un *Kapo*, y los barracones o «bloques», por el «mayor» o «más viejo» (el *Blockältester*). Por lo general, las SS seleccionaban a estas personas entre los encarcelados por delitos políticos o criminales. De hecho, en los campos surgió una jerarquía de categorías de presos, con cada grupo claramente identificado por el color de los triángulos cosidos en su ropa o uniforme, al lado del número personal de cada recluso.<sup>65</sup> Los presos políticos llevaban un triángulo rojo; los criminales, verde; los «asociales», negro; los homosexuales, rosa; los testigos de Jehová, púrpura; los sintis y romaníes, marrón; y los judíos, un triángulo amarillo, a veces en solitario, a veces combinado con uno de otro color.

En un contexto de comida insuficiente y trabajo demoledor, la competencia por los favores abundaba y la corrupción era endémica. Los rojos, verdes y negros luchaban sin descanso por controlar las tareas de confianza más importantes; no solo como *Kapos* y jefes de bloque, sino también como personal de secretaría en las oficinas centrales (donde un preso podía obtener información importante) o empleado en las cocinas (donde se podía conseguir algo más de comida). Habitualmente, cuando los rojos estaban al cargo, las condiciones mejoraban, en especial para los otros presos de la misma cuerda política. Hermann Langbein, que fue preso político en Dachau, Auschwitz y Neuengamme, nos ha legado un vivaz retrato de la batalla por los puestos de confianza, y las consecuencias derivadas, en su *People in Auschwitz* («Gente de Auschwitz»)<sup>66</sup> En todo caso, fueran quienes

fuesen los elegidos para estos puestos, casi nunca eran judíos; estos ocupaban el fondo de la pirámide social, junto con los gais. Aquí, como en los guetos, el instinto más primordial de la propia preservación se veía estimulado por el sistema de miedo y privación constante, y a menudo la supervivencia parecía exigir el sacrificio de otros.

Probablemente, llegados a este punto, el presente libro debería abordar la cuestión de las «otras víctimas» del Holocausto, aunque hacerlo supone una digresión parcial frente al tema nuclear de este capítulo. Hasta ahora, como víctimas del Holocausto, hemos hablado exclusivamente de los judíos y aquellas personas con discapacidades a las que se dirigió la campaña T4, a pesar de que en la mayor parte de museos y monumentos conmemorativos de Estados Unidos también se hace referencia a los otros grupos que tuvieron un triángulo propio, y en particular a los testigos de Jehová (que los alemanes denominaron *Bibelforscher*, «estudiosos de la Biblia»), los sintis y romaníes (coloquialmente, los «gitanos»)\* y los homosexuales. Aunque es cierto que el nazismo atacó a estos grupos, no lo hizo por la misma razón por la que agredió a los judíos, ni con la misma intensidad o alcance. Los nazis no consideraban que ninguno de estos grupos, ni de lejos, representara una amenaza para el poder alemán similar a la que a su juicio representaban los judíos; en consecuencia, no procuraron asesinarlos a todos. Además, los nazis creían que los delitos de estos grupos eran de conducta, no de esencia; por lo tanto, si abandonaban la conducta ofensiva, a menudo se les perdonaba la vida, mientras que las personas de origen judío no tenían esta posibilidad. Así, el Tercer Reich atacó a los testigos de Jehová porque eran pacifistas; si se desdecían y aceptaban servir en el ejército, eran bienvenidos, aunque muy pocos (si alguno llegó a hacerlo) se aprovecharon de esta oportunidad.

Por su parte, los sintis y romaníes, en su mayoría, resultaban impuros a ojos de los alemanes; pero no todos ellos, por lo cual a algunos los mataron pero a otros los dejaron vivir.<sup>67</sup> De hecho, hasta entrado 1943, el régimen nazi permitió incluso que algunos gitanos alemanes permanecieran en las fuerzas armadas; en última instancia, se calcula que el Reich deportó y asesinó a unos dos tercios, y dejó en paz al otro tercio. En la mayoría de los países ocupados, las redadas se limitaban a los gitanos itinerantes; a los que tenían residencias estables y continuas no se los molestaba. Así, en la Europa

occidental, los índices de deportación de los sintis y romaníes no fueron muy altos. Más al este no hubo coherencia, pero aun así el porcentaje de población gitana asesinado fue muy inferior al de la población judía. De los casi 12.000 gitanos identificados en el Protectorado de Bohemia y Moravia, controlado por los alemanes, se encerró en campos y asesinó a entre 5.000 y 7.000, en 1943; en la Polonia ocupada y anexionada, al parecer se mató a 8.000 del total de 28.000; en la Serbia ocupada, a 20.000 de 150.000; en Hungría, quizá, a 30.000 de unos 300.000. El espacio más letal fue la Unión Soviética ocupada, pero incluso aquí hubo claras diferencias en el tiempo y el espacio. En Crimea murieron casi todos los gitanos, pero más al norte los sedentarios tendieron a sobrevivir, y a los gitanos musulmanes, en ocasiones, se les trataba distinto que a los demás (como sucedió en Croacia). Dos tercios de los gitanos de Lituania sobrevivieron a la ocupación alemana, pero en Letonia o Estonia prácticamente ninguno lo consiguió. Como indicio del carácter arbitrario y caprichoso del trato que los nazis dieron a los gitanos, véase el ejemplo de los seis romaníes deportados de la región fronteriza entre el Warthegau y el Gobierno General en 1940 y enviados a un campo de trabajo en Bełżec. En lugar de obligarlos a trabajar y, más adelante, gasearlos en el campo de exterminio que se creó allí al lado al año siguiente, estos gitanos fueron liberados con la advertencia de que, si volvían a encontrarlos dentro del territorio alemán sin un permiso oficial, los detendrían de nuevo. No solo vivieron para volver a Alemania una vez acabada la guerra, sino que pudieron reclamar a un gobierno estatal para que les restituyera las posesiones perdidas. En general, pues, los nazis asesinaron a gitanos —incluidos 20.000 a los que se envió a Auschwitz—, pero no de forma sistemática. Los cálculos del total de muertos en el conjunto de la Europa nazi oscilan entre los 200.000 y los 500.000. Aunque los historiadores no están seguros de cuál era su población total en 1939, sin duda el porcentaje que pereció estuvo muy por debajo de la cifra de los dos tercios (como entre los judíos de Europa); probablemente perdió la vida entre una cuarta y una quinta parte.

El trato dado a los homosexuales también fue mucho menos severo y arrollador, como norma, que el que recibieron los judíos.<sup>68</sup> En primer lugar, el régimen nazi se preocupó, casi exclusivamente, de los hombres de la propia Alemania y sus parejas. En los países ocupados se persiguió a muy

pocos homosexuales. En los Países Bajos, por ejemplo, entre 1940 y 1943, tan solo hubo 138 juicios, con 90 condenas. La prohibición legal de las relaciones carnales entre personas del mismo sexo —el epígrafe 175 del Código Penal— no incluía a las mujeres, de modo que solo un número relativamente escaso de lesbianas atrajo la atención y hostilidad del régimen. Por otro lado, fuera de Alemania los nazis reaccionaron con satisfacción cuando un gobierno clientelar emitía nuevas regulaciones que criminalizaban el sexo entre varones —como hizo la Francia de Vichy en 1942—, pero el régimen nazi no instó a esos gabinetes a actuar así, a diferencia de lo que sí hizo, por supuesto, al presionarlos para que deportaran a los judíos. Incluso dentro de Alemania, la persecución fue irregular. Las autoridades nazis calculaban que, en 1933, había en el país unos dos millones de homosexuales (en torno al 6,25 % de la población masculina, a la sazón de casi 32 millones). La población masculina total se incrementó hasta los casi 38 millones de 1939, en gran medida gracias a las anexiones de Austria y lo que había sido el oeste de Checoslovaquia; si suponemos un porcentaje igual, hablamos de casi 2,4 millones de gais. Pero entre 1933 y 1945 el Tercer Reich solo detuvo a 100.000 hombres al amparo del epígrafe 175; solo condenó a unos 50.000; y solo envió a los campos a unos 10.000, de los que perecieron 6.000.

Los homosexuales atrapados en este sistema sufrieron un castigo atroz, sin duda, pero representaban una porción diminuta de la población afectada. ¿Por qué? Porque a los nazis solo les preocupaba su comportamiento, no su naturaleza. De hecho, hasta por lo menos 1943 —cuando algunas pruebas documentales sugieren que empezó a albergar dudas al respecto—, Himmler creía que a la mayoría de los gais se les podía «curar» si se les daban los incentivos adecuados. El objetivo de los nazis era eliminar su conducta en Alemania, por medio de la intimidación, el castigo, la reeducación y, en los casos considerados «incurables» (de los condenados repetidamente), la castración o la muerte. Como se ha dicho en la jerga de la rehabilitación juvenil, se pretendía «corregirlos del susto». Matarlos a todos no hacía ninguna falta. Resultaba aún menos necesario en los países ocupados, porque el pecado capital de un alemán homosexual era que no procreara y, en los territorios ocupados, por el contrario, se consideraba deseable que la

población nativa no se reprodujera. De hecho, las autoridades alemanas sopesaron brevemente, en 1939, despenalizar el sexo entre varones en la Polonia ocupada. La organización que los nazis fundaron en 1936 para perseguir la homosexualidad tiene un nombre revelador de por sí: Reichszentrale zur Bekämpfung der Homosexualität und Abtreibung, es decir: Oficina Central para la Lucha contra la Homosexualidad y el Aborto. A diferencia de los judíos, los hombres homosexuales, en su totalidad, no tenían que morir porque fueran enemigos inmutables del *Volk* alemán. Si un homosexual no salía del armario, podía vivir en Alemania; y los gais extranjeros que no establecían relaciones con los civiles alemanes o el personal militar del país, a los nazis, les dejaban indiferentes.

Todo esto equivale a decir que el nazismo actuó contra muchos grupos, pero no contra todos de la misma manera. En todo caso, cuando los testigos de Jehová, gitanos y homosexuales sí quedaban atrapados en la maquinaria de los campos, tenían mucho en común unos con otros y con los judíos. Eran los grupos más explotados, los grupos a los que, de forma persistente, se trataba peor, y los que menos posibilidades tenían de mejorar su situación.

Otro grupo de reclusos del sistema de campos cuya cantidad se incrementó de forma exponencial a medida que pasaron los años fueron los eslavos, que sin embargo no contaban con un triángulo específico, en buena medida porque se les solía calificar como presos «políticos» o bien como «asociales». Algunos autores han tenido en cuenta su presencia hasta el punto de sumarla a las otras víctimas del Holocausto; la formulación más famosa al respecto es la de Simon Wiesenthal, cuando afirmó que el Holocausto causó once millones de víctimas: seis millones de judíos y otros cinco millones de personas, en su mayoría eslavos. Pero es un número ficticio, porque las bajas que sufrió la población civil de la Unión Soviética, por sí solas, ascendieron a más de diez millones de personas, y porque no todos los eslavos eran iguales, a ojos de los nazis.<sup>69</sup> La teoría nazi condenaba a algunos, en última instancia, al exterminio —sobre todo a los polacos, rusos y serbios—, pero solo con el paso del tiempo: cuando los colonos alemanes de los territorios orientales conquistados se hubieran multiplicado de tal forma que ya no necesitaran disponer de eslavos esclavizados. El «Plan General del Este» de Himmler preveía reducir la población polaca en un 85 %; la bielorrusa, el 75 %; la

ucraniana, el 65 %, y la checoslovaca, el 50 %. Pero para los nazis, otros eslavos eran aliados «raciales» valiosos, en particular los búlgaros, croatas, eslovacos y algunos ucranianos. Hitler y Himmler creían incluso que a muchos checoslovacos y un buen número de polacos se los podría «alemanizar» (*germanisieren*), es decir, que pasarían a hablar alemán y se asimilarían racialmente.

En suma, aunque los campos contenían muchos tipos distintos de personas, y todas ellas quedaron sometidas a un padecimiento terrible, ningún otro grupo recibió un ataque tan completo y sistemático como los judíos. Ni siquiera la población de los sanatorios y las instituciones mentales de Alemania sufrió un índice de mortalidad comparable al de los judíos de Europa.

Para analizar los campos, es preciso recordar cómo llegaban a ellos los reclusos: por lo general, muertos de sed y de hambre, después de varios días de viajar en vagones sofocantes y abarrotados de personas que lloraban, gritaban e incluso sufrían accesos de locura, muchas de ellas moribundas o hasta ya muertas.<sup>70</sup> Los deportados de los guetos polacos tuvieron que soportar estas circunstancias después de varios meses de un agotador aferrarse a la vida en condiciones solo ligeramente mejores. A veces, algunos deportados acogían la nueva suerte con sensación de alivio, por mucho que temieran lo peor, pues se atenían al proverbio alemán de «vale más acabar con horror que un horror inacabable». Digámoslo sin ambages: en personas que habían sufrido un trato tan brutal, tanto antes como durante la deportación, apenas quedaban ánimos para luchar. Esperar que hubieran ofrecido resistencia de forma intensa y colectiva cuando bajaban de los trenes en Auschwitz o Bełżec o Treblinka supone hacer caso omiso de las circunstancias por las que habían pasado.

Para comprender el comportamiento de aquellos a los que se admitió en los campos es necesario recordar un comentario fundamental del historiador Michael Marrus: se trataba de «la estructura más absolutamente totalitaria jamás concebida por el hombre».<sup>71</sup> Los internos quedaban aplastados por esa estructura, destrozados por el agotamiento, el hambre, el frío y el calor extremos y las enfermedades, y aislados por completo de la ayuda exterior. Cualquier infracción, incluso de la más trivial de las normas, comportaba que

se aplicara la doctrina nazi de la responsabilidad colectiva: un castigo cruel de grupos enteros de reclusos, no solo de los que habían desobedecido. Las sanciones constaban de palizas y azotes, obligación de formar bajo cualquier clase de tiempo, ahorcamientos colectivos y dos actos especialmente horribles: arrojar a personas vivas a los crematorios y, en invierno, atar a los reclusos a postes o cuerdas colgantes y rociarlos con agua que se congelaba y mataba de frío a las víctimas. No en vano un superviviente de Auschwitz describió el campo como «una combinación del Infierno y un psiquiátrico».<sup>72</sup>

Los presos, como los habitantes de los guetos, estaban acobardados; el temor constante a que cualquier acto de resistencia o mero incumplimiento de una orden provocara más sufrimiento del ya imperante generaba división entre ellos. Esto explica las vacilaciones que se dieron en todas las organizaciones clandestinas de los campos, siempre cautelosas y con cambios de planes constantes. Por ejemplo, los habitantes del «campo familiar» de los judíos checoslovacos de Auschwitz, que duró varios meses, se prepararon a fondo para rebelarse en el momento en que se supiera que el gaseado era inminente.<sup>73</sup> Pero cuando llegó la noticia, la voluntad flaqueó, pues los organizadores temían que, si iniciaban una batalla campal contra los alemanes, los niños lo pagarán. A la postre, fueron a las cámaras de gas sin incidentes.

Quien pese a todo confiara en resistirse, debía enfrentarse a la omnipresencia de los espías, motivados por la perspectiva de las recompensas que los guardias alemanes les darían a cambio de desvelar una conjuración: un mendrugo adicional, unas horas de sueño, un paquete de cigarrillos o quedar exento de una selección. Los prisioneros también debían lidiar con sus diferencias nacionales y lingüísticas, que generaban tensiones en la coordinación y dificultades comunicativas. Por otro lado, como sugiere el ejemplo del campo familiar checoslovaco, los guardias nazis eran relativamente pocos, pero sumamente poderosos, es decir: con gran capacidad de intimidar. Vale la pena recordar aquí que ninguna de las rebeliones de los campos tuvo éxito de verdad. Incluso cuando la contienda estaba ya a punto de terminar, el 2 de febrero de 1945, cuando 419 prisioneros de guerra soviéticos, pese a la debilidad, lograron huir de Mauthausen, el régimen nazi los cazó a casi todos; ocho semanas más tarde,

cuando se puso fin al conflicto, solo once de ellos seguían con vida.<sup>74</sup> Anteriormente hemos visto también cuán pocas personas sobrevivieron a las rebeliones de Sobibór y Treblinka, en 1943, y de Auschwitz, a finales de 1944.

La única forma de resistir con éxito pasaba por huir de los campos, pero era una empresa plagada de dificultades.<sup>75</sup> Solo se sabe de cinco personas que lograran escapar de Belzec y, de ellas, las dos que sobrevivieron a la guerra en realidad no huyeron del campo en sí: Rudolf Reder se escabulló cuando lo enviaron a una ciudad próxima a recoger materiales de construcción y, mientras el grupo de vigilantes se marchaba a cenar, lo dejaron bajo la custodia de un guardia soñoliento; Chaim Hirszman saltó de un tren que lo llevaba de Belzec a Sobibór. Treblinka fue un campo más poroso, porque la valla no estaba ni electrificada ni equipada con alarmas; pero de las varias docenas de personas que se escaparon, solo un puñado sobrevivió durante bastante tiempo, porque o bien se refugiaron en guetos que luego resultaron aniquilados o bien los alemanes no tardaron en atraparlos de nuevo. Sobibór, por su parte, estaba cercado por un campo de minas, lo que dificultaba sobremanera la huida. En Auschwitz, el campo de exterminio mejor custodiado de todos, hubo un mínimo de 802 intentos de huida, de los que al menos 144 tuvieron éxito. Los judíos, que en la segunda mitad de 1942 constituían el 50 % de la población del campo, y desde entonces una mayoría, solo representaron 115 de los intentos (el 15 %) y tan solo 4 de los éxitos conocidos (3 %). Estas cifras son muy reveladoras sobre la jerarquía, la gradación del padecimiento y el limitado papel de los judíos en la resistencia clandestina de los campos. En todos estos lugares, las represalias por un intento de fuga eran feroces: desde los ahorcamientos y las palizas públicas de los prisioneros detenidos (o supuestos planificadores de nuevos intentos de escapada) hasta la simple práctica de matar a diez internos por cada huido (o a uno de cada diez reclusos del campo). Ante estos números, el balance final de los intentos de huida parece problemático, salvo por una consideración: los que escaparon de los campos de exterminio del monóxido de carbono eran prácticamente las únicas personas que, acabada la segunda guerra mundial, podían testificar personalmente contra los asesinos y, con ello, lograr la condena y el castigo de por lo menos algunos.

Dentro de los campos, además de con la potencia de fuego de sus armas, los nazis retuvieron el control completo gracias a tres circunstancias. La primera fue el modo en que las condiciones imperantes en los campos se concibieron para que la gente perdiera la dignidad propia —de hecho, la conciencia del yo—, deshumanizarla hasta el punto de que se tornara fatalista y resignada. Todo —desde la insistencia en que los reclusos se identificaran siempre con el número, no el nombre, y nadie se dirigiera a ellos de otro modo; pasando por los constantes abusos verbales de los *Kapos* y los guardias, o por negar el permiso de ir a las letrinas cuando alguien lo necesitaba; hasta las ropas y camas inmundas y llenas de piojos—, todo respondía a la intención de lograr ese resultado degradante. A los que sufrían esa transformación se les llamaba *Muselmänner*, que literalmente significa «moros», al parecer porque los internos que inventaron el nombre creían que la cultura musulmana comportaba aceptar de esa forma todo lo que a uno le ocurría. Cuando una persona perdía la voluntad activa de vivir, perdía también la utilidad para cualquier posible movimiento de resistencia y, peor aún, también para los propios nazis, lo que lo condenaba a una muerte segura. Después de la guerra, Hanna Lévy-Hass, que estuvo en Bergen-Belsen en 1944 y 1945, recordaba que la vida en el campo apagaba a la gente, le apagaba incluso la memoria: «ya no recordamos nuestro propio pasado. Da igual cuánto me esfuerce por reconstruir algo, por ínfimo que sea ... ni un solo recuerdo me acude a la memoria ... Han logrado matar en nosotros no solo el derecho a vivir en el presente ... sino ... toda sensación de haber sido humanos en el pasado ... revuelvo las cosas en la cabeza, quiero ... pero no consigo recordar absolutamente nada». <sup>76</sup>

La segunda arma crucial en manos de los guardias era la capacidad de extenuar a los presos. Por eso debían ir a pie al trabajo y desde este, en largas caminatas; por eso se les imponían jornadas laborales aún más prolongadas, se les encargaba abrir zanjas y ejecutar obras industriales, se les hacía formar incesantemente, se les daban literas insuficientes, se les obligaba a hacer ejercicios al empezar y acabar la jornada laboral, y sùmese aún la malnutrición. Los reclusos iban tan agotados que no podían pensar, no digamos planear proyectos de resistencia.

Un tercer instrumento en manos de los jefes nazis —según han sostenido algunos psicólogos— era que los presos tuvieran conciencia de que, sin que mediara falta por su parte, se les había consignado en un universo negativo y arbitrario. Esto explica el impacto poderoso del famoso incidente en el que Primo Levi, al poco de llegar a Auschwitz, pregunta: «¿Por qué?», cuando contempla un acto de suma mezquindad, y se le responde: «Aquí no hay porqués».<sup>77</sup> Aunque los prisioneros acertaban al pensar que no merecían aquel destino, la idea tendía a provocar autocompasión y parálisis; obsesionarse por la injusticia de la situación y comprender que nada podía persuadir a los nazis conducía a la desesperación y hacía renunciar al deseo de sobrevivir.

¿Quién sobrevivió, entonces? A grandes rasgos: los que llegaron más tarde, los que tuvieron suerte y los mejor conectados. Los que tuvieron más posibilidades de salir con vida fueron los que entraron a los campos en, digamos, 1944, y eran relativamente jóvenes (pero tampoco demasiado). También los que tuvieron suerte en el reparto de los trabajos, como las mujeres enviadas a la filial de Degussa en Gliwice, como se ha descrito en páginas anteriores. Y los que tuvieron aliados en posiciones de confianza importantes, hecho que favoreció que sobrevivieran menos los judíos que los no judíos. Por lo general, los no judíos cuidaban de sí mismos e hicieron poco por ayudar a los judíos. Rudolf Vrba, que en abril de 1944 fue uno de los escasísimos judíos que logró escapar de Auschwitz, lo recordaba sin ambages: «en el campo, la resistencia no aspira a una rebelión, sino a que sobrevivan los miembros de la resistencia».<sup>78</sup> Incluso en los campos en los que hubo un sector clandestino, esto apenas frenó el Holocausto. En Auschwitz perdieron la vida 75.000 polacos, alrededor de un tercio de los que fueron enviados allí; pero probablemente costó la vida a cuatro quintas partes de los judíos que en algún momento estuvieron recluidos en el campo.<sup>79</sup> Si añadimos a los judíos que ni siquiera fueron admitidos en el campo, sino que fueron asesinados nada más llegar, entonces la tasa de mortalidad de los judíos, en Auschwitz, superó el 90 %.

Por descontado, nunca podremos conocer plenamente la realidad de la vida en los campos, ni evaluar con precisión qué hizo falta para sobrevivir. En primer lugar, las pruebas disponibles son parciales; derivan de los escritos

y testimonios de quienes sí sobrevivieron y, por lo tanto, la fuente puede estar sesgada de algún modo. Lo que a ellos les funcionó quizá le salió mal a un número incontable de personas: sencillamente no sabemos cuántas personas probaron un mismo método sin éxito. En segundo lugar, es evidente que, a menudo, la supervivencia tuvo un carácter arbitrario y puramente fortuito: cuestión de poseer unos conocimientos que los alemanes necesitaban en un momento dado, de aterrizar en un equipo de trabajo concreto por un golpe de suerte, de gozar del favor de un oficial importante o un *Kapo* de influencia, por la razón que fuera, o por un simple capricho de estos. Zev Weiss sobrevivió a Auschwitz, según su propio relato, porque determinada orden de que todo su barracón se congregara despertó sus sospechas, de modo que se escabulló por una rendija de la pared, se unió a los presos de otro barracón y logró registrarse con ellos en lugar de un preso muerto o en paradero desconocido (lo que, dicho sea de paso, era una forma de resistencia no infrecuente en los campos). Weiss no sabría decir qué le hizo actuar de ese modo en ese momento, pero lo que está claro es que le salvó la vida: los moradores del barracón del que había huido, sin apenas excepción, acabaron en la cámara de gas. Según ha escrito Göran Rosenberg, cuyo padre y madre sobrevivieron a Auschwitz: «De Auschwitz solo se sale por caminos improbables».<sup>80</sup>

El texto más persuasivo sobre esta materia sigue siendo *The Survivor* («El superviviente»), de Terrence des Pres, que se publicó en 1976. Des Pres vio cuatro elementos claves que determinaban quién sobrevivía a los campos. El primero era descubrir un propósito: el de dar testimonio. Anotar los sucesos diarios ayudaba a los reclusos tanto a preservar la esperanza y la visión de futuro, como a trascender el horror que los rodeaba. Pensar en el futuro también era en sí un acto de resistencia; los nazis solían burlarse de los internos afirmando que nadie sabría nunca qué les había pasado. Actuar sin más como si se pudiera demostrar que los nazis estaban en un error ayudaba a los internos a mantener la voluntad de vivir y el respeto propio derivado del hecho de desafiar la anonimidad.

Un segundo determinante de la supervivencia pasaba por comprender que era esencial cumplir con las apariencias. Para ello era crucial apreciar que uno de los fines del campo era degradar a las personas, hacer que se sintieran

sucias y avergonzadas, y luego castigarlas por ser de esa manera. Apenas había lugares donde lavarse. Las letrinas eran rudimentarias y no se podía acceder con libertad: se torturaba a los internos negándoles la posibilidad de evacuar salvo en dos ocasiones permitidas al día, a la vez que se les alimentaba y hacía trabajar de forma que la disentería campaba sin control. Los presos debían ocultar los excrementos en la ropa o, discretamente, en los únicos recipientes disponibles —los platos de la comida— y tenían que centrar el pensamiento en controlar el intestino. Esta clase de entorno destruía el respeto por uno mismo y agigantaba las urgencias cotidianas de tal modo que casi nadie disponía de la energía mental necesaria para contemplar la resistencia directa. Des Pres describe todo esto bajo el título de «asalto excrementicio» y sostiene que quienes lo comprendían tenían más posibilidades de sobrevivir.<sup>81</sup> Se lavaban, por hedionda que fuera el agua. Se ataban con firmeza los míseros zuecos a las ropas harapientas, no solo para evitar que las SS los seleccionaran, sino también para preservar la conciencia de sí mismos.

Un tercer elemento clave para no sucumbir al sistema de los campos era asumir la conmoción inicial. Los estudios sobre mortalidad de los presos que se han realizado después de la obra de Des Pres lo confirman: los que superaban los tres primeros meses tenían más posibilidades de sobrevivir que los demás. Cuando el duelo o el pesar no acarreaban el rechazo existencial, una persona podía tener tiempo de recomponerse; dicho de otra manera, cuando el destino preservaba a una persona el tiempo necesario para que se recuperase del duelo y el pesar, la supervivencia dejaba de ser imposible. Todo esto entrañaba una gran complejidad, pues por lo general la gente arrojada al entorno novedoso de los campos tendía a negar la realidad, a vivirlo como si fuera una pesadilla. Esto, con frecuencia, resultaba fatal. La mejor protección era la vigilancia; no ceder a la conmoción era indispensable para la existencia. Los que lograban completar esta transición tenían más posibilidades de desarrollar la capacidad de actuar en estado de alerta y sin ilusiones: de tomar cada día según venía. La diferencia entre vivir y morir, a veces, estaba entre los que calculaban la suerte más probable, y por lo tanto perdían la esperanza, y los que consideraban que una posibilidad entre cien, o incluso entre mil, de sobrevivir ya era suficiente. Como es de esperar, tanto

los datos estadísticos como las memorias de los reclusos indican que era más probable superar el choque inicial cuando uno llegaba al campo con un tiempo relativamente favorable: durante la primavera o el verano, no en lo más duro del invierno.

Des Pres sostiene que una cuarta clave de la supervivencia era descubrir lo que él denominó un medio de vivir simultáneamente según las condiciones de la existencia y en contra de ellas: según las normas, para no ser eliminado; en contra, con el mismo fin. Tanto un extremo como el otro —la sumisión total a las reglas o el desafío franco— comportaban la muerte. Había que aprender a vivir en los márgenes, a «organizarse», según se decía en la jerga del campo. Así, había que aprender a recurrir a los sobornos, el contrabando, el trueque útil; todo ello dependía de la capacidad de crear o sumarse a pequeñas redes de prisioneros que se ayudaban mutuamente. En Auschwitz, las redes de supervivencia, por lo general, incluían a algún miembro del «Canadá». Se trataba del grupo que ordenaba las posesiones de los deportados gaseados, en almacenes gigantescos situados en una franja lateral del campo de Birkenau, que los internos llamaban «Canadá» porque imaginaban esta nación como un País de Jauja de los recursos naturales. Cada día, estos trabajadores lograban hurtar comida, ropa y objetos de valor pese a que los guardias de las SS realizaban como mínimo tres rondas de inspección. Estos hurtos, junto con los acuerdos corruptos con algunos de los guardias, eran la base principal del extenso mercado negro de los campos, que por lo general implicaba pequeños objetos valiosos: cosas tales como agujas y cuchillos, terrones de azúcar, sacarina, pastillas de caldo...

Otro aspecto crucial de aprender a vivir de acuerdo con el sistema y a la vez en contra era saber cuándo convenía mentir para lograr la clase de trabajo administrativo, o un empleo favorable en un almacén, que pudiera conservarlo a uno con vida. Cuando los alemanes preguntaban a los presos que llegaban en los trenes si había entre ellos farmacéuticos, o sastres, o carpinteros, u operarios de máquinas, había que estar listo para dar un paso adelante, cumpliera uno esa condición o no; solo lograba preservar la vida el que evitaba el trabajo físico más duro (que, a tenor de las raciones habituales, consumía a los prisioneros, o bien degeneraba en palizas y fusilamientos en los sitios de trabajo). Otra forma de nadar y guardar la ropa era la de los

*Kapos*, que aprendían a parecer crueles con los internos, cuando estaban delante del personal de las SS, para protegerse de estos últimos. Las memorias nos hablan de un sistema de «contraadministración» en el que los presos de confianza que trabajaban en las oficinas y hospitales de los campos aparentaban seguir al pie de la letra las órdenes de las SS, pero hallaban la manera de ocultar o cambiar la identidad de un preso, o falsificar un diagnóstico. Por supuesto, no todos los presos situados en una posición clave ayudaban a los demás internos, pero el sistema de solidaridad contaba con el refuerzo de saber que los reclusos podían vengarse de los colaboradores cuando las SS no anduvieran por el lugar. Una de las tácticas favoritas, en Auschwitz, era empujar a estos cómplices a las letrinas descubiertas, donde se ahogaban, y simular un accidente. En prácticamente todos los campos también surgió un sistema de inteligencia, formado por reclusos que hacían trabajos de oficina para las SS y presos especializados en las obras de reparación de los barracones. Parecían estar al servicio de la administración del campo, pero entre tanto recopilaban información sobre el funcionamiento del lugar o los hechos del mundo exterior, y la iban difundiendo.

Por último, Primo Levi y otros autores han hecho hincapié en que, a menudo, la supervivencia dependió de «emparejarse» con otro preso,<sup>82</sup> de modo que cada uno cuidaba del otro y, al mismo tiempo, se mantenían a raya las múltiples formas en las que el campo aplastaba todo sentimiento de solidaridad.

Des Pres y los supervivientes que nos han legado sus memorias quizá tengan razón a este respecto. Pero otras muchas noticias de supervivientes afirman que no saben cómo superaron la estancia en los campos, que no recuerdan haber adoptado una estrategia de supervivencia, que no pueden decir por qué ellos vivieron y otros no. Solo recuerdan una especie de aturdimiento inacabable, un estado de suspensión casi plena de la animación mental, que solo se rompió cuando los liberaron, al acabar la guerra.

En resumen: los presos de los campos desarrollaron una serie de mecanismos de supervivencia, pero lo tenían casi todo en contra, al igual que en los guetos. En ambos emplazamientos, lo probable era morir, tarde o temprano, salvo que los Aliados llegaran primero. La explicación principal de por qué la resistencia nunca cristalizó en una forma que interrumpiera el

funcionamiento de la maquinaria asesina o pusiera en peligro el control alemán es el sistema de «divide y vencerás», que en los campos tuvo el mismo efecto diabólico que en los guetos. Los reclusos no solo contaban con un armamento muy inferior; además estaban aplastados y, por lo general, resignados. Los alemanes explotaron las divisiones internas y el anhelo personal de seguir con vida hasta que los campos se disolvieran. Como ha escrito el judío húngaro Imre Kertész, un novelista que sobrevivió a Auschwitz: «Si, en condiciones de totalitarismo, una persona quiere conservar la vida, se comportará de un modo que contribuya a preservar el totalitarismo: este es el truco, así de simple, de tal organización».<sup>83</sup>

## Los países de origen: ¿por qué los índices de supervivencia fueron tan diversos?

Si los judíos pudieron hacer relativamente poco para detener o desviar la fuerza del Holocausto, ¿qué podemos decir sobre sus respectivos compatriotas no judíos de cada uno de los países de origen? ¿Qué intentaron hacer, qué dejaron de hacer, y por qué? La incidencia relativa del coraje de esas personas, o su ausencia, ¿explica por qué las tasas de supervivencia de los judíos fueron tan distintas, según los países?

Todo el mundo sabe, o debería saber, que la libertad es indivisible; cuando se priva a alguien de la libertad, se puede privar de ella a todo el mundo. Pero pocas personas se atreven a actuar de acuerdo con este principio —o creen que es necesario hacerlo—, ni siquiera cuando las circunstancias son favorables. En tiempos de persecución, los que no la sufren directamente tienen la tentación de sobrellevarla hasta que el horror termine y, entre tanto, volver la mirada hacia otro lado o sacar partido de la situación. Esto fue especialmente cierto en la Europa ocupada por Alemania, porque el régimen nazi se aseguró de que la gente comprendiera que ayudar a los judíos entrañaba peligro. En la Europa occidental, el peligro incluía ser enviado a un campo de concentración; en la zona oriental del continente, dar escondite o amparo a judíos podía suponer la ejecución de la propia familia al completo. Estos castigos están detrás de una de las verdades más incómodas del Holocausto. Por mucha atención que prestemos, como es debido, a los «Justos entre las naciones» a los que Yad Vashem conmemora, y a los

hombres y las mujeres valientes que arriesgaron la vida para ocultar o salvar de otro modo a judíos, no más del 5 o 10 % de los que sobrevivieron al Holocausto lo hicieron gracias al heroísmo personal de alguien.

#### DIVERSIDAD DE COMPORTAMIENTOS

Aunque en todos los países de Europa hubo cierta disposición a ayudar a los judíos, la cantidad de personas con voluntad de ayudar, el porcentaje frente a la población local y sus características y motivos mostraron una gran variedad a lo largo del tiempo y el espacio. Durante la guerra, los alemanes escondieron y salvaron a quizá entre 5.000 y 10.000 judíos (sin contar los protegidos por matrimonios con no judíos u otras circunstancias especiales); los neerlandeses, de 7.000 a 8.000; y los polacos, una cifra difícil de precisar, entre 20.000 y 65.000. Pero estos totales representan porcentajes de la población judía nativa muy inferiores a los salvados por daneses o italianos. El humanitarismo no fue una propiedad singular de una o dos nacionalidades, ni faltó del todo en ninguna; pero tampoco se distribuyó de forma regular en el tiempo y el espacio. En particular en el primer año y medio de la masacre, cuando la carnicería estaba en su apogeo y los judíos necesitaban más ayuda que nunca, la voluntad de auxiliar escaseó por lo general, incluso en las zonas donde luego se incrementó.

Donde esta buena disposición sí apareció, solía hundir sus raíces en alguna de estas tres clases de convicciones: políticas, religiosas y personales. Los izquierdistas tendían a mostrarse más amistosos que los conservadores, en parte porque el ideario comunista y socialista era contrario al racismo, en parte porque, tras la invasión de la Unión Soviética, la disciplina del Partido Comunista exigió oponerse a todas las acciones de los nazis. La condición de minoría religiosa, en ocasiones, favoreció la identificación con los judíos perseguidos.<sup>1</sup> Por ejemplo, los católicos polacos o ucranianos que residían en la zona occidental de Ucrania se mostraron más abiertos a socorrer a los judíos que los correligionarios de la Polonia abrumadoramente católica y los ortodoxos que predominaban en la zona oriental de Ucrania. De una forma similar, en Alemania, los cuáqueros y baptistas fueron mucho más activos

que sus compatriotas católicos y luteranos en cuanto a ayudar a salir clandestinamente del país a los judíos, antes de 1939, u ocultarlos, a partir de entonces. En la Francia católica, la mayoría protestante del remoto Le Chambon-sur-Lignon y su zona adyacente logró salvar a unos 3.500 judíos, muchos de ellos niños, más otras 1.500 personas perseguidas por la Gestapo (aunque a este respecto hay que comentar que también tuvieron la ayuda de algunos católicos de la región).

La condición de minoría no siempre fue imprescindible para que los devotos socorrieran a los perseguidos.<sup>2</sup> Los obispos protestantes de la Noruega luterana hicieron una protesta colectiva cuando se iniciaron los preparativos para las deportaciones, en noviembre de 1942. El primado ortodoxo de Bulgaria —jefe de la Iglesia oficial de este país— desempeñó un papel fundamental a la hora de impedir las deportaciones desde allí. Y aunque el papa se negó a levantar la voz contra el trato dispensado a los judíos y en gran parte también guardaron los cardenales y arzobispos católicos de los países donde esta confesión era mayoritaria, no todos lo hicieron. Algunos prelados católicos —el cardenal Jozef-Ernest van Roey, en Bélgica; en Francia, el cardenal Pierre Gerlier, de Lyon, el arzobispo Jules-Gérard Saliège, de Toulouse, y el obispo Pierre Théas, de Montauban— denunciaron públicamente el racismo de los alemanes.

En cuanto a los motivos personales por los que alguien intentó proteger a los judíos, ciertos rasgos de carácter e historiales de conducta se compatibilizaban mejor con la buena disposición.<sup>3</sup> En *When Light Pierced the Darkness* («Cuando la luz perforó la oscuridad»), la socióloga Nechama Tec llegó a la conclusión —a partir del estudio de 754 polacos que habían rescatado a judíos— de que las personas más poderosamente individualistas y empáticas, y con experiencia en la ayuda a los necesitados, tendían a proteger a los judíos más que quienes se adecuaban al estándar moral de su entorno y estaban más centradas en sí mismas. El razonamiento, quizá no pueda ser de otro modo, resulta muy circular. Pero otro análisis detallado de los salvadores, *The Altruistic Personality* («La personalidad altruista»), de Samuel y Pearl Oliner —que, aunque parte de una muestra igualmente reducida, estudia casos de toda la Europa ocupada—, refuerza las conclusiones de Tec en un aspecto de importancia: quienes socorrieron a

judíos tendían a proceder de familias que hacían hincapié en los valores éticos y morales, la empatía y la preocupación por el bien común. Ambas obras sugieren que la solidaridad y el coraje no fueron espontáneos, aunque lo aparentaran, sino más bien el fruto a largo plazo de la educación moral de una persona. Otto Jodmin, conserje de un edificio de apartamentos de Berlín, que escondió a judíos en los sótanos y respondió de otros a los que presentó como víctimas de bombardeos para que pudieran obtener cartillas de racionamiento y nuevos documentos de identidad, atribuyó sus acciones a la crianza recibida, lo que le llevó a pensar: «Sencillamente, tenía que hacerlo ... No podía actuar de ninguna otra manera».<sup>4</sup> Una investigadora polaca llamada Teresa Prekerowa continuó con esta línea de análisis a finales de la década de 1990, a partir de una muestra mucho más numerosa, de 3.300 personas que consideraba casos «típicos» de ayuda a los judíos. Llegó a la conclusión de que los valedores de los judíos «eran personas corrientes que diferían mucho unas de otras, como es propio de la gente corriente, y no creo que sea posible hallar ninguna característica común a todas ellas».<sup>5</sup> Puede ser, pero muchos estudios de psicología social refuerzan la idea de que el altruismo, cuando no arraiga y se practica, se atrofia. Considérese como una especie de memoria muscular. Cuando una persona se pregunta: «¿Qué habría hecho yo en esas circunstancias?», la clave de la respuesta quizá esté en el tiempo y la energía que hasta entonces haya dedicado a ayudar a otras personas en peligro.

No sabemos lo bastante sobre la infancia y juventud de varios diplomáticos que ayudaron a los judíos entre 1940 y 1942 como para poder afirmar que todos encajan con este modelo general; pero algunos sí lo hacían. Cuando los nazis barrían Europa, el único rescate efectivo procedía prácticamente de las decisiones, ágiles y no autorizadas, de diplomáticos extranjeros excepcionales que concedieron visados de entrada a sus países a los judíos que huían. Un ejemplo destacado de mediados de 1940 fue Aristides de Sousa Mendes, cónsul de Portugal en Burdeos, quien —desafiando órdenes directas y repetidas de su gobierno— firmó miles de documentos de esta clase mientras el ejército alemán se echaba sobre la ciudad.<sup>6</sup> De Sousa era muy devoto de la fe católica, pero de origen *marrano*: sus antepasados se habían convertido al cristianismo por obligación, varios siglos atrás. La combinación de la devoción religiosa con el sentimiento

familiar quizá explique su notable exhibición de empatía y valentía. De forma casi simultánea, en la linde misma del otro extremo del imperio nazi del momento, se produjo una extraordinaria iniciativa conjunta. Fue el trabajo en equipo de Jan Zwartendijk y Chiune Sugihara, cónsules de los Países Bajos y Japón, respectivamente, en la ciudad lituana de Kaunas, que los soviéticos acababan de ocupar; prepararon documentación en parte falsa que permitió que casi 2.000 judíos huyeran atravesando la URSS hacia Shanghái y otros destinos.<sup>7</sup> Otro famoso esfuerzo personal, de carácter casi oficial, fue el del periodista estadounidense Varian Fry, que fue a Francia en nombre del recién formado Comité de Rescate de Emergencia y costeó la huida de unas 2.000 personas —en su mayoría judíos y, muchos de ellos, artistas e intelectuales reputados— que pudieron cruzar los Pirineos y entrar en España entre 1940 y 1941.<sup>8</sup> Ernest Prodolliet, un funcionario consular de Suiza en Austria, contribuyó a que diversos judíos fueran admitidos en su país en 1938; cuando se censuró su conducta y se le transfirió a Ámsterdam, tuvo de nuevo la destreza de sustraerse a lo ordenado y concedió visados de tránsito por Suiza a diversos judíos neerlandeses, después de que Alemania ocupara los Países Bajos.<sup>9</sup> Justo antes de que cerraran su despacho, en 1942, entregó los fondos consulares de los que aún disponía —equivalentes a unos 180.000 dólares estadounidenses de 2014— a Gertrude van Tijn, jefa del departamento de emigración del Consejo Judío de los Países Bajos, que aún funcionaba. A cambio solo pidió a los representantes del Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta en Suiza que prometieran devolver ese dinero (y en última instancia, lo prometido se cumplió).

Por desgracia, en Europa no hubo bastantes personas que poseyeran los mismos reflejos humanitarios que las citadas anteriormente; tampoco hubo bastantes personas como el alemán Oskar Schindler, el oportunista de los Sudetes que, primero con afán de especulación, asumió la dirección de una fábrica de utensilios de hierro esmaltado en Cracovia y, poco a poco, se decidió a salvar las vidas de los cerca de 1.300 judíos que trabajaban para él. Su heroísmo es inexplicable, porque no parece coherente con la vida desordenada y autocomplaciente que desarrolló tanto antes como después. Pero supo ser más listo que las SS y exhibir mucho ingenio y sangre fría. Su historia destaca porque no solo intentó ayudar a los judíos, sino que lo

consiguió. Esto se debió ante todo a que era el propietario de su compañía y no tenía que explicar o justificar sus acciones ante ningún superior que podría haber revelado a los nazis qué planeaba. En cambio, Berthold Beitz —un alemán que dirigía una zona de perforación de la Corporación Petrolífera de los Cárpatos en Borysław, en la Galicia oriental, donde protegió a cientos de judíos que trabajaron para él durante casi dos años— no gozaba de esa autonomía.<sup>10</sup> Cuando los alemanes se retiraron del lugar, en 1944, no estaba en su mano gestionar el traslado de los judíos a otra fábrica sin que un superior lo supiera y denunciara por ello a la Gestapo. Se tuvo que contentar con advertir a sus empleados justo antes de que las SS acudieran a buscarlos, lo que permitió que muchos encontraran un escondite. Alfred Rossner, un alemán que dirigía varias fábricas de uniformes en Będzin (este de Alta Silesia), sobornó y engatusó a las autoridades nazis locales desde mayo de 1942 a agosto de 1943, para que sus obreros judíos no subieran a los trenes de la deportación; a veces incluso los escondió en sus talleres.<sup>11</sup> Pero a la postre, cuando se emprendió la liquidación final de los guetos de la Alta Silesia, no solo se arrestó y deportó a la mayoría de los judíos, sino que la Gestapo atrapó al propio Rossner: fue detenido en diciembre de 1943 y murió en la cárcel al año siguiente, ahorcado por sus vigilantes o suicidándose.

Tal vez la historia más notable de un empleador que se esforzó por rescatar a sus trabajadores judíos, a menudo con éxito, sea una que procede del corazón mismo del Tercer Reich, de su capital, Berlín, en un taller de la céntrica Rosenthaler Strasse. Allí Otto Weidt dirigía una manufactura que producía cepillos y escobas, y daba empleo en todo momento a unos treinta sordomudos judíos de un hospicio local. Durante la guerra, el estado nazi seleccionó a un total de cincuenta y seis personas del taller para aniquilarlas por razón tanto de su discapacidad como de su origen. Weidt discutía con la Gestapo cada vez que el nombre de uno de sus trabajadores aparecía en una lista de deportación, haciendo hincapié en que su trabajo era esencial para la guerra, e incluso sobornó a oficiales nazis para eliminar sus nombres. A la postre, la mitad de sus trabajadores sobrevivieron a la guerra, y también él.<sup>12</sup>

El heroísmo individual, frente al asalto nazi, no podía engendrar más que esta clase de frutos; sin embargo, cerca de un cuarto de los judíos europeos de los estados ocupados por el nazismo o aliados de este, y un tercio

del total de los judíos de Europa (con datos de 1939), sobrevivieron al Holocausto. ¿Cómo y por qué? Para empezar a responder a esta pregunta, examinemos la Figura 7. Distribuye los países ocupados por los nazis en Europa, o coaligados con estos, según dos características: si en cada lugar falleció una parte superior o inferior al promedio continental de dos tercios de los habitantes judíos; y si había un gobierno directo de los alemanes o bien un gobierno colaboracionista.

El modelo que se deriva es inconfundible, pero todavía insuficiente. El hecho de que las partes más letales del continente fueran las directamente ocupadas y administradas por el poder alemán no significa que la colaboración local careciera de importancia. En Serbia y Grecia, veteranos líderes de las fuerzas armadas aceptaron encabezar regímenes que eran simples marionetas ejecutoras de las órdenes alemanas;<sup>13</sup> algo similar ocurrió en los estados bálticos. En todas esas zonas, las fuerzas de la policía y las milicias locales continuaron en funcionamiento y, a menudo, participaron en la detención de los judíos; por otro lado, abundaban los residentes con voluntad de denunciar a los judíos escondidos. Un ejemplo especialmente infame fue el del personal neerlandés de una organización denominada Recherchegruppe (o Colonne) Henneicke, que siguió la pista de entre 8.000 y 9.000 judíos que intentaban ocultarse en los Países Bajos y los delataron; la cifra de los delatados es superior a la de judíos que sobrevivieron ocultos en el país.<sup>14</sup> A la inversa, aunque en general las tasas de mortalidad bajo los gobiernos colaboracionistas son inferiores, esto no significa que su personal o los ciudadanos del país se abstuvieran de perseguir a los judíos. Antes al contrario, la Francia de Vichy, bajo la dirección de Philippe Pétain; la Hungría del regente Miklós Horthy; la Rumanía del mariscal Ion Antonescu, y la Bulgaria del zar Boris III impusieron por propia iniciativa una legislación virulentamente antisemita, privaron a muchos judíos de la ciudadanía, y entregaron a Alemania a determinados grupos de judíos o participaron en su asesinato. La variable decisiva que determinó la tasa de mortalidad de cada país fue, habitualmente, el tiempo; más concretamente, si el estado nazi atacó a los residentes judíos en 1941 y 1942. Allí donde los alemanes gobernaban directamente, casi siempre se apresuraron a movilizarse a fondo en persecución de los judíos, sin preocuparse por preservar buenas relaciones de

trabajo con la población o los gobiernos locales. Cabe exceptuar Bélgica, aunque no fue tan excepcional. Aunque la administración era alemana, la autoridad sobre la policía y la «política racial», hasta mayo de 1942, no estuvo en manos de las SS o el Partido Nazi, sino del ejército alemán. Y aunque en Bélgica no hubo un gobierno colaboracionista, porque el gabinete del país (no así el monarca) había huido a Gran Bretaña, la burocracia civil belga siguió en funcionamiento y a los alemanes les resultó útil y conveniente que continuara así. En cierto aspecto, sin embargo, Bélgica sí fue muy anómala: más del 90 % de los judíos del país eran extranjeros —la clase de personas, por lo tanto, a la que solía deportarse en primer lugar— pero más de la mitad sobrevivieron. Una excepción bastante distinta fue la de Grecia: nominalmente existía un gobierno títere, después de que el país se rindiera a Alemania e Italia, pero los alemanes ejercían un control muy estricto de las regiones que ocuparon. Aun así, los alemanes no comenzaron a deportar a judíos hasta marzo de 1943; la cifra algo menor de la zona ocupada por Italia no sufrió la deportación hasta 1944. A pesar de las demoras, a la postre la tasa de mortalidad ascendió al 80-90 %.

FIGURA 7  
*Sistemas de gobierno e índices de mortalidad en el Holocausto*

	MORTALIDAD SUPERIOR A 2/3	MORTALIDAD INFERIOR A 2/3
Bajo gobierno alemán	Estados bálticos, Bielorrusia, Holanda alemana, Alemania, Grecia, Luxemburgo, Protectorado Checo, Polonia, Serbia, Ucrania	Bélgica
Bajo gobiernos colaboracionistas	Eslovaquia, Croacia, Hungría en 1944	Bulgaria, Rumanía, Dinamarca, Finlandia, Noruega, Francia, Italia, Hungría hasta 1944

Donde las administraciones locales continuaron en su lugar y gozaron de más autonomía, en cambio, los alemanes prefirieron, en un principio, dejar la acción al antisemitismo local y concentrarse en las poblaciones más numerosas de judíos que el Reich controlaba en otros lugares. Hacia finales de 1942, cuando en su mayoría esos otros judíos habían muerto y Alemania

comenzó a insistir a sus aliados, el resultado de la guerra empezaba a ser adverso a los nazis y los gobiernos asociados veían con peores ojos una persecución que tal vez les obligaría a responder ante los Aliados, si estos derrotaban a Hitler. Son características de este cambio de clima las estadísticas de las deportaciones desde dos países donde la tasa de mortalidad final fue relativamente baja: en Francia y Bélgica, la mayoría de los judíos deportados sufrió esa suerte en 1942, y luego el ritmo se ralentizó.<sup>15</sup> También fue reveladora la conducta de los aliados balcánicos de Hitler. Bulgaria, Hungría y Rumanía entregaron a los nazis una parte, o la totalidad, de la población judía de regiones conquistadas a los estados vecinos entre 1938 y 1941, bajo los auspicios de Alemania; pero en 1942 y 1943 se negaron a entregar a los habitantes judíos de sus territorios nucleares. Incluso Eslovaquia, que a principios de 1942 asintió con entusiasmo a la deportación de la mayoría de los judíos —más aún: pagó a la Alemania nazi para que se los llevara—, mostró reparos desde finales de aquel año y suspendió los transportes, una gran parte de los cuales había ido directamente a Auschwitz.<sup>16</sup> En otras palabras, las cuatro claves que determinaron las diversas tasas de rescate y mortalidad de los judíos en la Europa nazi fueron: (1) ¿Con cuánta rapidez actuaron los alemanes? Cuando las masacres empezaron en 1941 y 1942, acarrearón la muerte de casi todos los judíos de cualquier área dada. (2) ¿Cuánto tiempo estuvieron los alemanes en el país? Su presencia posibilitó los sucesos de Hungría, de mayo a julio de 1944, y habría permitido la matanza de los judíos franceses de no haber mediado el desembarco de Normandía, pues la orden de deportación global solo llegó menos de dos meses antes del Día D. (3) ¿Los alemanes tuvieron que tratar con un gobierno nativo y mínimamente autónomo interesado por sobrevivir a la guerra? (4) Cuando se desarrollaron las batallas de El Alamein y Stalingrado, en 1942 y 1943 —el intervalo que Churchill denominó «la bisagra del destino»—, y Alemania empezó a reclutar mano de obra para los trabajos forzosos, ¿la mayoría de los judíos de una zona seguía viviendo allí? Estos fueron los momentos en los que la probabilidad de que el Tercer Reich ganara la guerra menguó, y los intereses de los judíos y los de las distintas

naciones empezaron a coincidir en el mismo punto: la resistencia contra Alemania. Cuando aún quedaban con vida suficientes judíos, estos cambios empezaron a obrar en su beneficio.

La importancia de que los intereses judíos y nacionales parecieran converger se constata claramente en el destino de los judíos de una zona y un tiempo en los que se produjo lo contrario: los intereses nacionales parecían favorecer la cooperación con los nazis y el sacrificio de los judíos. Tal fue el caso, en particular, de los estados bálticos y Ucrania entre 1941 y 1943. Los nacionalistas ucranianos habían visto cómo el régimen bolchevique, de 1919 a 1921, aplastó sus aspiraciones de independencia; en los años treinta habían padecido una serie de hambrunas y purgas que aumentaron el distanciamiento frente al estado Soviético. En cuanto a los nacionalismos bálticos, en 1940 la URSS había ocupado Lituania, Letonia y Estonia. Para ellos, los alemanes representaban la posibilidad de huir de la esclavización soviética, más aún cuando Alemania había permitido que varios grupos de liberación nacional establecieran una oficina en Berlín, como si implícitamente diera apoyo a sus fines.<sup>17</sup> Ahora bien, como casi todos estos movimientos nacionalistas eran, históricamente, antisemitas, para los ciudadanos judíos de esos estados el gobierno soviético de 1940 y 1941 había supuesto una mejora, al menos en parte: algunos habían podido prosperar, aprovechando que el régimen soviético no era tan discriminatorio, aunque muchos otros sufrieron por la nacionalización comunista de sus posesiones y las deportaciones soviéticas a Siberia. De resultas, en comparación con su porcentaje del total de la población lituana, entre 1940 y 1941 los judíos estaban sobrerrepresentados: por un lado, en el Partido Comunista y la policía secreta, pero por otro, también entre la gente que tuvo que trasladarse forzosamente al interior de la URSS.<sup>18</sup>

La consecuencia, en la mayor parte de la antigua Zona de Asentamiento, fue una situación de aparente conflicto entre los intereses de los judíos y los del nacionalismo local. Para los judíos, la ocupación soviética de 1940 parecía ser el menor de dos males posibles; según dijo en aquella época un judío de la región, la Unión Soviética era una cadena perpetua, pero la Alemania nazi, una pena de muerte.<sup>19</sup> En cambio para los nacionalistas ucranianos y bálticos —de entrada, también para Andrey Sheptytsky, el

arzobispo metropolitano católico, que más adelante intentó proteger a los judíos—, el mal menor parecía ser la ocupación alemana.<sup>20</sup> Los independentistas, por lo tanto, se mostraron más que favorables a la destrucción de los judíos: los tenían por enemigos y la acción les granjearía el favor de los alemanes. Así, bastante antes de que los alemanes invadieran Ucrania, los dos grandes grupos de la OUN (Organización de Nacionalistas Ucranianos), los banderistas y los melnikistas, habían etiquetado a los judíos de aliados del bolchevismo y sancionaron el asesinato de los varones judíos. El 1 de julio de 1941, un día después de que los alemanes ocuparan Lviv, la OUN publicó un panfleto que llamaba a los ucranianos a «destruir» a los judíos, lo que desembocó en un pogromo.<sup>21</sup> De forma similar, en marzo de 1941, el Frente Activista Lituano declaró que los judíos habían «traicionado» al país y, por lo tanto, no tenían futuro en él.<sup>22</sup>

Aunque las SS, al principio, tuvieron dificultades para cumplir con la orden de promover pogromos en las ciudades bálticas que los alemanes iban conquistando, las milicias locales no tardaron en reconocer qué deseaban los alemanes, y empezaron a matar a palos a los judíos de Vilna, Kaunas y Riga, las grandes ciudades de Letonia y Lituania. En este último país, a finales de 1941 habían perdido la vida más de 180.000 judíos, y es probable que los paramilitares lituanos asesinaran a una cantidad mayor que los propios alemanes. Las milicias y la policía ucranianas también participaron activamente en las masacres de 1941, incluida la de Babi Yar, en el mes de septiembre,<sup>23</sup> aunque para entonces los alemanes ya se habían manifestado en contra de la independencia de Ucrania e incluso habían detenido a Stepán Bandera, líder de una de las corrientes de la OUN. Mientras Alemania estuvo a la ofensiva en el Frente Oriental, nunca escasearon los voluntarios locales que, organizados como paramilitares u otras fuerzas de seguridad, persiguieron y mataron a judíos. En 1943, de hecho, Himmler tenía bajo su mando, en los territorios orientales ocupados, a unos 300.000 policías locales en su mayoría dispuestos a cooperar;<sup>24</sup> algunos expertos rusos han cifrado en 1,2 millones la cantidad de ciudadanos de la URSS ocupada que prestaron servicio durante la guerra en la Wehrmacht o unidades de las SS. Cuando la suerte de la guerra se invirtió, y los nacionalistas bálticos y ucranianos comprendieron por fin que un nuevo orden nazi en Europa tampoco

restauraría su independencia, casi todos los judíos de Ucrania y los estados bálticos habían perecido. En todo caso, muchos de los colaboracionistas siguieron luchando por Hitler porque eran tan cómplices de sus crímenes que ya no tenían alternativa; en el caso de los ucranianos, también porque aún aspiraban a eliminar de su territorio a los polacos y judíos. Estos hombres y sus familias se retiraron junto con los alemanes entre 1944 y 1945 y representaron un porcentaje importante de las personas que, al acabar la guerra, se hallaban en campos para desplazados.

Esto no equivale a decir que el interés nacional fuera el único impulsor de una participación popular elevada en la masacre de judíos que se produjeron en el este ocupado. Otro factor poderoso fue el saqueo. Un polaco que vivía a las afueras de Vilna y fue testigo de las matanzas comentó: «para los alemanes, 300 judíos son 300 enemigos de la humanidad; para los lituanos son 300 pares de zapatos, 300 pantalones, etc.». <sup>25</sup> Sin embargo, la fuerza que desataba la violencia y que, en teoría, daba legitimidad a las ambiciones de botín era el supuesto interés nacional.

Otro signo de la importancia decisiva que las consideraciones políticas nacionales tuvieron en el destino de los judíos fue la manera en la que aquellos estados aliados ya fuera oficial o tácitamente con la Alemania nazi establecían distinciones (en grados diversos) en la aplicación de las medidas a los ciudadanos judíos nacidos en su país (en particular si eran veteranos de las fuerzas armadas) y los inmigrantes de otras nacionalidades. En la Francia de Vichy, por ejemplo, se aceptó, incluso con entusiasmo, que los judíos extranjeros eran aptos para la deportación; aunque en ocasiones también se hizo, hubo más resistencia a entregar a los ciudadanos franceses. De los cerca de 350.000 judíos que había en Francia en 1940, más de la mitad había entrado ilegalmente en el país, por inmigración o por huida, desde principios del siglo XX. <sup>26</sup> Al hilo de la xenofobia creciente en los años treinta, y de la utilidad de culpar a los judíos de la derrota de Francia en 1940, el gobierno colaboracionista con sede en Vichy aprobó una legislación antisemita que no solo respondía a la propia iniciativa, sino que, en algunos aspectos, era aún más restrictiva que la alemana. Vichy también aceptó que desde octubre de 1940 se detuviera a los judíos extranjeros en la zona norte del país, ocupada por Alemania; a menudo, de hecho, la propia policía francesa llevó a cabo las

redadas. En el verano de 1942, la policía francesa también arrestó y entregó a los alemanes a cerca de 10.000 judíos extranjeros de la parte no ocupada del país. Las deportaciones habían empezado en marzo de aquel año y, a la postre, resultaron en el traslado de unos 76.000 judíos de Francia a los campos de concentración, de los que tan solo 2.500 sobrevivieron; más de dos tercios de los deportados eran extranjeros.<sup>27</sup> Al final, desde Francia se envió a la muerte, a manos de los nazis, a menos judíos franceses que judíos polacos que habían buscado refugio en el país. En conjunto, el índice de supervivencia de los judíos extranjeros desplazados a Francia fue de en torno al 50 %, mientras que la de los que poseían la ciudadanía francesa fue de casi el 90 %. Desde 1942, sin embargo, cuando habían partido ya más de la mitad de los desafortunados, el gobierno francés se mostró más reticente,<sup>28</sup> en parte para afirmar su condición de entidad independiente y soberana, en parte para equilibrar las apuestas con respecto al resultado de la guerra.

De forma parecida, los tres aliados de Alemania en el sureste de Europa —Rumanía, Bulgaria y, antes de 1944, Hungría— también establecieron distinciones entre los judíos que Alemania podía llevarse y los que no, y cada país ajustó la política nacional en esta materia a los intereses nacionales. Los líderes de los tres estados eran antisemitas, aunque en grado diverso, y los tres aceptaron entregar a los judíos de los territorios que, bajo la autoridad de Alemania, habían conquistado a los países vecinos de 1938 a 1941. Así, en agosto de 1941 Hungría expulsó a 17.000 judíos de las regiones eslovacas que se había anexionado entre 1938 y 1939, enviándolos a la Polonia ocupada y a Ucrania, donde las SS masacraron a 11.000. A principios de 1942, Hungría asesinó a otro millar de judíos en territorios ganados con la desmembración de Yugoslavia, en abril de 1941.<sup>29</sup> Bulgaria, después de apoderarse de la Tracia (tomada a Grecia), Macedonia (a Yugoslavia) y Dobruja (a Rumanía, entre 1940 y 1941), entregó a Alemania, a principios de 1943, a 11.384 judíos de estas regiones. En todos estos casos, el motivo principal —y tan cínico como egoísta— era demográfico. Donde la matanza de los judíos fuera a reducir la cantidad de habitantes no húngaros y no búlgaros, y por lo tanto acelerar la absorción estatal de los nuevos territorios, los países receptores se mostraron muy dispuestos a colaborar.

Bulgaria y Hungría también aprobaron leyes antisemitas que privaron a los judíos de sus propiedades y los apartaron del servicio civil; la legislación húngara llegó al extremo de limitar el porcentaje máximo de judíos en toda profesión (el 6 %) y la celebración de nuevos matrimonios mixtos entre judíos y magiares. Pero cuando se iban a producir nuevas deportaciones, incluso entre 1941 y 1942, la política de ambos países fue distinta: los búlgaros prometieron empezar con ellas en 1943 y los húngaros se negaron recurrentemente, aunque reclutaron a judíos húngaros adultos para hacer trabajos forzosos en el frente ruso, donde perecieron —en parte asesinados— unos 42.000. Los búlgaros ganaron algo de tiempo al reclutar a los judíos de Bulgaria para trabajar en las zonas rurales, pero en marzo y abril de 1943 cambiaron de posición al respecto de las deportaciones, en parte porque la oposición interna era fuerte y general, y en parte por la posibilidad cada vez más inquietante de que Alemania no ganara la guerra. Al final, casi todos los judíos búlgaros sobrevivieron a la guerra porque Alemania no ocupó el país para forzar la situación.

En Hungría, en cambio, la oposición a las deportaciones se derrumbó a partir de marzo de 1944, cuando los soldados alemanes entraron en el país en gran número, en teoría para defenderlo frente a una inminente invasión soviética, pero en parte porque Hungría sopesaba seguir el ejemplo de Italia: buscar una manera de abandonar el Eje. Tras un período inicial de aislamiento y saqueo de los judíos húngaros, casi el 60 % (unas 437.000 personas) fueron deportados en el espacio de tan solo cincuenta y cinco días, entre el 15 de mayo y el 9 de julio. En Auschwitz Birkenau, se seleccionó como mano de obra a cerca del 25 % de estas personas, y por lo general se les envió a trabajar a Alemania; quizá la mitad de ellos, unas 55.000 personas, sobrevivió a la guerra. El resto de los deportados —más de 325.000— perecieron en las cámaras de gas nada más llegar a los campos, con lo que la cifra total de asesinados en esa ronda de deportación de Hungría ascendió a unas 380.000 personas. El número total de judíos húngaros que perdieron la vida en el Holocausto —tras otra ronda de deportaciones, a finales de 1944, y una serie de horribles «marchas de la muerte»— fue de entre medio millón y 565.000 personas.

Aunque la mayoría de las víctimas murieron a manos de los alemanes, no de los húngaros, el carácter casi absoluto de la operación —que atrapó al 97 % de los judíos de las zonas rurales y las áreas anexionadas, y prácticamente solo dejó supervivientes en la capital, Budapest— fue una obra esencialmente nacional.<sup>30</sup> En las redadas húngaras tan solo participaron unos 150 o 200 alemanes de las SS; las ejecutaron las policías local y nacional, con ayuda de funcionarios y voluntarios, y bajo la dirección de un Ministerio del Interior cuyo titular, como la plantilla en general, eran magiars antisemitas de extrema derecha. Por todo el país, los judíos fueron concentrados en cincuenta y cinco guetos de corta vida; ello respondía a un plan de limpieza sucesiva de seis sectores distintos del país. Aunque Adolf Eichmann y varios policías húngaros dieron los toques finales, en realidad aquel plan tan solo refinaba y detallaba un programa que dos generales nacionalistas húngaros habían presentado ya en 1942, casi dos años antes de la ocupación alemana. Según ha resumido con perspicacia Peter Kenez —un historiador experto en la historia moderna de Hungría y, personalmente, refugiado de este país—: «El papel de Alemania en la destrucción de los judíos de Hungría fue, en lo esencial, dar a los antisemitas más duros [de la propia Hungría] la oportunidad de hacer realidad unas medidas que hacía tiempo que habían deseado y planeado».<sup>31</sup>

¿Cómo se puede explicar la escalada y velocidad de la masacre húngara? Por magnitud solo es comparable a la destrucción de la mayor parte del gueto de Varsovia en cincuenta y tres días del verano de 1942; fue tan acelerada que el propio comandante de Auschwitz, Höss, intentó en repetidas ocasiones ralentizar su ritmo abrumador.<sup>32</sup> En parte, se debe a que la RSHA pudo concentrar en ellos su atención —a fin de cuentas, para mayo-julio de 1944, los otros judíos de Europa, en su mayoría, o bien ya habían muerto o bien habían quedado fuera de su alcance— y a que el centro de exterminio de Birkenau estaba muy cerca y había acelerado su capacidad letal gracias a la vía férrea recién completada que entraba hasta prácticamente las puertas mismas de dos de las cámaras de gas. Una segunda explicación, más técnica, es que la deportación tenía un fin militar,<sup>33</sup> lo cual ayuda a explicar por qué se pudo disponer de un número de trenes muy elevado: 147 en el transcurso de toda la operación, de 3 a 6 por día. Se esperaba que Auschwitz

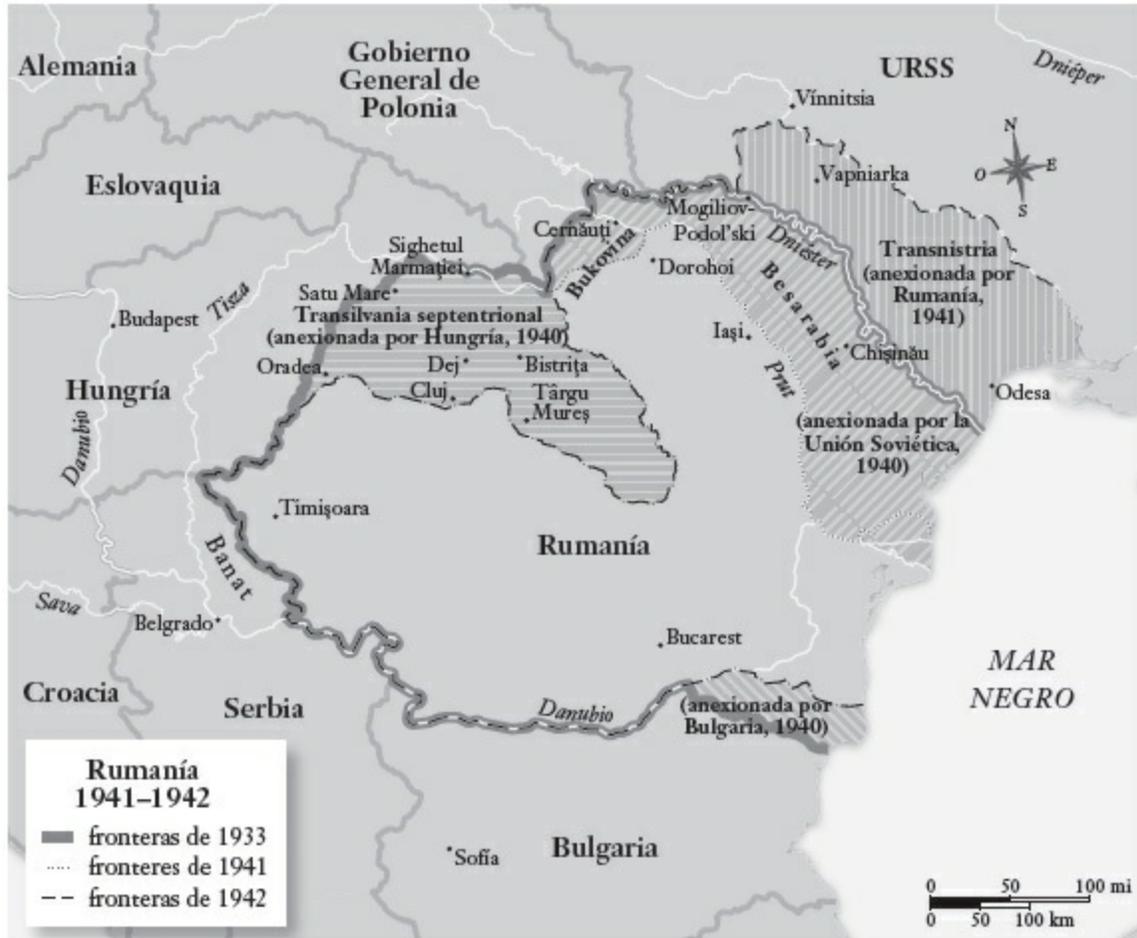
seleccionaría a 100.000 trabajadores en buen estado de salud (del 10 % al 15 % de la previsión total de deportados) y los enviaría de inmediato a Alemania para que participaran en el empeño colosal de trasladar bajo tierra fábricas de producción bélica. Pero todavía hay un tercer factor de importancia, que debemos buscar en la historia del antisemitismo en Hungría.<sup>34</sup> Al igual que en Alemania, antes de la primera guerra mundial parecía que los judíos húngaros gozaban de una aceptación cada vez mayor, de mejores oportunidades y de más prosperidad; en cambio, tras la derrota y la mengua territorial de 1918 a 1919, y la supresión sangrienta de una revolución comunista en la que varios judíos interpretaron papeles conspicuos, experimentaron una hostilidad creciente. En la Hungría de entreguerras, como en Alemania, las fuerzas nacionalistas asociaron sin descanso a los judíos con la deslealtad y los disturbios, y sembraron resentimiento contra la destacada posición de los judíos en el comercio, la industria, el derecho y la medicina. De resultas de toda esta agitación, más de diez años antes de que Hitler llegara al poder en Alemania se instaló en Hungría un gobierno autoritario que incorporó restricciones legales contra los judíos, y surgió un movimiento político de masas de carácter asimismo antisemita, la Asociación del Despertar Húngaro (ÉME, por sus siglas en húngaro).

Cuando los éxitos de la diplomacia alemana acarrearón, entre 1938 y 1941, que se desmembrara primero Checoslovaquia y luego Yugoslavia, y se arbitró sobre la disputa de Hungría y Rumanía en torno de Transilvania, los gobernantes húngaros quisieron mostrar su gratitud por la expansión territorial que debían a Hitler implantando nuevas restricciones tanto a los derechos civiles de los judíos como a su actividad económica. Pero los nuevos territorios supusieron casi duplicar la población judía de Hungría, que pasó de 401.000 a 725.000 personas (o de 491.000 a 825.000, si se incluye a los conversos de origen judío),<sup>35</sup> una cifra superior a la suma de toda la población judía de la Europa occidental. El hecho de que los nuevos judíos, habitualmente, no hablaban húngaro, y que en su vestimenta y prácticas religiosas se asemejaban más a los correligionarios de sus fronteras anteriores, avivó el antisemitismo que ya imperaba en las fuerzas armadas y algunos círculos gubernamentales, incluido el que rodeaba al jefe del Estado, el almirante Horthy. En marzo de 1944, cuando Horthy se rindió finalmente a

la exigencia nazi de que proporcionara entre 100.000 y 300.000 «trabajadores judíos para los fines de la producción militar alemana»,<sup>36</sup> las dos primeras partes de la nación que se peinaron fueron las regiones anexionadas en el noreste, que eran además las más próximas al avance ruso; la última región que se preveía purgar era la de la capital, donde vivían los judíos más asimilados y de mayor valor económico. En suma, tanto los deseos de Hungría como numerosos empleados públicos del país no solo aceleraron las deportaciones sino que también determinaron su curso. A la inversa, entre julio y octubre de 1944, cuando los funcionarios húngaros dejaron de cooperar con los nazis, Eichmann y sus ayudantes apenas consiguieron más que la entrega de 2.700 presos ya internos en campos del territorio húngaro.

Con mucho, las medidas más contradictorias y confusas, en relación con los judíos, fueron las adoptadas en y por Rumanía de 1940 a 1945. Para entenderlas hay que prestar especial atención a la Figura 8. El mariscal Antonescu, dictador del país, era un antisemita inveterado que culpaba a los judíos de todos los problemas del país. En particular afirmaba que, en 1940, se habían alegrado de que el país perdiera la provincia septentrional de Bucovina, la nororiental de Besarabia (que a la sazón se conocía también como Moldavia oriental) y el norte de Transilvania. Las dos primeras pérdidas se debieron a un ultimátum soviético; la tercera fue el resultado del arbitrio ítaloalemán de la disputa fronteriza con Hungría, que dio la región a este segundo país. Con la voluntad de recuperar los tres territorios, Antonescu se sumó a la invasión de la Unión Soviética en junio de 1941 y emprendió el asesinato de los judíos de Bucovina y Besarabia, en ambos casos como castigo por su supuesta posición prosoviética y con el fin de acelerar la rumanización de esas regiones. Además confiaba en que la voluntad de deportar y asesinar a los judíos le ayudaría a convencer a Hitler para que le devolviera la Transilvania septentrional.<sup>37</sup> De resultas, Rumanía adquirió el dudoso honor de ser el socio de Alemania que mató a un mayor número de judíos: unos 400.000, en Bucovina, Besarabia y un territorio que los rumanos denominaban Transnistria (una parte de Ucrania que Hitler regaló a Antonescu para compensar la pérdida de parte de Transilvania).

FIGURA 8  
*Rumanía, 1941-1944*



En 1942, sin embargo, cuando los alemanes pidieron revisar la deportación de los judíos de las provincias centrales de Rumanía (una zona denominada Regat), Antonescu puso reparos. Los generales del Frente Oriental ya habían empezado a avisarle de que en la zona era inminente un desastre, y él, antes de echarlos del país, quería saquear hasta el último céntimo de los judíos locales. De modo que intentó ganar tiempo y retrasó las primeras deportaciones, previstas para octubre de 1942, hasta la primavera de 1943; en ese momento, como los búlgaros, renegó de sus promesas anteriores. Nunca renunció al sueño demencial de terminar enviando a todos los judíos rumanos a la Transnistria, para depurar étnicamente el núcleo del país; pero no entregó a los nazis los judíos del Regat. Esto dio origen a una de las mayores ironías del Holocausto: la nación que, junto a Alemania, mató a una mayor cantidad de judíos, fue también la nación europea que, en 1945, contaba con una población más numerosa de judíos. Mientras que el 80 % de

los judíos de Bucovina, Besarabia y Transnistria pereció a manos de los rumanos, al terminar la guerra el 80 % de los judíos del Regat seguía con vida. Se hallaban en condiciones penosas, porque el régimen rumano los había aterrorizado y dejado en la miseria, pero no habían muerto.

En todos estos casos, a la hora de decidir el destino de los judíos, las consideraciones morales tuvieron menos peso que las razones políticas, de carácter práctico y cínico. De hecho, adoptar una postura moral de fuerza, en solidaridad con los judíos, resultó contraproducente cuando la época no fue la adecuada.<sup>38</sup> La resistencia masiva contra la discriminación nazi, si era temprana, podía causar el efecto opuesto, como sucedió en Holanda. En febrero de 1941 hubo allí una huelga general en protesta contra la persecución, que solo consiguió acelerar el acoso; la objeción de los obispos católicos a la deportación de los judíos convertidos al catolicismo precipitó la detención de esas personas. Los administradores alemanes de los Países Bajos se sintieron provocados por esta oposición; muchos se habían curtido en la persecución de los judíos de Austria en el período 1938-1939, y actuaron con una furia sin parangón en ningún otro país occidental ocupado por los nazis. Entre julio de 1942 y septiembre de 1943, detuvieron y deportaron a 110.000 judíos neerlandeses, sobre una población total de 140.000.

Por último, para demostrar tanto la importancia de la política en el destino de los judíos, como las dificultades de los intentos de rescate individuales, consideremos qué sucedió en los dos países en los que los judíos gozaron de índices de supervivencia inusualmente altos, gracias ante todo a la solidaridad popular: Dinamarca e Italia. Son casos famosos, por supuesto: Dinamarca ocultó a casi la totalidad de los 8.000 judíos que residían en el país, y los transbordó a Suecia, al otro lado del estrecho que separa ambos países; Italia se negó en redondo —incluso mientras Mussolini aprobaba leyes antisemitas— a permitir la deportación de nadie, no solo de Italia sino también de las regiones de Francia, Yugoslavia, Albania y Grecia que Italia ocupó y gobernó. En uno y otro país hubo circunstancias políticas que frenaron las redadas. Hasta 1943, siguió en el poder un gobierno danés que cooperaba con la ocupación alemana y el régimen de Mussolini era aliado del Eje; para los alemanes, preservar esos acuerdos revestía más

importancia que obligar a esos países siquiera a recopilar listas de los judíos, a imponer insignias identificativas, menos aún a iniciar deportaciones. Solo cuando las condiciones políticas cambiaron, a finales de 1943 —en Dinamarca, cuando el gabinete presentó la dimisión porque los alemanes, en respuesta a la creciente resistencia popular, impusieron la ley marcial; en Italia, cuando los alemanes se apresuraron a ocupar el país porque el rey había expulsado al Duce y su sucesor había negociado un armisticio con los Aliados—, solo entonces los alemanes pudieron volverse contra los judíos, como en efecto hicieron. Ahora bien, los ataques se produjeron en el preciso momento en el que ayudar a los judíos se había convertido en un acto de resistencia nacional contra un extranjero opresor.

Otros muchos factores de buena suerte coincidieron con lo anterior.<sup>39</sup> En el país escandinavo surgieron dos bloques: por un lado, el administrador en jefe de la nación, el alemán Werner Best; por el otro, en contra del proyecto, el comandante militar de Dinamarca, el general Hermann von Hanneken, y el jefe de la Gestapo local, Rudolf Mildner. Best, atrapado entre la impaciencia de Himmler, que ansiaba empezar con las deportaciones, y su propia convicción de que estas complicarían la gestión de la ocupación, practicó un doble juego. Para complacer a Himmler pidió a las SS en Berlín que actuaran, pero a los judíos daneses les filtró la noticia de las redadas inminentes, a través de un alemán llamado Georg Duckwitz, con cuatro días de antelación, con el fin de conservar una buena relación de trabajo con la policía y el funcionariado daneses. Esto dio tiempo para que los judíos se marcharan de sus hogares antes de que la policía alemana se presentara a arrestarlos, en la tarde del 1 de octubre de 1943. Durante las semanas posteriores, los judíos daneses gozaron de otras dos ventajas preciosas, a la hora de huir: el gobierno sueco ofreció asilo a todo el que arribara hasta sus costas y para llegar a ese refugio bastaba con atravesar un angosto paso marino. Pese a todo, la mayoría solo alcanzó ese destino porque las patrulleras de la Armada alemana en la costa danesa no intentaron obstaculizar la travesía, realizada a bordo de unos 700 barcos, en su mayoría pesqueros. La redada nazi del 1 de octubre solo apresó a 284 judíos daneses, a los que hay que sumar 22 que murieron ahogados en el intento de huir; 7.742 terminaron llegando a Suecia, incluidos 1.376 refugiados alemanes,

con 686 esposas no judías. Un hecho quizá aún más asombroso es que, acabada la contienda, cuando estas personas regresaron a Dinamarca, encontraron no solo que sus hogares y propiedades seguían intactos, sino que, a menudo, alguien había cuidado de ellos en su ausencia.

En Italia, en julio de 1943, Mussolini fue depuesto cuando acababa de anunciar la imposición de trabajos forzados a los judíos italianos y estaba a punto de ordenar su deportación;<sup>40</sup> por entonces, los judíos de Croacia, ocupada por Italia, ya habían sido recluidos en un campo que bien podía haber sido de tránsito. Sin embargo, en el caos que rodeó a la entrada del ejército alemán, el resto de los judíos croatas, unos 2.600, lograron escapar, y los 32.000 judíos italianos que seguían en la zona ocupada (unos dos tercios del país, por el norte) tuvieron tiempo de pasar a la clandestinidad. Por su parte contaban con la ventaja geográfica de las cordilleras agrestes —los Apeninos en el centro del país, y los Alpes, en el norte, ofrecían escondites ideales— y el hecho de que las líneas del frente aliado iban subiendo por la bota italiana y estaban cada vez más cerca.

No obstante, los estudios más recientes sugieren que en el Holocausto perdió la vida aproximadamente una cuarta parte de los judíos que aún eran vulnerables; que muchos de los que fueron deportados después de que los alemanes ocuparan el país fueron detenidos por italianos colaboracionistas; y que en las regiones donde la presencia alemana era más potente —por ejemplo en la zona de Trieste, en el noreste—, poco importó lo que los italianos quisieran, pues el 90 % de la comunidad judía falleció.<sup>41</sup> Entre las causas que explican que los alemanes cumplieran casi del todo con su propósito en esa región es que cuando los campos de la Operación Reinhard en Polonia cerraron, las unidades correspondientes de las SS fueron transferidas allí. El heroísmo local no pudo con la falta de escrúpulos de los alemanes, como demuestra el destino de Giovanni Palatucci, comisario del cuartel de policía en la vecina Fiume; usó su despacho para impedir redadas y ayudó a judíos a huir en barco hacia el sur de Italia hasta que la Gestapo lo detuvo, en septiembre de 1944, y lo envió a Dachau, donde murió poco antes de que el campo fuera liberado.<sup>42</sup>

Entre los factores que favorecieron que el índice de supervivencia de los judíos de Dinamarca e Italia fuera relativamente alto destacan el calendario de las operaciones, la geografía y lo reducido de su número. También el hecho de que, en el otoño de 1943, la posibilidad de que Alemania perdiera la guerra se había acrecentado. Pero también intervinieron otras circunstancias, que fueron asimismo de importancia en Bulgaria. En ninguno de estos países los judíos ocupaban un lugar eminente en la vida comercial o cultural, ni en la política comunista; por lo tanto no se los podía presentar como especuladores o amenazas. Además, estas tres comunidades judías estaban muy aculturadas: sus miembros solían hablar en la lengua nacional y se vestían como la población mayoritaria. En efecto, a diferencia de lo que sucedía con la mayoría de los judíos de Ucrania, Polonia, Lituania, Rumanía y las zonas rurales de Hungría, su lengua franca no era el yidis y la vestimenta ortodoxa tradicional era rara. En la Italia de 1939, más de un tercio de todos los judíos casados tenían esposas que no eran judías.<sup>43</sup> En ocasiones, se hace alusión al destino de los judíos urbanos de Hungría y Alemania como advertencia de que la aculturación es inútil, pues no protege a los judíos de la hostilidad ajena. Ciertamente, en esos casos no lo hizo; pero en otros sí que funcionó como salvavidas. También hay que prestar atención a las experiencias distintas de las comunidades judías, muy integradas, de Bulgaria, Dinamarca e Italia, donde buena parte de la población gentil se movilizó para darles amparo.

#### EL CASO DE POLONIA

Probablemente, ningún conjunto de circunstancias, en relación con la conducta de las poblaciones no judías durante el Holocausto, es más delicado que el que rodeó lo que sucedió en Polonia. Este país, a fin de cuentas, fue el epicentro del Holocausto: aquí se ubicaron los campos de exterminio; aquí vivían, antes de la segunda guerra mundial, la mitad de las víctimas; aquí pereció más del 90 % de los judíos que residían en el país en 1939. Entre los

judíos que sobrevivieron ha imperado la convicción de que los polacos cristianos hicieron poco para ayudarles y que, antes al contrario, en muchos casos colaboraron con el resultado e incluso lo alentaron.

Esta percepción se consolidó con un magnífico documental, de nueve horas de duración, filmado por Claude Lanzmann en los años ochenta: *Shoá*. Mostraba a unos campesinos polacos de los alrededores de Chełmno que afirmaban que los judíos morían porque siglos atrás habían matado a Jesucristo; a otros de la vecindad de Auschwitz que sonreían al recordar la llegada de los trenes de la deportación. En 2001, la publicación de *Vecinos: el exterminio de la comunidad judía de Jedwabne* renovó la atención sobre la tensa naturaleza de las relaciones comunitarias en la Polonia sometida por los nazis. Gross narró una brutal masacre de judíos perpetrada por campesinos cristianos en el pueblo de Jedwabne, en la zona de Polonia anexionada por la Unión Soviética, justo antes de que llegaran los alemanes, en 1941. Aunque el autor exagera las cifras tanto de las víctimas como de los criminales, y subestima el papel instigador de los alemanes, sin embargo determina que la masacre la realizaron los residentes del lugar, y de un modo a menudo bestial.<sup>44</sup> Obras como las de Lanzmann y Gross pueden haber contribuido a un rasgo curioso de los testimonios de los supervivientes, con el que Christopher Browning se encontró cuando estudiaba el campo de trabajo de Starachowice: las valoraciones del comportamiento polaco que hicieron los judíos nada más terminar la guerra fueron, por lo general, mucho más suaves y menos furiosas que las recopiladas desde entonces. La sensación de traición y amargura se intensificó con el paso del tiempo.

Al mismo tiempo, con la salvedad de Bielorrusia, Polonia fue el lugar donde la ocupación alemana fue más dura para cualquiera de los sometidos a ella. Durante la invasión, las tropas alemanas ametrallaron repetidamente a civiles y a prisioneros de guerra. En las regiones polacas capturadas por Alemania, tan solo en diciembre de 1939 la cifra de muertos ya ascendía a un mínimo de 50.000 personas, pero quizá más de 60.000. Antes de que empezara la matanza de los judíos, los alemanes liquidaron, de forma deliberada, a buena parte de la intelectualidad polaca: mataron a entre un tercio y dos tercios de los profesores universitarios, periodistas, juristas, sacerdotes, políticos destacados, etcétera,<sup>45</sup> lo que debilitó sobremanera al

país que luego emergió de la segunda guerra mundial. El campo de concentración de Auschwitz, de hecho, se creó en principio para recluir a esta clase de personas, no a los judíos. Algunas estadísticas nos permitirán comprender hasta qué punto fue completa la purga, en determinados niveles locales.<sup>46</sup> En la diócesis católica de Poznań (Posnania; en alemán, Posen), en el Warthegau, se encerró en campos de concentración, deportó o directamente asesinó, entre 1939 y 1945, al 77 % de los sacerdotes. En las seis diócesis que la Alemania nazi se anexionó de Polonia, la tasa de mortalidad de los sacerdotes durante la contienda osciló entre un mínimo del 30 % y un máximo ligeramente superior al 50 %. Además, Himmler creó un programa que, a grandes rasgos, consistió en raptar a miles de niños polacos de pelo rubio, ojos azules y apariencia racial alemana para darlos en adopción a familias nazis del Reich. Su proyecto de ingeniería demográfica en el Warthegau supuso desplazar y empobrecer a unos 300.000 polacos; la arbitrariedad del poder nazi en el Gobierno General acarreó la muerte de varios miles más a manos de los alemanes. Unos dos millones de polacos fueron trasladados al Reich para realizar trabajos forzosos, y sufrieron diversos grados de explotación y abuso.

La suerte de los que se quedaron en el país no fue mucho mejor; las represalias contra cualquier intento de resistencia a las medidas alemanas — no digamos a las tropas del Reich— comportaron fusilamientos colectivos de cientos de personas cada vez y que se prendiera fuego a sus granjas o pueblos. Se prohibió casi por completo que los polacos recibieran educación secundaria; se clausuraron las universidades, que fueron objeto de saqueo. Hans Frank, el jefe nazi del Gobierno General, declaró con toda franqueza que no le importaba lo más mínimo si los polacos «tenían algo que comer o no». De resultas, en 1941, el racionamiento oficial tan solo proporcionaba a los polacos el 29 % de las calorías diarias establecidas por la Sociedad de las Naciones; en 1943, la cifra se había reducido al 17 %.<sup>47</sup> La mayoría de los polacos sobrevivió comprando en el mercado negro, pero buscar comida requería mucho tiempo y un esfuerzo denodado, y los precios eran exorbitantes. Martin Winstone, autor del estudio más completo sobre el Gobierno General, recoge que, desde 1941 y hasta el final de la ocupación alemana, «los precios del pan —el barómetro supremo del mercado negro—

rondaban el 4.000 % del nivel anterior a la guerra». <sup>48</sup> En los meses iniciales del dominio alemán se produjo un saqueo tan completo de los recursos y la maquinaria del Gobierno General que en marzo de 1940 Hans Frank describió la región como «económicamente hablando, un vacío. Cuanto había ... se lo ha llevado, si era posible, el Plan Cuatrienal [alemán]». <sup>49</sup> Aunque los nazis admitieron que existía una contradicción entre mantener el orden en el país y arruinarlo, nunca resolvieron el conflicto y las condiciones de vida siguieron empeorando durante la ocupación.

Las medidas adoptadas explican en parte por qué las zonas anexionadas y ocupadas de Polonia sufrieron tanto; otra parte se debió al personal. Alemania tendió a elegir, para liderar los distritos, a nazis plenamente comprometidos con el partido desde hacía tiempo, por lo general sumamente racistas y a menudo caracterizados por la incompetencia, la avaricia y los escándalos. Frank, el gobernador general, era un ejemplo prototípico al respecto. Aunque este modelo posibilitó que, en ocasiones, los señores nazis aceptaran sobornos que permitieran mejorar algo las condiciones, por otro lado los nuevos administradores estaban muy decididos a sacar todo el provecho posible de la región ocupada, tanto para el Reich como para sí mismos. Fritz Cuhorst, el primer alcalde nazi de la ciudad de Lublin, hablaba por boca de muchos cuando, en diciembre de 1939, se expresó así: «[H]emos decidido que, desde nuestra posición de poder, nos comportaremos exactamente al revés que en nuestro país, es decir: como unos hijos de puta». En consecuencia, según el comentario contemporáneo de un médico polaco anónimo, «era como vivir en un país en el que hubieran soltado a todos los ladrones y mafiosos y se hubiera suspendido por completo la validez de la ley». <sup>50</sup>

Para comprender hasta qué punto la segunda guerra mundial destruyó Polonia, quizá podemos comparar los hechos de este país con dos de los principales factores de aniquilación de la guerra: los asaltos aéreos contra Alemania y Japón. Pues bien, en el bombardeo de Varsovia, en 1939, murieron más polacos que alemanes en el bombardeo incendiario de Dresde, en 1945; <sup>51</sup> de hecho, tan solo en Varsovia la guerra costó la vida a más habitantes de la ciudad —unas 720.000 personas— <sup>52</sup> que las incursiones aéreas aliadas en el conjunto de Alemania. Aún es más asombroso que,

probablemente, en la supresión del levantamiento de Varsovia, en 1944, perdieron la vida más polacos que japoneses en los bombardeos atómicos de Hiroshima y Nagasaki, un año después. A la postre, durante la ocupación nazi, entre 1939 y 1945, fallecieron aproximadamente dos millones de ciudadanos polacos que no eran judíos. El total es abrumador, pero aun así no iguala a la cantidad de judíos polacos asesinados, y el porcentaje respectivo, en relación con la población de la preguerra, no es siquiera comparable. Se afirma a menudo que el gobierno nazi cortó la vida a tantos ciudadanos polacos cristianos como judíos, pero la aseveración es falsa. Jakub Berman, un líder del comunismo polaco que era judío, se inventó la cifra en diciembre de 1946 por razones políticas: los análisis estadísticos detallados la desmienten.<sup>53</sup> Aun así, es cierto que en la Polonia anexionada y ocupada pereció una gran cantidad de habitantes no judíos. Además, al tiempo que esto sucedía, los gentiles polacos también ocultaron y salvaron a decenas de miles de judíos. Aunque la afirmación pueda parecer sorprendente, en un principio, el índice de supervivencia de los judíos de Varsovia fue igual que el de Ámsterdam.<sup>54</sup>

Desde 1945, el distanciamiento entre las comunidades judía y no judía de Polonia se ha incrementado porque desde ambas partes se ha denunciado la mutua indiferencia y se ha discutido por quién padeció más durante el gobierno nazi. Con una intensidad lamentable, muchos judíos han hablado de los polacos como si, durante el Holocausto, se hubieran portado peor que los alemanes; igualmente, muchos polacos no judíos han considerado que cualquier crítica a su conducta era un insulto traidor y desagradecido a una nación acosada. En abril de 2015, el ministro de Exteriores polaco llegó hasta el extremo de convocar al embajador estadounidense para protestar porque un discurso y una columna de prensa de James Comey, director del FBI, hacían alusión a «los asesinos y cómplices de ... Polonia»;<sup>55</sup> aunque este capítulo demuestra que su referencia estaba plenamente justificada, para el ministro polaco representaba un insulto a los numerosos héroes polacos que se habían enfrentado a la Alemania nazi. Por descontado, en Polonia, durante la segunda guerra mundial, hubo muestras tanto de complicidad con los nazis como de heroísmo; citar lo uno no supone negar lo otro. Más aún, como veremos, en Polonia a veces la resistencia al nazismo y la participación en el

Holocausto fueron de la mano. Comey, no obstante, actuó de acuerdo con la corrección política y ofreció sus disculpas. Incluso en algunos círculos universitarios de nuestros días, fuera de Polonia, esta sensibilidad ha emergido en la reacción crítica a un importante estudio de Timothy Snyder, *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin* (2010). Snyder yuxtapuso el padecimiento de los judíos a manos de los nazis con el sufrimiento de polacos, ucranianos y otros europeos del este, a manos sobre todo de los soviéticos, en la antigua Zona de Asentamiento, entre 1933 y 1945. Varios destacados estudiosos judíos, tanto aquí como en Israel, replicaron acusando al autor de quitar hierro al antisemitismo de los polacos y, más en general, presentar una visión sesgada, excesivamente favorable a los polacos, de la carnicería.<sup>56</sup>

¿Cómo podríamos resolver estas recriminaciones mutuas de forma justa y llegar a una evaluación moderada de lo que sucedió? Creo que el intento debe tomar en consideración siete conjuntos de hechos que resultan un tanto contradictorios entre sí, pero esenciales.

En primer lugar, antes de 1939, en Polonia había un antisemitismo considerable y creciente.<sup>57</sup> Ciertamente, no era universal: tanto el Partido Campesino, de carácter popular, como el elitista Partido Democrático, surgidos justo antes de la segunda guerra mundial, eran partidarios de la tolerancia y contrarios a la persecución. El gran paladín de la discriminación de los judíos era Roman Dmowski. Su Partido Nacional (conocido hasta 1928 como demócrata-nacional: la Endecja) adquirió más influencia a partir de 1935, cuando el gobierno que sucedió al del difunto mariscal Józef Piłsudski adoptó una serie de medidas dirigidas a expulsar a los judíos de la economía polaca y, de hecho, del país. A finales de la década de 1930 estallaron repetidos pogromos, a una escala relativamente menor, en su mayoría en las ciudades pequeñas del centro de Polonia, que causaron la muerte de catorce judíos y heridas a unos 2.000. Un decreto gubernamental que exigía a las empresas comunicar los nombres completos de sus propietarios facilitó el boicot de los negocios judíos, al igual que la división de los mercados municipales en un sector judío y otro no judío. Las universidades polacas impusieron restricciones de acceso que acarrearón que el porcentaje de los estudiantes judíos descendiera en casi dos tercios (del 20,4 % al 7,5 %) de

1928 a 1938. Desde 1937, los que se inscribían debían sentarse en bancos específicos y en ocasiones fueron víctima de ataques violentos. Entre 1936 y 1939, el Parlamento polaco limitó primero, y luego prohibió, los sacrificios *kosher*. Entre tanto, prácticamente ningún judío ocupaba posiciones importantes en los departamentos ministeriales y municipales, los servicios de ferrocarril y correo, ni las industrias que eran monopolio del gobierno, como el tabaco, el alcohol y la madera. Salvo dos generales de origen judío, pero bautizados en el cristianismo, los pocos judíos del ejército polaco eran casi todos médicos. Una ley nacional restringía la participación de los actores judíos a los teatros en yidis, y de los periodistas judíos, a los medios que eran propiedad de otros judíos; varias asociaciones profesionales, como las de los ingenieros eléctricos y los médicos, votaron por excluir en adelante a los judíos. La organización política fundada en 1936 para respaldar al régimen posterior a Piłsudski —el Campo de Unidad Nacional (OZN, por sus siglas en polaco; popularmente conocido como Ozon)— tampoco admitía a miembros judíos.

En 1937, el líder del Partido Conservador, el príncipe Janusz Radziwiłł, dio su aprobación a la «emigración forzosa de los judíos», y el gobierno polaco llegó a enviar una delegación a Madagascar, con el fin de explorar la posibilidad de usar esta isla como destino;<sup>58</sup> al año siguiente, el ministro de Exteriores polaco debatió la idea con su homólogo francés, e intentó arrendar unos 4.000 kilómetros cuadrados de terreno para ubicar allí a unas 30.000 familias judías a las que se expulsaría anualmente durante los cinco o seis años siguientes (en total, entre 500.000 y 600.000 personas). Poco después, el embajador polaco en Estados Unidos abrió conversaciones con un grupo de influyentes y acaudalados judíos norteamericanos, para que adquirieran Angola, la colonia portuguesa, como «patria judía adicional».<sup>59</sup> El gobierno polaco estaba tan ansioso por expulsar a los judíos que de hecho instruyó en su propio país a combatientes de la derecha sionista, en 1938 y 1939, para enviarlos a Palestina; confiaba en que se mostrarían lo bastante violentos para convencer a los británicos o bien de que se marcharan del territorio, o bien de que suavizaran las restricciones a la inmigración.<sup>60</sup>

El antisemitismo polaco fue tan amplio como profundo, y reflejó el estrecho vínculo existente entre el nacionalismo polaco y el catolicismo del país. Era criterio de muchos polacos que no se podía ser de esta nación sin ser católico, y los sacerdotes del país estaban plenamente de acuerdo. El clero polaco —el más francamente antisemita de Europa— solía dar su respaldo político a Dmowski y sus nacionalistas. Los líderes y las publicaciones de la Iglesia relacionaron repetidamente a los judíos con toda fuerza extraña a la nación y supuestamente corruptora o contaminadora de la vida moderna y, por lo tanto, también con toda corriente de opinión o conducta que amenazara la autoridad, el poder y los ingresos de la Iglesia. Los cardenales polacos destacaron por no mostrar ningún freno en culpar a los judíos de todos los problemas de la nación. La posición oficial de la Iglesia hacia los judíos seguía anclada en la Edad Media: eran seres malvados y sediciosos a los que se debía rehuir (sin causarles daños corporales). Como documento típico de la animosidad antisemita inherente a la jerarquía católica de Polonia cabe señalar la carta pastoral titulada «Sobre los principios morales católicos» que el cardenal August Hlond, principal eminencia religiosa del país, dio a conocer en febrero de 1936. Citemos unos pasajes:

Es un hecho que los judíos ... constituyen la vanguardia del ateísmo, el movimiento bolchevique y las actividades revolucionarias. Es un hecho que la influencia judía sobre la moralidad es perniciosa, y que sus casas editoras difunden pornografía. Es cierto que los judíos permiten el engaño y la usura ... Pero seamos justos. No todos los judíos son así ... Uno puede amar más a la propia nación sin por eso odiar a nadie. En las cuestiones comerciales lo bueno es preferir a la propia gente, antes que a otros, evitando las tiendas judías y los puestos judíos del mercado, pero no es lícito saquear las tiendas judías ... Uno debe aislarse de la dañina influencia moral de la judería ... en particular boicotear la prensa judía y la corrupción de los editores judíos; pero no se permite atacar a los judíos, apalearlos, herirlos o causarles otros daños, difamarlos.<sup>61</sup>

Dos años más tarde, el padre Józef Kruszyński, antiguo rector de la Universidad Católica de Lublin y principal propagandista intelectual de los *Protocolos de los sabios de Sion* en la Polonia de entreguerras, resumió las ambiguas enseñanzas de la Iglesia en cuanto a los judíos. Calificó de bárbaro que se los persiguiera en Alemania, pero añadió: «Hitler ha descrito a los judíos como los microbios del mundo. La acusación es inusualmente severa

pero debemos admitir que es correcta».<sup>62</sup> En suma, en Polonia el antisemitismo tradicional de raíz religiosa seguía siendo vívido y potente, y muy pocos sacerdotes católicos, en particular en las parroquias, levantaron la voz en defensa de los judíos o instaron a sus feligreses a ayudarlos. Antes al contrario, la jerarquía eclesiástica disculpó repetidamente lo que denominaba «excesos lamentables» de los antisemitas polacos al describirlos como reacciones comprensibles ante la falta de respeto de los judíos «por la fe y las tradiciones cristianas».<sup>63</sup>

En segundo lugar, en la Polonia de antes de la guerra, judíos y polacos tendían a vivir por separado, como comunidades étnicas distintas entre las que había poco sentimiento de solidaridad mutua. En una encuesta realizada antes de la contienda, solo un 12 % de los judíos polacos mencionó el polaco como lengua materna; sin embargo, las preguntas se formulan con ambigüedad y la cifra podría ser inferior a la realidad: los datos de los préstamos de biblioteca indican que los judíos leían más en polaco que en yidis.<sup>64</sup> Sin embargo, la mayoría de los judíos hablaban sobre todo en yidis y los que sabían polaco se expresaban con un acento reconocible. Los casos de matrimonio mixto o conversiones eran raros. Los judíos gestionaban sus propias casas editoriales, clubes deportivos, compañías teatrales, cooperativas laborales y de crédito, coros, hospitales, orfanatos, orquestas, periódicos y sociedades culturales.

En buena parte del país, judíos y polacos se diferenciaban por sus lugares de residencia y sus trabajos.<sup>65</sup> Aunque los judíos representaban el 10 % de la población nacional (antes de la guerra), eran sin embargo el 33 % de los habitantes urbanos del centro y el oeste de Polonia, y entre el 40 % y el 60 % en distintas regiones orientales (la zona de la cual la Unión Soviética se apoderó en 1939). Aunque solo el 1 % de los judíos pertenecían a cuerpos profesionales, sin embargo en 1921 representaban el 63 % de los empleados de comercio; diez años después eran el 56 % de los médicos, 43 % de los maestros, 33,5 % de los juristas y abogados, y 22 % de los periodistas y editores. En vísperas de la segunda guerra mundial, las empresas propiedad de judíos daban empleo a más del 40 % de la población activa de Polonia, y los judíos satisfacían el 35-40 % de los impuestos del país. En otras palabras: entre las dos comunidades surgió una distancia fruto de, por un lado, la

envidia y el resentimiento de clase, por otro, las diferencias étnicas y religiosas. En Polonia prosperó la idea de que los judíos habían adquirido una riqueza desproporcionada gracias a una confabulación injusta, de modo que los polacos tenían derecho a recuperar lo que en realidad era suyo. Sin embargo, buena parte de la población judía vivía en la pobreza —incluso en la miseria—, en parte a consecuencia de la discriminación laboral y las medidas impositivas aprobadas por el gobierno. Cuando estalló la segunda guerra mundial, quizá un tercio de los judíos de Polonia necesitaban subsidios para sobrevivir, que en su mayoría les proporcionaban organizaciones judías de Estados Unidos.

Todo esto era menos cierto en Varsovia que en el resto del país: los judíos de la capital, relativamente cosmopolita, se habían aculturado más, tendían a hablar más en polaco e interactuar más con los no judíos, y no eran objeto de resentimientos o envidias tan uniformes. De hecho, la relativa frecuencia de los contactos a través de las distintas comunidades explica en gran parte la cantidad de judíos que pudieron ocultarse y salvar la vida en la ciudad, que ascendió a unas 11.500 personas, o quizá más. Gunnar S. Paulsson, el autor que mejor ha estudiado el rescate de los judíos de Varsovia, ha calculado que el empeño debió implicar a entre 70.000 y 90.000 no judíos. En junio de 1943 eran tantos los judíos que se habían podido esconder bien en Varsovia —probablemente, más de 25.000— que los nazis recurrieron a un truco. Afirmaron que disponían de documentos de entrada a varios países latinoamericanos y estaban dispuestos a venderlos a judíos que luego intercambiarían con los Aliados a cambio de prisioneros de guerra alemanes. Los nazis llegaron a instalar a cierto número de judíos en las cómodas habitaciones del hotel Polski, supuesto punto de reunión para el intercambio. Unos 3.500 judíos cayeron en la trampa, abandonaron su escondite y perecieron en Auschwitz.<sup>66</sup>

En tercer lugar, la política también enfrentaba a polacos y judíos. Ya en la guerra polaco-soviética de 1919 a 1920, el ejército polaco recluyó a sus soldados judíos en un campo de detención, por considerarlos una amenaza.<sup>67</sup> En el período de entreguerras, en la izquierda política abundaban más los judíos que los no judíos; en la década de 1930 más de la mitad de los líderes locales del Partido Comunista Polaco y la mayoría de miembros de su Comité

Central eran judíos, pese a que la mayor parte de los judíos no pertenecía a este partido.<sup>68</sup> Entre 1939 y 1941, el grueso de los polacos creía que entre los judíos primaba el comunismo y que, como demostración, bastaba con ver cómo los trataban los alemanes. El estudio de Yehuda Bauer sobre la Polonia anexionada por la Unión Soviética muestra que los judíos de la zona reconocían que, para ellos, los rusos eran el mal menor de los dos que los amenazaban en la Europa oriental<sup>69</sup> y, por consiguiente, cuando los soviéticos llegaron tendieron a mostrarse abiertos a colaborar con ellos. En 1943, Calel Perechodnik describió la «inmensa felicidad» con la que, cuatro años antes, los judíos habían saludado la ocupación soviética de la Polonia oriental, y añadió: «No es nada que deba extrañarnos. Desde un lado invade un alemán que proclama lemas sobre la destrucción implacable y el asesinato de todos los judíos. Desde el otro lado invade un bolchevique cuyos eslóganes afirman que, para él, todas las personas son iguales ante la ley. Era incomparable».<sup>70</sup>

Dada la intensidad con que los polacos odiaban Rusia —fruto tanto de la larga ocupación del imperio zarista, en el siglo XIX, como, ya en 1940 y 1941, del hecho de que la Unión Soviética hubiera deportado a Siberia a cerca de medio millón de polacos de las regiones que se anexionó—, era comprensible que la posición más habitual de los judíos ahondara las diferencias entre las dos comunidades. En el caso de la masacre de Jedwabne, el pretexto fue la supuesta conducta prosoviética de los judíos del lugar. Y esta matanza no fue un caso excepcional:<sup>71</sup> tan solo en la provincia de Suwałki hubo sesenta y seis ataques casi simultáneos, y en el conjunto de las provincias orientales anexionadas por la Unión Soviética, unos doscientos incidentes similares. Según comunicó el 4 de julio de 1941 Stefan Rowecki, general de la resistencia polaca, al gobierno polaco exiliado en Londres, mientras los ejércitos alemanes barrían el territorio polaco del que los soviéticos se habían apoderado antes, muchos polacos estaban dispuestos a ofrecer «cooperación administrativa y económica con los alemanes, en esas regiones ... [como] reacción refleja de gratitud ante quienes los liberaban de la opresión bolchevique, en la que los judíos han interpretado un papel de importancia».<sup>72</sup> Irónicamente, según ha expuesto Yehuda Bauer, dos fuerzas —la atracción que la sociedad soviética ejercía entre los judíos de la Polonia

oriental, en particular entre los más jóvenes, y las medidas económicas y antirreligiosas que los comunistas adoptaron— socavaron la cohesión de la comunidad judía local entre 1939 y 1941. Esto hizo menguar su capacidad de resistir a los alemanes cuando se produjo su invasión, al igual que las divisiones en torno de la ocupación soviética erosionaron la solidaridad entre los judíos y polacos de la región.

El judío Jan Kozielski, un valeroso miembro de la resistencia que durante la guerra actuó con el nombre en clave de «Jan Karski», escribió un informe para el gobierno exiliado en Londres, en febrero de 1940, que evidencia cuán profunda era ya esta clase de división entre los polacos judíos y no judíos. Llegó a la conclusión de que «la “solución” que los alemanes dan a “la cuestión judía” ... está creando una especie de estrecho puente en el que los alemanes y una gran parte de la sociedad polaca se están encontrando de acuerdo».<sup>73</sup> En consecuencia, salvo en Varsovia, en casi todos los demás lugares la principal organización de la resistencia, el Armia Krajowa (AK) o «ejército nacional», excluyó a los judíos de sus filas al suponer que eran un riesgo para la seguridad, como aliados potenciales de los soviéticos. Cuando los ejércitos soviéticos obligaron al ejército alemán a retirarse hacia las fronteras de Polonia, esta actitud hizo que algunos comandantes del AK — que ahora luchaban en una guerra en dos frentes, contra los alemanes y contra el «ejército popular polaco», de carácter prosoviético— mostraran aún más hostilidad a los judíos. De resultas, no menos de veintidós de los reclusos judíos que huyeron de Sobibór durante la rebelión de octubre de 1943 murieron en los días siguientes a manos de polacos; a ocho de ellos, como mínimo, los mató una unidad del Armia Krajowa.<sup>74</sup> En agosto de 1944, el destacamento del AK de Barwy Białe, integrado a la sazón en el 2.º Regimiento de Infantería de las Legiones, descubrió a entre tres y cuatro docenas de judíos que habían escapado de la fábrica de municiones de Skarżysko-Kamienna, ocultos en un bosque, y los masacró a todos y cada uno de ellos, a sangre fría.<sup>75</sup>

Ya fuera por razones religiosas, sociales, personales o políticas, muchos campesinos, incluso muchas unidades de la resistencia en las zonas rurales, también mataron por sistema o entregaron a los nazis a cientos de judíos que intentaban esconderse de ellos. De hecho, estos polacos lo fueron haciendo

cada vez con mayor frecuencia y hasta el final mismo de la ocupación alemana. Zygmunt Klukowski, médico de una ciudad pequeña próxima a Lublin, escribió en su diario el 26 de noviembre de 1942.

Los agricultores están apresando a los judíos que se esconden en los pueblos, por temor a las posibles represalias, y se los llevan a la ciudad, o a veces simplemente los matan donde los encuentran. En general, se ha producido un extraño embrutecimiento en relación con los judíos. Una psicosis se ha apoderado de la gente y, siguiendo el ejemplo de los alemanes, no consideran que los judíos sean humanos, los tienen más bien por una dañina epidemia que se debe erradicar por todos los medios disponibles, como un perro enfermo de rabia o una rata.<sup>76</sup>

En muchas ocasiones, la conocida como «policía azul» (el resto de los policías polacos que hacía la ronda) y unidades locales de bomberos voluntarios participaron también en hacer salir de sus escondites a los judíos o arrestarlos cuando algún lugareño informaba de su paradero. Cada vez que se producía una caza exitosa, los jefes polacos locales que la habían encabezado gozaban del derecho a distribuir cualquier propiedad obtenida, incluida la ropa de las víctimas. Entre tanto, los alemanes ofrecían recompensas por cada judío entregado —a veces kilos de azúcar, otras dinero y otras vodka— y, por otra parte, amenazaban con castigos colectivos a las comunidades en las que se hallara a judíos ocultos.<sup>77</sup> El temor a estos castigos tuvo mucho que ver con la psicosis colectiva de la que Klukowski dio fe.

Los datos de los que vamos disponiendo sugieren que, como cálculo conservador, al menos tantos polacos no judíos entregaron a judíos a la policía como escondieron a judíos de los nazis. Aunque los polacos cristianos, en su inmensa mayoría, no hicieron ninguna de las dos cosas, parece ser que las minorías que o perjudicaban o socorrían a los judíos no estaban equilibradas. En particular en las zonas rurales, no había muchas oportunidades de recibir protección el tiempo suficiente para sobrevivir. Un estudio de lo que sucedió en el condado de Dąbrowa Tarnowska (unos ochenta kilómetros al este de Cracovia) examinó, en los archivos polacos y alemanes y las actas de los juicios de la posguerra, los destinos de unos 337 judíos que intentaron esconderse allí tras la destrucción de los guetos.<sup>78</sup>

Cincuenta y uno lograron su objetivo y emergieron con vida tras la llegada de los ejércitos soviéticos, pero 286 perecieron entre 1942 y 1945. Entre los que murieron, quienes lo hicieron a manos de la policía o civiles polacos fueron más numerosos que los que fallecieron por acciones alemanas: 122 frente a 105. Es significativo que la prensa clandestina se dividiera netamente en el comentario de esta clase de colaboración: mientras algunos periódicos de la resistencia la tildaban de vergonzosa, otros proclamaban: «[D]ebemos castigar a los que quieren esconder a los judíos y declarar traidores [a quienes los protegen]». <sup>79</sup> La divergencia quizá explique otro hecho evidenciado por las cifras de Dąbrowa Tarnowska: en su mayoría, los que ocultaron a judíos lo hicieron a cambio de dinero u otros pagos, <sup>80</sup> pero muy pocos de los judíos guarecidos por este sistema —tan solo el 9 %— lograron sobrevivir a la guerra. Al parecer, cuando se quedaron sin productos de valor que trocar por la protección, fueron entregados a la policía.

En cuarto lugar, durante la ocupación alemana, la resistencia polaca hizo muy poco por ayudar a los judíos de Polonia, aunque muy pronto tuvo una información completa, primero, sobre las condiciones de los guetos, y luego, sobre las deportaciones y los campos de exterminio. El Armia Krajowa transmitió este conocimiento —incluidas referencias específicas al gaseado— al gobierno polaco en el exilio, que a su vez la hizo pública desde Londres; también se aseguró de que la prensa clandestina del país difundía la información. Hubo proclamas oficiales que exigían que los polacos no colaborasen con la persecución de los judíos ni chantajearan a los que estaban ocultos; en una fase posterior de la guerra el AK llevó a término ejecuciones por tales delitos. <sup>81</sup> Además, el gobierno envió a Jan Karski a Gran Bretaña, en noviembre de 1942, y a Estados Unidos, en julio de 1943, para informar a los líderes respectivos de qué estaba sucediendo en Polonia. Pero en coherencia con su estrategia de reservar las fuerzas hasta que el régimen nazi en Polonia estuviera a punto de derrumbarse, el Ejército Nacional polaco no intentó impedir la deportación desde Varsovia ni dinamitar las vías férreas de Bełżec, Sobibór o Treblinka. Por la misma razón, en la primavera de 1943, el AK aportó poco material de apoyo para el levantamiento del gueto de Varsovia: un total de cincuenta pistolas, cincuenta granadas de mano, unas diez libras de explosivos, dos intentos (fallidos) de abrir brecha en los muros

del gueto, durante los combates, y varios ataques de francotiradores contra los guardias alemanes.<sup>82</sup> Este nivel de respaldo marcó, de hecho, el punto culminante de la asistencia del AK a los judíos polacos. Después de que en julio de 1943 Tadeusz Komorowski sucediera al general Rowecki, que había sido apresado, en el mando del Ejército Nacional, el AK se mostró aún menos dispuesto a socorrer a los pocos judíos supervivientes. En cambio, sí se decidió a combatir lo que calificaban de «bandolerismo» de los fugitivos judíos y unidades guerrilleras que vivían de lo que requisaban a los campesinos.<sup>83</sup>

La prueba más poderosa de que la resistencia polaca solo ayudó a los judíos con tibieza sea la historia de la organización que el gobierno en el exilio creó para ese fin específico. Se suponía que Żegota, el Comité de Ayuda a los Judíos, los socorrería proporcionándoles papeles falsos y escondites; pero no solo surgió muy tarde —en el otoño de 1942, después de que los judíos polacos ya hubieran sido asesinados en su mayoría—, sino que su eficacia fue escasa. Los cálculos de a cuántas personas salvó de verdad la vida este grupo son muy diversos, pero nunca pasan de unos miles (en gran parte, niños). El propio folleto que convocaba a los polacos a protestar en público contra las deportaciones y llevó a la formación de Żegota ya revela la ambigüedad hacia el rescate que debilitaba de entrada el mismo esfuerzo. Zofia Kossak, la autora, no pudo resistirse a comentar: «nuestros sentimientos para con los judíos no han cambiado. Seguimos considerándolos como enemigos políticos, económicos e ideológicos de Polonia». La jerarquía de la Iglesia Católica no ofreció ningún respaldo ni dedicó gran atención a Żegota, y la mayor parte de los fondos de la organización —al menos, sin lugar a dudas, de los que en efecto llegaron a Polonia— procedía de fuentes judías del extranjero, no del gobierno radicado en Londres.<sup>84</sup> Una razón para ello fue que, dentro del gobierno del exilio, la facción del Partido Nacional se negó a sumarse o respaldar a Żegota y no cesó de difundir propaganda antisemita clandestina.

La presencia y las acciones del Partido Nacional fueron en contra de las declaraciones del gobierno exiliado, según el cual la Polonia de posguerra sería un estado en el que todos los ciudadanos tendrían los mismos derechos. En realidad, uno de los aspectos más llamativos del Holocausto en Polonia es

cuán poco impacto tuvo la masacre sobre las actitudes que habían imperado, antes de la segunda guerra mundial, con respecto a los judíos del país. A finales de 1943 se preguntó a los líderes de trece grupos políticos de la resistencia polaca, y se constató que, en una relación de nueve a cuatro, eran partidarios de liquidar a los judíos o de que emigraran, y no de que el estado de la posguerra optara por la integración y la igualdad.<sup>85</sup> Incluso entre los presos políticos de los campos de concentración predominaba, según Hermann Langbein, el antisemitismo persistente de los polacos.<sup>86</sup>

En quinto lugar, precisamente porque en Polonia había más judíos que en ningún otro lugar, su desaparición podía beneficiar a más personas que en ningún otro lugar, y esto también hizo menguar el sentimiento de solidaridad. De hecho, los nazis actuaron deliberadamente para comprar la lealtad de los no judíos, en particular en las regiones que conquistaron a la Unión Soviética en 1941, apresurándose a ceder las posesiones inmobiliarias de los judíos a la población local y convirtiendo las escuelas, casas comunitarias, sinagogas y hospitales en centros de servicio para la población local no judía. Incluso los campos de exterminio fueron una fuente de enriquecimiento, porque los pueblos de los alrededores sacaban partido de los gastos de los guardias y, a veces, de un mercado negro abastecido con los productos requisados a los asesinados. Por efecto de los rumores que se difundieron por todo el país ocupado, en 1942 y 1943 se establecieron en los alrededores de Treblinka tanto corredores de divisas como vendedores de joyas,<sup>87</sup> y la zona atrajo asimismo a prostitutas. Incluso las leyes de restitución de la Polonia actual muestran hasta qué punto muchos ciudadanos polacos corrientes se beneficiaron de los asesinatos: en ellas se estipula que nadie puede reclamar propiedades robadas a los judíos, salvo que el solicitante resida en Polonia. Dado que los judíos supervivientes, en su mayoría, abandonaron el país después de 1945 o fueron expulsados a finales de la década de 1960, esta ley protege de hecho un robo realizado a una escala descomunal, y se concibió para que fuera así, precisamente porque el robo era descomunal.

En sexto lugar, el antisemitismo en Polonia perduró más que el Holocausto y siguió vigente *a posteriori*. Nechama Tec, que estudió a los rescatadores y a los que, gracias a varios de ellos, sobrevivieron a la guerra en Polonia, recuerda en sus memorias, *Dry Tears* («Lágrimas secas»), que lo

primero que sus protectores le rogaron, cuando los rusos liberaron su ciudad, fue que no le dijera a nadie que ellos la habían escondido.<sup>88</sup> Muchos otros niños que sobrevivieron escondidos en Polonia han transmitido lo mismo, y cuando la Comisión Histórica Judía de Cracovia empezó a dar a conocer los nombres de los benefactores, en 1947, muchos de ellos solicitaron que, en el futuro, la organización los omitiera.<sup>89</sup> Los valedores polacos contaban con que, entre sus vecinos, la amabilidad mostrada les generaría más desprecio que elogios o respeto, y a menudo ocurrió exactamente así. La única familia que escondió a judíos durante la masacre de Jedwabne, en 1941, sufrió una desaprobación tan intensa una vez acabada la guerra que la mayor parte de sus miembros emigraron a Estados Unidos, en concreto a Chicago.<sup>90</sup>

Después de la guerra también estallaron en Polonia múltiples pogromos; uno de ellos costó la vida a Chaim Hirszman, uno de los dos únicos supervivientes de Bełżec. En 1946 estalló un pogromo en Kielce porque alguien afirmó que los judíos que habían vuelto para vivir en el centro comunitario judío de la ciudad habían raptado y asesinado a un niño gentil: la misma historia del viejo «libelo sangriento». Jan Gross, que, en un libro titulado *Fear* («Miedo») ha estudiado con detalle qué sucedió en este pogromo, afirma que no fue un simple estallido del odio endémico contra los judíos, sino también el intento de eliminar a los que aún podían dar testimonio de la magnitud de la complicidad precedente de los polacos en el Holocausto. De hecho, numerosos datos biográficos dan a entender que algunos de los antisemitas polacos más entusiastas de 1942 y 1946 intentaron ocultar sus huellas, después de la guerra, colaborando con similar entusiasmo con el comunismo.<sup>91</sup> Entre tanto, otros antisemitas siguieron aferrados sin más a la vieja tradición de retratar a los judíos como gente predispuesta a traicionar a Polonia y entregarla a los rojos, y difundieron historias —una vez más, exageradas, pero no infundadas del todo— sobre la «representación excesiva» de los judíos en los servicios de seguridad comunistas.<sup>92</sup>

A consecuencia de este clima de antisemitismo permanente, cerca de 250.000 judíos —incluidos muchos que acababan de volver al país tras haberse refugiado en la Unión Soviética— huyeron de Polonia hacia Occidente en los primeros años de la posguerra. A finales de la década de 1960, el gobierno comunista de Polonia organizó una «campana antisionista»

que en buena medida pretendía distraer la atención del creciente descontento popular, pero que a la vez quería desacreditar la imagen, aún vigente entre la opinión pública polaca, de que el régimen era un instrumento de los judíos. Después de 1989 y de la caída del comunismo en Polonia, Lech Wałęsa, el héroe del movimiento Solidaridad, mostró que el antisemitismo aún persistía en algunos sectores de la sociedad polaca: intentó desprestigiar a otro candidato a la presidencia del país afirmando que era descendiente de judíos; luego desdeñó los hallazgos de Jan Gross sobre Jedwabne, tildándolos de cosas de «un judío que intenta hacerse rico».<sup>93</sup>

En séptimo lugar, en Yad Vashem se conmemora a más polacos, por haber salvado a judíos, que a personas de ninguna otra nacionalidad. En parte esto se deriva del hecho de que los judíos eran más numerosos en Polonia que en ningún otro lugar, de forma que incluso un porcentaje bajo de protectores (gente que salvó a judíos o falleció en el intento) daría un total más elevado que en cualquier otro sitio. Sin embargo, los estudios de Tec y otros autores contienen miles de historias de coraje polaco, en defensa de los judíos, en un lugar donde esto era especialmente peligroso. Emanuel Ringelblum, creador del archivo de Oyneg Shabes en el gueto de Varsovia, se ocultaba, junto con su esposa e hijo y otros treinta y cuatro judíos, en un escondite preparado por cierto Mieczysław Wolski, un no judío que era también el propietario.<sup>94</sup> Tanto él como su sobrino murieron con esos judíos cuando los alemanes descubrieron el búnker, en marzo de 1944. Los investigadores polacos y alemanes han identificado de forma fiable a casi un millar de polacos ejecutados por ayudar a judíos escondidos,<sup>95</sup> y casi ninguno de ellos se halla recogido en la lista de Yad Vashem.

Así pues, ¿a qué conclusión nos llevan estos siete puntos? Por encima de todo, a la necesidad de comprender a los otros y dejar en suspenso las acusaciones mutuas y las peleas sobre qué colectivo sufrió más. Lo esencial es recordar que los nazis crearon un mundo hobbesiano, en la Polonia anexionada y ocupada, donde no existía ningún gobierno nativo que pudiera ejercer de moderador, y diversos sectores de la población se veían lanzados sin cesar unos contra otros en una batalla desesperada por sobrevivir. No era un terreno fértil para que creciera un sentimiento de interés común; el entorno conducía mucho más a preocuparse por el interés propio y sacar partido de

las oportunidades que se pudieran presentar. Por esta razón, el hecho de que los nazis, en muchos aspectos, convirtieran en víctimas a los polacos no inmunizó a cierto número de polacos frente a varias clases de complicidad con los crímenes alemanes.

Llegar a esta clase de perspectiva equilibrada ha sido, y seguirá siendo, mucho más difícil para la gente de Polonia de lo que debería serlo para quienes viven en otros lugares. Interpretar la historia nacional suele suponer, para sus ciudadanos, un juego político con apuestas muy elevadas; recordemos el famoso comentario de William Faulkner: «El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado». Desde 1945 hasta nuestros días, la descripción del comportamiento, durante el Holocausto, de los polacos no judíos con respecto a los judíos ha provocado una gran controversia. Quienes se hallan a la izquierda, como se consideran cada vez más laicos y progresistas, y quizá están menos enfadados con la experiencia y el recuerdo del comunismo, se han centrado en la hostilidad o la indiferencia de la Iglesia Católica y la antipatía del Armia Krajowa hacia los judíos. Quienes se hallan a la derecha, al estar muy identificados con el catolicismo y los valores tradicionales y seguir desconfiando de la supuesta conexión de judíos y bolcheviques, se han centrado en cambio en todos los hechos mínimamente demostrables de caridad cristiana y generosidad nacional hacia los perseguidos en el país durante la guerra. Como estos puntos de vista históricos funcionan como fuente de identidad y, al mismo tiempo, legitimidad para el presente, en Polonia se continuará discutiendo con fuerza sobre quién le hizo qué a quiénes, en aquel territorio, de 1939 a 1945.

Al resto, sin embargo, no debería resultarnos tan difícil reconocer el sufrimiento de casi todas las partes, y mostrar empatía, sin por ello establecer una equivalencia que sería falsa: el destino de los no judíos, que en buena medida sobrevivieron a la guerra, no fue el mismo que el de los judíos, que, al menos en Polonia, fueron exterminados casi por completo. En la Polonia ocupada, un judío tenía una probabilidad de morir quince veces superior a la de un no judío.<sup>96</sup> La diferencia se explica por una razón ideológica: en el Nuevo Orden nazi, los judíos estaban destinados a una muerte rápida, y los polacos, a la explotación como esclavos, pero su extinción no estaba prevista hasta el momento en el que Alemania dejara de necesitar su trabajo.

## Los observadores: ¿por qué la ayuda exterior fue tan limitada?

Si los nazis hablaban en serio durante la década de 1930 —cuando afirmaban que su objetivo era «eliminar» a los judíos del territorio alemán— entonces las opciones de salvación del colectivo en general pasaban, sobre todo, por huir a otros países antes de lo que se convirtió en el Holocausto. A la postre, el 60 % de los judíos de Alemania escaparon de esta manera, al igual que el 67 % de los judíos de Austria y en torno al 25 % de los de Bohemia y Moravia. En el caso de los judíos que se interponían en el camino de Hitler a su «espacio vital», por el contrario, solo unos pocos pudieron emigrar durante los años treinta; y cuando la masacre empezó, menos aún. Estos judíos descubrieron que ninguna potencia exterior tenía intención de ofrecerles gran cosa (ni, más adelante, estaba en condiciones de hacerlo) más allá del apoyo retórico y las promesas de represalia; e incluso esta clase de respaldo fue muy moderada. ¿Por qué no pudieron ponerse a salvo más personas? ¿Por qué los judíos recibieron una ayuda tan limitada?

La respuesta más breve es que el antisemitismo y los intereses políticos y económicos se sumaron para restringir la admisión de judíos en otros países, durante todo el Holocausto, y para frenar otras acciones protectoras. Tarde o temprano, todas las naciones que quizá podrían haber socorrido o defendido a los judíos decidieron que había prioridades más importantes. También la Sociedad de las Naciones, cuyo cuartel general estaba en Ginebra; la mayoría de las organizaciones no gubernamentales, tales como el Comité Olímpico Internacional y el Comité Internacional de la Cruz Roja; y casi todas las instituciones religiosas transnacionales, incluida la Iglesia

Católica. En consecuencia, las posibilidades de huir de los perseguidos dentro de las fronteras de Alemania dibujaron una línea errática: hubo más ocasiones de escapar de manos de los nazis entre 1933 y 1934 y de nuevo en el período 1938-1939, pero entre tanto y después, fueron muy escasas. Para los judíos de la Europa oriental y suroriental, en la década de 1930, la perspectiva era incluso peor.

### HUIR ANTES DE LA GUERRA

La oportunidad inicial, para los judíos de Alemania, surgía de la hospitalidad de cuatro democracias situadas en la periferia del Reich: Francia, los Países Bajos, Bélgica y Checoslovaquia. En los cuatro lugares, la brutalidad de los nazis despertó repugnancia, reforzada, en el caso de los franceses —que entre 1933 y 1939 acogieron a cerca de 55.000 judíos—, por la receptividad general que Francia venía mostrando a los inmigrantes desde que la Gran Guerra diezmó su población. En las cuatro naciones, no obstante, la simpatía fue declinando con el paso del tiempo, en particular en Francia, donde la Gran Depresión se notó más tarde que en otros países, con lo que la hostilidad a la competencia económica vivió su apogeo precisamente al mismo tiempo que la necesidad de asilo. Mediada la década, Francia aprobó varias normas que reducían el atractivo de la inmigración: por ejemplo, restringir la práctica de la medicina a quienes tenían la ciudadanía francesa e imponer cuotas a la entrada de artesanos extranjeros en el país.<sup>1</sup>

A partir de 1936, se desarrollaron cuatro circunstancias más que contribuyeron a estrechar las puertas de Francia.<sup>2</sup> Primero, la popularidad de la estrategia política de apaciguar a la Alemania nazi —es decir, permitir cambios en algunas condiciones del tratado de Versalles con el fin de evitar la guerra— hizo que la presencia de los refugiados judíos fuera, desde el punto de vista político, inconveniente. Segundo, en 1936 se eligió a Léon Blum, que era judío, como primer ministro de un gobierno de izquierdas denominado Frente Popular; y esto movilizó el sentimiento antisemita de los conservadores franceses. Tercero, los contrarios a la inmigración difundieron la sospecha de que entre los huidos de la Alemania nazi había espías que

pondrían en peligro la seguridad nacional. Y, en cuarto lugar, los críticos señalaron que si se dejaba entrar a los refugiados alemanes, habría que admitir también a una cantidad de judíos claramente superior: los que intentaban huir de Polonia. El influyente periodista Emmanuel Berl, que también era judío, planteó en noviembre de 1938 que esa gente «en su conjunto, no era muy deseable»; a su juicio, abrirles la frontera sería un acto de «generosidad demencial». <sup>3</sup> Incluso el Comité Judío Francés se mostró dividido sobre la conveniencia de incrementar la inmigración judía y no acertó a defenderla con energía. Después de la Noche de los cristales rotos, de hecho, Francia dificultó la entrada y permanencia de los refugiados en el país, en vez de simplificarla: impuso penas de prisión a los residentes ilegales y condenó también a los tíos del joven Herschel Grynszpan a seis meses de cárcel por haberle acogido en su casa sin la debida autorización. <sup>4</sup>

El desarrollo de los acontecimientos en los Países Bajos, Bélgica y Checoslovaquia fue similar, aunque no por razones idénticas. <sup>5</sup> En Holanda, la norma general era aceptar a cualquier refugiado que cruzara la frontera, pero asegurándose de que la comunidad judía local —a través del Comité Judío para los Refugiados, creado en 1933— les costeara el sustento y les hiciera emprender de nuevo el camino lo antes posible. Así, durante los años treinta, el gobierno neerlandés les fue limitando las oportunidades laborales. Los 22.000 judíos alemanes que a finales de 1937 estaban en los Países Bajos o habían pasado por el país dependían casi por completo de la caridad, que proporcionaba en buena parte el Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta («the Joint», según la abreviatura popular). El nombre se hace eco de que la organización había nacido como la alianza de diversos grupos filantrópicos que, dentro de la comunidad judía de Estados Unidos, respondían a distintas corrientes de opinión política y religiosa. A partir del pogromo alemán de noviembre de 1938, el gobierno neerlandés decidió internar a todos los nuevos inmigrantes en campos para cuya construcción y mantenimiento el Comité para los Refugiados debía aportar un millón de florines (550.000 dólares de la época). Aunque por lo general Holanda no hizo realidad la amenaza de expulsar a todos los refugiados de sus fronteras a partir de diciembre de 1938, a principios de 1939 ya se empezó a construir un campo de reclusión central, en Westerbork, para los entre 23.000 y 30.000

judíos alemanes que se calculaba que se habían refugiado en el país. De este total, unos 7.000 u 8.000 se marcharon antes de la invasión alemana de mayo de 1940. Bélgica también dejó entrar a unos 30.000 judíos alemanes entre 1933 y 1939, aproximadamente la mitad antes del pogromo y la mitad, después; pero también fue endureciendo las condiciones de acceso y permanencia. Las estadísticas de Checoslovaquia ponen de manifiesto esa clase de endurecimiento: si tras el pogromo de noviembre de 1938, 60.000 judíos austríacos solicitaron la residencia, solo unos 6.000 entraron en el país y en su mayoría lo hicieron ilegalmente. En suma, al mismo tiempo que se intensificaba la necesidad de escapar de la Alemania nazi, se reducían las posibilidades de hallar refugio en la Europa occidental.

Suiza fue el ejemplo más manifiesto de esta tendencia a cerrar las vías de huida precisamente cuando más se las necesitaba.<sup>6</sup> Si durante la década de 1930 nunca se mostró muy receptiva a los refugiados judíos —en buena medida por el empeño de un antisemita llamado Heinrich Rothmund, que dirigía la Policía Federal Suiza para los Extranjeros—, el país no solo cerró la frontera el 19 de agosto de 1938, sino que desplegó tropas para detener y repatriar a todo el que intentara entrar desde la Alemania nazi sin los visados apropiados. Paul Grüniger, un valeroso capitán de policía del cantón fronterizo de San Gall, fue uno de los pocos oficiales que se negó a cumplir con estas instrucciones; gracias a él, un millar de refugiados judíos pudieron escabullirse en Suiza antes de que la desobediencia le costara el trabajo, a principios de 1939. Entre tanto, para preservar la circulación turística habitual con el dominio nazi pero cribando a los judíos, los suizos convencieron a los alemanes de que sellaran una gran «J» en los pasaportes de los judíos alemanes de su país, y les negaron la admisión categóricamente. Un mes más tarde, en octubre de 1938, la práctica se adoptó también en Suecia.

A lo largo de los años treinta, la URSS declinó ofrecer refugio a todos los judíos, y lo reservó para un puñado de comunistas destacados. La Unión Soviética declaró que los refugiados judíos no estaban habituados a vivir en una sociedad socialista, ni bien preparados para ello; y que, en todo caso, la cuestión no era responsabilidad de los soviéticos, dado que la persecución era fruto de las peleas internas del capitalismo. A partir de septiembre de 1935, los judíos que accedían a la patria del socialismo debían satisfacer diversos

requisitos poco atractivos y, además, contradictorios entre sí, al menos en parte: ser de orígenes proletarios, estar en posesión de grandes cantidades de dinero y aceptar la ciudadanía soviética para realizar tareas físicas en obras del norte o del este del país.<sup>7</sup>

Gran Bretaña entendía que, en la crisis de los judíos alemanes, su papel debía ser el de «nación de tránsito»: permitir que los refugiados entraran en su «apretada y pequeña isla» pero evitar que se quedaran allí durante mucho tiempo.<sup>8</sup> Dado que dominios británicos como Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Sudáfrica tampoco se mostraron receptivos —Sudáfrica, por ejemplo, solo admitió a unos 6.000 refugiados judíos durante la década de 1930, y Canadá, a menos de 5.000 en todo el período de 1933 a 1945, incluido un total de tan solo 23 venidos de Alemania y Austria durante 1938, el año del pogromo de la *Kristallnacht*—, esta concepción hizo que Gran Bretaña nunca fuera un destino predilecto de los judíos que aspiraban a salir de Alemania. El país solo admitió a unos 70.000 judíos europeos durante los años treinta; hasta finales de 1937 solamente había dejado entrar a unos 10.000. Más de 50.000 llegaron en el breve período de enero a septiembre de 1939, incluidos unos 10.000 jóvenes del famoso *Kindertransport* o «transporte de niños».

Además, Gran Bretaña también aplicó medidas restrictivas en Palestina:<sup>9</sup> el territorio del Oriente Próximo del que los romanos habían expulsado a la mayoría de los judíos, en la Antigüedad, y al que los sionistas querían regresar, pero que a la sazón estaba sometido al control británico por mandato de la Sociedad de las Naciones. Ciertamente, en la Declaración de Balfour, de 1917, el gobierno británico había dado apoyo a que la región acogiera en el futuro un «hogar nacional para el pueblo judío». Pero este apoyo retórico obedecía en gran parte a dos razones cínicas. Primero, Gran Bretaña quería consolidar sus derechos sobre el territorio, una vez acabara la guerra de aquellos años; segundo, el gabinete británico confiaba en que la declaración empujaría a judíos a los que se suponía especial capacidad de influencia, de Estados Unidos y otros lugares, a dar su apoyo a los países que en aquel momento estaban en guerra con Alemania y Austria. Irónicamente, Edwin Montagu, el único integrante judío de aquel gabinete británico, votó en contra de la declaración, por un lado porque le horrorizaban las

connotaciones antisemitas de esta fantasía sobre el poder de los judíos, por otro porque le parecía probable que el sionismo acarrearía conflictos y miseria en Palestina. En parte a consecuencia de la Declaración, la población judía de la región ascendió a cerca de 400.000 personas a mediados de los años treinta. Este crecimiento provocó la reacción violenta que Montagu había predicho: la rebelión árabe de 1936 a 1939. Desde entonces, los británicos entendieron que su control de Palestina —no solo, sino también del canal de Suez, que era la vena yugular del imperio británico— dependía de aplacar la opinión pública árabe, con lo cual redujeron la cuota máxima anual de inmigrantes judíos, pese a que ya era baja de por sí. En consecuencia, si de 1933 a 1935 entraron en Palestina, en total, 149.076 judíos venidos de distintos países, de 1936 a 1938 fueron solo 54.899. La cifra de ingreso anual se incrementó de nuevo en 1939, pero solo hasta llegar a 31.195; un libro blanco del gobierno, de mayo de 1939, dado a conocer justo después de que se terminara de sofocar la revuelta, estableció una cuota máxima de 15.000 expatriados anuales para un período de cinco años, con un total de 75.000 plazas, tras lo cual la inmigración de judíos a la región se detendría por completo. El documento británico establecía expresamente que su objetivo era limitar la presencia de judíos a un tercio de la población de Palestina.

En Gran Bretaña, como en prácticamente cualquier otro sitio, los que optaban por estas medidas restrictivas se amparaban en el espectro de lo que podría suceder si fueran más generosos.<sup>10</sup> Temían que unas fronteras más abiertas invitarían a otros gobiernos de la Europa del Este —en especial los de Polonia, Hungría, Rumanía y Lituania— a imponer leyes aún más antisemitas que las ya aprobadas, lo que pondría en marcha un éxodo de casi cinco millones de judíos, es decir: 5,5 veces la suma de la población judía de Alemania, Austria y la Checoslovaquia occidental en 1933. No era una inquietud imaginaria. En una sesión del consejo de la Sociedad de las Naciones, en mayo de 1938, Polonia y Rumanía expresaron explícitamente el deseo de reducir las dimensiones de su población judía y solicitaron ayuda para tal fin. En octubre de aquel año, el embajador de Polonia en Londres intentó chantajear a Gran Bretaña: si este país no dejaba entrar en sus

colonias a 100.000 judíos polacos cada año, entonces su gobierno se vería «obligado, inevitablemente, a adoptar la misma clase de medidas que el gobierno alemán».<sup>11</sup>

El destino de estos judíos de la Europa oriental también preocupaba a la Agencia Judía de Palestina, en quien las autoridades de la ocupación británica delegaron la distribución de la cuota anual de entradas legales, y este hecho redujo más aún el acceso de los judíos alemanes a la región. Como los judíos de Polonia y Rumanía no parecían correr un peligro menor, pero históricamente eran más partidarios del sionismo, y en aquel momento disponían de menos vías de escape que los judíos de Alemania, la agencia limitó el porcentaje de permisos concedidos anualmente a los alemanes, de 1933 a 1938, a un promedio de tan solo el 22 %.<sup>12</sup> El porcentaje solo fue superior a un tercio en el último de esos años, cuando estuvo algo por encima del 40 %. En suma: el racismo nazi creó un círculo vicioso en el que el éxito parcial en la expulsión de los judíos de Alemania movió a otros países intolerantes del este de Europa a imitar sus acciones, lo que a su vez presionó a los posibles lugares de acogida a restringir las vías de salida al alcance de los judíos alemanes.

En Estados Unidos también imperaba el miedo a una avalancha de refugiados, más otros obstáculos a la generosidad hacia los que huían de la persecución nazi. El gobierno estadounidense no daba prioridad al problema. El presidente Franklin D. Roosevelt no era antisemita —de hecho, otorgó cargos gubernamentales de importancia a más judíos que ningún presidente anterior—, sino antialemán, con una actitud que se derivaba tanto de la mala experiencia con una institutriz alemana, en su juventud, como del servicio como ministro de Marina entre 1917 y 1918, cuando Estados Unidos estaba en guerra con el país germánico. Sin embargo, las leyes vigentes en el país, sumadas a la opinión pública, le empujaron a implicarse poco en ayudar a los refugiados judíos, durante los años treinta; no quiso asumir riesgos políticos por mor de los judíos extranjeros.

Los obstáculos legales procedían del sistema de cuotas de inmigración que Estados Unidos había introducido durante los años veinte. Establecía que, cada año, podía entrar en el país un máximo total de 150.000 inmigrantes legales, y repartía esa cifra casi exclusivamente entre las

naciones europeas, según el porcentaje que cada una representaba en la población estadounidense, calculado a partir del censo de 1890. La elección de este año no era accidental ni arbitraria, sino intencional y eugenicista: el Congreso escogió 1890 por ser un censo anterior a la gran llegada de inmigrantes de Italia, los Balcanes y Rusia que se produjo en torno al cambio de siglo. Los legisladores estadounidenses querían dar una preferencia general a los *WASP*: los blancos anglosajones y protestantes. Irónicamente, esto reforzó el acceso legal de los inmigrantes venidos de Alemania, que promediaron 25.957 personas al año. La cantidad es relativamente elevada — más de una sexta parte, si se compara con el total aceptado anualmente— pero, por descontado, es minúscula si tenemos en cuenta las necesidades propias de la década de 1930, pues Alemania, cuando Hitler llegó al poder, contaba con 560.000 habitantes a los que los nazis consideraban judíos, y a ello hubo que sumar, más adelante, otras 300.000 personas incluidas en las anexiones de Austria, los Sudetes y Bohemia y Moravia. Al ritmo de casi 26.000 judíos alemanes admitidos en el país al año, la entrada de toda la población mencionada habría requerido treinta y tres años; si contamos tan solo los casi 310.000 judíos alemanes, austríacos y checos que de hecho habían solicitado emigrar hasta 1939, el proceso se habría demorado casi doce años.<sup>13</sup>

Pero Estados Unidos no tenía intención de admitir al completo a toda la cuota anual de inmigrantes alemanes y, menos aún, de permitir que estuviera integrada tan solo por judíos. De hecho, entre 1933 y 1939, cuando la ley permitía aceptar a un máximo de 156.000 personas, Estados Unidos solamente dejó entrar a 77.000, de los que unos 65.000 eran judíos. En este intervalo, Estados Unidos solo admitió a 92.000 judíos europeos. Si ampliamos el marco temporal desde el mismo 1933 hasta 1944, el total de judíos que emigraron con éxito a Estados Unidos desde cualquier punto de Europa es, probablemente, de unos 225.000,<sup>14</sup> incluidos 120.000 judíos de Alemania y Austria; el total de plazas que por cuota habría correspondido a Alemania, y que no se hicieron realidad, asciende a 190.000.

Estas cifras de admisión son ínfimas en comparación con la población judía de Europa —nueve millones, en 1939— o los seis millones de judíos que perdieron la vida en el Holocausto. Pero a la vez debemos tomar en

consideración que 225.000 triplica el número de personas que Gran Bretaña acogió y multiplica por casi cincuenta las admitidas en Canadá; ningún otro país aceptó a más de 120.000 judíos del Reich; la cifra de personas acogidas por Estados Unidos no paró de crecer anualmente, entre 1933 y 1940; y el total aceptado entre 1937 y 1941 multiplica por más de cuatro el total de los cuatro años precedentes. En 1938, el presidente Franklin Roosevelt sumó las cuotas de inmigración de Alemania y Austria para elevar el total permisible a 27.370 plazas, lo que mejoraba las probabilidades de que los judíos logran huir; en 1939 emitió una orden ejecutiva que ampliaba de forma indefinida los visados de visitante de todos los judíos que a la sazón se encontraban en Estados Unidos, con lo que salvó a otros 15.000 judíos de la repatriación y, con ella, la muerte. El estudio más autorizado sobre Roosevelt y los judíos concluye que, entre 1937 y 1941, «es probable que las decisiones del segundo mandato presidencial de Roosevelt ayudaran a salvar la vida de bastante más de 100.000 judíos».<sup>15</sup> En otras palabras: Estados Unidos actuó lamentablemente ante la crisis de los judíos europeos, salvo en comparación con cualquier otro país. Lo que es más, al menos hasta el estallido de la segunda guerra mundial, la receptividad de Estados Unidos fue tendiendo al alza, precisamente a medida que hallar refugio en Europa iba resultando cada vez más difícil.

¿Por qué Estados Unidos no hizo más? En pocas palabras, porque tanto la opinión pública como algunas figuras poderosas se oponían a que se hiciera más, con el resultado de que no surgió ningún intento serio de modificar las cuotas de inmigración y que la aplicación estricta de las normas de admisión mantuvo las cifras por debajo del máximo hasta muy entrada la década de 1930. La regulación de Estados Unidos no fue tan severa como la británica: en las islas solo se admitió a la gran mayoría de refugiados (más de las cinco séptimas partes del total) cuando la segunda guerra mundial era ya inminente.<sup>16</sup> Pese a todo, en Estados Unidos, la cifra comparable era de una mitad en el breve intervalo comprendido entre la Noche de los cristales rotos (*Kristallnacht*) y mediados de 1939.

La oposición a los inmigrantes respondía a tres factores principales: el temor a la competencia económica;<sup>17</sup> el aislacionismo y el nativismo popular; y el antisemitismo de la élite. El miedo a la competencia económica

halló expresión en muchos ámbitos. Por ejemplo, los dentistas del condado de Westchester cabildaron con un consejero político de Roosevelt, Samuel Rosenman, para impedir que se admitiera a ningún otro refugiado que fuera dentista de profesión; las convenciones nacionales de los Veteranos de Guerras en el Extranjero y de la Legión de Estados Unidos aprobaron resoluciones contrarias a la llegada de más inmigrantes mientras el desempleo nacional siguiera en el nivel en el que estaba. Esta clase de resistencia tuvo como efecto la aplicación estricta de la norma sobre «Probabilidad de convertirse en una carga pública» (LPC, en sus siglas inglesas), que negaba la entrada a todo aquel que no justificaba disponer de fondos suficientes para no depender de la beneficencia. Los funcionarios consulares de Estados Unidos en el extranjero, que recibían las solicitudes de inmigración, pedían toda clase de datos sobre los recursos financieros de los que era probable que cada cual pudiera disponer tras la llegada al país; por lo general, como sus superiores de Washington, no concedían visados sin comprobar antes que la seguridad económica era elevada. Frances Perkins, el ministro de Trabajo, defendió con vehemencia la necesidad de rebajar la exigencia; el Departamento de Estado, por el contrario, fue igual de vehemente en la necesidad de preservarla. Roosevelt se puso del lado del estado, salvo durante dos intervalos breves, uno a finales de 1936 y otro entre 1938 y 1939, tras el *Anschluss* y la Noche de los cristales rotos.

El razonamiento que explica la posición de Roosevelt era claro: la opinión pública estadounidense era contraria a la entrada de más personas.<sup>18</sup> A lo largo de los años treinta, todas las encuestas sobre la materia mostraban que entre dos tercios y tres cuartos de los estadounidenses, cuando no más, se oponían a incrementar las cuotas y admitir a más refugiados. En consecuencia, a principios de 1939, el Congreso rechazó la Ley Wagner-Rogers, que habría admitido en el país a 20.000 niños judíos menores de catorce años. No solo la opinión pública general se mostraba reticente; también el grupo de los estudiantes: el 13 de diciembre de 1938 el *Daily Northwestern* informaba de que el 68 % de los estudiantes estadounidenses estaba en contra de aumentar las admisiones porque suponían «poner en peligro las condiciones de vida de Estados Unidos». La triste verdad es que prácticamente ningún político, más allá de unos pocos centros urbanos de la

Costa Este, podía salir elegido en los Estados Unidos de los años treinta con un programa que ofreciera asilo a los judíos de Europa. Roosevelt, como político, debía imponerse a lo largo y ancho de la nación, y no solo en esas bolsas de empatía.

El nativismo y el aislacionismo se aceleraron por efecto de los programas de radio de un sacerdote de la zona de Detroit, el padre Charles Coughlin, que dirigió a los judíos la misma acusación que otros habían formulado contra sus antecesores irlandeses varias décadas atrás: que no sabrían adaptarse al estilo de vida de Estados Unidos. Tenía una audiencia de tres millones de admiradores que lo escuchaban cada semana, y para insistir en su afirmación citó (y publicó de nuevo) los tristemente famosos *Protocolos de los sabios de Sion*. La jerarquía católica no le hizo callar hasta 1942. Entre tanto, figuras aún más dominantes intentaron sacar tajada del antisemitismo nacional, incluidos los líderes del Partido Republicano que denunciaron que Roosevelt había nombrado a tantos judíos en posiciones de relevancia que no le ofrecía a la opinión pública un *New Deal*, sino un *Jew Deal*.\*

Dado este tipo de actitudes, quizá no debería extrañarnos que, según una encuesta de 1938, el 58 % de los estadounidenses considerase que los judíos de Europa eran culpables, al menos «en parte», de su propia persecución. Otro estudio de julio de 1939 mostró que el 32 % de los estadounidenses creía que los judíos tenían demasiada influencia en los negocios, y otro 10 % era partidario de deportar a los judíos.<sup>19</sup> La extensión de estos puntos de vista hizo que incluso los defensores de ayudar a los refugiados judíos usaran eufemismos y, en vez de hablar de los judíos que necesitaban ayuda, se refirieran a los «perseguidos».

Un ejemplo claro de las formas que el antisemitismo podía adoptar procede de la historia de la universidad en la que enseñé durante treinta y seis años, que hasta la década de 1960 limitó el número de judíos a los que admitía anualmente. En enero de 1939, el *Daily Northwestern* publicó un artículo sobre la Escuela de Periodismo Medill, que había seleccionado una lista con las diez grandes noticias de 1938. Para el grupo, había que incluir hechos olvidados hace ya mucho, como el vuelo de Douglas Corrigan en dirección equivocada —en teoría volaba de California a Nueva York y de

regreso, pero acabó en Irlanda— o la Conferencia de Estados Panamericanos de Lima, pero no el pogromo de la Noche de los cristales rotos, pese a que el incendio de las sinagogas alemanas de noviembre de 1938 había sido portada del *Chicago Tribune*. En el medio casi universalmente blanco y de mayoría protestante de los estudiantes de Medill, el ataque que los judíos de Alemania sufrieron apenas parece haber dejado huella.

Las actitudes imperantes en la Universidad Northwestern dan fe del peso del antisemitismo entre las élites estadounidenses de la década de 1930. Como representante de esta corriente adquirió especial importancia un auxiliar del secretario de Estado que exhibía un nombre de sonoridad puramente *WASP*: Breckenridge Long. Este ex embajador de Estados Unidos en Italia, ferviente admirador de Mussolini, combatió con denuedo para que la cuota anual de judíos admitidos en el país anualmente fuera lo más baja posible. Su argumento más conveniente y efectivo fue aludir a la posibilidad de que se utilizara a los parientes que seguían en Alemania para chantajear a los inmigrantes y que actuaran como espías para el Reich: todo tren o navío que sacara a judíos de la Europa nazi, afirmó, «es una vía perfecta para que Alemania llene de agentes Estados Unidos».<sup>20</sup> En consecuencia, a principios de junio de 1941, el Departamento de Estado de Estados Unidos dio instrucciones para que sus cónsules, en todo el mundo, negaran el visado a los extranjeros que tenían parientes próximos en Alemania o los países que esta controlaba.<sup>21</sup>

No surgió ningún movimiento político que tuviera la fuerza suficiente para vencer estos obstáculos a la admisión de más refugiados. Roosevelt eligió ofrecer una ayuda modesta en algunos momentos clave, pero no quería incurrir en costes políticos. Inmediatamente después del *Anschluss*, preguntó a su gobierno si el Congreso daría apoyo a una ampliación del contingente de la inmigración alemana, pero renunció a la idea cuando le respondieron que no. Se mostró aún más cauto a partir del mes de noviembre de aquel año, unos pocos días antes de la *Kristallnacht*, cuando los republicanos (entre ellos, muchos aislacionistas) ganaron ochenta y un escaños en el Congreso y ocho en el Senado.<sup>22</sup> En 1939, animó a varios estados latinoamericanos —en especial Bolivia, Brasil, la República Dominicana y Paraguay— a aceptar a más inmigrantes judíos. Pero se negó a emitir una orden especial que

autorizara al barco de refugiados *St. Louis* a desembarcar en Estados Unidos, o siquiera en las Islas Vírgenes estadounidenses, según ofrecieron hacer el gobernador y la asamblea legislativa de este territorio, idea que a su vez contaba con el respaldo de dos miembros del gabinete rooseveltiano. Tampoco votó a favor de la Ley Wagner-Rogers. Primaron las consideraciones de largo plazo: entendió que estas acciones redundarían en contra de su empeño por conseguir que el Congreso anulara las Leyes de Neutralidad y, por lo tanto, le impedirían, más adelante, ayudar a otros países a resistir la agresión de Hitler. Poco después, descartó asimismo la idea de utilizar Alaska como refugio para los judíos, cuando supo que entonces debería aprobar nuevas restricciones a los viajes entre este estado y el territorio principal de Estados Unidos. En una conferencia de prensa de junio de 1940, llegó a hacerse eco de una afirmación de Long, según el cual el gobierno alemán amenazaba con fusilar a los parientes (que seguían en el país) de cuantos refugiados se negaran a espiar en pro de Alemania. Por último, en marzo de 1941 Roosevelt no hizo nada para corregir la decisión de la Comisión Marítima del país, que negó al *S. S. Washington* —un transatlántico con una capacidad de 1.700 pasajeros— el permiso para añadir una ruta directa a Nueva York desde Lisboa, que era ya casi la última vía de escape de Europa.

Resulta de interés señalar que varios oficiales de la inteligencia alemana, desde la Holanda ocupada, concibieron en efecto un plan para introducir agentes clandestinos en América, bajo la apariencia de liberaciones de judíos;<sup>23</sup> unos 486 de ellos obtuvieron permiso para abandonar los Países Bajos con rumbo a España, el Caribe y América del Sur entre mayo de 1941 y enero de 1942. Si tenemos en cuenta el marco temporal, no cabe duda de que el proyecto bebía de los miedos que Long había expresado en público a menudo, además de confirmarlos. Por su parte, la comunidad judía estadounidense no fue capaz de convocar de forma clara la solidaridad pública para con los judíos de Europa. Aunque por entonces los judíos representaban un porcentaje de la población estadounidense ligeramente superior al que suponen hoy, sin embargo el origen los dividía: los que en algún momento vinieron de Alemania se agrupaban ante todo en el Comité Judío de Estados Unidos, y los que procedían de la Europa oriental, en

cambio, se concentraban en el Congreso Judío de Estados Unidos, encabezado por Stephen Wise. El Comité temía que una agitación excesiva en defensa de la inmigración judía potenciaría el antisemitismo y prefería intentar ejercer su influencia entre bambalinas, en los niveles más altos. El Congreso Judío, por su parte, era partidario de presionar al régimen nazi mediante manifestaciones públicas y boicots a los productos alemanes. Ninguna de estas dos organizaciones logró modificar de forma relevante la política gubernamental hacia los refugiados. Ambos grupos también diferían en su actitud hacia la creación de un estado judío. Los líderes del Comité no eran sionistas y, a veces, eran incluso antisionistas. Los líderes del Congreso defendían que los judíos se instalaran en Palestina con el objetivo último de fundar un estado propio, y esto, además, creaba un conflicto en sus prioridades: huir a Estados Unidos no era escapar a la que se esperaba sería la patria judía, con lo cual era deseable y, a la vez, no lo era. Incluso David Ben-Gurion, el líder más destacado de los judíos en Palestina, temía que un exceso de receptividad a los refugiados judíos en otros lugares pusiera en peligro el proyecto sionista. Por el contrario, el Comité Judío Estadounidense de Distribución Conjunta, dominado por el Comité Judío, prefería concentrar sus recursos en apoyo de las comunidades judías de Alemania y la Europa del Este, cada vez más empobrecidas, y en mantener a los refugiados de Europa y el hemisferio occidental, antes que en favorecer la emigración a Palestina.<sup>24</sup>

Las dificultades para salir de Alemania dieron origen a una improbable vía de escape a finales de 1938, una de las pocas que siguió vigente en los primeros años de la segunda guerra mundial. Quizá entre 17.000 y 20.000 judíos europeos hallaron refugio en Shanghái, en la costa oriental de China, y más específicamente en la parte de la ciudad que se conocía como Concesión Internacional, que un consorcio de once países dirigió hasta diciembre de 1941, cuando la ocuparon tropas japonesas.<sup>25</sup> Las personas que llegaban a la Concesión Internacional no necesitaban un visado de entrada, solo visados de tránsito por cualquiera de los países de acceso, que por lo general fueron la URSS más el estado Manchukuo —un títere de Japón, en el norte de China—, a los que ya les parecía bien cobrar la cuota correspondiente. Los

ocupantes japoneses relegaron a los judíos a un humilde barrio de extrarradio llamado Hongkou, donde la mayoría sobrevivieron a la guerra gracias a la ayuda enviada, no sin dificultades, por el Comité de Distribución Conjunta.

En la fútil conferencia de Evian, de 1938, se puso de manifiesto que, cuando se trataba de ofrecer amparo a los judíos, las naciones tendían en general a echarse las culpas mutuamente. El resultado confirmó lo que Chaim Weizmann, presidente de la Organización Sionista Mundial, había comentado dos años antes: que los judíos se enfrentaban a un mundo «repartido entre lugares en los que no pueden vivir y lugares a los que no pueden entrar». En los últimos años de la década de 1930, según ha escrito el historiador Bernard Wasserstein, «se abordaron, investigaron y ensalzaron como posibles refugios la Guyana neerlandesa, Angola, Chipre, las Filipinas, el Congo belga, la República Dominicana, México, Haití o Etiopía. En cada caso se descubría algún impedimento y se echaba a rodar otra vez el globo terráqueo, hasta fijar los ojos en otra tierra de redención, aún más improbable que las anteriores». <sup>26</sup> En vista de todo esto, lo más llamativo es cuántas personas lograron huir, y no cuán pocas. En este sentido, el destino de los pasajeros del barco de refugiados *St. Louis* fue típico. De los 937 judíos que iban a bordo, 28 tomaron tierra en Cuba y uno se suicidó; de los 908 restantes, 620 fueron admitidos en Francia, Bélgica y los Países Bajos, donde 365 sobrevivieron a la guerra; Gran Bretaña dejó entrar a 288, y todos tuvieron la misma buena suerte. En suma, de hecho, unas tres cuartas partes de los pasajeros que parecían condenados halló refugio a salvo de los alemanes, y cerca de la mitad acabaron hallando la forma de entrar en Estados Unidos. <sup>27</sup> Pero se trataba de judíos alemanes; el hecho de que un gran porcentaje salvara la vida es paralelo al índice de huida general de sus compatriotas, relativamente alto. Más al este, la perspectiva era más sombría. En 1937, por ejemplo, solo 9.000 judíos lograron emigrar legalmente de Polonia a alguna patria de adopción, y la cuota anual de inmigrantes polacos aceptados en Estados Unidos se situó en torno de tan solo unos 6.000. <sup>28</sup>

Otro agente internacional que podría haber hecho más para ayudar a los judíos en la década de 1930 —la Iglesia Católica romana, y en particular su jefatura espiritual, en el Vaticano— también destacó por la ambigüedad de sus acciones. Aunque el historial de la Iglesia muestra aspectos tanto

positivos como negativos, a la postre, como la mayoría de los países analizados hasta el momento, puso en primer lugar el interés propio y no solo hizo bastante menos de lo que podría haber hecho, sino también bastante menos de lo que sus líderes, en un momento u otro, se plantearon hacer.

Desde el principio, la jerarquía eclesiástica romana reconoció que el nazismo era una fuerza bárbara e incivil. El concordato suscrito con Hitler en 1933 solo se firmó a instancias de los cardenales católicos de Alemania, que, en su mayoría, consideraban que el acuerdo era la única forma de limitar las incursiones nazis en las actividades de la Iglesia. Después de que Hitler se hiciera con el poder, casi de inmediato, un grupo de jesuitas esbozó el borrador de una condena del nazismo, para que el papa la suscribiera. Cuatro años más tarde, vio la luz la encíclica titulada *Mit brennender Sorge* («Con viva preocupación»). Pese al rótulo dramático, la encíclica usaba palabras mucho menos contundentes que en la propuesta de los jesuitas. Aunque se denunciaba el «culto idolátrico» de la raza y la nación, el texto no mencionó al nazismo por su nombre y se mostró, con respecto al régimen que gobernaba en Alemania, mucho menos crítico que con el comunismo, que se había condenado en otra encíclica unos pocos días atrás.<sup>29</sup> Comparar las encíclicas es revelador: por mucho que los jefes de la Iglesia, en Roma, despreciaran el nazismo, siempre odiaron y temieron más al comunismo, y esto hizo que el Vaticano, una y otra vez, moderase la violencia con la que se enfrentaba al régimen de Hitler. Cuando se aprobaron las Leyes de Núremberg, en 1935, la Iglesia no dijo nada. También guardó silencio en 1938, cuando las multitudes nazis prendieron fuego a las sinagogas, arrasaron casas y comercios, y detuvieron y apalearon a judíos.

Las autoridades eclesiásticas difícilmente iban a organizar una defensa a ultranza de los judíos cuando llevaban siglos abogando por la persecución y, de hecho, practicándola. Según indicó Mussolini cuando inauguró las primeras leyes antisemitas de Italia, en 1938 —que excluían a los judíos del Partido Fascista, las fuerzas armadas y la educación pública, los expulsaban de las sociedades académicas, anulaban las ciudadanía concedidas desde 1919, y limitaban la dimensión de los negocios o haciendas que podían poseer—, esas restricciones no eran tan severas como las que el papado había impuesto en los territorios que gobernó hasta 1870, incluida la ciudad de

Roma.<sup>30</sup> Por otro lado, estos límites a las actividades judías eran muy similares a los que varias grandes publicaciones católicas —como *La Civiltà Cattolica*, un bisemanario jesuita que no se imprimía sin recibir antes la aprobación vaticana— venían reclamando desde hacía más de cincuenta años. Bajo esta defensa subyacía la convicción tradicional en la Iglesia de que el contacto con los judíos podía corromper la fe de los creyentes, reforzada después por la idea de que judíos, masones y bolcheviques constituían una moderna alianza conspirativa de los impíos contra todo lo que representaba la Santa Madre Iglesia. Poco antes de que se diera a conocer *Mit brennender Sorge*, en *La Civiltà Cattolica* se publicó un artículo titulado «La cuestión judía» que denunciaba que los judíos «dominan el dinero y mandan en el socialismo y el comunismo» y concluía apuntando que la única forma de contener su influencia era privarlos de la ciudadanía en las naciones cristianas. En mayo de 1937, otro artículo se abrió con la frase: «Es un hecho evidente que los judíos son un elemento perturbador debido a su espíritu dominante y su preponderancia en los movimientos revolucionarios» y abogó por segregar a los judíos de los cristianos. Mediado el mes de julio de 1938, el periódico atacó a los judíos por sus supuestas «ansias mesiánicas de dominar el mundo» y consideró ejemplar la reciente aprobación, en Hungría, de leyes que restringían las oportunidades profesionales de los judíos.<sup>31</sup>

Sin embargo, el papa Pío XI, que rigió el Vaticano hasta febrero de 1939 y se fue sintiendo cada vez más horrorizado por las violaciones nazis del concordato y por la glorificación de la raza aria, sopesó alzar la voz. En septiembre de 1938, dijo ante un grupo de belgas que visitaban su estado: «el antisemitismo es inadmisibile; desde el punto de vista espiritual, todos somos semitas». Justo antes de la Navidad de aquel año, se refirió a la *Hakenkreuz*, la cruz gamada nazi, como «una cruz que es enemiga de la Cruz de Cristo».<sup>32</sup> Ahora bien, estos comentarios quedaron reservados a los pocos que los habían oído y los transmitieron a otros. Los que, dentro del Vaticano, intentaban ganar tiempo o, sencillamente, eran antisemitas no solo se aseguraron de que tales observaciones no encontraran más publicidad, sino que sabotearon una iniciativa que el papa había adoptado en el mes de junio, cuando solicitó a un jesuita estadounidense llamado John LaFarge que esbozara una encíclica con el título provisional de «La unidad de la raza

humana».<sup>33</sup> Włodzimierz Ledóchowski, el líder de la orden jesuita, quien se caracterizaba por un antisemitismo vehemente, empezó por asignar como ayudantes de LaFarge a dos clérigos más tradicionalistas, y luego retuvo el texto terminado durante dos meses hasta que, no sin reticencia, lo remitió en enero de 1939; faltaba menos de un mes para que el pontífice falleciera, y el documento no fue más allá de la mesilla adyacente a su lecho de muerte. El texto ha sobrevivido, sin embargo, y da a entender que ni la Iglesia ni el papa reinante pudieron liberarse de la política de cautela hacia el nazismo o de la herencia ideológica de distintas formas de antisemitismo. El documento contenía un argumento ambiguo: por un lado se tildaba de herético el racismo y se pedía poner fin a la persecución de los judíos; por el otro se hacía alusión, repetidamente, a los supuestos errores morales de los judíos y los riesgos que corrían los fieles si les prestaban atención o establecían una relación de proximidad con ellos.

Incluso esto fueron críticas excesivas al racismo nazi para el sucesor de Pío XI, el antiguo secretario de Estado del Vaticano, el cardenal Eugenio Pacelli, que adoptó el nombre pontificio de Pío XII. En 1936, Pacelli se había opuesto a que *Mit brennender Sorge* se leyera en las iglesias alemanas en calidad de encíclica, y propuso limitarse a enviar una simple carta pastoral a los obispos alemanes.<sup>34</sup> No es de extrañar que fuera el candidato que los enviados nazis en Roma confiaban que se impondría en el cónclave de elección del nuevo papa. Tras ser elegido en la tercera ronda, en marzo de 1939, no solo destruyó todos los ejemplares que pudo hallar del borrador de la encíclica de su predecesor, sino las propias planchas de impresión de un discurso que Pío XI había estado planeando hacer sobre la cuestión.<sup>35</sup> Pío XII, de familia aristocrática romana y formación como diplomático, era un hombre profundamente cauto y conservador tanto en materia de política como de teología. En su misión como nuncio papal en Alemania, antes del acceso de Hitler al poder, había cogido cariño al país y se había distanciado del Partido de Centro, católico, porque participaba en la política democrática —que le disgustaba— y por oponerse durante mucho tiempo a integrarse en un gobierno de coalición con los nazis —que él defendía—.<sup>36</sup> Aunque no estaba contento con la forma que el concordato había adoptado,<sup>37</sup> y le decepcionó que no protegiera a los judíos convertidos al catolicismo, negoció

el acuerdo y se aferró a él en los años subsiguientes, como mejor esperanza de que la Iglesia sobreviviera en el Tercer Reich. Por encima de todo, aborrecía el «comunismo ateo» e intentó coexistir con todo régimen político que lo combatiera.

Para Pío XII, su deber principal era actuar en defensa de la Iglesia y los católicos, no de quienes padecían en general;<sup>38</sup> algunos críticos le han reprochado que hiciera una política más parroquial y limitada que pastoral. No todas las voces críticas proceden de una época posterior o son ajenas a la Iglesia. Algunos de los principales clérigos de Alemania, y en particular el obispo Konrad von Preysing, de Berlín, le aconsejaron mostrarse más firme en el trato con el régimen nazi y más solidario con los judíos alemanes; pero otros invalidaron sus argumentos. La voz dominante era la del cardenal Adolf Bertram, de Breslavia (Wrocław), que temía que la Iglesia Católica alemana sufriera una persecución similar a la vivida con la *Kulturkampf* del canciller Otto von Bismarck, durante la década de 1880. Así, aunque por ejemplo Preysing organizó varios intentos de ayudar a los judíos de Berlín (en especial a los convertidos al cristianismo), el Vaticano no alentó esas acciones ni su imitación por parte de otras diócesis.<sup>39</sup>

Para valorar qué restricciones sintieron los líderes de la Iglesia en los años treinta y cuarenta, hay que comprender la importancia de los sacramentos en la enseñanza religiosa católica.<sup>40</sup> A grandes rasgos, la doctrina de la Iglesia era: «no hay salvación sin sacramentos»; es decir, no se puede ir al cielo sin haber tenido acceso al bautismo, comunión, confirmación, confesión, matrimonio, orden sacerdotal y extremaunción (hoy designado como unción de los enfermos). En realidad, no se puede recibir los sacramentos sin los clérigos que los administran, con lo cual: no hay salvación sin sacerdotes. La novela de Graham Greene *El poder y la gloria* (1940) ofrece un excelente testimonio de la importancia de los sacramentos para la doctrina católica. El «Páter Whisky» que ocupa el centro de la trama, imperfecto, alcohólico e impúdico, pasa a la clandestinidad en un rincón de México durante los años treinta, cuando el gobierno de este país intentaba eliminar a la Iglesia. En el relato, la determinación de arriesgar la vida para que los fieles pudieran seguir disponiendo de los medios de salvación vence a

sus defectos personales y transforma un pecador en un santo. El poder liberador resulta esencial; el poder de los sacramentos vence y cancela tanto sus propios pecados como los de su rebaño.

Este carácter indispensable de los sacramentos es una doctrina que puede desarmar a la Iglesia cuando se enfrenta a movimientos políticos violentos e implacables. La amenaza de expulsar a los sacerdotes y suprimir la Iglesia, dada la doctrina mencionada, supone privar a todos los católicos de las zonas afectadas de cualquier esperanza de salvación. El temor a esta amenaza impulsó tanto el anticomunismo de la Iglesia —los comunistas parecían decididos a eliminar la institución cristiana— como la cautela en la crítica del nazismo —precisamente para que no decidiera suprimirla—. El régimen nazi exhibió mucha destreza a la hora de sacar partido de estos miedos. En ocasiones mostró hostilidad contra la Iglesia, en especial cuando intentó quitar los crucifijos de las aulas y, en la década de 1930, organizó juicios amañados contra monjes supuestamente inmorales; pero en Alemania nunca desató una persecución completa. Así pues, al igual que (como hemos visto) hicieron muchos otros alemanes e instituciones del país, la Iglesia intentó soslayar los desafíos al régimen, en todo lo posible, «para evitar males mayores». Ahora bien, ¿peores para quién y para qué? Por lo general, peores para ellos y para su Iglesia.

#### PRIORIDADES DE GUERRA

Mientras los capitostes políticos de Alemania iban avanzando hacia la decisión de asesinar a los judíos europeos, el mundo en su conjunto siguió, en gran medida, sin actuar en su defensa. Ciertamente, los nazis permitieron que se emigrara del continente hasta noviembre de 1941, y aproximadamente 72.000 judíos salieron de la Gran Alemania entre el estallido de la guerra y esa fecha.<sup>41</sup> Pero se trataba de un número relativamente reducido, en comparación con las necesidades. Además, desde que se inició la carnicería, los países aliados contra la Alemania nazi, el papado, los estados neutrales y los judíos del extranjero hicieron poco para contenerla. ¿Por qué?

La pasividad de los Aliados no se debió a que desconocieran qué estaba pasando en la Europa ocupada por los nazis. Los diplomáticos y periodistas de los países neutrales —una categoría que, hasta diciembre de 1941, incluía a Estados Unidos— podían leer artículos sobre los guetos en la prensa alemana; y empresarios de esas naciones, como los suizos que poseían fábricas en Polonia, fueron testigos de las condiciones impuestas a los judíos e informaron al respecto a sus oficinas centrales.<sup>42</sup> En cuanto se inició la masacre, los Aliados tuvieron noticia de ella, casi de inmediato. El espionaje británico interceptó informes sobre los fusilamientos masivos que la *Ordnungspolizei* realizaba en Rusia, nada más empezar estos, y durante el verano de 1941 envió resúmenes matinales diarios a Winston Churchill.<sup>43</sup> Tanto este como el equipo descodificador llegaron a la conclusión, el 12 de septiembre, de que no valía la pena continuar con esa tarea porque Churchill no podía responder de ninguna manera; ni siquiera podía revelar aquella información terrible, para que los alemanes no cayeran en la cuenta de que habían descifrado sus mensajes. En octubre de aquel año, el delegado apostólico Giuseppe Burzio, embajador del Vaticano en Eslovaquia, comunicó las masacres al papa.<sup>44</sup> En marzo de 1942, un representante del Comité de Distribución Conjunta en Budapest realizó una conferencia de prensa en la ciudad de Nueva York, en la que describió los asesinatos colectivos perpetrados en Rusia; muchos periódicos recogieron y publicaron la información. Ese mismo mes se iniciaron las primeras deportaciones a gran escala a los primeros campos de exterminio, y el nuncio papal en Berna (Suiza), reunió datos suficientes sobre lo que estaba pasando y pudo transmitir al Vaticano que la deportación, en realidad, equivalía a una ejecución. La primera noticia de prensa sobre el gaseado letal apareció en el *Times* londinense el 10 de marzo de 1942, es decir, muy poco después de que el proceso empezara a gran escala.

En mayo de 1942, el flujo de información era cada vez más denso. El padre Pirro Scavizzi, capellán militar de las tropas italianas que participaron en la invasión de la Unión Soviética, volvió a su país con un permiso, solicitó una audiencia con el papa y le habló de los fusilamientos colectivos. Entre tanto, el partido judío del Bund, en Polonia, logró enviar de forma clandestina, al gobierno polaco en el exilio de Londres, un informe sobre los

gaseados de Chelmno en particular y la masacre de los judíos polacos en general, que el gobierno británico dio a conocer y tuvo eco en la prensa de Estados Unidos.<sup>45</sup> En junio y julio de 1942, la BBC y los periódicos norteamericanos publicaban noticias sobre asesinatos masivos con bastante frecuencia, aunque aún no se tenía mucha constancia general del gaseado ni se había identificado Auschwitz en público con su nombre.

La información, sin embargo, chocó contra una resistencia emocional y psicológica considerable, e incluso entre los líderes judíos, durante mucho tiempo, predominó la desconfianza. La aniquilación masiva parecía inconcebible, y los que se negaban a aceptarla recordaron los cruentos y exagerados relatos de 1914 a 1918 sobre la brutalidad de la ocupación alemana de Bélgica como ejemplo de hasta qué punto se inflan las noticias en los tiempos de guerra. Incluso en diciembre de 1944, una mayoría de la opinión pública británica no daba crédito a los «informes sobre atrocidades» que procedían de la Europa ocupada.<sup>46</sup> Aunque en el período de agosto a noviembre de 1942 la incredulidad se hubiera quedado sin fundamento, sin embargo persistió. En agosto, Gerhart Riegner, representante del Congreso Judío Mundial en Suiza, les contó al vicecónsul de Estados Unidos en este país y a líderes judíos de Londres que había recibido un informe fiable según el cual los nazis planeaban «exterminar» a todos los judíos del este de Europa mediante una operación rápida que utilizaría ácido prúsico (la denominación genérica del Zyklon). La fuente de su información, precisa a grandes rasgos aunque no por completo, no se reveló hasta mucho después de que acabara la guerra. Era Eduard Schulte, director ejecutivo de una compañía de minas y acero con sede en la Alta Silesia, no lejos de Auschwitz, cuyo segundo al mando, muy hablador, era buen amigo del *Gauleiter* de la región. Schulte no era una figura típica interesada en pasar información a los extranjeros, pues era un nacionalista alemán a la antigua usanza, cuyos hijos estaban combatiendo en el Frente Oriental. Pero la conducta del régimen nazi lo había llegado a disgustar tanto que decidió usar los recurrentes viajes de negocios a Suiza para empezar a transmitir datos de inteligencia a los enemigos de su país, no solo sobre los asesinatos colectivos, sino más adelante también sobre los movimientos de tropas y cuestiones similares.<sup>47</sup>

En noviembre de 1942 se tuvo confirmación de las confidencias sobre el gaseado del este a partir de tres fuentes indiscutibles.<sup>48</sup> La primera era Carl Burckhardt, a la sazón vicepresidente y luego presidente del Comité Internacional de la Cruz Roja en Ginebra, que comunicó lo que sabía al Departamento de Estado de Estados Unidos; la segunda fue una serie de filtraciones del Vaticano, que, oficialmente, seguía guardando silencio. La tercera fuente disipó las últimas dudas que albergaban los líderes judíos: se trataba de un grupo de judíos palestinos a los que los alemanes habían internado en Europa para intercambiarlos por alemanes apresados por los Aliados. Estos judíos repatriados contaron lo que habían visto con sus propios ojos en los guetos y campos. Todo esto tuvo como resultado la declaración de Naciones Unidas del 17 de diciembre de 1942, en la que los Aliados reconocieron y denunciaron la matanza, informaron de lo que estaba sucediendo a todos los gobiernos europeos neutrales o asociados con los nazis y les comunicaron que, concluida la guerra, los Aliados castigarían esos hechos. A ello siguió un programa de radio de la BBC, grabado en alemán por Thomas Mann, el novelista y premio Nobel exiliado, que desveló a cuantos lo pudieron escuchar qué estaba haciendo el régimen nazi a los judíos.<sup>49</sup>

Aun así, los agentes secretos aliados tenían dificultades para comprender la realidad. El hecho destaca en particular con respecto a un mensaje interceptado por los servicios de espionaje británicos el 11 de enero de 1943. Contenía un cálculo de Höfle —el Eichmann del Gobierno General— con el total de judíos asesinados hasta el momento en los campos de la Operación Reinhard: 1.274.166.<sup>50</sup> La cifra es asombrosa, si se tiene en cuenta que se refiere tan solo a los asesinatos perpetrados en Bełżec, Sobibór y Treblinka, campos que aún no llevaban en funcionamiento ni siquiera diez meses. Pero los descodificadores no estaban al corriente de los nombres de los campos o reconocieron las iniciales con las que el documento los identificaba, con lo cual la información no se hizo pública y se mantuvo clasificada durante toda la guerra.

Comprender era una parte del problema, pero no se terminaba aquí: también resultaba difícil decidir qué hacer con la información. Entre los Aliados, los socios principales tenían la inquietud de que si hacían mucho

hincapié en el sufrimiento de los judíos beneficiarían a la propaganda nazi, que insistía en que Churchill, Roosevelt y Stalin luchaban por los judíos, más aún: eran sus agentes.<sup>51</sup> Así, los Aliados se mostraron reticentes a la hora de admitir —y no digamos denunciar con especial énfasis— que el ataque nazi contra los judíos revestía un carácter específico; siempre prefirieron hablar, incluso después de la guerra, de los padecimientos de los «ciudadanos» en los países ocupados. Dada la celeridad de la masacre alemana, y el hecho de que geográficamente se concentraba fuera del alcance de la aviación aliada, para impedir el proceso los Aliados no podrían haber hecho mucho más que difundir la noticia, movilizar la ayuda de los estados neutrales e instar a resistirse contra las acciones de los alemanes; pero incluso estas acciones quedaron inhibidas por el temor a parecer demasiado projudío.

Esta tampoco fue la única restricción que afectó a la retórica de los Aliados. La URSS seguía negándose a reconocer las diferencias étnicas entre las víctimas del nazismo. Durante toda la segunda guerra mundial, Stalin tan solo habló en una ocasión sobre el destino de los judíos: en un discurso del 7 de noviembre de 1941, en el que acusó a los alemanes de haber perpetrado pogromos. Ni el propio Stalin ni ningún otro líder militar soviético instó a los guerrilleros a ayudar a los judíos o sabotear los ataques que recibían. La URSS nunca sopesó la posibilidad de bombardear las vías férreas de acceso a los campos o lanzar ofensivas en esa precisa dirección.<sup>52</sup> La primera noticia que los soviéticos tuvieron sobre la existencia de Auschwitz, con este nombre, se fecha en noviembre de 1943, unos once meses antes de que los aliados occidentales admitieran su existencia. En agosto de 1944, cuando las tropas soviéticas se hallaban a tan solo 160 kilómetros de distancia, los jefes de la NKVD (la policía secreta soviética) tenían claro cómo funcionaba el campo y qué funciones desempeñaba; pero la información no bajó por la cadena de mando y la toma del campo no se incluyó entre los objetivos militares. En 1944, varios representantes judíos intentaron influir en diplomáticos soviéticos para que instaran a acometer una incursión contra Auschwitz. En aquella época, en el Frente Oriental, la URSS disponía de un número de aviones que septuplicaba los de Alemania, y el campo estaba dentro del alcance de todos los bombarderos ligeros soviéticos, incluidos los bombarderos en picado Pe-2, que eran ideales para asaltar objetivos

reducidos como los crematorios. Pero no sucedió nada, al parecer, sobre todo, porque Stalin no quería llamar la atención sobre la situación de los judíos.<sup>53</sup> La actitud de los soviéticos se ejemplifica a la perfección en cómo se comportaron después de liberar Auschwitz, en enero de 1945: mantuvieron un completo silencio sobre el campo hasta el mes de mayo, cuando emitieron una noticia y transmitieron un informe en el que ni siquiera se empleaba la palabra «judío».

Entre tanto, en la cúpula del gobierno británico se mostraba simpatía por los judíos y sus penalidades, pero seguía pesando la inquietud por no perder la lealtad de los árabes. Churchill, que se había opuesto al libro blanco de mayo de 1939 que limitaba la inmigración de los judíos a Palestina, fue quien alzó más la voz a la hora de instar al país a impedir el Holocausto. La declaración de Naciones Unidas de diciembre de 1942, que condenaba los asesinatos, se realizó en lo esencial a instancias de Gran Bretaña; en 1944 Churchill insistió en que el país debía considerar seriamente un medio de atacar Auschwitz. Pero recibió un apoyo ambiguo de su propio ministro de Exteriores, Anthony Eden, que personalmente era antisemita y muy favorable a los árabes; y ningún respaldo de los rangos inferiores del poder británico, donde el ministro del Aire sir Archibald Sinclair bloqueó los planes de bombardeo y otros funcionarios pusieron obstáculos a los diversos proyectos de socorro.<sup>54</sup> En 1943, un funcionario británico calificó de «perspectiva espantosa» la posible «liberación» de 70.000 judíos de Rumanía,<sup>55</sup> porque si se dirigían a Palestina podían altear el delicado equilibrio político de la zona. La misma preocupación hizo que los británicos se opusieran con firmeza a diversos planes de la fase final de la guerra que preveían el rescate económico de los judíos que seguían en manos de los nazis. Solo 37.451 judíos lograron emigrar legalmente a Palestina entre el estallido de la primera guerra mundial y finales de 1944, y más de un tercio solo pudo acceder en el último año.<sup>56</sup> Más llamativo aún: la reticencia de Gran Bretaña a presentarse como defensora de los judíos explica el hecho de que tanto Estados Unidos como el propio Reino Unido hicieran caso omiso, de forma deliberada durante más de un año (desde abril de 1943), de los fundamentados informes de la inteligencia polaca que identificaban Auschwitz como un emplazamiento de asesinato colectivo.<sup>57</sup>

Entre las razones por las que los británicos y otros aliados vacilaron a la hora de hacer hincapié en el sufrimiento de los judíos y la necesidad de que estos huyeran de Europa destaca el *hadj* Muhammad Amin al-Husayni, el gran muftí (suma autoridad de la ley islámica) de Jerusalén desde 1921. Al-Husayni, uno de los líderes de la revuelta árabe de Palestina, entre 1936 y 1939, había sido expulsado por los británicos primero de Palestina, luego de Irak y por último de Irán.<sup>58</sup> En noviembre de 1941 halló asilo en Berlín, junto con otros varios nacionalistas árabes. Sus escritos y programas radiofónicos de propaganda, en los que describía a Estados Unidos, Gran Bretaña, el comunismo y los judíos como enemigos comunes de los árabes y las potencias del Eje, tuvieron poco efecto práctico, salvo quizá contribuir al aumento de las deserciones de palestinos cuando las unidades del ejército británico se preparaban para la batalla de El Alamein, en otoño de 1942. Durante la segunda guerra mundial, se hubieran exiliado o no, los líderes árabes vivieron tantas divisiones internas y tantas peleas que ninguno de ellos —el muftí incluido— hablaba por boca de segmentos muy amplios del Oriente Próximo. Pero los británicos, en particular, temían que mostrar apoyo a los judíos y defender sus intereses podía modificar esta situación y provocar toda clase de respuestas: desde un aumento de los sabotajes contra las operaciones y las unidades militares de los Aliados en la región hasta un levantamiento que obligara a desviar del esfuerzo bélico recursos y tropas de gran valor.

Al igual que los nacionalistas de la Europa del Este, que imaginaban que aliarse con los nazis incrementaría la posibilidad de obtener la independencia en el futuro; y que los varios cientos de miles de musulmanes del sur de la Unión Soviética que se unieron a la Wehrmacht y las SS con el fin de sacudirse el yugoslavo de Stalin, el muftí no obtuvo más recompensa, por su afiliación con el Eje, que la decepción.<sup>59</sup> En relación con el fin del gobierno colonial en el Oriente Próximo, Hitler fue posponiendo darle nada que no fuera un mero apoyo verbal, para empezar porque Italia, aliada del Reich, pretendía no solo conservar Libia y Etiopía una vez concluyera la contienda, sino también ampliar sus dominios en la región. Los alemanes también se negaron repetidamente a permitir que un ejército encabezado por árabes luchara a su lado. Limitaron su colaboración al reclutamiento de unas pocas

unidades de las SS formadas por musulmanes albaneses y bosnios (pero dirigidas por oficiales alemanes) y un diminuto batallón germano-árabe que en agosto de 1942 solamente había atraído a 243 voluntarios; pero estas fuerzas, además, no demostraron ninguna eficacia. En 1943 se transfirió el batallón germano-árabe al norte de África, donde una campaña de reclutamiento local lo amplió hasta que contó con unos 2.000 hombres; pero combatió tan mal que los oficiales lo deshicieron para crear unidades de trabajo. En el otoño de 1944, el elevado índice de desertión llevó a los alemanes a dismantelar las fuerzas bosnias y albanesas que el muftí había instado y ayudado a organizar. Solo en noviembre de 1944, cuando el Tercer Reich ya estaba sumido en la desesperación, anunció por fin que «reconoc[ía] la independencia de los países árabes»; para entonces, hacía mucho que había pasado el momento de convocar el apoyo de los árabes o musulmanes a la causa nazi. En total, durante la segunda guerra mundial lucharon en el bando aliado muchos más árabes que en el Eje; probablemente, también más musulmanes.

Entre tanto, el muftí se apuntó unas pocas victorias, en particular a finales de 1942, cuando usó su influencia con Himmler para bloquear un intercambio de niños judíos de Eslovaquia, Polonia y Hungría por civiles alemanes, que se iba a celebrar en Palestina bajo los auspicios de la Cruz Roja. En los meses posteriores, Al-Husayni también consiguió disuadir a Rumanía y Bulgaria de que aceptaran pagos en metálico a cambio de permitir que miles de judíos emigrasen a Palestina; el muftí llegó a sugerirle al ministro de Exteriores búlgaro que los niños fueran enviados a Polonia, pese a que sabía de boca del propio Himmler qué les pasaba a los judíos trasladados allí. Pero fueron triunfos limitados y de corto plazo, y la asociación del muftí con el Eje acabó por tener consecuencias mayores —de largo plazo y desastrosas— con respecto a su propio fin de crear un estado palestino (no digamos ya uno que él gobernara, como confiaba en hacer cuando la guerra acabase).<sup>60</sup> Aunque tras la derrota de Alemania logró escapar a El Cairo y, en consecuencia, salvó la vida, la relación bélica de los árabes con los intereses nazis contribuyó a que Naciones Unidas se decidiera a dividir Palestina en 1947, y a que Estados Unidos y Gran Bretaña se alinearan con los judíos en la guerra civil que estalló aquí en 1948. La carrera

política activa de Al-Husayni llegó a su fin porque era del todo incapaz de aceptar la partición, porque durante los combates de aquel año su dirección fue espantosa, y porque era una figura inaceptable para los antiguos coaligados contra la Alemania nazi. El rey Abdalá de Jordania lo sustituyó como gran muftí en diciembre de 1948.

Si a los británicos les inquietaba menos el destino de los judíos que su posición en Palestina y el Oriente Próximo, al papa Pío XII le preocupaba más proteger la ciudad de Roma, hallar una forma de intermediar para que la guerra acabase antes de que los ateos soviéticos penetrasen hasta el corazón mismo de Europa, y preservar su lugar como «padre común» de todos los católicos (incluidos los que estaban perpetrando atrocidades).<sup>61</sup> Por lo tanto, puso cuidado en guardar silencio en público sobre la matanza de los judíos, pese a estar plenamente informado al respecto. Tampoco hizo alusión pública a las detenciones de sacerdotes católicos en diversas zonas ocupadas de Europa, ni al asesinato de los sintis y romaníes, o de los prisioneros de guerra soviéticos. En la oposición a la campaña eutanásica alemana tan solo se mostró ligeramente más directo, a pesar de que algunas víctimas eran católicas y que el obispo Von Galen la había condenado desde el propio interior del Reich. Con respecto a los judíos, la única mención pública de Pío XII se produjo en el mensaje de Navidad de 1942, que incluyó una referencia tan indirecta como breve (veintisiete palabras en un texto que se extendía por veintiséis páginas) a la tragedia de cientos de miles de inocentes que estaban muriendo por causa de su raza. Con discreción y entre bambalinas, no obstante, sí intentó ejercer alguna influencia contra la persecución alemana. Por ejemplo, hizo que su embajador en la Francia de Vichy le dijera al mariscal Philippe Pétain, en julio de 1942, que era contrario a las deportaciones;<sup>62</sup> unos meses más tarde, Pétain aceptó limitarlas a los judíos extranjeros de las zonas ocupadas directamente por los alemanes; pero el logro quedó en agua de borrajas poco después, en noviembre de 1942, cuando los alemanes hicieron extensiva la ocupación a toda Francia. En agosto de 1943, tras ofrecer audiencia al padre Marie-Benoît, un monje francés que se había destacado en el rescate de judíos, Pío XII usó los canales diplomáticos vaticanos para convencer a España de que concediera visados

de entrada, y repatriara, a todos los judíos españoles de la Francia ocupada, incluidos los que unos años atrás, durante la guerra civil, habían combatido contra el régimen franquista.<sup>63</sup>

En su mayor parte, sin embargo, el papa dejó que la decisión de ayudar o no a los judíos recayera sobre los distintos obispos, abades, priores y nuncios del mundo católico, a la vez que retenía la información que iba acumulando sobre los asesinos.<sup>64</sup> En un gesto aún más llamativo, declinó intervenir incluso cuando los alemanes empezaron a deportar a los judíos de Roma, en 1943, pese a que logró que los representantes nazis prometieran respetar el sagrario en muchas iglesias romanas. En 1944, Pío XII tampoco quiso presionar al soberano católico de Hungría, el almirante Horthy, para que pusiera fin a las deportaciones desde ese país, y esperó hasta que los Aliados hubieron liberado Roma.<sup>65</sup> Cuando por fin hizo un llamamiento a Horthy, el 25 de junio, hacía ya más de tres semanas que las tropas estadounidenses habían entrado en la Ciudad del Vaticano, y a la rampa de selección de Birkenau habían llegado ya 115 trenes cargados con más de 340.000 judíos húngaros. En otoño, cuando se retomaron las deportaciones tras la caída de Horthy, Pío XII no volvió a protestar.

Tímido, prudente y con ansias de interpretar el papel de intermediario capaz de negociar una paz que pusiera fin a la guerra, Pío XII se comportó más como un político —y no poco petulante, a este respecto— que como un prelado; más como el guardián de las llaves de las suntuosas iglesias de Roma que de las llaves del Reino de los Cielos; en suma, más como un romano de provincias que como el príncipe de la Iglesia universal. Que uno sancione o repruebe su conducta depende en buena medida de cuáles se considere que eran sus responsabilidades u obligaciones principales. A su propio entender, se debía a los católicos y al patrimonio acumulado de San Pedro. Cómo se le juzgue también depende de si uno está de acuerdo con el presidente polaco en el exilio, Władysław Raczkiewicz, que frente a la negativa de Pío XII a denunciar las atrocidades nazis afirmó que «la ley divina no sabe de pactos».<sup>66</sup> ¿No sabe de pactos? Quizá no para una figura religiosa que se considera a sí misma el Vicario de Cristo en la tierra, pero sí para quien se imagina más bien como el director ejecutivo de una institución de gran valor material y moral. Las acciones de Pío XII sugieren que él se

concebía a sí mismo más bien como lo segundo, no como lo primero. El historiador Michael Bess ha resumido el comportamiento del papa así: «En el tira y afloja de la relación con los nazis nunca hubo competición: cada vez que los nazis tiraban, el Vaticano aflojaba y por su parte renunciaba a tirar». <sup>67</sup>

La cara positiva del hecho de que Pío XII tendiera a lavarse las manos en la cuestión de la persecución de los judíos fue que su conducta permitió que algunos clérigos en los que relegó la decisión se condujeran mejor que él. Como hemos visto, varios obispos franceses y neerlandeses alzaron la voz contra el maltrato y asesinato de los judíos. Fueron espíritus valientes que no llegaron a nada frente a la mayoría de obispos de uno y otro país, que guardaron silencio; pero pusieron de manifiesto que las prioridades de, al menos, algunos prelados diferían de las del papa. También hemos visto antes el caso de Sheptytsky, el metropolitano de Lviv, que emprendió dos acciones extraordinarias para intentar impedir que Ucrania colaborase con la masacre. <sup>68</sup> Así, en febrero de 1942 escribió a Himmler para solicitar que los policías católicos ucranianos no intervinieran en las acciones contra los judíos. Al mes siguiente publicó una carta pastoral que privaba a los curas parroquiales de absolver a los lugareños de los asesinatos que confesaran; al reservarse este poder para sí mismo, Sheptytsky instó a los fieles a tratar a los católicos que participaran en asesinatos con «el disgusto y la desgracia que merecen».

El arzobispo Aloysius Stepinac, de Zagreb, también protestó. En noviembre de 1941 se quejó ante el líder de Croacia por el «inhumano y cruel trato que se da a los no arios», y en los años posteriores pronunció sermones que prohibían participar en los asesinatos de romaníes y judíos y condenaban el racismo. Más allá de las palabras, Stepinac también pasó a los actos: proporcionó certificados de bautismo y permisos de trabajo a judíos y ocultó a un buen número de ellos en edificios católicos. En Francia, las primeras redadas y deportaciones de mediados de 1942 provocaron una protesta de la Conferencia Episcopal católica francesa, que se tradujo en una carta enviada por el cardenal Emmanuel Célestin Suhard, como presidente de la asamblea, al mariscal Pétain. En ella se decía: «Profundamente conmovidos por las informaciones que nos llegan sobre la detención colectiva de israelitas que se

ha producido la semana pasada y sobre el trato cruel que se les da ... alzamos la voz para protestar a favor de los derechos inalienables del ser humano. También es un llamamiento angustiado a la compasión hacia ... madres y niños». Pero la misiva no pedía nada más específico, y el nuncio papal en Vichy, monseñor Valerio Valeri, quitó valor al documento por su carácter «platónico».<sup>69</sup> La jerarquía de la Iglesia en Eslovaquia fue aún más lenta en percibir cuál era su deber cristiano.<sup>70</sup> Una carta pastoral distribuida por los obispos de este país en 1942 defendía únicamente a los judíos que se habían convertido al catolicismo, y por lo demás justificaba las deportaciones con argumentos antisemitas. Pero los autores se corrigieron antes de un año. En marzo de 1943 publicaron una nueva carta que denunciaba los transportes como aplicación injustificada de una culpa colectiva, lo que es contrario a la Regla de Oro. Las deportaciones eslovacas ya habían parado, pero la intervención de los clérigos ató las manos al presidente del país, Jozef Tiso, un sacerdote católico antisemita que sopesó repetidamente reanudar las entregas; y no ocurrió nada más hasta que el régimen de Tiso se halló en las postrimerías, ya a finales de 1944.

Cuanto más se descende por la jerarquía católica, más abundan las conductas valerosas y éticamente sólidas. En Polonia, por ejemplo, unos dos tercios de los conventos ofrecieron amparo a niños y adultos judíos; según el cálculo más fiable, las monjas salvaron de este modo a no menos de 1.500 personas. En Lituania, durante la carnicería de 1941, varios curas parroquiales censuraron los actos de brutalidad y saqueo contra los judíos, a diferencia de los obispos, que primero adoptaron una posición ambigua y no empezaron a condenar la persecución y organizar esfuerzos de socorro hasta 1943. En Bélgica, una red encabezada por dos laicos católicos, Albert van den Berg y Georges Fonsny —que contó con el apoyo de hermanos capuchinos y franciscanos y de hermanas de San Vicente de Paúl—, colocó a unos 400 niños en varias instituciones católicas, con lo que les salvó la vida.<sup>71</sup> Durante la guerra hubo por lo menos seis grupos similares, de raíz católica, que se esforzaron por esconder a los judíos de Bélgica. En Roma, quizá unos 4.000 judíos hallaron refugio en monasterios, conventos e iglesias entre 1943 y 1944.<sup>72</sup> Sin embargo, se habría podido lograr mucho más si el papa hubiera convertido el auxilio en política oficial de la Iglesia, instado a

los fieles a hacerla realidad y empleado parte de las divisas convertibles de la Santa Sede en respaldar operaciones de socorro a los judíos; el Vaticano se negó repetidamente a hacerlo así.

Cuando los diplomáticos extranjeros le urgían a actuar con más decisión, Pío XII siempre hacía hincapié en que alzar la voz era peligroso.<sup>73</sup> Quizá solo conseguiría encolerizar a los alemanes y provocar aún más violencia, al igual que —aunque el papa nunca planteó expresamente la comparación—<sup>74</sup> sucedió con la protesta de los obispos neerlandeses contra las deportaciones de los judíos conversos, que aceleró la práctica. No obstante, ni el primer ministro neerlandés ni la reina de los Países Bajos se acobardaron ni guardaron silencio.<sup>75</sup> A los pocos días de que los trenes de la deportación empezaran a rodar hacia el este desde Holanda, en julio de 1942, el primer ministro condenó el hecho; un programa de investigación de Radio Orange, la voz del gobierno neerlandés en el exilio, habló de las cámaras de gas; en octubre, la reina Guillermina le dijo a su pueblo, por la misma vía radiofónica, que se sentía «afectada personalmente [por] el exterminio sistemático» de los judíos neerlandeses. Ciertamente, estos líderes hablaban desde la seguridad que les concedía el exilio, y los acontecimientos que se desarrollaban en Alemania ponían de manifiesto la posibilidad de represalias: aunque la Gestapo dejó en paz al obispo Von Galen, después de que se pronunciara en contra de la campaña eutanásica, la policía detuvo a treinta y siete clérigos de su diócesis y los envió a diversos campos, donde seis perdieron la vida.<sup>76</sup>

Alternativamente, a veces el papa alegó que una censura enérgica podría hacer que los patriotas alemanes desertaran de su fe, ya fuera durante la guerra o enojados por una derrota de Alemania de la que tal vez le culparían. Este era el temor de algunos obispos y cardenales alemanes, y, al igual que ellos, Pío XII optó por eludir el enfrentamiento «para evitar males mayores». Una vez más, los sacramentos actuaron como inhibidores: el papa se sentía responsable de conseguir no solo que los fieles pudieran seguir accediendo a ellos, sino también que los fieles acudieran a ellos y, por ende, a la salvación. Ahora bien, tales miedos no impidieron que Bernhard Lichtenberg, preboste de Santa Eduvigis, la catedral católica de Berlín, rezara en público por los judíos que estaban siendo deportados y esbozara la reprobación de un

panfleto de Goebbels que condenaba toda expresión de simpatía por los judíos.<sup>77</sup> Por tales ofensas, la Gestapo detuvo a Lichtenberg en octubre de 1941, lo encarceló durante dos años, lo envió a un campo de trabajo y por último lo destinó a Dachau. El encarcelamiento y los malos tratos habían dañado tanto su salud que murió en el camino a este último centro, el 5 de noviembre de 1943. Para Lichtenberg, a diferencia del papa, la posibilidad de una apostasía colectiva no podía anular el mandamiento de amar al prójimo aquí y ahora. Lichtenberg estuvo a la altura de las grandilocuentes palabras de la primera encíclica del nuevo papa, mucho más que el propio Pío XII, que en *Summi pontificatus*, de octubre de 1939, había afirmado: «En el cumplimiento de este oficio no nos dejaremos influir por consideraciones humanas o terrenas, del mismo modo, no cejaremos en el propósito emprendido ni por las desconfianzas, ni por las contradicciones, [... ni tampoco por] el temor de que nuestra acción sea incomprendida o falsamente interpretada ... [L]a jerarquía eclesiástica ... ligada al sucesor del Príncipe de los Apóstoles ... se mantiene firme, soportando incluso los tormentos más duros y el mismo martirio, cuando hay que decidir un asunto con aquellas palabras: *Non licet!* [“¡No está permitido!”]». <sup>78</sup>

Cuando se quedaba sin argumentos con los que justificar su inacción, el papa jugaba una última carta para seguir desatendiendo la petición de los Aliados de que alzara la voz contra los crímenes nazis: afirmaba que si lo hacía, también debería criticar los crímenes soviéticos, y sin duda los Aliados no deseaban tal cosa mientras aún se estaba combatiendo. Por descontado, sin embargo, contra el comunismo sí se expresó en público una y otra vez, con lo que para los representantes de los Aliados se trataba de una excusa especialmente insostenible.

La mayor esperanza de obtener ayuda exterior, para los judíos atrapados en el Holocausto, fue probablemente Estados Unidos; pero este país respondió a la crisis con vacilaciones, en parte por causas ya evidentes antes de la guerra, en parte por razones nuevas. En primer lugar, durante el conflicto la incidencia del antisemitismo entre la población estadounidense se incrementó.<sup>79</sup> Así, una encuesta de Gallup de julio de 1942 concluyó que el 44 % de los encuestados consideraba que los judíos tenían demasiado poder e influencia; dos años más tarde, un estudio similar noticiaba que el mismo

porcentaje, un 44 %, tenía a los judíos por «una amenaza» nacional. En segundo lugar, Breckenridge Long conservó su puesto hasta 1944, y siguió oponiéndose a toda acción que aumentara el influjo de judíos en Estados Unidos; Roosevelt, que lo conocía desde la primera guerra mundial, cuando sirvieron juntos en el Departamento de Marina, lo trataba con deferencia y atendía en particular a la idea de que los refugiados suponían un riesgo para la seguridad. En consecuencia, de 1940 a 1941, los dos años anteriores a la entrada del país norteamericano en la segunda guerra mundial, solo accedieron a Estados Unidos unos 30.000 judíos alemanes, a los que debe sumarse quizá un número similar de judíos de otros lugares de Europa.<sup>80</sup> En tercer lugar, los planificadores militares, en especial, adoptaron la posición de que la única forma de ayudar a los judíos era vencer la guerra lo antes posible, y luego usaron esta misma razón para descartar acciones menores que podían haber resultado de utilidad al menos marginal. Por ejemplo, entre 1941 y 1944 se rechazó repetidamente la propuesta de trasladar a más inmigrantes a Estados Unidos, alegando que faltaban navíos para hacerlo; pero 400.000 prisioneros de guerra alemanes cruzaron el Atlántico y muchos transportes de municiones regresaban vacíos de Europa.<sup>81</sup>

Washington redujo la severidad a finales de 1943, por efecto de varias novedades. Jan Karski, el miembro de la resistencia polaca que había informado al gobierno nacional en el exilio sobre la creciente intensidad del antisemitismo en la Polonia ocupada, también había logrado introducirse brevemente en el gueto de Izbica, cerca de Lublin, para comprobar qué estaba pasando. Cuando se reunió con Roosevelt en persona y le comunicó de qué había sido testigo en 1943, el presidente no mostró un interés particular por el asunto, pero la reunión duró el doble de lo previsto y, al concluir la conversación, se vio a un Roosevelt más afectado que nunca por la matanza.<sup>82</sup> Al mismo tiempo, la suerte de la guerra había cambiado a favor de los Aliados, lo que posibilitaba emprender más iniciativas: la presión del Congreso fue al alza, impulsada en parte por el representante declarado del sionismo de derechas en Estados Unidos, Peter Bergson. El secretario del Tesoro, Henry Morgenthau, y otros convencieron a Roosevelt de que Long, que había declarado ante un comité del Congreso sin respetar la veracidad que se le suponía, debía abandonar su puesto. En enero de 1944 se creó un

Consejo para los Refugiados de Guerra, provisto de fondos cuantiosos, proporcionados casi en su totalidad por el Comité de Distribución Conjunta y otras organizaciones judías de Estados Unidos.<sup>83</sup> Con este dinero se socorrió a judíos de varias formas, tales como sobornar a funcionarios nazis, costear la creación de identidades protectoras para diversas personas, cabildear con gobiernos neutrales y extranjeros para que acudieran en su ayuda, y apoyar intentos de huida. Aunque el Consejo no pudo impedir las deportaciones húngaras de la primera mitad de 1944, sí suscribió la acción de Raoul Wallenberg, el empresario sueco que se convirtió en diplomático y, algo más tarde en aquel mismo año, se marchó a Budapest y organizó planes de emisión de miles de documentos protectores, suecos y suizos, para los judíos de esta ciudad. A principios de 1945, los alimentos que el Consejo sufragaba y almacenaba en puertos suecos salvaron miles de vidas cuando Himmler, por breve tiempo, intentó abrir un canal de negociación con los aliados occidentales, para lo cual autorizó que la Cruz Roja Internacional asistiera a los prisioneros de Ravensbrück y otros campos del norte de Alemania.<sup>84</sup> Visto *a posteriori*, apenas cabe duda de que el Consejo se creó relativamente tarde, pero quizá de haberse creado antes tampoco habría estado en condiciones de mejorar en nada la suerte de todas esas personas.

Ahora bien, aunque el Consejo para los Refugiados de Guerra pudo influir de forma creciente en Washington, esto no bastó para convencer al Departamento de Guerra de la necesidad de bombardear Auschwitz y las líneas férreas de acceso al campo.<sup>85</sup> Estados Unidos no reconoció la función y ubicación del campo hasta marzo de 1944, pese a que la clandestinidad polaca ya había intentado, en varias ocasiones, alertar a los estadounidenses sobre el funcionamiento del lugar. Hacia las mismas fechas, los ajustes realizados en las bases aéreas conquistadas en Italia permitieron, por primera vez, que los aviones estadounidenses o británicos pudieran ir y volver del campo sin quedarse sin combustible. Las primeras propuestas de bombardeo de Auschwitz, formuladas por grupos judíos de Estados Unidos, llegaron a los Departamentos de Estado y de las Fuerzas Armadas entre el 16 de mayo y el 2 de junio de 1944; y a finales de junio, John Pehle, director del Consejo para los Refugiados de Guerra, planteó la misma clase de peticiones al vicesecretario de Guerra John McCloy. Unas pocas semanas después, el 7 de

julio, el ministro de Exteriores británico Anthony Eden preguntó a Sinclair, su homólogo en la cartera del Aire, si con incursiones de bombardeo se podía detener el asesinato de los judíos húngaros. De hecho la carnicería casi se había acabado, porque los últimos trenes de la deportación salieron de Hungría el 9 de julio. A primeros de agosto, el jefe del Estado Mayor del Aire de Estados Unidos solicitó las fotos de reconocimiento de la zona de Auschwitz Birkenau, que se habían tomado los días 4 de abril, 31 de mayo, 26 de junio y 8 de julio, pero aún no se habían revelado. El 9 de agosto McCloy recibió otra solicitud formal de bombardear Auschwitz, presentada esta vez por el Congreso Judío Mundial, en Nueva York; pero John Pehle se manifestó en contra, el 11 de agosto, alegando el temor a que cualquier incursión aérea causara la muerte de un gran número de los internos. Tres días después, McCloy rechazó la proposición, calificándola de «impracticable», aunque en aquel momento en las bases italianas había unos bombarderos de vuelo bajo que podrían haber destruido los crematorios. McCloy también sostuvo que la idea representaba desviar, de forma injustificada, activos militares hacia un objetivo que no era militar.

Este último argumento, de carácter militar, no carecía de fuerza, sobre todo si tenemos en cuenta cómo se veían las cosas en aquel momento. Es preciso recordar que la potencia aérea aliada tenía tres grandes urgencias en los meses previos a septiembre de 1944: atacar las instalaciones de desarrollo y lanzamiento de los cohetes alemanes V-1 y V-2, que estaban aterrorizando Inglaterra; contribuir al avance de las tropas aliadas hacia el norte de la bota italiana, que estaba siendo muy lento; y quebrantar la resistencia alemana en Normandía, lo que finalmente se produjo el 12 de agosto, más de dos meses después del Día D y justo cuando McCloy sopesaba la propuesta del Congreso Judío Mundial. En adelante, mientras los Aliados se precipitaban hacia las fronteras alemanas por el oeste y el este, y mientras Pehle transmitió primero una petición polaca de atacar Auschwitz, el 1 de octubre, y luego el 8 de noviembre añadió su propia solicitud al respecto, los bombarderos estadounidenses, en su mayoría, se concentraron en destruir la producción alemana de combustible, con el fin de frenar a los ejércitos del Reich. Esta era, de hecho, la misión de los bombarderos norteamericanos que sobrevolaron y fotografiaron el campo de Auschwitz los días 20 de agosto y

13 de septiembre, en la ruta de asalto a la vecina fábrica de IG Farben en Monowitz, situada al este de las cámaras de gas, a poco más de cinco kilómetros.

A la postre, bombardear el campo quizá no habría salvado muchas vidas.<sup>86</sup> En el momento en que aquellos aviones hicieron su aparición, ya había perecido cerca del 90 % de las víctimas de Auschwitz. Entre julio de 1944 y finales de aquel año, las SS transfirieron a más de la mitad de la población del complejo de campos —y en especial, de los emplazamientos centrales de Auschwitz Birkenau— a campos más interiores de Alemania.<sup>87</sup> Aunque siguieron llegando transportes que, junto con los propios internos, proporcionaron víctimas para las cámaras de gas, la cantidad de personas se había reducido tanto (en octubre, por ejemplo, eran unas 30.000)<sup>88</sup> que los alemanes apenas habrían hallado dificultad para asesinarlas por otros medios. De hecho, además, los gaseados de Auschwitz casi habían concluido: el 2 de noviembre, Himmler ordenó ponerles fin. Si los aviones aliados hubieran atacado el campo, se habrían producido daños colaterales,<sup>89</sup> como cuando los aparatos estadounidenses bombardearon una fábrica de guías de los V-2, adyacente a Buchenwald, el 24 de agosto de 1944, y fallecieron 315 prisioneros, o a principios de 1945, cuando los aviones atacaron lo que se sospechaba eran unas instalaciones de energía atómica, cerca de Sachsenhausen, y mataron a unos 250 presos. El perímetro fortificado de Auschwitz era tan amplio que pocas personas habrían podido salir durante un ataque contra los crematorios.

Pero en ese momento, los planificadores no estaban al corriente de todas estas cuestiones, lo cual deja abierta la pregunta: ¿por qué no lo intentaron? La respuesta, en lo que atañe a las autoridades militares, al igual que con respecto a los gobiernos aquí descritos y el Vaticano, es sencilla: el intento no les parecía importante en comparación con otras necesidades u objetivos. Incluso en lo único que, en 1942, los Aliados y el papa podrían haber hecho con perspectivas de éxito —dar más publicidad a los crímenes de los nazis contra los judíos—, las inhibiciones políticas y teológicas prevalecieron.

Entre las razones de la insuficiencia de la respuesta del mundo al Holocausto, ¿deberíamos incluir el comportamiento de los judíos de Estados Unidos y Palestina? Es cierto que la comunidad judía de Estados Unidos

estaba dividida y no unificó sus intentos de influir. Stephen Wise, del Congreso Judío Estadounidense, sentía un temor reverencial ante Roosevelt y se negó a presionarlo.<sup>90</sup> En cuanto al Comité de Distribución Conjunta, Yehuda Bauer, que le ha dedicado un estudio histórico en varios volúmenes, describe a las personas que trabajaban en el cuartel general de Nueva York como «incapaces por naturaleza de plantear reproches —menos aún, una crítica seria— a una administración que se alzaba entre la comunidad judía y el antisemitismo o algo peor».<sup>91</sup> Pero los judíos tan solo representaban el 3,6 % de la población de Estados Unidos, en un clima de antisemitismo creciente. No cabe duda de que carecían del poder que los antisemitas les atribuían sin descanso. Algo parecido cabe afirmar sobre los judíos de la Yishuv, que tampoco aportaron mucho a la defensa de los judíos de Europa.<sup>92</sup> Ellos también formaban una población relativamente pequeña —en 1940, unas 400.000 personas— y más del 85 % se concentraba en tan solo tres zonas urbanas: Haifa, Tel Aviv y Jerusalén. Los líderes judíos de Palestina, que se hallaban igualmente en una situación frágil y vulnerable, eran conscientes de que podían aportar pocos recursos materiales para los intentos de socorro, con los que tuvieron poco éxito hasta 1944. En total, su programa clandestino de Aliyá Bet —inmigración ilegal a Palestina— solo consiguió introducir en el territorio, entre 1939 y 1945, a no más de 19.000 judíos. Entre otros problemas toparon con la fragmentación: en la Yishuv, la división política era tan honda como en los guetos —y en parte, del mismo tipo—, con lo que faltó la coordinación en torno de una estrategia coherente. Un segundo obstáculo fue el fatalismo, que estaba en ascenso. En 1943, los defensores de un futuro estado judío habían comprendido las deprimentes consecuencias de lo que los nazis ya habían logrado: erradicar a una gran parte de la población que, para los sionistas, debía constituir la inmensa mayoría de los futuros colonos. Desde ese momento, el futuro demográfico de una patria judía parecía desplazarse a los 800.000 judíos que había por entonces en el norte de África y los países árabes, y parecía depender, más que nunca, de no enojar a los Aliados con protestas por la supuesta pasividad ante los crímenes nazis.

La tragedia del período 1939-1945 es que el destino de los judíos de Europa fue siempre una cuestión secundaria para todo el mundo, salvo para los propios implicados y para el régimen que ansiaba aniquilarlos. Esto resulta particularmente cierto en el caso de Suiza, que había pasado a ser casi el último refugio potencial para los judíos en una Europa dominada por los nazis. La política oficial de la confederación alpina, durante la segunda guerra mundial, fue: «a los refugiados que han huido por motivos puramente raciales, como los judíos, no se les pueden considerar refugiados políticos».<sup>93</sup> Esto, sin embargo, no siempre se aplicó con el mismo rigor.<sup>94</sup> Entre 1939 y 1945 entraron en el país, de forma legal, unos 2.000 judíos. Además, se admitió a casi 20.000 más, que fueron confinados en campos de detención; a unos 24.500 se les impidió cruzar la frontera, a pesar de que el gobierno suizo poseía una información más que suficiente sobre la suerte que era probable que corrieran.

La misma indiferencia imperó en un principio en el único país que a la postre estuvo a la altura de las circunstancias: Suecia.<sup>95</sup> Hasta finales de 1942 y el momento en que los nazis acorralaron y detuvieron a los judíos de Noruega, tanto Suecia como sus diplomáticos mostraron una clara indiferencia ante la catástrofe judía, con la intención de no poner en peligro la neutralidad del país durante la guerra ni la lucrativa venta, a la Alemania nazi, de productos tales como mineral de hierro o cojinetes. Pero desde entonces, el gobierno sueco empezó a ampliar su protección a grupos de judíos cada vez más grandes. El primer paso en este sentido lo dio en diciembre de 1942, cuando el gabinete sueco informó al gobierno alemán de que abriría la frontera y ofrecería asilo a todos los judíos que aún había en Noruega, independientemente de su ciudadanía. Casi exactamente once meses después, a principios de octubre de 1943, Suecia anunció que aplicaría la misma medida a todos los judíos de Dinamarca, lo que puso en marcha la huida masiva a través del Báltico. El gabinete intentó incluso, aunque sin éxito, convencer al gobierno alemán de que desviara a un puerto sueco el barco que portaba a los pocos judíos que los nazis habían logrado detener en Dinamarca. Desde que se inició el éxodo en este país, la embajada sueca en Copenhague empezó a proporcionar pasaportes provisionales a los judíos que podían justificar alguna relación con Suecia, documentos que, en ocasiones,

fueron suficiente para que los alemanes no detuvieran a sus portadores. Este precedente demostró su importancia en marzo de 1944, cuando Alemania ocupó Hungría y los judíos, temerosos, comenzaron a asediar la embajada sueca. Sin embargo, los pasaportes provisionales necesitaban alguna base comercial o residencial y la aprobación de Estocolmo; no se podían otorgar a cualquiera y, por lo tanto, eran inadecuados para la necesidad. Así, el embajador Carl Ivar Danielsson, en colaboración con su asistente principal, Per Anger, improvisaron una jerarquía de documentos de amparo inspirados en los *Schutzpässe*\* que el vicecónsul de Suiza en Budapest, Carl Lutz, había estado emitiendo desde 1942. Se trataba de simples hojas de papel de aspecto oficial, con el escudo de armas sueco impreso en colores y toda clase de sellos; se trataba de dar la impresión, a la policía húngara, de que el portador no era ciudadano del país y, por lo tanto, estaba exento de la deportación. Pero las deportaciones húngaras empezaron en las provincias exteriores, lejos de la embajada sueca, con lo que al principio esta clase de protección no resultó de mucha ayuda. A mediados de junio, Suecia decidió permitir que la embajada otorgara pasaportes provisionales y visados de admisión sin la previa aprobación de Estocolmo, pero la iniciativa chocó con la misma realidad geográfica. Resultó más eficaz una carta del rey Gustavo V de Suecia a Miklós Horthy, entregada el 3 de julio, en la que instaba a este a poner fin a las deportaciones; unido a otros mensajes del papa y del gobierno estadounidense, este documento contribuyó a que, el 7 de julio, Horthy ordenara suspender las deportaciones, lo que concedió un período de respiro a los judíos de Budapest que aún no habían sido detenidos. Dos días después, Raoul Wallenberg llegó a la capital húngara y dio continuidad a las prácticas desarrolladas por los diplomáticos suecos, lo cual permitió salvar la vida de miles de judíos tras el derrocamiento de Horthy, el 15 de octubre de 1944. Estos empeños heroicos fueron la culminación de un proceso de dos años de duración, por el cual Suecia reconoció que era responsable de actuar; un proceso que prácticamente no tuvo paralelismos en ninguna otra nación.

Esto no quiere decir que los únicos diplomáticos que intentaron impedir el Holocausto húngaro fueron los suecos. Desde Suiza, George Mantello — un refugiado judío de Rumanía que trabajaba como primer secretario del consulado de El Salvador en Ginebra— encabezó un esfuerzo igualmente

extraordinario.<sup>96</sup> En 1943, con el respaldo de sus superiores, empezó a emitir documentos de ciudadanía salvadoreña, sin coste, a entre 20.000 y 30.000 solicitantes, en su mayoría judíos, de Hungría y Rumanía, lo cual obstaculizó su deportación. Luego, hacia finales de la primavera de 1944, envió a Budapest un emisario que obtuvo copias de dos informes que daban testimonio de cómo funcionaba Auschwitz y qué magnitud alcanzaban las deportaciones húngaras; se apresuró a transmitir estos dosieres a los periódicos suizos y, con la ayuda de cuatro destacados teólogos de este país, incitó una campaña de prensa que revelaba y denunciaba los asesinatos. Afirmar, según se titulaba un estudio reciente sobre sus acciones, que fue «el hombre que detuvo los trenes de Auschwitz» es ir demasiado lejos; pero no cabe duda de que la protesta contribuyó a convencer al almirante Horthy de que suspendiera las deportaciones, en julio. Cuando estas se reanudaron, durante el otoño siguiente, los documentos que Mantello había proporcionado volvieron a ser importantes, no porque él interviniera de nuevo, sino porque Carl Lutz, desde el consulado suizo, se encargó de representar los intereses salvadoreños en Hungría y logró que el nuevo régimen de la Cruz Flechada respetase la documentación. A esta se añadieron miles de papeles comparables emitidos por los representantes de Portugal y el Vaticano en Budapest, y por la notable figura del italiano Giorgio Perlasca, que había obtenido asilo político en la embajada de España en la capital húngara.<sup>97</sup> De noviembre de 1944 a enero de 1945 se hizo pasar por diplomático español y, en calidad de tal, otorgó miles de salvoconductos amparándose, en teoría, en una ley española que hacía extensiva la ciudadanía a los judíos descendientes de los que habían sido expulsados de la Península en el siglo xv. De los 140.000 o 150.000 judíos que sobrevivieron al Holocausto en Budapest, unos 120.000 debieron la vida, en gran parte o por completo, a los documentos de amparo que les proporcionaron los diplomáticos de El Salvador, España, Suecia y Suiza.

## Las repercusiones: ¿qué legados, qué lecciones?

La tragedia del Holocausto no concluyó con la rendición de Alemania, en mayo de 1945. Las condiciones de las «marchas de la muerte» desde los campos abandonados, así como de los que siguieron en funcionamiento hasta la llegada de los Aliados, eran tan atroces que, aun después de la capitulación, otras varias decenas de miles de judíos perdieron la vida. La cifra de Belsen es un ejemplo característico: en las últimas semanas de la guerra fallecieron 35.000 internos —incluida Ana Frank— y otras 14.000 murieron después de la liberación, en ocasiones por enfermedades, pero en buena medida porque su cuerpo ya no podía absorber los alimentos de los que ahora podían disponer.<sup>1</sup> Por todo ello, mediado 1945 solo unos 200.000 judíos habían sobrevivido a los campos; de ellos, unos 100.000 habían estado en Auschwitz en un momento u otro.

### REGRESO, REASENTAMIENTO, REPRESALIAS Y RESTITUCIÓN

Incluso esta cantidad fue excesiva para unos aliados que no estaban preparados para la situación. En 1943 habían creado la UNRRA (Administración de las Naciones Unidas para el Socorro y la Rehabilitación), pero ni esta organización ni las unidades militares que liberaron los campos se esperaban lo que encontraron. De hecho, las tropas estadounidenses que rescataron Dachau, a finales de abril de 1945, sufrieron una impresión tan extrema que una parte se lanzó al asalto y asesinó a entre 40 y 122 de los guardias del lugar. Dos semanas antes, cuando los británicos llegaron a Bergen-Belsen, obligaron a los últimos guardias alemanes, a golpe de culata

y bayoneta, a recoger y enterrar los cadáveres diseminados por el campo.<sup>2</sup> Un periodista que los acompañaba escribió, sobre el trato que recibieron los guardias: «Se les impuso un castigo del todo coherente con la tradición nazi, y pocos sobrevivieron; pero daba que pensar, ver a los soldados británicos pateando y apaleando a esos hombres y mujeres, por grave que hubiera sido la provocación».<sup>3</sup>

Sin embargo, la repugnancia de los Aliados pronto pasó de los perpetradores a las víctimas,<sup>4</sup> porque a consecuencia de lo que habían vivido, muchos de los internos de los campos habían perdido la moral, en los dos sentidos de la expresión, y en esos momentos se comportaban de formas que despertaban en los libertadores más antipatía que simpatía. Esta clase de conductas hizo que el general George Patton, comandante de las tropas de Estados Unidos en el sur de Alemania, describiera al «tipo judío de la “Persona Desplazada”» como «una especie subhumana carente de todos los refinamientos sociales y culturales de nuestra época». Pero Patton era conocido por su carácter tan vocinglero como intolerante, y siempre andaba a la caza de esa clase de oportunidades. Más adelante calificó los juicios de Núremberg a los criminales de guerra nazis como un acontecimiento «semita», acusó a la prensa estadounidense de hallarse bajo la «influencia semita» y aseveró que tal influencia tenía como meta «implantar el comunismo».<sup>5</sup>

El antisemitismo de Patton era más manifiesto que el de la mayoría, pero los prejuicios también tuvieron un papel a la hora de dar forma a la incompreensión inicial, entre estadounidenses y británicos, de las diferencias que existían entre los dos millones de desplazados que había en Alemania a finales de 1945. En buena medida se trataba de supervivientes de los campos de trabajo nazis, pero otros muchos eran refugiados que habían huido de la Europa oriental en paralelo a los ejércitos alemanes; en este grupo se contaban 600.000 personas venidas tan solo de los estados bálticos, entre las que había muchos antiguos colaboradores del nazismo. A los judíos, como en tantas ocasiones, se los trató como a un grupo perseguido entre otros muchos. En las cerca de 2.500 instalaciones de la UNRRA —muchas de ellas, idénticas a los lugares en los que los nazis habían recluido a sus víctimas— se empezó colocando juntos a todos los desplazados, sin distinguir entre los

que habían sufrido y los que habían colaborado. Surgieron tensiones particularmente graves entre los judíos y los refugiados cristianos, mucho más numerosos, de la Europa oriental, que en aquel momento temían volver a sus patrias respectivas, ocupadas por los soviéticos.

A mediados de 1945, las condiciones de los campos de refugiados eran tan duras que Earl Harrison, como inspector del presidente estadounidense Harry S. Truman, emitió un informe devastador. El siguiente pasaje, visto desde nuestro presente, deja la boca abierta: «Tal como están ahora las cosas, se diría que tratamos a los judíos igual que lo han hecho los nazis, solo que no los exterminamos. Están en campos de concentración, en gran número, bajo la guardia de nuestros militares, no de las SS. Uno se pregunta si el pueblo alemán, al ver esto, no estará suponiendo que adoptamos el modo de actuar de los nazis, o al menos lo toleramos». <sup>6</sup> Truman ordenó al general Eisenhower, como comandante general de las fuerzas estadounidenses en Europa, que mejorase la situación de los desplazados judíos. Esto redundó en algunas mejoras, como la creación de trece campos específicos para los judíos (de los que no menos de doce estaban en la zona ocupada por los norteamericanos). Sin embargo, los objetivos generales de la estrategia estadounidense imponían límites claros: (1) había que mantener a los residentes confinados para que la población alemana, que los temía, no se sintiera distanciada; (2) las condiciones debían ser lo bastante incómodas como para que los desplazados quisieran regresar a sus países de origen.

Para muchos judíos, el regreso fue efímero, por hechos tales como el pogromo de Kielce (Polonia) de julio de 1946 y por las penalidades que acompañaron a la toma de control de la Europa oriental por parte de los soviéticos. En consecuencia, después de 1945, el problema de los refugiados judíos no se redujo, sino que se incrementó. Si en diciembre de 1945 solo había en los campos de UNRRA en Alemania y Austria unos 18.000 supervivientes judíos, el número ascendió a más de 97.000, un año después, y a más de 167.000 a finales de 1947. <sup>7</sup> Muchos eran judíos polacos que habían escapado de los nazis acompañando la retirada de las fuerzas soviéticas en 1941, habían vuelto a Polonia entre 1945 y 1946, y luego habían decidido refugiarse en Occidente. Otros eran judíos húngaros y rumanos que habían sobrevivido a la persecución en su propia patria y aprovechaban entonces la

primera ocasión de huir. Otros, a su vez, eran judíos de Ucrania que habían huido con el Ejército Rojo en 1941, habían regresado con este en 1944 y, como en casi todas partes, encontraban ocupadas sus antiguas residencias y los nuevos inquilinos se resistían a devolvérselas.<sup>8</sup> Sostener tal abundancia de desplazados era cada vez más costoso: en los años finales de la década de 1940, UNRRA gastó casi 4.000 millones de dólares, una cifra extraordinaria para la época, procedente en su mayoría de Estados Unidos.<sup>9</sup> Ahora bien, no se veía a qué otro lugar podían ir los refugiados. La potencia norteamericana siguió aplicando su sistema de inmigración por cuotas, por el que entre mayo de 1945 y junio de 1947 tan solo se admitió a 15.000 desplazados judíos. Entre tanto, Gran Bretaña y sus dominios mostraron más hospitalidad a los refugiados no judíos de la Europa oriental que a los judíos —aunque Australia, en parte, fue una excepción— y los británicos mantuvieron el límite de admisiones de Palestina establecido en el libro blanco: un máximo de 15.000 judíos al año.

Estados Unidos, con el que Gran Bretaña, al acabar la guerra, había contraído una deuda muy cuantiosa, intentó convencer al primer ministro Clement Attlee de que permitiera que 100.000 refugiados judíos entraran en Palestina; pero este impuso dos condiciones previas: que el coste del transporte y el sustento lo aportara Estados Unidos, y que los combatientes judíos que a la sazón intentaban expulsar de Palestina a los británicos depusieran las armas. No hubo cooperación entre las partes ni, por lo tanto, hubo acuerdo. Pero la idea volvió a plantearse desde que, a principios de 1947, los británicos decidieron someter la cuestión palestina a una entidad de muy reciente creación, la Organización de las Naciones Unidas. Nueve meses después, esta votó a favor de repartir la región entre judíos y árabes. Entre 1945 y 1951, por una diversidad de medios legales e ilegales, un total de entre 133.000 y 200.000 refugiados judíos europeos accedieron al territorio que en 1948 se convertiría en el estado de Israel. A menudo se los recibió con poca delicadeza;<sup>10</sup> si no se sospechaba que, para sobrevivir, habían colaborado con los nazis, se los compadecía como el vestigio de una diáspora débil y fracasada. En un caso como en otro, se los contemplaba como la prueba viviente de la necesidad tanto del sionismo como de un estado judío independiente y autogobernado.

Entre tanto, la resistencia a la inmigración de desplazados a Estados Unidos menguó un poco, en parte porque la opinión pública iba mostrando más simpatía por su padecimiento, y porque los funcionarios estadounidenses empezaban a creer que su estancia prolongada en territorio alemán era inconveniente, desde el punto de vista político, además de sonrojante. Aun así, la mayor apertura tuvo un precio: la prontitud a hacer la vista gorda con quienes habían colaborado con el nazismo,<sup>11</sup> es decir, muchas decenas de miles de residentes no judíos de los campos de desplazados alemanes, ya fueran letones, lituanos, ucranianos o *Volksdeutsche*. Las condiciones de la «Ley de las Personas desplazadas», de 1948, con las enmiendas aprobadas en 1950, les permitieron acceder igualmente a Estados Unidos; de hecho, con la nueva legislación, estas personas, a las que entonces se admiraba como refugiados del comunismo, entraron en el país norteamericano en mayor número que los judíos. En total, para 1953 Estados Unidos había admitido a entre 80.000 y 137.000 desplazados judíos; la cifra absoluta no es irrelevante, pero en porcentaje, no supera la proporción de judíos que hallaron refugio en otros países durante los años treinta. Vale la pena detenerse a pensar en esta cuestión: en términos relativos, de 1945 a 1953 Estados Unidos no se mostró más receptivo a los inmigrantes judíos de lo que lo había sido de 1933 a 1939. Ciertamente, en su mayoría, una vez terminada la segunda guerra mundial, ya no corrían peligro de muerte, por lo que cabría alegar que su necesidad no era tan perentoria; pero a menudo se hallaban sin hogar y en la indigencia. Los que consiguieron entrar en el país se enfrentaron a la incompreensión,<sup>12</sup> como hemos visto que ocurrió entre los mandos militares de Estados Unidos en Alemania. En su mayoría, los estadounidenses no eran capaces siquiera de imaginar qué experiencia habían vivido los supervivientes. El aislamiento que aquejaba a muchos se agravó por dos decisiones de las organizaciones judías de servicios sociales, por bien intencionadas que fueran. La primera fue la voluntad de dispersar a los supervivientes entre diversas comunidades judías que se ofrecieron a acogerlos. Así, muchos damnificados judíos se hallaron de pronto en lugares como Columbia (Carolina de Sur) o Denver (Colorado), que estaban a un mundo de distancia de sus lugares de origen. Una vez allí, toparon con otra orientación general que las organizaciones instaban a los padrinos a adoptar:

debían hacer hincapié en que los supervivientes «dejaran atrás el pasado» y todo lo perdido y renunciaran a pensar o hablar de todo ello. El proceso de reconstrucción de sus vidas, de este modo, dejó sin resolver mucho dolor emocional y psicológico.

No es cierto, por descontado, que en las décadas de 1950 y 1960 el Holocausto hubiera caído en el olvido. Cuando yo terminé la educación secundaria, en 1964, el tema ocupaba una posición destacada en la cultura popular de Estados Unidos. Mi primera noticia al respecto llegó en la primera adolescencia, a finales de los cincuenta, con la lectura de *Éxodo*, de Leon Uris, que fue la novela más vendida en el país desde *Lo que el viento se llevó*. Este relato —con muchos componentes ficticios— sobre el viaje real de un barco de inmigrantes ilegales con rumbo a Palestina dio origen a una película protagonizada por Paul Newman; la vi, igual que vi *El diario de Ana Frank* (1959). Durante mi paso por la secundaria, *¿Vencedores o vencidos? (El juicio de Núremberg)*, con Spencer Tracy, fue todo un éxito de taquilla, al igual que *El prestamista*, con Rod Steiger, en mi primer año de carrera. Sin embargo, es cierto que el Holocausto aún no se diferenciaba con claridad del colosal cataclismo de la segunda guerra mundial. Esto es un ejemplo de lo que yo denomino «la óptica de la historia». Después de 1945, la mayoría de los estadounidenses creía que la verdadera historia de la contienda era el relato de lo que les había ocurrido a ellos: la guerra del Pacífico y las invasiones de Europa, no lo sucedido en Polonia y Ucrania. Según la tradición oral de mi familia, mi padre terminó la segunda guerra mundial en la isla de Tinian, tras haber recibido (en Nuevo México, en 1944 y 1945) la formación necesaria para lanzar una bomba atómica sobre Japón. Por suerte, al final no lo hizo porque tan solo había dos explosivos para cinco tripulaciones especializadas; pero yo crecí oyendo hablar mucho de la derrota de Japón, y poco de la batalla contra los nazis, pese a que los combates contra Alemania costaron la vida a más estadounidenses —casi el doble— que los del Pacífico. Por otro lado, la guerra fría puso una sordina a la atención al Holocausto, porque en ese momento la mayor parte de Alemania era aliada de Estados Unidos, con lo cual la conveniencia política aconsejaba no remover el pasado. Tuvieron que pasar varias décadas hasta que los supervivientes sintieron que sus memorias contaban con una audiencia.

La política de la posguerra también actuó en contra de las represalias generales contra los perpetradores, así como de las peticiones de restitución a las víctimas; pero en ambos casos —como en el mito de que en la posguerra se guardó silencio sobre el Holocausto— en realidad se hizo más de lo que hoy se tiende a recordar. Es sencillamente falso que muchos de los principales perpetradores del Holocausto escaparon sin castigo; es asimismo falso que los alemanes —en especial, los del sector oriental del país— no pagaron, o apenas pagaron, por lo que su nación había hecho. Las dos leyendas son contrarias a la realidad. En 1945, Alemania era un país destrozado, y siguió siéndolo durante muchos años, pese a la recuperación económica de los años cincuenta. La primera vez que visité el territorio, entre 1968 y 1969, todavía vi numerosas parcelas vacías en Düsseldorf, producto de los bombardeos; en la Ópera de Fráncfort y las iglesias gemelas del Gendarmenmarkt de Berlín asomaban árboles por el techo. Hacía veinticuatro años que la segunda guerra mundial había concluido, y esos edificios seguían en ruinas.

La leyenda de que los perpetradores no recibieron castigo es tan pertinaz que parece cegar a cuantos la refieren, incluso de cara a sus propios datos. Un ejemplo relevante al respecto es *Nazis after Hitler: How Perpetrators of the Holocaust Cheated Justice and Truth*, de Donald McKale, una extensa filípica sobre criminales nazis que, supuestamente, eludieron tanto a la justicia como a la verdad y pudieron aportar justificaciones que luego ayudaron a los negacionistas del Holocausto. Sin embargo, de los treinta y un casos en los que el autor se centra para defender su tesis, el propio texto recuerda que doce fueron ejecutados por sus actos; dos se suicidaron; cuatro murieron en cautividad; dos fallecieron cuando estaban a punto de ser arrestados y juzgados, y otro a la fuga; y cuatro dieron con sus huesos en la cárcel. Solo seis quedaron sin castigo. El índice de mortalidad, en 1962 —cuando Adolf Eichmann fue ejecutado en Jerusalén—, ascendía a dos tercios.

De hecho, en los años de la primera posguerra, se saldaron cuentas con mucha determinación.<sup>13</sup> En su conjunto, los tribunales europeos condenaron a cerca de 100.000 alemanes y austríacos por crímenes de guerra de un tipo u otro. Los cuatro aliados victoriosos fallaron contra otros 8.812 alemanes y austríacos en juicios realizados en la Alemania ocupada. De 1945 a 1947

Estados Unidos llamó ante los tribunales a 1.030 guardias y oficiales de los campos, acusados de atrocidades, y condenó a 885; 261 de los 432 condenados a muerte por estos delitos, o por haber matado a personal militar estadounidense, acabaron falleciendo en la horca. Los días 27 y 28 de mayo de 1947 se colgó en Dachau a cuarenta y ocho miembros del personal alemán de Mauthausen, en lo que constituye la mayor ejecución colectiva de la historia de Estados Unidos. Entre los ejecutados igualmente por este país figuraron Paul Blobel, que había dirigido el *Sonderkommando* 1005: la unidad encargada de exhumar los cadáveres de las víctimas de los campos, incinerarlos y destruir todo vestigio de Belzec, Sobibór y Treblinka; Otto Moll, que entre otras funciones había dirigido varias instalaciones de gaseado y los campos de trabajo esclavizado que realizaban la letal extracción minera para IG Farben, cerca de Auschwitz; y Oswald Pohl, jefe de la Oficina Central de Economía y Administración de las SS y, como tal, arquitecto del sistema de los campos de trabajo de las SS. Los británicos juzgaron a 989 personas por crímenes de guerra<sup>14</sup> y ahorcaron a once miembros de la administración del campo de Belsen; entre los ejecutados estaban Franz Hößler, que había dirigido las primeras cámaras de gas de Auschwitz y luego supervisado la exhumación e incineración de 100.000 cadáveres de este campo; también dos empresarios que vendían Zyklon a las SS. En 1946 los soviéticos colgaron a Friedrich Jeckeln, el oficial de las SS que presidió los asesinatos de Babi Yar, donde había estado el gueto de Riga. También ejecutaron a seis antiguos *Hiwis* de Sobibór, antes incluso de que la guerra terminara, y a otros diez a los que juzgaron en 1962. En total, los tribunales soviéticos condenaron a casi 26.000 alemanes y austríacos y a unos 11.000 colaboradores locales.<sup>15</sup>

Por su parte, entre 1945 y 1957, los polacos juzgaron a 5.358 personas de nacionalidad alemana.<sup>16</sup> Entre los ejecutados cabe destacar a Rudolf Höss, quien fuera comandante de Auschwitz durante más tiempo que nadie; Jürgen Stroop, el oficial de las SS que sofocó el levantamiento del gueto de Varsovia; Hans Biebow, administrador alemán del gueto de Łódź; Amon Göth, el sádico comandante del campo de concentración de Płaszów, conocido mundialmente por *La lista de Schindler*; Arthur Greiser, gobernador nazi del Warthegau; los dos funcionarios principales del

Gobierno General; los cuatro grandes responsables de la Varsovia ocupada; Heinrich Josten, que dirigía la fuerza de las SS en Auschwitz; Erwin von Helmersen, médico de las SS en Birkenau; Werner Händler, responsable de la alimentación de los internos en estos dos campos; y Maximilian Grabner, cabeza de la Sección Política de la administración del campo de Auschwitz Birkenau de 1940 a 1943, es decir, la subunidad responsable de las torturas y ejecuciones. Además, Polonia condenó a largas penas de cárcel a dos de los hombres que vertían el Zyklon en las cámaras de gas; uno murió en su celda en 1955, el otro no fue liberado hasta 1958.

Arthur Seyss-Inquart, administrador alemán de los Países Bajos ocupados, fue condenado a la muerte en los juicios de Núremberg y ejecutado. Los neerlandeses, por su parte, ajusticiaron a cuarenta oficiales y colaboradores nazis, incluido Hanns Rauter, jefe de las SS en Ámsterdam.<sup>17</sup> A Ferdinand aus der Fünten, que dirigió las deportaciones desde los Países Bajos, y Willy Lages, director del servicio de seguridad de las SS en el país, se les conmutó en 1951 la pena capital por la de cadena perpetua; Lages pasó quince años en la cárcel, y falleció cinco años después; Aus der Fünten pasó treinta y nueve años en la cárcel y los neerlandeses lo liberaron, por su mala salud, cuando le quedaban tan solo dos meses de vida. Albert Gemmeker, comandante del campo de Westerbork, desde el que se envió a la muerte a la mayoría de los judíos neerlandeses, recibió una condena más ligera, de diez años de cárcel, de los que cumplió seis entre rejas, antes de ser liberado en 1955.

En general, los perpetradores de primer nivel tenían muchas posibilidades de ser castigados por sus acciones. Veamos qué suerte corrieron las dieciséis personas que, en un momento u otro, ostentaron la dirección independiente de un campo de exterminio: trece murieron de una forma u otra durante la década de 1940; uno fue condenado a muerte en 1954, y falleció poco después por un ataque al corazón; y dos huyeron de la justicia durante un tiempo, pero al final se los atrapó, juzgó y condenó a penas de cadena perpetua. Los catorce comandantes de los *Einsatzgruppen* corrieron una suerte similar: siete perecieron durante la guerra, dos se suicidaron mientras estaban presos, y tres fueron ejecutados, lo que suma doce muertes. A los otros dos se los privó de libertad, aunque a la postre no pasaron mucho

tiempo en la cárcel. En una y otra categoría, nadie salió impune. De las cuarenta y dos personas que en algún momento dirigieron alguno de los trece campos de concentración más tristemente famosos —Bergen-Belsen, Buchenwald, Dachau, Dora-Mittelbau, Flossenbürg, Gross-Rosen, Mauthausen, Natzweiler, Neuengamme, Ravensbrück, Sachsenhausen, Stutthof y Theresienstadt—, catorce murieron antes de 1945; dieciocho fueron ejecutadas o se suicidaron; cuatro dieron con sus huesos en la cárcel; solo seis (el 14 %) no recibieron castigo y sus actos quedaron impunes después de la guerra. Nikolaus Wachsmann, autor de una historia definitiva de los campos de concentración nazis, publicada en 2015, ha afirmado que solo siete de los antiguos comandantes, durante los años de guerra, de los veintisiete grandes campos de concentración de las SS seguían con vida en 1950.<sup>18</sup> No es un historial perfecto, pero desde luego tampoco es penoso.

Con respecto a las matanzas producidas con la eutanasia y el trabajo esclavo, el castigo de los responsables también fue general. Las tres figuras principales de la T4, Philipp Bouhler, Viktor Brack y Karl Brandt, murieron poco después de que concluyera la guerra: Bouhler se suicidó tras ser apresado por Estados Unidos en 1945, y Brack y Brandt fueron ahorcados en 1948 tras ser condenados por un tribunal de este país. Tanto Albrecht Schmelt —que diseñó la escala de tarifas por la que las SS regían el alquiler, como trabajadores esclavos, de diversas categorías de judíos— como Hans Kammler —el hombre de las SS que era responsable de la mano de obra esclavizada en Dora-Mittelbau y las otras fábricas del programa «Grupo de Cazas»— perdieron la vida hacia el final de la guerra.

Además, los tribunales de sus respectivos países condenaron a muerte al primer ministro de Vichy, Pierre Laval, y el dictador Ion Antonescu; ambos habían entregado a judíos a los nazis, aunque luego se lo pensarán mejor. El jefe del Estado de Vichy, Philippe Pétain, evitó esta suerte tan solo porque Charles de Gaulle le conmutó la pena capital por una cadena perpetua y, en efecto, Pétain murió en la cárcel. El líder colaboracionista noruego Vidkun Quisling cayó ante un pelotón de fusilamiento; en Eslovaquia, Jozef Tiso acabó en la horca; también el húngaro Ferenc Szálasi, que a finales de 1944 tomó el control del gobierno magiar y reanudó la deportación de los judíos, junto con las otras tres grandes figuras del Ministerio de Interior húngaro que

aquel mismo año, varios meses antes, habían organizado las deportaciones masivas. Por su parte, todos los enviados alemanes que en Croacia, Eslovaquia, Hungría, Bulgaria y Rumanía habían instado a los gobiernos locales a matar o deportar a los judíos habían fallecido después de ser apresados o tras ser juzgados entre 1945 y 1947.

Por último, los propios alemanes encausaron a un gran número de personas. La Alemania Occidental envió a 6.479 individuos a la cárcel entre 1945 y 1986, y la Oriental condenó a 12.861 personas entre 1945 y 1976. Pese a todo, hubo lapsus y omisiones notables, en particular durante la década de 1950. Solo cerca del 10 % de los alemanes que llegaron a trabajar en Auschwitz fueron juzgados, en un lugar u otro, después de la guerra;<sup>19</sup> el personal de categoría intermedia y baja de la mayoría de los campos de concentración no fue sometido a juicio o recibió sentencias muy leves (por lo menos, en comparación con lo habitual entre los estadounidenses). De los 50.000 miembros de los batallones de policía que mataron a cerca de medio millón de personas en los territorios ocupados de la Europa oriental, solo se acabó acusando de algo a 64 hombres, y solo 41 fueron condenados. En su mayoría, los oficiales de las SS que fueron encarcelados después de la guerra cumplieron condenas breves y en 1958 ya habían salido de la prisión. Hubo excepciones, aun así. Hermann Krumei, un personaje crucial en las deportaciones desde Hungría, fue juzgado a finales de los años sesenta y pasó el resto de sus días en la cárcel. Hans Höfle, jefe del Estado Mayor de Globocnik durante la Operación Reinhard —y el hombre que elaboró el infame cálculo estadístico de las víctimas de 1942— logró huir de la justicia hasta 1961, cuando fue detenido, y al año siguiente se suicidó. En 1969, la Alemania del Este ejecutó a Josef Blösche, el miembro de las SS que apuntaba su ametralladora hacia un niño con gorra de lana (véase la Figura 6 del capítulo 5) durante la supresión del levantamiento del gueto de Varsovia.<sup>20</sup> Aunque en el nivel de los distritos, la mayoría de los administradores nazis que presidieron las deportaciones del Gobierno General se libraron de todo castigo, dos de ellos también se suicidaron cuando, en los años sesenta, se investigaba su actuación. Entre las figuras principales de Auschwitz, solo unos pocos lograron escapar; el caso más notable es el de Joseph Mengele, el médico que realizaba la selección en la

rampa de llegada y experimentaba cruelmente con los reclusos, que se escondió en América del Sur hasta que murió ahogado, en 1979. Wilhelm Boger, el infame oficial que se encargó de numerosos interrogatorios en la Sección Política del campo de Auschwitz, no tuvo la misma suerte. En 1947 logró escapar de manos de los estadounidenses y permanecer oculto hasta 1965, cuando las autoridades alemanas lo descubrieron; se le condenó a terminar sus días en la cárcel y murió allí, doce años después.

El historial también es heterogéneo, pero no desdeñable, con respecto a los 121 hombres de la T4 que trabajaron luego en los campos de la Operación Reinhard.<sup>21</sup> Cuarenta y dos (más de una tercera parte) perecieron durante la guerra, en el cautiverio soviético o justo después de 1945 (en su mayoría, porque se quitaron la vida). Otros veintidós fueron condenados en la posguerra: nueve a cadena perpetua, doce a reclusiones de entre tres y doce años, y uno, a muerte (se suicidó). Otro de los ex componentes de la T4 se quitó la vida durante los preliminares de su juicio, en 1965. Entre los apresados y castigados estuvo Hermann Bauer, que se hacía llamar el «señor del gas» de Sobibór: en 1950 se le condenó a la pena capital y, después de que la Alemania Federal aboliera esta práctica, se quedó en una celda de por vida y pereció en la prisión de Tegel (Berlín Occidental) en 1980. Pese a todo, unos cincuenta y siete integrantes de aquella campaña asesina (el 47 %) quedaron impunes. Según Michael Bryant, autor del más reciente y minucioso estudio sobre estos juicios, los tribunales alemanes habrían condenado a por lo menos veintiuna personas más, como cómplices de asesinato, en los tres juicios sucesivos a los guardias de los campos de Reinhard, entre 1963 y 1966, y a otro más de Majdanek, entre 1966 y 1971, si hubieran podido disponer de más testimonios presenciales, a los que aquellas cortes concedían un valor preferente. Ahora bien, donde no había suficientes supervivientes directamente relacionados con el caso que pudieran implicar a los distintos guardias en actos de crueldad o asesinato, los jueces no tenían más remedio, dada la ley vigente en Alemania Occidental, que conceder a los acusados el beneficio de la duda en su declaración de que se habían «opuesto interiormente» a las acciones nazis y no habían participado en los gaseados.

Por descontado, hubo cierta cantidad de personajes infames que no pagaron por sus actos, muchos de ellos gracias al empeño de una entidad que, como se ha visto, durante el Holocausto no destacó precisamente por ayudar de forma sostenida a los judíos: la Iglesia Católica romana. Impulsada por el punto de vista de que valía la pena ayudar a todo aliado contra el comunismo, los católicos desarrollaron varias vías de huida —en la jerga, *ratlines*—\* para los nazis y sus socios europeos.<sup>22</sup> Todos estos itinerarios salían de Alemania a través del Tirol del Sur —la zona del noreste de Italia donde se habla alemán— y luego o bien iban directamente a la ciudad portuaria de Génova o primero a Roma y luego a este puerto; desde aquí, las rutas de escape iban a la España de Franco, con entrada por Barcelona, y luego en ocasiones a la Argentina de Juan Perón, o bien se dirigían directamente a Buenos Aires. A lo largo del camino, el Comité Internacional de la Cruz Roja y la Comisión de Asistencia Pontificia —dirigida esta última por monseñor Giovanni Montini, el posterior papa Pablo VI— les proporcionaban nuevos documentos de viaje e identidad, y Giuseppe Siri, el arzobispo de Génova, se encargó de la comida y el alojamiento locales. La mayor parte del coste de la operación —unos 5 millones de dólares de la época— procedió de las donaciones involuntarias de una organización estadounidense, el Comité de Beneficencia Nacional Católica, que actuaba a instancias del cardenal Francis Spellman, de la ciudad de Nueva York.

Parte de esos fondos estadounidenses también fueron a parar a manos de un simpatizante del nazismo establecido en Roma, un obispo austríaco, Alois Hudal, que era rector de un seminario de sacerdotes de lengua alemana.<sup>23</sup> Entre los criminales de triste fama a cuya huida contribuyó Hudal figuraron Joseph Mengele y Adolf Eichmann; Gerhard Bohne, uno de los principales organizadores de la Acción T4, que acabó volviendo a Alemania sin recibir castigo por sus actos; y Eduard Roschmann, el cruel comandante del gueto de Riga, que vivió en Argentina de 1948 a julio de 1977 (la posibilidad de que lo extraditaran llevó a Roschmann a Paraguay, donde falleció al mes de llegar). Otro beneficiario de la ayuda de Hudal fue Erich Priebke, que dirigió una masacre que costó la vida a 335 italianos, durante la retirada alemana de Roma; pasó cincuenta años en Argentina antes de ser finalmente extraditado a Italia en 1995, donde se le condenó a un arresto domiciliario perpetuo, que

tuvo que cumplir en efecto hasta su muerte, en 2013, a la edad de cien años. Hudal también ocultó en el seminario a Franz Stangl, ex comandante de los campos de exterminio de Sobibór y Treblinka, hasta que este pudo escapar a Siria y posteriormente a Brasil; aquí lo detuvieron en 1967, fue extraditado a Alemania Occidental y condenado a cadena perpetua en 1970. La huida de Stangl, como la de uno de sus suplentes en Sobibór, Gustav Wagner, fue obra de otro viejo conocido nazi que trabajaba desde el seminario de Hundal: Walter Rauff, el inventor de los camiones de gas alimentados por motores. Al principio, Wagner y Rauff también fueron a Siria, pero a diferencia de Stangl, su seguridad no se vio alterada; el primero se instaló en Brasil, donde falleció en 1980, y el segundo en Chile hasta que sucumbió a un cáncer de pulmón, en mayo de 1984.

Otra vía similar emanaba de un colegio pontifical para sacerdotes croatas, en Roma, donde el padre Krunoslav Draganović consiguió canalizar hacia el Banco Vaticano los últimos fondos del brutal estado de la Ustasha y trasladar a lugares seguros en el extranjero a miles de veteranos de la Ustasha y unos pocos nazis. Dos de las figuras más infames a las que logró rescatar fueron Klaus Barbie, conocido como «el carnicero de Lyon» por su papel como torturador de las SS en esta ciudad, y Ante Pavelić, antiguo caudillo de Croacia, que había presidido la matanza de miles de judíos, sintis, romaníes y serbios. La justicia no puso las manos encima de Barbie hasta 1983, en parte porque estaba protegido tanto por las agencias de espionaje de Estados Unidos y Alemania Occidental como por una serie de dictadores bolivianos. Cuando Bolivia regresó a la democracia, en aquel año, el nuevo gobierno detuvo a Barbie y lo extraditó a Francia, donde fue condenado, cuatro años después, a cadena perpetua; murió, en efecto, en la cárcel, en 1991, por una suma de cánceres. Por su parte, Pavelić escapó a las represalias durante mucho menos tiempo, aun a pesar de que él también contó con la ayuda adicional de una agencia de seguridad occidental, en su caso la británica. La policía secreta yugoslava envió a un asesino que estuvo a punto de liquidar a Pavelić en Argentina, en 1957; después del atentado huyó a Chile y España, pero solo sobrevivió dos años a las heridas.<sup>24</sup>

Si los líderes católicos hubieran podido hacer realidad sus intenciones, aún serían más los nazis y los socios de estos que habrían logrado escapar. Pío XII suplicó clemencia repetidamente para los criminales de guerra convictos, tanto de forma general como en casos específicos. Con ello se atuvo a la teoría de la responsabilidad pastoral que había seguido durante toda la segunda guerra mundial, una teoría que el historiador Jacques Kornberg ha mostrado que daba menos importancia a condenar los pecados que a mantener abiertas las posibilidades de perdón y redención.<sup>25</sup> Los obispos alemanes, en su mayoría —también Clemens von Galen, el hombre que había levantado la voz contra el programa de eutanasia—, fueron incluso más allá y denunciaron la supuesta injusticia de los procesos por crímenes de guerra.<sup>26</sup> Lo mismo hizo el obispo (y más adelante cardenal) estadounidense Aloisius Muench, un antisemita que, como hijo de inmigrantes bávaros, hablaba alemán y actuó, por un lado, como enlace de la administración ocupante de Estados Unidos con la Iglesia Católica alemana, y, por otro, como representante del papa en la Alemania ocupada. Escribió una carta pastoral que contraponía la «ley del amor de Cristo» con la «idea mosaica del ojo por ojo».<sup>27</sup> Pero cuando el papa y varios líderes católicos de Alemania presionaron a John McCloy, el alto comisario estadounidense para Alemania de 1949 a 1952, para que conmutara la condena de Otto Ohlendorf, que había dirigido un *Einsatzgruppe* y una sección de la RSHA, la defensa resultó excesiva incluso para Muench.<sup>28</sup> Sin alharacas, pero con firmeza, aconsejó a los prelados alemanes y al Vaticano que dieran marcha atrás, porque si su posición se hacía pública, avergonzarían a la Iglesia.

Otro grupo famoso que durante mucho tiempo se ha supuesto que había permitido escapar a criminales de guerra, la Organización de Antiguos Miembros de las SS (ODESSA, acrónimo de Organisation der ehemaligen SS-Angehörigen), parece haber sido más mítico que real.<sup>29</sup> Esto no impidió que el famoso «cazador de nazis» Simon Wiesenthal diera crédito a su existencia y animara al novelista Frederick Forsyth a situar la organización —y al ya mencionado Eduard Roschmann— como centro de un absorbente superventas titulado *Odessa*. En 1974 dio origen a una película de éxito, con el mismo título, protagonizada por Jon Voight. Aunque contribuya a la vivacidad de la historia, ODESSA era la clase de fantasías que la enfebrecida

imaginación de la posguerra conjuraba, y el hecho de que no existiera ayuda a explicar por qué, a la postre, de los principales criminales nazis solo unos pocos se salieron con la suya. Una comisión de historiadores independientes, a la que a finales de la década de 1990 se le encomendó estudiar exhaustivamente las actividades de los nazis en Argentina, peinó los archivos de este país y de Europa y llegó a la conclusión de que solo entraron a la nación sudamericana 180 probables criminales de guerra y colaboradores; de ellos, un centenar eran franceses y belgas, medio centenar, croatas, y solo 23 alemanes y austríacos.<sup>30</sup> Es una conclusión creíble, a tenor de un reciente y detallado estudio del caso de Aribert Heim, un médico de las SS que asesinó a presos en Mauthausen y escapó para vivir en El Cairo hasta 1992. Los autores, dos periodistas de investigación, argumentaron que el éxito de personas como Heim, que logró evitar que lo apresaran, debió mucho más al empeño de sus amigos y familiares que al apoyo de ninguna organización.<sup>31</sup> Una peculiaridad que contribuyó a que sucediera así fue un decreto legal alemán que impedía acusar a los parientes próximos de sospechosos de haberlos ayudado e incitado a huir. En consecuencia, el entorno inmediato de la familia podía negarse a cooperar con los inspectores sin temor a castigo.

El hecho de que las potencias occidentales no obligaran a más personas a rendir cuentas fue, en parte, un efecto político de la guerra fría. Para luchar contra la Unión Soviética, Estados Unidos quería aprovechar la experiencia de algunos individuos de pasado comprometido; no solo de personas como Barbie y Pavelić, sino también de científicos como Wernher von Braun, del programa alemán de los cohetes V-2. Después de 1945, a la potencia norteamericana le parecía menos relevante la relación de Braun con el uso de trabajadores esclavos en Dora-Mittelbau que su capacidad de diseñar misiles balísticos y, con el tiempo, la nave espacial que permitió a John Glenn orbitar alrededor de la Tierra. Más en general, Estados Unidos procuró incorporar a Alemania Federal al bando occidental y la alianza de la OTAN, y entendió que dar continuidad a los procesos judiciales perjudicaba ese fin. Pero la indulgencia también fue efecto de una estrategia nacional, con la que Alemania quería construir su democracia. Konrad Adenauer, el primer líder de posguerra de Alemania Occidental, impecable en sus credenciales antinazis, creía que integrar a los ex nazis en el nuevo orden político era la

mejor forma de reconciliarlos con un sistema democrático y la alianza con Occidente. De este modo quería impedir el desarrollo de un victimismo similar al que los alemanes albergaron después de la primera guerra mundial. Así pues, solo aceptó juzgar a los agentes criminales más obvios, pero en el resto de casos prefería la paciencia y una especie de amnesia colectiva en cuanto a la intensidad con la que los alemanes habían dado apoyo al Führer y compartido sus odios. Adenauer procuró que los antiguos perpetradores y sus viudas recibieran pensiones estatales, y que algunos incluso participaran de nuevo en el gobierno alemán. Su propia mano derecha, en la década de 1950, fue Hans Globke, que había redactado el manual de implantación de las Leyes de Núremberg.

La estrategia de Adenauer tuvo bastante éxito en el ámbito político, pero en el histórico, solo de forma temporal. Desde finales de los años cincuenta, y de forma cada vez más rápida desde entonces, la presión para hacer frente a los detalles del pasado y, en algunos casos, a los propios perpetradores se intensificó claramente en Alemania Federal, mientras por un lado los propagandistas de Alemania Oriental ponían sobre la mesa el dudoso pasado de muchos cargos públicos, y las personas nacidas después de la guerra alcanzaban la madurez y empezaban a plantear preguntas dolorosas. Llegados a este momento, las instituciones democráticas del país eran lo bastante fuertes para resistir la exigencia de honradez con respecto al pasado. Desde la década de 1970, la franqueza de los alemanes con lo que su país había hecho y con la realidad del Holocausto ha formado parte de lo que ellos mismos denominan «patriotismo constitucional», y ahora tanto la capital como muchas de las grandes ciudades del país están salpicadas de monumentos que recuerdan los horrores que los alemanes fueron capaces de cometer.

La política de restitución de los alemanes hacia las víctimas del Holocausto siguió un trayecto igualmente vacilante, hasta que al final se llegó también a la aceptación. A partir de 1945, los alemanes reconocieron que debían pagar algo, en forma de restitución o compensación, por todas las penalidades causadas; pero siempre intentaron que la factura fuera lo más baja posible. Así pues, las diversas concesiones llegaron siempre como respuesta a la presión exterior, y sin más objetivo que liberar esa presión acumulada; pero en realidad la presión no se detuvo nunca y la factura final

alcanzó cifras astronómicas. Desde 1945, el pago total a los supervivientes, sus herederos y el estado de Israel asciende a más de 100.000 millones de dólares, sin contar el valor de los objetos devueltos, tales como las obras de arte.<sup>32</sup> Sin embargo, algunas categorías de víctimas se beneficiaron de un modo desproporcionado; algunas no recibieron nada de nada, porque cuando se les hizo extensiva la compensación ya habían fallecido; y si pensamos en el valor de los daños causados por los alemanes, incluso 100.000 millones de dólares es una cantidad insuficiente.

Los supervivientes que salieron mejor parados fueron los judíos alemanes que consiguieron huir del país antes del Holocausto o, de un modo u otro, sobrevivieron en territorio alemán.<sup>33</sup> De acuerdo con las normas de la ocupación aliada, así como con las leyes aprobadas por el nuevo estado Alemán en los primeros años cincuenta, estas personas tenían derecho a que les devolvieran sus antiguas propiedades —por ejemplo hogares, negocios, muebles, joyas y demás valores— o a un pago en metálico por el valor de aquellas. La indemnización total por propiedades perdidas identificables ascendía a 7.500 millones de marcos alemanes a mediados de la década de 1960 (es decir, casi 2.000 millones de dólares de la época). Los judíos alemanes cuya carrera formativa se había visto perjudicada por la expulsión del país tenían derecho a un pago único de 10.000 marcos por «daños a la educación»; a los que se apartó de la práctica del Derecho o las facultades universitarias se les concedió la pensión vitalicia propia de los que llegaban a los grados más altos de la judicatura o el profesorado. Hannah Arendt pudo vivir cómodamente en Nueva York, en parte, por estos ingresos. Durante los primeros años de este siglo, 100.000 personas repartidas por todo el mundo todavía estaban recibiendo esta clase de pagos.

Otras categorías de víctimas, si recibieron alguna cantidad, fue mucho menor.<sup>34</sup> A las organizaciones de refugiados judíos se les concedieron activos extranjeros de Alemania por valor de 120 millones de marcos, que se usaron en los años de la inmediata posguerra para ayudar al reasentamiento de los supervivientes judíos; también los beneficios de refinar y vender el oro que se había enviado a Berlín desde los campos de exterminio polacos y que, al concluir la guerra, no se había fundido. Israel recibió 3.000 millones de marcos para respaldar a los supervivientes, como resultado del acuerdo de

Luxemburgo, de 1952; la Conferencia de Reclamaciones Judías, otros 450 millones de marcos para el mismo fin. Entre 1958 y 1961, en correspondencia con la norma típica del derecho internacional según la cual los países solo pueden indemnizar a otros países, y no a personas, Alemania Federal firmó tratados con dieciséis estados europeos no comunistas, a los que proporcionó 2.500 millones de marcos para distribuir entre los supervivientes del Holocausto que residían dentro de sus fronteras.

Aunque eran cantidades importantes, se excluyó a grupos numerosos de supervivientes, en particular los de la Europa oriental. Hasta que se produjo la reunificación del país, en 1990, los alemanes occidentales insistieron en que ellos solo debían responsabilizarse de los supervivientes que cumplían dos criterios: (1) habían vivido en Alemania (definida por las fronteras de 1937) en algún momento entre 1933 y 1945 o se habían desplazado a las zonas ocupadas por los aliados occidentales, o a Berlín Occidental, entre 1945 y 1952; y (2) residían a la sazón en Alemania Occidental o un país que mantuviera relaciones diplomáticas con ella. La segunda condición descalificó a la mayoría de los supervivientes de la Europa del Este hasta la década de 1970, porque hasta entonces la mayoría de tales países solo mantuvieron lazos diplomáticos con la Alemania Oriental comunista. La primera norma, a su vez, excluía directamente a muchos supervivientes de la Europa oriental.

Una segunda gran categoría de supervivientes que quedó fuera de los planes de compensación de Alemania incluye a las personas que habían trabajado como esclavos para la industria privada alemana. Durante muchos años, los tribunales del país se negaron a condenar a las empresas alemanas a resarcir a estas personas, alegando que las compañías actuaban por orden del gobierno y que por lo tanto las reclamaciones debían dirigirse al estado, y no a las empresas. Con la intención, antes que nada, de limitar el perjuicio a su reputación en los mercados internacionales, unas pocas compañías hicieron pagos simbólicos a los antiguos trabajadores esclavizados, como un gesto, no como admisión de culpas o la obligación derivada.<sup>35</sup> El resto legal de IG Farben, junto con las compañías Krupp, Siemens, AEG y Rheinstahl, dieron a la Conferencia de Reclamaciones 51,5 millones de marcos entre 1957 y 1962, para que ayudaran aproximadamente a 15.000 judíos que se habían tenido

que azacanear para esas corporaciones durante la segunda guerra mundial; pero se tradujo, por término medio, en un pago equivalente a tan solo 850 dólares por persona. Dos décadas más tarde, Daimler-Benz y Volkswagen hicieron algo similar.

Estos dos vacíos del sistema de compensación de Alemania se llenaron en la década de 1990. El gobierno alemán empezó haciendo extensivos los pagos tanto a los supervivientes que habían huido de la Europa oriental después de 1965 como a los heridos de gravedad que aún vivían en la región. En 1999, Alemania negoció un acuerdo con Estados Unidos por el que las demandas presentadas de forma colectiva ante los tribunales norteamericanos —el intento legal de apoderarse de activos alemanes en Estados Unidos, con el fin de pagar con ellos a los supervivientes— se suspendían a cambio de la creación de un fondo que satisficiera esas reclamaciones. El fondo contendría 10.000 millones de marcos, la mitad procedentes del gobierno alemán, y la otra mitad de corporaciones privadas alemanas. Parte del dinero recogido para esta Iniciativa Fundación Alemana se destinó a trabajadores esclavos no judíos de la Europa oriental, pero 3.000 millones de marcos (unos 1.500 millones de dólares de la época) fueron a manos de supervivientes judíos para compensarlos tanto por el trabajo esclavo como por los activos monetarios confiscados, en particular las pólizas de seguros.<sup>36</sup>

En suma, la historia de la compensación que Alemania dio por los crímenes del Holocausto es ambivalente. Por un lado, Alemania —impulsada por la extraordinaria recuperación económica de la posguerra y motivada, para empezar, por el deseo egoísta de integrarse en la OTAN y la nueva Europa— accedió a pagar una indemnización general por el Holocausto que en 1945 nadie habría considerado posible. Por otro lado, el resultado se ve enturbiado por la enorme variabilidad del apoyo que dio a cada persona, más las vacilaciones y reticencias con las que el ámbito de la recompensa se fue ampliando, lo que supuso que cientos de miles de víctimas murieron antes de poder reclamarla.

Algo similar sucedió en otros países europeos. En toda la Europa oriental, por supuesto, el proceso fue mucho peor, porque los gobiernos comunistas nacionalizaron la propiedad, en lugar de devolverla, y la mayoría se apresuraron a expulsar a los judíos que habían sobrevivido. El 90 % de los

judíos que seguían en Bulgaria había emigrado en 1949; en la década de 1960 lo habían hecho casi todos los de Rumanía y Polonia. Tras la caída del comunismo, muchos de estos países establecieron requisitos de residencia y ciudadanía para la restitución de las posesiones confiscadas —en su mayor parte, bienes raíces—, lo que era más que conveniente: no tendrían que devolver nada, dado que pocos judíos deseaban volver y muchos habían perdido la ciudadanía de forma automática por la emigración.

En la Europa occidental, cierto frenesí inicial por restaurar los hogares y activos materiales perdidos no tardó en dar paso a la insensibilidad y la indiferencia, que duraron hasta bien entrada la década de 1990. Con el respaldo del Vaticano, los orfanatos y las instituciones religiosas católicas de Holanda y Francia se negaron, a menudo, a confiar los niños judíos huérfanos a otros parientes o a instituciones de la comunidad judía.<sup>37</sup> Por otra parte, los activos «sin heredero» —aquellos cuyos propietarios nunca regresaron—, y en particular miles de obras de arte, siguieron en manos de cualesquiera personas o entidades que los tenían al acabar la guerra. Solo en la década de 1990 se corrigieron las deficiencias de la posguerra. Por ejemplo, el estado neerlandés ofreció una compensación por los bonos y acciones que tras ser requisados de manos judías en la Holanda de la década de 1940, se habían vendido a ciudadanos neerlandeses; y el gobierno francés dotó una nueva Fundación para el Recuerdo de la Shoá con 2.500 millones de francos, la suma que se calculó que era el valor de las propiedades que habían sido de judíos y habían quedado sin reclamar después de la guerra.<sup>38</sup>

Suiza representó un caso especialmente extraño de restitución,<sup>39</sup> porque durante la segunda guerra mundial fue neutral, oficialmente, pero había comprado una considerable cantidad del oro saqueado por el Tercer Reich y había servido como sala de exposiciones de buena parte de las obras artísticas, pieles, joyas y efectos negociables que los nazis robaron a los judíos. Más aún, se sospecha que los bancos del país alpino se embolsaron el contenido de las numerosas cuentas «durmientes» cuyos titulares judíos perecieron en el Holocausto; la mayoría de estos valores desaparecieron secretamente en los primeros años de la posguerra. Estados Unidos suscribió con Suiza el acuerdo de Washington, de 1946, por el que los suizos prometían liquidar los activos alemanes congelados en el país, transferir la

mitad de su valor a un fondo para víctimas apátridas del nazismo y entregar una sexta parte del oro adquirido a la Alemania nazi a cambio de recuperar la condición de socio comercial aceptable. Aunque en 1946 el gobierno suizo aprobó una ley que ordenaba restituir el arte robado incluso si la compra se había realizado de buena fe, la legislación acotó mucho el intervalo de las reclamaciones y limitó su aplicación a las obras adquiridas después de 1939 en las zonas ocupadas, y no en la propia Alemania.

Durante la década de 1990, el Congreso Judío Mundial consiguió dirigir el foco sobre la implicación de Suiza con el régimen nazi, en especial en las cuestiones del oro robado, las cuentas bancarias durmientes, la producción de material bélico y la hostilidad a los refugiados. Se creó una serie de comisiones de investigación, entre la que destacó la dirigida por Paul Volcker, sobre la actitud de los bancos suizos, y otra encabezada por Jean-François Bergier sobre el tema general de las medidas y acciones emprendidas por el país durante la segunda guerra mundial. Los equipos de estudio demostraron que el número de cuentas bancarias abiertas por judíos durante la era nazi, no reclamadas después de la guerra, y luego vaciadas por los bancos a través de las comisiones, fue probablemente inferior a lo que habían afirmado los críticos con Suiza; pero que durante la posguerra los bancos suizos habían conspirado para frustrar toda investigación o pregunta al respecto. La Comisión Bergier también concluyó que la Banca Nacional Suiza había aceptado oro saqueado por el régimen nazi sabiendo cuál era su origen, y que luego caracterizó falsamente sus acciones y comportamiento, de forma repetida; en suma: que mintió al respecto.

Que todo esto se pusiera sobre la mesa contribuyó mucho a establecer los términos del acuerdo de una demanda planteada en 1999 ante un tribunal estadounidense contra UBS, la Unión de Bancos Suizos, por la que esta entidad accedió a pagar unos 1.225 millones de dólares a un fondo administrado por la Conferencia de Reclamaciones: 800 millones como restitución de las cuentas bancarias durmientes; 100 millones para compensar los activos saqueados, y otros 325 millones para los antiguos trabajadores esclavos de las compañías de titularidad suiza establecidas en la Europa ocupada o las empresas alemanas que habían depositado sus ingresos en la

banca suiza, así como para los refugiados maltratados por el país. En enero de 2005, la Conferencia de Reclamaciones había desembolsado 690 millones de dólares, en su mayor parte en las dos últimas categorías.

En retrospectiva, los intentos recurrentes de obtener compensaciones para las víctimas del Holocausto han demostrado ser tan imposibles como necesarios: imposibles, porque lo que se perdió fue en buena medida intangible e irremediable; necesarios, porque en los primeros años de la posguerra todas las naciones europeas se centraron en la reconstrucción y prestaron una atención muy insuficiente a lo que se podía devolver o pagar. Como muchos miles de víctimas murieron antes de poder recibir nada, la justicia lograda fue incompleta. Además, la monetización de la pérdida siempre es aproximada, y lo va siendo más a medida que se incrementa el intervalo entre el ataque y la compensación; y muchos de los países donde el latrocinio fue más extenso, en especial Polonia y Rumanía, aún no han asumido con seriedad su obligación.

Así pues, aun a pesar de lo elevado del gasto, todavía se abre un abismo entre lo que las personas sufrieron y lo que se les dio, y entre lo que una entidad perpetradora hizo o ganó y lo que acabó pagando por ello. Desde 1950, toda restitución o compensación ha sido un ejemplo de «justicia negociada»,<sup>40</sup> en la que las cantidades puestas a disposición tenían menos que ver con la compensación que en realidad se requería, o que en realidad merecía la criminalidad, que con la fuerza negociadora que en cada momento tenían las partes. Esto se aplica por igual a las cantidades repartidas según el acuerdo de Luxemburgo, de 1952, que a las derivadas de la Iniciativa Fundación Alemana de 2000. Las realidades políticas también explican por qué Suiza nunca ha tenido que indemnizar a nadie, ni a ninguna entidad, por los pactos que la república alpina suscribió con los gobiernos de Polonia y Hungría poco después de la segunda guerra mundial, en los que se estipuló que Suiza se apoderaría de todos los activos de los ciudadanos polacos y húngaros fallecidos sin herederos —en su mayoría, judíos— para compensar la nacionalización de las propiedades suizas en el territorio de estos nuevos regímenes comunistas.

Además, los acuerdos suscritos con las corporaciones han sido ejemplos de injusticia: las empresas compraron ventajas valiosas con el mero pago de sumas que se determinaban de forma arbitraria, sin relación con el comportamiento anterior de esas compañías; y algunas partes cuya culpa era mayor salieron, a veces, completamente impunes. La Unión de Bancos Suizos, por ejemplo, adquirió el derecho a culminar una fusión y seguir haciendo negocios en Estados Unidos a cambio de una cantidad enormemente superior al valor de todas las cuentas bancarias durmientes y los depósitos de oro que, relacionados con el Holocausto, había en los bancos comerciales del país. En cambio la Banca Nacional Suiza, receptora del 92 % de todo el oro que pasó a Suiza desde la Alemania nazi, se libró del asunto con un pago insuficiente, gracias al acuerdo de Washington, porque no tenía intereses comerciales en Estados Unidos que se pudieran ver amenazados más adelante.<sup>41</sup> Las empresas alemanas no están obligadas a contribuir a la Iniciativa Fundación, independientemente de su implicación en el trabajo esclavo u otras dimensiones del Holocausto; la cantidad de cada aportación voluntaria está ligada a las ventas anuales de cada compañía, no a su grado de culpabilidad; y participar les reporta ventajas fiscales.

Estas no son las únicas imperfecciones en la búsqueda de recompensas. Aunque los abogados de las demandas de restitución lograron que numerosas empresas alemanas abrieran sus archivos, lo que precipitó el desarrollo de muchos estudios históricos de importancia, estos abogados también difundieron muchas ideas erróneas sobre el origen y valor de diversas formas de expoliación. Los historiadores tendrán que dedicar años de esfuerzo para corregir esta deformación. Se han publicado muchas actas de demandas colectivas que han despertado la admiración, pero también requieren de correcciones; para empezar, porque varios abogados de tales procesos de restitución, y otros de la década de 1990, exhibieron más adelante una conducta profesional muy poco encomiable. Así, debido a su mal comportamiento legal o financiero, varios fueron objeto de censura, se los inhabilitó, se les obligó a dimitir o incluso se les condenó a penas de cárcel.<sup>42</sup> Por último, convenios recientes han abierto viejas heridas en el seno de la comunidad judía internacional, sobre la idoneidad de aceptar que las muertes

se indemnicen con dinero, y sobre el destino de los fondos: ¿deben ir en exclusiva a los supervivientes o, al menos en parte, a proyectos culturales judíos?

Dicho esto, cientos de miles de supervivientes y herederos se han beneficiado de la tenacidad de aquellos que no se resignaron a aceptar lo ofrecido en la primera ronda de restitución y compensaciones, en los años de la primera posguerra; al igual que con la persecución implacable de la mayoría de últimos criminales de guerra nazis, se ha logrado poner sobre la mesa una cuestión importante: que las leyes de limitación no se aplican a delitos como los asesinatos colectivos y el expolio a gran escala. Antes o después, lo reprimido emerge y, en contra de lo que afirma el proverbio legal, «justicia aplazada» no siempre es «justicia denegada».

#### MEMORIA, MITOS Y MENSAJE

El presente libro ha examinado un tema desbordado de dolor: dolor por la separación y el exilio, por la persecución y la tortura, por la degradación y el asesinato, por las cicatrices y las pesadillas de los supervivientes. Al adentrarnos en el Holocausto nos arriesgamos a sufrir una desilusión colosal con el ser humano y angustiarnos con la idea de que, en este mundo, las cosas pueden torcerse hasta un extremo terrorífico. ¿Cómo podríamos resumir qué podemos —y deberíamos— aprender al someternos a esta experiencia? ¿Qué lecciones podemos extraer, qué nos lega este tema?

Ante una pregunta tan monumental, quizá deberíamos empezar por preguntarnos por qué debemos estudiar el Holocausto. La respuesta no es obvia; muchas veces se ha criticado la fascinación de nuestra cultura con este asunto. De hecho, un superventas como *Judíos, ¿vergüenza o victimismo?: el Holocausto en la vida americana*, de Peter Novick, hizo hincapié en que la situación histórica fue tan extrema que apenas nos permite aprender nada útil sobre la conducta humana. En muchas ocasiones se ha acusado a los especialistas de este campo de «hacer negocio con la Shoá»; cursos sobre el Holocausto como el que yo mismo he impartido en la Universidad Northwestern durante muchos años han sido objeto de desdén, con el

reproche de que situamos los padecimientos de los judíos por encima de los de muchas otras poblaciones que también han sufrido terriblemente. En lo esencial, la mayoría de respuestas a tales críticas destacan que el Holocausto se diferencia de otros genocidios del siglo XX por la clase de lugar en que ocurrió (un país avanzado y en apariencia civilizado) y la causa que lo impulsó (la raza, que es el asunto más candente de nuestro propio tiempo, no solo en un país políglota como Estados Unidos, sino en general en un mundo que se está globalizando). Es necesario estudiar el Holocausto, en otras palabras, porque su ubicación e impulso resultan de todo punto relevantes para el mundo moderno.

El corolario implícito de este argumento es que el Holocausto es un precedente letal —a fin de cuentas, todo lo que ha sucedido una vez puede volver a suceder—, por lo que debemos aprender todo lo posible al respecto para ser eficaces a la hora de impedir que ocurra de nuevo. Este argumento práctico puede adquirir formas tanto universales como específicas. Algunas pruebas hablan a favor de la universalidad: se hace hincapié en que el conocimiento puede impedir genocidios, ya que el recuerdo del Holocausto movió a estadounidenses y europeos a intervenir —aunque con retraso— para frenar las masacres de Bosnia y Kosovo, durante la década de 1990. Sin embargo, los sucesos de fuera de Europa sugieren que la lección, literalmente, no ha llegado más allá. Así, por ejemplo, no tuvo ningún efecto en los acontecimientos vividos en Ruanda en la última década del siglo XX; apenas fue de más ayuda en Darfur, en la década de 2000; y hasta ahora, ha servido de muy poco en Siria, ya en la década de 2010. La variante particular de la justificación pragmática de estudiar el Holocausto —que sirve de advertencia a los judíos, para que no dependan de nadie ajeno— ha tenido consecuencias de mayor calado, pero tanto positivas como negativas. Así, ha consolidado la determinación de los ciudadanos de un estado judío en una región hostil, pero también ha reforzado la condescendencia con los judíos de la diáspora y una actitud de «estamos solos frente al mundo» que amenaza con hacerse realidad por sí misma.

Una cuestión relacionada, e importante, es: ¿cómo deberíamos estudiar el Holocausto? He intentado transmitir que, a mi entender, la respuesta es: «con cuidado y sobriedad», es decir, con una combinación de precisión y

sentimiento, sin caer en el sentimentalismo ni la santificación. Por desgracia, el propio término de «Holocausto» acarrea un componente de santificación, pues deriva de una antigua voz griega para designar una «ofrenda consumida totalmente por el fuego» (en otras palabras: un sacrificio religioso). Pero muchos de los que perecieron habrían rechazado que se atribuyera un sentido religioso a sus muertes. Para evitar esta clase de añadido semántico —o incluso de santidad— al asesinato colectivo, probablemente sería preferible emplear la palabra hebrea «Shoá», que significa «destrucción»; pero la voz también tiene una modulación religiosa debido al uso bíblico de la palabra. En todo caso, la terminología ya está asentada con toda firmeza. Aun así, confío en que los lectores de *Las razones del mal* entenderán lo sucedido como un conjunto de acontecimientos históricos que se recuperan, estudian e interpretan según los medios históricos acostumbrados. Debemos acercarnos a los datos sin horror ni cólera, si esperamos aprender algo de valor, en vez de simplemente confirmar nuestras ideas preconcebidas y nuestra superioridad moral.

El tema supone de hecho todo un reto para nuestra capacidad de comprender; pero es así por efecto de la repugnancia. Tenemos el reflejo de calificar el Holocausto de «increíble» o «inexplicable», como forma de distanciarnos y expresar el disgusto ante lo ocurrido. Sin embargo, la Shoá es comprensible de la misma manera en que lo es toda experiencia vital o humana de carácter catastrófico: con dificultad, paciencia y aplicación. Afirmar que el tema es impenetrable es perder la esperanza, abandonar, admitir que somos demasiado perezosos para una labor tan ardua y, lo peor de todo: rendirnos porque dirigir la mirada a este abismo supone todo un desafío para nuestras ilusiones más preciadas sobre nosotros mismos y los demás seres humanos. Y si renunciamos a intentar comprender por qué y cómo sucedió el Holocausto, no quedan más alternativas que creer que los asuntos humanos están regidos por el destino, el propósito divino o el puro azar.

*Las razones del mal* ha abordado el problema de la comprensibilidad dividiendo el tema en cuatro preguntas fundamentales:

1. *¿Por qué los judíos?* Porque su emancipación, en el siglo XIX, después de siglos de confinamiento residencial y laboral despertó una reacción que dio nuevo impulso y forma nueva a un odio quimérico, es decir, a la creencia de que constituían la única causa de todo lo que a otros les provocaba repulsa o temor.
2. *¿Por qué los alemanes?* Porque una crisis nacional muy grave y de múltiples dimensiones, una «tormenta perfecta» de agitación económica, política, cultural y social, posibilitó que quienes creían en ese odio alcanzaran el poder en Alemania y adoctrinaran a los demás o reforzaran su hostilidad.
3. *¿Por qué asesinar, y con aquellos medios?* Por un proceso de progresiva expansión de la búsqueda de soluciones, con una radicalización acumulativa de las medidas, dado que los intentos cada vez más crudos de «expulsar» a los judíos del territorio alemán resultaban insuficientes o de imposible aplicación, con lo que se optó por métodos de «aniquilación» cada vez más extremos.
4. *¿Por qué la erradicación de los judíos estuvo cerca de ser total, y acarrió la muerte de dos tercios de los judíos de Europa y al menos tres cuartas partes de los que estuvieron al alcance de los nazis?* Porque la indiferencia y el egoísmo, primero en Alemania y luego, durante la segunda guerra mundial, en los estados ocupados o satélites, despejó el camino para los que odiaban a los judíos; porque la logística del asesinato demostró ser sencilla, y se financiaba por sí sola; porque la fase de mayor ferocidad coincidió con la de los grandes éxitos militares de Alemania; y porque la mayor parte de la masacre se produjo cuando los países aliados contra el régimen nazi no estaban en condiciones ni de observarla ni menos de impedirla.

En el proceso, hemos rebatido, o al menos puesto en duda, una serie de mitos. Hace unos años desarrollé una conferencia sobre la gran brecha que se ha abierto entre lo que los especialistas saben sobre el Holocausto y lo que buena parte de la opinión pública cree. No fui el único que detectó el problema. Paul Levine también ha percibido una «brecha» cada vez más amplia «entre el saber académico y el recuerdo público», que ha calificado,

con un juego de palabras, como un auténtico «choque entre la “ciudad” y la “universidad”». <sup>43</sup> Mi charla enumeraba nueve mitos e ideas erróneas sobre el Holocausto, muy difundidos, e intentaba rebatirlos. Recogeré aquí las primeras ocho afirmaciones falsas y podrá verse que buena parte del presente libro se ha dedicado a intentar refutarlas.

Uno: el antisemitismo fue esencial o decisivo para que Hitler ascendiera al poder. No fue así. Su persistencia erosionó y socavó el sentimiento de solidaridad entre los alemanes judíos y los no judíos, pero la convicción de que existía una conspiración judía internacional y era necesario «expulsar» a los judíos del estamento político nunca fue en Alemania lo bastante poderosa o general como para impulsar a Hitler hasta la cancillería. Sin la Gran Depresión, y sin la connivencia de los líderes conservadores, que esperaban utilizar a Hitler para sus propios fines, este no habría alcanzado el poder.

Dos: Hitler planeaba matar a los judíos desde su primer día en el cargo, si no antes. Hasta donde los historiadores pueden saber, no. En la ideología nazi siempre se incluyó, de forma implícita, la posibilidad de una masacre, pero solo de forma gradual se fue convirtiendo en una orientación semiexplícita del estado Alemán: de resultados del choque entre la matemática étnica de la voluntad de hacerse con más «espacio vital» y la convicción de Hitler de que no podría obtener la victoria militar si los judíos no desaparecían de sus dominios.

Tres: los Aliados podrían haber hecho mucho más para impedir la matanza, una vez que se inició. Si tenemos en cuenta dónde y cuándo se produjo la mayor parte de la carnicería —en el cuadrante nororiental del continente europeo y en los dieciocho meses posteriores a la invasión de la Unión Soviética, cuando el Reich estaba en una ofensiva continua y obtenía un triunfo tras otro—, no podían. Según ha puesto de manifiesto David Cesarani, <sup>44</sup> los adversarios de Alemania solo podrían haber reducido de forma notable la masacre si los británicos o los soviéticos hubieran perdido la guerra en 1941, lo que habría mantenido abierta la posibilidad de deportar a los judíos a otros países, o bien si los Aliados hubieran derrotado al régimen nazi entre 1942 y 1943, lo que ciertamente no estaba en sus manos.

Cuatro: una mayor resistencia de los judíos, activa o pasiva, habría podido reducir considerablemente la cifra de muertos. La afirmación no es realista. Tal conducta habría requerido de los judíos una clarividencia casi inimaginable, un nivel de solidaridad mutua entre ellos casi igual de inimaginable, y un equilibrio de fuerzas, entre los judíos y sus captores nazis, muy distinto al que de hecho hubo.

Cinco: las actitudes populares hacia los judíos, más que los intereses y las estructuras políticas, fueron los principales determinantes de la supervivencia. En su conjunto, no. Si los no judíos se hubieran atrevido a ayudar más, los supervivientes habrían sido más numerosos; pero ni de lejos tantos como los que conservaron la vida por efecto de los cálculos cínicos, políticos o personales, de los regímenes colaboracionistas de Europa.

Seis: el Holocausto desvió recursos que Alemania podría haber destinado a su empeño militar, con lo que este se debilitó de varias formas importantes. No, el efecto fue muy escaso. Alemania envió más trenes diarios a las zonas donde se puso en escena la Operación Barbarroja, es decir, la invasión de la Unión Soviética —mediado 1941, eran 2.500 trenes cada día—, que los desplegados por las SS para transportar a los judíos a los campos durante todo el Holocausto: 2.000 trenes, en total.<sup>45</sup> Es evidente, por lo tanto, que las deportaciones no sobrecargaron la capacidad ferroviaria del Reich. La dependencia alemana del trabajo forzoso y esclavo habría sido exactamente igual de caótica, ineficiente e insuficiente si se hubiera retenido a los judíos asesinados, tanto como demostró serlo sin ellos.

Siete: el impulso principal del sistema de trabajo esclavizado fue la avaricia. No fue así. Fue la creación de un régimen que carecía de la población necesaria para sostener la guerra colosal en la que Alemania se había embarcado, así como de la imaginación y generosidad precisas para atraer a otros europeos a su causa.

Ocho: la mayoría de los grandes perpetradores del Holocausto sobrevivió a la segunda guerra mundial sin castigo. De hecho, en su gran mayoría, los más viles ya habían muerto en 1945 o fueron apresados y condenados en juicios justos poco después. Sin duda, los alemanes y los vencedores de la segunda guerra mundial podrían haberse esforzado más para atrapar a los asesinos que lograron huir, y podrían haberse mostrado más

insatisfechos con un castigo que se centró en quienes dieron las órdenes pero pasó bastante por alto a quienes las ejecutaron en los campos y las unidades de fusilamiento. Aun así, después de 1945, se exigió responsabilidades a los culpables del Holocausto, más que en ningún otro caso de genocidio moderno.

En un momento u otro, los capítulos de *Las razones del mal* han expuesto pruebas detalladas que refutan todas esas aseveraciones. Sin embargo, no confío en que los mitos desaparezcan. En ocasiones, el trabajo histórico consiste en jugar una partida tras otra en las máquinas de aplastar topos.

Hasta aquí, sin embargo, este libro ha hablado poco sobre la novena idea falsa muy extendida. Se trata de la afirmación —asociada con obras muy leídas de Zygmunt Bauman y Detlev Peukert— de que el Holocausto fue un producto de la modernidad y una demostración de los peligros de esta. La imagen imperante es la del asesinato mecanizado, que simbolizan las constantes referencias a las «fábricas de la muerte». Sin embargo, aunque Auschwitz fue una cadena de desmontaje humano, se parecía más a un matadero del siglo XIX que a una planta de producción moderna; y los otros centros de exterminio (con la excepción parcial de Majdanek) eran estructuras sin ninguna entidad material. La mayoría de los campos mataban con un artilugio bastante simple e industrialmente primitivo: un motor de gasolina. Incluso la designación de las futuras víctimas se emprendía a la antigua: creando listas de deportados con tinta sobre papel, una tarea que, si se llegaba a hacer como tal, se solía delegar en las organizaciones judías de la Europa occidental y Alemania, y en los Consejos Judíos de los guetos. En la Rusia y la Ucrania ocupadas, sencillamente, los lugareños que no eran judíos señalaban a los judíos. Por último, casi la mitad de los asesinatos se produjo al dejar morir de hambre o exponer a los presos a cachiporrazos o fusilamientos individuales; en suma, se recurrió a medios bastante toscos.

Tampoco es precisa la identificación del Holocausto con la modernidad, en su variante más general: la idea de que el mundo moderno aspiraba a disponer de los medios necesarios para emprender una ingeniería social de enorme alcance, y que el Holocausto representaba esta aspiración hecha realidad. La ambición de aniquilar a grupos enteros no es específicamente

moderna: es un objetivo tan antiguo como el exterminio israelita de los amalequitas, o el romano de los cartaginenses, dos procesos que, pese a haberse realizado con las armas del fuego y la espada, fueron aún más completos que el asesinato de los judíos a manos de los nazis. Más aún: la pseudociencia que dotó de un barniz supuestamente moderno al intento de purificación racial —la eugenesia— era, de hecho, una antítesis de la modernidad. Consistía en aplicar a la sociedad humana los métodos de la cría animal, con el argumento de que las personas se pueden y deben criar como caballos de carreras, y las nacionalidades se pueden y deben considerar como razas animales. El racismo nazi arraigaba antes que nada en el mundo agrícola, no el industrial, y en una interpretación de la genética próxima a la de los tiempos medievales o premodernos. Para colmo, desde el punto de vista científico, la eugenesia era un fraude. Lejos de ser moderno ni en su concepción ni en sus medios, el Holocausto fue un estallido de primitivismo extraordinario, el producto esperable de una ideología que entendía que toda la vida está gobernada por la ley de la jungla. Dan Stone lo ha expuesto con sagacidad: «La modernidad no fue la fuerza motriz del Holocausto, sino su escenario».<sup>46</sup>

Por último, indudablemente, el mayor mito sobre el Holocausto es otro del que *Las razones del mal* no se ha ocupado aún: la afirmación de que nunca sucedió. Este libro no se puede cerrar sin plantear cuán ridícula es la idea y por qué se sigue planteando. Sobre su carácter ridículo, para empezar hay que hacer hincapié en que el Holocausto es, simplemente, uno de los acontecimientos mejor documentados en la historia del mundo. Desde luego, hasta llegar a un panorama tan completo como el que hoy está a nuestra disposición, los historiadores han tenido que investigar durante varias décadas y, con el paso del tiempo, las interpretaciones han ido evolucionando de acuerdo con el estado del conocimiento. A fin de cuentas, los perpetradores se esforzaron sobremanera por destruir las pruebas de lo que habían hecho, aunque por fortuna el volumen era tal que no las pudieron borrar por completo. Así, por citar los ejemplos más significativos: aún disponemos de muchas listas de pasajeros de los trenes de la deportación; los archivos de muertes de los prisioneros de Auschwitz y Mauthausen; algunos recibos de las compras de Zyklon; la mayoría de los informes donde los

*Einsatzgruppen* detallaban y categorizaban a los muertos; fotos de las pertenencias de las víctimas amontonadas en Babi Yar, Łódź y Birkenau; las actas de la conferencia de Wannsee; el cálculo de Höfle con la cifra de muertos de los campos de Reinhard; el informe de Richard Korherr, estadístico de las SS, de la primavera de 1943, sobre el alcance de la Solución Final hasta la fecha; un vinilo con la grabación del discurso de Himmler en Posen, en 1943; los extensos diarios de Joseph Goebbels; los diarios de Alfred Rosenberg, algo más episódicos; o las confesiones de posguerra de Rudolf Höss y muchos otros asesinos, entre otros cuantiosos materiales.

Sin embargo, un grupo de negacionistas vociferantes insiste en sostener que las cámaras de gas no existieron, que durante el Tercer Reich no se produjo un genocidio, que durante la segunda guerra mundial murieron pocos judíos (y aún como efecto indirecto de los combates), que pruebas como las mencionadas arriba son falsas o el fruto de coaccionar a los testigos, y que los judíos y comunistas se inventaron el «bulo» del Holocausto al concluir la segunda guerra mundial con la intención de desacreditar a Alemania, obtener dinero de este país y aumentar el apoyo a la existencia de un estado judío en Palestina. Estos negacionistas —que se hacen llamar «revisiónistas»— se disfrazan con los adornos de la academia, pero sus argumentos insostenibles se parecen tanto a las teorías de la conspiración que animaron el antisemitismo del siglo XIX que se les ve el plumero: es obvio que la fuerza impulsora de su negación no es otra que el antisemitismo.

Un juez británico examinó las afirmaciones de David Irving —quizá el principal negacionista del Holocausto durante las últimas décadas— durante un juicio celebrado en el año 2000, por una causa de libelo, y determinó que eran una falsificación deliberada de los datos históricos.<sup>47</sup> Más recientemente, *Eichmann Before Jerusalem*, de Bettina Stangneth, ha demostrado cómo un grupo de exiliados y simpatizantes del nazismo, en Argentina, reunieron la mayor parte de los argumentos centrales del negacionismo y los publicaron, con pseudónimo, en una revista de emigrantes titulada *Der Weg/El sendero*, en 1954. El artículo, «Por las carreteras de la verdad», atribuido a un periodista estadounidense ficticio, Warwick Hester, que los revisionistas afirmaron luego que era un no menos imaginario «jurista estadounidense, Stephen F. Pinter», aún circula por

internet. Stangneth lo considera «la fuente principal» de quienes niegan el Holocausto.<sup>48</sup> Debatir con quien da crédito a este absurdo resulta inútil, porque la verdadera fuente de sus creencias no son pruebas ni razonamientos, sino fantasías circulares e incorregibles sobre la malevolencia y el poder de los judíos.

Un excelente libro de Eva Hoffman, hija de supervivientes del Holocausto, se titula *After Such Knowledge*, y para concluir *Las razones del mal* quisiera integrar ese título en una pregunta: ¿qué deberíamos hacer, «después de saber todo esto»? ¿Qué consecuencias acarrea todo lo que hemos aprendido sobre el Holocausto? Pocos temas parecen exigir más que se intente establecer su «significado» o «mensaje» y, a la vez, pocos temas harán que la persona que intenta formular tales conclusiones sienta más desasosiego con el resultado. Raul Hilberg comentó en más de una ocasión que le inquietaba plantear las grandes cuestiones derivadas de la Shoá por el temor a dar respuestas que no estuvieran a la altura. Pese a todo, aunque debemos emprender la tarea con suma cautela, ¿podemos extraer conclusiones generales de nuestro análisis de estos acontecimientos terribles?

Entiendo que sí, pero antes de intentarlo, quisiera destacar tres rasgos de nuestro mundo que han experimentado una transformación profunda desde el final de la segunda guerra mundial, lo que afecta a la posibilidad de que se produzcan nuevos estallidos de antisemitismo.

En primer lugar, el mundo europeo de la primera mitad del siglo XX quedó atrapado en una especie de guerra civil entre unas ideologías que primaban el individualismo, el debate y la realización personal —por ejemplo el liberalismo, el gobierno representativo y la empresa libre— y otras que daban prioridad al colectivismo, la obediencia a los objetivos de grupo y la sumisión a la autoridad: entre ellas el fascismo, el nazismo, el comunismo y, por entonces, la mayoría de variantes del cristianismo. Muchos de los peligros que los judíos corrieron se derivaron de la forma en que fueron utilizados en este conflicto, como símbolos del individualismo o la riqueza o el comunismo o el librepensamiento y el ateísmo. Esos días, en gran medida, han quedado atrás. Las naciones occidentales son hoy, casi todas, individualistas, laicas y capitalistas. Es difícil retratar a los judíos como una amenaza porque las ideologías que se asociaban con ellos o bien han

triunfado y se han convertido en la norma general o, en el caso del comunismo, se han hundido. Esto no significa que el antisemitismo haya desaparecido; solo que, por el momento y en el mundo occidental, ha quedado sumido en una gran impotencia.

Otras partes del mundo, no obstante, son otra cuestión. Allí donde el individualismo, el pluralismo étnico o religioso y la empresa todavía se consideran como elementos foráneos o ideológicamente sospechosos, los judíos y otras minorías continúan en peligro, y las infames mentiras de los *Protocolos de los dabios de Sion* siguen circulando y aún se les da crédito. Así ocurre actualmente en Rusia y muchos países de mayoría musulmana, al igual que entre los emigrantes no judíos que han salido de esos países. Como en la Europa central y oriental de los siglos XIX y XX, en el resto del mundo, hoy, la seguridad de los judíos —y en general las minorías— es más vacilante allí donde los valores liberales de la tolerancia, coexistencia y apertura a los cambios son más débiles. Para impedir otros Holocaustos, por lo tanto, no basta con combatir el antisemitismo; también se debe luchar en defensa de estos valores más generales, y no solo en nuestro propio país. Este es uno de los conceptos clave de la tan denostada Unión Europea, que ha insistido en imponer a los nuevos candidatos a ingresar en sus filas la condición previa de que mejoren la protección de los derechos de las minorías, en particular de los homosexuales y los romaníes. En un mundo cada vez más globalizado, la obligación de combatir y reducir la intolerancia y el provincianismo es un asunto cada vez más global.

En segundo lugar, en la actualidad se está atacando —incluso en la Europa occidental y Norteamérica— lo aprendido después de 1945 sobre el mundo que generó el Holocausto y las contramedidas que se adoptaron al respecto. En unos tiempos económicamente difíciles, Europa experimenta un resurgir del nacionalismo, que se expresa en hostilidad a los extranjeros (en particular los inmigrantes y los burócratas de la Unión Europea) y una reducción del estado del bienestar (con la excusa de reducir las deudas). La situación actual de la política griega y húngara nos da una idea de qué podemos esperar si estas tendencias continúan en ascenso: el auge de los partidos neofascistas y un embrutecimiento en los objetivos a los cuales los jóvenes, y a menudo desempleados, aplican sus energías. El antisemitismo,

recuérdese, asciende y decae en relación inversa con la evolución del mercado de valores. Más aún, tanto en mi propio país como en Europa, la desigualdad económica está creciendo, y los defensores de una determinada versión del capitalismo de libre mercado pierden de vista, cada día más, el contrato que la mayoría de las naciones occidentales suscribieron con sus poblaciones en respuesta a la segunda guerra mundial. Según este acuerdo, los ciudadanos abandonarían los extremismos políticos y, a cambio, el estado sería garante tanto de la seguridad nacional como de los servicios básicos. El comunismo y el fascismo fueron productos de sociedades en las que la distribución de la riqueza y las oportunidades era extraordinariamente desigual y, en la posguerra, los arquitectos de la unificación europea y las redes de seguridad social sabían que reducir la desigualdad era una condición previa ineludible para la paz social. Cuando los gobiernos dejan de cumplir su parte del contrato, invitan a los ciudadanos a omitir la propia; en este contexto, ninguna minoría (y quizá ninguna democracia) está a salvo. Por eso, la clase de retórica política que divide a las personas en dos categorías, la de los que «pagan impuestos» y la de quienes «cobran ayudas» (a menudo, dando a entender que en el segundo grupo la gran mayoría son inmigrantes) supone regresar —con grave inconsciencia e ignorancia— a una era sumamente destructiva.

En tercer lugar, en los últimos sesenta años contamos con otro nuevo motivo de inquietud. Irónicamente, se trata de la existencia de un estado judío. En nuestros días, la hostilidad a la presencia y las políticas del estado de Israel tiende, en algunos lugares, a desembocar en una hostilidad general contra los judíos y el renacimiento de estereotipos crueles sobre ellos. Así pues, en Europa (y, aunque en menor medida, en Estados Unidos) el antisemitismo tiene la posibilidad de crecer; se asienta la tentación de describir a los judíos, una vez más, como seres extraños con metas y prioridades distintas a las de sus conciudadanos. Esto se debe a que se ha abierto una brecha entre los intereses y las sensibilidades de Europa y de Israel.

Para los no judíos de Europa, la principal prioridad en el Oriente Próximo no es la supervivencia de un estado judío; los objetivos supremos son la tranquilidad política, el acceso al petróleo, y que el desarrollo

económico de la región sea suficiente para que su población —florecente y con gran cantidad de jóvenes— no desborde a la europea, que, por el contrario, declina y envejece. Los europeos judíos preferirían que el problema de quién controla qué partes de lo que antaño era Palestina desapareciera de la mesa, porque el asunto no solo representa una amenaza bélica a las puertas del Viejo Continente, sino que además engendra disturbios y militancia entre los millones de inmigrantes musulmanes ya establecidos en Europa. En cambio, muchos judíos europeos y estadounidenses, por razones tanto emocionales como prácticas —que incluyen tanto el recuerdo del Holocausto como la idea de que Israel sería un último recurso necesario en el caso de nuevas erupciones de antisemitismo—, entienden que esa indiferencia resulta inadmisibile.

Esta discrepancia de intereses alberga el peligro de que surjan demagogos que acusen a los judíos de mantener una lealtad doble, de forma que pueden arrastrar al conjunto de su nación a conflictos en los que, en realidad, esa nación se juega menos que el colectivo de los judíos. De ocurrir así, se creará una situación similar a la que se dio en los años treinta; los antisemitas tendrán margen para prosperar, y la fuerza de los valores inclusivos y liberales se verá sacudida por amenazas poderosas. En otras palabras, la existencia de un estado judío, en particular si los segmentos más aislados de la población interpretan papeles cada vez más decisivos, representa un peligro para los judíos de otros lugares, y no solo un beneficio. En 2003, Tony Judt, un distinguido historiador de origen judío, abrió un debate explosivo al preguntar en la *New York Review of Books*, implícitamente, si Israel es bueno para los judíos; y responder, más o menos, que no.<sup>49</sup> Peter Beinart, autor de *The Crisis of Zionism* («La crisis del sionismo») y, a su vez, judío ortodoxo, ha ocupado en la actualidad el lugar de Judt a la hora de señalar la divergencia que separa muchas de las prácticas de Israel de los valores liberales que protegen a los judíos en otros lugares del mundo, e insta a los judíos a afrontar las consecuencias de esta discrepancia por razones tanto de principio como de prudencia.

En suma: las condiciones actuales son distintas —por un lado inquietantes, por otro esperanzadoras— de las que produjeron el Holocausto. En tal estado de cosas, los que gozamos de la suerte de vivir en sociedades

relativamente libres, ¿qué consecuencias debemos extraer hoy de lo aprendido? Creo que el Holocausto aporta dos lecciones relevantes para las minorías, en Estados Unidos en general, y para los judíos en particular.

La Primera Lección es: Estén alerta, pero sin miedo. En el futuro inmediato no es de prever que se pueda erradicar por completo el antisemitismo; su historia es demasiado larga, la cara oscura del aislamiento y las fricciones sociales normales es lo bastante poderosa para que no desaparezca. Pero el antisemitismo no siempre es peligroso: posibilitó el ascenso de Hitler, pero no le llevó a la victoria. Una ironía de la historia del antisemitismo es que la ideología que tildaba a los judíos de parásitos no ha pasado nunca de ser parasitaria. Para imponerse, necesita a un huésped a cuya costa pueda vivir: un sentimiento generalizado de crisis y victimización que, en teoría, justifica la agresión como represalia. Este es el requisito indispensable para que se extienda la demonización de los judíos como causa de todos los males; la presencia de esta clase de crisis tan profunda es lo que llevó a Hitler al poder.

Podríamos alegar que la Gran Recesión de estos últimos años ha representado una prueba muy dura para Estados Unidos, pero también ha puesto de relieve que el afán demonizador no puede imponerse en este país, por una serie de razones. En primer lugar, tenemos el ejemplo del Holocausto, que nos advierte de qué ocurre cuando esa demonización triunfa. Si la enseñanza del Holocausto tiene algún valor profiláctico, probablemente radica en que modera los impulsos de atacar a los judíos y multiplica el número de anti-antisemitas. En segundo lugar, el mayor acceso a la educación —y a conceptos de causalidad más complejos— quizá ha contribuido a ampliar la resistencia a las culpabilizaciones simplistas. Por mi parte, confío en que sea así. En tercer lugar, nos beneficiamos de la libertad de los medios de comunicación, que pueden denunciar la falsedad de los tópicos; sin embargo, esta protección tal vez está menguando por efecto de la fragmentación de los canales de noticias y segmentos de mercado en campos cada vez más aislados. En cuarto lugar, y por encima de todo, la diversidad interior de la cultura estadounidense protege a la sociedad contra la demonización. Ya no contamos con ningún grupo étnico o religioso dominante; en cierto sentido, todos somos miembros de una u otra minoría.

De resultas, muchos de nosotros, quizá la mayoría, deberíamos comportarnos —y a menudo lo hacemos— como aquellos grupos que, durante el Holocausto, debido a su propia condición minoritaria, mostraron simpatía por los judíos.

Sopesemos qué NO ha sucedido, en relación con los judíos, en los años más recientes de la historia de Estados Unidos. En el corazón de tres de los escándalos de corrupción más sensacionales de los últimos tiempos ha habido tres judíos: Andrew Fastow en Enron; Jack Abramoff en los sobornos de los *lobbies* a los congresistas; y Bernard Madoff, que ha perpetrado el mayor esquema Ponzi nunca conocido. También eran judíos, en su mayoría, los jefes de los grandes bancos y agencias de bolsa que vendieron una cantidad tan imprudente de contratos de derivados y titulizaciones hipotecarias que acabaron provocando la última gran crisis financiera. Sin embargo, salvo cierto número de sitios web neonazis, nadie ha tenido la estúpida ocurrencia de sostener que tales personas representan a los judíos estadounidenses; no ha surgido ningún movimiento político centrado en reformar Wall Street «limpiando» de judíos la bolsa y la nación. Hemos avanzado mucho desde los casos de Strousberg y Panamá, de finales del siglo XIX.

Algunos comentaristas han observado que, entre los defensores de la guerra de Irak —tan innecesaria como enormemente costosa— predominaron los judíos, con figuras como Paul Wolfowitz, Scooter Libby y el ex senador Joseph Lieberman. Algunos han querido dar a entender que su papel se explicaba por el deseo de proteger Israel; ha habido cierta polémica, poco vocinglera, sobre el supuesto poder de los grupos de cabildeo proisraelíes, tales como AIPAC (Comité Americano-Israelí de Asuntos Públicos), a la hora de evitar que en Estados Unidos se debatiera sobre la política de Israel en los territorios ocupados. Pero la conversación se ha desarrollado sin violencia ni virulencia. Lo que es más importante: no ha emergido ningún movimiento político que presente la conducta de nadie como expresión de errores y creencias que, en lugar de ser personales, correspondieran a toda una categoría.

Analicemos también la situación de la minoría estadounidense que, en diversos sentidos, más se puede comparar a la de los judíos en Alemania antes de 1933: los homosexuales. Ellos también niegan creencias

fundamentales, en este caso sobre los roles de género; su presencia también se da en números lo suficientemente bajos para que sea fácil atacarlos; también se los ha retratado como degenerados y corruptores (la Biblia contiene pasajes a los que se recurre a menudo para estigmatizar a los gais, al igual que solía citarse el Evangelio de san Juan y el Servicio de Pascua para estigmatizar a los judíos); también se les desprecia simultáneamente porque en teoría mantienen una solidaridad de grupo a la vez que intentan fundirse con los demás; y, sobre todo, también es habitual que se les retrate como una amenaza —por los abusos sexuales y el SIDA, igual que se asoció a los judíos con el «libelo sangriento» y la peste— y se les acusa de ser personas sucias que subvierten y mancillan el matrimonio al intentar contraerlo. Pese a todo, en Estados Unidos no se ha consolidado ninguna imagen «quimérica» de los homosexuales, y la resistencia al supuesto «programa homosexual» parece estar perdiendo incluso su función primaria de congregar a la derecha religiosa desde que dejó de hacerlo el «comunismo ateo». La que se hacía llamar «defensa del matrimonio», y la hipócrita y cruel política del «Prohibido preguntar, prohibido decir» han desaparecido.\*

Sin embargo, sería temerario esperar que la intolerancia se evaporase como si no hubiera existido nunca. Fijémonos en cómo el sentimiento contra los inmigrantes, que en buena medida se hace eco de la retórica del movimiento *Know Nothing* (un partido político del siglo XIX), ha resurgido en Estados Unidos en los últimos años, dirigido ahora no contra los irlandeses, italianos y judíos, sino contra los latinos, musulmanes y personas de color. Se tardará un tiempo en dejar atrás esta clase de feas repeticiones del exclusivismo estadounidense, pero acabará ocurriendo, igual que ha ocurrido siempre en el pasado, por la simple fuerza de los números. Así pues, la primera lección que el estudio del Holocausto ofrece a todas las minorías de la sociedad estadounidense es: «Estén alerta, pero sin miedo». En Estados Unidos sigue existiendo una tendencia general hacia el pluralismo, la libertad y el derecho jeffersoniano a la «búsqueda de la felicidad», que cada cual debe poder emprender según le plazca. Todos tenemos la responsabilidad de procurar que la tendencia continúe: lo contrario es la opresión, el estancamiento y la homogeneidad que el nazismo ensalzaba.

La Segunda Lección del Holocausto para los grupos minoritarios de Estados Unidos, y los judíos en particular: Sean independientes, pero no aislacionistas. Esto significa tener cuidado con dos palabras muy peligrosas y habituales en nuestros días: «memoria» e «identidad». Tendemos a glorificarlas, una y otra, con promesas como «nunca más» o «nunca olvidaremos» y afirmaciones de nuestra herencia o lealtades antes de decir nada. Pero ambas prácticas tienen sus inconvenientes. Podría parecer extraño —o incluso herético— que un historiador escriba, como haré yo ahora, que en todas las culturas como en todas las vidas puede existir un exceso de memoria. Tanto recuerdo puede bloquear el aprendizaje, el cambio y la confianza. Echar siempre la mirada atrás, se diría, puede justificar una amargura incesante y autorizar el fatalismo. Sin embargo, según escribió en cierta ocasión Susan Sontag: «La paz pasa por el olvido».<sup>50</sup> Suponer de entrada que el futuro siempre se parecerá al pasado, que las personas que me odiaban siempre me odiarán, provoca a menudo por sí mismo la confirmación de lo temido. George Mitchell —el arquitecto del acuerdo de Viernes Santo, que llevó la paz a Irlanda del Norte— recoge en sus memorias que, en vísperas del pacto, el 83 % de los presentes consideraba imposible resolver la guerra civil.<sup>51</sup> En ocasiones, en la vida, resulta sumamente valioso no quedar encerrado en las expectativas del pasado, como hizo Mitchell. No siempre, por descontado; uno de los propósitos de estudiar historia es aprender a detectar la diferencia.

Aparte está el problema —en todas las culturas, como en cualquier vida— del exceso de orgullo por cuanto los nuestros han sido y son en la actualidad, antes que por lo que pueden conseguir en concierto con otros. La historia del Holocausto sugiere que las minorías están en peligro cuando dependen en demasía de terceros —dado que estos podrían guiarse por el propio interés—, pero a la vez que aislarse de los demás también comporta sus riesgos, quizá no inferiores. Los grupos, como las personas, no pueden aspirar a realizar sus fines en solitario; necesitan amigos.

Además de las dos consecuencias apuntadas con especial relevancia para los miembros de grupos minoritarios, creo que estudiar el Holocausto tiene sentido en general para todos los ciudadanos, tanto si pertenecen a minorías como si no, en particular en tres aspectos. En primer lugar, el Holocausto

demuestra que es muy importante evitar las causas externas («situacionales»). La capa de la civilización es fina; el imperio de la ley es frágil; una y otra exigen, como condición previa, la tranquilidad política y económica. Ello quiere decir que la política es relevante y que todos nosotros, del primero al último, debemos contribuir a lograr que la acción de los gobiernos sea responsable. El nazismo derivaba del racismo alemán, pero la ideología nazi nunca habría llegado a dirigir la política germana sin la presencia de una crisis económica, nacional e ideológica que favoreció la demagogia y la irresponsabilidad. En una sociedad decente todos debemos dar prioridad a no contribuir al desarrollo de tales crisis o tal clase de respuestas. Recordemos que la cantidad de alemanes que se hicieron antisemitas porque se hicieron nazis fue superior a la de quienes vivieron el proceso a la inversa. Algunos pasaron al nazismo antes de 1933 por la situación de caos e *impasse* que vivía el país, muchos lo hicieron más tarde porque los nazis parecían desempeñar el poder con un éxito notable.

He pensado a menudo que una de las grandes injusticias de los juicios de Núremberg fue que Franz von Papen, el hombre que más se esforzó por que Hitler fuera elegido canciller de Alemania, salió indemne porque de hecho él no había cometido ningún crimen de guerra. En efecto, fue así, pero no es menos cierto que Papen posibilitó la realización de todos los crímenes de guerra. El tribunal sostuvo que un error político no puede considerarse punible, y debo conceder que es así. Pero los historiadores aciertan al vilipendiar a Papen, cuyo nombre siempre resultará odioso. Lo mismo cabe afirmar de los banqueros y financieros cuya imprudencia causó la crisis bursátil de 1929 y, dos años más tarde, el hundimiento de los bancos de Alemania. Al igual que Papen, son el recordatorio permanente de que nuestra primera responsabilidad como ciudadanos —sea cual sea nuestra posición en la sociedad— es no hacer daño. Esto no equivale a una doctrina de la pasividad. *Las razones del mal* ha puesto de manifiesto que no hacer nada puede suponer hacer mucho daño. Es por lo tanto una doctrina activa, basada en la seriedad, la prudencia, la contención y la generosidad. No fueron estos los rasgos principales de Franz von Papen, como no lo fueron tampoco de los

genios económicos de la Alemania de los años veinte —ni lo han sido a su vez, en lo que a esto respecta, los de Estados Unidos durante la primera década del presente siglo.

En segundo lugar, el Holocausto es un ejemplo de la importancia esencial —y la enorme dificultad— de la imaginación y el valor personales. Esta historia terrible pone de manifiesto que es necesario plantar cara a los defensores de la categorización y las conspiraciones; que no podemos volver la cara, o hacer oídos sordos, ante la difamación. Es inaceptable que se tracen diferencias entre los ciudadanos, en lo que atañe a los derechos humanos fundamentales; no vale entrar en sutilezas sobre para quién son válidos y para quién no. En realidad son los derechos de las personas a las que tememos o que nos desagradan, porque son ellos quienes los necesitan. Pero esta historia espantosa también pone de manifiesto que hacer lo correcto puede acarrear costes que se multiplicarán porque la mayoría se negará a satisfacerlos. Así pues, no es suficiente con el coraje; para enfrentarse al mal también son indispensables el ingenio, la astucia, la agudeza de juicio, la persistencia y la creatividad. La resistencia nunca es fácil y casi nunca es cómoda; para mantenerse en pie cuando a uno le desafían, hay que practicar la compasión. Estar a la altura del reto empieza por negarse a dejarse atemorizar, a lo que sigue estar alerta a las oportunidades. Según el filósofo Philip Hallie —que hace varias décadas escribió un vigoroso estudio sobre los habitantes de Le Chambon-sur-Lignon—, su líder principal, el pastor André Trocmé, «creía que si eliges plantar cara al mal, y lo eliges con firmeza, irán surgiendo formas de llevar a cabo la resistencia. Este carácter del pastor imbuyó de carácter a los demás».<sup>52</sup>

En tercer lugar, el Holocausto demuestra que es del todo necesario conservar la distinción esencial entre los fines y los medios. El pensamiento antinómico —la idea de que las restricciones morales no se nos aplican porque nuestras metas se caracterizan por su especial nobleza o necesidad— es la tentación fatal que los nazis brindaron con la nefasta voluntad de presentar sus acciones como racionales. Es una idea endémica, que siempre se alimenta del miedo. En tiempos de crisis extrema, la historia del Holocausto demuestra que se puede lograr que los compromisos morales más profundos de una persona —por ejemplo con la familia, su credo religioso, la

comunidad, el país, las organizaciones, el partido y los principios— parezcan racionalizar que se cometa un gran daño; pueden, por lo tanto, ser objeto de una grave corrupción. Franz Neumann, uno de los pioneros en el análisis del nacionalsocialismo, destacó que este era capaz de «envolver cualquier perfidia con un halo de idealismo».<sup>53</sup> Los espantosos sucesos del Holocausto deberían recordarnos que los llamamientos a la autodefensa y la venganza son ideales particularmente corruptibles. Según advirtió en cierta ocasión William Pitt, un primer ministro británico de mediados del siglo XVIII: «Cada vez que se quebranta la libertad humana se apela a la necesidad. Es el argumento de los tiranos; es el credo de los esclavos». La política de la división y la emergencia, del hostigamiento y la furia —la política que afirma que los tiempos desesperados requieren el equivalente político a las leyes que permiten la violencia en caso de legítima defensa—, esa clase de política debería contar siempre con nuestra oposición y nuestro desprecio, porque es una política que tiende inevitablemente a los excesos.

El Holocausto no fue misterioso e inescrutable; fue la obra de personas que se movían por motivos y debilidades habituales entre los seres humanos: orgullo herido, miedo, fariseísmo, prejuicios y ambición personal, por mencionar solo algunos de los más obvios. Una vez la persecución adquirió impulso, sin embargo, no hubo forma de detenerla sin la muerte de millones de personas, la inversión de ingentes cantidades de dinero y la destrucción casi total del continente europeo. Quizá ningún otro suceso histórico, por lo tanto, confirma mejor la difícilísima advertencia recogida por un proverbio alemán que condensa el sentido que confío en que los lectores extraerán de este libro: *Wehret den Anfängen* («¡No lo dejéis crecer!»).

Este proverbio me viene a la cabeza cada vez que me preguntan, en un foro público, cuándo y cómo creo que se podría haber impedido o parado el Holocausto. Respondo con una fecha y un lugar exactos: del 1 al 5 de abril de 1933, en Berlín. Como es bien sabido, el 1 de abril se produjo el boicot nazi a las tiendas alemanas que eran propiedad de judíos. Pero ese mismo día sucedió también otra cosa: una compañía de camisas pardas ocupó las oficinas de la Asociación Nacional de la Industria Alemana, dirigida por Gustav Krupp von Bohlen und Halbach, que también presidía la empresa acerera y de armamento Krupp. Los matones nazis dejaron claro que no se

moverían de allí, y sabotearían la labor de la asociación, hasta que esta despidiera a todos los empleados judíos o afiliados a otros partidos políticos. Cuando Krupp —que era una figura muy destacada y poderosa— intentó convencer a Hitler de que llamara a los perros, el Führer nazi se negó, alegando que no podía contener el entusiasmo de aquellos que, durante el proceso de ascenso al poder, habían estado a su lado en las duras y en las maduras. Krupp acabó cediendo y, el 5 de abril, despidió a todos aquellos que no contaban con la aprobación de los nazis, rompiendo el contrato suscrito con cada uno de ellos.

Uno de los miembros de la junta directiva de la Asociación de la Industria —un hombre llamado Georg von Müller-Oerlinghausen— escribió una protesta profética que envió a Krupp ocho días después. En ella reprochaba al presidente que se había rendido ante el acoso y en adelante la asociación tendría que ceder ante cualquier exigencia de los nazis. Si los industriales alemanes no defendían los derechos legales contractuales de su propio personal —planteó Müller-Oerlinghausen—, ¿a quién defenderían y con qué razones?<sup>54</sup> Este empresario estaba en lo cierto y, cuanto más poder adquirieron los nazis, más irreversiblemente acertadas fueron sus palabras.

No lo dejéis crecer.

## Agradecimientos

Como es natural, un libro que ha ido cobrando forma durante casi treinta años contrae muchas deudas con muchas personas, demasiadas para poder citarlas a todas por su nombre. Tengo el privilegio de trabajar en un campo vibrante, repleto de estudiosos infatigables e inteligentes de los que cada día aprendo algo nuevo; en consecuencia, quiero expresar mi aprecio a los investigadores a cuyas publicaciones he recurrido con mucha frecuencia en este libro, tanto de forma explícita como implícita. También quiero dar las gracias a los miles de estudiantes de la Universidad Northwestern que han cursado la asignatura de Historia 349 entre 1987 y 2015, cuya curiosidad y ansias de saber me han motivado a seguir intentando, un año tras otro, que tanto mi presentación de los datos como los razonamientos derivados sigan ganando en claridad y coherencia. Muchos colegas y licenciados aportaron material valioso para el capítulo 3 en el taller que el Departamento de Historia celebró en Evanston en mayo de 2015. Me siento en deuda, en especial, con la profesora Amy Stanley, que me ha animado a reconsiderar una cuestión menor y otra primordial, y con el profesor Robert Lerner, por avisarme de una omisión importante. Gracias, también, a los participantes del Seminario Silberman, que impartí en el United States Holocaust Memorial Museum en junio de 2015; tras escuchar las diversas conferencias centradas en los capítulos de este libro, aportaron observaciones útiles. Varios colegas y amigos han tenido la generosidad de leer el manuscrito y plantear sugerencias que lo han mejorado: Christopher Browning, Benjamin Frommer, Richard Levy, Wendy Lower, Thomas Lys y Michael Marrus. La Fundación Judía para los Justos (Jewish Foundation for the Righteous) y Oxford University Press han tenido la amabilidad de permitir que se reimprimieran algunos pasajes que escribí para el capítulo introductorio de *How Was It Possible? A Holocaust Reader* (2015) y el capítulo 35 de *The Oxford Handbook of Holocaust Studies*

(2010). Mi agente, Peter Bernstein, y mi editor, John Glusman, vieron en el manuscrito exactamente las virtudes que intentaba insuflarle, y eso me dio ánimos para llegar hasta la meta. Todas las personas que he mencionado aquí gozan merecidamente de mi agradecimiento, pero yo soy el único responsable de cualquier error o defecto que pueda haber quedado.

Quiero dar las gracias, en especial, a Volt y los perros: han logrado compensar las sombras del tema en el que trabajaba, haciendo de cada día un placer.

## Bibliografía selecta

- Abella, Irving y Harold Troper, *None Is Too Many: Canada and the Jews of Europe, 1933-1948*, Toronto: University of Toronto Press, 2012.
- Abzug, Robert H., *America Views the Holocaust 1933-1945*, Boston: Bedford/St. Martin's, 1999.
- , *Inside the Vicious Heart: Americans and the Liberation of the Concentration Camps*, Nueva York: Oxford University Press, 1987.
- Achcar, Gilbert, *The Arabs and the Holocaust*, Nueva York: Metropolitan Books, 2009.
- Adam, Uwe Dietrich, *Judenpolitik im Dritten Reich*, Königstein: Athenäum/Droste, 1979.
- Adelson, Alan (ed.), *The Diary of Dawid Sierakowiak: Five Notebooks from the Lodz Ghetto*, Nueva York: Oxford University Press, 1996.
- y Robert Lapides (eds.), *Lodz Ghetto: Inside a Community under Siege*, Nueva York: Viking, 1989.
- Allen, Michael Thad, *The Business of Genocide*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2002.
- Allen, William Sheridan, *The Nazi Seizure of Power*, Nueva York: Franklin Watts, 1984.
- Aly, Götz, *Final Solution: Nazi Population Policy and the Murder of the European Jews*, Londres: Arnold, 1999.
- , *Hitler's Beneficiaries*, Nueva York: Metropolitan Books, 2006. [Hay trad. cast. de Juanmari Madariaga: *La utopía nazi: cómo Hitler compró a los alemanes*, Barcelona: Crítica, 2006.]
- , *Why the Germans? Why the Jews?*, Nueva York: Metropolitan Books, 2014. [Hay trad. cast. de Héctor Piquer Minguijón: *¿Por qué los alemanes?, ¿por qué los judíos?: las causas del Holocausto*, Barcelona: Crítica, 2012.]

- , Peter Chroust y Christian Pross, *Cleansing the Fatherland: Nazi Medicine and Racial Hygiene*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1994.
- y Susanne Heim, *Architects of Annihilation*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2002.
- y Michael Sontheimer, *Fromms: Wie der jüdischen Kondomfabrikant Julius F. unter die deutschen Räuber fiel*, Fráncfort: S. Fischer, 2007. [De Aly también se puede leer, en castellano, otro libro relevante: *Los que sobran: historia de la eutanasia social en la Alemania nazi, 1939-1945*, Barcelona: Crítica, 2014.]
- Ancel, Jean, *The History of the Holocaust in Romania*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2011.
- Anónimo, *The Clandestine History of the Kovno Jewish Ghetto Police*, Bloomington: Indiana University Press, 2014.
- Arad, Yitzhak, *Belzec, Sobibor, Treblinka: The Operation Reinhard Death Camps*, Bloomington: Indiana University Press, 1987.
- , *The Holocaust in the Soviet Union*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2009.
- , Israel Gutman y Abraham Margalio (eds.), *Documents on the Holocaust*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1999.
- Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem*, Nueva York: Penguin Books, 1964. [Hay trad. cast. de Carlos Ribalta: *Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal*, Barcelona: Lumen, 1967.]
- Aronson, Shlomo, *Hitler, the Allies, and the Jews*, Nueva York: Cambridge University Press, 2004.
- Arvidsson, Stefan, *Aryan Idols: Indo-European Mythology as Ideology and Science*. Chicago: University of Chicago Press, 2006.
- Bajohr, Frank, «*Aryanization*» in *Hamburg*, Nueva York: Berghahn Books, 2002.
- y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis*, Múnich: C. H. Beck, 2006.
- Balderston, Theo, *Economics and Politics in the Weimar Republic*, Cambridge: Cambridge University Press, 2002.

- Bankier, David, *The Germans and the Final Solution*, Oxford: Blackwell, 1992.
- (ed.), *Probing the Depths of German Antisemitism*, Nueva York: Berghahn, 2000. [En castellano se puede leer su edición, conjunta con Y. Gutman, de *La Europa nazi y la Solución Final*, Madrid: Losada, 2005.]
- Barkai, Avraham, *From Boycott to Annihilation: The Economic Struggle of German Jews, 1933-1943*, Hannover, NH: University Press of New England, 1989.
- , «German Interests in the Haavara-Transfer Agreement 1933-1939», *Leo Baeck Yearbook*, n.º 35 (1990), pp. 245-266.
- , «Wehr Dich!» *Der Centralverein deutscher Staatsbürger jüdischen Glaubens 1893-1938*, Múnich: C. H. Beck, 2002.
- Barkan, Elazar, *The Guilt of Nations*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2000.
- , Elizabeth A. Cole y Kai Struve (eds.), *Shared History-Divided Memory. Jews and Others in SovietOccupied Poland, 1939-1941*, Leipzig: Leipziger Universitätsverlag, 2007.
- Barnett, Victoria J., *Bystanders: Conscience and Complicity During the Holocaust*, Westport, CT: Praeger, 1999.
- Baron, Lawrence, «Tarnishing Tinseltown: Hollywood's Responses to Nazi Germany», *Journal of Jewish Identities*, n.º 7 (2014), pp. 61-80.
- Bartov, Omer, *The Eastern Front, 1941-45: German Troops and the Barbarization of Warfare*, Nueva York: St. Martin's, 1986.
- y Eric D. Weitz (eds.), *Shatterzone of Empires: Coexistence and Violence in the German, Habsburg, Russian, and Ottoman Borderlands*, Bloomington: Indiana University Press, 2013.
- Bar-Zohar, Michael, *Beyond Hitler's Grasp: The Heroic Rescue of Bulgaria's Jews*, Holbrook, MA: Adams Media, 1998.
- Bauer, Yehuda, *American Jewry and the Holocaust: The American Jewish Joint Distribution Committee, 1939-1945*, Detroit: Wayne State University Press, 1981.
- , *The Death of the Shtetl*, New Haven, CT: Yale University Press, 2009.
- , *A History of the Holocaust*, Nueva York: Franklin Watts, 1982.

- , *My Brother's Keeper: A History of the American Jewish Joint Distribution Committee, 1929-1939*, Filadelfia: Jewish Publication Society, 1974.
- , *Rethinking the Holocaust*, New Haven, CT: Yale University Press, 2001.
- Bazyler, Michael J. y Roger P. Alford (eds.), *Holocaust Restitution: Perspectives on the Litigation and Its Legacy*, Nueva York: New York University Press, 2006.
- y Frank M. Tuerkheimer, *Forgotten Trials of the Holocaust*, Nueva York: New York University Press, 2014.
- Beachy, Robert, *Gay Berlin: Birthplace of a Modern Identity*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2014.
- Beller, Steven, *Antisemitism: A Very Short Introduction*, Nueva York: Oxford University Press, 2007.
- Bender, Sara, *The Jews of Bialystok during World War II and the Holocaust*, Hannover, NH: University Press of New England, 2008.
- Benz, Wolfgang (ed.), *Dimension des Völkermords: Die Zahl der jüdischen Opfer des Nationalsozialismus*, Múnich: Oldenbourg, 1991.
- , *Die Juden in Deutschland 1933-1945*, Múnich: C. H. Beck, 1989.
- Beorn, Waitman, *Marching Into Darkness: The Wehrmacht and the Holocaust in Belarus*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014.
- Berenbaum, Michael (ed.), *A Mosaic of Victims*, Nueva York: New York University Press, 1990.
- y Abraham J. Peck (eds.), *The Holocaust and History*, Bloomington: Indiana University Press, 1998.
- Berger, Sara, *Experten der Vernichtung: Das T4-Reinhardt-Netzwerk in den Lagern Belzec, Sobibor und Treblinka*, Hamburgo: Hamburger Edition, 2013.
- Berger, Stefan, *Germany: Inventing the Nation*, Londres: Hodder Arnold, 2004.
- Bergier, Jean-François et al., *Switzerland, National Socialism and the Second World War. Final Report of the Independent Commission of Experts*, Zúrich: Pendo, 2002.
- Bess, Michael, *Choices Under Fire: Moral Dimensions of World War II*, Nueva York: Vintage, 2006.

- Bessel, Richard, *Germany 1945: From War to Peace*, Nueva York: HarperCollins, 2009. [Hay trad. cast. de Gabriel Dols: *Alemania 1945: de la guerra a la paz*, Barcelona: Ediciones B, 2009.]
- Bikont, Anna, *The Crime and the Silence: Confronting the Massacre of Jews in Wartime Jedwabne*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2015.
- Black, Peter, «Foot Soldiers of the Final Solution: The Trawniki Training Camp and Operation Reinhard», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 25 (2011), pp. 1-99.
- Blatman, Daniel, *The Death Marches*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2011.
- Blatt, Thomas Toivi, *From the Ashes of Sobibor: A Story of Survival*, Evanston: Northwestern University Press, 1997.
- Blobaum, Robert (ed.), *Antisemitism and its Opponents in Modern Poland*, Ithaca: Cornell University Press, 2005.
- Boehling, Rebecca y Uta Larkey, *Life and Loss in the Shadow of the Holocaust*, Nueva York: Cambridge University Press, 2011.
- Bracher, Karl Dietrich, *The German Dictatorship*, Nueva York: Praeger, 1970. [Hay trad. cast. de José A. Garmendia: *La dictadura alemana: génesis, estructura y consecuencias del nacionalsocialismo*, Madrid: Alianza Editorial, 1973, 2 vols.]
- Braham, Randolph, *The Politics of Genocide: The Holocaust in Hungary*, Detroit: Wayne State University Press, 2000.
- , *Studies on the Holocaust*, Boulder: Social Science Monographs, 2000.
- (ed.), *The Geographical Encyclopedia of the Holocaust in Hungary*, 3 vols., Evanston: Northwestern University Press, 2013.
- Breitman, Richard, *The Architect of Genocide: Himmler and the Final Solution*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1991.
- , *Official Secrets: What the Nazis Planned, What the British and the Americans Knew*, Nueva York: Hill and Wang, 1998.
- y Alan M. Kraut, *American Refugee Policy and European Jewry: 1933-1945*, Bloomington: Indiana University Press, 1987.
- y Allan J. Lichtman, *FDR and the Jews*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2013.

- Brenner, Michael, *After the Holocaust: Rebuilding Jewish Lives in Postwar Germany*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1997.
- Bronner, Stephen Eric, *A Rumor about the Jews: Reflections on Antisemitism and the Protocols of the Elders of Zion*, Nueva York: St. Martin's Press, 2000. [Hay trad. cast. de José Luis Gil Aristu: *Un rumor sobre los judíos: antisemitismo, conspiración y los «Protocolos de los sabios de Sion»*, Pamplona: Laetoli, 2009.]
- Brown-Fleming, Suzanne, *The Holocaust and Catholic Conscience: Cardinal Aloisius Muench and the Guilt Question in Germany*, South Bend: University of Notre Dame Press, 2005.
- Browning, Christopher R., *Fateful Months: Essays on the Emergence of the Final Solution*, Nueva York: Holmes & Meier, 1991.
- , *Nazi Policy, Jewish Workers, German Killers*, Nueva York: Cambridge University Press, 2000.
- , *Ordinary Men: Reserve Police Battalion 101 and the Final Solution in Poland*, Nueva York: HarperCollins, 1992. [Hay trad. cast. de Montse Batista: *Aquellos hombres grises: el Batallón 101 y la Solución Final en Polonia*, Barcelona: Edhasa, 2002.]
- , *The Origins of the Final Solution*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2004.
- , *The Path to Genocide*, Nueva York: Cambridge University Press, 1992.
- , *Remembering Survival: Inside a Nazi Slave Labor Camp*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2010.
- Bryant, Michael S., *Confronting the «Good Death»: Nazi Euthanasia on Trial, 1945-1953*, Boulder: University Press of Colorado, 2005.
- , *Eyewitness to Genocide: The Operation Reinhard Death Camp Trials, 1955-1966*, Knoxville: University Press of Tennessee, 2014.
- Buggeln, Marc, *Slave Labor in Nazi Concentration Camps*, Nueva York: Oxford University Press, 2014.
- Burds, Jeffrey, *Holocaust in Rovno: The Massacre at Sosenski Forest, November 1941*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2013.
- Burleigh, Michael, *Death and Deliverance: «Euthanasia» in Germany 1900-1945*, Cambridge: Cambridge University Press, 1994.

- y Wolfgang Wippermann, *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge: Cambridge University Press, 1991.
- Burrin, Philippe, *Hitler and the Jews: The Genesis of the Holocaust*, Londres: Arnold, 1994.
- , *Nazi Anti-Semitism*, Nueva York: The New Press, 2005.  
[En castellano puede leerse su *Francia bajo la ocupación nazi: 1940-1944*, Barcelona: Paidós, 2004.]
- Büttner, Ursula, *Die Not der Juden teilen: Christlichjüdische Familien im Dritten Reich*, Hamburgo: Christians, 1988.
- Caestecker, Frank y Bob Moore (eds.), *Refugees from Nazi Germany and the Liberal European States*, Nueva York: Berghahn, 2010.
- Caplan, Jane y Nikolaus Wachsmann (eds.), *Concentration Camps in Nazi Germany*, Nueva York: Routledge, 2010.
- Caron, Vicki, *Uneasy Asylum: France and the Jewish Refugee Crisis, 1933-1942*, Palo Alto: Stanford University Press, 1999.
- Cesarani, David, *Becoming Eichmann*, Nueva York: DaCapo Press, 2004.
- , *Final Solution: The Fate of the Jews 1933-1949*, Londres: Macmillan, 2016.
- Cohen, Beth, *Case Closed: Holocaust Survivors in Postwar America*, New Brunswick: Rutgers University Press, 2007.
- Cohn, Norman, *Warrant for Genocide: The Myth of the Jewish World Conspiracy and the Protocols of the Elders of Zion*, Londres: Serif, 1996. [Hay trad. cast. de Fernando Santos Fontesla: *El mito de la conspiración judía mundial: los «Protocolos de los sabios de Sion»*, Madrid: Alianza Editorial, 1983.]
- Confino, Alon, *A World Without Jews: The Nazi Imagination from Persecution to Genocide*, New Haven, CT: Yale University Press, 2014.
- Conze, Eckart, Norbert Frei, Peter Hayes y Moshe Zimmermann, *Das Amt und die Vergangenheit: Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich: Karl Blessing, 2010.
- Corni, Gustavo, *Hitler's Ghettos*, Londres: Arnold, 2002.
- Craig, Gordon A., *Germany 1866-1945*, Nueva York: Oxford University Press, 1978.

- Cüppers, Martin, *Walter Rauff-in deutschen Diensten*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2013.
- Czech, Danuta, *Kalendarium der Ereignisse im Konzentrationslager Auschwitz-Birkenau 1939-1945*, Hamburgo: Rowohlt, 1989.
- David-Fox, Michael, Peter Holquist y Alexander M. Martin (eds.), *The Holocaust in the East: Local Perpetrators and Soviet Responses*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2014.
- Dawidowicz, Lucy S., *The War Against the Jews 1933-1945*, Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1975.
- Deak, Istvan, *Essays on Hitler's Europe*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2001.
- , *Europe on Trial: The Story of Collaboration, Resistance, and Retribution During World War II*, Filadelfia: Westview Press, 2015.
- Dean, Martin, *Robbing the Jews: The Confiscation of Jewish Property in the Holocaust, 1933-1945*, Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- , Constantin Goschler y Philipp Ther (eds.), *Robbery and Restitution: The Conflict over Jewish Property in Europe*, Nueva York: Berghahn Books, 2007.
- Deletant, Dennis, *Hitler's Forgotten Ally: Ion Antonescu and His Regime, Romania 1940-1944*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2006.
- Des Pres, Terrence, *The Survivor: An Anatomy of Life in the Death Camps*, Nueva York: Oxford University Press, 1976.
- Dieckmann, Christoph, *Deutsche Besatzungspolitik in Litauen 1941-1944*, 2 vols., Berlín: Wallstein, 2011.
- Dinnerstein, Leonard, *America and the Survivors of the Holocaust*, Nueva York: Columbia University Press, 1982.
- , *Anti-Semitism in America*, Nueva York: Oxford University Press, 1994.
- Długoborski, Waclaw y Franciszek Piper (eds.), *Auschwitz 1940-1945: Central Issues in the History of the Camp*, 5 vols., Oświęcim: Auschwitz-Birkenau State Museum, 2000.
- Dobroszycki, Lucjan (ed.), *The Chronicle of the Lodz Ghetto 1941-1944*, New Haven, CT: Yale University Press, 1984.
- Doherty, Thomas, *Hollywood and Hitler, 1933-1939*, Nueva York: Columbia University Press, 2013.

- Douglas, Lawrence, *The Right Wrong Man: John Demjanjuk and the Last Great Nazi War Crimes Trial*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2016.
- Dwork, Deborah, *Children With a Star: Jewish Youth in Nazi Europe*, New Haven: Yale University Press, 1991.
- y Robert Jan van Pelt, *Auschwitz: 1270 to the Present*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 1996.
- , *Flight from the Reich: Refugee Jews, 1933-1946*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2009. [En castellano puede leerse su *Holocausto: una historia*, Madrid: Algaba, 2004.]
- Earl, Hilary, *The Nuremberg SS-Einsatzgruppen Trial, 1945-1958*, Nueva York: Cambridge University Press, 2009.
- Eizenstat, Stuart E., *Imperfect Justice: Looted Assets, Slave Labor, and the Unfinished Business of World War II*, Nueva York: Public Affairs, 2003.
- Eksteins, Modris, *Walking since Daybreak: A Story of Eastern Europe, World War II, and the Heart of our Century*, Boston: Houghton Mifflin, 1999.
- Elon, Amos, *The Pity of It All: A History of Jews in Germany, 1743-1933*, Nueva York: Henry Holt & Company, 2002.
- Engel, David, *The Holocaust: The Third Reich and the Jews*, Harlow: Longman, 2000.
- Engelking, Barbara y Jacek Leociak, *The Warsaw Ghetto: A Guide to the Perished City*, New Haven, CT: Yale University Press, 2009.
- Engelmann, Bernt, *In Hitler's Germany: Everyday Life in the Third Reich*, Nueva York: Pantheon, 1986.
- Epstein, Catherine, *Model Nazi: Arthur Greiser and the Occupation of Western Poland*, Nueva York: Oxford University Press, 2010.
- Evans, Richard J., *Lying about Hitler: History, Holocaust, and the David Irving Trial*, Nueva York: Basic Books, 2001.
- , *The Third Reich at War*, Nueva York: Penguin Press, 2009. [Hay trad. cast. de Miguel Salazar: *El Tercer Reich en guerra (1939-1945)*, Barcelona: Península, 2011, así como de otros libros del autor sobre el ascenso de los nazis al poder y su ejercicio de este.]

- Falter, Jürgen *et al.* (eds.), *Wahlen und Abstimmungen in der Weimarer Republik*, München: C. H. Beck, 1986.
- Fattorini, Emma, *Hitler, Mussolini, and the Vatican: Pope Pius XI and the Speech That Was Never Made*, Cambridge: Polity Press, 2011.
- Favez, Jean-Claude, *The Red Cross and the Holocaust*, Nueva York: Cambridge University Press, 1999.
- Feldman, Gerald D., *Allianz and the German Insurance Business, 1933-1945*, Nueva York: Cambridge University Press, 2001.
- Ferencz, Benjamin B., *Less Than Slaves: Jewish Forced Labor and the Quest for Compensation*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1979.
- Fest, Joachim, *The Face of the Third Reich*, Londres: Weidenfeld & Nicolson, 1970.
- , *Hitler*, Nueva York: Vintage Books, 1975. [Hay trad. cast. de Guillermo Raebel: *Hitler*, Barcelona: Noguer, 1974.] [En castellano, entre otros, puede leerse también su: *Yo no: el rechazo del nazismo como actitud moral*, Madrid: Taurus, 2007.]
- Fleming, Michael, *Auschwitz, the Allies and the Censorship of the Holocaust*, Cambridge: Cambridge University Press, 2014.
- Ford Motor Company Archives, *Research Findings about Ford-Werke under the Nazi Regime*, Dearborn, MI: Ford Motor Company, 2001.
- Frei, Norbert, *Adenauer's Germany and the Nazi Past: The Politics of Amnesty and Integration*, Nueva York: Columbia University Press, 2002.
- (ed.), *Transnationale Vergangenheitspolitik: Der Umgang mit deutschen Kriegsverbrechern in Europa nach dem Zweiten Weltkrieg*, Gotinga: Wallstein, 2006.
- Friedlander, Henry, *The Origins of Nazi Genocide: From Euthanasia to the Final Solution*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1995.
- Friedländer, Saul, *Nazi Germany and the Jews*, 2 vols., Nueva York: HarperCollins, 1997, 2007. [Hay trad. cast. de Ana Herrera: *El Tercer Reich y los judíos*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016, 2 vols.] [En castellano pueden leerse también: *Pío XII y el III Reich*, Barcelona:

- Nova Terra, 1965; reed. Barcelona: Península, 2017, y la traducción de *L'antisemitisme nazi: ¿Por qué el holocausto?: historia de una psicosis colectiva*, Barcelona: Gedisa, 2004.]
- Friedman, Jonathan C. (ed.), *The Routledge History of the Holocaust*, Nueva York: Routledge, 2011.
- Fritz, Stephen G., *Endkampf: Soldiers, Civilians, and the Death of the Third Reich*, Lexington: University Press of Kentucky, 2004.
- Fritzsche, Peter, «The Holocaust and the Knowledge of Murder», *Journal of Modern History*, n.º 80 (2008), pp. 594-613.
- , *Life and Death in the Third Reich*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2008. [Hay trad. cast. de Luis Noriega: *Vida y muerte en el Tercer Reich*, Barcelona: Crítica, 2009.]
- Fulbrook, Mary, *A Small Town near Auschwitz: Ordinary Nazis and the Holocaust*, Nueva York: Oxford University Press, 2012.
- , *Dissonant Lives: Generations and Violence through the German Dictatorships*, Nueva York: Oxford University Press, 2011.
- Gall, Lothar y Manfred Pohl (eds.), *Die Eisenbahn in Deutschland*, Múnich: C. H. Beck, 1999.
- Gay, Peter, *Freud, Jews and Other Germans*, Nueva York: Oxford University Press, 1978.
- , *My German Question: Growing Up in Nazi Berlin*, New Haven, CT: Yale University Press, 1998.
- Gellately, Robert y Nathan Stoltzfus (eds.), *Social Outsiders in Nazi Germany*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2001. [De Gellately puede leerse en castellano, entre otros: *No sólo Hitler: la Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona: Crítica, 2002.]
- Gerlach, Christian, *Kalkulierte Morde: Die deutsche Wirtschafts und Vernichtungspolitik in Weißrussland 1941 bis 1944*, Hamburgo: Hamburger Edition, 1999.
- y Götz Aly, *Das letzte Kapitel: Der Mord an den ungarischen Juden*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 2002.

- Gerwarth, Robert, *Hitler's Hangman: The Life of Heydrich*, New Haven, CT: Yale University Press, 2011. [Hay trad. cast. de Javier Alonso: *Heydrich, el verdugo de Hitler*, Madrid: La Esfera de los Libros, 2013.]
- Gigliotti, Simone, *The Train Journey: Transit, Captivity, and Witnessing in the Holocaust*, Nueva York: Berghahn, 2009.
- Gilbert, Martin, *The Holocaust: A History of the Jews of Europe During the Second World War*, Nueva York: Henry Holt and Company, 1985.
- (ed.), *Surviving the Holocaust: The Kovno Ghetto Diary of Avraham Tory*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1990.
- Ginsberg, Benjamin, *How the Jews Defeated Hitler: Exploding the Myth of Jewish Passivity in the Face of Nazism*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2013.
- Gitelman, Zvi (ed.), *Bitter Legacy: Confronting the Holocaust in the USSR*, Bloomington: Indiana University Press, 1997.
- Glazar, Richard, *Trap with a Green Fence: Survival in Treblinka*, Evanston: Northwestern University Press, 1995.
- Godman, Peter, *Hitler and the Vatican*, Nueva York: Free Press, 2004.
- Gordon, Sarah, *Hitler, Germans, and the «Jewish Question»*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1984.
- Goschler, Constantin, *Schuld und Schulden: Die Politik der Wiedergutmachung für NSVerfolgte seit 1945*, Gotinga: Wallstein, 2005.
- Gottwaldt, Alfred y Diana Schulle, *Die «Judendeportationen» aus dem Deutschen Reich 1941-1945*, Wiesbaden: Marix Verlag, 2005.
- Gould, Stephen Jay, *The Mismeasure of Man*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 1981. [Hay trad. cast. de R. Pochtar y A. Desmots: *La falsa medida del hombre*, ed. rev. y amp., Barcelona: Crítica, 1997.]
- Grabowski, Jan, *Hunt for the Jews: Betrayal and Murder in GermanOccupied Poland*, Bloomington: Indiana University Press, 2013.
- Gregor, Neil, *DaimlerBenz in the Third Reich*, New Haven, CT: Yale University Press, 1998.
- , *How to Read Hitler*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2005.
- Griech-Polelle, Beth A., *Bishop von Galen: German Catholicism and National Socialism*, New Haven, CT: Yale University Press, 2002.

- Gross, Jan T., *Fear: Anti-Semitism in Poland after Auschwitz*, Nueva York: Random House, 2006.
- , *Neighbors: The Destruction of the Jewish Community in Jedwabne, Poland*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2001. [Hay trad. cast. de Teófilo de Lozoya: *Vecinos: el exterminio de la comunidad judía de Jedwabne (Polonia)*, Barcelona: Crítica, 2002.]
- e Irena Grudzinska Gross, *Golden Harvest*, Nueva York: Oxford University Press, 2012.
- Gruner, Wolf, *Jewish Forced Labor under the Nazis*, Nueva York: Cambridge University Press, 2006.
- , *Widerstand in der Rosenstraße: Die Fabrik-Aktion und die Verfolgung der «Mischehen» 1943*, Fráncfort: S. Fischer, 2005.
- Gutman, Yisrael, *The Jews of Warsaw 1939-1943*, Bloomington: Indiana University Press, 1982.
- [s. n. Gutman, Israel] (ed.), *Encyclopedia of the Holocaust*, 4 vols., Nueva York: Macmillan, 1990.
- y Michael Berenbaum (eds.), *Anatomy of the Auschwitz Death Camp*, Bloomington: Indiana University Press, 1994.
- y Shmuel Krakowski, *Unequal Victims: Poles and Jews During World War II*, Nueva York: Holocaust Library, 1986.
- , Ezra Mendelsohn, Jehuda Reinharz y Chone Shmeruk (eds.), *The Jews of Poland Between Two World Wars*, Hannover, NH: University Press of New England, 1989. [Véase también Bankier, David.]
- Gutterman, Bella, *A Narrow Bridge to Life: Jewish Forced Labor and Survival in the Gross-Rosen Camp System 1940-1945*, Nueva York: Berghahn, 2008.
- Haffner, Sebastian, *Defying Hitler*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2002. [Hay trad. cast. de Belén Santana: *Historia de un alemán: memorias 1914-1933*, Barcelona: Destino, 2001.]
- , *The Meaning of Hitler*, Nueva York: Macmillan, 1979. [Hay trad. cast. de M. E. Romero y R. Gross: *Anotaciones sobre Hitler*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, 2002.]
- Hagen, William H., *German History in Modern Times*, Nueva York: Cambridge University Press, 2012.

- Hamann, Brigitte, *Hitler's Vienna: A Dictator's Apprenticeship*, Nueva York: Oxford University Press, 1999.
- Hamerow, Theodore S., *Why We Watched: Europe, America, and the Holocaust*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2008.
- Hand, Sean y Steven T. Katz (eds.), *Post-Holocaust France and the Jews*, Nueva York: New York University Press, 2015.
- Hayes, Peter, «Auschwitz: Capital of the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 17 (2003), pp. 330-350.
- , *From Cooperation to Complicity: Degussa in the Third Reich*, Nueva York: Cambridge University Press, 2004.
- , *Industry and Ideology: IG Farben in the Nazi Era*, Nueva York: Cambridge University Press, 2001.
- , «Industry under the Swastika», en *Enterprise in the Period of Fascism in Europe*, Harold James y Jakob Tanner (eds.), Burlington, VT: Ashgate, 2002, pp. 26-37.
- (ed.), *How Was It Possible? A Holocaust Reader*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2015.
- , *Lessons and Legacies I: The Meaning of the Holocaust in a Changing World*, Evanston: Northwestern University Press, 1991.
- y John K. Roth (eds.), *The Oxford Handbook of Holocaust Studies*, Nueva York: Oxford University Press, 2010.
- Heberer, Patricia, *Children During the Holocaust*, Lanham, MD: AltaMira, 2011.
- y Jürgen Matthäus (eds.), *Atrocities on Trial*, Lincoln: University of Nebraska Press, 2008.
- Hecht, Cornelia, *Deutsche Juden und Antisemitismus in der Weimarer Republik*, Bonn: J. H. W. Dietz Nachfolger, 2003.
- Hedgepeth, Sonia M. y Rochelle G. Seidel (eds.), *Sexual Violence against Jewish Women during the Holocaust*, Lebanon, NH: University Press of New England, 2010.
- Henry, Patrick, *We Only Know Men: The Rescue of Jews in France during the Holocaust*, Washington: Catholic University of America Press, 2007.
- (ed.), *Jewish Resistance against the Nazis*, Washington: Catholic University of America Press, 2014.

- Herbert, Ulrich, *Best. Biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Bonn: J. H. W. Dietz Nachfolger, 1996.
- , *Hitler's Foreign Workers*, Cambridge: Cambridge University Press, 1997.
- (ed.), *National Socialist Extermination Policies*, Nueva York: Berghahn, 2000.
- Herf, Jeffrey, *Divided Memory: The Nazi Past in the Two Germanys*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1997.
- , *The Jewish Enemy: Nazi Propaganda During World War II and the Holocaust*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2006.
- Hilberg, Raul, *The Destruction of the European Jews*, 3 vols., New Haven, CT: Yale University Press, 2003.
- , *Sonderzüge nach Auschwitz*, Fráncfort: Ullstein, 1987.
- , Stanislaw Staron y Josef Kermisz (eds.), *The Warsaw Diary of Adam Czerniakow: Prelude to Doom*, Nueva York: Stein and Day, 1979.
- Hitler, Adolf, *Hitler's Secret Book*, Nueva York: Grove Press, 1983. [Hay trad. cast.: *Raza y destino*, Barcelona: Juventud, 1962.]
- , *Mein Kampf*, Boston: Houghton Mifflin, 1943. [La edición española de este libro ha sido objeto no solo de polémicas, sino de actuaciones judiciales. La primera traducción fechada es de Barcelona: Araluce, 1935. En la actualidad parece haber una edición legítima: *Mi lucha*, San Fernando de Henares: Real del Catorce, 2016; véase «La “lucha” de Hitler sigue libre en España», de Jesús García, [https://elpais.com/cultura/2016/11/18/actualidad/1479490580\\_029155.html](https://elpais.com/cultura/2016/11/18/actualidad/1479490580_029155.html)]
- Hochstadt, Steve, *Exodus to Shanghai: Stories of Escape from the Third Reich*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2012.
- (ed.), *Sources of the Holocaust*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2004.
- Hoffman, Eva, *After Such Knowledge: Memory, History, and the Legacy of the Holocaust*, Nueva York: Public Affairs, 2004.
- Hoffmann, Christhard et al. (eds.), *Exclusionary Violence: Antisemitic Riots in Modern German History*, Ann Arbor: University of Michigan Press, 2002.

- Horwitz, Gordon J., *Ghettostadt: Lodz and the Making of a Nazi City*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2008.
- , *In the Shadow of Death: Living Outside the Gates of Mauthausen*, Nueva York: Free Press, 1990.
- Huener, Jonathan, «Nazi Kirchenpolitik and Polish Catholicism in the Reichsgau Wartheland, 1939-1941», *Central European History*, n.º 47 (2014), pp. 105-137.
- Ingrao, Christian, *Believe and Destroy: Intellectuals in the SS War Machine*, Malden: Polity Press, 2013.
- Ioanid, Radu, *The Holocaust in Romania*, Chicago: Ivan R. Dee, 2000.
- Jäckel, Eberhard, *Hitler in History*, Hannover, NH: University Press of New England, 1984.
- , *Hitler's Weltanschauung*, Middletown: Wesleyan University Press, 1972.
- James, Harold, *The German Slump: Politics and Economics 1924-1936*, Oxford: Oxford University Press, 1986.
- Jardim, Tomaz, *The Mauthausen Trial: American Military Justice in Germany*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2012.
- Jaskot, Paul B., *The Architecture of Oppression: The SS, Forced Labor and the Nazi Monumental Building Economy*, Nueva York: Routledge, 2000.
- Jellonnek, Burkhard, *Homosexuelle unter dem Hakenkreuz*, Paderborn: Ferdinand Schöningh, 1990.
- Jockusch, Laura y Gabriel N. Finder (eds.), *Jewish Honor Courts: Revenge, Retribution, and Reconciliation in Europe and Israel after the Holocaust*, Detroit: Wayne State University Press, 2015.
- Judt, Tony, *Postwar: A History of Europe since 1945*, Nueva York: Penguin, 2005. [Hay trad. cast. de J. Cuéllar y V. E. Gordo del Rey: *Postguerra: una historia de Europa desde 1945*, Madrid: Taurus, 2006.]
- , *Reappraisals: Reflections on the Forgotten Twentieth Century*, Nueva York: Penguin, 2008. [Hay trad. cast. de Belén Urrutia: *Sobre el olvido siglo XX*, Madrid: Taurus, 2008.]
- , *When the Facts Change: Essays 1995-2010*, Nueva York: Penguin, 2015. [Hay trad. cast. de J. R. Azaola y B. Urrutia: *Cuando los hechos cambian : artículos, 1995-2010*, Barcelona: Taurus, 2015.]
- Kaienburg, Hermann, *Die Wirtschaft der SS*, Berlín: Metropol, 2003.

- Kaplan, Marion, *Between Dignity and Despair: Jewish Life in Nazi Germany*, Nueva York: Oxford University Press, 1998.
- Käppner, Joachim, *Berthold Beitz, die Biographie*, Berlín: Berlin Verlag, 2010.
- Karay, Felicja, *Death Comes in Yellow: SkarżyskoKamienna Slave Labor Camp*, Londres: Routledge, 2004.
- Karski, Jan, *Story of a Secret State*, Nueva York: Penguin Books, 2011. [Hay trad. cast. de Agustina Luengo: *Historia de un estado clandestino*, Barcelona: Acantilado, 2011.]
- Kassow, Samuel D., *Who Will Write Our History? Emanuel Ringelblum, the Warsaw Ghetto, and the Oyneg Shabes Archive*, Bloomington: Indiana University Press, 2007.
- Katsh, Abraham I. (ed.), *Scroll of Agony: The Warsaw Diary of Chaim A. Kaplan*, Bloomington: Indiana University Press, 1999.
- Katz, Jacob, *The Darker Side of Genius: Richard Wagner's Anti-Semitism*, Hannover, NH: University Press of New England, 1986.
- , *From Prejudice to Destruction: Anti-Semitism, 1700-1933*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1980.
- Kenez, Peter, *The Coming of the Holocaust*, Nueva York: Cambridge University Press, 2013.
- Kershaw, Ian, *Hitler*, 2 vols., Nueva York: W. W. Norton & Company, 1999-2000. [Hay trad. cast. de José Manuel Álvarez Flórez: *Hitler, 1889-1936 y Hitler, 1936-1945*, Barcelona: Península, 1999, 2007.]
- , *Popular Opinion and Political Dissent in the Third Reich: Bavaria 1933-1945*, Oxford: Oxford University Press, 1983.
- Kertzer, David I., *The Pope and Mussolini*, Nueva York: Random House, 2014.
- , *The Popes Against the Jews*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2001.
- Kevles, Daniel J., *In the Name of Eugenics*, Berkeley: University of California Press, 1986. [Hay trad. cast. de Juan Antonio Gutiérrez-Larraya: *La Eugenesia, ¿ciencia o utopía?*, Barcelona: Planeta, 1986.]
- Klemperer, Victor, *I Will Bear Witness*, 2 vols., Nueva York: Random House, 1998-99. [Hay trad. cast. de Carmen Gauger: *Quiero dar testimonio hasta el final*, Barcelona: Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores,

2003.]

- Knox, MacGregor, «Das faschistische Italien und die “Endlösung” 1942/43», *Vierteljahrshefte für Zeitgeschichte*, n.º 55 (2007), pp. 53-92.
- Koehl, Robert E., *RKFDV: German Resettlement and Population Policy 1939-1945*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1957.
- Koonz, Claudia, *The Nazi Conscience*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2003. [Hay trad. cast. de Juanjo Estrella: *La conciencia nazi: la formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Barcelona: Paidós, 2005.]
- Kornberg, Jacques, *The Pope’s Dilemma*, Toronto: University of Toronto Press, 2015.
- Kosmala, Beate y Georgi Verbeeck, *Facing the Catastrophe: Jews and NonJews in Europe during World War II*, Nueva York: Berg, 2011.
- Kranzler, David, *The Man Who Stopped the Trains to Auschwitz: George Mantello, El Salvador, and Switzerland’s Finest Hour*, Siracusa, NY: Syracuse University Press, 2000.
- Kühne, Thomas, *Belonging and Genocide: Hitler’s Community, 1918-1945*, New Haven, CT: Yale University Press, 2010.
- Kulish, Nicholas y Souad Mekhennet, *The Eternal Nazi: From Mauthausen to Cairo, the Relentless Pursuit of SS Doctor Aribert Heim*, Nueva York: Doubleday, 2014.
- Kulka, Otto Dov y Eberhard Jäckel (eds.), *The Jews in the Secret Nazi Reports on Popular Opinion in Germany, 1933-1945*, New Haven, CT: Yale University Press, 2010.
- Kuwalek, Robert, *Das Vernichtungslager Belzec*, Berlín: Metropol, 2014.
- Langbein, Hermann, *Against All Hope: Resistance in the Nazi Concentration Camps 1938-1945*, Nueva York: Paragon House, 1994.
- , *People in Auschwitz*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2004.
- Langmuir, Gavin I., *Toward a Definition of Antisemitism*, Berkeley: University of California Press, 1990.
- Laqueur, Walter (ed.), *The Holocaust Encyclopedia*, New Haven, CT: Yale University Press, 2001.

- Lensky, Mordechai, *A Physician Inside the Warsaw Ghetto*, Jerusalén: Yad Vashem, 2009.
- Levi, Primo, *Survival in Auschwitz*, Nueva York: Collier Books, 1961.  
[Como edición más reciente: *Si esto es un hombre*, dentro de: *Trilogía de Auschwitz*, trad. de Pilar Gómez Bedate, Barcelona: Península, 2015.]
- Levine, Paul A., *From Indifference to Activism: Swedish Diplomacy and the Holocaust, 1938-1944*, Upsala: Uppsala University Library, 1998.
- , *Raoul Wallenberg in Budapest: Myth, History and Holocaust*, Portland, OR: Vallentine Mitchell, 2010.
- Levy, Richard S., *The Downfall of the Anti-Semitic Political Parties in Imperial Germany*, New Haven, CT: Yale University Press, 1975.
- (ed.), *Antisemitism: A Historical Encyclopedia of Prejudice and Persecution*, 2 vols., Santa Bárbara: ABC-Clio, 2005.
- , *Antisemitism in the Modern World*, Lexington: D. C. Heath, 1991.
- Lewy, Guenter, *The Nazi Persecution of the Gypsies*, Nueva York: Oxford University Press, 2000.
- Libionka, Dariusz, «Polish Church Hierarchy and the Holocaust-an Essay from a Critical Perspective», *Holocaust Studies and Materials* (Varsovia: Polish Center for Holocaust Research), 2010, pp. 76-127.
- , «Polish Literature on Organized and Individual Help to the Jews (1945-2008)», *Holocaust Studies and Materials* (Varsovia: Polish Center for Holocaust Research), 2010, pp. 11-75.
- Lichtenstein, Heiner, *Mit der Reichsbahn in den Tod: Massentransporte in den Holocaust*, Colonia: Bund-Verlag, 1985.
- Lidegaard, Bo, *Countrymen: The Untold Story of How Denmark's Jews Escaped the Nazis*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2013.
- Lindemann, Albert S., *Esau's Tears: Modern Anti-Semitism and the Rise of the Jews*, Nueva York: Cambridge University Press, 1997.
- , *The Jew Accused: Three Anti-Semitic Affairs (Dreyfus, Beilis, Frank), 1894-1915*, Nueva York: Cambridge University Press, 1991.
- y Richard S. Levy (eds.), *Antisemitism: A History*, Nueva York: Oxford University Press, 2010.
- Lipstadt, Deborah E., *Beyond Belief: The American Press and the Coming of the Holocaust 1933-1945*, Nueva York: Free Press, 1986.

- , *Denying the Holocaust*, Nueva York: Free Press, 1993.
- , *The Eichmann Trial*, Nueva York: Schocken, 2011.
- , *History on Trial: My Day in Court with a Holocaust Denier*, Nueva York: HarperCollins, 2005.
- Liulevicius, Vejas Gabriel, *War Land on the Eastern Front: Culture, National Identity and German Occupation in World War I*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Livingston, Michael A., *The Fascists and the Jews of Italy: Mussolini's Race Laws, 1938-1943*, Nueva York: Cambridge University Press, 2014.
- London, Louise, *Whitehall and the Jews 1933-1948*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000.
- Longerich, Peter, «*Davon haben wir nichts gewusst!*» *Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Múnich: Siedler, 2006.
- , *Heinrich Himmler*, Oxford: Oxford University Press, 2012. [Hay trad. cast. de Richard Gross: *Heinrich Himmler*, Barcelona: RBA, 2009.]
- , *Holocaust: The Nazi Persecution and Murder of the Jews*, Oxford: Oxford University Press, 2010.
- Lower, Wendy, *The Diary of Samuel Golfard and the Holocaust in Galicia*, Lanham, MD: AltaMira, 2011.
- , *Hitler's Furies: German Women in the Nazi Killing Fields*, Nueva York: Houghton Mifflin Harcourt, 2013. [Hay trad. cast. de Núria Pujol: *Las arpías de Hitler: las mujeres alemanas en los campos de exterminio nazis*, Barcelona: Crítica, 2013.]
- , *Nazi EmpireBuilding and the Holocaust in Ukraine*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2005.
- Ludi, Regula, *Reparations for Nazi Victims in Postwar Europe*, Nueva York: Cambridge University Press, 2012.
- Mahoney, Kevin A., «An American Operational Response to a Request to Bomb Rail Lines to Auschwitz», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 25 (2011), pp. 438-346.
- Mailänder, Elissa, *Female SS Guards and Workaday Violence: The Majdanek Concentration Camp 1942-1944*, East Lansing, MI: Michigan State University Press, 2015.

- Mallmann, Klaus-Michael y Gerhard Paul (eds.), *Karrieren der Gewalt: Nationalsozialistische Täterbiographien*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2011.
- Mann, Michael, *The Dark Side of Democracy: Explaining Ethnic Cleansing*, Nueva York: Cambridge University Press, 2005. [Hay trad. cast. de Sofia Moltó Llorca: *El lado oscuro de la democracia: un estudio sobre la limpieza étnica*, Valencia: Publicacions de la Universitat de València, 2009.]
- Marrus, Michael R., *The Holocaust in History*, Hannover, NH: University Press of New England, 1987.
- , *Some Measure of Justice: The Holocaust Era Restitution Campaign of the 1990s*, Madison: University of Wisconsin Press, 2009.
- , «The Vatican and the Custody of Jewish Child Survivors after the Holocaust», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 21 (2007), pp. 378-403.
- Marrus, Michael R. y Robert O. Paxton, *Vichy France and the Jews*, Nueva York: Basic Books, 1981.
- Mason, Tim, *Nazism, Fascism and the Working Class*, Cambridge: Cambridge University Press, 1995.
- Matthäus, Jürgen y Frank Bajohr, *The Political Diary of Alfred Rosenberg and the Onset of the Holocaust*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2015. [En castellano se puede leer Alfred Rosenberg, *Diarios 1934-1944*, Barcelona: Crítica, 2015.]
- , Jochen Böhrer y Klaus-Michael Mallman (eds.), *War, Pacification, and Mass Murder, 1939: The Einsatzgruppen in Poland*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2014.
- Mazower, Mark, *Hitler's Empire: How the Nazis Ruled Europe*, Nueva York: Penguin, 2008. [Hay trad. cast. de Enrique Herrando: *El imperio de Hitler: ascenso y caída del nuevo orden europeo*, Barcelona: Crítica, 2008.]
- , *Inside Hitler's Greece: The Experience of Occupation 1941-44*, New Haven, CT: Yale University Press, 1993.

- Mazurek, Jerzy y Alina Skibińska, «“Barwy Białe” on their Way to Aid Fighting Warsaw: The Crimes of the Home Army against the Jews», *Holocaust Studies and Materials* (Warsaw: Polish Center for Holocaust Research, 2013), pp. 433-480.
- McCullough, Colin y Nathan Wilson (eds.), *Violence, Memory, and History: Western Perceptions of Kristallnacht*, Nueva York: Routledge, 2015.
- McKale, Donald M., *Nazis after Hitler: How Perpetrators of the Holocaust Cheated Justice and Truth*, Lanham, MD: Rowman & Littlefield, 2012.
- (ed.), *Rewriting History: The Original and Revised World War II Diaries of Curt Prüfer, Nazi Diplomat*, Kent, OH: Kent State University Press, 1988.
- Megargee, Geoffrey P., *War of Annihilation: Combat and Genocide on the Eastern Front, 1941*, Landham, MD: Rowman & Littlefield, 2006.
- (ed.), *The United States Holocaust Memorial Museum Encyclopedia of Camps and Ghettos 1933-1945*, 2 vols., Bloomington: Indiana University Press, 2009, 2012.
- Mendelsohn, Ezra, *The Jews of East Central Europe Between the World Wars*, Bloomington: Indiana University Press, 1983.
- Meyer, Beate, *A Fatal Balancing Act: The Dilemma of the Reich Association of Jews in Germany, 1939-1945*, Nueva York: Berghahn, 2013.
- Meyer, Michael (ed.), *German-Jewish History in Modern Times*, 4 vols., Nueva York: Columbia University Press, 1996-1998.
- Michman, Dan, *The Emergence of Jewish Ghettos during the Holocaust*, Nueva York: Cambridge University Press, 2011.
- Mierzejewski, Alfred C., *The Most Valuable Asset of the Reich: A History of the German National Railway*, vol. 2: 1933-1945, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2000.
- Miller, Judith, *One By One, By One: Facing the Holocaust*, Nueva York: Simon & Schuster, 1990.
- Mitchell, B. R., *European Historical Statistics 1750-1970*, Londres: Macmillan, 1978.
- Mitchell, George J., *The Negotiator: A Memoir*, Nueva York: Simon & Schuster, 2015.

- Mommsen, Hans y Manfred Grieger, *Das Volkswagenwerk und seine Arbeiter im Dritten Reich*, Düsseldorf: Econ, 1996.
- Montague, Patrick, *Chelmno and the Holocaust*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2012.
- Moore, Bob, *Survivors: Jewish Self-Help and Rescue in NaziOccupied Western Europe*, Oxford: Oxford University Press, 2010.
- , *Victims and Survivors: The Nazi Persecution of the Jews in the Netherlands 1940-1945*, Londres: Arnold, 1997.
- Moorhouse, Roger, *Berlin at War*, Nueva York: Basic Books, 2010.
- Morsch, Günter y Bertrand Perz (eds.), *Neue Studien zu nationalsozialistischen Massentötungen durch Giftgas*, Berlín: Metropol, 2012.
- Mosse, George, *The Crisis of German Ideology*, Nueva York: Schocken, 1981.
- Mosse, W. E., *The GermanJewish Economic Elite 1820-1935*, Oxford: Clarendon Press, 1989.
- , *Jews in the German Economy: The German-Jewish Economic Elite 1820-1935*, Oxford: Clarendon Press, 1987.
- Motadel, David, *Islam and Nazi Germany's War*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014.
- Mühlberger, Detlef, *The Social Bases of Nazism 1919-1933*, Cambridge, MA: Cambridge University Press, 2003.
- Muller, Jerry Z., *Capitalism and the Jews*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2010.
- Müller, Rolf-Dieter, *An der Seite der Wehrmacht: Hitlers ausländische Helfer beim «Kreuzzug gegen den Bolschewismus»*, Berlín: Christoph Links Verlag, 2007.
- Naasner, Walter, *SSWirtschaft und SSVerwaltung*, Düsseldorf: Droste, 1998.
- Neander, Joachim, *«Hat in Europa kein annäherndes Beispiel»: MittelbauDora-ein KZ für Hitlers Krieg*, Berlín: Metropol, 2000.
- , *Das Konzentrationslager Mittelbau in der Endphase der NSDiktatur*, Clausthal-Zellerfeld: Papierflieger, 1997.
- Neufeld, Michael J., *The Rocket and the Reich*, Nueva York: Free Press, 1995.

- y Michael Berenbaum (eds.), *The Bombing of Auschwitz: Should the Allies Have Attempted It?*, Nueva York: St. Martin's Press, 2000.
- Neumann, Franz, *Behemoth: The Structure and Practice of National Socialism, 1933-1944*, Chicago: Ivan R. Dee, 2009. [Hay trad. cast. de Vicente Hierro y Javier Márquez: *Behemoth: pensamiento y acción en el nacional-socialismo, 1933-1944*, Barcelona: Anthropos, 2014, que amplía una edición anterior de Fondo de Cultura Económica, 1983.]
- Newman, Leonard S. y Ralph Erber (eds.), *Understanding Genocide: The Social Psychology of the Holocaust*, Nueva York: Oxford University Press, 2002.
- Nicosia, Francis R., *Nazi Germany and the Arab World*, Nueva York: Cambridge University Press, 2015.
- Niewyk, Donald L., *The Jews in Weimar Germany*, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1980.
- Nirenberg, David, *Anti-Judaism: The Western Tradition*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2013. [En castellano pueden leerse dos textos menos específicos, pero relacionados: *Comunidades de violencia: la persecución de las minorías en la Edad Media*, Barcelona: Península, 2001, y *Religiones vecinas: cristianismo, islam y judaísmo en la Edad Media y en la actualidad*, Barcelona: Crítica, 2016.]
- Noakes, Jeremy y Geoffrey Pridham (eds.), *Nazism 1919-1945*, 4 vols., Exeter: University of Exeter Press, 1998-2001.
- Novick, Peter, *The Holocaust in American Life*, Boston: Houghton Mifflin, 1999. [Hay trad. cast. de Jesús Cuéllar Menezo: *Judíos, ¿vergüenza o victimismo?: el Holocausto en la vida americana*, Madrid: Marcial Pons Historia, 2007.]
- Ofer, Dalia y Lenore J. Weitzman (eds.), *Women in the Holocaust*, New Haven, CT: Yale University Press, 1998.
- Orbach, Danny y Mark Solonin, «Calculated Indifference: The Soviet Union and Requests to Bomb Auschwitz», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 27 (2013), pp. 90-113.
- Orth, Karin, *Das System der nationalsozialistischen Konzentrationslager*, Hamburgo: Hamburger Edition, 1999.

- Overy, R. J., *The Nazi Economic Recovery 1932-1938*, Londres: Macmillan, 1982.
- , *War and Economy in the Third Reich*, Oxford: Clarendon Press, 1994.
- Passelecq, Georges y Bernard Suchecky, *The Hidden Encyclical of Pius XI*, Nueva York: Harcourt Brace & Co., 1997. [Hay trad. cast. de I. González-Gallarza y J. M. López Vidal: *Un silencio de la iglesia frente al fascismo: la encíclica de Pío XI que Pío XII no publicó*, Madrid: PPC, 1997.]
- Patch, William, «The Catholic Church, the Third Reich, and the Origins of the Cold War: On the Utility and Limitations of Historical Evidence», *Journal of Modern History*, n.º 82 (2010), pp. 396-433.
- Pätzold, Kurt y Erika Schwarz, «*Auschwitz war für mich nur ein Bahnhof*»: *Franz Novak-Der Transportoffizier Adolf Eichmanns*, Berlín: Metropol, 1994.
- Paulsson, Gunnar S., *Secret City: The Hidden Jews of Warsaw 1940-1945*, New Haven, CT: Yale University Press, 2002.
- Pavlowitch, Stevan K., *Hitler's New Disorder: The Second World War in Yugoslavia*, Nueva York: Columbia University Press, 2008.
- Paxton, Robert O., «Jews: How Vichy Made It Worse», *New York Review of Books*, 6 de marzo de 2014.
- , *Vichy France: Old Guard and New Order*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 1972. [Hay trad. cast. de Esteban Rimbau: *La Francia de Vichy: vieja guardia y Nuevo Orden, 1940-1944*, Barcelona: Noguer, 1974.]
- Perehodnik, Calel, *Am I a Murderer? Testament of a Jewish Ghetto Policeman*, Boulder, CO: Westview Press, 1996.
- Perz, Bertrand, «The Austrian Connection: SS and Police Leader Odilo Globocnik and His Staff in the Lublin District», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 29 (2015), pp. 400-430.
- Petropoulos, Jonathan y John K. Roth (eds.), *Gray Zones: Ambiguity and Compromise in the Holocaust and its Aftermath*, Nueva York: Berghahn, 2005.
- Petrovsky-Shtern, Yohanan y Antony Polonsky (eds.), *Polin 26: Jews and Ukrainians*, Oxford: Littman Library, 2014.

- Petrow, Richard, *The Bitter Years: The Invasion and Occupation of Denmark and Norway April 1940-May 1945*, Nueva York: Morrow Quill, 1979.
- Phayer, Michael, *The Catholic Church and the Holocaust, 1930-1965*, Bloomington: Indiana University Press, 2000.
- , *Pius XII, the Holocaust, and the Cold War*, Bloomington: Indiana University Press, 2008.
- «Pius XI and the Holocaust (Letters)», *Commentary* 113, n.º 1 (enero de 2002), pp. 11-16.
- Pohl, Manfred, *Philipp Holzmann: Geschichte eines Bauunternehmens 1849-1999*, Múnich: C. H. Beck, 1999.
- Polonsky, Antony, *The Jews in Poland and Russia*, vol. 3: 1914-2008, Oxford: Littman Library, 2012.
- y Joanna B. Michlic (eds.), *The Neighbors Respond: The Controversy over the Jedwabne Massacre in Poland*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004.
- Presser, J[acob], *Ashes in the Wind: The Destruction of Dutch Jewry*, Detroit: Wayne State University Press, 1988.
- Proctor, Robert N., *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1998.
- Pulzer, Peter, *Jews and the German State: The Political History of a Minority, 1848-1933*, Oxford: Blackwell, 1992.
- , *The Rise of Political Anti-Semitism in Germany and Austria*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 1988.
- Rabinovici, Doron, *Eichmann's Jews: The Jewish Administration of Holocaust Vienna, 1938-1945*, Malden, MA: Polity Press, 2011.
- Raskin, Richard, *A Child at Gunpoint*, Aarhus, Dinamarca: Aarhus University Press, 2004.
- Rauschnig, Hermann, *The Voice of Destruction*, Nueva York: Putnam, 1940. [Hubo una ed. cast. más o menos reciente: *Hitler: confesiones íntimas, 1932-1934*, Sant Andreu de la Barca (Barcelona): Círculo Latino, 2006, que quizá reproducía *Hitler me dijo: confidencias del Führer sobre su plan de conquista del mundo*, Buenos Aires: Librería Hachette, 1940.]

- Redner, Ben Z., *A Jewish Policeman in Lvov: An Early Account 1941-1943*, Jerusalén: Yad Vashem, 2015.
- Rees, Laurence, *Auschwitz: A New History*, Nueva York: Public Affairs, 2005. [Hay trad. cast. de David León y Luis Noriega: *Auschwitz: los nazis y la «solución final»*, Barcelona: Crítica, 2004.]
- , *Hitler's Charisma*, Nueva York: Pantheon, 2012. [Hay trad. cast. de Efrén del Valle Peñamil: *El oscuro carisma de Hitler: cómo y por qué arrastró a millones al abismo*, Barcelona: Crítica, 2013.] [De Rees también es muy pertinente: *El Holocausto: las voces de las víctimas y de los verdugos*, trad. de Gonzalo García, Barcelona: Crítica, 2017.]
- Rhodes, Anthony, *The Vatican in the Age of the Dictators (1922-1945)*, Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1973. [Hubo trad. cast. de Carlos Manzano: *El Vaticano en la era de los dictadores (1922-1945)*, Barcelona: Euros, 1975.]
- Rhodes, Richard, *Masters of Death: The SS-Einsatzgruppen and the Invention of the Holocaust*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2002. [Hay trad. cast. de Ignacio Hierro: *Amos de la muerte: los SS-Einsatzgruppen y el origen del Holocausto*, Barcelona: Seix Barral, 2003.]
- Richarz, Monika (ed.), *Jüdisches Leben in Deutschland*, vol. 2: *Im Kaiserreich*, vol. 3: *1918-1945*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 1979, 1982.
- Riegner, Gerhart M., *Never Despair*, Chicago: Ivan R. Dee, 2006.
- Ritter, Gerhard A. (ed.), *Wahlgeschichtliches Arbeitsbuch... 1871-1918*, Múnich: C. H. Beck, 1980.
- Rittner, Carol y John K. Roth (eds.), *Different Voices: Women and the Holocaust*, Nueva York: Paragon House, 1993.
- (eds.), *Pope Pius XII and the Holocaust*, Londres: Leicester University Press, 2002.
- Römer, Felix, *Kameraden: Die Wehrmacht von innen*, Múnich: Piper, 2012.
- Romijn, Peter et al., *The Persecution of the Jews in the Netherlands, 1940-1945*, Ámsterdam: Vossiuspers UvA, 2012.
- Roseman, Mark, *The Wannsee Conference and the Final Solution*, Nueva York: Metropolitan Books, 2002. [Hay trad. cast. de Claudio Molinari: *La villa, el lago, la reunión: la conferencia de Wannsee y «la Solución*

- Final*», Barcelona: RBA, 2002.]
- Rosenberg, Göran, *A Brief Stop on the Road from Auschwitz*, Nueva York: Other Press, 2015.
- Rosenfeld, Oskar, *In the Beginning Was the Ghetto: Notebooks from Lodz*, Evanston: Northwestern University Press, 2002.
- Rosenthal, Jacob, «*Die Ehre des jüdischen Soldaten*»: *Die Judenzählung im Ersten Weltkrieg und ihre Folgen*, Fráncfort: Campus Verlag, 2007.
- Rossino, Alexander B., *Hitler Strikes Poland: Blitzkrieg, Ideology, and Atrocity*, Lawrence: University Press of Kansas, 2003.
- Safrian, Hans, *Eichmann's Men*, Nueva York: Cambridge University Press, 2010.
- Sarfatti, Michele, *The Jews in Mussolini's Italy: From Equality to Persecution*, Madison: University of Wisconsin Press, 2006.
- Schelvis, Jules, *Sobibor: A History of a Nazi Death Camp*, Oxford: Berg, 2007.
- Schlemmer, Thomas y Hans Woller, «Der italienische Faschismus und die Juden 1922 bis 1945», *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte*, n.º 53 (2005), pp. 165-201.
- Schmidt, Ulf, *Karl Brandt: The Nazi Doctor*, Nueva York: Continuum, 2007.
- Schneider, Peter, «Saving Konrad Latte», *New York Times Magazine*, 13 de febrero de 2000.
- Schneppen, Heinz, *Odessa und das Vierte Reich: Mythen der Zeitgeschichte*, Berlín: Metropol, 2007.
- Schrafstetter, Susanna y Alan E. Steinweis (eds.), *The Germans and the Holocaust*, Nueva York: Berghahn, 2016.
- Sebastian, Mihail, *Journal 1935-1944*, Chicago: Ivan R. Dee, 2000. [Hay ed. y trad. cast., del rumano, de Joaquín Garrigós: *Diario (1935-1944)*, Barcelona: Destino, 2003.]
- Segal, Binjamin W., *A Lie and a Libel: The History of the Protocols of the Elders of Zion*, Lincoln: University of Nebraska Press, 1995.
- Segev, Tom, *The Seventh Million: The Israelis and the Holocaust*, Nueva York: Hill and Wang, 1993.
- , *Simon Wiesenthal: The Life and Legends*, Nueva York: Doubleday, 2010.

- , *Soldiers of Evil: The Commandants of the Nazi Concentration Camps*, Nueva York: McGraw-Hill, 1987.
- Sellier, André, *A History of the Dora Camp*, Chicago: Ivan R. Dee, 2003.
- Shapiro, Paul, *The Kishinev Ghetto 1941-1942*, Tuscaloosa: University of Alabama Press, 2015.
- Shneiderman, S. L. (ed.), *The Diary of Mary Berg: Growing up in the Warsaw Ghetto*, Londres: Oneworld, 2007.
- Silberklang, David, *Gates of Tears: The Holocaust in the Lublin District*, Jerusalén: Yad Vashem, 2013.
- Slezkine, Yuri, *The Jewish Century*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2004.
- Smelser, Ronald y Rainer Zitelmann (eds.), *Die Braune Elite*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1989.
- , Enrico Syring y Rainer Zitelmann (eds.), *Die Braune Elite II*, Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1993.
- Smith, Helmut Walser, *The Butcher's Tale*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 2002.
- , *The Continuities of German History*, Nueva York: Cambridge University Press, 2008.
- (ed.), *The Oxford Handbook of Modern German History*, Nueva York: Oxford University Press, 2011.
- Snyder, Timothy, *Black Earth: The Holocaust as History and Warning*, Nueva York: Tim Duggan Books, 2015. [Hay trad. cast. de Paula Aguiriano et al.: *Tierra negra: el Holocausto como historia y advertencia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2015.]
- , *Bloodlands: Europe Between Hitler and Stalin*, Nueva York: Basic Books, 2010. [Hay trad. cast. de Jesús de Cos: *Tierras de sangre: Europa entre Hitler y Stalin*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2017.]
- Sontag, Susan, *Regarding the Pain of Others*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2002. [Hay trad. cast. de Aurelio Major: *Ante el dolor de los demás*, Madrid: Alfaguara, 2003.]
- Spicer, Kevin P., *Hitler's Priests: Catholic Clergy and National Socialism*, DeKalb: Northern Illinois University Press, 2008.

- , *Resisting the Third Reich: The Catholic Clergy in Hitler's Berlin*, DeKalb: Northern Illinois University Press, 2004.
- Spiliotis, Susanne-Sophia, *Verantwortung und Rechtfrieden: Die Stiftungsinitiative der deutschen Wirtschaft*, Fráncfort: S. Fischer, 2003.
- Spoerer, Mark, *Zwangsarbeit unter dem Hakenkreuz*, Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, 2001.
- Stangneth, Bettina, *Eichmann Before Jerusalem*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2014.
- Stargardt, Nicholas, *The German War: A Nation under Arms, 1939-1945*, Nueva York: Basic Books, 2015. [Hay trad. cast. de Ángeles Caso: *La guerra alemana: una nación en armas, 1939-1945*, Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2016.]
- , *Witnesses of War: Children's Lives under the Nazis*, Nueva York: Alfred A. Knopf, 2006.
- Staudinger, Hans, *The Inner Nazi: A Critical Analysis of «Mein Kampf»*, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1981.
- Steinlauf, Michael C., *Bondage to the Dead: Poland and the Memory of the Holocaust*, Siracusa, NY: Syracuse University Press, 1997.
- Steinweis, Alan E., *Kristallnacht 1938*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2009.
- Stephenson, Jill, *Hitler's Home Front: Württemberg under the Nazis*, Londres: Continuum, 2006.
- Stern, Fritz, *The Politics of Cultural Despair*, Berkeley: University of California Press, 1974.
- Stibbe, Matthew, *Women in the Third Reich*, Londres: Arnold, 2003.
- Stone, Dan, *Histories of the Holocaust*, Nueva York: Oxford University Press, 2010.
- , *The Liberation of the Camps*, New Haven, CT: Yale University Press, 2015.
- Straumann, Lukas y Daniel Wildmann, *Schweizer Chemieunternehmen im «Dritten Reich»*, Zúrich: Chronos, 2001.
- Streit, Christian, *Keine Kameraden: Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Bonn: J. H. W. Dietz Nachfolger, 1991.
- Stroop, Jürgen, *The Stroop Report*, Nueva York: Pantheon, 1979.

- Struve, Kai, *Deutsche Herrschaft, ukrainischer Nationalismus, antijüdische Gewalt: Der Sommer 1941 in der Westukraine*, Berlín: Walter de Gruyter, 2015.
- Tal, Uriel, *Christians and Jews in Germany: Religion, Politics, and Ideology in the Second Reich, 1870-1914*, Ithaca: Cornell University Press, 1975.
- Tec, Nechama, *Dry Tears: The Story of a Lost Childhood*, Nueva York: Oxford University Press, 1984.
- , *When Light Pierced the Darkness: Christian Rescue of Jews in Nazi-Occupied Poland*, Nueva York: Oxford University Press, 1986.
- Tent, James F., *In the Shadow of the Holocaust: Nazi Persecution of Jewish-Christian Germans*, Lawrence: University Press of Kansas, 2003.
- Todorov, Tzvetan, *The Fragility of Goodness: Why Bulgaria's Jews Survived the Holocaust*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 1999.
- Tooze, Adam, *The Deluge: The Great War, America, and the Remaking of the Global Order, 1916-1931*, Nueva York: Viking, 2014. [Hay trad. cast. de J. Rabasseda y T. de Lozoya: *El diluvio: la Gran Guerra y la reconstrucción del orden mundial (1916-1931)*, Barcelona: Crítica, 2016.]
- , *The Wages of Destruction: The Making and Breaking of the Nazi Economy*, Nueva York: Penguin, 2006.
- Trunk, Isaiah, *Judenrat: The Jewish Councils in Eastern Europe under Nazi Occupation*, Nueva York: Macmillan, 1972.
- , *Lodz Ghetto: A History*, Bloomington: Indiana University Press, 2006.
- Tschuy, Theo, *Dangerous Diplomacy: The Story of Carl Lutz, Rescuer of 62,000 Hungarian Jews*, Grand Rapids: William B. Eerdmans, 2000.
- Turner, Henry Ashby Jr., *General Motors and the Nazis*, New Haven, CT: Yale University Press, 2005.
- , *German Big Business and the Rise of Hitler*, Nueva York: Oxford University Press, 1985.
- , *Hitler's Thirty Days to Power*, Reading, MA: Addison-Wesley, 1996. [Hay trad. cast. de David León Gómez: *A treinta días del poder*, Barcelona: Edhasa, 2000.]
- United States Holocaust Memorial Museum, *Historical Atlas of the Holocaust*, Nueva York: Macmillan, 1996.

- Vagi, Zoltan *et al.*, *The Holocaust in Hungary*, Lanham, MD: Alta Mira Press, 2013.
- Van Pelt, Robert Jan, *The Case for Auschwitz: Evidence from the Irving Trial*, Bloomington: Indiana University Press, 2002.
- , «Nazi Ghettos and Concentration Camps: The Benefits and Pitfalls of an Encyclopedic Approach», *German Studies Review*, n.º 37 (2014), pp. 149-159.
- Van Rahden, Till, *Jews and Other Germans: Civil Society, Religious Diversity, and Urban Politics in Breslau, 1860-1925*, Madison: University of Wisconsin Press, 2000.
- Ventresca, Robert, *Soldier of Christ: The Life of Pope Pius XII*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2012.
- Vincent, C. Paul, «The Voyage of the *St. Louis* Revisited», *Holocaust and Genocide Studies*, n.º 25 (2011), pp. 252-289.
- Vital, David, *A People Apart: The Jews in Europe 1789-1939*, Oxford: Oxford University Press, 1999.
- Volkov, Shulamit, *Germans, Jews, and Antisemites*, Nueva York: Cambridge University Press, 2006.
- Wachsmann, Nikolaus, *KL: A History of the Nazi Concentration Camps*, Nueva York: Farrar, Straus and Giroux, 2015. [Hay trad. cast. de C. Belza y D. León: *KL: una historia de los campos de concentración nazis*, Barcelona: Crítica, 2015.]
- Waller, James, *Becoming Evil: How Ordinary People Commit Genocide and Mass Killing*, Nueva York: Oxford University Press, 2002.
- Walter, Dirk, *Antisemitische Kriminalität und Gewalt: Judenfeindschaft in der Weimarer Republik*, Bonn: J. H. W. Dietz Nachfolger, 1999.
- Ward, James Mace, *Priest, Politician, Collaborator: Jozef Tiso and the Making of Fascist Slovakia*, Ithaca: Cornell University Press, 2013.
- Wasserstein, Bernard, *The Ambiguity of Virtue: Gertrude van Tijn and the Fate of the Dutch Jews*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2014.
- , *On the Eve: The Jews of Europe Before the Second World War*, Nueva York: Simon & Schuster, 2012.

- Watson, Alexander, *Ring of Steel: Germany and AustriaHungary in World War I*, Nueva York: Basic Books, 2014.
- Watt, Richard M., *Bitter Glory: Poland and Its Fate 1918-1939*, Nueva York: Simon and Schuster, 1979.
- Weber, Eugen, *The Hollow Years: France in the 1930s*, Nueva York: W. W. Norton & Company, 1994.
- Weikart, Richard, *Hitler's Ethic: The Nazi Pursuit of Evolutionary Progress*, Nueva York: Palgrave Macmillan, 2009.
- Weiss-Wendt, Anton, *Murder Without Hatred: Estonians and the Holocaust*, Siracusa, NY: Syracuse University Press, 2009.
- (ed.), *The Nazi Genocide of the Roma*, Nueva York: Berghahn, 2013.
- Weitz, Eric D., *A Century of Genocide: Utopias of Race and Nation*, Princeton, NJ: Princeton University Press, 2003.
- Welzer, Harald, *Täter: Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder Werden*, Fráncfort: Fischer Taschenbuch, 2007.
- [En castellano puede leerse un libro conjunto con Sönke Neitzel, que también aborda el tema de los perpetradores: *Soldados del Tercer Reich: testimonios de lucha, muerte y crimen*, trad. de Gonzalo García, Barcelona: Crítica, 2012.]
- Westermann, Edward B., *Hitler's Police Battalions*, Lawrence: University Press of Kansas, 2005.
- Wette, Wolfram, *Feldwebel Anton Schmidt*, Fráncfort: S. Fischer, 2013.
- , *Karl Jäger: Mörder der litauischen Juden*, Fráncfort: S. Fischer, 2011.
- Whiteside, Andrew G., *The Socialism of Fools: Georg Ritter von Schönerer and Austrian Pan-Germanism*, Berkeley: University of California Press, 1975.
- Wildt, Michael, *Hitler's Volksgemeinschaft and the Dynamics of Racial Exclusion: Violence against Jews in Provincial Germany, 1919-1939*, Nueva York: Berghahn, 2012.
- , *An Uncompromising Generation*, Madison: University of Wisconsin Press, 2009.
- Winstone, Martin, *The Dark Heart of Hitler's Europe: Nazi Rule in Poland under the General Government*, Nueva York: I. B. Tauris, 2015.

- Wistrich, Robert S., *Antisemitism: The Longest Hatred*, Nueva York: Pantheon, 1991.
- , *Hitler and the Holocaust*, Nueva York: Modern Library, 2001. [Hay trad. cast. de Ricard Martínez i Muntada: *Hitler y el holocausto*, Barcelona: Mondadori, 2002.]
- Witte, Peter *et al.*, *Der Dienstkalender Heinrich Himmlers 1941/42*, Hamburgo: Christians, 1999.
- Wolf, Hubert, *Pope and Devil: The Vatican's Archives and the Third Reich*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2010. [Hay trad. al catalán: *El papa i el diable*, Lleida: Pagès, 2009.]
- Wünschmann, Kim, *Before Auschwitz: Jewish Prisoners in the Prewar Concentration Camps*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2015.
- Wyman, David S., *The Abandonment of the Jews: America and the Holocaust, 1941-1945*, Nueva York: Pantheon, 1984.
- , *Paper Walls: America and the Refugee Crisis, 1938-1941*, Nueva York: Pantheon, 1985.
- Wyman, Mark, *DP: Europe's Displaced Persons, 1945-1951*, Ithaca: Cornell University Press, 1998.
- Yisraeli, David, «The Third Reich and the Transfer Agreement», *Journal of Contemporary History*, n.º 6 (1971), pp. 129-148.
- Zimmerman, Joshua D., *The Polish Underground and the Jews, 1939-1945*, Nueva York: Cambridge University Press, 2015.
- (ed.), *Contested Memories: Poles and Jews during the Holocaust and Its Aftermath*, New Brunswick: Rutgers University Press, 2003.
- , *The Jews in Italy under Fascist and Nazi Rule, 1922-1945*, Nueva York: Cambridge University Press, 2005.
- Zimmermann, Moshe, *Wilhelm Marr: The Patriarch of Antisemitism*, Nueva York: Oxford University Press, 1986.
- Zuccotti, Susan, *The Italians and the Holocaust*, Nueva York: Basic Books, 1987.
- , *Père Marie-Benoît and Jewish Rescue*, Bloomington: Indiana University Press, 2013.

—, *Under His Very Windows: The Vatican and the Holocaust in Italy*, New Haven, CT: Yale University Press, 2000.

## Lista de figuras

1. Capas y solapamientos del antisemitismo
2. Votos antisemitas en la Alemania imperial
3. Voto antisemita en el Reichstag en la Alemania posterior a la primera guerra mundial
4. Compresión geográfica del Holocausto
5. El destino de un gueto: Łódź, 1940-1944
6. Dos fotos del *Informe Stroop*
7. Sistemas de gobierno e índices de mortalidad en el Holocausto
8. Rumanía, 1941-1944

# Notas

## Introducción

1. Judt, *Postwar*, p. 830.

## 1. El objetivo

1. Por escrito lo expuso con más elegancia: «el antisemitismo es un racimo de conductas agrupadas bajo un único nombre»; Gay, *Freud, Jews and Other Germans*, p. 13.

2. Motadel, *Islam*, pp. 56-60.

3. Langmuir, *Toward*, pp. 306, 328-352.

4. Sobre la Roma antigua, Lindemann y Levy, *Antisemitism*, pp. 38-40.

5. Sobre Freud, Samuel, Poliakov y Cohn, véase Hand y Katz, *PostHolocaust France*, pp. 177-184.

6. Lindemann y Levy, *Antisemitism*, pp. 64-65; Bauer, *History*, p. 9.

7. Para los ataques que culminan en el «libelo sangriento», Lindemann y Levy, *Antisemitism*, pp. 68-70, 74.

8. Sobre Lutero y Erasmo, Nirenberg, *Anti-Judaism*, pp. 254, 262, 266.

9. Lindemann, *Esau's Tears*, p. xiv.

10. Stern, *Politics*, p. 141.

11. Sobre Gobineau y Schlegel, véase Weitz, *Century*, pp. 33-35; Arvidsson, *Aryan*, pp. 26-30.

12. Sobre Galton y Ploetz, véase Burleigh y Wippermann, *Racial State*, pp. 29, 32.

13. Para las Patentes de Tolerancia, Beller, *Antisemitism*, pp. 33-34; Meyer, *German-Jewish History*, vol. 2, pp. 16-17.

14. Hochstadt, *Sources*, p. 24.

15. Para las cifras de población del campo y las ciudades, Mitchell, *Statistics*, pp. 3-15.

16. Sobre la aparente desproporción de los judíos en determinados campos, y para las cifras correspondientes, Slezkine, *Jewish Century*, pp. 47-50; Pulzer, *Rise*, p. 12; Hamann, *Hitler's Vienna*, pp. 327-328; Elon, *Pity*, p. 259.

17. Elon, Pity, p. 274.

18. Sobre Dreyfus y Beilis, Lindemann, *Jew Accused*, *passim*.

19. *Ibid*, p. 60.

20. *Ibid*, p. 126.

## 2. Los atacantes

1. Sobre Herder, véase Burleigh y Wippermann, *Racial State*, p. 25; Smith, *Handbook*, pp. 242-243; Arvidsson, *Aryan*, pp. 26, 29, 74-75.

2. Sobre Fichte, véase Katz, *Prejudice*, pp. 57-59; Smith, *Handbook*, pp. 245-246.

3. En cuanto a los Grimm, Smith, *Handbook*, p. 263.

4. Para *El judaísmo en la música*, Katz, *Darker Side*, pp. 33-46.

5. Sobre los disturbios de Hep-Hep, véase Hoffmann *et al.*, *Exclusionary Violence*, pp. 23-42.

6. Aly, *Why*, p. 34.

7. Katz, *Prejudice*, p. 252.

8. *Ibid*, p. 253.

9. *Ibid*, p. 256.

10. Hochstadt, *Sources*, p. 27.

11. Levy, *Antisemitism*, vol. 1, p. 21.

12. Sobre la derrota de Stoecker, Pulzer, *Rise*, p. 87.

13. Para los resultados del Partido Progresista, Ritter, *Wahlgeschichtliches Arbeitsbuch*, p. 39.

14. Para los datos de la Figura 2, *ibid*, pp. 40-41, 146.

15. Sobre las características de la base electoral, Pulzer, *Rise*, pp. 189-190; Lindemann y Levy, *Antisemitism*, p. 130.

16. Para el eslogan del partido, Levy, *Downfall*, p. 58.

17. Sobre Marruecos y el «negocio», Zimmermann, *Marr*, p. 103.

18. Para Krupp y el reparto habitual en los distritos electores, Ritter, *Wahlgeschichtliches Arbeitsbuch*, pp. 133-135 (Prusia), pp. 164-166 (Sajonia).

19. Lindemann, *Esau's Tears*, p. 149.

20. Para la población judía, la tasa de natalidad, los matrimonios mixtos o de cónyuges judíos, la inmigración y el traslado a las zonas urbanas, Richarz, *Leben*, vol. 2, pp. 12-23.

21. Sobre la concentración profesional, *ibid*, pp. 23-34.

22. En cuanto a los inmigrantes judíos originarios de Polonia, *ibid*, pp. 18-19.

23. Elon, *Pity*, p. 255.

24. Vital, *People Apart*, p. 135.

25. Richarz, *Leben*, vol. 2, p. 32.

26. Para la integración del antisemitismo en el «código cultural», Volkov, *Germans*, p. 115.

27. Para la actuación del estado prusiano, Smith, *Butcher's Tale*.

28. Sobre estos industriales, Elon, *Pity*, pp. 265-267.

29. Para los resultados de 1912, *ibid*, p. 293; Levy, *Downfall*, p. 250.

30. Para el antisemitismo como *Kinderkrankheit*, Gay, *Freud, Jews, and Other Germans*, p. 15.

31. Sobre el «recuento de judíos», Levy, *Antisemitism*, vol. 1, pp. 371-372; Pulzer, *German State*, pp. 205-206; Elon, *Pity*, pp. 338-339; Rosenthal, *Ehre*, *passim*.

32. Hitler, *Mein Kampf*, p. 679.

33. Para Guillermo II y Ludendorff, Tooze, *Deluge*, p. 135; Liulevicius, *War Land*, p. 198.

34. Para los actos violentos véase Walter, *Kriminalität*; Hecht, *Juden*.

35. En cuanto a la Figura 3, J. Falter *et al.*, *Wahlen*, p. 44.

36. Sobre los orígenes de los *Protocolos*, Segel, *A Lie*, pp. 65-69; Bronner, *Rumor*, pp. 80-88.

37. Hitler, *Mein Kampf*, p. 307.

38. Para las compensaciones y la deuda, Tooze, *Deluge*, pp. 369, 444; Balderston, *Economics*, pp. 20-21.

39. Sobre los disturbios del Scheunenviertel, Hoffmann *et al.*, *Exclusionary*, pp. 123-140.

40. Uno de los predecesores ideológicos de Hitler en Viena, Jorg Lanz von Liebenfels, acuñó el término de «teozoología» en un libro que publicó en 1904.

41. Konrad Heiden, citado en Rees, *Charisma*, p. 28.

42. Aly, *Why*, p. 11.

43. Para el discurso, Hamann, *Hitler's Vienna*, p. 212.

44. Sobre el carácter «irreflexivo», Arendt, *Eichmann*, pp. 49, 287-288; compárese con Stangneth, *Eichmann*, pp. 201-202, 217-219.

45. Rauschning, *Voice*, p. 220.

46. Para el programa de los Veinticinco Puntos, Noakes y Pridham, *Nazism*, vol. 1, pp. 14-16.

47. Sobre los programas formulados en 1931 y el discurso de Göring, Adam, *Judenpolitik*, pp. 26-31.

48. Sobre la «tuberculosis racial» y Robert Koch, Fest, *Hitler*, p. 212; Kershaw, *Hitler*, vol. 2, p. 470.

49. Allen, *Seizure*, p. 142; Wistrich, *Hitler*, p. 45.

50. Fest, *Face*, p. 296.

51. Sobre Hirschfeld, véase Beachy, *Gay Berlin*, pp. 160-186; sobre Fromm, Aly y Sontheimer, *Fromms*.

52. Los datos se toman de Balderston, *Economics*, p. 79; Overy, *Recovery*, p. 20; James, *Slump*, p. 357.

53. Sobre las campañas nazis, Bracher, *Dictatorship*, pp. 179, 182.

54. Para Norheim, véase Allen, *Seizure*, pp. 88-89, 126, 142.

55. Noakes y Pridham, *Nazism*, vol. 1, p. 84.

56. Sobre el atractivo del partido, Mühlberger, *Social Bases*, pp. 71-80.

57. Stibbe, *Women*, p. 17.

58. Turner, *Thirty Days*, p. 1.

59. Allen, *Seizure*, p. 84.

### 3. La escalada

1. Sobre el abordaje de la «cuestión judía» en dos niveles, Barkai, *Boycott*, capítulo 2.

2. Kaplan, *Between*, p. 5.

3. Sobre el empobrecimiento progresivo de los judíos, Barkai, *Boycott*, pp. 106-108, y Bajohr, *Aryanisation*, p. 108.

4. Tooze, *Wages*, p. 221.

5. Noakes y Pridham, *Nazism*, vol. 3, p. 73.

6. Véase *ibid*, pp. 72-79.

7. Cesarani, *Final*, pp. 164-165.

8. Sobre la evolución violenta de muchos ciudadanos, véase Steinweis, *Kristallnacht* y, como información de fondo, Wildt, *Volksgemeinschaft*, capítulos 5-7.

9. Sobre estas detenciones, humillaciones y fallecimientos, Wunschmann, *Before Auschwitz*, pp. 197, 204.

10. Con respecto a las compañías de seguros, Feldman, *Allianz*, pp. 221, 227.

11. Véase Hayes, *How*, pp. 172-173.

12. Adam, *Judenpolitik*, p. 235.

13. Breitman y Lichtman, *FDR*, p. 120.

14. Para la planificación, Browning, *Origins*, p. 86; Gerwarth, *Hangman*, pp. 179-181; Cesarani, *Final*, pp. 300-301.

15. Breitman, *Architect*, p. 119.

16. Sobre el encargo de Göring a Heydrich, Roseman, *Wannsee*, p. 53.

17. Sobre estas matanzas, Burds, *Rovno*, pp. 20-21.

18. Véase Megargee, *Annihilation*, p. 125.

19. Sobre Serbia, Browning, *Origins*, pp. 334-346.

20. Sobre la *Selbstgleichschaltung* y la reacción de los diplomáticos, Hayes, *How*, pp. 111-117.

21. Sobre el movimiento de ejecutivos como Siemens y Bosch, y la reacción de Krupp a las amenazas de los camisas pardas, Berenbaum y Peck, *Holocaust and History*, pp. 198-199.

22. Sobre Degussa, Hayes, *From Cooperation*, p. 38.

23. Para los comentarios de Weizsäcker, Hayes, *How*, p. 113.

24. Para las palabras de Roessler, Hayes, *From Cooperation*, p. 26.

25. *Ibid*, p. viii.

26. Haffner lo cuenta en *Defying*, pp. 150-151.

27. *Ibid*, pp. 290-291.

28. Noakes y Pridham, *Nazism*, vol. 2, p. 252.

29. Sobre los lazos cortados, Fulbrook, *Dissonant*, pp. 103-113.

30. Véase Kershaw, *Hitler*, vol. 1, p. 529.

31. Sobre la perversión del pensamiento entre los jóvenes, Fulbrook, *Dissonant*, pp. 136-139.

32. Sobre Ernst Busemann, Hayes, *From Cooperation*, pp. 88-90, 9398 («resulta inútil nadar contra la corriente», p. 90).

33. En cuanto a Potsdam y Kiel, Bankier, *Germans*, pp. 70-71.

34. Sobre Magdeburgo, Kulka y Jäckel, *Jews*, p. 155.

35. Sobre los agricultores y los tratantes de ganado, Stephenson, *Home Front*, pp. 139-140.

36. Para las expresiones de disgusto, Schrafstetter y Steinweis, *Germans*, pp. 9, 60, 67-68.

37. Kulka y Jäckel, *Jews*, p. 529.

38. *Ibid*, pp. 537-542.

39. Browning, *Origins*, p. 390.

40. *Ibid*; Stargardt, *German War*, p. 242; Bajohr y Pohl, *Holocaust*, p. 56.

41. Sobre el cambio de actitud en el asunto de los transportes, Morehouse, *Berlin*, pp. 168, 171.

42. Para estas dos categorías, Büttner, *Not*, pp. 11-71; Tent, *Shadow*, pp. 1-19; Meyer, *Balancing Act*, p. 346; Gruner, *Widerstand*, pp. 178-189.

43. Sobre el «acuerdo de traslado», las emigraciones financiadas y el 1,5 %, véase Bauer, *Brother's*, pp. 128-129; Barkai, *Boycott*, pp. 51-53, 100-104; Barkai, «German Interests», pp. 245, 251-252, 261-266; Yisraeli, «Third Reich», pp. 139, 141-142, 147.

44. Para las posibilidades de ser aceptado en el extranjero, Barkai, *Boycott*, pp. 55, 153-154; Kaplan, *Between*, pp. 138-144; Richarz, *Leben*, vol. 3, pp. 49, 51-52; Wasserstein, *Eve*, p. 417.

45. Sobre la respuesta colectiva realmente posible, Bauer, *Brother's*, pp. 105-137, 257-258; Barkai, *Boycott*, 85-99; Barkai, *Centralverein*, pp. 307-317; Richarz, *Leben*, vol. 3, pp. 42-47; Benz, *Juden*, capítulo 4.

46. Sobre la inutilidad del esfuerzo y la degeneración de la Reichsvereinigung, Meyer, *Balancing*, capítulos 1-2; Richarz, *Leben*, vol. 3, pp. 5864; Benz, *Juden*, pp. 71-74.

47. Para Viena, Rabinovici, *Eichmann's*, pp. 2-3, 119, 129-131.

48. Sobre este ejemplo de crueldad, Meyer, *Balancing*, pp. 158-161; Moorhouse, *Berlin*, pp. 268-271.

49. Para la actitud de los partidarios del apaciguamiento, Cesarani, *Final*, p. 216.

50. Caron, *Uneasy*, pp. 196-200; McCullough y Wilson, *Violence*, pp. 54-69.

51. *Ibid*, p. 144.

52. Sobre las distribuidoras cinematográficas véase Doherty, *Hollywood*, p. 38.

53. Sobre el uso de las tarjetas perforadas, Meyer, *Balancing*, p. 127.

54. Sobre estos experimentos, Wachsmann, *KL*, p. 453.

55. En cuanto a Opel, Turner, *General Motors*, pp. 42-44, 86-103.

56. Sobre la Ford de Colonia, Ford Motor Co., *Findings*, pp. 35-40.

## 4. La aniquilación

1. Sobre la compresión temporal y espacial, Browning, *Ordinary Men*, p. xv; Hilberg, *Destruction*, p. 1321; Stargardt, *Witnesses*, p. 9; Dwork, *Children*, p. xi.

2. En cuanto a este temor, Roseman, *Wannsee*, pp. 63-64; Rhodes, *Masters*, pp. 150-154, 167-168, 223-228.

3. Sobre la participación, más o menos reticente, de los expertos, Bryant, *Confronting*, pp. 37-38.

4. Para esta propaganda, Proctor, *Racial Hygiene*, pp. 181-185.

5. Sobre la desaparición de las posibles objeciones religiosas, Bryant, *Confronting*, p. 27.

6. *Ibid*, pp. 43-44.

7. Para esta innovación de Lange, Browning, *Fateful*, p. 59.

8. Para la 14f13, Wachsmann, *KL*, pp. 250-258.

9. Sobre esta fase de Dachau, Morsch y Perz, *Studien*, pp. 241, 338-340.

10. Browning, *Origins*, pp. 283, 304.

11. Sobre la actitud hacia los judíos, Griech-Polelle, *Bishop*, pp. 107-108, 113-114, 118, 150-151.

12. Sobre el traslado y las fechas de aplicación de la experiencia, Berger, *Experten*, pp. 30, 34-36; Bryant, *Eyewitness*, pp. 3, 54, 78, 151, 159, 161; Arad, *Belzec*, pp. 17-19.

13. Hochstadt, *Sources*, pp. 116-117.

14. Sobre las obras de Belžec, Browning, *Origins*, pp. 360-365; véase también Witte *et al.*, *Dienstkalender*, pp. 233-234.

15. Montague, *Chelmno*, pp. 49-53.

16. Sobre esta solución técnica, Browning, *Fateful Months*, pp. 57-62; Cüppers, *Rauff*, pp. 109-118.

17. Sobre su letalidad, Hayes, *From Cooperation*, p. 273.

18. *Ibid*, pp. 293, 296-297.

19. Sobre esta prohibición véase Arad *et al.*, *Documents*, pp. 153-154.

20. Cesarani, *Final*, pp. 454-455.

21. Para el plan expuesto por Heydrich, Hochstadt, *Sources*, pp. 132-136.

22. Para la información de Rosenberg, Browning, *Origins*, pp. 403-404; Matthäus y Bajohr, *Political Diary*, pp. 385-389, cita en p. 388.

23. Fritzsche, «The Holocaust», p. 604.

24. Hilberg, *Destruction*, vol. 1, pp. 49-59.

25. Sobre la mortalidad en Chełmno, Montague, *Chełmno*, pp. 185-188.

26. Berger, *Experten*, pp. 49, 96; Arad, *Belzec*, p. 25; Kuwalek, *Belzec*, pp. 61-62, 66-67.

27. Sobre las cifras de muertes y supervivientes de los campos de la Operación Reinhard: Berger, *Experten*, pp. 9, 52, 64, 116, 140-141, 177, 252-255, 272, 276, 388; Bryant, *Eyewitness*, pp. 5-7, 99, 110, 113, 125; Arad, *Belzec*, pp. 84, 87, 99, 127-130, 258-269, 341-348; Schelvis, *Sobibor*, pp. 197-198; Kuwalek, *Belzec*, pp. 14, 170, 225-227, 244-246.

28. Sobre el segundo grupo de los campos de exterminio: Gruner, *Jewish*, pp. 217-229, 255-256; Gutman y Berenbaum, *Anatomy*, p. 114; Hayes, *Industry*, pp. 347-360; Długoborski y Piper, *Auschwitz*, vol. 2, 100-136; Megargee, *Encyclopedia*, vol. II, pp. 875-888; Morsch y Perz, *Studien*, pp. 219-227; Mailänder, *Female*, pp. 172-173.

29. Sobre los muertos y supervivientes de Auschwitz, Hayes, «Capital», p. 330.

30. Para la letalidad de Majdanek, Mailänder, *Female*, p. 44.

31. Sobre Mauthausen, Wachsmann, *KL*, pp. 163-166, 214; Morsch y Perz, *Studien*, pp. 126-128, 244-259; Caplan y Wachsmann, *Camps*, p. 131; Jardim, *Mauthausen*, pp. 54-56; Megargee, *Encyclopedia*, vol. II, pp. 900-907; Horwitz, *Shadow*, pp. 17-18.

32. Para los campos de la Durchgangstrasse IV y Janowska, véase Brandon y Lower, *Shoah*, pp. 190-223, 324.

33. Sobre el saqueo colosal, Hayes, «Capital», p. 337; Hochstadt, *Sources*, pp. 170-178; Arad, *Belzec*, pp. 154-164; Berger, *Experten*, p. 180; Montague, *Chelmo*, p. 88.

34. Sobre los Países Bajos, Dean, *Robbing*, p. 285.

35. Véase Montague, *Chelmo*, pp. 76-84.

36. Para la relación de IG Farben y Auschwitz, Dwork y Van Pelt, *Auschwitz*, pp. 207-208.

37. Sobre los pueblos a lo Potemkin, véanse los mapas con claves de Arad, *Belzec*, pp. 34-35, 38-39.

38. Para la cantidad y el coste del Zyklon empleado en Auschwitz, Hayes, *From Cooperation*, p. 295.

39. Długoborski y Piper, *Auschwitz*, vol. 5, p. 102.

40. Hagen, *German History*, p. 343.

41. Sobre los alemanes y los *Hiwis* de Belzec, Sobibór y Treblinka, véase Berger, *Experten*, pp. 138, 218; Arad, *Belzec*, pp. 19, 22; Kuwalek, *Belzec*, pp. 79-80, 111.

42. Black, «Foot Soldiers», p. 7.

43. Berger, *Experten*, pp. 329-330.

44. Sobre la ausencia de números rojos, Bryant, *Confronting*, p. 39.

45. Sobre la prioridad, el ritmo y el equipamiento de los trenes de la deportación, Mierzejewski, *Asset*, vol. 2, pp. 117-119; Hilberg, *Sonderzüge*, pp. 59, 81-82, 86; Gerlach y Aly, *Kapitel*, p. 273; Lichtenstein, *Tod*, pp. 22, 34, 51-53, 96, 105, 135.

46. Para la estadística de los trenes alemanes y húngaros, Mierzejewski, *Asset*, vol. 2, pp. 127, 166; Gall y Pohl, *Eisenbahn*, pp. 228, 239; Lichtenstein, *Tod*, p. 14; Pätzold y Schwarz, *Bahnhof*, pp. 104-106.

47. Véase Hilberg, *Sonderzüge*, pp. 208-212; Arad, *Belzec*, pp. 52, 6566; Mierzejewski, *Asset*, vol. 2, p. 117; Lichtenstein, *Tod*, p. 67.

48. Para la doctrina del «motivo vil», véase Bryant, *Eyewitness*, pp. 92-94.

49. Sobre la «disonancia cognitiva» véase Newman y Erber, *Understanding*, pp. 52-54.

50. Breitman, *Architect*, p. 196.

51. Lower, *Furies*, p. 93.

52. Westermann, *Hitler's*, p. 15.

53. Sobre la «ética dicotómica», la «gramática moral de la camaradería» y el exceso de «debilidad», Kühne, *Belonging*, pp. 59, 87, 167.

54. Beorn, *Marching*, p. 241.

55. Römer, *Kameraden*, p. 465.

56. Welzer, *Täter*, p. 31.

57. Berger, *Experten*, p. 312.

58. Sobre Neuser y Glas, Mierzejewski, *Asset*, vol. 2, pp. 125-126.

59. Sobre Oskar Gröning, Rees, *Auschwitz*, pp. 155-158.

60. Sobre el porcentaje de graduados y de *Volksdeutsche*, Hayes, «Capital», p. 336. Sobre la predominancia de *Volksdeutsche* y *Hiwis* entre los guardias de Majdanek, Mailänder, *Female*, pp. 67, 146-147.

61. Véase Lower, *Furies*, pp. 6-7, 21.

62. Lower, *ibid*, p. 111. Sobre la violencia de las guardias de Majdanek, véase Mailänder, *Female*, pp. 71-72, 274-279.

63. Lower, *Furies*, p. 155.

64. Hayes, *How*, pp. 658-674.

65. Wette, *Feldwebel*, pp. 234-235.

66. *Ibid*, pp. 139-142.

67. Segev, *Soldiers*, p. 214.

68. Véase Wildt, *Generation*, pp. 23, 458.

69. Berger, *Experten*, pp. 292-293.

70. Sobre la movilidad social, la formación esmerada y el historial de implicación de los líderes de la RSHA, véase Wildt, *Generation*, pp. 38-47, 429-432. Véase también Ingrao, *Believe*, pp. 17-31, y Perz, «Austrian Connection», pp. 418-419.

71. Sobre el adoctrinamiento del personal de la T4, Berger, *Experten*, pp. 302-304, 316-318.

72. Kershaw, *Hitler*, vol. 2, pp. 401-402.

73. Para la comparación con la expansión de Estados Unidos, Tooze, *Wages*, pp. 8-11, y Fritzsche, «The Holocaust», p. 601.

74. Véase Mann, *Dark Side*, pp. 276, 278.

75. Breitman, *Architect*, p. 4.

76. Smelser y Zitelmann, *Braune Elite*, p. 100.

77. *Ibid*, p. 105.

78. Para las descripciones que Burckhardt y Hitler hicieron de Heydrich, Fest, *Face*, pp. 100, 110.

79. Smelser y Zitelmann, *Braune Elite*, p. 111.

80. Sobre el papel de Höfle, Berger, *Experten*, pp. 79-81; Arad, *Belzec*, pp. 44-45.

81. Sobre Eichmann en los años treinta, Cesarani, *Becoming*, capítulo 2; Rabinovici, *Eichmann's*, pp. 35-36.

82. Véase Stangneth, *Before*, pp. 221-230, 242-281, 302-307.

83. Fest, *Face*, pp. 277, 284.

84. Smelser y Zitelmann, *Braune Elite*, p. 167.

85. Mann, *Dark Side*, pp. 244-245.

86. El mejor análisis de estas dos últimas figuras se encuentra en Allen, *Business, passim*; los estudios más completos sobre el imperio económico de las SS son Kaienburg, *Wirtschaft*; Naasner, *SSWirtschaft*.

87. Para este discurso de Himmler véase Hochstadt, *Sources*, pp. 163-165.

88. Véase Craig, *Germany*, p. 638.

89. Sobre la abundancia de la información y el temor expreso de los alemanes, Bajohr y Pohl, *Holocaust*, pp. 59-72; Longerich, *Davon*, pp. 223-240.

90. Para el diario de Curt Prüfer, McKale, *Rewriting*, p. 11.

91. Para las notas del diario de Klemperer, véase su *I Will*, vol. II, pp. 28, 41, 155, 371.

92. Fritzsche, *Life*, p. 286.

93. Sobre las palabras de Goebbels en *Das Reich* y el «rumor» recogido por el *Völkischer Beobachter*, Bajohr y Pohl, *Holocaust*, p. 57; Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, pp. 276, 337-338.

94. Véase Longerich, *Davon*, p. 201.

95. *Ibid*, pp. 325-326.

96. Sobre la resistencia de unos 10.000 judíos y la experiencia de Konrad Latte en particular, Schneider, «Saving», pp. 52-57.

97. Para Arndt y Krakauer, Moorhouse, *Berlin*, pp. 180, 295.

98. Sobre las propiedades confiscadas reunidas en Hamburgo, Bajohr, *Aryanization*, p. 279; Aly, *Beneficiaries*, pp. 127-129. Véase también Mierzejewski, *Asset*, vol. 2, p. 127; Fritzsche, *Life*, pp. 258-259.

99. Véase Aly, *Beneficiaries*, pp. 94-152.

100. Sobre las protestas «en silencio» y los «trabajos manuales», Gruner, *Rosenstraße*, pp. 139, 200. Véase también Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, p. 425.

101. Sobre el efecto radicalizador de la resistencia real en la política nazi, el ejemplo clásico son las medidas con las que se respondió a la huelga general de 1941 en los Países Bajos; véase Moore, *Victims*, pp. 72-73; Presser, *Ashes*, pp. 56-57.

102. Para las estadísticas de los trabajadores forzados, véase Hayes, *How*, pp. 315-330.

103. Sobre el coste, Tooze, *Wages*, pp. 534-537; Spoerer, *Zwangsarbeit*, pp. 183-190; Hayes, *From Cooperation*, pp. 262-264, 268-271; Wachsmann, *KL*, p. 452.

104. Sobre la distinta suerte de las mujeres y los hombres que trabajaron en Gliwice, Hayes, *From Cooperation*, pp. 267-268.

105. Véase Neander, *Beispiel*, p. 59.

106. Sobre la relación del sistema de trabajo esclavo con la población activa, véase Overy, *War*, pp. 291-311.

107. Para este programa, Barkai, *Boycott*, pp. 159-162.

108. Para la extensión a Polonia, Browning, *Nazi Policy*, pp. 61-65.

109. Sobre esta autopista y la Organización Schmelt, Gruner, *Jewish*, pp. 214-229; Gutterman, *Narrow*, pp. 43-55.

110. Véase Pohl, *Holzmann*, pp. 264-265.

111. Sobre Volkswagen e IG Farben, Mommsen, *Volkswagenwerk*, pp. 433-441, 496-515; Hayes, *Industry and Ideology*, pp. 347-353.

112. Para el Proyecto Gigante, Pohl, *Holzmann*, pp. 266-267; Gutterman, *Narrow*, capítulo 8.

113. Véase Deak, *Europe*, p. 59.

114. Sobre la falta de asignación de trabajos en Auschwitz, Hayes, «Capital», p. 337.

115. Sobre la falta de beneficios general, y la excepción, véase Wachsmann, *KL*, pp. 405-406; Tooze, *Wages*, p. 630.

116. Para la evolución de las tasas de selección y mortalidad de las mujeres en Auschwitz, Długoborski y Piper, *Auschwitz*, vol. II, pp. 180-182; Gutman y Berenbaum, *Anatomy*, p. 466; Wachsmann, *KL*, pp. 353, 455, 477-478.

117. Sobre Starachowice, véase Browning, *Remembering*, *passim*.

118. Sobre Skarżysko-Kamienna, véase Ofer y Weitzman, *Women*, pp. 285-309.

119. Para la producción de municiones, Karay, *Death*, p. 70.

120. Sobre el diseño, concepto, dimensiones y condiciones de trabajo en Dora, Sellier, *History*, pp. 31-32, 511-515; Neander, *Mittelbau*, pp. 179-184, 189-195; Allen, *Business*, pp. 222-232; Neufeld, *Rocket*, pp. 208-213, 224-228; Wachsmann, *KL*, pp. 444-447; Neander, *Beispiel*, *passim*.

121. Sobre la producción de cohetes y la relación de los fallecidos en Dora (26.500) y quienes perdieron la vida por efecto de los cohetes (15.386), Wachsmann, *KL*, pp. 453-454; Seiler, *History*, pp. 398, 403-404. Para el efecto letal adicional de la producción de V-2 en Mauthausen, véase Horwitz, *Shadow*, pp. 20-21.

122. Sobre el programa «Grupo de Cazas», Allen, *Business*, pp. 232-239; Tooze, *Wages*, pp. 627-634; Wachsmann, *KL*, pp. 448-451.

123. Para la fluctuación de las tasas de mortalidad, Buggeln, *Slave*, pp. 27-32.

124. Sobre la finalidad de salvar la maquinaria, Gregor, *DaimlerBenz*, pp. 194-196, 221-252.

125. Hayes, «Capital», p. 347.

126. Neander, *Mittelbau*, p. 55.

127. Sobre este coste, Wachsmann, *KL*, p. 410.

128. Sobre las marchas de retirada desde Auschwitz y Gross-Rosen, Blatman, *Marches*, pp. 81-105; Rees, *Auschwitz*, p. 264; Wachsmann, *KL*, pp. 554-557.

129. Para la marcha de Stutthof y la matanza de Palmnicken, Blatman, *Marches*, pp. 111-125.

130. Sobre los campos que recibían a los grupos de presos en retirada, Morsch y Perz, *Neue Studien*, p. 25; Stangneth, *Eichmann*, p. 53; Bessel, *1945*, p. 50; Blatman, *Marches*, pp. 127-132; Buggeln, *Slave*, pp. 60-61.

131. Sobre Bergen-Belsen, Blatman, *Marches*, pp. 132-136; Rees, *Auschwitz*, pp. 265-267; Stone, *Liberation*, p. 83.

132. Blatman, *Marches*, pp. 53-54, 137; Wachsmann, *KL*, pp. 572-576.

133. Blatman, *Marches*, pp. 154, 181.

134. Blatman, *Marches*, pp. 155-179; Wachsmann, *KL*, p. 580.

135. Sobre las muertes de Buchenwald, Blatman, *Marches*, p. 152.

136. Sobre el bombardeo británico, Bessel, *1945*, p. 52.

137. Sobre Dachau, Mauthausen y los subcampos respectivos, Blatman, *Marches*, pp. 197-217; Jardim, *Mauthausen*, pp. 59-60.

138. Blatman, *Marches*, p. 242.

## 5. Las víctimas

1. Henry, *Resistance*, p. 51.

2. Arad, *Belzec*, pp. 98-99.

3. Henry, *Resistance*, pp. 129-130; Gilbert, *Holocaust*, pp. 574-575.

4. Sobre estas cifras de movimientos clandestinos en los guetos y campos polacos véase Gutman y Krakowski, *Unequal*, p. 106.

5. Las citas de Arendt proceden de *Eichmann*, p. 117.

6. Bauer, *Rethinking*, p. 120.

7. Probablemente Hilberg está en lo cierto: Hilberg, *Destruction*, p. 1106.

8. Sobre la cantidad de judíos en las unidades de la resistencia, Henry, *Resistance*, pp. xix, xxv, xxvii, xxxiii, 142-157, 168-175, 201-219, 432-437; Bauer, *Rethinking*, pp. 137-139.

9. Véase Hochstadt, *Sources*, pp. 87-89.

10. Sobre los *Judenräte* y Viena, Rabinovici, *Eichmann's*, p. 40.

11. Sobre el caso de Łódź, Dobroszycki, *Chronicle*, p. xlvi; Trunk, *Judenrat*, p. 23; Trunk, *Lodz*, pp. xxxiii, 34.

12. Sobre la zona del gueto de Łódź, *ibid*, p. 16.

13. Para la población del gueto de Łódź me baso en Dobroszycki, *Chronicle*, xxxix, pero Horwitz (*Ghettostadt*, p. 335) habla de 163.777, y Trunk (*Lodz*, xxx), de «unos 164.000».

14. Para la zona y la población del gueto de Varsovia, Engelking y Leociak, *Warsaw*, p. 49; Gutman, *Jews*, p. 63.

15. Sobre la mayor permeabilidad de Lublin y muchos de los emplazamientos menores, Perehodnik, *Am I?*, p. 68.

16. Para el dato de la población rural, Silberklang, *Gates*, pp. 29, 212-214.

17. Browning, *Path*, pp. 28-56.

18. Redner, *Policeman*, pp. 86, 106.

19. Adelson, *Diary*, pp. 176-177.

20. Trunk, *Judenrat*, pp. 29-35, 368-387; Corni, *Ghettos*, pp. 172-189; Wasserstein, *Ambiguity*, p. 154.

21. Para la Figura 5, Dobroszycki, *Chronicle*, pp. xxxix, lxvi, 50, 52, 107, 193, 314, 352, 444, 519; Trunk, *Lodz*, pp. xlvi-xlvii.

22. Lensky, *Physician*, p. 163.

23. Sobre la ilusión de la utilidad, Redner, *Policeman*, pp. 127-128.

24. Hayes, *Lessons I*, p. 11.

25. Perechodnik, *Am I?*, p. 12 (introduzco ligeras modificaciones en la traducción del polaco, por gentileza de mi colega Jacek Nowakowski). Véase también Redner, *Policeman*, p. 175.

26. Para las medidas de camuflaje de los nazis, por ejemplo, Horwitz, *Ghettostadt*, pp. 283-284; Wasserstein, *Ambiguity*, pp. 141-142; Redner, *Policeman*, p. 166.

27. Sobre la alternancia de estímulos y amenazas, Dawidowicz, *War*, p. 301; Dobroszycki, *Chronicle*, pp. 125, 164-165; Horwitz, *Ghettostadt*, pp. 277-279; Corni, *Ghettos*, p. 69; Wasserstein, *Ambiguity*, p. 141.

28. Sobre los procedimientos de deportación de los Países Bajos, Moore, *Victims*, pp. 91-97, 109; Wasserstein, *Ambiguity*, pp. 138-139, 193, 195.

29. Se cita a Rosenblatt en Bauer, *Rethinking*, pp. 80-81.

30. Para la conducta de Asscher y Cohen, Wasserstein, *Ambiguity*, pp. 174-176.

31. Según David Daube, véase *ibid*, p. 251.

32. Para el discurso de Rumkowski, Trunk, *Lodz*, pp. 272-275.

33. Sobre los empleados en la administración y la policía de Łódź, *ibid*, pp. 38, 40, 44; de Varsovia, Gutman, *Encyclopedia*, p. 1609; Engelking y Leociak, *Ghetto*, p. 409. Véase también Corni, *Ghettos*, p. 74.

34. Sobre Szeryński y la policía del gueto de Varsovia, Trunk, *Judenrat*, pp. 475-494, 498-501, 552-553; Gutman, *Jews*, pp. 88-90, 237-240; Corni, *Ghettos*, pp. 107-111; Perehodnik, *Am I?*, p. 104.

35. Sobre la extorsión y corrupción de la policía, y las patrullas de a pie, Redner, *Policeman*, pp. 130-135, 155-160.

36. Sobre la composición de la Ordedienst neerlandesa, Moore, *Victims*, pp. 220-221; Wasserstein, *Ambiguity*, pp. 190-191; Cesarani, *Final*, pp. 679, 681-682.

37. Para la ingesta diaria, *ibid*, pp. 274-275.

38. En la Varsovia de 1941. El cálculo más bajo es de Gutman, *Encyclopedia*, p. 1609, y el superior de Bauer, *History*, p. 170.

39. Perehodnik, *Am I?*, pp. 232-233.

40. Gutman, *Jews*, p. 64.

41. Para las bajas de alemanes y judíos durante el levantamiento del gueto de Varsovia, véase Engelking y Leociak, *Ghetto*, p. 51; Henry, *Resistance*, p. 31 (Hilberg, *Destruction*, p. 1105, reduce ligeramente las cifras alemanas, al igual que Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, p. 526).

42. Para las consecuencias de la resistencia en Białystok, Bender, *Białystok*, pp. 258-265.

43. Sobre los resultados de los levantamientos de Treblinka y Sobibór, Arad, *Belzec*, pp. 363-364; Schelvis, *Sobibor*, pp. 168, 175, 231-242.

44. Para los fusilamientos de Majdanek y Poniatowa, Silberklang, *Gates*, pp. 402-407.

45. Sobre la intensidad del contrabando clandestino del gueto de Varsovia véase Hilberg *et al.*, *Czerniakow*, p. 306; Cesarani, *Final*, pp. 435-436.

46. Sobre Ringelblum y la organización Oyneg Shabes, véase Kassow, *Who?*

47. Sobre las crónicas de Łódź, Dobroszycki, *Chronicle*.

48. Véase Bauer, *History*, pp. 157-167; Polonsky, *Jews*, vol. III, pp. 479-500.

49. Silberklang, *Gates*, p. 440.

50. Lo recoge Arendt en *Eichmann*, p. 119.

51. Vagi *et al.*, *Hungary*, p. 256.

52. Se trata de Paxton, *Vichy*, pp. 294-295.

53. Sobre la policía y el funcionariado neerlandeses, Wasserstein, *Ambiguity*, p. 143; Romijn *et al.*, *Persecution*, pp. 13-26.

54. Para las cifras de población del gueto de Varsovia véase Engelking y Leociak, *Warsaw Ghetto*, pp. 50-51; Gutman, *Jews of Warsaw*, pp. 270-271.

55. Lo cuenta Yisrael Gutman y lo recoge Laqueur, *Encyclopedia*, p. 693.

56. Sobre los «Tribunales de Honor» de Italia, Alemania y los Países Bajos, Trunk, *Judenrat*, pp. 553-555; Jockusch y Finder, *Honor*, pp. 107-136; Wasserstein, *Ambiguity*, pp. 253-254.

57. Para el caso de Kastner, véase Segev, *Seventh*, parte V; las citas aparecen en las pp. 283 y 318, respectivamente.

58. Anónimo, *Clandestine*, p. xv; Meyer, *Balancing*, p. 359.

59. Para las cartas de Ben-Gurion, Segev, *Seventh*, p. 294.

60. Véase Jockusch y Finder, *Honor*, pp. 320-321.

61. Sobre la cantidad de campos, Van Pelt, «Nazi», p. 150.

62. Para tales instalaciones y sus satélites, y el número de internos y fallecidos, Wachsmann, *KL*, p. 627.

63. Cálculo de Wachsmann, *KL*, p. 771.

64. Véase Montagu, *Chelmno*, pp. 126-141, 195; Arad, *Belzec*, pp. 258-269; Bryant, *Eyewitness*, pp. 35, 42-43; Kuwalek, *Belzec*, pp. 14, 170, 225-227.

65. Sobre estas jerarquías y la lucha constante por los puestos de confianza, Orth, *System*, pp. 57-61, Wachsmann, *KL*, pp. 122-135.

66. Langbein, *People*, pp. 12-14.

67. Sobre los sintis y romaníes, Hayes y Roth, *Handbook*, pp. 275-281; Lewy, *Persecution*, pp. 221-226; Hayes, *How*, pp. 495-505; WeissWendt, *Genocide*, pp. 2, 16-17; WeissWendt, *Murder*, pp. 144-148; Bryant, *Eyewitness*, p. 41; Deletant, *Forgotten*, pp. 187-196.

68. Para el trato que se dio a los homosexuales, Hayes y Roth, *Handbook*, pp. 281-283; Jellonek, *Homosexuelle*, pp. 19-36, 327-332; Longerich, *Himmler*, pp. 231-240; Gellately y Stoltzfus, *Outsiders*, pp. 233-255; Berenbaum y Peck, *Holocaust*, pp. 338-357; Wachsmann, *KL*, pp. 127-128, 665.

69. Para la diversidad de valoraciones de los esclavos, Hayes y Roth, *Handbook*, pp. 283-287.

70. Sobre las condiciones en que los presos llegaban a los campos, Gigliotti, *Train*, en particular los capítulos 4-5.

71. Marrus, *History*, p. 147.

72. Langbein, *People*, p. 477.

73. Henry, *Resistance*, p. 584.

74. Véase Blatman, *Marches*, pp. 400-401; Horwitz, *Shadow*, pp. 124-143.

75. Sobre la huida, Bryant, *Eyewitness*, pp. 42-43; Arad, *Belzec*, pp. 258-269; Schelvis, *Sobibor*, pp. 135-142; Hayes, «Capital», p. 340; Wachsmann, *KL*, pp. 534-536.

76. Para las palabras de Hanna Lévy-Hass, Confino, *World*, p. 203.

77. Levi, *Survival*, p. 25.

78. Véase Henry, *Resistance*, p. 587.

79. Para las muertes de polacos y judíos en Auschwitz, Hayes, «Capital», pp. 330, 332.

80. Rosenberg, *Brief*, p. 106.

81. Des Pres, *Survivor*, pp. 51-71.

82. Véase Henry, *Resistance*, pp. 566-567.

83. Para las palabras de Kertész, *ibid*, p. 580.

## 6. Los países de origen

1. Para los casos de solidaridad de las minorías religiosas, Bauer, *History*, p. 286; Bauer, *Death*, pp. 93-95, 106-107, 111; Engelmann, *Hitler's*, pp. 71-78; Henry, *We Only*, pp. 9-40.

2. Véase Petrow, *Bitter*, p. 116; Todorov, *Fragility*, pp. 9, 25, 97-101; Bar-Zohar, *Beyond*, pp. 167-177; Rhodes, *Vatican*, p. 319; Marrus y Paxton, *Vichy*, pp. 271-273; Dwork y Van Pelt, *Holocaust*, pp. 332-333.

3. Tec, *Light*, pp. 152-154, 188-191; Oliners, *Altruistic*, capítulo 6.

4. Sobre Jodmin véase Moorhouse, *Berlin*, p. 297.

5. Para Teresa Prekerowa véase Libionka, «Polish Literature», pp. 61-62.

6. Para el ejemplo de De Sousa, Gutman, *Encyclopedia*, pp. 1381-1382.

7. Sobre los cónsules de Kaunas, Hayes, *How*, pp. 648-657.

8. Para el caso de Varian Fry, Wyman, *Paper*, p. 142.

9. Sobre Ernest Prodolliet véase Jean-François Bergier *et al.*, *Switzerland*, p. 109; Bauer, *Jewry*, p. 276; Wasserstein, *Ambiguity*, p. 165.

10. Sobre Beitz véase Käppner, *Beitz*, pp. 47-113.

11. Sobre Rossner véase Fulbrook, *Small Town*, pp. 156-158.

12. Al respecto de Weidt véase Moorhouse, *Berlin*, p. 296.

13. Sobre estos regímenes que ejecutaban las órdenes alemanas, Pavlowitch, *Disorder*, pp. 58-59; Mazower, *Inside*, pp. 18-22; Müller, *Seite*, pp. 159, 168-169, 174.

14. Sobre el Recherchegruppe Henneicke, Dean, *Robbing*, p. 283; Moore, *Victims*, pp. 207-210; Presser, *Ashes*, pp. 354, 366, 392-393.

15. Sobre estas deportaciones, Benz, *Dimension*, pp. 124, 127-128, 132-133, 135.

16. Para el caso eslovaco, Ward, *Priest*, pp. 224-235.

17. Véase Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, p. 220; Polonsky, *Jews*, vol. III, pp. 409-411.

18. Al respecto de la sobrerrepresentación, Kosmala y Verbeeck, *Facing*, p. 79; Barkan *et al.*, *Shared*, pp. 380-381.

19. Lo recoge Bauer, *Death*, pp. 37-38.

20. Véase Snyder, *Bloodlands*, pp. 190-194, 397; Gitelman, *Bitter*, p. 67.

21. Petrovsky-Shtern y Polonsky, *Polin* 26, p. 339; Lower, *EmpireBuilding*, pp. 94-95; Redner, *Policeman*, pp. 34-37; Bartov y Weitz, *Shatterzone*, pp. 371-373.

22. Dieckmann, *Litauen*, pp. 252-253; véase también Kühne, *Belonging*, p. 81; Polonsky, *Jews*, vol. III, p. 406.

23. Sobre el papel de las milicias y la policía ucranianas, Struve, *Herrschaft, passim*.

24. Cesarani, *Final*, p. 382.

25. *Ibid*, p. 394.

26. Según Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 364.

27. Para las estadísticas sobre las deportaciones desde Francia, véase Benz, *Dimension*, pp. 127, 133-134; Paxton, «Jews: Vichy», pp. 40-43.

28. Véase Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 372.

29. Sobre las deportaciones y cifra de muertos de Hungría, Braham, *Politics*, pp. 153, 251; Wachsmann, *KL*, p. 460.

30. Braham, *Studies*, pp. 71-78, 86.

31. Véase Kenez, *Coming*, p. 250.

32. Sobre el papel de Höss, Wachsmann, *KL*, p. 459.

33. Buggeln, *Slave*, pp. 46-49.

34. Para la historia del antisemitismo en Hungría, Braham, *Politics*, pp. 20-25; Vagi *et al.*, *Holocaust*, pp. xxxviii-xliv.

35. Vagi *et al.*, *Holocaust*, pp. 368-369.

36. Braham, *Politics*, p. 59.

37. Para las medidas y los motivos de Antonescu, Hayes, *How*, pp. 445-465, que contiene pasajes del fundamental estudio de Ancel; Ioanid, *Romania*, en particular pp. 271-281; Deletant, *Forgotten*, pp. 209-214.

38. Véase Moore, *Victims*, pp. 73, 79-90; Presser, *Ashes*, pp. 56-57; Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, pp. 410-411.

39. Lidegaard, *Countrymen*, pp. 31-35, 44-51, 65-73, 96-97, 154, 289, 329-332, 339-340; Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, pp. 545-547.

40. Knox, «Faschistische Italien», pp. 56, 61, 65, 79; Schlemmer y Woller, «Italienische Faschismus», pp. 182-187.

41. Para el caso de Trieste, Zimmerman, *Italy*, pp. 247-251.

42. Sobre Palatucci, Bess, *Choices*, p. 81.

43. Sarfatti, *Jews*, pp. 27-28; Zuccotti, *Italians*, p. 20.

44. Véase Gross, *Neighbors*, pp. 73-89; Bikont, *Crime*, pp. 521-524; David-Fox, *Holocaust*, pp. 19-20; y para una crónica curiosa de testimonios de supervivientes, Browning, *Remembering*, p. 50.

45. Para las cifras de muertos, en particular entre los intelectuales, véase Matthäus *et al.*, *War*, p. 3; Rossino, *Hitler*, p. 234; Snyder, *Bloodlands*, pp. 126-127, 153-154; Gross, *Neighbors*, p. 7.

46. Libionka, «Church Hierarchy», p. 86; véase también Phayer, *Pius XII*, pp. 23-24; Huener, «Kirchenpolitik», pp. 113-116, 128-129.

47. Sobre las razones véase Winstone, *Dark*, p. 115.

48. Para la cita, *ibid*, pp. 118-119.

49. *Ibid*, p. 73.

50. Para estas dos citas, *ibid*, pp. 50, 53.

51. Sobre los polacos fallecidos tanto en el bombardeo de Varsovia como en la supresión del levantamiento, Snyder, *Bloodlands*, pp. 405-406.

52. Paulsson, *Secret*, p. 1.

53. Véase Snyder, *Bloodlands*, pp. 356-357, 407; Gross, *Fear*, p. 4.

54. Véase al respecto Paulsson, *Secret*, pp. 2, 5, 229-231.

55. La columna del director del FBI es James Comey, «Why I Require FBI Agents to Visit the Holocaust Museum», *Washington Post*, 16 de abril de 2015.

56. Para las críticas al autor véase por ejemplo las reseñas de Dan Diner en *Contemporary European History* n.º 21 (2012), pp. 125-131; Omer Bartov en *Slavic Review*, n.º 71 (2012), pp. 424-428.

57. Sobre este antisemitismo véase Bauer, *Brother's*, p. 194; Polonsky, *Jews*, vol. III, pp. 80-81, 85-88; Blobaum, *Antisemitism*, pp. 158-170; Mendelsohn, *Jews*, pp. 71-76; Zimmerman, *Underground*, pp. 16-20; Watt, *Bitter*, pp. 361-366.

58. Sobre los proyectos de emigración forzada, Wasserstein, *Eve*, pp. 40, 359; Hamerow, *Why*, p. 62.

59. Para la actuación del ministro y el embajador, Bauer, *Brother's*, p. 193; Zimmerman, *Contested*, pp. 22-23; Hamerow, *Why*, pp. 62, 87.

60. Lo cuenta Snyder, *Black*, pp. 64-66, 281.

61. Para la postura de los líderes y las publicaciones de la Iglesia polaca, Polonsky, *Jews*, vol. III, pp. 81-84; Libionka, «Church Hierarchy», pp. 77-86.

62. Blobaum, *Antisemitism*, p. 261.

63. Libionka, «Church Hierarchy», p. 81.

64. Para la separación de las comunidades étnicas y la encuesta, Wasserstein, *Eve*, pp. 224, 330.

65. Véase Mendelsohn, *Jews*, pp. 23-32, 42-43; Bauer, *Brother's*, pp. 180-189; Watt, *Bitter*, p. 365.

66. Para todas estas cifras de Varsovia, Paulsson, *Secret*, pp. 229-231, 236.

67. Hamerow, *Why*, p. 44.

68. Cálculo de Gross, *Fear*, pp. 195-197.

69. Bauer, *Death*, pp. 35-41; Zimmerman, *Contested*, pp. 61-68.

70. Perehodnik, *Am I?*, p. 2 (introduzco ligeras modificaciones en la traducción del polaco, por gentileza de mi colega Jacek Nowakowski).

71. Véase al respecto Polonsky, *Jews*, vol. III, pp. 421, 425; Bauer, *Death*, pp. 92-120; Zimmerman, *Underground*, pp. 95-98; Barkan *et al.*, *Shared*, pp. 306, 316.

72. Para la cita de Rowecki, véase Kosmala y Verbeeck, *Facing*, p. 66.

73. Véase Polonsky, *Jews*, vol. III, p. 408; Zimmerman, *Underground*, pp. 74-75.

74. Sobre los reclusos huidos de Sobibór, Schelvis, *Sobibor*, pp. 181-182.

75. Sobre este incidente, Mazurek y Skibińska, «Barwy Białe», pp. 433-480; Zimmerman, *Underground*, p. 290.

76. Lo recoge Polonsky, *Jews*, vol. III, p. 450.

77. Sobre el comportamiento de la «policía azul», Hunt, pp. 101-120.

78. *Ibid*, p. 61.

79. *Ibid*, p. 58.

80. *Ibid*, pp. 135-148.

81. En relación con el Armia Krajowa, incluidos los contactos con el gobierno en el exilio, Fleming, *Auschwitz*, p. 27; Zimmerman, *Underground*, pp. 84, 129-131, 134-139, 141-150, 154-160, 162, 224, 227, 264, 300-302; Polonsky, *Jews*, vol. III, p. 461.

82. Para la escasa intervención del Armia Krajowa al respecto de las deportaciones y el levantamiento de Varsovia, Zimmerman, *Underground*, pp. 54, 161, 167-168, 179, 197-209, 214-217, 241; Fleming, *Auschwitz*, pp. 254-255; Polonsky, *Jews*, vol. III, pp. 463, 511-512; Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, p. 523.

83. Para la actitud de Komorowski, Zimmerman, *Underground*, pp. 251-256, 262, 267-286, 297-298, 417-418.

84. Sobre Żegota, sus fondos y el texto de Kossak, Zimmerman, *Underground*, pp. 175-178, 184, 303-312; Bauer, *American*, pp. 332-333.

85. Polonsky, *Jews*, vol. III, p. 445.

86. Véase Langbein, *Against*, p. 146; *People*, pp. 75-76.

87. Para el establecimiento de estos comerciantes, Gross y Gross, *Golden*, pp. 28-38.

88. Tec, *Tears*, p. 214.

89. Véase David-Fox, *Holocaust*, p. 13.

90. Sobre la emigración a Chicago, Gross, *Neighbors*, p. 131; Polonsky, *Jews*, vol. III, p. 424.

91. Sobre Hirszman, el pogromo de Kielce y la ocultación de huellas en la posguerra, Bryant, *Eyewitness*, p. 35; Gross, *Neighbors*, pp. 152-167; Grabowski, *Hunt*, p. 86. Compárese con Kuwalek, *Belzec*, pp. 315-317.

92. Véase Gross, *Fear*, pp. 220-222, 226-231.

93. Para la actitud antisemita de Wałęsa, véase Gross, *Fear*, p. 30; Judt, *Postwar*, p. 827.

94. Véase al respecto Gutman y Krakowki, *Unequal*, p. iii; Kassow, *Who?*, pp. 362-365, 383-385.

95. La cifra del millar de casos se indica en Wette, *Feldwebel*, p. 154; Grabowski (en *Hunt*, p. 56) concluye que los investigadores polacos han podido documentar «algo más de setecientos».

96. Véase Snyder, *Bloodlands*, p. 406.

## 7. Los observadores

1. Sobre estas restricciones de Francia, Caron, *Uneasy*, pp. 28-33.

2. Sobre estos cuatro factores, Hamerow, *Why*, pp. 72-89; Weber, *Hollow*, pp. 87-110; Caron, *Uneasy*, pp. 187-205.

3. Se cita a Berl en Wasserstein, *Eve*, p. 218.

4. Véase McCullough y Wilson, *Violence*, p. 59.

5. Para las circunstancias de estos tres países véase Bauer, *Brother's*, pp. 170-172, 177, 243, 267; Hamerow, *Why*, p. 61.

6. Sobre el caso de Suiza, Bergier *et al.*, *Switzerland*, pp. 105-109, 128-130; Caestecker y Moore, *Refugees*, pp. 82-102; Bauer, *Brother's*, pp. 172-176, 239-240, 267-268.

7. Sobre tales requisitos, David-Fox, *Holocaust*, p. 37.

8. Sobre la concepción de Gran Bretaña como «nación de tránsito», véase London, *Whitehall*, capítulos 3-5; Hamerow, *Why*, pp. 90-119, 156-161; McCullough y Wilson, *Violence*, pp. 108-150; Abella y Troper, *None*, pp. xx, 6-9, 48-49.

9. Sobre Palestina, Dwork y Van Pelt, *Flight*, pp. 28-51; Bauer, *History*, pp. 127-128; Wasserstein, *Eve*, pp. 339, 363, 413.

10. Para estos temores, Hamerow, *Why*, pp. 104, 112, 114-116; Caestecker y Moore, *Refugees*, p. 64; London, *Whitehall*, p. 95.

11. Para la actuación del embajador polaco en Londres, Wistrich, *Hitler*, p. 21; Hamerow, *Why*, p. 63; London, *Whitehall*, p. 91.

12. Bauer, *Brother's*, p. 163.

13. Para el total de solicitudes, Breitman y Kraut, *American*, p. 74.

14. Friedländer (*Nazi Germany*, vol. 2, p. 783) habla de 211.000 a finales de 1943; London (*Whitehall*, p. 12) afirma que «no [fueron] más de 250.000 ... entre 1933 y 1945». Wyman (*Paper*, pp. 218-219) calcula que en otoño de 1944 habían entrado en Estados Unidos poco más de 250.000 «refugiados del nazismo», pero no todos eran judíos.

15. Breitman, *FDR*, p. 317.

16. Véase London, *Whitehall*, pp. 11-12, 103, 115-118, 131-134, 141; Bauer, *Brother's*, 270-271.

17. Para este factor, Wyman, *Paper*, pp. 3-9; Breitman y Kraut, *American*, pp. 11-17, 21-22, 33-37, 49-50; véase Hamerow, *Why*, pp. 252-253.

18. Al respecto véase Breitman y Kraut, *American*, p. 58; Breitman y Lichtman, *FDR*, p. 116.

19. Sobre el padre Charles Coughlin, el *Jew Deal* y las encuestas de 1938 y 1939, Wyman, *Paper*, pp. 17-19, 22; Breitman y Lichtman, *FDR*, pp. 75-77; Hamerow, *Why*, p. 251 (sobre el *Jew Deal*).

20. Hamerow, *Why*, p. 281; Breitman y Kraut, *American*, pp. 112-145.

21. Wasserstein, *Ambiguity*, p. 110.

22. Breitman y Kraut, *American*, pp. 222-235.

23. Para este plan de los alemanes, Wasserstein, *Ambiguity*, p. 118.

24. Para las distintas preferencias del Congreso y el Comité, véase Bauer, *Brother's*, pp. 157-166.

25. Sobre Shanghái y la Concesión Internacional, Hochstadt, *Exodus*, en especial los capítulos 3-4; Caestecker y Moore, *Refugees*, pp. 109-121.

26. Para estos posibles refugios, y la cita de Weizmann, véase Wasserstein, *Eve*, pp. 360, 403.

27. Para las estadísticas del *St. Louis*, Vincent, «Voyage», pp. 255, 270-271, 274, 288; Breitman y Lichtman, *FDR*, p. 138.

28. Sobre estos inmigrantes y la cuota estadounidense, Bauer, *Brother's*, pp. 194, 249.

29. Sobre la jerarquía eclesiástica de Roma y la encíclica, Wolf, *Pope*, pp. 230, 268; Kornberg, *Dilemma*, pp. 228-229; Godman, *Vatican*, pp. 102-106, 129, 141-153.

30. Kertzer, *Mussolini*, pp. 307-315.

31. Sobre estos artículos, véase Kertzer, *Mussolini*, pp. 211, 289-291.

32. Para estos comentarios, también de Kertzer, *Popes*, p. 280.

33. Para el contenido y la suerte de esta encíclica, véase Kertzer, *Popes*, pp. 280-282; Wolf, *Pope*, pp. 206-2012; Passelecq y Suchecky, *Hidden*, *passim*.

34. Véase Wolf, *Pope*, pp. 265-268.

35. Sobre la preferencia de los enviados nazis y la destrucción de los ejemplares y las planchas de impresión, Kertzer, *Mussolini*, pp. 370-381; Ventresca, *Soldier*, pp. 130-132, 134-135.

36. Sobre el origen familiar y la orientación política, Ventresca, *Soldier*, pp. 7-18, 38-65, 72-84.

37. Véase Wolf, *Pope*, pp. 170-178.

38. Sobre esta concepción de su deber, Kornberg, *Dilemma*, pp. 4-6, 255-267; Godman, *Vatican*, pp. 82-83.

39. Sobre Preysing y Bertram, véase Hayes y Roth, *Handbook*, pp. 238-241; Phayer, *Catholic*, pp. 67-81.

40. Para la importancia de los sacramentos en el comportamiento político de la Iglesia, Kornberg, *Dilemma*, pp. 3-4, 272-273; Spicer, *Resisting*, pp. 6-9.

41. Véase al respecto Bauer, *Jewry*, p. 66.

42. Straumann y Wildmann, *Schweizer*, pp. 116-120.

43. Breitman, *Official*, pp. 89-98.

44. Kornberg, *Dilemma*, p. 81.

45. Para las informaciones reveladas por Scavizzi y el Bund, Phayer, *Catholic*, pp. 47-48.

46. Sobre este dato véase Hamerow, *Why*, p. 410; Stone, *Liberation*, p. 68.

47. Para las contribuciones de Gerhart Riegner y Eduard Schulte, véase Breitman y Laqueur, *Breaking, passim*; Riegner, *Never*, pp. 35-43, 50.

48. Véase Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, pp. 458-461; Riegner, *Never*, pp. 48-50.

49. Longerich, *Davon*, pp. 240-245.

50. Para este cálculo de Höfle, Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, pp. 479-480.

51. Sobre este temor a que la propaganda nazi se beneficiara, Aronson, *Hitler, passim*; Hamerow, *Why*, pp. 398, 400-403, 409, 411-412, 414.

52. David-Fox, *Holocaust*, pp. 31-36.

53. Sobre las noticias que los rusos tuvieron y lo que de hecho hicieron al respecto, Orbach y Solonin, «Calculated», pp. 90-113.

54. Sobre las posiciones de Churchill, Eden y Sinclair, véase Wasserstein, *Britain*, pp. 307-320; Neufeld y Berenbaum, *Bombing*, pp. 261-271.

55. Véase Wasserstein, *Britain*, pp. 340-341.

56. Ofer, *Escaping*, p. 319.

57. Sobre esta ignorancia deliberada de Estados Unidos y el Reino Unido, véase Fleming, *Auschwitz*, pp. 167-218.

58. Para la relación del mufí y los británicos, Wasserstein, *Britain*, pp. 28-29, 71, 79-80.

59. Para las expectativas y decepciones del muftí, Motadel, *Islam*, pp. 41-43, 87-92, 96-97, 107-108, 113-114, 188-194, 226-235, 250, 274-282; Nicosia, *Nazi*, pp. 71, 267, 276-279.

60. Sobre los tantos que el muftí se anotó, y las consecuencias que acabó teniendo su asociación con el Eje, Motadel, *Islam*, pp. 43-44; Nicosia, *Nazi*, pp. 242-257; Achcar, *Arabs*, pp. 150-173.

61. Sobre estas inquietudes, Phayer, *Catholic*, pp. 57-66; Kornberg, *Dilemma*, p. 253.

62. Véase Marrus y Paxton, *Vichy*, p. 262.

63. Sobre la solicitud a España, Zuccotti, *Père*, pp. 127-128; Ventresca, *Soldier*, pp. 199-200.

64. Véase Payer, *Catholic*, pp. 43, 46, 49.

65. Sobre estas omisiones, véase *ibid*, pp. 104-109 y, del mismo autor, *Pius*, pp. 91-93.

66. Véase al respecto «Pius XI», p. 16; véase también Ventresca, *Soldier*, p. 174.

67. Bess, *Choices*, p. 86.

68. Sobre Sheptytsky, véase Petrovsky-Shtern y Polonsky, *Polin* 26, pp. 347-349.

69. Para la carta de Suhard y la respuesta de Valeri véase Friedländer, *Nazi Germany*, vol. 2, p. 420.

70. Véase Ward, *Tiso*, pp. 225-228, 232-239; Kornberg, *Dilemma*, pp. 78-86.

71. Moore, *Survivors*, pp. 276-295.

72. Schlemmer y Woller, «Italienische Faschismus», p. 195.

73. Ventresca, *Soldier*, pp. 162-170, 174-176.

74. Kornberg, *Dilemma*, p. 253.

75. Véase Wasserstein, *Ambiguity*, p. 244.

76. Para la suerte de estos clérigos, Griech-Polelle, *Galen*, p. 217; Spicer, *Resisting*, p. 137.

77. Sobre Lichtenberg, véase Hayes y Roth, *Handbook*, p. 239; Spicer, *Resisting*, pp. 171-182.

78. Kornberg, *Dilemma*, p. 266.

79. Sobre el aumento del antisemitismo entre la población estadounidense durante la guerra, Dinnerstein, *Antisemitism*, pp. 128-149; Wyman, *Abandonment*, pp. 14-15, Dinnerstein, *Survivors*, p. 6; Hamerow, *Why*, p. 311.

80. Para este dato, Bauer, *Jewry*, p. 66.

81. Véase Wyman, *Abandonment*, p. 335.

82. Sobre Karski, en Izbica y con FDR, Karski, *Story*, pp. 368-384, 419, 446-447.

83. Bauer, *American*, p. 407.

84. Para la importancia de estos alimentos, Rosenberg, *Brief*, pp. 139-140, 149-150.

85. Sobre la negativa a bombardear Auschwitz, Hamerow, *Why*, pp. 402-418; Neufeld y Berenbaum, *Bombing, passim*, en especial pp. 249-260, 271-280.

86. Rees, *Auschwitz*, pp. 246-247.

87. Para este traslado, Czech, *Kalendarium*, pp. 701, 821.

88. Steinbacher, *Auschwitz*, p. 124.

89. Véase al respecto Wachsmann, *KL*, p. 586; Hayes, *From Cooperation*, p. 256.

90. Hamerow, *Why*, pp. 269, 345; Riegner, *Never*, p. 71.

91. Bauer, *American Jewry*, p. 52.

92. Véase Porat, *Blue*, pp. 251, 256-258, 261-262; Ofer, *Escaping*, pp. 23-31, 318-319.

93. Bergier *et al.*, *Switzerland*, p. 114.

94. *Ibid*, pp. 110, 117.

95. Para la evolución de las medidas adoptadas por Suecia, Hayes, *How*, pp. 735-752, donde se recogen pasajes de la obra fundamental de Paul Levine.

96. Sobre George Mantello, Kranzler, *Man*, capítulos 7-11.

97. Sobre Giorgio Perlasca, Levine, *Wallenberg*, pp. 310-311, 324-348.

## 8. Las repercusiones

1. Sobre Belsen, Stone, *Liberation*, pp. 83-85, 107-108, 111-112.

2. Para las reacciones de los soldados que liberaron Dachau y BergenBelsen, Abzug, *Inside*, p. 93; Bessel, *1945*, pp. 162-164.

3. Stone, *Liberation*, p. 100.

4. Sobre este cambio, Fritz, *Endkampf*, pp. 53-56, 227-238; Abzug, *Inside*, pp. 154-155.

5. Para los comentarios de Patton, *ibid*, p. 157.

6. Véase Brenner, *After*, p. 11; Fritz, *Endkampf*, pp. 236-237.

7. Wyman, *DPS*, p. 149.

8. Petrovsky-Shtern y Polonsky, *Polin* 26, pp. 368-379.

9. Véase Gutman, *Encyclopedia*, p. 1540.

10. Hayes, *How?*, pp. 775-787.

11. Douglas, *Right*, p. 28; Dinnerstein, *America*, pp. 251-271.

12. Véase Cohen, *Case*, *passim*.

13. Frei, *Transnationale*, pp. 31-32; Heberer y Matthäus, *Atrocities*, pp. 49-71; Jardim, *Mauthausen*, pp. 1, 197.

14. Wachsmann, *KL*, p. 608.

15. Frei, *Transnationale*, p. 193; Bazylar y Tuerkheimer, *Forgotten*, pp. 40-41.

16. Wachsmann, *KL*, pp. 608-609.

17. Wasserstein, *Ambiguity*, pp. 223-224; Deak, *On Trial*, p. 204.

18. Wachsmann, *KL*, p. 612.

19. Długoborski y Piper, *Auschwitz*, vol. 5, pp. 102-103, 108, 116; se juzgó a 789 alemanes, frente a un total de quizá 7.200 personas destinadas al campo en un momento u otro.

20. Raskin, *Child*, pp. 94-98.

21. Véase Berger, *Experten*, pp. 363-371; Bryant, *Eyewitness*, pp. 13-19.

22. Sobre las vías de escape véase Phayer, *Pius XII*, pp. 173-194; Phayer, *Catholic*, pp. 165-175; Stangneth, *Eichmann*, pp. 79, 90-92, 292-293.

23. Sobre Hudal, Phayer, *Pius XII*, pp. 195-207.

24. Para la suerte de Draganović, Barbie y Pavelić, *ibid*, pp. 208-251; Deak, *On Trial*, pp. 217-218.

25. Véase Kornberg, *Dilemma*, pp. 235, 255-274.

26. Phayer, *Catholic*, pp. 139, 162-163.

27. Sobre Muench, Brown-Fleming, *Conscience*, pp. 5-6.

28. Phayer, *Pius XII*, p. 165.

29. Sobre el carácter más mítico que real de ODESSA, véase Stangneth, *Eichmann*, pp. 89-90.

30. Sobre esta comisión, Schneppen, *Odessa*, pp. 208-209. El total de los criminales croatas que entraron en el país sería superior, a tenor de las pruebas de Phayer, *Pius XII*, p. 246.

31. Sobre el papel de familias y amigos, Kulish y Mekhennet, *Eternal*, pp. 83-86, 91-94, 210-214.

32. Marrus, *Measure*, pp. 68-76; Dean *et al.*, *Robbery*, pp. 99-133; Goschler, *Schuld*, pp. 474-475, 539.

33. Sobre estos supervivientes, Hayes y Roth, *Handbook*, pp. 548-550.

34. Sobre las otras categorías de víctimas, *ibid*, pp. 551-554.

35. Ferenc, *Less*, p. 188.

36. Sobre la Iniciativa Fundación Alemana véase Spiliotis, *Verantwortung*, *passim*; Eizenstat, *Imperfect*, pp. 243-278; Dean *et al.*, *Robbery*, p. 128.

37. Marrus, «Custody», pp. 378-403; Ventresca, *Soldier*, pp. 222-227.

38. Para la Fundación francesa, Dean *et al.*, *Robbery*, p. 139.

39. Sobre Suiza y sus pagos, Eizenstat, *Imperfect*, pp. 90-186; Bergier *et al.*, *Switzerland*, pp. 274-279, 442-449.

40. Barkan, *Guilt*, p. 309.

41. Sobre estas dos entidades bancarias, Spiliotis, *Verantwortung*, p. 54; Bergier *et al.*, *Switzerland*, pp. 238, 252-253.

42. Sobre los errores difundidos por los abogados, y su mala conducta, Marrus, *Measure*, pp. 124-126; Petropoulos y Roth, *Gray*, pp. 7-9; Bazylar y Alford, *Restitution*, pp. 197-204; Eizenstat, *Imperfect*, p. 182.

43. Véase Levine, *Wallenberg*, pp. 12-13.

44. Cesarani, *Final, passim*.

45. Gall y Pohl, *Eisenbahn*, p. 227.

46. Stone, *Histories*, p. 126.

47. Sobre este juicio véase Lipstadt, *History*, *passim*; Evans, *Lying*, pp. 104-148; Van Pelt, *Case*, pp. 488-506.

48. Para este texto, véase Stangneth, *Before*, pp. 152-153, también pp. 142-144.

49. El artículo se puede encontrar reimpresso en Judt, *Change*, pp. 115-123; véase también Judt, *Reappraisals*, pp. 286-295.

50. Sontag, *Pain*, p. 103.

51. Véase Mitchell, *Negotiator*, p. 315.

52. Lo recoge Bess, *Choices*, p. 129.

53. Neumann, *Behemoth*, p. 379.

54. Hayes, «Industry under the Swastika», p. 28.

\* «Antiseparacionismo», más concretamente, movimiento contrario a la separación de la Iglesia con respecto al Estado, tema de debate en el Reino Unido del siglo XIX. (*N. del t.*)

\* Hasta hace poco, la ortografía inglesa se ha hecho eco, involuntariamente, de esta posición de los antisemitas: por lo general, se escribe *anti-Semitism*, con guion y mayúscula, como si en alguna parte existiera algo denominado *Semitism*. La lengua de origen de la palabra, el alemán, no comete este error: se escribe *Antisemitismus*, en una sola voz. En la actualidad, aunque el hecho es sutil, hay personas e instituciones —por ejemplo, el museo estadounidense en recuerdo del Holocausto (United States Holocaust Memorial Museum)— que le dan su importancia e insisten en escribir el concepto con una sola palabra. La propuesta no ha calado aún ni en el corrector del Microsoft Word ni en diccionarios como el Oxford English Dictionary. (*N. del a.*)

\* Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei, NSDAP por sus siglas en alemán. (*N. del e.*)

\* Una «coordinación» paralela a la *Gleichschaltung* que promovió el régimen nazi desde 1933, pero en este caso autoimpuesta (*selbst...*). «Coordinación» (en su sentido más propio, «sincronización») es uno de los eufemismos característicos de los nazis; en realidad alude a la voluntad de suprimir toda discrepancia, para lo que, por ejemplo, se prohibieron las organizaciones más críticas y se instauraron otras de militancia obligatoria. (*N. del t.*)

\* Literalmente, «¿Es usted ario?», pero no con el matiz de cortesía que representa hoy en castellano el uso de «usted», sino como simple forma no marcada, en alemán, de dirigirse a los desconocidos, a los que no se tutea. (*N. del t.*)

\* En alemán, como en la lengua del original, los términos «*Zigeuner*» o «*gipsy*» poseen una carga despectiva y discriminatoria más intensa que en castellano, donde la comunidad gitana rechaza las asociaciones semánticas insultantes, pero no la palabra «gitano» en sí. (N. del t.)

\* Un «trato judío» y no un *New Deal* o «trato nuevo», según se conocía la política económica de Roosevelt. (*N. del t.*)

\* Literalmente, «pasaportes protectores». (*N. del t.*)

\* *Ratlines* son los «flechastes» por los que se sube a los palos de un navío (con lo que pueden salvar vidas si el barco se está yendo a pique). A pesar de que la palabra es antigua, de que tiene variantes como *ratlings* y de que la etimología no está clara, sin embargo, la asociación con las ratas que huyen es tan poderosa que predomina una interpretación literal como palabra compuesta, «vías para las ratas». (*N. del t.*)

\* De 1994 a 2011 se exigió a los miembros de las fuerzas armadas que guardaran absoluta discreción sobre su orientación, si no era heterosexual; la homosexualidad secreta se toleraba, pero la revelación era motivo de expulsión. (*N. del t.*)

*Las razones del mal. ¿Qué fue realmente el Holocausto?*

Peter Hayes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Why? Explaining The Holocaust*

© 2017 by Peter Hayes

© de la traducción, Gonzalo García, 2018

© del diseño de la portada, Evan Gaffney

© de la imagen de la portada, Paula Salischiker/Millennium Images, UK

© Editorial Planeta S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2018

ISBN: 978-84-9199-052-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)

